LILY PEROZO
LINA PEROZO ALTAMAR
Quédate
VOLUMEN 1

Copyright © 2018 Lily y Lina Perozo Altamar
Todos los derechos reservados.
Diseño de portada por: Tania Gialluca
Primera Edición: junio de 2018.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Contenido

Dedicatoria
Agradecimientos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
No dejes de leer la continuación de esta historia en Quédate: Volumen 2

Dedicatoria

A nuestro hermano Omar, quien, después de escucharnos hablar tanto de lo que leíamos, nos animó a que creáramos nuestra propia historia, sin saber hasta dónde nos llevaría este camino que hoy seguimos recorriendo.

A nuestras hermanas de la casa rosada, quienes fueron las primeras en leer esta historia, gracias por animarnos a publicarla, este es un sueño de todas que hoy se hace realidad.

Con cariño.

Lily y Lina Perozo Altamar

Agradecimientos

A Dios por estar presente en nuestras vidas y enseñarnos que nada en esta vida es imposible, si se lucha para alcanzarlo.

A nuestra familia que siempre nos apoya desde la distancia, que creen en lo que hacemos y se siente orgullosos, los queremos muchísimo.

A Jessica y Tania, gracias, chicas por acompañarnos una vez más, por cuidar los detalles Jess y Tania por brindar tu talento a esta bella portada.

A las chicas que leyeron cada capítulo en el grupo de Hermanas Perozo, gracias por ser nuestras lectoras betas y por vivir esta historia desde su proceso, por ser las primeras en emocionarse y compartirme sus impresiones, gracias bellas.

A las chicas del equipo de preventa, que como siempre hacen una labor extraordinaria: Andrea, Dayana, Danitza, Sandris, Evelin, Fátima, Lizeth, Fernanda, Gri, Jessica y Pilarcita, muchas gracias por todo.

A todas las chicas que se animaron a participar en la cuenta regresiva con sus artes, gracias por compartir sus talentos con esta historia, nos hicieron sentir halagadas y felices.

Y, por último, para nuestras queridas lectoras, quienes una vez más se dejan cautivar por nuestras historias, esperamos que “Quédate” las conquiste y las haga vivir muchas emociones, se les quiere con el corazón.

Lily y Lina Perozo Altamar

Capítulo 1

Victoria Anderson Hoffman, nació en una hermosa mañana de primavera, el ocho de mayo de mil novecientos, en el estado de Illinois, al norte de Los Estados Unidos de América.

Hija de Stephen Anderson, heredero de uno de los clanes más importantes de Escocia; y Virginia Hoffman, una hermosa y humilde campesina, de la región montañosa de Illinois. Con quien Stephen se casó en secreto; desacatando las tradicionales normas impuestas por su familia, que le exigían formalizar un hogar con una mujer escocesa, de buena cuna.

Ese acto llevó a Stephen a ser repudiado por su padre, quien lo desheredó; sin embargo, el joven escocés salió adelante junto a su esposa e hija. Se enlistó en el servicio militar, que para ese entonces era un trabajo seguro y muy rentable; encontrando en esa profesión la manera de darles una vida decente a las dos.

No obstante, la felicidad le duró poco, Virginia enfermó de neumonía cuando la niña tenía tres años; y aunque luchó con todas sus fuerzas por mantenerse al lado de su familia, la enfermedad la terminó venciendo y murió, dejando a su marido sumido en una gran depresión; que inclusive, lo llevó a intentar quitarse la vida, pues no soportaba su ausencia.

Al poco tiempo, Stephen comprendió que no podía solo con la responsabilidad de criar a una niña, y que cada recuerdo vivido en su hogar, no hacía más que torturarlo; así que decidió, que lo mejor para Victoria sería estar junto a las tías solteras de Virginia, quienes le habían prometido en el lecho de su muerte que velarían por la pequeña.

—Cuiden mucho de ella, es mi mayor tesoro…, lo único que me queda de mi adorada Virginia —pronunció con lágrimas en los ojos, mientras acariciaba la hermosa cabellera rizada y dorada de la niña.

Victoria dormía profundamente en la cama que había pertenecido a su madre antes de casarse, en el humilde hogar de Julia y Olivia; donde esta vivió luego de que también quedara huérfana a los diez años.

La niña, a su corta edad, no comprendía la decisión de los adultos, y estaba ajena a la que acababa de tomar su padre. Pensaba que solo se iría a trabajar, pero que al caer la tarde volvería, como hacía siempre; también esperaba que trajese a su madre de vuelta, pues la extrañaba mucho.

Julia se acercó a él y le puso una mano en el hombro para

consolarlo, sabía lo difícil que era la decisión que había tomado, pero también, que lo hacía para procurar el bienestar de su hija.

—Ve tranquilo, Stephen… Vicky, tendrá en nosotras el cariño de dos madres, pues así se lo prometimos a Virginia antes de que partiera. —Le hizo saber buscando la mirada azul del joven.

—Sabes que cuidaremos de ella, la amamos desde el día en que nació… Para nosotras será como tener aquí a Virginia —acotó Olivia, mirando a la niña, quien era una copia fiel de su difunta madre.

—Muchas gracias… —esbozó, en medio de un sollozo. Bajó con rapidez para darle un beso en la frente a su hija—. Vendré a verte cada vez que pueda, perdóname por no quedarme a tu lado, pequeña…, perdóname por ser un cobarde y no poder luchar contra el dolor que me dejó la partida de tu madre —susurró, dándole otro beso largo, al tiempo que cerraba los ojos y también le pedía perdón a su adorada Virginia.

Se irguió con rapidez, debía marcharse en ese momento o nunca lo haría, y no podía quedarse en ese lugar mientras llevase tanta tristeza en su alma. Su pequeña Victoria no merecía que la condenara a vivir de esa manera, sumida en una profunda pena.

Caminó hasta donde había dejado su mochila, la agarró y de manera algo torpe se la enganchó en la espalda. Queriendo escapar de la mirada de las dos mujeres, quienes lo observaban con lástima, y eso solo aumentaban su vergüenza.

—Que Dios te bendiga… Recuerda que aquí también tienes un hogar —pronunció Olivia, mirándolo con la ternura de una madre y se puso de puntillas para besarle la frente.

—Gracias, mamá Olivia. —La llamó como solía hacer su esposa.

—Cuídate mucho, hijo, que la virgen proteja tus pasos…, y no olvides lo que dejas aquí. Sana tu corazón y regresa pronto a verla.

Julia era la mayor y la de carácter más recio, por lo que Stephen sabía que sus palabras no eran una petición sino una exigencia, él debía volver en algún momento por su hija, porque Victoria necesitaba de la presencia de un padre, y él no podía negárselo, ya suficiente tenía con haber perdido a su madre.

—Les prometo que lo haré, que Dios cuide de ustedes… Las quiero —pronunció abrazándolas con fuerza para despedirse.

Después caminó hasta el auto que lo llevaría a la estación de trenes, debía dirigirse hasta Chicago, donde tenía una reunión con su superior.

Había solicitado ser asignado en una misión especial, la cual implicaba ser trasladado a otra ciudad. Aprovecharía esa oportunidad para alejarse de los recuerdos que ese lugar le traía de su difunta esposa.

Obtuvo lo que quería y se marchó, consciente de que su hija tendría

una niñez feliz, rodeada del cariño y el cuidado de las dos generosas mujeres, quienes le harían menos difícil su ausencia.

Mientras él retomaba su carrera militar, para así poder cubrir los gastos del cuidado y la crianza de la niña; desea darle lo mejor y hacer de su hermosa Victoria una dama, como le prometió a Virginia en su lecho de muerte.

Dos años después, Stephen recibía un telegrama de Bernard, su hermano mayor, en el que le anunciaba la muerte de su padre y le solicitaba su presencia de inmediato en Chicago, ya que era obligatorio que estuviera durante la lectura del testamento del patriarca.

Jonathan William Anderson, murió dejando tres herederos: Bernard, Margot y él, ya que estando cerca de la muerte, reconoció el error que había cometido y le heredó parte de su fortuna.

Con la condición de que regresara a la mansión, se casara con la hija de una buena familia escocesa, y se pusiera junto a sus hermanos al frente de los negocios.

Stephen no se sentía preparado para retomar su vida junto a una mujer, por lo que rechazó la condición que lo llevaría a ser uno de los hombres más influyentes de Chicago. Prefirió mantenerse en su postura, trabajando en la milicia y velando por el bienestar de su hija Victoria, a quien visitaba con regularidad.

Había cumplido con su promesa de regresar cada vez que pudiese, y así vivir la maravillosa experiencia de verla crecer; sintiéndose orgulloso de ella.

Era fuerte, generosa, desbordaba alegría y había heredado la belleza de su difunta madre Virginia.

Para ese entonces, ya contaba con cinco años de edad, y recibía su educación por parte de sus dos tías abuelas, quienes se negaban a la intervención de una de esas institutrices severas, que solo sabían dar órdenes y no de brindar cariño.

Estaba por abandonar la gran mansión que había pertenecido a los Anderson por más de cien años, cuando escuchó los pasos apresurados de su hermana resonar sobre el fino mármol, y poco después, su voz.

—¿Acaso te has vuelto loco, Stephen? Nuestro padre, después de muerto te está dando la oportunidad de recuperar todo y te das el lujo de rechazarlo. —Le reprochó Margot al ver que se disponía a dejar la mansión donde se habían criado juntos.

—Agradezco mucho la generosidad de nuestro padre, pero no acepto la condición que me puso, no me casaré con una desconocida, mucho menos se la impondré como madre a mi hija.

—Si ese es el problema, deja a la niña con sus tías abuelas, como hasta ahora. Hasta donde sé, ella se ha criado bien junto a las dos

mujeres; solo debes comprometerte a que no le falte nada, y seguir con tu vida —mencionó intentando hacerlo entrar en razón.

—Tú no comprendes, Margot… ¿Es que acaso no amas a tu esposo? ¿Podrías seguir con tu vida si él muriese? —preguntó mirándola a los ojos, pues no podía creer tanta frialdad.

Margot se tensó al ser cuestionada de esa manera, él no era quién para inmiscuirse en su vida; solo era un desagradecido, la oveja negra de la familia, que no tenía ningún derecho a juzgarla.

Ella había cumplido su parte, había acatado cada uno de los deseos de su padre siempre, y a ese tonto rebelde no le importaba si amaba o no a su marido.

—No estamos hablando de mí, sino de ti…

De inmediato puso límite, para hacerle ver que no tenía ningún derecho a opinar sobre su vida; respiró profundo y continuó.

—¡Por Dios! Eres un hombre joven, Stephen, no puedes quedarte atado a una vida en el pasado y negarle a esta familia un heredero de verdad, uno nacido bajo nuestras costumbres, como nuestro padre siempre quiso.

—¡Victoria es mi heredera! ¡Mi sangre! —exclamó, saliéndose de sus cabales, estaba harto de que denigraran a su hija. Se acercó con la amenaza desfigurando su atractivo rostro—. Esa pequeña es el fruto de mi matrimonio con Virginia, no fue concebida en pecado, sino con la bendición de un sacerdote… Así que, la próxima vez que se te ocurra menospreciar el origen de mi hija, será la última vez que me verás pisar esta casa o dirigirte la palabra. ¿Te quedó claro? —demandó, mostrando ese carácter fuerte y decidido que pocas veces dejaba ver.

No le importaba que ella fuera mayor que él, ya estaba cansado de que todo el tiempo estuvieran cuestionándolo, que le reprocharan seguir a su corazón y haberse casado con Virginia.

Nunca les iba a perdonar que su mujer se fuera de ese mundo sintiendo solo desprecio por parte de su familia.

No se dejó manipular antes por las amenazas de su padre, y no lo haría en ese momento por el chantaje de Margot. Él era un hombre que había tomado sus decisiones; y eso, tanto ella como Bernard debían respetarlo; así como él había respetado las suyas siempre.

Le dio la espalda dejándola completamente perpleja, a lo mejor se había extralimitado al hablarle de esa manera, pero el mundo militar y la muerte de Virginia lo habían endurecido, ya no era el mismo chico pacífico y amable de antes.

Se alejó hacia la puerta con pasos decididos, apenas le dedicó una mirada como gesto de despedida al mayordomo, y salió de allí esperando nunca más regresar.

Capítulo 2

Tiempo después, el mayor de los Anderson murió en un accidente de auto junto a su esposa, dejando huérfanos a Alicia, Deborah y a Brandon; y al imperio banquero que llevaba su apellido totalmente a la deriva.

Por lo menos sus dos hijas ya estaban casadas, cada una tenía su propia familia; pero Brandon era demasiado joven, solo tenía trece años. Demasiado pequeño para hacerse cargo de la potencia creada por su abuelo y su padre.

Necesitaban con urgencia reemplazarlo por alguien más, o sus más fieros competidores aprovecharían la oportunidad para despojarlos de su poder.

En ese momento, Margot lamentó como nunca antes no haber nacido hombre, sabía que de ser así, sería la candidata perfecta para ponerse al frente, pero siendo mujer, era una causa perdida. Ni siquiera contaba con la presencia de un hombre a su lado, que pudiera utilizar de fachada mientras daba las órdenes.

Había enviudado recientemente y no tenía posibilidades de volver a contraer matrimonio. Aunque a sus treinta y cinco años era considerada una mujer joven todavía, su impedimento para concebir hijos se había hecho de conocimiento público, luego de haber estado casada por quince años y no darle un heredero a su esposo.

Esto alejaba a todo posible pretendiente, así que asumió la responsabilidad de quedar a cargo de Brandon, e imponerse como la cabeza de familia, tras la figura de la tutora del joven heredero.

Sin embargo, no sabía cómo lidiar con dicha responsabilidad, tampoco con el carácter un tanto rebelde del adolescente, quien era muy parecido a su tío Stephen.

—La naviera de mi padre necesita de toda mi dedicación, pero nunca podría negarle mi ayuda, Margot. No debió haber esperado tanto, tuvo que acudir a mí desde el principio… Si no es porque mi esposa me comenta lo que estaba sucediendo, jamás hubiera sospechado que las cosas iban tan mal.

Margot se encontraba en su salón de té, intentando esconder su incomodidad. Había recibido la visita de Paul, el esposo de su sobrina Alicia, quien se había enterado de los problemas que atravesaban.

En menos de dos meses había perdido a cinco de sus principales clientes, quienes decidieron retirarse, alegando que supuestamente los bancos Anderson ya no eran fiables, que la muerte de Bernard había dejado un vacío de poder, y temían por sus inversiones.

—Esto es obra de nuestros competidores… Esos viles descarados, se han encargado de correr rumores y reunirse con nuestros clientes para ofrecerles mayores beneficios, pero no son más que burdos anzuelos… Ningunas de esas promesas son reales. —Se defendió, mirando fijamente los ojos azules de Paul Cornwall.

—Puede que usted esté en lo cierto, pero hasta que Bancos Anderson no demuestre lo contrario, seguiremos perdiendo clientes. Debemos hacerles ver que seguimos siendo una entidad fuerte, confiable; que les brindará garantía a sus negocios porque hay alguien al frente de las empresas.

—Por supuesto, estoy yo al frente.

—Pero no puede seguir dirigiendo todo desde su salón de té, debería empezar por cambiarse al despacho de su difunto padre, mostrar autoridad. —Paul sabía que la mujer tenía la fortaleza suficiente, pero debía ganarse el respeto que se necesitaba para llevar el emporio adelante, o todo estaría perdido.

—¿Qué sugieres que haga? —Se doblegó, dispuesta a aceptar cualquier tipo de ayuda, estaba desesperada.

—Primero, permítame brindarle mi ayuda desinteresada, no es necesario que me dé algún cargo dentro de los bancos, solo voy a asesorarla; segundo, debe informar a la prensa de quién es ahora la cabeza de la familia; debe hacer que ellos la acepten por las buenas o por las malas… En este juego, quien no se impone a sus adversarios, nunca consigue resaltar.

—Comprendo… —Asintió, dejando ver una leve sonrisa—. Paul, además de la empresa…, quisiera comentarte de otro asunto que me tiene muy preocupada —pronunció, algo apenada.

—Usted dirá en qué puedo ayudarla.

—Se trata de Brandon.

—Brandon… Ya lo sospechaba.

El hombre sonrió con un gesto cómplice, comprendió la situación en cuanto el nombre del heredero salió de labios de la matrona. No era nada fácil lidiar con el carácter rebelde de su pequeño cuñado, quien prefería estar en el bosque, viendo animales, cabalgando o nadando en el lago, a estar en uno de los salones, recibiendo clases de sus tutores, como cualquier otro joven de su posición.

—La verdad… es que no sé qué hacer, intenté darle su espacio, porque sé lo difícil que es perder los padres a tan corta edad, pero ha pasado mucho. Ya es hora de que empiece a ser consciente de su posición, no es un niño; dentro de cinco años tendrá que ponerse al frente de los negocios, y no sabe absolutamente nada; y, lo que es peor, ni siquiera le interesa.

—Yo le aconsejaría que lo enviase a un internado en Europa, allí recibirá la educación que necesita. Se formará como el hombre que la

sociedad y su familia espera de él. Sé que quizá, Alicia, se enfurezca conmigo por hacerle esta sugerencia, ya que lo tiene más mimado que a nuestros propios hijos, pero es la única opción que veo.

—¿Crees que sea lo mejor para él? —cuestionó, analizando esa posibilidad, no lo había pensado antes.

—Créame, Margot, un internado forjará el carácter de un hombre en Brandon, lo hará madurar, y eso es algo que tanto usted como la familia necesitan con urgencia. Un heredero digno del emporio que han creado los Anderson. —Le aseguró, mirándola a los ojos.

Margot asintió en silencio y, una vez más sonrió, esta vez siendo más efusiva, pues sentía que el panorama comenzaba a despejarse. Estaba segura de que con la ayuda de Paul, cumpliría a cabalidad todos sus planes. Le demostraría a Stephen, que ni ella ni su familia lo necesitaban.

Después de un par de meses, Margot consiguió estabilizarse, gracias a la ayuda del esposo de su sobrina. El hombre se puso junto a ella al frente de los negocios, logrando que los mismos repuntasen de nuevo. Siguió su consejo de enviar a Brandon a un internado en Inglaterra, para que fuera educado y adiestrado como digno heredero de los Anderson.

Después de dos años sentía que todo volvía a estar en su eje, cada día recibía el reconocimiento de los demás accionistas por sus acertadas decisiones; incluso, recibió las felicitaciones de los jefes de dos grandes familias escocesas, quienes le brindaron su apoyo. No obstante, la suerte le duró poco a la matrona, pues la tragedia recaía en la familia.

Paul Cornwall viajó a Europa, con el objetivo de encargarse de unos asuntos importantes de la naviera que había heredado de su padre, y el trasatlántico donde viajaba se hundió a causa de una tormenta. El prometedor hombre de negocios fue uno de los cientos que murieron esa noche.

La noticia de la muerte de su marido sumió a Alicia en una profunda depresión, quien al verse sola y al cuidado de tres niños, sentía que no podía seguir adelante. La tristeza fue debilitando la salud de la bella y elegante rubia, a quien muchos comparaban con un ángel, por el aura cándida y su belleza, la que poco a poco se fue apagando.

De nada valieron las visitas de los médicos, las atenciones de sus hijos o los ruegos y hasta exigencias de Margot. Nada logró hacerla entrar en razón y que retomara su vida. No pudo sacar a flote la fortaleza de las mujeres Anderson.

Ya ella no quería seguir viviendo y, contra eso, era muy poco lo que se podía hacer, por lo que al cabo de tres meses, ella también falleció.

La muerte de su sobrina dejó mucha más responsabilidad sobre Margot, quien debió hacerse cargo de los tres niños, y lidiar con la zozobra de no saber qué pasaría con los bancos y las demás inversiones. Y para empeorar su situación, tras la muerte de Alicia, Brandon finalmente se reveló en su contra y decidió escapar de la casa, aprovechando que había regresado a América para asistir al funeral de su hermana.

Viéndose sola en esa situación tan complicada, Margot doblegó su orgullo y acudió a su hermano menor, para que los ayudara con la pesada carga. Pero no lo hizo de manera directa, sino a través de una carta, donde le notificaba la muerte de Alicia.

Ella era una de sus sobrinas más queridas, así que no dudó un segundo de que Stephen haría acto de presencia en la mansión, y así fue.

—Mi pobre pequeña, sé cuánto dolor había en su alma, comprendo que terminara de esa manera —expresó Stephen, con pesar, observando una fotografía de Alicia, y una lágrima rodó por su mejilla.

—Piensas en su dolor, pero… ¿qué pasa con el dolor de sus hijos? ¿Acaso esos pobres niños no le importaban? —cuestionó Margot, con molestia—. Fue una egoísta y una cobarde al dejarse morir sin pensar en ellos, en la falta que les haría.

—El dolor de perder al ser que amas es demasiado grande, Margot, no es fácil lidiar con este. Solo quienes hemos atravesado algo así lo comprendemos —habló desde la experiencia, se puso de pie para dejar la foto en su lugar.

—Hablas como si yo no lo hubiera vivido. He perdido a mis padres, a mi hermano, a mi sobrina… Y también perdí un marido, por si se te olvida —pronunció sin esconder su molestia.

—Un marido al que no amabas, que te fue impuesto por nuestro padre… Aún recuerdo tu semblante ese día, lucías más como alguien resignado a su destino, que como una novia el día de su boda —dijo, volviéndose para mirarla, a él no podía engañarlo.

Margot le esquivó la mirada, dejando ver un gesto de resentimiento, tal vez porque en el fondo, Stephen tenía razón; ella no se casó enamorada, y no podía asegurar que hubiese conseguido amar a su difunto esposo en los años posteriores.

Se podría decir que se acostumbró a él, pero nunca vio en ella el reflejo que mostraba Alicia, por ejemplo, cada vez que estaba cerca de Paul.

Se esforzó por ser una esposa ejemplar, cumplía con sus deberes maritales cada vez que correspondía, aunque lamentaba que estos no hubieran dado fruto. Sin embargo, Arnold nunca le reprochó por su incapacidad para tener hijos, y tampoco tuvo una queja de ella en los

demás aspectos, fue un buen marido, y por ello lo admiraba.

—Te llenas la boca hablando del amor, como si fueses la única persona en el mundo que sabe el significado del mismo, solo porque te dejaste cautivar por la belleza de una campesina, y desafiaste al mundo solo para cumplir el capricho de estar con ella —mencionó para cobrarle el que la hubiera lastimado con sus palabras.

—¿Para eso me hiciste venir?, ¿para seguir reprochando mi manera de actuar? —espetó, mirándola con enojo.

Al ver que Margot se quedaba en silencio, pero sin esconder su molestia, no le quedó más que dar por terminada esa reunión. Soltó un suspiro pesado y se encaminó hacia la puerta, había sido un error visitar esa casa, ya él no pertenecía a ese lugar, ni a esa familia.

—Stephen, espera… Por favor —pidió, extendiendo su mano, rogando de manera inconsciente a través de ese gesto para que le brindara su ayuda—. No te hice venir para reprocharte nada; por el contrario, quiero que hagamos las paces, que dejemos atrás todo el rencor que nos ha separado por años… ¡Por Dios santo! Somos hermanos, debemos estar unidos, sobre todo en este momento.

Él se quedó de pie, escuchándola; no se volvió a mirarla, porque sentía que las lágrimas que colmaban sus ojos lo dejarían en evidencia, también estaba cansado de estar solo; sabía que debía tomar decisiones, sin pensar en su propio bienestar esta vez, sino en el de Victoria.

—Quiero que regreses a la casa…, quiero que ocupes el puesto que te corresponde como el heredero de los Anderson, que me ayudes a mantener a flote el emporio que nuestro padre creó con tanto esfuerzo y dedicación… No te pondré ninguna condición, solo te pido que me ayudes…, por favor —pidió, doblegándose, sabía que no le quedaban más opciones; era eso o perderlo todo.

Stephen al fin se volvió a mirarla, su semblante se mostraba impasible, impidiéndole a Margot adivinar lo que pasaba por la cabeza de su hermano; pensó que una vez más se negaría, y si era sincera, no le sorprendería, igual ya daba por perdida esa batalla. Pero sin importarle no tener su apoyo, seguiría luchando, pues una Anderson jamás se rendía.

—Aceptaré regresar a esta casa y ponerme junto a ti al frente de los bancos —mencionó y pudo ver un destello de emoción en los ojos azules de su hermana, pero antes de que se fuera a hacer muchas ilusiones prosiguió—. Pero… esta vez seré yo quien ponga las condiciones, y queda de ti aceptarlas o no. Te doy esa libertad, Margot, la que según tú, no tuviste antes.

Ella sintió que un sabor amargo se adueñaba de su boca, presintiendo que fuera lo que fuese que Stephen le pediría, lo haría para ponerla a prueba. Lo miró por varios segundos en silencio y, al

final, no le quedó más remedio que ceder con un movimiento rígido de su cabeza.

—Está bien…, soy toda oídos, Stephen.

En ese momento, para él, su principal prioridad era Victoria. Era consciente de que su hija necesitaba un cambio en su vida, que no podía seguir criándose como un animalito salvaje en Barrington.

Estaba muy agradecido con Julia y Olivia, por todo el cariño y el esfuerzo que habían puesto en educarla, pero sabía que las mujeres apenas podían controlar la energía de su hija, quien cada día les daba más trabajo.

Victoria necesitaba de la educación de una institutriz capacitada, alguien que le enseñase las normas de protocolo, a cómo comportarse, cómo hablar y caminar, cómo estar sentada por al menos diez minutos.

Él era feliz viéndola en libertad, siendo ella misma, pero sabía que eso, tarde o temprano le traería problemas, cuando le tocase enfrentarse a la sociedad y no supiera manejarse.

Debía hacerle las cosas más fáciles, debía prepararla para que pudiera defenderse por sus propios medios, educarla como le había prometido a Virginia, como a una verdadera dama.

—Victoria vendrá conmigo —mencionó, estudiando la reacción de Margot. La vio tensarse, pero eso no lo detuvo—. Será aceptada como una Anderson, como le corresponde por ser mi hija, y será educada por las mejores institutrices de la ciudad. Tú te encargarás de velar que así sea y de que ella no sufra ningún desprecio en mi ausencia; todos deberán respetarla y hacerla sentir bienvenida.

Stephen tenía su mirada celeste anclada en la azul de su hermana, dejando en claro que esa condición no era negociable, que de la única manera que él podría volver, sería llevando a su hija de la mano.

Margot se sentía atada, sabía que, de negarse, podría terminar perdiendo el patrimonio de su familia y todos los esfuerzos que había hecho hasta el momento.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó sin lograr esconder su incomodidad.

—Sí, tú seguirás al frente, como hasta ahora, pero cualquier decisión deberás consultármela antes de tomarla. No pienso ser tu fachada o un títere al que puedas manejar a tu antojo. Si pides mi ayuda, deberás estar dispuesta a escuchar todo lo que tenga que decirte —respondió con tono seguro, pues ya conocía la naturaleza autoritaria de su hermana.

—¿Qué pasará con tu carrera militar? —cuestionó elevando una ceja, pues, al parecer, él ya lo tenía todo planeado.

—Renunciaré. De ahora en adelante me dedicaré a asesorarte y a cumplir con los compromisos que tú no puedas manejar; tal y como

venía haciendo Paul, o como lo hizo Bernard, en su momento. —La veía muy tensa y se acercó a ella—. No quiero que me veas como una amenaza o un enemigo, Margot; quiero ser tu aliado, pero para eso, necesitamos poder confiar… y tener independencia. No quiero escucharte hablar de matrimonios arreglados ni nada de eso —dijo con un tono de voz más suave, mirándola a los ojos.

—De acuerdo, acepto tus condiciones, pero debes tener claro que, no malcriaré a tu hija, si ella necesita disciplina se la daré, y no podrás desautorizarme en su presencia. Cualquier sugerencia que desees hacer, deberá ser en privado, no delante de ella —mencionó con seriedad.

—Bien, la pondré en tus manos para que hagas de ella una dama, siempre que la trates con respeto, como sangre de tu sangre. Y otra cosa… Con respecto a Brandon, déjalo en mis manos, haré que lo busquen y, cuando lo encuentren, hablaré con él.

—Espero que lo hagas entrar en razón, yo ya perdí la paciencia con él. Es casi un hombre y sigue actuando como un chico.

—Margot…, solo tiene quince años, es un chico. —Le recordó Stephen, mostrando una sonrisa condescendiente.

El joven había estado recluido durante dos años en el internado Brighton, y esto en lugar de domar su carácter rebelde, lo había hecho revelarse aún más, al punto incluso de escaparse de su casa. Era hora de tomar las cosas en serio, pues lo que estaba haciendo Brandon era claramente una llamada de atención, quería que lo tomaran en cuenta.

Capítulo 3

La tensión dentro del pequeño salón de té, de las hermanas Hoffman, provocaba que casi fuera imposible respirar. Stephen había llegado esa mañana para visitar a su pequeña hija, como siempre hacía, pero también para informarles a las dos mujeres de la decisión que había tomado el día anterior.

—No me parece justo —expresó Olivia, sin ningún reparo. No tenía por qué esconder el enojo que sentía.

—Mamá Olivia…, sé que es muy difícil para ustedes, pero estamos hablando del bienestar de Victoria.

—¿Su bienestar? ¿Es que acaso aquí no está bien? ¿Crees que estará mejor en esa casa, donde todo el mundo la odia? —cuestionó indignada.

—Olivia…, por favor —intervino Julia, mirando a su hermana, pidiéndole comprensión.

Ella también se sentía dolida por la decisión que había tomado Stephen, pero debía darle la oportunidad de que presentara sus razones; después de todo, Victoria era su hija y jamás la había desatendido. Ellas no tenían nada que reprocharle, no hasta ese momento, cuando pretendía alejar a la niña de su lado.

—Mamá, sé que le tienes mucho resentimiento a mi familia, y estás en todo tu derecho, pero las cosas han cambiado. Victoria será recibida como mi hija, nadie se atreverá a hacerle daño, yo jamás lo permitiría. No se trata de si ha estado mal aquí, sé que mi hija ha estado perfectamente con ustedes, que han hecho una labor maravillosa al criarla —decía, pero la mujer lo detuvo.

—Entonces, ¿por qué deseas llevártela? Alejarnos de ella… —preguntó y su voz se quebró por el dolor.

—Porque Victoria necesita aprender a comportarse como una dama y dejar de subir a los árboles, de correr descalza por el campo o perseguir animales y terminar toda llena de fango y con rasguños. —Recriminó todo eso, aunque se arrepintió de inmediato al ver el dolor que transfiguraba el rostro de la amable mujer; suspiró, armándose de paciencia para intentar reparar lo que había dicho—. Mamá Olivia…, mi hija es una Anderson. Ella debe ser criada como una señorita de sociedad, no como un animalito salvaje. Esa fue una promesa que le hice a Virginia, y solo pretendo cumplirla —indicó con total seguridad.

—Por si no lo recuerdas, Virginia era una dama, era educada, sabía escribir y leer, sabía comportarse frente a los extraños… Tenía tantas

cualidades mi hermosa niña; y, sí, era una campesina, pero jamás se avergonzó de ello. —Olivia apenas contenía su llanto, se sentía dolida y furiosa con ese hombre que llegaba a robarles a su ángel.

—No, nunca lo hizo… —concedió Stephen y bajó la cabeza dejando escapar un suspiro—. Pero también quiso otras cosas, solo que nunca se las dijo, para no hacerlas sentir mal, porque sabía que ustedes no podían dárselas.

Se detuvo sin saber si debía continuar, no quería lastimar a Julia y Olivia, sabía que su esposa siempre les había ocultado algunos de sus sueños, pero en ese momento él debía luchar por ofrecerle a Victoria todo lo que su madre no pudo tener.

—Ella soñaba con viajar por el mundo, conocer otras culturas y nuevas personas. Recuerdo la primera vez que la llevé a Nueva York, cómo observaba todo, como si hubiese entrado a un mundo distinto; y a veces se sentía mal, por no saber usar los cubiertos de cada plato, por no saber la diferencia entre las telas de sus vestidos nuevos, por no saber expresar sus emociones como lo hacían las otras damas, cuando le preguntaron su opinión, la primera vez que fuimos al teatro. Se sentía frustrada, se molestaba y me decía que debía volver con mi familia, buscar una esposa que estuviera a mi altura, que supiera hablar y comportarse… Mi adorada Virginia nunca se sintió digna de ser una Anderson, y yo no quiero que Victoria sufra lo mismo el día que yo falte y ella deba asumir todo lo que conlleva ser mi sucesora. No quiero que se sienta indigna de su apellido, tanto ella como su difunta madre lo merecían, porque yo se los di, porque las dos son parte de mí —expresó Stephen, y a esas alturas, ya las lágrimas colmaban sus ojos.

Las dos mujeres se quedaron en silencio, analizando cada una de las palabras del joven heredero, sintiendo que no podían cegarse ante esa realidad. Ambas eran conscientes de que su sobrina Virginia siempre estuvo destinada para algo más que quedarse allí, criando animales o atendiendo el huerto.

Desde pequeña mostró curiosidad por conocer el mundo que estaba más allá de la pequeña granja de los Hoffman; y ellas podían apreciar ese mismo interés en la pequeña Victoria. No era justo que ellas la limitaran a quedarse allí, no cuando tenía la posibilidad que su madre nunca tuvo.

Se miraron en silencio por unos segundos, y no hicieron falta palabras para entender lo que sus miradas expresaban.

—¿Cuándo te la llevarás? —Julia hizo la pregunta más difícil.

Olivia solo consiguió sollozar, pero no protestó; ella amaba demasiado a su pequeña como para cortarle las alas.

—Planeaba instalarme en la mansión la próxima semana.

—¿Tan pronto? —preguntaron a la vez, sintiendo que se quedaban

sin aire.

—Mi hermana Margot me necesita —respondió mirándolas con pesar, a él también le dolía lo que estaba haciendo.

—Comprendemos —susurró Julia, a quien esa noticia casi le secuestraba la voz. Tragó en seco para pasar esa sensación y poder continuar—, supongo que deberemos notificarle a la niña.

—No es necesario que lo hagan en este momento. —Stephen sabía lo difícil que sería para Victoria separarse de sus tías abuelas; quería ahorrarle días de pena, por eso prefería esperar.

—Es mejor que se haga de una vez, así todas nos iremos haciendo a la idea —mencionó Olivia sonándose la nariz con su pañuelo.

—Estoy de acuerdo con mi hermana —indicó Julia con la mirada puesta en sus manos, a pesar de ser la más fuerte de las dos, esa noticia la tenía también devastada.

—Bien…, entonces iré por ella —mencionó Stephen, y salió del salón.

Las dos mujeres se permitieron llorar con libertad en cuanto quedaron solas; sentían que les estaban arrancando una parte de sus corazones y sus almas. Victoria había llegado para llenar el vacío que había dejado Virginia, y perderla ahora, después de haberse hecho a la idea de que estarían juntas hasta que su niña fuese toda una mujer, sencillamente las devastaba, se unieron en un abrazo muy fuerte para brindarse apoyo.

Un par de lágrimas pesadas se estrellaron sobre las pequeñas y algo regordetas manos de Victoria, la niña aún no terminaba de asimilar que su vida cambiaría a partir de ese día. Cuando recibió la noticia por parte de su padre, su primera reacción fue emocionarse, pues en verdad deseaba compartir con él a diario, no solo verlo algunas veces al mes, pero cuando sus tías le dijeron que ellas no podrían acompañarla, sintió que su maravilloso y perfecto mundo se desmoronaba.

—Mi ángel, podrás venir a visitarnos cada vez que lo desees. —Olivia intentaba consolar a la niña, acariciándole el cabello.

—Y nosotras también iremos muy seguido a verte, Vicky, no debes estar triste —agregó Julia, reuniendo toda su fortaleza para no llorar.

—Tus tías tienen razón, mi amor… Ya verás que los días pasan rápido, y cuando se vean de nuevo, tendrás un montón de cosas que contarles. —Stephen también buscaba hacer ese momento menos difícil para su hija, a él mismo le estaba costando.

—¿Por qué no pueden venir con nosotros? —preguntó, luego de sollozar, y elevó sus impresionantes ojos verdes para mirar a su padre.

Él se quedó enmudecido ante esa imagen, le partía el corazón verla llorar de esa manera; desde que nació, se había prometido hacerla feliz siempre, y era perfectamente consciente en ese instante de que

solo él era el responsable de esas lágrimas que su hija derramaba.

—Vicky…, no podemos ir porque debemos encargarnos de la granja… ¿Quién cuidará de los animales si nos vamos? —preguntó Julia, al ver que Stephen no sabía darle una respuesta.

—Le pueden decir a Tom que venga todos los días a alimentarlos. Estoy segura de que el señor Ormond no tendrá problemas —respondió enseguida, dándoles una solución.

—Eso no es posible, mi ángel, el señor Ormond tiene asuntos que atender en su granja y necesita de la ayuda de Tom; además, también tenemos el huerto. Encargarse de la granja es mucho trabajo para un chico de diez años.

—Pero tía… —Un nuevo sollozo le rompió la voz—, si es así, no quiero irme. No me quiero ir, papá.

Los tres adultos la vieron cruzar los brazos sobre su pequeño pecho y fruncir los labios, allí estaba ese carácter que había heredado de los Anderson. Stephen suspiró al tiempo que se mecía el cabello con la mano, y las dos mujeres compartieron una mirada. Sabían que debían ayudarlo a convencer a la niña.

—Victoria, debes comprender… Tu papá hace todo esto por tu bien, vas a poder viajar en tren…, quizá hasta en barco. Vas a tener una habitación más grande, llena de juguetes… Y harás muchos amigos.

—No quiero nada de eso, solo quiero quedarme. Aquí ya tengo a mis amigos, la señora Cuak Cuak y sus hijitos, las señoras Teodora y Clotilde, la señora Machas y el pequeño Lucero… —dijo, refriéndose a una pata con cinco críos, dos gallinas, una vaca y el becerro que había nacido un mes atrás.

—Vicky, mi amor… Esos son animales, no son personas, como nosotros… ¿No te gustaría tener amiguitas, niñas así como tú? Mi sobrina Deborah, tiene una niña de tu edad, se llama Elisa, seguro se llevarán muy bien en cuanto se conozcan… También conocerás a tus primos Christian, Sean y Anthony. Los pobres acaban de perder a sus papás y están muy tristes. Sé que tú podrás ayudarlos a sentirse mejor. —dijo Stephen, mirándola a los ojos.

—¿Se fueron al cielo con mami? —inquirió, desbordando curiosidad.

—Sí, y los pequeños están muy tristes. Necesitan de alguien como tú, con un gran corazón como el que posees, para que los haga felices de nuevo —contestó Stephen, señalando con su dedo el pecho de su hija.

La actitud de la niña cambió por completo justo en ese instante, sabía que no tener a su mamá era muy triste; por lo menos ella contaba con la presencia de su papá, pero sus primos ni siquiera tenían eso, debía ayudarlos a superar su pena, los haría reír.

—¿Crees que yo les agrade? —preguntó sintiéndose un poco

dudosa, no conocía a muchos niños.

—¡Claro que sí! Te van a adorar en cuanto te conozcan —mencionó con entusiasmo, al tiempo que le sonreía y le acariciaba el cabello.

—Debes ir, mi niña, debes llenar de alegría ese hogar —esbozó Olivia con los ojos brillantes de lágrimas y felicidad.

Julia también asintió en silencio, aprobando la idea. Le dedicó una sonrisa sincera, comprendiendo que así como Victoria llegó para alejar la tristeza de ellas por la pérdida de Virginia, era el momento de que ayudara a otras personas; y estaba segura de que lo conseguiría, porque su pequeña era un ángel, un hermoso sol.

Minutos después se despedía de sus tías, quienes habían sido más unas madres para ella; les prometió que iría muy pronto a verlas y les pidió que cuidaran mucho de todos sus amigos animales. Agarró su inseparable muñeca de trapo y subió al elegante auto que esperaba por su padre y por ella.

Margot se encontraba en el antiguo despacho de su padre, organizando unos documentos que debía presentarle a Stephen, para que tuviera mayor conocimiento sobre el estado real de las entidades Anderson, cuando escuchó un suave toque en la puerta que la hizo levantar la mirada del montón de papeles; se quitó los anteojos y procedió a dar la orden para que entraran.

—Señora, disculpe que la interrumpa, pero me pidió que le avisara en cuanto su hermano llegara —mencionó Dinora, con su tono formal.

—¿Ya está aquí? —preguntó al ama de llaves, mientras se ponía de pie y acomodaba su elegante vestido negro.

—Así es, señora, el auto está cerca de la casa —respondió con seguridad. Desde su puesto en el gran salón de la mansión se podía ver cada auto que ingresaba a la propiedad.

—Bien…, avísale a los niños. Vamos a darles la bienvenida a mi hermano y a su hija. —Esas palabras no llevaban impresa la emoción que deberían; por el contrario, sonaron frías.

—Enseguida, señora; con su permiso.

La mujer se retiró para encargarse de disponer todo; ella, al igual que la mayoría de los empleados, sí estaba feliz de tener al señor Anderson y a la pequeña Victoria en casa.

Sabían que tenerlos allí le haría mucho bien al ánimo de los chicos, y llenarían de alegría ese lugar que de tantas tragedias, ya se estaba pareciendo a un mausoleo.

Margot se reunió junto a sus tres sobrinos nietos y el resto del personal de la mansión para recibir a su hermano. No podía negar que le causaba cierta curiosidad conocer a la niña, nunca la había visto, aunque tampoco estaba del todo ignorante de su vida.

Sin embargo, no podía decir que la idea de tenerla en la casa la

hiciera feliz. La consideraba una pequeña salvaje, por haberse criado en aquel pequeño pueblo perdido entre las montañas, recibiendo apenas la precaria educación que pudieron darle sus tías.

Capítulo 4

Los pequeños ojos y la boca de Victoria se abrieron con asombro al ver la casa donde viviría, nunca había visto una tan grande; pensó que así debían ser los castillos de las princesas, esos que aparecían en los cuentos que su tía Olivia le leía todas las noches antes de dormir.

Buscó a su papá con la mirada llena de curiosidad y sorpresa, nunca hubiera imaginado que él fuera como los reyes; siempre lo había visto llevando su uniforme militar.

—Papi, ¿eres un rey? —preguntó, parpadeando.

Stephen soltó una carcajada y acarició la suave cabellera de su hija, mientras le daba un beso en la frente.

—No, no soy un rey… Aunque tú sí eres una princesa, eres mi princesa —respondió, sonriéndole.

—Pero esto es un castillo, como en mis cuentos.

—Es bastante grande, sí, pero no es un castillo. Cuando crezcas te llevaré a Europa, para que veas uno de verdad; allí hay muchos, y todos son hermosos… Ya los verás —dijo con entusiasmo, solo de pensar que le podría brindar aquello que no pudo darle a Virginia.

Ella asintió, regalándole la más brillante de sus sonrisas; recibió la mano de su padre mientras su mirada regresaba a la inmensa casa frente a sus ojos.

El auto se detuvo y de inmediato el chofer bajó para abrirle la puerta al señor, siguiendo el estricto protocolo que había llevado desde que entró como chofer de los Anderson, hacía ya unos quince años. Después caminó hasta el maletero y tomó las pertenencias de padre e hija.

—Bienvenidos a su hogar —mencionó Margot, intentando fingir emoción, al tiempo que se acercaba a ellos.

—Muchas gracias, hermana.

A Stephen no conseguía engañarlo, era evidente que solo estaba actuando; sin embargo, eso no le importaba, siempre que cumpliera con su parte del trato se daba por complacido, pues tampoco había llegado hasta esa casa con la esperanza de volver a ser los hermanos de antes, que a decir verdad, tampoco es que fueron muy unidos.

—Muchas gracias, no esperaba un recibimiento tan formal.

—Es lo que se acostumbra, Stephen, a partir de hoy serás el nuevo señor de la mansión Anderson —acotó ella, con una sonrisa cargada de hipocresía porque odiaba esa situación, pero no tenía más opción, su condición de mujer le impedía llevar ese título; finalmente, miró a la niña junto a su hermano—. Y ella debe ser tu hija…

—Es un placer conocerla, señora. Victoria Anderson Hoffman.

La niña se presentó, extendiéndole la mano y dejando ver una gran sonrisa, tal y como le habían dicho sus tías que debía hacer cuando al fin conociera a la hermana de su papá.

—Es encantadora —expresó sonriendo, aunque no lo hacía con sinceridad, pues le pareció una actitud algo osada para una niña de siete años. Enseguida fue tomando nota mental de lo que debía cambiar—. Desde hoy puedes llamarme tía Margot. Te presentaré a los chicos, esperaban ansiosos tu llegada.

Victoria asintió en silencio sin dejar de sonreír, su padre la tomó de la mano y subieron las escaleras detrás de su tía Margot; de pronto se encontró frente a tres chicos que parecían ser mayores que ella.

Su mirada verde se topó con la gris del más alto, quien tenía el cabello castaño oscuro y la piel muy blanca, como si no tomara sol.

Después con la marrón del muchacho que se encontraba en medio, ese era un poco más bajo, con el cabello cobrizo y un aire más sofisticado; y por último, miró al rubio de hermosos ojos celestes y linda sonrisa, que al igual que los dos anteriores, la miraba con mucha curiosidad y algo de diversión.

—Ellos son Christian, Sean y Anthony… Son hijos de tu prima Alicia y su esposo Paul. Ambos nos dejaron hace poco, por eso me los traje a vivir aquí, para cuidar de ellos… Así como haré contigo a partir de este día —pronunció con ese tono formal, carente de emoción; como si no se dirigiese a una niña de siete años, sino a una mujer adulta, con plena comprensión de la vida.

—Sus padres están ahora en el cielo, como mi mamá.

—Así es, mi amor —respondió Stephen con ternura.

Victoria se acercó a cada uno, les extendió su pequeña mano mostrando una sonrisa, con la que esperaba desde ese instante comenzar a alegrarlos.

—Encantada de conocerlos, Victoria Anderson Hoffman.

La pequeña contó con la suerte de ser acogida por los tres chicos, quienes de inmediato buscaron hacerla sentir bienvenida; y se presentaron como el protocolo demandaba.

Después la llevaron al salón de juegos, donde ya los esperaban una bandeja de galletas y tazas de chocolate caliente, para contrarrestar el intenso frío de invierno.

Ellos se sentían expectantes ante la llegada de la hija de su tío abuelo. Habían escuchado al personal decir que era una niña, pero nunca la imaginaron tan bonita; tenía el color del cabello de su madre Alicia, solo que los de ella caían en una cascada de rizos dorados, que resplandecían con los rayos de sol que entraban por los grandes ventanales de la mansión.

Solo les bastó unos minutos para sentirse realmente dichosos de

tener una nueva compañía en la mansión, pues la rigidez de la tía Margot solo los hacía más conscientes de la muerte de sus padres, y los deprimía más cada día.

Victoria consiguió ganarse el aprecio de los tres con su candidez y simpatía, además de su gran parecido con su difunta madre.

Margot le pidió a Stephen que la acompañara hasta el despacho, debían tratar asuntos importantes.

—Hace un momento dijiste que yo era el nuevo señor de esta casa —mencionó Stephen, mirando por el ventanal.

—Y así es —respondió Margot de inmediato.

—No me parece justo, tú llevas años en este lugar, estuviste al lado de nuestro padre siempre, fuiste quien se hizo cargo de él, en sus últimos días… Eres quien merece llevar las riendas de la misma.

—Sabes perfectamente cómo son las costumbres en nuestra familia, esta casa le pertenecía a nuestro padre; al morir este, pasó a Bernard. Ahora te corresponde a ti… Yo tengo la que me heredó mi marido, y si no estoy allá, es porque desde aquí puedo manejar mejor lo relacionado con los bancos.

—Pues yo no he venido a reclamar nada ni a imponerme sobre ti.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó sintiéndose intrigada.

—Que todo seguirá igual que hasta ahora, que el personal de la mansión no tiene porqué rendirme cuentas a mí de nada, tampoco te restaré autoridad delante de ellos, esta es tu casa, Margot. Mi hija y yo solo somos tus huéspedes, no tienes porqué ir por allí, rindiéndonos pleitesía; solo con ser cordial nos bastará —expresó mirándola a los ojos.

—No lo comprendo, sabes que las mujeres Anderson debemos seguir ciertas costumbres, y esto no está dentro de las…

—Sabes que hace años dejé de seguir las normas de esta familia, me da igual si se cumplen o no; la verdad es que nunca estuve muy de acuerdo con ello. Hombres y mujeres deberían tener los mismos derechos, ¿o acaso no hay reyes y reinas también?

Vio que ella se quedaba en silencio, pero mostraba una sonrisa tímida, una que él le veía por primera vez; y que, de alguna manera, lo hizo sentir satisfecho con su manera de proceder.

No estaba allí en busca de reconocimientos ni fortuna. Únicamente quería darle a su hija una buena educación, cumplir con la promesa que le había hecho a Virginia y ayudar a Margot tanto como le fuera posible, solo eso.

Los días pasaron y las cosas en la mansión Anderson cada día marchaban mejor para padre e hija. Stephen se empapó de toda la información que necesitaba para asesorar a Margot de inmediato, y se presentó junto a ella en la sede principal de los bancos Anderson,

ubicada en la ciudad de Chicago.

Mientras eso sucedía, Victoria recibía la visita de tres institutrices, que Margot había contratado previo a su llegada; al inicio, la pequeña se sentía agotada de tantas cosas que debía aprender, pero una de sus maestras le enseñó un truco para memorizar con mayor eficacia cada lección, y era crear canciones o juegos de palabras.

Sin embargo, no todo iba a resultar color de rosa para la niña. Deborah, la hija mayor de Bernard, veía a la niña como una intrusa y una afrenta al buen nombre de los Anderson; se negaba a reconocerla como parte de la familia, a pesar de ser primas; y comenzó a sembrar en sus hijos Daniel y Elisa el mismo resentimiento.

La mujer incluso se negó a visitar la mansión Anderson mientras Stephen y esa niña estuviesen allí; le tenía especial resentimiento a su tío, pues de cierta manera, lo consideraba culpable de la pesada carga que llevó su padre en los últimos meses de vida, ya que no atendió al pedido de su abuelo, para que lo ayudase con los negocios, sino que se mantuvo en su postura rebelde.

Dos meses después Stephen se vio en la obligación de viajar a Europa, para atender la grave situación que atravesaban los negocios de los Anderson en el viejo continente; debido a las amenazas de una posible guerra entre Alemania e Inglaterra.

—Dijiste que nunca más nos separaríamos. —Le reprochó Victoria, en medio de sollozos.

—Mi amor, sé lo que dije…, pero solo será por poco tiempo; estaré de regreso muy, muy pronto. No quisiera separarme de ti, princesa, lo sabes… —decía, intentando ver los preciosos ojos verdes que le rehuían, castigándolo sin piedad.

—No es justo…, estoy haciendo todo lo que me pediste, me he portado bien, he dejado de subirme a los árboles, de andar descalza, no he vuelto a las caballerizas sola; incluso, ya no como tanto postre, porque la tía dice que eso me hace mal.

—Vicky…, sé que te has portado bien, hija, estoy muy orgulloso de ti por ello, pero esto es algo a lo que no puedo negarme. Vine aquí para ayudar a tu tía Margot, le hice una promesa, cariño. —Él intentaba que ella entendiera, aunque comprendía que se sintiera dolida e insegura por su ausencia.

—Quiero regresar con mis tías… —pidió, mirándolo a los ojos con esa mezcla de dolor y exigencia.

—¿Acaso ya no te sientes bien aquí? ¿Alguien te ha hecho sentir mal o te ha ofendido?, ¿ya no te llevas bien con tus primos? —preguntó, buscando de nuevo su mirada; suspiró, intentando dar con las palabras correctas.

—No, aquí todos son amables…, pero los chicos me dijeron que su papá se fue en un viaje y nunca más regresó. Si a ti te pasa lo mismo,

si nunca más vas a volver…, yo quiero quedarme con mis tías. —Un sollozo le rompió la voz.

—Princesa…, Vicky, a mí no me pasará nada. Mi amor, mírame… —Le acunó el rostro con las manos—. Tú no me vas a perder nunca, yo siempre voy a regresar a ti… Siempre. Te lo prometo.

—Papá… —Ella rompió en llanto y se abrazó a él, temblando de pies a cabeza, temiendo que no pudiera cumplir su promesa.

Stephen la abrazó con mucha fuerza, envolviéndola entre sus brazos para llenarla de confianza, queriendo alejar de ella todos esos miedos. Se quedó a su lado hasta que consiguió calmarla y convencerla de que él regresaría, que no le pasaría nada en ese viaje.

Capítulo 5

Al día siguiente Stephen dejó a su pequeña a cargo de Margot, quien se comprometió a velar por ella en su ausencia, y le aseguró que haría de ella una pequeña dama, para que a su regreso estuviese orgulloso.

Las cosas comenzaron a complicarse para la pequeña a los pocos días de la partida de su padre, cuando Deborah Lerman aprovechó para hacer acto de presencia en la mansión, junto a sus hijos Daniel y Elisa.

La mujer no podía negar la curiosidad que sentía por conocer a la «pequeña intrusa», y sus hijos por igual, quienes no tardaron en hacerle sentir su odio en esa primera visita. Llegaron hasta el salón que ocupaba Victoria para estudiar y jugar con su muñeca de trapo, entraron como si fueran los dueños del lugar; y cuando la niña se puso de pie para saludarlos la ignoraron, la dejaron con la mano extendida.

—Hola…, soy Victoria Anderson Hoffman —repitió, pensando que no la habían escuchado la primera vez.

—Ya deja de decir estupideces, niña, no eres una Anderson… Solo eres una pequeña intrusa —mencionó Elisa, mirándola con rabia.

Victoria se quedó con la boca abierta, sin saber cómo responder a esas palabras; jamás la habían llamado de esa manera, así que no sabía lo que significaban, pero por el tono de voz que la pelirroja había usado y por cómo la miraba suponía que sería algún insulto.

—No comprendo… —susurró con timidez.

—Elisa, deja de perder tu tiempo hablándole, ¿no ves que no sabe comunicarse como nosotros? La criaron en el campo, como a las bestias… Seguro tu yegua tiene más inteligencia que ella.

Daniel le dedicó una mirada cargada de burla.

—Hablarle de esa manera a las personas es de mala educación. —Victoria intentó captar la atención del niño, pero él la ignoró.

—¿Y acaso tú sabes algo de educación? ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en esta casa para que ya te creas tan culta? —cuestionó Elisa, mirando con desprecio el vestido azul cielo que la niña llevaba.

—Mi papá dice que soy una dama. —Ella se defendió de inmediato, irguiéndose orgullosa.

—Tu papá es un mentiroso, un malagradecido y un rebelde… Es la vergüenza de esta familia. —Elisa repitió las palabras que muchas veces le había escuchado decir a su madre.

—Mi papá no es nada de eso —pronunció Victoria, con una mezcla de rabia y dolor que hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas—. Deja

de decir esas cosas de él…

—Además de bruta también eres tonta. —Elisa soltó una carcajada —. ¿Sabes lo que deberías hacer, pequeña intrusa? Deberías regresar al lugar de donde viniste y ahorrarle más vergüenzas a esta familia; jamás serás una dama…, jamás serás una Anderson.

Victoria no podía creer que esos niños fueran tan malvados, su papá le había dicho que Elisa estaría encantada de ser su amiga en cuanto la conociese, pero había sido todo lo contrario, la despreciaba.

—Yo soy Victoria Anderson Hoffman… Y soy hija de Stephen… —decía, cuando el chico habló, interrumpiéndola.

—¡Oh, por favor! En serio es tonta… Mejor no sigamos perdiendo el tiempo, ella no va a durar mucho tiempo aquí; la tía abuela no soportará su presencia —mencionó, aburrido.

—¡Ya dejen de decir esas cosas! —Victoria no pudo contenerse y gritó mientras dejaba correr sus lágrimas.

Ambos hermanos se sorprendieron al principio, pero después el asombro fue reemplazado por la rabia; nunca nadie les había gritado, menos una recogida como esa.

Elisa fue la primera en reaccionar, se acercó a ella dispuesta a pegarle, pero Daniel fue más rápido y la detuvo, no debían hacer un escándalo, así que pensó en cobrarle con algo más. Era consciente de que los caballeros no debían pegarles a las damas.

Así que observó a su alrededor, buscando algo que le permitiera vengarse; dio con una vieja y fea muñeca de trapo, que supuso sería de la pequeña intrusa; la agarró por uno de los brazos y comenzó a moverla con fuerza para romperla.

—¡No hagas eso! ¡Es Miss Ponny! ¡Le harás daño! —Victoria extendía sus brazos, intentando alcanzar a la muñeca para salvarla, pero su corta estatura le impedía hacerlo.

—Si la quieres de regreso, tendrás que prometernos que te irás de esta casa y nunca más volverás. —Daniel comenzó a jugar con ella, acercándole la muñeca y después alejándola.

—Dámela, por favor…, es mía… La vas a romper —expresó en medio de sollozos y de saltos, intentando alcanzarla.

—¡Promete lo que te pedí! Promete que te irás de esta casa y le dirás a tu padre que se vaya contigo, que saldrán de aquí —exigió una vez más, mirándola con molestia.

—¡No haré nada de eso! ¡Esta es la casa de mi papá! —dijo perdiendo la paciencia y le dio un fuerte puntapié en la pantorrilla a Daniel, para ver si conseguía que soltara la muñeca.

—¡Estúpida mocosa! Ya verás… —La acechó amenazante.

—Lanza a la muñeca por la ventana, Daniel —sugirió Elisa, con una sonrisa malévola, mientras caminaba para abrirla.

—¡No! ¡No lo hagas! ¡Por favor! —Victoria rogaba sin cesar, en sus

intentos por salvar a su muñeca.

—¿Serías capaz de lanzarte tras ella para evitar que cayera? —preguntó él mostrando media sonrisa y la misma maldad que su hermana en la mirada marrón.

Victoria se quedó en silencio sollozando, no era tonta, sabía que estaban muy alto y que podía ser peligroso, ya antes se había caído de algunos árboles en la casa de sus tías y sabía lo doloroso que era.

—Por favor…, solo regrésame a Miss Ponny… La hizo mi mamá para mí, antes de irse al cielo —suplicó con la voz ahogada en llanto.

—¿Sí? …, pues creo que ya es hora de que se reúna con tu mamita —dijo extendiéndola fuera del ventanal, mientras la miraba sin condolerse de ella, ni de esos impresionantes ojos verdes que lo miraban inundados en lágrimas y dolor.

De pronto escucharon el estruendo de la puerta al abrirse y los tres se sobresaltaron, Daniel estuvo a punto de dejar caer a la sucia muñeca, cuando el miedo lo puso a temblar. Sus tres primos lo miraban con verdadero odio y se acercaron a él de manera amenazante.

—¡Daniel, suelta eso de inmediato! —exigió Anthony, caminando con decisión hacia él.

—¡Eres un miserable! ¿Qué pretendías hacer con la muñeca de Vicky? —preguntó Sean, siguiendo a su hermano.

—Nada…, nada… —Se excusó Daniel con voz temblorosa, alejándose de la ventana.

—Solo estábamos jugando, chicos… —Elisa buscó defender a su hermano de inmediato y se acercó a Anthony.

—No es lo que parece —mencionó Christian, quien era el más pacífico, pero podía ver claramente lo que los Lerman le hacían a Victoria, y por si le quedaban dudas, las lágrimas de la niña se lo confirmaban—. Dinos qué ocurrió, Vicky —pidió, mirándola.

—Ellos la estaban molestando, ¿acaso no ves que está llorando? —cuestionó Anthony y agarró a Daniel por la camisa con violencia, estaba dispuesto a enseñarle a no ensañarse con las damas.

Victoria no sabía qué decir, seguía aterrada por lo que estuvo a punto de pasarle a su muñeca, veía a los tres hermanos esperando una explicación, a Daniel mirándola suplicante, para que mintiera en su favor; y a Elisa mirarla con odio, amenazándola de esa manera.

Separó sus pequeños labios para decirles la verdad, porque sus tías le habían enseñado que mentir era pecado; así que sin importarle la mirada iracunda de la pelirroja, posó sus ojos verdes en Anthony, confiando en que él la mantendría a salvo.

—Ellos entraron aquí y pensé que deseaban jugar conmigo, pero comenzaron a decirme muchas cosas que no entendía… Cuando se los hice saber, me llamaron bruta, tonta… —Se detuvo para recordar esa

palabra que no había escuchado antes, al fin dio con ella—. Me dijeron: pequeña intrusa…, y que mi papá es un mentiroso. —Dejó libre todos los sollozos atorados en su garganta.

—¡Está mintiendo! —exclamó Elisa, mostrándose indignada.

—Lo está inventando todo, nunca la tratamos mal… Solo queríamos conocerla. —Daniel también intentó defenderse de las acusaciones, al tiempo que forcejeaba para liberarse.

—¡Es la verdad! Ustedes me trataron mal e intentaron lanzar a Miss Ponny por la ventana.

—¿Es eso cierto? —preguntó Christian, mirando a Daniel; ejerciendo su papel de juez, al ser el mayor de los presentes.

—Yo… solo…, solo estaba viendo a la muñeca, no le iba a hacer nada… ¡Toma! —dijo lanzándola con rabia hacia donde estaba esa estúpida mocosa.

—¡No! ¡Miss Ponny!

Victoria corrió para recogerla, nunca había tratado mal a su muñeca, porque sus tías le dijeron que su mamá la había confeccionado especialmente para ella, con mucho amor.

—¡Eres malvado! —expresó en medio de sollozos que se hicieron más fuertes al ver que casi le había desprendido un brazo.

—Vas a pagar por esto. —Anthony le asestó un golpe en la mejilla a Daniel, y estaba por darle otro cuando Sean le quitó la oportunidad, agarrándolo por el brazo para detenerlo.

—Déjame que yo también le enseñe cómo se debe tratar las damas —pidió, mirándolo a los ojos, y apenas tuvo la libertad de movimiento empujó a Daniel, provocando que cayera sentado.

—¡Ya basta! ¡Déjenlo en paz o llamaré a la abuela! —Los amenazó Elisa, saliendo en auxilio de su hermano.

—Chicos…, vamos a calmarnos. No debemos dar estos espectáculos delante de las niñas.

Una vez más, Christian trataba de solucionar las cosas de manera pacífica, sabía que controlar el carácter de sus dos hermanos menores era muy complicado, pero lo que hacían estaba mal, no podían ser dos contra uno, eso no era honesto.

—Alguien tiene que enseñarle, si su padre no lo hace —mencionó Anthony, reforzando su postura, dispuesto a cumplir su palabra.

—No me hagan daño…, no me lastimen. —Daniel intentaba cubrirse la cara para evitar los golpes, la mejilla le dolía mucho.

—Entonces, pídele una disculpa a Vicky —exigió Sean, mirándolo.

—No te rebajes ante esa intrusa, Daniel…

El joven moreno seguía mirando a sus dos agresores con terror y, después, posó su mirada en la pequeña de abundante cabello rizado, que continuaba sollozando, aferrada a su muñeca.

—¿Se puede saber qué sucede aquí? ¿Por qué tanto escándalo? —

demandó Margot, entrando al lugar. Los gritos de los chicos se escuchaban hasta el pasillo.

—¡Oh, por Dios! ¡Daniel, pequeño! —Deborah caminó de prisa para ir al rescate de su hijo, quien estaba tirado en la alfombra.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Él se puso de pie y fue con rapidez a buscar refugio en el regazo de su madre, esforzándose por no llorar delante de los chicos, para que no le hicieran burla. Si ya antes los odiaba, sentía que en ese momento lo hacía mucho más.

—Christian, dime qué ocurrió —pidió Margot, mirando al mayor.

—Cuando llegamos, Daniel y Elisa estaban aquí, y Vicky lloraba.

—Ellos llegaron a insultarla y la amenazaron con lanzar su muñeca por la ventana. —Sean dio la versión de lo que le había contado.

—¡Eso es mentira! —acotó Elisa, de inmediato.

—¡Es verdad! —exclamó Victoria, con el dolor y la rabia haciendo estragos en ella, quería que pagaran por haber lastimado a Miss Ponny.

—¡Silencio! —ordenó Margot—. Las damas jamás se expresan a los gritos. Victoria viene del campo y no ha sido correctamente educada, pero tú, Elisa, ya deberías saberlo. —La miró con reproche.

—Abuela…, es que me siento indignada, todo esto sucedió por las mentiras de esa intrusa…

—Elisa. —Deborah le llamó la atención antes de que fuera a hablar de más, les había dicho muchas veces que debían cuidar sus palabras delante de la matrona—. Tía, disculpe todo este alboroto, creo que los juegos se le salieron de las manos a los niños.

—Con todo respeto, tía Deborah, debería enseñarle a Daniel a tratar a las damas, no es de caballeros aprovecharse de una niña indefensa.

—Ella me atacó primero. —Daniel salió en su defensa.

—Eso es cierto, solo estábamos intentando entablar una conversación con ella y, de un momento a otro, atacó a mi hermano, le dio un puntapié —mencionó Elisa, mirando a su madre a los ojos.

—¿Hiciste eso Victoria? —cuestionó Margot, al ver que la niña se quedaba en silencio, sin defenderse.

—Él estaba haciéndole daño a Miss Ponny… —susurró, bajando la mirada, apretando a la muñeca a su pecho.

Todos se quedaron en silencio, esperando una respuesta por parte de la matrona. Deborah sabía que la reprendería, pues, su actitud había sido inaceptable. Intentó esconder su sonrisa de satisfacción, al parecer, sacar a esa intrusa de la mansión Anderson sería más fácil de lo que suponía, y, detrás de ella, esperaba que se fuera Stephen.

—Me disculpa, tía Margot, pero creo que es mejor que me lleve a mis hijos, le pido perdón por la actitud de ambos; créame, indagaré en lo sucedido y tomaré las medidas que sean necesarias para que un

episodio tan bochornoso como este no vuelva a repetirse —mencionó, mirando a la mujer con fingida vergüenza.

—Ve…, ve, hija; gracias por venir a vernos, y disculpa tú también el mal momento, yo haré lo mismo. Y ninguno de ustedes se marchará de este lugar hasta que me digan la verdad, ¿entendido? —dijo mirando a los tres chicos y a Victoria.

Deborah se marchó llevándose a sus dos hijos sin despedirse de sus sobrinos o darles la bendición. Nunca había sido muy partidaria de la manera en la cual su hermana Alicia los había criado. Había hecho de ellos unos rebeldes, igual que su hermano Brandon.

Margot miró de forma severa a los niños, hasta el momento la niña no le había dado mayores dolores de cabeza, pero lo ocurrido esa tarde era algo que no podía pasar por alto.

—Y bien, ¿quién de ustedes comienza? —preguntó para romper el silencio, vio que los chicos se miraban, buscando apoyo entre ellos, pero Victoria solo mantenía la mirada en el suelo—. Hazlo tú, Victoria, quiero escuchar tu versión de los hechos.

La niña elevó su mirada, que seguía brillante por las lágrimas; y se mostraba algo temerosa, además de triste. Suspiró antes de comenzar a relatarle a su tía Margot lo acontecido, esperando que ella le hiciera justicia a la pobre Miss Ponny, quien casi había perdido el brazo.

Sin embargo, para sorpresa de la pequeña Victoria, la mujer, aunque bien recriminó la manera de proceder de Daniel, la castigó por haberle pegado, porque ese no era el comportamiento de una dama; le reprochó y le dijo que debió acudir a ella, pero nunca recurrir a la violencia, porque eso solo lo hacían las personas sin educación.

Los chicos se sintieron furiosos por la actitud de la tía abuela, sabían que Daniel no recibiría ninguna reprimenda, porque su tía Deborah no hacía más que mimarlo siempre, no era la primera vez que ellos tenían un altercado y él salía airoso.

Anthony fue quien más protestó por la decisión de la matrona, y también terminó castigado; pero poco le importó, no se quedaría callado ante una injusticia.

—Todos a sus habitaciones, ahora, y se quedarán allí el fin de semana completo; solo bajarán para recibir sus comidas, y nada de juegos ni de paseos por el jardín. Están castigados y, espero, que con eso, reflexionen sobre sus actitudes, porque no pretendo criar a rebeldes, sino a tres hombres y a una mujer de bien —mencionó con autoridad mientras los miraba, advirtiéndoles que no aceptaría un berrinche más.

Capítulo 6

Después de ese día, los Lerman se ausentaron por un par de semanas, según Deborah, para no generar nuevos altercados entre los niños. Pero Margot, quien sabía que debía contar con todo el apoyo posible por parte de cada miembro de la familia, no estaba dispuesta a perder el de su sobrina, así que, le hizo una invitación especial para que no pudiera negarse, aunque se aseguró a sí misma que no perdería autoridad ante Deborah, porque eso también la perjudicaría.

La pequeña rubia se había negado a asistir a la reunión, pero Anthony, Christian y Sean estaban intentando convencerla, diciéndole que, si no se presentaba, la tomarían por una cobarde y nunca la respetarían, que debía hacer valer sus derechos.

Victoria, una vez más, pensó en su padre y en lo orgulloso que él estaría de ella a su regreso, si se portaba bien y la tía Margot le hablaba de sus grandes esfuerzos por convertirse en una dama. No quería que recibiera una sola queja de su parte, para que así decidiera quedarse a su lado para siempre y no se marchara nunca más.

—Está bien, bajaré con ustedes…, no seré una cobarde —dijo y soltó un suspiro pesado, como gesto de resignación.

—¡Así se habla, Vicky! —La alentó Christian, dándole un abrazo.

—Nosotros cuidaremos de ti, ¿verdad, Anthony? —preguntó Sean.

—Eso puedes tenerlo por seguro —respondió, entregándole una gran sonrisa y le ofreció su brazo para caminar con ella.

Durante esa visita, los tres guardianes de Victoria no se separaron de ella un solo momento, para evitar que Daniel y Elisa fueran a vengarse por lo sucedido.

Victoria intentó poner en práctica cada enseñanza de sus institutrices, recordando los modales que debía usar cuando estuviera en presencia de personas adultas. Sintiéndose nerviosa por las miradas que le dedicaba la tía Margot, además de triste y dolida, por la manera en la cual la miraba la señora Deborah Lerman.

Los chicos le habían dicho que ella era su prima y, le resultó extraño, pues le parecía una mujer muy mayor para serlo, pero entonces, ellos le explicaron que su difunto abuelo ya era un hombre mayor, que le llevaría al menos quince años a la tía abuela Margot, y unos veinte a su padre Stephen, que por eso la diferencia de edad entre ambas.

—Me agradaría más que ustedes fueran mis primos —comentó en voz baja, para no recibir una reprimenda.

—Bueno…, en realidad, tú eres como una tía de nosotros, Vicky —

mencionó Christian, basándose en el árbol familiar.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

—Sí, totalmente —confirmó, sonriendo, divertido.

Sean también se carcajeó al ver el asombro reflejado en el rostro de Victoria, la pobre estaría pensando que se veía como la tía abuela Margot. Se llevó una mano a la boca para controlarse al ver la mirada reprobatoria de la matrona.

Anthony, por su parte, no se sentía tan a gusto con ese parentesco, deseaba otro, pues él comenzaba a percibir sentimientos distintos hacia Victoria; le parecía la niña más hermosa que hubiera visto en su vida, cada vez que la tenía cerca, el corazón se le aceleraba; y, podía ver, que ella disfrutaba más de su compañía, que de la de sus hermanos.

—A mí puedes tratarme como desees, Vicky, si quieres que sea tu primo, lo seré… Seré lo que te haga más feliz —esbozó, mirándola a los ojos, deleitándose con ese verde intenso, como los campos.

Ella se sonrojó ante esas palabras y asintió, mostrando una sonrisa impregnada de timidez, que la hacía lucir muy bonita; sintiendo, además, que esa manera de mirarla de Anthony la ponía nerviosa; él se mostraba distinto a Christian y Sean, era más especial con ella.

De pronto, vio que la tía Margot y la señora Lerman miraban hacia la casa, como si notaran la presencia de alguien más; los chicos se giraron con mayor agilidad para ver de quién se trataba, pero ella, por seguir las normas de protocolo, tuvo que hacerlo lentamente.

Sin embargo, al descubrir que era su padre quien se aproximaba por el jardín, se olvidó de todas las reglas de decoro, ni siquiera se excusó con los demás invitados, solo se levantó de su silla, se recogió el largo y pesado vestido que llevaba, y corrió hasta él.

—¡Papi, papi, papi! —gritaba, sonriendo de felicidad y alivio.

La suave y cálida brisa de verano, desordenaba sus hermosos rizos dorados, al tiempo que le acariciaba el rostro, secando las lágrimas que había dejado correr por sus mejillas mientras se aproximaba a él. Se sentía tan contenta en ese instante, que era como estar dentro de un sueño; solo esperaba que nadie llegase a despertarla.

—¡Vicky! —Stephen la cargó en brazos, elevándola y mirándola con tanto amor. La había extrañado muchísimo en esos tres meses lejos.

—Papi… ¿En serio estás aquí? —preguntó, apoyando sus pequeñas manos en las mejillas de su padre, para tocarlo y comprobar que era verdad, que él estaba allí, que había regresado.

—Te prometí que regresaría a ti…, y aquí estoy, mi princesa —respondió, dándole besos, en esas tiernas mejillas que adoraba.

—Lo cumpliste…, papi, lo cumpliste… Soy tan feliz…, tan feliz —expresó, sollozando, y comenzó a besarle el rostro también.

La escena era tan hermosa, que conmovió a los tres hermanos,

aunque también los llenó de nostalgia, pues ellos se quedaron esperando el regreso de su padre. Sean, incluso, dejó escapar un par de lágrimas, pero con rapidez las limpió, pues un hombre no debía mostrarse de esa manera en presencia de otras personas; poco importaba que él no lo fuera en realidad, pues solo tenía doce años, pero igual debía ser maduro y afrontar sus penas con dignidad.

Margot, por su parte, también se sintió feliz de tener a Stephen de regreso, aunque sabía que todo había salido bien en el viaje, pues se mantenían en contacto por telegramas. El miedo de perder a alguien de la familia nuevamente nunca la dejaba en paz; así que, verlo allí, en perfecto estado, la llenaba de alivio.

Elisa y Daniel se sentían envidiosos de ese cariño que la pequeña intrusa recibía, y que ellos nunca habían percibido por parte de su progenitor, pues cada vez que su padre llegaba de viaje, lo único que hacía era darles un abrazo y subir a su habitación, alegando siempre que estaba cansado, y ellos se quedaban con los deseos de entregarle todo el cariño que guardaban durante las semanas de ausencia.

—Tía, Margot… ¿No le parece demasiado efusivo ese recibimiento? Ya es hora de que la hija de Stephen comience a comportarse como una dama; no puede andar por allí, corriendo, como si fuese un animal salvaje, ya no vive en el campo —indicó Deborah, asombrada.

—Victoria no actúa de esa manera constante, este arranque ha sido por la llegada de su padre, pero te aseguro que estoy poniendo mis mejores esfuerzos en hacer de ella una dama, y voy a conseguirlo.

—No dudo de su capacidad, por supuesto —acotó Deborah, de inmediato, al ver que el comentario le había caído mal—. Sé que usted puede tomar un trozo de carbón y hacer de este un diamante, es solo que me sorprendió esa actitud; tal vez, Stephen, también debería decirle cómo debe comportarse, pero mírelo…, él parece muy feliz, y se nota que la apoya, cuando debería reprochárselo.

—Los hombres poco saben de estas cosas, no te angusties de más, y deja que sea yo la que se encargue de ello; después de todo, a más de uno le he demostrado que puedo con los retos que la vida ha puesto frente a mí. Créeme, Victoria no será la excepción, haré de ella una mujer digna de llevar el apellido Anderson —mencionó con seguridad, elevando el rostro en un gesto de orgullo.

Ella sabía muy bien cómo hacer sus cosas, y no permitiría que nadie interfiriera en las mismas, no era tan ciega como para no darse cuenta de la mala voluntad que su sobrina le tenía a la pequeña; el altercado pasado, había dejado muy claro cómo Deborah consideraba a la niña: una pequeña intrusa. Pero no lo era, Victoria llevaba el carácter y la sangre de los Anderson en las venas.

Capítulo 7

El tiempo transcurría velozmente, y para Victoria, las semanas se convirtieron en meses, y los meses en años; cuando menos lo esperaba, comenzaba a hacerse una señorita.

Acababa de cumplir catorce años, y la tía Margot había logrado moldear su comportamiento, aunque seguía conservando en su interior a aquella niña risueña, traviesa y libre, que había pasado sus primeros años en el hermoso poblado de Barrington.

Se encontraba junto a su padre, en la terraza que daba al extraordinario rosal de la mansión Anderson, ese que era uno de los principales motivos de orgullo de Margot, y que la matrona cuidaba celosamente. Su hermano decía que ese y llevar las riendas de la mansión eran las únicas actividades femeninas que ella hacía, pues todo lo demás estaba relacionado con los bancos; y era lo que muchos llamaban «trabajo de hombres».

El tiempo transcurrido había afianzado la unión de Victoria con sus «primos», ellos acordaron ese trato para complacerla, pues les dijo que no se sentía como su tía, sino como alguien más cercano; sobre todo, porque era menor que ellos, y porque no quería llevar sobre sus hombros ese «sentido de responsabilidad», siendo tan joven.

Regresó de sus recuerdos al escuchar el sonido que hizo la hoja que acababa de pasar su padre, Stephen leía unos papeles que había traído del trabajo, y que, ella suponía, debían ser muy importantes, ya que llevaba rato enfocado en estos, y apenas le había mencionado un par de cosas, cuando, por lo general, siempre charlaban sobre cómo les había ido en su día, aunque fueran cosas banales.

Sin embargo, ella seguía vagando en sus pensamientos, y resultaba inútil poder concentrarse en el bordado que tenía en las manos; sobre todo, desde que escuchase la conversación entre su tía Margot y las señoras que la visitaron esa mañana. No había logrado sacar de su cabeza aquellas palabras.

Suspiró, una vez más, dejando en evidencia su molestia, al ver que se había equivocado de nuevo en un punto. Quiso lanzar el bastidor contra el suelo y brincarle encima, para descargar su frustración.

—Odio esto —murmuró, sin apartar la mirada de las siluetas de las rosas, en la que había estado trabajando durante tres días, y que apenas iban por la mitad.

—¿Por qué lo haces entonces? —preguntó Stephen.

La había escuchado quejarse y, aunque estaba leyendo, no estaba ignorante de ella, solo le hacía compañía en silencio.

—Porque la tía Margot dice que es necesario, que una dama debe saber bordar, tejer, tocar el piano. Mientras que los chicos…

Se interrumpió, acallando sus pensamientos, pues eso también debía hacerlo una dama. Si sus ideas expresaban desacuerdo con alguna de esas cosas, no debía decirlo jamás, o quedaría como una maleducada.

—¿Mientras que los chicos…? —Stephen la alentó a continuar, buscando la mirada esmeralda de su hija.

—Mientras que Anthony, Sean y Christian pueden montar a caballo, andar en bote, pescar…; incluso, construyeron una casa en un árbol y se la pasan allí todo el tiempo, pero yo ni siquiera sé cómo es, porque la tía nunca me deja salir de la casa… Me parece injusto… ¿Por qué ellos pueden, y yo no? —Dejó en libertad todo eso que se había guardado por semanas y que la hacía estar resentida.

Stephen se quedó en silencio, sin saber qué responderle a su hija, así era la sociedad, delimitaba tanto a hombres como a mujeres; pues, tampoco estaba bien visto que los chicos se dedicasen a artes más delicadas; si eso ocurría, era una deshonra para la familia, tal como lo era si se daba el caso contrario, y era la chica quien deseaba vivir las experiencias de las que disfrutaban los caballeros.

—En casa de mis tías Julia y Olivia, yo podía hacer las mismas cosas que hacía Tom, ordeñaba a la señora Manchas, alimentaba a las gallinas, sembraba en el huerto…; incluso, uno de los vaqueros de su rancho, nos estaba enseñando a enlazar el ganado, y yo era mejor que Tom —dijo, sintiéndose orgullosa al recordar todo eso.

—Mi amor…, Vicky, las cosas aquí son distintas, y a medida que pase el tiempo, van a serlo mucho más. Solo debes ver el lado bueno, ¿acaso no te gusta nada de lo que has aprendido hasta ahora? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Sí…, algunas, y la institutriz, Camelia, es muy amable conmigo, siempre me trae dulces, pero no me parece justo que tenga que pasar todo el día encerrada en la casa, papi…, o tener que pasar horas en compañía de la tía Margot, cuando no estoy estudiando. Ella siempre está mirando todo lo que hago, y si me equivoco, me reprende —expresó, con la voz entre cortada por las lágrimas que fueron inundando su garganta, y cristalizaron su mirada.

—Hablaré con tu tía…, quizá podamos acordar que salgas en las tardes a jugar al jardín —mencionó, llevándole un par de dedos a la barbilla para elevarle el rostro, no le gustaba verla triste—. ¿Eso te haría feliz? —inquirió con una sonrisa para animarla.

—Sí, mucho… —Sollozó y se limpió con el dorso de la mano la lágrima que bajaba por su mejilla.

—Bien, déjalo en mis manos. —Stephen la vio asentir, y le entregó un guiño como un gesto cómplice.

Ella le regaló una sonrisa, agradeciéndole que siempre la hiciera tan

feliz; se levantó y le rodeó el cuello con los brazos, para dejarle caer un par de besos en las mejillas. Ni todos los reproches de su tía, harían que ella dejara de mostrarle a su padre el amor que sentía por él, pues hasta eso le había dicho que debía moderarlo, pero jamás lo haría.

Stephen la tomó en brazos y se la sentó en las piernas, para besarla también, entregándole ese amor infinito que sentía por ella, y que solo buscaba hacerla feliz.

Le encantó verla sonreír de nuevo, y tomó el bastidor que había quedado en la silla, para ver el bordado; le pareció hermoso, quizá no era perfecto, pero era hermoso.

De pronto, Victoria recordó aquello que había escuchado esa mañana, y, sintiéndose en confianza, se aventuró a preguntarle a su padre si lo que habían dicho era verdad.

—Papi… ¿Necesitas una esposa y otros hijos? —preguntó con su mirada anclada en la azul de su padre.

Stephen se quedó en silencio, sintiéndose desconcertado por esa interrogante que le hacía su hija; sin embargo, no le llevó mucho tiempo adivinar de dónde había sacado esa idea, pero quiso cerciorarse, así que le preguntó, sin apartar la mirada de ella.

—¿Por qué me haces esa pregunta?, ¿quién te dijo eso, Victoria?

Ella pensó durante un momento antes de darle una respuesta, no quería pasar por chismosa o que él creyese que estaba escuchando las conversaciones de los adultos. Ya la tía le había dicho que intervenir o comentar lo que allí se hablaba era de mala educación, pero que, si le permitía estar presente en esas reuniones, era para que viera cómo se comportaban las otras damas, para que cada día aprendiera más y, así, en el futuro, fuera como ellas.

Victoria pensó en retractarse, pero las dudas eran más poderosas, y necesitaba saber si eso era verdad, si a su padre no le bastaba con el cariño que ella le brindaba, y necesitaba el de otros niños.

Solo eso, porque lo de tener una esposa, era un asunto que aún no entendía muy bien; sabía que extrañaba a su mamá, y le había dicho muchas veces que todavía la amaba, pero suponía que a veces se sentía solo y, por ello, esas señoras habían dicho lo de la esposa.

—Se lo escuché esta mañana a unas señoras que vinieron a ver a tía Margot, hablaban de un baile y de una celebración que tendrá lugar muy pronto. Decían que vendrán varias familias escocesas con hijas en edad de casarse, y que, de pronto, tú podrías encontrar entre ellas a una dama que fuera la indicada para ser la esposa que necesitabas, y darte más hijos.

Stephen frunció el ceño al escucharla, no estaba al tanto de que Margot le permitiese a Victoria asistir a reuniones de los adultos; se suponía que era una niña y que solo debía relacionarse con personas de su edad; aunque, era consciente de que pocas veces otras niñas

visitaban la mansión. Solo lo hacía su sobrina nieta Elisa, y ya Victoria había tenido algunos altercados con ella, así que prefería que se mantuviera alejada de la mimada y altanera pelirroja.

—¿Por qué Margot te permite estar presente en esas reuniones? Se supone que no deberías hacerlo, eres una niña, y allí solo tratan temas de adultos —cuestionó, mostrando su molestia.

—Yo me siento en un rincón a tejer o bordar, mientras ellas conversan; me dijo que es para que vea cómo se comportan esas damas, y aprenda de ellas. Siempre me dice que vea la elegancia en cada gesto de la señora Deborah Lerman…, que así debo comportarme. Pero es que no comprendo cómo puede estar tanto tiempo masticando una sola galleta. ¿Acaso tiene miedo de perder la dentadura, como le pasaba al abuelo de Tom? —preguntó, mirando a su padre a los ojos.

Stephen se había tornado serio, pero esas interrogantes tan cargadas de inocencia de Victoria, lo hicieron reír efusivamente. Lo que en realidad creía era que, su sobrina Deborah, temía morderse la lengua y acabar envenenándose, pues poseía el mismo letal y potente veneno de las serpientes; siempre estaba destilando rencor cuando hablaba.

Sin embargo, eso no se lo podía decir a su hija, Victoria podía mencionar algo al respecto y pecar de imprudente, llevada por su inocencia. Poco a poco fue menguando su risa, se llevó un par de dedos a los lagrimales para secarlo y respiró profundo, antes de darle una respuesta que fuese acorde.

—Las mujeres adultas lo hacen, porque alguien se inventó que si comían despacio, corrían menos riesgos de engordar, que si lo hacían de prisa. Solo por eso, mi amor —dijo, acariciándole el cabello.

—¡Ah! Ahora entiendo por qué cuando estoy comiendo, tía siempre me dice: «despacio, Victoria, las galletas no irán a ningún lado» —dijo, tratando de simular la voz de Margot—. Y también por eso no me deja comer más de tres al día.

Stephen, una vez más, sentía que la risa le burbujeaba en el pecho; abrazó a su hija y le dio un beso en los suaves rizos, que ya no estaban en libertad, sino recogidos en una trenza.

Sabía que no podía burlarse de Margot delante de ella, porque eso sería desautorizar a su hermana, pero le causaba mucha gracia lo que Victoria le contaba.

—Te diré un secreto…, cuando tu tía Margot estaba pequeña, sufrió mucho, porque su cuerpo era robusto y no delgado, como el de la mayoría de las chicas. Nuestra madre no le prestaba mucha atención a eso, pero la abuela Claire, que en paz descanse, era muy estricta con aquello de las medidas; la hacía usar un corsé muy apretado para afinarle la cintura, y eso la lastimaba —mencionó, recordando todas las veces que veía a su hermana mayor llorar o sentirse frustrada.

—¿En serio le hacían eso, papi? —preguntó con los ojos muy abiertos, sin poder creerlo—. Y yo que me quejo porque Katty ajusta el mío, aunque no mucho, nunca me duele.

—Sí, por eso te pido que intentes comprender a tu tía y me prometas que le harás caso con lo de las galletas, al menos, cuando te encuentres en su presencia; ya podrás comer cuantas quieras cuando vayas a visitar a tus tías Julia y Olivia. —La miró a los ojos para que estuviera segura de sus palabras.

—Está bien, te lo prometo, haré todo lo que la tía me diga.

Victoria le entregó una sonrisa radiante a su padre, y él le devolvió el mismo gesto en respuesta, agradeciéndole que fuera tan buena hija.

Estaba seguro de que Victoria sería una chica maravillosa, inteligente, generosa, educada; pero, por encima de todas esas virtudes, sería un ángel, al igual que lo fue su madre.

El recuerdo de Virginia lo llevó a encontrar una respuesta a esa pregunta que le había hecho su hija, y que se quedó en el aire, pues la conversación se desvió a otros temas.

La abrazó, buscando la mirada verde, intensa y brillante que ella había heredado de su madre.

—Y respondiendo a tu pregunta, mi respuesta es no. No necesito nada más para ser feliz, Vicky; el recuerdo de tu madre y tenerte a mi lado me brindan todo lo que puedo pedirle a la vida. Ustedes son lo más extraordinario que tengo, pues cada vez que te veo, siento que Virginia está con nosotros, y ninguna otra mujer podrá darme lo que ya tu madre me dio, el tesoro más grande que poseo…: tú, mi pequeña Victoria.

—¡Papi! —Ella se emocionó y le envolvió el cuello con los brazos para abrazarlo más fuerte, después lo miró a los ojos—. Tú también eres mi más grande tesoro…, no me hace falta nada más para ser feliz, papi —expresó con lágrimas de felicidad.

—Aún estás muy pequeña para decir algo así…, te falta vivir muchas experiencias, mi pequeña hija, pero con que me sigas amando como hasta hoy, me doy por complacido… Aunque, ya llegará el día en el que me toque compartir tu corazón con otro hombre y, seguramente, con algunos pequeños que lleguen a alegrar mi vejez —habló con absoluta sinceridad, deseando tener todo eso.

Stephen no era un padre celoso; por el contrario, deseaba que su hija tuviera un amor tan hermoso como ese que él tuvo junto a Virginia, y lo que más deseaba es que fuese mucho más duradero, que la vida no le hiciera una cruel jugarreta, como lo hizo con él. Quería eso para su hija, que su felicidad en el amor fuese hasta el último día de su vida.

Capítulo 8

El gran evento del que no pararon de hablar durante dos meses en la mansión Anderson, al fin había llegado. Margot, con la ayuda de Stephen y su sobrina Deborah, había organizado la reunión de ese año, que le correspondía a su familia, cuidando hasta el más pequeño detalle de aquella celebración; ya que deseaba ser la mejor anfitriona que hubiera tenido el clan Anderson, desde que su padre William estuviera vivo, y quería celebrarlo en su honor.

Sabía que su familia había pasado por momentos muy difíciles, que el ánimo para celebrar no estaba en su punto más alto, pero ella era una mujer que seguía sus tradiciones y le daba un valor más sentimental a esto, era su manera de recordar a aquellos que no estaban. Prefería celebrarlos, que estar por los rincones de la casa llorando; eso demostraba la valentía que caracterizaba a su apellido.

Además, no podía perder la oportunidad de afianzarse junto a Stephen, como los jefes del clan Anderson, que si bien era armígero, a todos sus allegados, tanto en Escocia como en Norteamérica, les quedaba claro, que ellos eran, por estatus y tradición, los más cercanos a ocupar el puesto de jefes del clan; si en algún momento se les llegaba a reconocer como tal.

—Buenos días, tía Margot. —Victoria la saludó como todas las mañanas, cuando bajaba a tomar el desayuno con ella.

—Buenos días, Victoria —respondió, dedicándole la misma mirada de siempre, esa que buscaba aprobar la apariencia de la niña.

—Buenos días, Vicky, luces muy linda hoy —mencionó Anthony, poniéndose de pie para rodarle la silla.

—Cada día lo luce más. —Sean también se puso de pie, sonriéndole.

—Pobre de nosotros, ya me imagino a todos los chicos que tendremos que apartar de ella el próximo año, cuando tengamos que asistir a la escuela en Londres, y Vicky curse su primer año —acotó Christian, mirándola con detenimiento, y dedicándole una sonrisa.

Anthony se tensó ante ese comentario, él no permitiría que algo como eso pasara, pues antes de viajar a Europa, le pediría a Victoria que fuera su novia; así no tendría problemas con otros chicos que quisieran acercársele para atraer su atención, ya ella estaría comprometida con él.

Victoria se sonrojó y bajó la mirada, sintiéndose apenada; no terminaba de acostumbrarse a los cumplidos, aunque a diario se lo dijesen su padre, los chicos y su dama de compañía.

—Muchas gracias —susurró y miró con ansias los deliciosos platillos

que estaban servidos en la mesa esa mañana.

—Todo debe esperar su tiempo, ya llegará el momento en que ustedes deban comprometerse con tres mujeres, y con un hombre, que sean dignos de nuestra familia, que sigan nuestras tradiciones y les brinden un hogar estable; por ahora, es muy pronto para hablar de ello, al menos para Victoria, Anthony y Sean. A ti te falta poco, mi querido Christian; pero primero deberás ir a Harvard o a Princeton.

Margot, como siempre, buscó recordarles la importancia de escoger bien a un esposo o unas esposas; estaba dando lo mejor de sí, para criarlos como hombres y una mujer de bien. No permitiría que sucediese lo mismo que con Stephen, esta vez, ninguno de ellos rompería las normas establecidas.

Aunque no podía decir lo mismo de Brandon, pues no sabía bien cuáles eran sus planes; por lo menos, había aceptado continuar con sus estudios. Solo esperaba que conociese a una joven de buena familia, que lo hiciera sentar cabeza y poner el bienestar de los suyos por encima de esa actitud rebelde que tenía.

La mansión se fue llenando de un ambiente festivo a medida que llegaban los invitados, familias provenientes de Ardbrake y Westerton, además de los Anderson de Kinneddar, quienes eran sus parientes más cercanos, pues más allá de estar unidos por el apellido, también lo estaban por la sangre.

Los ojos de Victoria, veían, maravillados, todo el despliegue, desde la ventana de su habitación; debía permanecer allí, pues la tía Margot se lo había ordenado, se suponía que esa sería su presentación en sociedad y debía hacerlo de la mano de su padre, nadie podía verla hasta entonces.

—Vicky, ven…, tenemos que darnos prisa —mencionó Katty, extendiendo sobre la cama la larga falda de tartán, con los colores representativos del clan Anderson.

Victoria sentía que vibraba de la emoción, caminó con rapidez, admirando la hermosa vestimenta que usaría ese día; era la primera vez que llevaría la ropa típica de las mujeres de Escocia.

Se acercó a su dama de compañía y se puso en sus manos, para que Katty la dejara hermosa para la ceremonia de esa tarde, donde todo el mundo la reconocería, realmente, como parte de la familia Anderson.

Minutos después, se miraba en el espejo, consiguiendo apenas reconocerse con esas prendas. La falda le llegaba casi a los tobillos, la blusa blanca tenía detalles en el cuello y en los puños del tartán de siete colores, donde predominaban el azul y el rojo; encima de esta, tenía puesto un chaleco negro con botones y bordes dorados, que relucían como el oro.

El cabello lo llevaba recogido en una elaborada trenza, que dejaba

caer sobre uno de sus hombros; por último, un pequeño gorro, también de tartán, que cubría su cabeza.

El rubor en sus mejillas era natural, producto de verse por primera vez de esa manera; lucía tan hermosa, que no se reconocía; pero era la felicidad la que acentuaba el brillo de sus ojos verdes, el tenue rosa de sus labios y hacía resaltar su belleza.

—Bien, ya estás lista… Quedaste bellísima —expresó la mucama, emocionada, llevándose las manos al pecho.

—Muchas gracias, Katty —susurró con la voz ahogada por la emoción, caminó despacio para apreciar el balanceo de su falda.

Un suave toque en la puerta se dejó escuchar, la dama de compañía de Victoria caminó de prisa para abrir a quien llamaba, mientras la chica seguía admirándose en el espejo, intentando comprobar que esa imagen que le devolvía era real.

—Vicky, mi princesa. —La voz de Stephen, también demostró la emoción que lo embargó al verla.

Ella se volvió, regalándole la mejor de sus sonrisas, con la mirada brillante y rebosante de dicha. Se desplazó con caminar pausado y elegante para aproximarse hasta él, y que viera con sus propios ojos que se había convertido en lo que siempre quiso, en una dama.

—Te ves bellísima, mi amor…, como… —Stephen se quedó sin palabras, solo conseguía admirar a su pequeña hija.

—¿Como una dama? —preguntó ella, mirándolo a los ojos.

—¡Sí! Como una dama, como la más hermosa y elegante de todas, pero te falta algo —mencionó, poniéndose de rodillas.

—¿Qué? —inquirió Victoria, alarmada.

—Esto… —Stephen extrajo algo del sporran colgado de su cintura —. Es la insignia del clan Anderson.

Victoria parpadeó con nerviosismo, antes de fijarse en el prendedor. Era una especie de cinturón atado; dentro de este, se hallaba una guirnalda de libreas, y sobre ella, reposaba un roble, debajo de la frase: «Stand Sure».

Al comprender lo que eso significaba, el pequeño cuerpo de Victoria se llenó de nervios, de ansiedad, de expectativas, de alegría.

—Papi… —Ella no pudo continuar, el remolino de emociones en su interior le secuestró la voz. Solo pudo mirar a su padre a los ojos.

Él tampoco podía esbozar palabra, le sonrió, mirándola con ternura y, con cuidado, llevó la insignia hasta el pecho de su hija, para abrocharla en el chaleco, al tiempo que sentía que el orgullo que llevaba dentro, iba a hacer que el pecho le estallara.

—Desde hoy, todos sabrán que esta hermosa princesa de cabellera dorada como el sol, es mi heredera, mi hija… Victoria Anderson Hoffman —pronunció, acariciándole las mejillas con ternura.

Ella asintió en silencio, dejando escapar un par de lágrimas; y se

irguió para parecer más alta, sintiendo que su cuerpo era demasiado pequeño para abarcar todos los sentimientos que la embargaban.

Sonrió y recibió la mano que su padre le ofrecía para caminar junto a él, estaba lista para presentarse ante las demás familias.

Antes de salir, a Stephen se le ocurrió algo, le pidió a Katty que fuera por su hermana Margot; sabía que la mujer debía estar ocupada, pero pensó que le gustaría ver a Victoria, antes de que bajara con él, al gran salón, para ser presentada a las demás familias del clan.

Minutos después, la mujer entraba como una tromba a la habitación, le había molestado que su hermano le exigiera su presencia, cuando sabía que no podía ausentarse del salón; solo esperaba que no la hubiera enviado a llamar para hacerle algún reproche o para decirle que Victoria estaba haciendo un berrinche.

—Stephen… ¿Para qué me enviaste a llamar? Sabes muy bien que estoy atendiendo a los invitados, ya todos están en el salón…

—Lo sé…, lo sé, Margot…; sin embargo, pensé que desearías ver a Victoria, antes de la presentación; después de todo…, ella es, en parte, tu obra —respondió, mostrando una sonrisa. Le estaba muy agradecido.

Margot posó su mirada, por primera vez, en la pequeña figura de Victoria; no pudo evitar llenarse de orgullo al ver lo hermosa y elegante que lucía. Pensó que toda la dedicación que había puesto en hacer de ella una dama le había sido retribuida, aunque también, debía reconocer el esfuerzo que había entregado la niña.

—Te ves muy hermosa, Victoria. Recuerda caminar erguida, despacio y con elegancia frente a los invitados, tal como te enseñó la señorita Marchant. —Le recordó, mirando detenidamente la vestimenta, le sentaban muy bien los colores del clan a su piel blanca.

—Muchas gracias, así lo haré, tía Margot —pronunció, asintiendo con un leve movimiento de su cabeza.

—Quiero agradecerte por lo que has hecho con mi bella Victoria, sinceramente, hermana —mencionó Stephen, mirándola a los ojos.

—Ambos hemos cumplido con nuestras partes de lo acordado, no es necesario que agradezcas nada.

—Sí, lo es… Estoy seguro que, si Dios te hubiera dado la bendición de ser madre, hubieras sido una maravillosa, Margot —expresó con sinceridad.

Había llegado a conocer mejor a su hermana en esos últimos años, que durante su infancia; y, había descubierto a una gran mujer.

—Gracias por tus palabras, Stephen, pero ¿sabes algo? En parte, lo soy… La vida me exigió ser una madre para Christian, Sean y Anthony; también para Victoria. —Ella no era una mujer sentimental, pero las palabras de su hermano crearon una agradable emoción en su pecho.

—Sin duda alguna, has sido una madre para ellos —acotó él, siendo consciente de esa emoción que la embargaba, la podía ver en la pequeña chispa que había iluminado su mirada azul.

—Bueno…, será mejor darnos prisa, los invitados esperan por nosotros… Ya los chicos están en el salón —dijo, queriendo salir de ese momento, que sentía la dejaba expuesta.

Caminaron en silencio por el largo pasillo, Margot se adelantó, pues según la tradición, era el padre quien debía presentar a la chica en sociedad; ella, al ser la tía, no jugaría ningún papel estando junto a él.

—¿Lista? —preguntó Stephen, antes de acortar la distancia entre ellos y la escalera que los llevaría al salón.

—Sí. —Victoria respondió con firmeza, y también asintió para reforzar su respuesta, había estado esperando ese momento.

Se sentía muy nerviosa y las piernas le temblaban, pero se obligó a estar serena, como le había mencionado su institutriz; no podía permitir que los nervios le ganaran y terminaran arruinando ese día. Se irguió una vez más, suspirando para liberar la presión en su pecho.

El pánico quiso apoderarse de ella, cuando vio a todas esas personas reunidas a los pies de la escalera, y solo reconoció a tres de ellos.

Anthony, Christian y Sean se quedaron hechizados por la belleza que irradiaba Victoria, resplandecía como el sol; tan hermosa como la primera vez que llegó a esa casa.

El corazón de Anthony parecía llevar el sonido de un tambor marcial, retumbaba y retumbaba dentro de su pecho, al tiempo que la sonrisa se hacía cada vez más ancha. Victoria era la niña más hermosa que hubiera visto en su vida, y esperaba que, a partir de ese día, le concediera el honor de ser su novia.

—Amigos, sean todos bienvenidos a nuestro hogar, gracias por viajar desde tan lejos, para compartir junto a nosotros esas tradiciones que nos identifican y nos unen como familia. —Stephen daba las palabras de bienvenida mientras les sonreía, sintiéndose cada vez más emocionado y nervioso—. Hoy tengo el honor, además de recibirlos junto a mi hermana Margot, de presentarles a mi hija, Victoria Anderson Hoffman —mencionó, mirando a la pequeña.

Ella les hizo una leve reverencia, como le había enseñado su institutriz; y se mantuvo en silencio, no debía hablar si nadie se lo pedía o se dirigía a su persona. Sin embargo, no pudo contener la sonrisa que afloró en sus labios, estaba muy emocionada.

—Creo que deberías darles la bienvenida, esta también es tu casa. —Stephen le entregó un guiño para llenarla de confianza.

—Bienvenidos a nuestra casa y a la celebración —mencionó con voz clara y nítida, a pesar de los nervios que la recorrían.

El salón estalló en aplausos y vítores, mientras las miradas cargadas de curiosidad de las demás mujeres del clan, no se apartaban de la

pequeña junto a Stephen. En su mayoría, esperaban ganarse la confianza y el cariño de la niña, sabían que ella era la debilidad del heredero, que era la llave que les abriría el corazón del soltero más cotizado de todo Chicago.

Capítulo 9

La familia Lerman se vio en la obligación de sonreír y aplaudir la presentación de la pequeña intrusa; al menos, Deborah, Daniel y Elisa, pues a John, padre de los chicos, le parecía una actitud bastante mezquina, el sentir tanto odio hacia una niña.

Ya se lo había dejado saber a su esposa, pero Deborah no cesaba en su afán de sembrar el resentimiento en sus dos hijos hacia Victoria.

—Ya se piensa una Anderson de verdad, no puedo creer que la tía Margot permitiese algo como esto —murmuró, llevada por la rabia.

—Mujer, ya deja de lado el tema, solo es una niña. No me vayas a salir con que ahora sientes envidia de una pequeña —cuestionó John.

—¡Por favor! No digas barbaridades, creo que no recuerdas quién soy, con quién te casaste… Yo sí soy una Anderson, el hecho de que lleve tu apellido, no me hace olvidar mi origen ni mis costumbres, esa niña no merece ser parte de esta familia.

—Estás tan llena de resentimiento, Deborah, que a veces, me causas pena. Será mejor que vaya a saludar a los demás invitados —mencionó, alejándose con su vaso de whisky en la mano.

Ella lo miró con rabia, pero intentó disimular, al ver que se acercaban algunos conocidos; debía seguir dando la imagen de la mujer dichosa y perfecta, que llevaba una vida de ensueño junto a John Lerman, cuando su realidad era que, desde hacía mucho tiempo, su matrimonio no era más que una fachada.

Después de que Elisa naciera, él se había distanciado mucho de ella, se la pasaba siempre de viaje; las pocas veces que se hallaba en la casa, se encerraba en su despacho a seguir trabajando.

Algunas noches, cuando regresaba temprano a la habitación y la conseguía despierta, se acercaba a ella y le brindaba un par de caricias, que le dejaban claro que debía cumplir con sus deberes de esposa y, ella lo hacía, aunque ya no lo sintiera como su marido.

Tal vez eso se debía a que ella se había negado a embarazarse de nuevo. Había estado a punto de morir en sus dos partos, y no estaba dispuesta a volver a ponerse en riesgo, solo por el afán de su marido de tener otro hijo.

A él le mentía, diciéndole que no podía quedarse embarazada, pero sabía que John no era tonto; y que debía estar consciente de que ella se seguía cuidando; solo que no se atrevía a reprochárselo, y era mejor así.

Elisa había pasado toda la mañana intentando llamar la atención de

Anthony; se paseaba delante de él, se acariciaba el cabello, movía la amplia falda de tartán. Sin embargo, el muy tonto no tenía ojos para nadie más que no fuera para la estúpida de Victoria, como si esa intrusa luciera más hermosa que ella.

—Ya deja de hacer el ridículo, no va a mirarte, ¿acaso no ves que la nueva «señorita Anderson», lo tiene embobado? —Daniel también se sentía molesto, porque Victoria no le había dedicado ni siquiera una mirada, quien también se había esmerado en su arreglo, solo para ella.

—No la soporto, tenemos que hacer algo, Daniel —pidió, mirando a su hermano a los ojos.

—Tío Stephen no le quita la mirada de encima, y los chicos están con ella, ¿qué podemos hacer? —cuestionó, sintiéndose frustrado.

—No lo sé…, pero odio que se esté llevando toda la atención.

Desde la distancia, estos no pudieron hacer nada más que ver con envidia y resentimiento cómo Victoria era colmada de halagos por todos los invitados. Mientras en sus mentes, buscaban la manera de dejarla en ridículo, poner en evidencia su verdadera naturaleza salvaje, para que supieran que no era una dama, sino la hija de una campesina.

Anthony ansiaba poder compartir un momento a solas con Victoria, para hablarle de sus sentimientos, estaba decidido a hacerlo ese día; pero debido a la gran cantidad de personas reunidas en la mansión y que se acercaban a ella para conocerla, no había tenido la ocasión.

De pronto, vio que quedaban solos en la mesa, y supo que ese era el momento que había estado esperando, aunque no quería hacerlo en ese lugar, sino en uno especial. Se puso de pie y caminó hasta ella, entregándole una sonrisa nerviosa mientras la miraba a los ojos.

—¿Quisieras salir conmigo un momento, Vicky?

—Claro…, me encantaría, Anthony, ya estoy cansada de tanto hablar —respondió, emocionada con la idea de salir.

Se sentía agobiada de tanto interés que mostraban por ella, era como si estuviera en un examen, en lugar de en una celebración, todo el mundo quería saber cosas sobre su vida.

—Perfecto, vamos. —Anthony la tomó de la mano y la llevó con él, procurando que Margot no los viera.

Los hombres se preparaban para las tradicionales carreras de caballos, todos vistiendo elegantes kilts, riendo y haciéndose bromas al recordar algunas anécdotas de juventud.

Stephen se encontraba entre ellos, y no le pasaba desapercibida la insistencia con la que más de uno de sus compañeros le hablaba de sus primas o hermanas, incluso, el mayor de ellos mencionó lo esplendidas que eran dos de sus hijas.

Él ya estaba preparado para eso, así que, estaba tomando la

situación con calma; sabía que no escaparía de aquellos que deseaban ver a las mujeres de sus familias casadas con el heredero del clan Anderson.

La idea de abrirse a esa posibilidad cruzó su cabeza un par de veces, no tanto por él, sino por su hija Victoria; sabía que la pequeña extrañaba mucho el amor de una madre, ese que Margot no le daba, pues era demasiado estricta. Pensó que, a lo mejor, si alguna de las mujeres que visitaran la mansión lograba hacer una buena amistad con Victoria, y estaba soltera, él podría evaluar la posibilidad de casarse de nuevo, pero el recuerdo de Virginia lo hacía dudar de esa decisión.

—Bien, ya estoy listo —mencionó, subiendo a su caballo.

—¿Estás seguro? Después de tantos años, puedo jurar que has perdido práctica… Será mejor que participes en la ronda de los ancianos. —Arthur Anderson, un primo de Stephen, no pudo evitar hacerle esa broma; siempre se jugaban así, desde chicos.

—Creo que se te olvida que tengo entrenamiento militar, voy hacer que te comas el polvo que deje detrás de mí. —Le hizo saber, sonriendo con arrogancia, mientras se erguía sobre su caballo.

Las mujeres que se encontraban allí, tanto solteras como algunas casadas, no pudieron evitar suspirar ante la gallardía del jinete. Rubio, fuerte, alto y tan elegante, que parecía el ideal de masculinidad; el hombre con el que todas habían soñado alguna vez.

Anthony esperó a que los hombres se alejaran de los establos, para poder ir por su caballo y por una yegua para Victoria, los necesitaba para así llegar más de prisa hasta la colina, donde quería llevarla para declararle sus sentimientos. Entraron con sigilo a las caballerizas y procedió a encargarse de preparar las monturas.

—¿Qué haces? —cuestionó ella al verlo.

—Quiero llevarte a un lugar —respondió, sonriéndole.

—Pero…, Anthony, se supone que no podemos alejarnos de la mansión. La tía Margot notará nuestra ausencia y nos reprenderá por ello.

—No te preocupes por eso, ella no se dará cuenta, está muy ocupada con los invitados, y nosotros no tardaremos mucho. Vamos, confía en mí, Victoria.

Le extendió la mano para ayudarla a subir, sintiéndose feliz cuando ella la recibió, entregándole una sonrisa tímida. Con cuidado, la hizo sentarse en la montura de la yegua que había preparado para ella, era la más mansa de todas las que estaban allí.

—Tengo miedo… —susurró Victoria, sintiéndose inestable sobre el lomo del animal.

—No te preocupes, yo estaré aquí para cuidar de ti. —Le acarició la

mano mientras la miraba a los ojos.

Victoria asintió, sonriéndole, y lo vio alejarse para subir a su caballo; él lo hizo con mayor agilidad, se movía con toda la destreza de quien ha hecho eso muchas veces; era como los vaqueros del rancho de Tom, solo que mucho más elegante y apuesto.

Salieron del establo con un trote lento, en dirección opuesta a la que habían tomado los demás caballeros; se entregaban miradas cargadas de complicidad, de ternura; incluso, algunas que mostraban con timidez el amor que sentían.

Sobre todo, por parte de Anthony, pues Victoria todavía no sabía cómo definir esos sentimientos que él despertaba en ella, y que eran distintos a los que percibía por Christian o Sean.

—Este lugar es tan hermoso… La tía nunca me había dejado salir más allá de los alrededores de la mansión —mencionó, mirando la densa vegetación que le recordaba mucho a los bosques de Barrington.

—Pues a donde te pienso llevar, lo es mucho más. —Esbozó una amplia sonrisa, que iluminó sus hermosos ojos azules.

De pronto, la yegua de Victoria dio un respingo y comenzó a moverse de manera nerviosa, sin animarse a avanzar de donde estaba. Anthony intentó calmarla y buscó con la mirada entre la hojarasca que cubría el suelo, al ver un celaje que pudo ser lo que alertó al animal.

—¿Por qué se puso así? —preguntó Victoria con nerviosismo.

—Creo que vio algo, pero tranquila…, haré que se calme…

Anthony no había terminado de hablar cuando ante sus ojos se presentó una serpiente de cascabel, lista para atacar; lo que siguió fue demasiado rápido para que él pudiera controlarlo, tanto la yegua como su caballo se alebrestaron, lanzándose al galope para escapar de la amenaza, y él no tuvo la fuerza para controlar a ambos.

—¡Anthony!

Victoria dejó escapar ese grito al sentir que era arrastrada por la yegua; como pudo, intentó mantener las riendas en sus manos y detenerla, pero la fuerza del animal hizo que se les escaparan y terminaran hiriendo sus manos.

—¡Vicky! ¡Sujétate fuerte! —gritó él, luchando por contener la fuerza de su propio animal, y salió a toda prisa tras ella.

—¡Me voy a caer! ¡Anthony, por favor!, ¡quiero bajarme! ¡Papá!

Ella lloraba e intentaba aferrarse al poderoso cuello de la yegua marrón, mientras temblaba y apretaba con fuerza los párpados, rogando para que su padre llegase en ese momento y la salvase.

—¡Voy detrás de ti! ¡Yo te salvaré, Vicky!

Esas fueron las últimas palabras que Anthony pudo pronunciar, su afán por salvar a Victoria no le permitió esquivar, el grueso tronco del árbol frente a él, contra el que se estrelló y que lo lanzó por los aires, llevándolo a terminar tendido sobre la espesa alfombra de hojas secas

que cubrían el suelo, pero que apenas consiguieron amortiguar su caída.

—¡Anthony, no puedo sostenerme! —exclamó ella, desesperada, poco antes de resbalarse del animal.

La caída fue bastante fuerte, pero no tuvo ni la mitad del impacto de la de Anthony; quedó tendida, sin aire, por algunos minutos, con la vista borrosa y un intenso dolor en un costado de su cuerpo.

Tuvo la suerte de no ser atropellada por el caballo de Anthony, que pasó despavorido junto a ella, pero estaba tan aturdida, que apenas fue consciente del animal, y no notó que iba sin jinete.

Se retorcía por el dolor en su cuerpo que cada vez era más fuerte, pensó que se había lastimado tanto, como cuando se caía de los árboles que trepaba siendo pequeña. Intentaba hallar su voz para llamarlo, y solo conseguía boquear como pez fuera del agua, solo eso; cerró los ojos, pensando que se desmayaría.

—Anthony… —Al fin consiguió llamarlo, y se movió con cuidado al no recibir respuesta, se suponía que él estaba detrás de ella.

Se arrastró como pudo hasta lograr ponerse de rodillas, y gateó, buscándolo; no tardó mucho para descubrir su cuerpo tendido a pocos metros. Pensó que también se había caído y que estaba como ella, pero al llegar allí, notó que tenía los ojos cerrados; de su nariz y boca salían hilos de sangre, y eso la llenó de pánico.

—¡Anthony! ¡Anthony! —Comenzó a palpar su cuerpo con mucho cuidado, y al ver que no reaccionaba, se desesperó—. ¡Anthony, despierta! ¡Abre los ojos! ¡Por favor, por favor! ¡Anthony, mírame!

Los ruegos de Victoria eran en vano, ya él no volvería en sí; el impacto había acabado con su vida de manera súbita. Sin embargo, ella no cesaba en sus intentos por hacerlo reaccionar, le acariciaba el cabello, el rostro, le daba besos en la mejilla para que despertase.

Victoria se deshizo en un llanto amargo, los sollozos salían desgarrándole la garganta y no dejaba de temblar, era demasiado dolor para que su pequeña y frágil figura pudiera soportarlo. Las fuerzas terminaron por abandonarla y se desmayó sobre el cuerpo inerte de ese ángel de cabello rubio, con los ojos del color del cielo, que nunca llegó a decirle que la amaba.

Capítulo 10

La algarabía que siguió al final de la carrera se adueñó por completo del lugar, las damas aplaudían con emoción, y los caballeros vitoreaban al heredero, quien se había hecho merecedor del primer lugar, dejando de segundo a su primo Arthur, tal y como había previsto.

Sonreía, recibiendo las felicitaciones de los demás participantes y de los ancianos, quienes se burlaban del fanfarrón, que creía que jamás llegará a viejo, y por eso siempre los menospreciaba.

—Esta es la verdadera casta Anderson, la que nos corre por las venas, muchacho. —Benedic le dio un par de palmas en la espalda, mientras lo miraba con cariño, le agradaba tenerlo en la familia de nuevo—. Estoy seguro de que tu padre estaría muy orgullo del hombre en el que te has convertido, Stephen.

—Muchas gracias, tío —mencionó, sintiéndose algo conmovido; hasta ese momento, que tenía a toda su familia allí reunida, no había notado cuánto los había extrañado.

De repente, el ambiente festivo fue interrumpido abruptamente por la presencia de dos animales que se acercaban a todo galope, de inmediato alertaron a los presentes, quienes comenzaron a correr para apartarse del camino de los equinos, y resguardarse en un lugar seguro.

—¿De dónde demonios salieron esos caballos? —inquirió Arthur, con mezcla de asombro y molestia.

—No lo sé, tal vez escaparon de las caballerizas —dijo Darren, otro de los hombres presentes.

—Lo dudo, llevaban puestas monturas… ¡Arnold! —Stephen llamó a uno de los hombres encargados de las caballerizas, y que había ido con ellos a la carrera, por cualquier eventualidad.

—Dígame, señor Anderson.

—¿Vio a esos caballos? ¿Acaso usted los ensilló para la carrera?

—Sí, los vi, señor, pero todos los caballos que se prepararon están aquí… Esos tuvieron que usarlos otras personas. Permítame ir a buscarlos y los llevo de regreso a las caballerizas. Quizá fueron los chicos para hacer alguna de las suyas —mencionó, refiriéndose a Anthony, Christian y Sean, quienes siempre querían andar por allí.

—Sí, vaya… —Le ordenó, y su rostro no pudo evitar reflejar cierta preocupación, presintiendo que algo no andaba bien—. Creo que será mejor volver a la casa, seguiremos allá la celebración.

Caminó con la elegancia y la seguridad que lo caracterizaba, montó

sobre su corcel rojizo, palmeándole el cuello para agradecerle por ayudarlo a ganar la carrera y, después de eso, retomó el trayecto hacia la mansión.

Se volvió un par de veces para mirar detrás de él, sin lograr alejar la inquietud que le causaron los dos animales.

Cuando llegó, fue directo a las caballerizas a dejar a su caballo, pensó en preguntarle a uno de los trabajadores si faltaba alguno en especial, pero el hombre, seguramente le diría que faltaba la mitad de los animales. Así que se fue directo a la mansión; quería ver a Victoria y saber cómo le había ido con su presentación.

Paseó su mirada por la concurrencia, respondiendo con amabilidad a algunas sonrisas que le entregaban, pero no pudo dar con quien le interesaba, no veía a su hija entre los invitados. Se dirigía hacia las escaleras, para ir hasta la habitación de su hija, quien tal vez había subido para descansar un poco, pero antes de llegar a la mitad de la misma, vio bajar a Christian y a Sean.

—Hola, chicos, ¿por casualidad han visto a Vicky? —preguntó, mirándolos a los ojos, y los vio dudar, antes de responder.

—No, no la hemos visto. —Sean fue el primero en hablar.

—¿Están seguros? —Stephen sabía que ellos se cubrían en muchas cosas; por ejemplo, tomaban galletas de la cocina y se las llevaban a ella.

—Tío…, la verdad es que tenemos rato que no la vemos, y Anthony tampoco aparece. Los estábamos buscando —confesó Christian.

—Pues no me extrañaría que estuviesen juntos… ¿Dónde andará ese par de chiquillos? —Se volvió a mirar hacia el salón, buscándolos.

De pronto, sintió cómo un escalofrío le recorría toda la columna, al caer en cuenta de que uno de los caballos que vio despavorido en el llano donde hicieron la carrera, era muy parecido al de Anthony, y el otro, no parecía un caballo, sino una yegua.

Corrió escaleras abajo y salió de la casa a toda prisa, ante la mirada sorprendida de los invitados; casi corrió hasta las caballerizas, y antes de entrar, vio que Arnold traía a los dos animales.

—¿Ese es el caballo de mi sobrino, Anthony? —cuestionó con la respiración agitada y el corazón latiéndole a mil.

—Sí, señor Anderson… Es Viento, y ella es Chocolate, al parecer, alguien los ensilló para usarlos, pero no fueron muy lejos, tal vez fue una broma —respondió el hombre.

—No creo que haya sido una broma… —Stephen miró a todos lados, buscando con desesperación a Victoria.

—Tío, ¿qué sucede?, ¿por qué está así? —Lo interrogó Christian.

—¿Tu hermano te dijo si pretendía ir a algún lugar? ¿Les pidió que los acompañara?

—No, no que yo recuerde…

—A mí, sí… Dijo que llevaría a Victoria a conocer su colina, donde iba cada vez que extrañaba a nuestros padres…

—¡Demonios! Algo tuvo que haberles pasado, porque aquí están sus caballos, pero ellos no se ven por ninguna parte…

Poco a poco los hombres que habían participado en la carrera se acercaron a Stephen y a los chicos, ellos se habían quedado en las caballerizas, admirando a los especímenes que poseían los Anderson.

Margot también llegó hasta el lugar, llevada por la curiosidad que despertó en ella la actitud de su hermano; vio el caballo de Anthony allí, pero el chico no estaba cerca, y sintió cómo el corazón se le encogía de manera dolorosa, aunque se negó a dejarse invadir por el miedo.

—¿Qué ocurre, Stephen?, ¿por qué tanto alboroto? —demandó con algo de brusquedad, el miedo la hacía actuar a la defensiva.

—Nada, yo me encargo… Por favor, regresa a la casa y sigue atendiendo a los invitados —pidió, mirándola a los ojos.

—Te conozco muy bien, Stephen, y sé que algo está sucediendo. Te exijo que me digas ahora mismo lo que es; si tiene que ver con los chicos, no es justo que me mantengas ignorante.

Él la miró en silencio durante un minuto, dudando entre revelarle sus sospechas o quedarse callado y ahorrarle angustias; después de todo, no tenía la certeza de nada, los chicos podían estar bien, aunque ese pálpito dentro de su pecho le gritaba lo contrario.

—No debes preocuparte, Margot… Anthony y Vicky se aburrieron de la reunión y salieron a dar una vuelta, ya Sean me dijo hacia dónde fueron, e iremos por ellos, los traeremos de regreso —pronunció de manera pausada, para llenar de confianza a su hermana.

—¡Esos niños! —reprochó en voz baja—. Ya me escucharán cuando estén de vuelta, y espero que tú no intercedas para librar a Victoria del regaño que le daré. —Le advirtió, mirándolo con seriedad.

—No lo haré, sé que esta vez ambos lo merecen. —Le dio la razón a su hermana, porque la tenía.

Victoria ya no era una niña, y debía comprender que no podía escapar así de la casa; dentro de poco sería una señorita, y actitudes como esa, podían arruinar su reputación, aunque ella fuese inocente.

Caminó hasta las caballerizas para pedirle a Arnold que ensillara de nuevo su caballo, tenía que salir a buscar a su hija y a Anthony, y dar con ellos antes de que la noche cayera. Tres de sus primos lejanos se unieron a él, y también Sean, mientras que Christian se quedó en la casa, para acompañar a Margot y evitar que se pusiera más nerviosa.

Llevaban poco más de quince minutos andando por el bosque, cuando vieron tendidos sobre el follaje los cuerpos de Anthony y Victoria, ninguno de los dos se movía, y eso llenó de pánico a Stephen, quien de inmediato apuró al caballo, al tiempo que rogaba porque

nada malo les hubiese ocurrido.

—¡Victoria! ¡Vicky!, ¡Vicky! —gritaba, a medida que se acercaba.

No esperó siquiera a que el caballo se detuviera por completo, se lanzó de este; en dos largas zancadas acortó la distancia y se puso de rodillas junto a ellos. Tomó a su pequeña hija entre los brazos y la giró para mirarla, ella se sentía tan frágil que los peores temores de Stephen lo golpearon, apoderándose de él.

—Mi amor… Vicky, reacciona, mi princesa, abre los ojos, por favor…, por favor, mírame, soy papá, estoy aquí —decía, mientras le acariciaba el rostro para hacerla reaccionar.

—¿Qué les pasó? —inquirió Arthur, llegando hasta ellos; paseó su mirada por la escena, y la palidez que mostraba el rostro de Anthony, le heló la sangre; de inmediato se volvió hacia los demás hombres que venían con ellos—. ¡Que el chico regrese a la casa! —demandó con firmeza, señalando con su mano el camino.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Christopher, otro de los amigos de la familia, al escuchar esa orden, que lo desconcertó por completo.

—Stephen… —Arthur intentó captar la atención de su primo, él debía decidir si Sean llegaba hasta allí o volvía a la mansión.

Hasta ese momento, Stephen no se había percatado de lo ocurrido a Anthony; toda su preocupación se centraba en Victoria, pero solo le bastó echarle un vistazo al chico, para comprobar que estaba muerto.

Los sollozos se le atoraron en la garganta, y solo un ruidoso jadeo cargado de dolor escapó de sus labios; abrazó a su hija con fuerza contra su pecho, con una mezcla de dolor y alivio, pues ella seguía respirando, aunque estaba casi tan helada como su sobrino.

—Hagan que Sean espere lejos de aquí…, no quiero que vea esto.

Los hombres asintieron, y Christopher regresó, para evitar que el chico y los otros jinetes llegasen al lugar; debían evitarle a Sean que viese esa imagen de su hermano, ya el pobre había pasado por mucho, al perder recientemente a sus padres.

Además, aprovechó para avisarle a su hermano Peter, quien era doctor; él podía revisar a ambos niños, para cerciorarse de la muerte de Anthony, y para saber qué tan grave había sido la caída que sufrió Victoria.

—¿Cómo está ella? —Arthur veía a la hermosa niña en los brazos de su primo; no podía evitar sentirse triste, él también tenía a dos niñas pequeñas, y se volvería loco si algo así les sucediese.

—Creo que solo está desmayada, al menos, eso le estoy rogando a Dios y al alma de su madre, pues no soportaría perderla —mencionó, dándose la libertad para sollozar y besar la frente de su niña.

Peter llegó hasta ellos a toda prisa, bajó de su caballo y se acercó primero al cuerpo de Anthony, para revisarlo; buscó sus signos vitales, y al no hallarlos, se llenó de dolor e impotencia.

Él lo había conocido siendo apenas un bebé, por poco le tocaba traerlo al mundo, pues la partera tardó mucho en llegar ese día, debido a una intensa tormenta de nieve, y Alicia solo clamaba por recibir ayuda de quien fuese.

—Santo cielo —murmuró, acariciando el cabello dorado del chico. Después miró a la hija de Stephen—. Debes ponerla en el suelo, no sabemos si tiene alguna lesión, y podrías empeorarla si la mueves.

—No quiero soltarla…, no quiero alejarme de ella —esbozó, con lágrimas bajando por sus mejillas.

—Lo sé, hombre…, lo sé, pero hazme caso… —Se acercó a él, para ayudarlo—. Ven, ponla aquí con cuidado, tengo que revisarla.

Peter palpó con cuidado el cuerpo de Victoria, le movió las extremidades y le abrió los ojos para ver sus pupilas, solo parecía estar desmayada, aunque su respiración y su ritmo cardíaco eran muy lentos. Pensó que lo mejor era llevarla de inmediato a la mansión, quitarle esa ropa y ponerle algo más holgado, que le permitiese examinarla bien.

Christopher había tomado la decisión de volver para solicitar ayuda, intentó no alertar a nadie, y solo se dirigió hasta las caballerizas para buscar a algunos trabajadores, que pudiesen llevar las camillas para trasladar el cuerpo de Anthony y Victoria.

Media hora después, el grupo que había salido en busca de los chicos regresaba hasta la mansión; los hombres no podían esconder la tristeza en sus semblantes, y Sean lloraba sin ningún reparo. Nadie le reprochó o le recriminó que lo hiciera; por el contrario, se mostraron solidarios con él, y le permitieron ir tomado de la mano de su hermano.

—¡Stephen! ¿Qué sucedió?, ¿qué les pasó a Anthony y a Victoria? ¡Dime qué les pasó a los niños! —Margot corrió desesperada hasta su hermano, lo sujetó con fuerza de las solapas para obligarlo a hablar, necesitaba una respuesta.

Stephen luchó por dar con las palabras para explicarle a su hermana lo sucedido, pero no consiguió hacerlo, solo negó con la cabeza, y una lágrima se deslizó por su mejilla; sentía que el alma se le caía al suelo al ver el horror reflejado en el rostro de Margot.

—Se fue al cielo… con papá y mamá —expresó Sean, en medio de sollozos, mientras miraba a Anthony.

—¡No! ¡No! ¡Mi niño, no! ¡Anthony, no! —Ella comenzó a negar con la cabeza y corrió para levantar a Anthony de allí, pero Peter y Christopher la detuvieron, debían calmarla.

—Margot…, por favor, hermana, ven conmigo…, ven…

Stephen la agarró por la cintura y la abrazó con fuerza, nunca la había visto llorar de esa manera, ni siquiera con la muerte de su madre, cuando ella apenas era una chica de dieciséis años.

Las demás mujeres se acercaron para enterarse de lo sucedido, Deborah sintió que el corazón se le quebraba ante esa imagen. De sus sobrinos, Anthony era su favorito, era quien más se parecía a su abuelo.

—Tengo que cuidar de Victoria, ella aún sigue inconsciente, por favor, Deborah, tú encárgate de Margot y de los chicos —pidió Stephen, entregándosela, y vio a su sobrina asentir.

—Por supuesto —masculló con algo de rabia, pues no era justo que su sobrino hubiera perdido la vida, y que esa intrusa se hubiese salvado.

Sabía que era horrible desear algo como eso, y que Dios la perdonara por ello, pero si debía llevarse a alguno de los dos, hubiera preferido que fuese a la hija de Stephen, y no al bello ángel que era Anthony; él era un chico maravilloso, no merecía morir.

Capítulo 11

Después de estar casi un día inconsciente, por fin Victoria volvía en sí; Peter le había comentado a Stephen que no debía alarmarse, que no mostraba contusiones severas, solo un golpe en el costado, del cual él ya se había encargado, poniéndole un vendaje.

Sin embargo, la angustia no lo abandonó un solo instante mientras estuvo junto a la cama de su hija, sosteniendo su pequeña mano, rogando en silencio para que Dios la dejase a su lado.

—Papi… —susurró ella, abriendo lentamente los párpados. Lo primero que vio fue la cabellera cobriza de su padre.

—¡Mi amor! ¡Vicky, despertaste! ¡Mi princesa! —expresó, sonriendo, en medio de lágrimas que mojaban sus mejillas—. ¿Cómo te sientes?, ¿te duele algo? —preguntó, mientras le acariciaba el rostro.

—Sí…, me duele aquí —Se llevó la mano al costado—. Y también me duele la cabeza… No sé qué pasó —dijo con algo de dificultad.

—Katty, ve por Peter, por favor… Dile que Vicky despertó —pidió, mirando a la chica, y después se volvió a su hija—. Te caíste de un caballo, ¿no recuerdas nada, Vicky? —preguntó, mirándola a los ojos.

—No…, yo…, todo es muy confuso —respondió, intentando tragar, pero sentía la boca muy reseca—. Tengo sed, papi.

—Enseguida te doy agua… Tú y Anthony salieron de la casa… —decía mientras llenaba un vaso, pero no pudo continuar.

—¡Anthony! ¡Papi, Anthony! —Victoria intentó incorporarse para buscar a su primo—. Él no me respondía…, lo llamé muchas veces, pero no respondía… ¿Dónde está? ¿Dónde está Anthony? —preguntaba con desespero, mientras las lágrimas colmaban una vez más sus ojos, y su corazón se aceleraba ante el miedo.

—Por favor, Vicky, debes calmarte… Tienes que permanecer acostada, mi amor. —Stephen intentaba mantenerla quieta, pero ella forcejeaba para ponerse de pie.

—¿Él está bien? ¿Anthony está bien, papi? —Sus grandes ojos verdes miraban a su padre, esperando una respuesta.

Stephen no supo cómo responder a esa pregunta, desvió su mirada al no poder soportar ver tanto sufrimiento en los ojos de Victoria; por suerte, en ese momento llegó Peter.

Él se puso de pie, dejándole el espacio a su amigo, mientras se obligaba a buscar la mejor manera de decirle a su hija lo que había pasado con Anthony.

—Vamos a ver, Vicky…, dime qué te duele —mencionó Peter,

tratando de captar su atención.

—Primero, dígame dónde está Anthony, por favor… Dígame si está bien —pidió mirando los ojos grises del doctor.

—Te lo diré, pero debes calmarte antes… Estar así puede causarte daño, te diste un golpe muy fuerte.

—Por favor…, solo quiero saber cómo está Anthony.

—Vicky…, mi amor. —Stephen se acercó a ella y le tomó las manos mientras la miraba a los ojos—. Anthony…, él se ha marchado… Se fue al cielo con sus padres —pronunció, intentando ser cuidadoso.

—¿Qué…, qué quieres decir? —preguntó, parpadeando.

Como era de esperarse, la noticia afectó mucho a Victoria, la pobre cayó en una crisis de nervios, y no paraba de llorar ni de pedir ver a Anthony. Peter creyó oportuno sedarla, y Stephen lo autorizó, pues no soportaba verla sufrir de esa manera.

La vio quedarse profundamente dormida, aun así, no se movió de su lado; se negaba a marcharse de allí, sentía que a partir de ese momento y, más que nunca, Victoria necesitaba de su presencia, de su apoyo.

Sin embargo, no era la única persona en la casa que necesitaba de él, los hermanos de Anthony también estaban devastados, y lo sorprendieron cuando le pidieron quedarse allí junto a Victoria; según le contó Christian, estaban cansados de recibir condolencias de todo el mundo, eso solo les recordaba lo sucedido, y acrecentaba su dolor.

Al día siguiente, se llevó a cabo el funeral; toda la familia estaba reunida, no tenían que esperar a nadie, así que, se decidió que fuera pronto.

No tenía sentido alargar la dolorosa agonía al tener el pequeño cuerpo sin vida de Anthony, en el salón que se dispuso en la mansión para velar sus restos.

Margot no emitió una sola palabra, ni siquiera un sollozo o quejido durante la ceremonia, mientras que las demás mujeres sí lamentaron, en medio de lágrimas, la partida del niño; así como lo hicieron Christian, Sean y Victoria, quienes lloraban sin reparos.

Él mayor, quiso mostrarse fuerte por los más pequeños, pero cuando se unieron en un abrazo, terminó derrumbándose, y nadie se acercó para reprocharle nada o decirle aquello de: «los hombres no lloran».

Todos los presentes comprendían que el dolor que estaban sintiendo era muy fuerte, apenas hacía tres años que habían perdido a sus padres, y ahora también les tocaba despedir a su hermano.

Después del sepelio, poco a poco los invitados se fueron marchando, ya no tenían motivos para quedarse allí. Lo que se suponía debía ser la más grande celebración del año, terminó siendo una tragedia. Margot se encerró en su despacho, ni siquiera cumplió con el protocolo de

despedirlos, le dejó esa tarea a su sobrina Deborah, y a su hermano.

—¿Pediste verme? —Stephen entró al despacho de la mujer.

Margot se encontraba mirando por el gran ventanal que daba a la entrada de la mansión, para comprobar que hasta el último de los invitados se marchase; se volvió para mirar a su hermano.

—Quiero que se lleven al caballo de Anthony, deseo a ese animal lejos de aquí, no quiero verlo nunca más.

—Margot…, sé que ha sido una situación muy difícil y triste, pero el pobre caballo no tiene la culpa de nada; ya te dije lo que nos contó Victoria, se asustaron al ver a esa serpiente en el camino…

—¡No me interesa! ¡Lo quiero lejos! —gritó, ofuscándose—. Lo quiero lejos o enviaré a uno de los trabajadores a que lo sacrifique. De la manera que sea, haré que no se vuelva a atravesar en mi vista.

—¡Por Dios! ¿Acaso te estás escuchando? Culpas a ese pobre animal de la muerte de Anthony, lo que sucedió fue un desafortunado accidente, solo eso, Margot. —Intentó hacerla entrar en razón.

—No me importa, te estoy dando una orden, y debe cumplirse —mencionó con autoridad.

—Pues no haré nada de eso, es una locura —dijo, tajante.

—¿Te atreves a contradecirme? —inquirió, mirándolo con rabia.

—Sí —sentenció Stephen, y le dio la espalda para salir de allí.

—No he terminado de hablar. No solo quiero que el animal se vaya… Deseo que tu hija también lo haga, envíala de regreso con sus tías a Barrington, no quiero que esté más en esta casa —expresó con dureza, dejando salir toda la rabia y el odio que sentía.

Él se volvió para mirarla con asombro, lo que había escuchado del caballo lo dejó asombrando, pero que también culpara a Victoria por la muerte de Anthony, era algo que no iba a tolerar de ninguna manera.

—Ni se te ocurra insinuar que mi hija tuvo, tan siquiera, un mínimo de responsabilidad por lo que le pasó a Anthony, porque te juro que me largo de esta casa y no regreso nunca más. —Su tono de voz dejaba muy claro que cumpliría con su palabra.

—Si él no hubiera querido mostrarle ese lugar, nunca habría salido de la casa, y nada le hubiese ocurrido —pronunció, con la voz estrangulada y ahogada por las lágrimas.

—Pero Vicky no le pidió que la llevara…, ella ni siquiera sabía a dónde irían; él solo quería sorprenderla, mi hija no es culpable de nada.

—¡Él está muerto! ¡Alguien debe cargar con la culpa de eso!

—¡Fue un accidente, nadie es culpable! —Stephen se salió de sus cabales y también acabó gritándole.

—Tú no lo entiendes, para ti da lo mismo porque tu hija está bien, pero si hubiera sido lo contrario…, si fuese ella la que estuviese en esa

tumba oscura y fría, no estarías tan tranquilo —dijo con rencor.

—¿Acaso estás queriendo decir que la muerte de mi sobrino nieto no me duele?, ¿o que me alegro porque fue él quien murió y no Vicky? —inquirió, perplejo y furioso.

—Lo único que sé es, que fui yo la que perdió a un hijo… Precisamente ese día me lo dijiste… «Has sido una madre para ellos, Margot» —repitió las palabras que Stephen le dijera—. Sí, yo he sido una madre para ellos, porque Dios no me dio hijos, pero la vida sí, y ahora he perdido a uno…, lo he perdido —expresó en medio de sollozos, y al fin se permitió llorar.

Stephen no pudo mantenerse impasible al ver tanto dolor en su hermana, caminó de regreso hasta ella y la abrazó con fuerza. Sabía que necesitaba de su consuelo, que, a veces, el dolor, cuando era tan profundo, les hacía decir y hacer cosas de las cuales luego se arrepentían.

La mantuvo allí, sujetándola para evitar que se derrumbase, dejándola desahogarse, que llorase todo lo que tuviese que llorar y, al mismo tiempo, dándole la fortaleza para soportar la pérdida.

Victoria había escuchado la primera parte de la discusión entre su tía Margot y su padre, se había escapado de su habitación para ir hasta la cocina y tener la compañía de los sirvientes, en vista de que el sueño le rehuía, y no quería estar sola.

Cuando escuchó las voces que provenían del despacho, reconoció la de su padre y pensó en buscarlo a él, en lugar de los sirvientes; pero al oír con mayor atención, supo el motivo de esa discusión, y no pudo evitar que el dolor la invadiera.

Salió corriendo de la casa, queriendo esconderse y borrar de su memoria las palabras que había escuchado, mientras el dolor calaba muy profundo dentro de ella. Sin darse cuenta, llegó cerca de las caballerizas y, de inmediato, entró; necesitaba salvar al caballo de Anthony, llevárselo de allí para que no pudieran hacerle daño.

Llegó hasta la cuadra donde reposaba Viento, y lo encontró acostado, con la cabeza gacha, dejando ver la tristeza que sentía por la pérdida de su dueño; se encontraba solo, lo habían abandonado.

—Nosotros no somos culpables de nada, y no dejaré que te hagan daño —mencionó con determinación, al tiempo que invitaba al animal a ponerse de pie—. Eras el mejor amigo de Anthony, él se pondrá muy triste si te pasa algo; yo no lo permitiré, nuestro amigo tiene que ser feliz en el cielo, así que, te llevaré con mis tías.

Victoria no había olvidado lo que aprendió con Tom en su rancho, sabía cómo ensillar a un caballo, aunque nunca se había animado a montar uno tan grande, hasta hacía pocos días; sabía que Anthony le daría la valentía para que pudiera salvar a Viento.

No le importaba caminar, regresaría al lugar de donde nunca debió salir, a su hogar, junto a sus madres y; estando allí, le diría a su padre que no regresaría nunca más a la mansión Anderson, ya no quería seguir en esa casa junto a la tía Margot, quien la odiaba.

No sabía muy bien la dirección en la que quedaba Barrington, pero suponía que, al llegar al primer poblado, alguien podía darle indicaciones para llegar hasta la casa de sus tías; o, tal vez, al rancho de Tom.

A medida que avanzaba, el frío se hacía más intenso; no había tomado la precaución de buscar un abrigo para cubrirse, por lo que se sobaba los brazos y se pegaba a Viento para entrar en calor.

De pronto, escuchó el sonido de una gaita escocesa, proveniente de alguna parte del bosque. Sonaba muy triste, como un lamento que salía de lo más profundo del alma.

Ella se volvió a todas partes, buscando a la persona que la tocaba, pero lo único que alcanzaba a ver eran todos esos árboles fuertes e inmensos que la rodeaban.

—¿Escuchas eso, Viento? —preguntó, mientras seguía moviendo su cabeza, en busca del origen de la melodía—. Creo que es por aquí… Vamos, veamos quién toca.

Sujetó al animal de las riendas y lo guió hacia el sonido. Poco a poco la vegetación se fue haciendo menos densa y, un claro, en medio del bosque se mostró ante sus ojos. Ella se quedó maravillada cuando el sol la cegó por un instante, se cubrió el rostro con una mano y parpadeó.

En lo alto de una colina pudo ver a un joven vestido con un kilt hecho del tartán de los Anderson. Se acercó más a él, atraída por la dulce y triste melodía, sintiendo cómo el corazón le latía cada vez más de prisa, cómo las piernas le temblaban y los ojos se le llenaban de lágrimas. Era como si esa canción fuese una despedida para Anthony, en su honor.

Cuando se encontró frente a él, no podía creer lo que sus ojos veían, era idéntico a Anthony, solo que lucía mayor, tal como imaginaba que hubiera sido el chico, si llegaba a crecer. El cabello rubio, la piel blanca, las pestañas largas y doradas, las cejas pobladas del color del bronce; con esa aura tan especial que lo rodeaba y lo hacía lucir como un ángel.

¿Acaso sería un ángel que vino a buscar a Anthony para llevarlo al cielo? Se preguntó sin poder dejar de mirarlo.

Lo vio terminar la canción y limpiarse un par de lágrimas, lo hizo con lentitud al tiempo que suspiraba, demostrando mucha tristeza en su semblante.

Cuando abrió los ojos, fue como si el azul del cielo se reflejara en sus pupilas, y Victoria estuvo segura de que se trababa de un ángel de

verdad. Estaba frente a un ángel.

Capítulo 12

Él se quedó mirando a la pequeña frente a sus ojos, que lo veía con cierta fascinación; le entregó una sonrisa amable, que intentó esconder su desconcierto por encontrarla en ese lugar.

Creyó que estaría solo, pues esa colina quedaba bastante alejada de la casona de los Anderson. No quería que nadie fuera testigo de su dolor.

De pronto, miró mejor a la chica, y descubrió en ella algunos rasgos conocidos, rasgos que le recordaron a su hermana Alicia. Se acercó despacio mientras intentaba adivinar de quién se trataba; por su ropa sabía que no era la hija de algunas de las mujeres que trabajaban en la mansión. Debía ser alguien más, y como si un rayo lo hubiese golpeado, el nombre de la niña llegó hasta él.

—¿Qué haces tan lejos de casa, Victoria? —preguntó, sonriéndole.

—¿Có… cómo sabe mi nombre? —respondió con otra interrogante, pero antes de que él contestara, agregó algo más—. ¡Ay, qué tonta soy! Usted lo debe saber todo, es un ángel.

—¿Un ángel? —cuestionó con el ceño fruncido y media sonrisa curvaba sus labios por ese comentario.

—Sí, un ángel de Dios… ¿Vino a buscar a Anthony para llevarlo al cielo? El padre Julian dijo: «Dios envía a los mejores ángeles para guiar al cielo a sus hijos, cuando estos parten de la tierra» —repitió las palabras del sacerdote, sin dejar de mirar al «ángel».

Él sonrió, divertido ante esas ocurrencias. Su tía Margot no estaría muy de acuerdo con ese término; por el contrario, había dicho que sus ideas revolucionarias acabarían por hacer que la iglesia lo excomulgara algún día. Era un chico creyente, creía en Dios, como una fuerza poderosa y superior a todo; pero no así en la iglesia y los hombres que se decían sus representantes en la tierra, esos que vivían entre lujos y riquezas, cuando otros morían de hambre entre la miseria.

Sin embargo, no quiso romper las ilusiones de la dulce Victoria, todavía estaba muy pequeña para comprender ciertas cosas; le sonrió y se acercó un poco más, mirando también al animal, al que reconoció de inmediato; era Viento, el caballo de su sobrino.

—Creo que la tarea de llevar a Anthony al cielo le fue encomendada a sus padres, nadie mejor que ellos para hacerlo —explicó en tono pausado. Suspiró y continuó—: Soy Brandon Anderson, el tío de los chicos. Acabo de regresar de Inglaterra, donde estaba estudiando.

—¿Brandon Anderson? —inquirió, parpadeando con rapidez,

sintiéndose sorprendida—. ¿Ese del que todos hablan?

—No sabía que todos hablaran de mí —acotó, sonriendo de una manera que dejó ver su perfecta dentadura.

—Bueno, no todos… Es solo que… —Victoria se interrumpió, no quería pecar de indiscreta.

—¿Es solo que…? —Él la animó para que continuara.

—Es que a veces escuchaba a los chicos decir muchas cosas sobre usted y, me daba curiosidad, así que les preguntaba, y también a mi papá, a los sirvientes…; incluso, a tía Margot —respondió, sintiéndose un poco apenada, aunque él le parecía buena gente.

—Imagino las cosas que te diría ella de mí —comentó, esbozando una media sonrisa bastante atractiva.

—Ella decía que… —Victoria se interrumpió, al recordar que las palabras de su tía no eran muy amables—. No es correcto que hablemos de otras personas a sus espaldas —recordó, esquivándole la mirada celeste al joven.

—Tranquila, no es necesario que lo digas, creo que puedo imaginarlo perfectamente. —Le palmeó el cuello al caballo y recordó la primera pregunta que le hizo a la niña—. ¿Por qué estás tan lejos de la mansión, Victoria? ¿A dónde ibas con Viento? —La miró a los ojos.

—A llevarlo a casa de mis tías en Barrington, quiero salvarlo, porque si llega a pasarle algo, seguramente, Anthony se pondría muy triste… Viento no tiene la culpa de nada…, y yo tampoco —respondió con la voz ahogada por las lágrimas que inundaron su garganta, al recordar las amenazas de su tía.

—¿De qué los culpaban… y quién? —inquirió una vez más, con el ceño profundamente fruncido.

—De la muerte de Anthony.

Victoria no pudo evitar sollozar después de decir esas palabras, y el llanto se hizo presente de inmediato; todo su cuerpo comenzó a temblar ante la ola de dolor y tristeza que la invadió. Miraba sus zapatos para esconder las lágrimas que surcaban sus mejillas, mientras se aferraba con fuerza a las riendas de Viento, pensando que el señor Brandon también los culparía por lo sucedido.

—Eso es absurdo… Dime a quién le escuchaste semejante barbaridad —pidió, sintiéndose furioso con quien la había lastimado de esa manera. Era apenas una niña inocente.

Victoria sollozó y, después, suspiró para intentar contener las lágrimas; se sentía agotada de tanto caminar y, por un instante, paseó su mirada por el lugar, en busca de algo donde pudiera sentarse, al tiempo que dudaba entre contarle lo que había escuchado. Pronto lo vio extenderle la mano, y ese gesto la llenó de confianza.

—Ven, vamos a sentarnos y me cuentas todo.

Victoria aceptó, mostrando una sonrisa tímida; tomó asiento junto

al muchacho, y a partir de ese instante, comprendió porqué los chicos solo hablaban maravillas de su tío Brandon; le resultaba una persona agradable.

Lo miró mejor, antes de iniciar su relato, descubriendo que su parecido con Anthony era asombroso, y, que, no debía ser muy mayor; lucía joven, tal vez tendría unos veinte años o un poco más.

Después de media hora, Victoria le había contado lo que le había escuchado decir a su tía Margot, y también lo que en verdad sucedió esa tarde en el bosque; esto último, le costó mucho más, pues revivir el episodio la atormentaba, pero lo hizo para que el joven Brandon, creyese en su inocencia y la de Viento.

Como era de esperarse, varias emociones se apoderaron del cuerpo de Brandon, a medida que Victoria le relataba lo sucedido; primero, sintió mucha rabia en contra de su tía Margot, la mujer no cambiaba, era absurdo y cobarde que quisiera culpar a la niña y al caballo de la muerte de su sobrino; estaba claro que había sido un desafortunado accidente el que había acabado con la vida de Anthony.

Y, por otro lado, cuando llegó la parte en la que la pequeña le contó sobre cómo sucedieron los hechos, lo que lo embargó fue una gran impotencia y tristeza; no le costó mucho adivinar que el chico se dirigía justo hacia ese lugar.

Esa colina había sido un descubrimiento de él, y lo compartió con Anthony, después de la muerte de Alicia. Le dijo que cada vez que se sintiera solo o quisiera contarle algo a su madre, podría ir hasta allí y hablarle, como si estuviera en su presencia, que le prometía que, desde el cielo, ella lo escucharía.

—Regresaremos a la casa —informó, secándole con cuidado las lágrimas a Victoria. Vio que ella levantaba los ojos, mirándolo, sorprendida—. Tú no eres culpable de nada.

—Pero la tía dijo que…

—No importa lo que haya dicho la tía, porque es mentira, ni tú ni Viento tienen culpa de nada, solo fue un lamentable accidente. Y nadie les hará daño, tío Stephen y yo nos encargaremos de protegerlos.

—¿Lo dices en serio, Brandon? —Ella se atrevió a tutearlo.

—Por supuesto, Vicky —aseguró y le acarició el cabello—. Me alegra que me llamaras por mi nombre, después de todo, tú y yo somos primos —agregó, sonriéndole con cariño.

—Sí… —dijo ella, asintiendo con la cabeza.

—Vamos…, la noche está por caer; seguramente, tu padre se preocupará mucho al ver que no te encuentras en la casa. —Se puso de pie y caminó hacia el caballo, que estaba pastando cerca.

—No…, yo no…, no quiero subir —expresó Victoria con nerviosismo, al ver que él pretendía subirla al caballo.

—Vicky, no debes temer, no te pasará nada, te lo prometo —dijo con un tono de voz calmado, para llenarla de confianza.

—No quiero… —Un sollozo le rompió la voz.

Brandon supo que no estaba bien presionarla, acababa de sufrir un episodio traumático y debía darle su debido tiempo para que se recuperase.

Asintió en silencio, mientras la miraba y le dedicó una sonrisa; después, se acomodó la gaita sobre el hombro, igual había llegado hasta allí caminando, podía volver de la misma manera.

Stephen estuvo un rato junto a Margot en el estudio, aunque la mujer se recuperó rápidamente de su episodio, él quiso mantenerse a su lado para hacerle compañía, deseaba hacerle sentir su apoyo.

Debía reconocer que le molestó mucho que intentara culpar a Victoria de lo sucedido, pero estando en esa situación y llevando tanto dolor por dentro, podía comprender que a veces se hacían y se decían cosas que no se sentían.

Quizá, él, en su lugar, no habría medido sus acciones y hubiese matado con sus manos al animal, no hubiera enviado a nadie más a encargarse de ello; si la víctima hubiera sido su pequeña hija, no sabía de lo que fuera capaz.

Era algo absurdo, pero bastante posible, pues el dolor, cuando se transforma en rabia, solo exige ser descargado de alguna manera, y la venganza parece ser la vía más rápida para ello.

—Tu idea de enviar a los chicos a Barrington por unos días me parece la más adecuada, es lo mejor para ellos en estos momentos, podrán distraerse en nuestra casa de campo. Así les será más fácil de sobrellevar la pérdida de Anthony —mencionó Margot, su voz aún mostraba los estragos que había dejado el llanto.

—Creo que tú también deberías ir con ellos, un poco de aire fresco te hará bien —acotó Stephen, dándole un apretón en la mano.

—No, debo quedarme, hay muchas cosas que atender…

—Margot, por favor, sabes perfectamente que Robert y yo podemos encargarnos de todo; sería bueno que te tomases unos días para descansar. Después de lo sucedido, nadie se atrevería a reprocharte nada. —Buscó la mirada de su hermana para intentar convencerla.

—Estoy bien, Stephen. —Margot se puso de pie y se alejó, huyéndole a la mirada cargada de lástima de su hermano; odiaba eso.

—No, no lo estás —apuntó, levándose también.

—¡Por supuesto que sí! No es la primera tragedia en esta familia que debo afrontar; por si no lo recuerdas, desde que mamá murió, he sido quien se ha encargado de la casa, he sabido lidiar con cada una de las pérdidas, y esta no será la excepción —aseguró, volviéndose a mirarlo.

—Anthony significaba mucho para ti.

—Y precisamente por ello debo seguir adelante. Además, estar en la empresa me ayudará a distraerme. —Se volvió y miró a través de la ventana el hermoso rosal que comenzaba a deshojarse—. Ir a Barrington y encerrarme por días, sin nada que hacer, solo lo hará todo más doloroso y difícil.

Stephen se acercó a ella y le apoyó las manos en los hombros, dándole un suave apretón, buscando que notara que la comprendía.

De pronto, su mirada captó a su hija Victoria, quien se aproximaba a la casa, junto a su sobrino Brandon y a Viento. Sin perder tiempo, salió del despacho y se encaminó hasta el jardín, sin comprender qué podía hacer su hija fuera de la casa, cuando estaba a punto de caer la noche.

—¡Victoria! —Casi corrió hasta ella—. ¿Qué hacías afuera tan tarde? No deberías hacerlo, es peligroso —pronunció y la tomó por los brazos con angustia, mientras la miraba a los ojos.

—Papi…, yo… —Ella intentó darle una explicación, lo veía muy perturbado, y eso la hizo sentir culpable.

—¡Por Dios, niña! ¿Dónde andabas a estas horas? Después de todo lo que ha pasado, sales así, como si nada. Eres una inconsciente. —Le reprochó Margot, mirándola con severidad.

—Antes de que continúen con los regaños, me gustaría hablar con ustedes. De ser posible, ahora mismo —demandó Brandon, con ese carácter que había heredado de Bernard, quien nunca necesitó de gritos para imponerse, su sola presencia y voz ya lo hacían.

—¡Brandon! ¿Cuándo llegaste? —preguntó Margot, mirándolo y sorprendiéndose al verlo allí, luego caminó hasta él.

—Esta tarde… —decía, pero no pudo continuar.

—¿Y por qué nadie nos informó de ello? —cuestionó, molesta.

—Porque yo pedí que no lo hicieran, necesitaba hacer algo antes.

—Comprendo —murmuró ella, viendo la tristeza en la mirada de su sobrino; no necesitó de más explicaciones.

—Bueno…, creo que será mejor que entremos a la casa, está comenzando a hacer frío —mencionó Stephen, para romper con el pesado silencio que se apoderó de ellos.

Uno de los trabajadores se encargó de llevar a Viento a la caballeriza, mientras ellos se encaminaban a la mansión. Brandon le sugirió a su tío Stephen, que dejara que Victoria subiera a su habitación para darse un baño de agua tibia, pues había estado a la intemperie por mucho tiempo y sin abrigo.

—Brandon…, muchas gracias por prestarme tu chaqueta —dijo ella, antes de subir la escalera, mientras se la quitaba para devolverla.

—No te preocupes, puedes quedártela y me la regresas después. Nos veremos en la cena. —Le entregó un guiño, para que no se

preocupara, podía ver que se encontraba asustada.

Los tres la vieron subir las escaleras junto a su dama de compañía; después, se dirigieron al despacho, por indicación de Stephen, quien casi podía palpar la tensión que embargaba a Margot y a su sobrino. Era consciente de que no se llevaban muy bien, así que creyó prudente servir de intermediario.

Capítulo 13

—¿Cómo va Cambridge? —preguntó Margot, para dar inicio a la conversación, con algo que no fuera la reciente tragedia.

—Aburrida…, monótona, retrógrada… ¿Desea que continúe, tía Margot? —contestó con algo de altanería.

—Brandon. —Stephen le advirtió que cambiara de actitud.

—Déjalo…, siempre es igual, no valora lo que hago por él; es evidente que sigue pensando que esto no le traerá ningún beneficio, pero cuando sea un hombre, entonces, comprenderá que lo único que busqué todo el tiempo fue su bienestar.

—Le recuerdo que tengo veinte años, ya soy un hombre —dijo con seguridad, irguiéndose para mostrar su altura.

—No, solo eres un rebelde y un ingrato —apuntó ella.

—Creo que ya he escuchado antes esas palabras, aunque no iban dirigidas a mí, sino al hombre que hoy se hace cargo del emporio Anderson… ¡Cómo han cambiado las cosas! —mencionó con algo de ironía, y caminó hasta el ventanal, para ver el ocaso apoderarse del lugar, e intentar calmarse.

—Brandon Anderson, mide tus palabras. —Le exigió una Margot que comenzaba a perder la paciencia.

—Creo que los dos deberían dejar de lado esta actitud tan hostil, acabamos de pasar por una gran pérdida, y estas rencillas no tienen sentido. Debemos estar más unidos que nunca, apoyarnos. —Stephen supo que había llegado el momento de intervenir o eso acabaría muy mal.

Brandon asintió en silencio mientras respiraba profundo para relajarse; sentía más respeto hacia su tío Stephen, porque él lo comprendía mejor, no buscaba imponerle nada, por eso le era más fácil obedecerlo.

—Disculpe, tío. Aunque, no les pedí que viniésemos aquí para hablar de mí, sino de Vicky.

—¿Qué ocurre con ella? —preguntó el hombre, de inmediato.

—¿Qué podrías tú querer hablar de la niña? —cuestionó Margot, elevando una ceja y mirándolo con recelo.

—Ambos le preguntaron qué hacía fuera de la casa tan tarde —inició y vio que sus tíos asentían, instándolo a proseguir—. Pensaba irse de la mansión, quería regresar a Barrington con sus tías, y llevarse al caballo de Anthony…

—¡¿Que ella qué?! —Stephen se mostró muy sorprendido.

—Como lo escucha… Se encontraba cerca de la colina de donde se

puede ver toda la propiedad; yo estaba allí, despidiéndome de Anthony… Ahí nos encontramos. Le pregunté el motivo de su huida, y resulta que escuchó a tía Margot culparla a ella y a Viento de la muerte de Anthony; además de amenazar con sacrificar al caballo…

—¡Demonios! —expresó Stephen, cerrando los ojos. Sabía que eso podía hacerle mucho daño a su pequeña, nunca debió escuchar eso.

—¿Qué hacía esa niña escuchando las conversaciones de los mayores? Parece que he perdido mi tiempo enseñándole y no ha aprendido nada en todo este tiempo. —Ella no disimuló la molestia en su voz.

—Margot, por favor —La exigencia también estaba clara en la voz de Stephen, no iba a permitir que su hermana menospreciara a Victoria; por el contrario, ahora debía encontrar la manera de hacerla olvidar ese episodio que debió ser muy amargo y triste para ella.

—Antes de reprocharle algo a Victoria, debería analizar su manera de proceder, tía Margot; empezando porque esa conversación ni siquiera debería haber existido. Es absurdo y cruel culpar a una niña de doce años por la muerte de alguien; mucho más, cuando está claro que todo fue un fatal accidente, del cual el animal tampoco tuvo responsabilidad —pronunció, mirando a la matrona a los ojos.

—Yo…, me encontraba muy ofuscada y dejé que el dolor hablara por mí… Sé que no fue prudente, pero necesitaba expresar de alguna manera la impotencia que sentía por haber perdido a Anthony. —Ella intentó disculparse, odiaba tener que hacerlo, pero en ese caso, debía reconocer que había actuado mal.

—¿Y no pensó en el daño que eso le haría a Vicky? ¡Por Dios, es solo una niña! Usted siempre anda diciendo que soy un inmaduro, un rebelde, y muchas cosas más; pero, definitivamente, jamás haría algo como esto. —Brandon la miraba con resentimiento.

—¡Ya he dicho que lo siento! —expresó, mostrándose desesperada, mientras se sobaba las manos con nerviosismo. Ese chico la exasperaba.

—Pues tendrá que decírselo también a ella. Tío, envíe a alguien por Victoria, la tía Margot le debe una disculpa y se la presentará de inmediato. —Ancló su mirada en Stephen, para que lo apoyara.

—Pero… ¿Con qué autoridad vienes a hacerme exigencias, muchacho grosero? —cuestionó, mirándolo a los ojos con molestia.

—Creo que se le ha olvidado quién soy, tía Margot. Es algo irónico, pues no dejaba de recordármelo antes de que me enviara a aquel internado. Permítame citar sus palabras: «Eres un Anderson, debes empezar a formar un carácter y hacer lo correcto siempre; ser honesto y justo, porque algún día, todo el valor de este apellido dependerá de ti, y no puedes traer deshonras a la familia» ¿Lo recuerda? Porque yo sí, y empezaré por exigir justicia hacia los miembros de mi familia.

Brandon estaba demostrando que tenía razón, ya no era un chico, comenzaba a formar el carácter de un hombre, ese que Margot le había exigido.

Le mantuvo la mirada a ese par de ojos azules que lo veían enardecidos, sin dejarse intimidar por ellos; la estaba retando abiertamente, y no se echaría para atrás.

—Stephen, ve por tu hija y tráela —ordenó, sin desviar la mirada de los ojos de su sobrino.

Se sentía furiosa por la manera en la cual Brandon la retaba, pero debía reconocer, muy en el fondo de su pecho, que eso era lo que esperaba de él, que fuera un hombre recio, con el temple para hacer cumplir su voluntad; eso era llevar en sus venas la sangre Anderson.

Después de un par de días en la mansión, Brandon sentía que necesitaba de aire fresco, irse a un lugar donde la mirada reprobatoria de su tía no lo siguiese durante todo el día. Sabía que la matrona no le perdonaba el haberla retado y exigido que se disculpara con Victoria. Dar el brazo a torcer, era para alguien como Margot Anderson, algo tan humillante como caer sentada sobre una pila de estiércol de caballo.

—Pensé que te gustaría disfrutar más de la ciudad, al menos, eso es lo que acostumbran los chicos de tu edad —mencionó Stephen, después de que su sobrino le comunicase su deseo de viajar hasta Barrington, en compañía de los chicos y su hija.

—La mayoría de los chicos de mi edad solo piensan en hacer apuestas, ahogarse en alcohol y visitar prostíbulos —dijo, mirando hacia el jardín; tenía varios minutos observando a Victoria, quien se encontraba junto al rosal. Parecía estar hablándole a las rosas.

—Bueno, es algo en lo que no puedo contradecirte…, esa es la vida de los jóvenes; pero no parece ser la tuya, ¿o me equivoco? —Stephen intentaba crear un vínculo entre ambos, necesitaba hacer que Brandon confiara en él, que lo viera como un amigo.

Desde que regresó con su familia para ayudar a Margot y lo vio, hacía ya cuatro años, supo que no sería sencillo. Brandon siempre había sido un chico retraído, solitario, con pensamientos que no encajaban en esa época.

Hablaba de libertad, y odiaba el compromiso que acarreaba ser un Anderson; ni siquiera quería estudiar, solo deseaba estar en el campo, compartiendo con los animales, sin normas ni horarios ni nada que lo atase a un lugar.

—No, no se equivoca, tío… —Se volvió a mirarlo, sintiendo que su oportunidad había llegado—. Tengo otros intereses. Me parece estúpido poner mi dinero en manos de la suerte, embriagarme hasta perder la consciencia y el domino de mis actos, o pagar por la

compañía de una mujer —mencionó con seguridad.

—¿Puedo… hacerte una pregunta personal?

El último comentario de Brandon le había resultado extraño; a esa edad, se suponía que ya debía haber visitado algunos prostíbulos. La mayoría de los chicos se hacían hombres en esos lugares.

—Si lo que va a preguntar, tío, es si ya he estado con una mujer, la respuesta es sí. —Brandon no titubeó un segundo, no estaba mintiendo —. Pero un caballero no debe hablar de esas cosas, ni alardear de ello, como si la dama en cuestión fuese un trofeo.

—Por supuesto, un hombre de verdad nunca habla de las mujeres. Tu padre te enseñó bien. —Aprobó el comportamiento de su sobrino, pero pensó que había algo más detrás de todo eso—. Supongo que… debe ser alguien especial para ti —agregó de manera sutil.

—Creo que había dicho que no hablaría de ello. —Le recordó, frunciendo el ceño, tal como hacía su difunto padre.

—Sí, sí…, disculpa, no quise pecar de entrometido. Es solo que pensé que se trataría de alguien importante y, que, tal vez, deseas presentarla a la familia.

Stephen pensó en aquello que le dijo una vez Robert, su administrador, que cuando el chico se enamorase, comenzaría a poner prioridades en su vida y actuaría como un adulto.

Brandon desvió la mirada de nuevo hacia el jardín, para ocultar la sonrisa que afloró en sus labios; al imaginar la cara que pondría la tía Margot, si llegaba a conocer a Charlize.

Si él llegara algún día a presentarse con ella de su brazo le daría un infarto o como mínimo, un desmayo, al verla llevando pantalones, en lugar de vestidos.

La mujer con quien había compartido tantas experiencias de vida, que era una apasionada de la libertad, al igual que él, su amiga, su cómplice, quien le había contado tantas cosas de su país, tantas, que terminó enamorándose de ese lugar, y no de ella, porque estaba seguro de algo, y era de que no la amaba. Entre los dos solo existía un gran cariño.

—Y bien… ¿Tendremos el placer de conocer a la misteriosa dama?

La voz de su tío lo trajo de regreso, sonrió y negó con la cabeza; no quería desatar la ira de la inquisidora que habitaba dentro de su tía Margot; además, su gran amiga y compañera de intimidad, había partido hacía un par de semanas; en ese momento estaría en medio del atlántico, rumbo a ese lugar maravilloso que la vio nacer.

—Quiero viajar a África. —Hizo audible su deseo.

—¿Qué? —Stephen lo miró, asombrado, sin comprender—. Creí que estábamos hablando de la chica que te tiene enamorado, y me sales con que quieres viajar a África.

—Esa es la chica que me tiene enamorado —acotó, sonriendo.

—Por favor, muchacho…, estoy muy viejo para que quieras venir a tomarme el pelo —reprochó Stephen, frunciendo el ceño.

—Hablo en serio, tío; estoy enamorado de ese lugar, deseo conocerlo, pasear por sus sabanas, ver todos los animales que allí habitan, la selva, las cataratas, los caudalosos ríos, las montañas…

—Espera…, espera un momento, ¿qué harías tú en África? Brandon, ese lugar es peligroso, no es sitio para un chico.

—Ya no soy un chico, tengo veinte años. —Se irguió para parecer más alto—. Y me niego a recluirme en este lugar, cuando hay un mundo maravilloso afuera por conocer.

Stephen vio la determinación en el muchacho, y fue como un reflejo de él mismo, cuando le dijo, convencido, a su padre, que no renunciaría a Virginia, que se casaría con ella y le daría un hogar, con o sin su consentimiento.

Sabía, por experiencia propia, que cuando un Anderson se empeñaba en algo, era muy difícil hacerlo cambiar de parecer; que, incluso, eran capaces de retar al mundo entero, con tal de conseguir lo que su corazón deseaba.

Sin embargo, era su deber proteger a su sobrino y cuidarlo de que no hiciera una locura, como viajar a un continente inhóspito.

—Brandon…, sabes que no puedo permitir algo así, prometí cuidar de esta familia. Ya hemos perdido a muchos seres queridos, y no te pondré en riesgo, también —expresó con seriedad.

—Yo no le estoy pidiendo permiso, tío; solo le estoy comunicando mi deseo de viajar a África, y ese viaje no depende de su aprobación, es algo que haré, tarde o temprano.

—En ese caso, y si mis consejos no harán ninguna diferencia, prefiero que sea más adelante, cuando culmines tus estudios, cuando tengas más edad… —decía, pero se detuvo al ver que el chico negaba con la cabeza.

—He pasado meses soñando con ese lugar…, usted no lo entiende.

—Te entiendo, créeme, pero no seas intransigente. ¿Sabes cuánto dura el viaje hasta África?, son meses… ¡Meses! Y ahora mismo estás a mitad de tu carrera. No puedo permitir que abandones todo para perderte en ese lugar salvaje. —Intentó hacerlo entrar en razón, sintiéndose muy preocupado.

—Pero cuando me gradúe, tampoco podré irme a cumplir mi sueño, porque tendré que quedarme aquí y hacerme cargo de los bancos, seré un prisionero —mencionó, temblando de rabia e impotencia.

—No tiene por qué ser así.

—¡¿Ah, no?! Entonces, dígame, ¿cómo será, tío? —inquirió con los ojos celestes ahogados en lágrimas, y destellando, como el océano en plena tormenta, cuando apenas puede contener su furia.

Stephen vio la mirada atormentada de su sobrino, y supo que eso en

verdad era importante para él. Era consciente del peso que representaba el apellido Anderson, la carga tan pesada que en ocasiones resultaba; y era una pena que un chico tan joven como él, se viese condicionado desde ese momento, por el mismo. Debía brindarle una salida, darle la oportunidad que le pedía, apoyarlo.

—Hagamos algo…, vamos a calmarnos y a hablar como dos adultos. Hace un momento me presumiste de eso, ¿no? Bueno, es el momento de que lo demuestres.

—No tiene caso, usted se seguirá negando.

—Solo escúchame, por favor —pidió, mirándolo a los ojos; y suspiró al ver que Brandon asentía, con un gesto forzado—. Está bien, siéntate y escucha atentamente. Sé que es muy difícil la responsabilidad que te tocará llevar, pero yo estoy aquí para ayudarte y, mientras eso sea así, puedes contar conmigo. Dejaré que hagas ese viaje, pero solo después de que te hayas graduado; me quedaré al mando de los bancos como hasta ahora, y tú podrás hacer tu viaje a África.

—Pero… ¿Qué dirá tía Margot? —preguntó, viendo una luz al final del camino, y se sintió esperanzado.

—No te preocupes por ella, yo me haré cargo. Solo debes prometerme tres cosas. —Lo miró a los ojos fijamente.

—Lo que sea, haré lo que sea, tío —habló con presteza.

—Lo primero, esto será un secreto entre tú y yo. Nadie más puede saberlo, menos tu tía Margot o tu hermana Deborah. —Lo vio asentir —. Segundo, debes terminar la universidad y, por último, tienes que prometerme que regresarás cuando tu presencia aquí sea requerida. Ese viaje se llevará su tiempo, un par de años o; tal vez, más. Estoy dispuesto a dártelos, Brandon, pero no más de eso. ¿Entendido?

—Entendido… Nadie sabrá nada, terminaré mis estudios y volveré en cuanto usted me lo exija… Bueno, después de ese par de años. — Brandon no pudo esconder la sonrisa que se adueñó de sus labios, vio asentir al hombre frente a él, y se acercó para mirarlo a los ojos—. Gracias, muchas gracias por apoyarme, tío. Le prometo que no lo defraudaré ni faltaré a mi palabra, no se arrepentirá de ayudarme a cumplir mi sueño.

—Eso espero, muchacho, por el bien de ambos, eso espero.

Lo abrazó con fuerza, entregándole más el gesto de un padre que el de un tío. Aunque se podía decir que apenas lo conocía, sentía un especial cariño por Brandon, desde que nació; algo le decía que se convertiría en un gran hombre, el digno heredero de los Anderson.

Capítulo 14

Al fin, el día de viajar hasta Barrington llegó, Victoria y los chicos se sentían entusiasmados con la idea de dejar la casa por un par de semanas, a pesar de la pérdida de Anthony.

Esperaban que esa nueva distracción aliviara, de algún modo, la pena que les traía su recuerdo, cuando caminaban por cada rincón de la propiedad, esperando verlo aparecer por algún lado, pero no lo hallaban.

La tía Margot les hizo prometer que se cuidarían mucho, que no saldrían solos al bosque, que no nadarían en el lago, porque para esas fechas comenzaba a congelarse; que si querían hacerlo, fuera en la piscina.

También les advirtió que no estuvieran en el jardín después de las siete de la noche, y que siempre se abrigaran muy bien.

Los abrazó a todos antes de que subieran al coche, incluso a Victoria. La preocupación que sentía por el bienestar de los niños la hacía olvidarse hasta del resentimiento que sintió por tener que humillarse delante de la pequeña, ofreciéndole una disculpa; y de la molestia que sintió cuando ella se defendió de manera altanera.

—Brandon, tú eres el mayor, no te despegues de ellos un solo minuto, por favor —pidió, mirándolo a los ojos.

—Así lo haré, tía Margot —confirmó, asintiendo con la cabeza.

—No te preocupes, mujer, estarán bien —dijo Stephen, mirándola a los ojos, para alejar la angustia de ella—. Por favor, cuídate mucho, estaré de regreso en un par de días. Si surge algún inconveniente llamas a Barrington, y vendré de inmediato, ¿entendido? —Le dio un abrazo y un beso en la frente, ese gesto que contadas veces le había entregado.

—Sí, conduce con cuidado… —Margot quiso darle un poco más de cariño, pero no consiguió hacerlo, era una mujer poco expresiva.

Lo vio caminar hasta el auto, donde lo esperaban Brandon y Victoria; la miró, regalándole una sonrisa antes de subir al puesto del piloto. En el otro auto iban Christian y Sean, junto al chofer, ellos comenzaron a despedirse con ademanes de sus manos, y en ese momento, Margot se arrepintió de no haberlos acompañado.

—Ya no tiene caso…, estarán bien, con el favor de Dios —pronunció, viendo que el coche se alejaba.

Al fijarse en que las chicas de servicio estaban cerca, se irguió, mostrándose segura y calmada, reteniendo el llanto que había colmado sus pupilas; respiró profundo mientras caminaba para entrar.

No pudo evitar sentir el peso de la soledad, al ser recibida por ese horrible silencio que llenaba cada espacio de la mansión, pensó que esos días serían muy difíciles.

Dos horas después, llegaban a la inmensa, lujosa y bellísima propiedad que poseían en el tranquilo poblado de Barrington; los primeros en bajar fueron los niños. Victoria se quedó hechizada, mirando la mansión, como hacía siempre que llegaba a ese lugar, pensando que era demasiado grande para una sola familia, y que, allí, bien podía vivir medio Barrington.

Era muy hermosa; sin embargo, al llegar, en lo único que pensaba era en la pequeña y acogedora casa de sus tías; ese era su verdadero hogar en el mundo, al que deseaba regresar siempre que pudiese.

Buscó con la mirada a su padre, quien también veía la mansión con embelesamiento; caminó hasta él y lo tomó de la mano.

—¿Sabes que fue aquí donde conocí a tu madre? —pronunció, dejando que su voz evidenciara las emociones que el recuerdo de Virginia provocaban en él.

—Sí, me lo contaste la primera vez que vinimos, y lo haces cada vez que volvemos. —Le hizo saber, pues con esa ocasión, ya habían estado unas diez veces en esa casa.

—¿En serio? No lo había notado… Lamento aburrirte, mi pequeña —dijo, mirándola a los ojos, sintiéndose algo apenado.

—No me aburres, papi —respondió, sonriéndole, no solo con sus labios, sino también con su mirada—; por el contrario, me encanta que me cuentes tu historia con mamá.

—Es…, es una historia muy hermosa, ella me salvó la vida.

—Me gustaría escucharla de nuevo…; y también, tener una historia igual de bonita como la de ustedes —confesó con algo de timidez.

—Bueno…, supongo que algún día la tendrás y, espero, que sea más larga que la nuestra. Deseo que tu felicidad sea para siempre. Aunque, por lo pronto, señorita Anderson, deberá dedicarse a estudiar, y cuando sea una mujer…, hablaremos de eso —expresó, sintiéndose algo perdido y hasta aterrado, nada más de imaginar que ese momento llegase.

A veces le provocaba retroceder el tiempo, no solo para volver a tener a Virginia a su lado, sino también para poder llevar a Victoria en sus brazos, hacerlo como cuando era una bebé.

Aún lo hacía, aunque no con mucha frecuencia ni tampoco como cuando estaba pequeñita, pero trataba de darle todo el amor del mundo, para que no echara tanto de menos a su madre, como lo hacía él.

—¡Vicky, ven! La señora Milton nos hizo una tarta de manzana para darnos la bienvenida —esbozó Sean, con emoción. Había regresado

solo para buscar a su prima, pues sabía que ese era su postre favorito.

—¡Qué maravilloso! Enseguida voy, quiero una porción muy grande, la más grande de todas.

—Vicky…, no vayas a comer mucho…

—¡Pero, papá! Tía siempre me anda controlando las comidas, por favor, permite que pueda disfrutar aquí —pidió, mirándolo a los ojos.

—Está bien, pero no abuses porque puede darte una indigestión. —Se dobló y le apretó la nariz con ternura, notando que las pecas de su nariz, cada vez parecían más—. Ve, antes de que Christian y Brandon te dejen si nada… Y me guardas un poco, si queda.

—Claro, papi…, te guardaré un pedazo muy grande.

De solo imaginar la masa dorada y crujiente, con ese delicioso relleno suave, jugoso y dulce, su boca se llenó de ansiedad, y casi corrió para unirse a su primo. Le tomó la mano y caminó de prisa con él; debían llegar antes de que Christian los dejara sin postre.

Las vacaciones en Barrington se hicieron muy cortas para Victoria y sus primos, aunque disfrutaron mucho de las mismas. La ausencia de Anthony se sintió en todo momento y, en más de una ocasión, el llanto se hizo presente.

Sin embargo, Stephen y Brandon intentaron animarlos, haciéndoles saber que Anthony nunca se marcharía del todo, mientras ellos lo mantuvieran vivo en sus recuerdos.

También la visita a la casa de las tías de Victoria les hizo mucho bien; la sabiduría de las dos mujeres consiguió apaciguar el dolor de la pérdida; además de los postres que a diario les preparaban para consentirlos.

Se divertían jugando en las colinas, con los animales; incluso, Victoria les había enseñado a enlazar a los animales. No había perdido práctica en ese tiempo lejos, ni por el hecho de que su tía le dijera que esa era una costumbre horrible que debía olvidar.

Victoria, una vez más, se sintió tentada de quedarse con Julia y Olivia, no existía otro lugar en el mundo donde fuera más feliz, que en ese; pero el amor por su padre, el cariño que sentía por sus primos y la curiosidad que había despertado en ella su próximo viaje a Europa, para estudiar en una prestigiosa escuela de Londres, terminaron por hacerla desistir.

—Las voy a extrañar mucho —mencionó con lágrimas corriendo por sus mejillas, unida a sus dos tías en un mismo abrazo.

—Nosotras también, Vicky, te extrañaremos mucho, mi pequeña.

—Debes prometernos que te portarás muy bien y que harás todo lo que las maestras te digan —dijo Julia, mirándola a los ojos, mientras le acariciaba la sedosa caballera, mezclando la ternura y la autoridad.

—Te prometo que lo haré, tía Julia. —Sorbió sus lágrimas y se limpió las derramadas con el dorso de la mano, para evitar que sus

tías lloraran, no quería que estuvieran tristes, aunque ella lo estaba.

—Debes aprender muy bien el francés, para que cuando regreses, nos enseñes a tu tía Julia y a mí. —Olivia hizo ese comentario alegre y se esforzó por sonreír, para no hacerle más difícil la despedida a su pequeña, solo quería verla feliz.

—Pondré todo de mi parte, tía Olivia, y en cuanto regrese, vendré a verlas, les traeré unos regalos y les contaré todo. —Les aseguró, mirándolas a los ojos.

—Sé que así será, mi niña; por favor, cuídate mucho, di tus oraciones todas las noches y recuerda que nosotras estaremos siempre para ti en este lugar, que esta también es tu casa.

Julia le reafirmó eso, pues Victoria le había contado lo de la acusación de su tía Margot; hecho que la hizo enfurecer, ya que la mujer había actuado de manera irracional.

La disculpaba por el dolor de su pérdida, pero no aceptaría que Victoria se viera expuesta a una situación igual, por mucha familia que esa mujer fuera de ella, o por todos los ruegos de Stephen, para que la dejara seguir en la mansión Anderson.

La acompañaron hasta los autos, donde ya se encontraban los demás; se despidieron también de los chicos, recordándoles que eran bienvenidos cada vez que quisieran visitarlas.

Dos meses después, se encontraban en Nueva York; habían viajado hacia el puerto más importarte de Los Estados Unidos, para tomar un barco hacia el viejo continente. Y el trasatlántico escogido no había sido otro que el famoso Mauretania, el más veloz y elegante del momento.

Puesto que, aunque el Olympic era el de mayor tamaño, este pertenecía a la empresa White Star Line; y la misma no había logrado librarse de la mala fama que le quedó después del hundimiento del Titanic.

Los hermanos Anderson, solo pudieron acompañar a los chicos y a Victoria hasta la caótica y cada vez más pujante ciudad de Nueva York. Ninguno de los dos podía ausentarse de América para realizar un viaje tan largo, que le llevaría cuando menos unos tres meses entre ir y volver.

Dejarían la seguridad de los herederos en las manos de Robert Johansson, el fiel administrador de la familia, quien ya antes había velado por el cuidado de Brandon; inclusive, fue quien consiguió dar con el paradero del rebelde rubio, cuando escapó de la casa, y fue quien lo trajo de regreso a la mansión.

Brandon no viajaría con ellos porque tenía un mes libre antes de regresar a cursar su último año de carrera, así que había decidido aprovecharlo para viajar al estado de Utah. Quería comprobar por él

mismo si era tan majestuoso como le habían contado unos compañeros de viaje, que encontró en el tren de camino a Chicago, cuando viajó meses atrás.

Cabe acotar que la idea fue rechazada por su tía Margot, pero apoyada por su tío Stephen, quien pensó que eso calmaría el espíritu aventurero del joven, y así olvidaría por el momento su idea de viajar a África. En el fondo estaba seguro de que una vez que acabase sus estudios, el año entrante nada haría que Brandon desistiese de viajar a ese continente inhóspito.

Era la primera vez que Victoria salía de Chicago, y su emoción crecía un poco más a cada instante, aunque eso no borraba del todo la tristeza que le causaba emprender ese viaje sin la compañía de su padre. Había soñado con que él estuviese junto a ella.

—Papi… ¿En serio no puedes acompañarnos? —preguntó una vez más. Ya había perdido la cuenta de todas las veces que le hizo esa misma pregunta.

—Princesa, sabes que si pudiera, no lo dudaría un segundo. No tienes ni idea de cuánto lamento no estar a tu lado durante este viaje, compartir contigo cada una de las emociones que vivas, a medida que descubras cosas nuevas y conozcas a otras personas. Pero confío en que Christian, Sean y el señor Johansson harán de tu viaje a Europa una experiencia maravillosa. Ellos ya conocen Londres, y estuvieron en ese internado —comentó, mirándola a los ojos.

—Está bien…, pero al menos, prométeme que irás a verme muy pronto, que no te olvidarás de mí —pidió con las lágrimas nadando en sus hermosos y expresivos ojos verdes.

—Jamás me olvidaría de ti, Vicky, eres lo más valioso que tengo, toda mi razón para vivir —pronunció, estrechándola entre sus brazos con fuerza, y después la miró a los ojos—. Y te prometo que iré en cuanto me sea posible, igual ustedes estarán de regreso en las próximas vacaciones, a menos que desees quedarte en Europa y conocer un poco más; igual buscaré la manera de que nos veamos; de eso puedes estar segura, hija.

Ella asintió en silencio, confiando en la palabra de su padre. Se abrazó a él con fuerza, deseando no tener que alejarse de esa sensación de seguridad, amor y bienestar que le brindaba. Sin embargo, sabía que no podía prologarlo mucho, el auto cada vez estaba más cerca del puerto.

Capítulo 15

La alegría que la embargó los primeros días de su viaje, poco a poco comenzaba a disiparse; se aburría muchísimo encerrada en su camarote, y cuando salía a cubierta, tampoco tenía mucho que hacer, pues no contaba con ninguna amiga con quien pudiese compartir.

Los chicos intentaban distraerla charlando con ella, pero como no estaba permitido que las mujeres accedieran a los salones de juegos de caballeros, debían separarse por algunas horas; y estas le resultaban insoportablemente aburridas.

No veía la hora de tocar tierra, estaba desesperada por poder ver algo más que agua a su alrededor; caminaba de manera distraía por la cubierta, sin fijarse mucho en las personas que pasaban a su lado; o que, al igual que ella, habían salido de sus camarotes para tomar un poco de sol y aire fresco.

El cielo comenzaba a teñirse de malva, anunciando el final de ese día, ofreciéndole a sus ojos un verdadero espectáculo; soltó un suspiro cargado de nostalgia y cerró los ojos, dejando que la suave brisa le acariciara el rostro y desordenara sus rizos, que una vez más, caían sobre su espalda en completa libertad.

Estaba aprovechando la lejanía que tenía de su tía Margot, para permitirse algo tan sencillo como eso, además, contaba con la complicidad de su dama de compañía, que le había permitido, incluso, usar el corsé más holgado.

—Así siento que puedo respirar mejor, es mucho más cómodo, además, no es que me haga falta, es suficiente con no comer dulces.

Abrió lentamente sus párpados, dejando que las últimas luces del día le brindaran algo de calidez, pues la noche se anunciaba helada, como lo habían sido todas las pasadas a bordo de ese gran barco.

—Será mejor que regrese hasta el camarote, así me preparo para la cena —dijo en voz alta. Al pasar tanto tiempo sola, ya se le había hecho una costumbre hablar con ella misma.

Cuando giró sobre sus talones, su mirada captó algo que le llamó mucho la atención. En uno de los puntos más altos del barco, justo en la proa, se encontraba alguien.

Por su ropa, pudo adivinar que se trataba de un caballero, aunque llevaba el cabello largo, a la altura de los hombros; era castaño, y el viento lo movía a su antojo.

Sin embargo, lo que más le atrajo a Victoria de aquel desconocido fue esa aura cargado de melancolía que podía apreciar en él, era como si ambos compartiesen el mismo sentimiento, como si ese joven

también añorase a alguien; así como lo hacía ella.

Comenzó a caminar lentamente, con toda la intención de llegar hasta él, para entablar algún tipo de conversación, o solo para saludarlo; aun contradiciendo las indicaciones de los chicos y el señor Johansson, quienes le habían mencionado que no debía acercarse a los extraños, pues podía resultar muy peligroso para una señorita.

Victoria sentía que ese joven no representaba ningún tipo de peligro; desde allí, no le parecía una mala persona, solo lo notaba muy triste, y en ella se instaló una imperiosa necesidad de consolarlo, de saber qué le pasaba y ayudarlo a sobrellevar su pena.

A medida que se acercaba, podía vislumbrar mejor el perfil del caballero, se sorprendió al notar que era bastante joven; tal vez, tendría la misma edad de Sean; y, además, tenía un perfil muy atractivo.

Estaba a punto de llegar hasta ese lugar, cuando el joven se volvió, y sus ojos, de un impresionante azul, tan azul como el océano, se posaron en ella; y su intensa mirada la hizo temblar.

Victoria separó sus labios para saludarlo, pero su voz había desaparecido, no podía hacer nada más que mirar ese par de ojos, que se notaban opacados por las lágrimas que seguramente había estado derramando.

Él se quedó mirando a la pequeña entrometida, que había tenido el atrevimiento de acercarse a ese lugar; suponía que allí tendría algo de libertad, que nadie llegaría a molestarlo, pero, evidentemente, estaba equivocado.

La vio apartar de su rostro la espesa cascada de rizos dorados que volaban con el viento, como hilos de oro, y eso le permitió ver los impresionantes ojos verdes que la curiosa chiquilla poseía.

A partir de ese momento, la intromisión no le resultó del todo desagradable; aunque no le gustaba que las personas lo vieran cuando exponía su lado más vulnerable, le perdonó a esa chiquilla el haberlo hecho, solo por ese par de esmeraldas que tenía por ojos; y, que, justo en ese momento, lo miraban con una mezcla de curiosidad, ternura, y podía decir que, algo de sorpresa.

Quizá lo conocía de algún lado y por eso se acercó para saludar; aunque eso era poco probable, pues dudaba que él hubiese olvidado a alguien como ella.

Se mantuvo en silencio, esperando a que hablase, pues, al parecer, había llegado hasta ese lugar con toda la intención de hacerlo. Él, por su parte, no era muy comunicativo, así que no le diría nada, pero tampoco perdería la oportunidad de mirarla mejor.

Así lo hizo, y pudo descubrir que había una belleza perfecta y radiante en la americana, supuso por sus rasgos que debía serlo; claramente, no lucía como las chicas inglesas.

—¡Vicky! Te hemos estado buscando.

La voz de Sean irrumpió en el silencio que se había apoderado de ella y ese desconocido, ya que ellos no hicieron algo más que observarse, como si intentaran reconocerse.

Se giró y vio a sus primos caminar de manera apresurada, al verla en compañía de un extraño, pero les sonrió para anunciarles que todo estaba bien y, después de eso, volvió a posar su mirada en el chico.

Se sorprendió cuando descubrió que él se alejaba con pasos apresurados, dejando que la gruesa capa que llevaba puesta, ondeara al compás del viento, que cada vez era más fuerte. Su actitud le causó la impresión de que estaba huyendo de Christian y Sean, eso le resultó bastante extraño, aun así, no terminaba de sentir que fuese alguien peligroso; aunque sí debía reconocer que era bastante misterioso.

—Vicky, ¿qué haces tan tarde en esta parte del barco? —inquirió Christian, quien le pareció reconocer al joven que estaba con ella.

—No deberías hacerlo, puede ser peligroso; mucho más estando sola. —Le recordó Sean, quien sí estaba seguro de quién era el chico.

—¡Por Dios, muchachos! Tampoco es para tanto, se supone que todos los que viajamos en primera clase somos personas decentes.

—Esa no es una regla establecida —habló Christian, quien siempre basaba sus opiniones en pruebas y no en conjeturas. Le encantaban los números y la ciencia.

—Tener dinero, no te hace una buena persona, Vicky; debes tener eso muy presente, a veces los malos también se escudan detrás de ropajes de sastres y vestidos costosos. Recuerda a los Lerman.

—Tienes razón…, lo siento. —Bajó el rostro, sintiéndose apenada.

—No te preocupes, solo no vuelvas a salir sola de tu camarote. Eres una chica muy hermosa y puedes atraer la atención de muchas personas, algunas veces para bien, y otras para mal. —Christian intentaba cumplir con su papel de protector, se lo había prometido a su tío Stephen, antes de partir de América.

—Está bien…, no lo haré de nuevo… Es solo que sentí curiosidad por el chico que estaba aquí antes de que ustedes llegaran…

—¿Qué hay con él? —preguntó Sean, de inmediato, al tiempo que fruncía el ceño y la miraba con detenimiento.

—Nada…, solo me pareció que…, que estaba triste —esbozó, dejando ver que eso también le afectaba a ella, aunque aún no sabía por qué, pues ni siquiera conocía a ese joven.

—¿Triste? —inquirió con algo de incredulidad—. Dudo mucho que alguien como él pueda estar triste, tal vez resentido contra el mundo, amargado… —decía, cuando Victoria lo interrumpió.

—¿Lo conoces? —La curiosidad en ella había aumentado.

—Sí, por desgracia. Va al mismo colegio al que asistiremos. Se llama Terrence Danchester…, y es el hijo mayor del duque de Oxford —

mencionó, sin mucho énfasis.

—¿Hijo de un duque? ¿Uno de verdad?

Victoria parpadeó sin poder creerlo, ya había estudiado mucho de historia, y sabía que algunos países de Europa aún poseían monarquías, pero no pensó conocer a alguien de la realeza tan pronto.

—Sí, un duque de verdad, Vicky —respondió Christian, sonriendo.

—Aunque a su hijo se le considera ilegítimo, porque fue concebido con una mujer plebeya y, además, americana.

—Lamentablemente, nunca tendrá algún título aristocrático, el ducado lo heredará su hermano, Richard Francis Danchester Clydesdale —informó Christian, quien tenía mayor conocimiento de todo eso de las sucesiones.

—¿Lamentablemente? ¡Por favor, hermano! Si Terrence es insoportable sin tener título, imagina que lo tuviera, sería una pesadilla. —Se quejó Sean, quien no comprendía la simpatía que Christian sentía por ese tipejo.

—A mi hermano le cae muy mal —acotó el aludido, mirando a Victoria, mientras intentaba esconder su sonrisa.

—Sí, ya me he dado cuenta —indicó ella, quien no escondió lo divertido que le parecía el berrinche de Sean.

—Cuando lo conozcas, me darás la razón; es insoportable, se cree el mejor en todo y con el derecho de hacer lo que le da la gana.

—Bueno…, la verdad es que no tuve la ocasión, se marchó antes de que pudiera siquiera saludarlo —confesó Victoria, un tanto apenada.

—¿Ves, lo que acabo de decir? Es un maleducado. Debió ser quien se presentase, tú eres una dama, Vicky —dijo Sean, sintiéndose mucho más molesto por lo que su prima les contaba.

—No importa, ya no tiene caso… Si es tan odioso como dices, creo que fue lo mejor que no nos presentáramos; sabes que no me llevo bien con ese tipo de personas.

Victoria hizo ese comentario para restarle importancia al asunto, pero en su interior, lamentaba no haber descubierto algo más sobre el joven; saberlo por él, y no por las referencias que le daban sus primos.

Quería conocerlo, preguntarle por qué estaba tan triste, saber a quién extrañaba. Por lo menos, ya no era un desconocido, sabía su nombre: Terrence Danchester.

Capítulo 16

Dos días después, Victoria seguía sintiéndose intrigada; había buscado la manera de salir a cubierta, sin la compañía de sus primos o del señor Johansson, para ver si podía encontrarlo de nuevo, pero todos sus esfuerzos habían sido en vano, era como si hubiera desaparecido.

—¿Dónde estarás? —Se preguntaba, frunciendo el ceño y golpeándose el labio inferior con el dedo índice.

Mientras su mirada se perdía en el imponente océano ante ella. Esa masa de agua le recordaba el color de los ojos de aquel chico, eran igual de intensos, de profundos.

Pensó que se estaba volviendo una tonta por pasar tanto tiempo pensando en él, pero era algo que no podía evitar. Terrence Danchester se escabullía en sus pensamientos a cada momento; suspiró, rompiendo la burbuja donde se encontraba, y cerró los ojos, dejando que la suave brisa marina le acariciara el rostro.

—Señorita Victoria, creo que será mejor regresar, llevamos mucho tiempo aquí. —Le comentó Olga. La chica que la acompañaba durante el viaje, puesto que Kelly se quedó en América.

—Quedémonos un poco más, Olga… Me aburro mucho encerrada en ese camarote. Por favor —pidió, mirándola a los ojos—. Si estás cansada de estar de pie, puedes recostarte en esos sillones. —Señaló la larga fila de elegantes tumbonas, dispuestas para que los pasajeros de primera clase tomaran el sol.

—Señorita Victoria, no puedo dejarla sola… —Intentó negarse, aunque sí le dolían los pies. Llevaban dos horas paseando por la cubierta.

—Por mí no te preocupes, estoy bien y no me moveré de aquí… Anda, ve y descansa un rato. Observa a ese caballero, se ve muy cómodo allí, ¿quién sabe cuánto tiempo lleva durmiendo? —dijo en un tono más bajo, para no despertar al hombre vestido de negro que reposaba en uno de los sillones; a lo mejor, se trataba de un pobre anciano.

—Pero el señor Johansson y sus primos dijeron que no podíamos andar mucho tiempo solas por la cubierta.

—Ellos no están aquí ahora, se divierten en el gimnasio y el salón de juegos, mientras nosotras, debemos pasar todo el día tejiendo o bordando; eso no es justo, ¿no te parece? —preguntó, tornándose seria.

Olga se quedó en silencio, analizando las palabras de la chiquilla;

sabía que su responsabilidad era estar a su servicio y ser su dama de compañía, pero suponía que no había nada de malo en quedarse un poco más; después de todo, seguía órdenes.

—Como usted diga, señorita… Pero solo unos minutos más.

—¡Perfecto! ¿Qué dices si vamos a la proa? Seguramente la vista desde ese lugar es grandiosa —dijo y comenzó a caminar.

—¡Ah, no! eso sí que no, señorita Victoria; ese lugar es peligroso… Mejor nos quedamos aquí. O podemos ir al salón de té, allá están las demás señoritas con sus madres… Puede empezar a hacer amigas —sugirió, mostrando una sonrisa para convencerla.

—Ya lo intenté durante dos semanas, y ninguna me cae bien; todas son muy…, muy rígidas. Parecen los maniquís de las tiendas, apenas hablan y, cuando lo hacen, es tan despacio, que me provocan sueño.

—Bueno, la verdad es que usted habla muy de prisa… y, mucho, señorita Victoria. —Le hizo saber con algo de timidez.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, algo incrédula.

Olga estaba por responder, cuando de pronto escucharon el sonido ronco de una carcajada a sus espaldas, mismo que las hizo sobresaltarse; de inmediato, se volvieron para ver de quién se trataba.

Era el hombre de la tumbona, ellas pensaron que dormía, pero, obviamente, se habían equivocado y; al parecer, estaba escuchando su conversación.

Sintieron curiosidad, por lo que muy despacio se acercaron, aunque no lograban verle el rostro, ya que lo tenía cubierto con un sombrero Borsalino, negro.

Victoria presintió enseguida que se trataba de aquel misterioso chico, al que había estado buscando durante dos días sin ningún éxito; sonrió, presa de una nueva emoción, y fijó su mirada en él, a la espera de que se levantase para comprobar que no estaba equivocada.

Terrence se movió despacio para ponerse de pie, mientras se retiraba con una mano el Fedora que le cubría el rostro; su intensa mirada azul se posó en la esbelta figura de la rubia que se había apoderado de sus pensamientos desde que la vio por primera vez.

No pudo escapar del hechizo que lazaron sobre él, ese par de esmeraldas que tenía por ojos; y, que, justo en ese momento, volvían a atraparlo. Respondió, dedicándole una sonrisa ladeada.

—Tendrá que disculparme por lo que voy a mencionar, señorita, pero si no se lo decía su dama de compañía, se lo decía yo. Llevo varios minutos intentando descansar, y me ha sido imposible; desde que llegó, no ha parado de hablar. ¿Acaso está practicando para algún campeonato?, ¿o se expresa de esa manera siempre? —preguntó, sin disimular la sorna en su tono de voz, ni en la expresión de su rostro.

Victoria, una vez más, se quedaba sin palabras; la voz de ese joven tenía un tono tan profundo, que le daba un toque mucho más intenso

a su acento inglés. Pero no fue solo eso lo que le robó el aliento y las palabras, sino su rostro, era sumamente atractivo. Ningún otro chico, aparte de Anthony, le había resultado tan apuesto, hasta ahora.

—Creo que provoco un extraño efecto en usted, es la segunda vez que nos vemos y que se queda muda —pronunció, intentando hacerla reaccionar; le gustaba esa chispa que había notado en ella, durante los dos días que llevaba espiado.

—Yo… no soy muda. —Victoria pudo notar que se estaba burlando de ella, así que se defendió de inmediato.

—Eso ya me ha quedado claro —dijo, riendo, estudiando en detalle los rasgos de la americana, disfrutando de esa belleza natural.

—Lamento haberlo despertado, pero no se supone que estos sillones sean para dormir, para eso están los camarotes. —Le hizo saber, elevando la barbilla, en un gesto altanero.

—Digamos que el mío no es lo bastante cómodo —acotó él, sin dejar de mirarla, disfrutando de poder hacerlo así de cerca.

Terrence no mentía, le había tocado comprar un boleto en tercera clase para poder regresar a Europa. Ya que, todos sus ahorros, los había invertido en el primero, con el que llegó a América, de donde no pensaba salir en mucho tiempo; sobre todo, porque se juró nunca más regresar a Londres.

Victoria lo miró desconcertada, su camarote era muy parecido a su habitación en la mansión Anderson, lleno de lujos y comodidades; suponía que él debía tener uno igual; o quizá, mejor.

¿Acaso los gustos de las personas de la realeza eran tan exigentes, que a alguien como ese joven, un camarote de primera clase le parecía incómodo para descansar?

Se preguntó en pensamientos, pero después miró el sillón donde había estado, y pensó, que se estaba burlando de ella, de nuevo. Lo miró frunciendo el ceño y los labios, no le gustaba que la trataran así, ella no era ninguna tonta, y había aprendido mucho en los años que llevaba desenvolviéndose como una Anderson.

—Usted es el único hijo de un duque, que conozco, que prefiere un sillón para descansar, a la cama de un camarote de primera clase.

—¿Sabe quién soy? —cuestionó con algo de asombro.

—¡Por supuesto! ¿Acaso ha pensado que soy una chica ignorante? —Hizo alarde de su conocimiento, sintiéndose en ventaja sobre él.

Él estaba encontrando bastante divertido ese juego de palabras con la pequeña rubia, pero al hablar de su origen, todo rastro de diversión despareció de su semblante; se tensó de inmediato y quiso huir de allí.

No le gustaba que le hablasen de su padre, ni del título de este o de algo que estuviese relacionado con ello; él no se sentía parte de la realeza, desde pequeño le dejaron claro que no era digno de serlo, así que, en respuesta a ese rechazo, había optado por revelarse en contra

de todo eso. No le interesaba ser considerado: «el hijo de un duque».

—Permítame contradecirla, señorita. Pero se equivoca; ahora, si me disculpa, tengo otros asuntos que atender —pronunció, dándole la espalda. Su actitud había cambiado por completo.

Ella supo de inmediato que había hecho algo mal, así que quiso repararlo, pero era complicado hacerlo, pues no sabía el motivo por el cual el joven se había molestado.

—Terrence…, espere —pidió, dando un par de pasos hasta él. Quiso tocarlo, pero la rigidez en la espalda del chico se lo impidió—. Ni siquiera nos hemos presentado —expuso eso como excusa para retenerlo y seguir conversando con él.

—No creo que sea necesario, ya usted parece conocer todo de mí —mencionó sin volverse para mirarla.

—No, no todo… Solo algunas cosas, que me contaron mis primos.

—Bueno, podría preguntarles a ellos el resto. Con su permiso —dijo, dispuesto a continuar con su camino.

—¡Ah! Justo eso me dijeron, que eras un maleducado, altanero…, y que te creías mejor que todo el mundo. —Victoria no pudo evitar que esas palabras salieran de sus labios.

—¡Con que eso le dijeron!… —Terrence se dio la vuelta para mirarla con algo de resentimiento.

—Sí…, aunque yo les dije que no lo creía. Pero veo que me equivoqué, eres tal y como te describieron.

—Bueno, supongo que te he causado una gran desilusión. Mis más sinceras disculpas por ello… Adiós, señorita pecas.

Le hizo una reverencia y, una vez más, le daba la espalda; sobre todo, para esconder la sonrisa de sus labios, al ver el asombro en la mirada verde de la pequeña americana.

Aprovechó eso también para alejarse, no debía perder su tiempo con ese tipo de chicas; seguramente, se había deslumbrado al enterarse de que era el hijo de un duque, y vio en él a un buen partido.

Todas hacían lo mismo, sin saber que perdían su tiempo; pero cuando se enteraban de que nunca heredaría el título, de que no era más que la vergüenza de la familia Danchester, un error, un bastardo, que nunca debió nacer, terminaban huyendo de él, como si fuese un leproso.

No volvían a dirigirle la palabra ni cuando se cruzaban por la calle, así que prefería ser quien las rechazara, antes de que se lo volvieran a hacer.

Victoria se quedó pasmada, mirándolo sin poder creer que la hubiese llamado de esa manera, y que fuese tan grosero; se suponía que los ingleses eran unos caballeros, al menos, eso le dijo su tía Margot. Pero, por lo visto, ella también se había equivocado; o Terrence era un caso aislado, alguien que esperaba no toparse nunca

más.

—Regresemos a nuestro camarote, ya no quiero estar aquí.

Le ordenó a Olga y caminó de manera enérgica, descargando toda su molestia en cada paso que daba y resonaba en el pulido piso de madera bajo sus pies. Mientras intentaba sacar de su cabeza la imagen de aquel altanero, y aplacar el fuego que se extendía por su pecho, al recordar sus burlas.

Olga la siguió sin chistar, ni siquiera comprendía porqué se había puesto así, nunca la había visto enojada, en los días que llevaba a sus servicios; pero era evidente que lo estaba. Pensó en que quizá, la actitud del chico la había molestado, y a decir verdad, sí se había mostrado bastante pedante; mientras que la señorita, solo buscó ser amable.

Esa noche, mientras cada uno reposaba en su respectiva cama, siendo mecidos levemente por el inmenso océano que los rodeaba, no conseguían sacar de sus cabezas el recuerdo de aquel encuentro; las palabras resonaban nítidas en sus oídos, y las imágenes se apoderaban de ellos, como si fuesen los cuadros de alguna película.

Victoria se sentía molesta por la intromisión de aquel malcriado en sus pensamientos, por lo que descargaba su frustración golpeando la almohada, haciéndose creer que solo buscaba darle una mejor forma.

Le echaba la culpa a esta de no poder dormir ni dejar de lado el desagradable encuentro de aquella tarde, quería olvidarlo por completo.

Por su parte, Terrence, atravesaba la misma situación, pero no el sentimiento de rabia que embargaba a la rubia; por el contrario, le resultaba agradable recordar esos hermosos ojos verdes, de mirada brillante y curiosa. También, la pequeña boca que parecía un botón de rosa, la nariz respingada y cubierta de pecas, que a esas alturas, lograba sacarle una sonrisa cada vez que recordaba la manera en la cual la llamó; se había puesto furiosa, pero no le importaba.

—Señorita pecas, te llamaré así cada vez que vuelva a encontrarte. Creo que ahora tienes una nueva razón para salir de este pequeño y maloliente camarote, Terry. —Se dijo en voz alta, mientras sonreía en medio de la cerrada oscuridad que lo envolvía.

Sin embargo, la suerte le fue esquiva al rebelde de los Danchester; la pequeña rubia pecosa no apareció por la cubierta del barco en varios días. Tampoco la vio cerca de la sala de reuniones que tenían las damas en primera clase, o en el lujoso restaurante del Mauretania, donde las familias se reunían a degustar todos esos platillos; a los cuales él tenía acceso, gracias a que se había hecho amigo de uno de los cocineros del barco, pues su boleto no le permitía acceder a ese lugar.

—Qué pronto se olvidan las personas de quién eres y del apellido que llevas. Ojalá fuese así también en Londres, a ver si de una vez por todas, consigo librarme del estigma con el que he cargado toda mi corta y miserable vida —pronunció, apagando contra un pilar la colilla de su cigarrillo, eso también se lo había ganado a uno de los hombres de la tripulación, jugando a las cartas.

Había tenido mucho tiempo para buscar la manera de ganarse la vida en ese barco, sin tener que pasar las penurias de los pobres, quienes debían costear los boletos de tercera clase y todo lo que consumieran.

Incluso, había recibido una invitación por parte del capitán del barco, para asistir a la gala que se hacía la última noche en altamar. Sabía que el hombre lo había reconocido, aunque intentaba hacerle creer que no.

—El duque tiene acciones en esta naviera, está claro que muchos de sus trabajadores te conocen, quizá todos esos «favores» que te hacen, sean para congraciarse con él, después.

Hizo audible sus pensamientos, desde hacía mucho había perdido la fe en el buen corazón de las personas; en el mundo donde él se desenvolvía, todos actuaban para su propio beneficio. El único interés real eran ellos mismos, y cada vez que alguien ofrecía una mano, era para recibir más adelante alguna recompensa.

Todos vivían pensando en sacar algún provecho, en comprar deudas, que cobrarían más adelante.

Dejó escapar un suspiro pesado, cerrando los ojos un instante y apoyando su cabeza en los paneles de caoba que cubrían las paredes del barco. Comenzaba a sentirse fastidiado; la pequeña cuota de entretenimiento que representó la pecosa, comenzaba a esfumarse porque ella seguía sin aparecer.

—¿Dónde andarás, señorita pecas? —Se sorprendió, cuando en respuesta, la imagen de ella apareció frente a sus ojos.

Avanzó un par de pasos para acercarse, dispuesto a abordarla, pero a medio camino se paró en seco, al ver que dos chicos se le unían; frunció el ceño profundamente mientras los observaba e intentaba ubicarlos, pues le parecían conocidos.

Se ocultó detrás del pilar donde había apagado la colilla de su cigarrillo, y cuando los tres pasaron cerca de él, tuvo la oportunidad de mirar mejor a los acompañantes de la americana, por lo que no tardó mucho en reconocerlos.

—Los hermanos Cornwall —dijo entre dientes, y su mirada se oscureció mucho más.

El mayor le era indiferente, era un tipo que no se metía con nadie, pero el otro, el tal Sean, era un estúpido mimado, que se creía muy bueno en esgrima.

Él se encargó de demostrarle lo contrario, le dio una paliza cuando apenas iniciaban la preparatoria y; desde ese entonces, se había declarado como su rival, cada vez que se realizaba un torneo.

—Pensé que no regresarían de América, después de la muerte de sus padres. Tenían muchos años sin venir… —Se interrumpió, al ver que entre los chicos faltaba uno, Anthony, el menor.

Ese le caía mejor, tenía un aire de rebelde y de franqueza, con la cual él se llevaba bien. No era tan pacifista como el mayor, ni tan mimado como el segundo. Era dueño de su propia personalidad y expresaba sin temor sus opiniones, esa actitud era digna de admiración, ya que, en los jóvenes de Brighton, era muy escaza.

Los siguió con la mirada mientras se alejaban, preguntándose qué relación tendrían con la pequeña pecosa; por alguna extraña razón que no quería siquiera reconocer, terminó deseando que fueran familiares. Recordó que ella había dicho algo acerca de sus primos, y concluyó que se trataba de ellos.

Eso lo animó un poco más, pues el juego se hacía más entretenido. Si eran primos, él estaría encantado de causarle alguna que otra molestia al estúpido de Sean, buscando atraer la atención de su hermosa prima.

Aunque después de su último encuentro, dudaba mucho que pudiese ganarla, se había portado como un idiota con ella, quien solo quiso ser amable. Pero él no estaba acostumbrado a que le dieran ese tipo de trato, no supo cómo actuar; y ahora le pesaba.

—Bueno, es mejor que no te hagas ilusiones, Terry… Cuando se entere de quién eres, saldrá huyendo, como todas las demás. —Suspiró con fastidio, y arrancó su mirada de ella—. Ni siquiera sé su nombre.

¿Y para qué deseas saberlo?

—Ya deja de portarte como un estúpido y olvida a esa chiquilla, ella no está a tu alcance. —Se recordó con rabia.

Se volvió y caminó en la dirección contraria, alejándose de la chica que se había apoderado de sus pensamientos, que lo había hecho sonreír con solo recordarla.

Capítulo 17

Victoria se miraba al espejo mientras sonreía, sin poder creer lo hermosa que lucía, además de lo feliz que estaba porque por fin tendría algo de diversión en ese viaje, al menos, eso esperaba, pues todo el mundo no hacía más que hablar de la gran gala de esa noche.

Comenzó a pasearse por el camarote, desfilando el bello vestido blanco que había escogido para llevar, y el peinado que le había hecho Olga, al tiempo que mostraba una gran sonrisa.

—Luce muy hermosa, señorita… Seguramente, hoy, más de un caballero pondrá los ojos en usted, cautivado por su belleza —dijo, mientras organizaba las prendas que habían quedado tiradas en la cama, pues Victoria había estado muy indecisa de qué llevar—. Escogió el vestido perfecto.

Victoria se tensó al escucharle decir lo de los caballeros, pues la primera imagen que llegó a su cabeza fue la de aquel arrogante inglés, a quien había decidido ignorar por completo.

Negó con la cabeza al ser consciente de que una vez más, estaba pensando en él; se miró de nuevo al espejo, sonriéndole a su imagen.

—Lo único que deseo esta noche es divertirme, me da igual si algún caballero se fija en mí o no… —Se encogió de hombros ligeramente y dio una vuelta—. Solo quiero bailar y bailar… Como lo hacía junto a Anthony, cada vez que había una fiesta en la mansión.

El recuerdo hizo que su voz se tornara triste. A pesar de estar en el viaje de camino a Europa, de saber que la esperaban nuevas y maravillosas experiencias, no había un solo día en que no recordase su hermoso cabello dorado, sus ojos azules, su dulce voz.

Fue su mayor cómplice y defensor cuando llegó a la mansión Anderson.

Anthony, incluso, se había ganado su corazón de una manera distinta a la que lo habían hecho Christian o Sean. Cuando estaba con él, se sentía diferente, más bonita y apreciada, como si fuese especial.

Pero no en la forma en que lo era para su padre, sino de otra; no sabía cómo explicarlo con palabras, solo podía decir que, no se había vuelto a sentir de esa manera desde que él murió.

—Vicky, no te pongas triste… Recuerda lo que dice el señor Stephen, que las personas que amamos nunca nos dejan, siempre están con nosotros, aunque no podamos verlos —mencionó Olga, poniéndole una mano en el hombro para animarla.

—Intento recordarlo siempre…, pero a veces, eso no me ayuda a extrañarlo menos… O a mi mamá —susurró mientras luchaba por

contener sus lágrimas, se suponía que debía estar feliz.

—Lo sé, yo también extraño mucho a mi abuela. ¿Sabes?, ella fue quien cuidó de mí cuando era pequeña, mientras mi madre trabajaba en Nueva York… Y sé, que desde donde se encuentre, aún me sigue cuidando. —Olga le entregó una sonrisa muy bonita.

Victoria asintió, respondiendo con el mismo gesto; se secó la lágrima que rodó por su mejilla con el dorso de la mano, después respiró profundo para no seguir llorando. Se miró una vez más en el espejo y le prometió al recuerdo de su madre y de Anthony que se esforzaría cada día para ser feliz, lo sería por ellos, para que estuvieran en paz.

Escuchó que llamaban a la puerta de su camarote y vio salir a Olga de la habitación para recibir a quien llamaba; seguramente, los chicos habían pasado por ella.

Caminó de prisa para tomar su pequeño bolso, el cual solo era un adorno, pues nunca usaba la polvera ni el labial que llevaba allí.

La verdad es que poco le gustaba maquillarse, prefería andar con la cara lavada, eso la hacía sentir más libre, sin poses, más como ella misma.

—¡Vicky, estás bellísima! Hoy seré tu acompañante.

Sean se mostró emocionado en cuanto la vio salir de la recámara, lucía realmente hermosa, irradiaba luz y belleza, mucha más que de costumbre.

Se acercó para ofrecerle su brazo y estar junto a ella a partir de ese momento; no dejaría que ningún otro chico se le acercarse, sería su guardián durante toda la velada.

—Hermano, recuerda que Vicky también es mi prima… No quieras acaparar toda su atención —mencionó Christian, dedicándole una sonrisa a la rubia; se acomodó los anteojos con un gesto elegante, y también le ofreció su brazo.

—Solo espero que la puerta del salón sea lo bastante amplia, para que podamos entrar los tres —dijo ella en tono de broma y, sonrió, al ver que los chicos también lo hacían.

—Lo es —confirmó Sean.

—Creo que el problema estará a la hora de bailar —concluyó Christian, quien siempre buscaba la lógica de todo.

Todos los presentes rieron ante la acotación del mayor de los Cornwall; incluso, Robert, quien se caracterizaba por ser un hombre serio.

Antes de salir, los hermanos acordaron que se turnarían para compartir las piezas de baile con Victoria, y los dos tenían las mismas intenciones, evitar que algún otro joven llegase hasta ella para robarles su atención.

Terrence se encontraba en la proa del barco, viendo cómo el día se despedía con aquel extraordinario ocaso dorado y naranja; mientras la oscuridad, lentamente, se iba apoderando de todo; y algunas estrellas comenzaban a apreciarse en el firmamento.

Podía escuchar a lo lejos la algarabía de algunas personas que se dirigían entusiasmadas hasta el gran salón del Mauretania, para disfrutar de la fiesta del capitán, como le llamaban a la velada de la última noche en altamar.

Aunque llevaba un mes en ese barco, al llegar ese momento, lo que menos deseaba era bajar; no quería volver a pisar el puerto de Southampton, mucho menos regresar al castillo del duque.

Había pensado en quedarse en Londres, buscar trabajo en algún lado, valerse por sí mismo; y no tener que depender más de su «padre».

Sin embargo, sabía que las cosas no serían así se sencillas; en cuanto alguien le fuera con la noticia al duque, de que él se encontraba en Inglaterra, el hombre no perdería tiempo, pondría a sus guardaespaldas a buscarlo, y haría que lo llevasen de nuevo ante su presencia. Ya le había pasado antes.

—No sé por qué demonios no me deja en paz, ¿acaso no sería eso lo mejor? Que el bastardo desapareciese —pronunció con amargura, cerrando los ojos para intentar huir de la desgracia de vida que tenía. Era un maldito prisionero de Benjen Danchester.

La única persona a la que creyó que le importaba, lo había rechazado de la manera más cruel, ni siquiera le dio un abrazo cuando lo vio; y él esperaba al menos eso, después de doce años alejados.

Tampoco quiso escuchar sus razones, simplemente, le dijo que era un error que él estuviera allí; y, de ese modo, la mujer a la que idolatró durante tantos años, se caía del pedestal donde la tenía.

—Estás solo en este mundo, Terrence… No le importas a nadie. Para todos, no eres más que un error; incluso, para tu propia madre.

Una vez más, se llenaba de rencor, dejaba que el odio hiciera mella dentro de él; ya no sentía dolor, solo rabia. Ya no era el chico de años atrás, que se la pasaba encerrado en su habitación, llorando y extrañando a su madre.

Tampoco sería un cobarde y, aunque la idea lo había tentado en un par de ocasiones, no saltaría por la proa directo al océano; por el contrario, se quedaría allí, pues sus deseos de vivir eran mucho mayores que todo el desprecio que otros sentían por él.

Lucharía, lo haría hasta el último minuto, para demostrarles que estaban equivocados, que él no era un error. Algún día haría que todos se tragasen sus palabras.

La hermosa heredera de los Anderson, había sido el centro de

muchas miradas desde que entró al gran salón, despertando admiración y envidia en mucho de los presentes. Las chicas que, al igual que ella, se dirigían a Europa para estudiar, habían sido criadas bajo la idea de que debían resaltar; así que, perder la atención por culpa de alguien más, las ponía furiosas; incluso, si ese alguien era su amiga.

Pero en el caso de Victoria, todo era más complicado, porque ella no logró entrar al selecto círculo.

Durante un descuido por parte de los acompañantes de la rubia, dos de esas chicas llegaron hasta la mesa donde ella se encontraba, con la excusa de saludarla, y mientras una la entretenía con una charla, la otra aprovechó para echar licor en el ponche de frutas que la rubia bebía.

Victoria se esmeró por ser amable con ellas, en verdad deseaba tener amigas, para poder contarle a su padre y tener con quién conversar durante su estadía en Londres; pues, precisamente, muchas de las que viajaban allí, irían al colegio de Brighton.

—Disculpen, señoritas… Deseo bailar esta pieza con mi hermosa prima, si no es mucha molestia, ¿podrían seguir con su charla luego? —comentó Sean, atrayendo la atención de las dos jóvenes.

—Claro…, igual nosotras ya volvíamos a nuestra mesa. Vamos, Natalie —dijo una de ellas, poniéndose de pie, sin poder ocultar su rabia, al ser relegada una vez más por culpa de Victoria Anderson.

Caminaron con un andar altanero que no perdía elegancia, dejando a los primos solos. Victoria contuvo la risa tanto como pudo y, cuando las vio lejos, soltó una pequeña carcajada.

—Gracias por acudir en mi auxilio, ya no soportaba seguir hablando de sombreros. —Ella sonrió, mostrándose agradecida.

Sean se puso de pie y le extendió la mano, para llevarla hasta la pista y bailar junto a ella. Aunque ya lo habían hecho desde que inició la velada, le gustaba hacer gala de sus dotes de bailarín.

Caminaron hasta el centro, derrochando elegancia y encanto, irradiando felicidad y belleza, porque si Victoria era tan hermosa como un ángel, Sean no se quedaba atrás; su cabello cobrizo, su piel blanca, y esos ojos grises de mirada pícara y encantadora, hacían que más de una chica se fijara en él.

Por su parte, Christian, compartía pista con otra chica, la hija de unos amigos de su tía abuela Margot, quien se la había pasado detrás suyo durante todo el viaje. Evidentemente, en busca de romance, pero él no estaba en eso; por el contrario, su interés estaba por completo enfocado en los estudios. Quería terminar rápido el colegio para matricularse en la universidad.

Había pensado en Cambridge, como Brandon, pero la tía lo quería de regreso en América, así que le tocaría Harvard o Princeton, aunque

no era lo que deseaba, tampoco estaban del todo mal.

Suponía que bien podía desarrollar su pasión por la ciencia en cualquiera de las dos. Estando en medio de esos pensamientos, vio que Victoria estaba bailando con su hermano, cerca de ellos; así que hizo una jugada arriesgada, porque ya no soportaba más seguir escuchando hablar a Nancy, sobre la importancia de la familia para la sociedad.

—Mi hermano me dijo hace un momento que le gustaría bailar contigo, solo que le daba pena pedírtelo. Pensó que, por ser menor, lo verías como a un chiquillo molestoso. —Mintió, con la proeza de mirarla a los ojos mientras lo hacía.

—¿Sean te dijo eso? —inquirió, desconcertada.

—¡Por supuesto! ¿Qué te parece si le damos una oportunidad y le demuestras que eres una chica encantadora? —preguntó, emocionado.

—Yo… no lo sé, ¿qué propones? —cuestionó con algo de recelo.

—Que bailes con él la próxima canción, lo tomaremos por sorpresa.

Ella asintió, mirándolo a los ojos, queriendo descubrir si le estaba mintiendo, pues la había sorprendido tanta efusividad por su parte; por lo general, Christian era muy retraído; tanto, que la mayoría del tiempo debía sacarle las palabras de la boca, conversar con él, y en ocasiones, era como hacerlo con una pared o un mueble.

—¡Perfecto! —expresó, emocionado. Con rapidez y sin perder el paso, acortó la distancia que había entre ellos; miró a su hermano, mostrando una gran sonrisa—. Sean, tengo el honor de cederte a mi pareja, solo no vayas a quedarte con ella.

Sean lo miró como si le hubiera nacido otra cabeza, pero él apretó el estómago para no soltar una carcajada en ese momento, y se robó a Victoria.

Hizo todo tan rápido, que cuando su hermano y su prima quisieron darse cuenta, ya formaban parte del plan que había creado, y el cual ignoraban.

Victoria solo tardó un minuto en descubrir todo, y comenzó a reír de manera discreta junto a su primo; disfrutando de lo ingenioso que era Christian.

Le gustaba mucho más compartir con sus primos, que con las chicas; sentía que de ellos podía aprender un sinfín de cosas, más interesantes que los bordados o sombreros.

Al regresar a la mesa, estaba muy cansada y sedienta, por lo que se bebió todo su ponche de un trago, solo después de hacerlo notó que el sabor era distinto, estaba muy fuerte; pensó que quizás era porque ya tenía rato servido.

Cuando uno de los camareros llegó a la mesa, le pidió un vaso con agua; había decidido no seguir tomando esa bebida. Solo esperaría hasta el brindis para tomar el champán.

Sin embargo, minutos después, comenzó a sentirse mareada, así que

se excusó para ir al tocador y lavarse la cara; suponía que eso la ayudaría a sobreponerse a esa horrible sensación.

Pero al cabo de un rato, se dio cuenta de que eso no la estaba ayudando, así que pensó que era mejor salir a cubierta, por un poco de aire fresco.

Caminó despacio, cuidando de no tropezar con nada, pues todo el lugar se hallaba envuelto en una espesa neblina; la noche estaba fría y el aire poco a poco iba refrescándola y llevándose esa sensación caliente que sentía le quemaba el pecho.

Respiró hondo para llenar sus pulmones del aire salado que provenía del océano y acariciaba su rostro, haciendo que sus mejillas se tiñeran de rosa.

—¡Qué frío hace! —susurró, abrazándose a sí misma.

De pronto, el delicado chal de seda que llevaba puesto, fue arrastrado de su cuello por una corriente de aire; ella caminó de prisa para alcanzarlo, y cuando estaba por hacerlo, sus ojos captaron a alguien más en ese lugar, lo que le pareció muy extraño.

—Creí que todos estaban en la fiesta del capitán.

Llevada por la curiosidad, se acercó a la silueta en medio de la bruma, mientras el corazón le latía muy de prisa, como si le estuviese gritando que ella conocía a esa persona; de pronto, sintió miedo, pensando que tal vez era el espíritu de Anthony, pues la noche anterior lo había soñado, y durante los últimos días lo había extrañado mucho.

Tal vez era él, que deseaba hacerle saber que estaba bien, que no tenía que temer por nada y que siempre estaría a su lado, aunque no lo viese.

—Hola —pronunció con la voz estrangulada, las emociones que sentía apenas la dejaban hablar.

Terrence escuchó esa voz y la reconoció de inmediato. Con rapidez se secó las lágrimas que había derramado; no le gustaba que lo vieran llorar. «Los hombres nunca lloran», eso le había dicho muchas veces el duque, cuando él lo hacía y preguntaba por su madre, siendo apenas un niño de cinco años, que no entendía que ella no estuviera con él.

—La fiesta debe estar bastante aburrida, para que haya decidido abandonar el salón, señorita pecas —dijo, volviéndose y entregándole una sonrisa ladeada, que desbordaba malicia.

—¡Ay, no puede ser! ¡Eres tú!, ¡qué fastidio! —expresó, sintiendo que había sido despertada de un bonito y esperanzador sueño.

—Sí, para su mala fortuna, soy yo… ¿Acaso esperabas a alguien más, pecosa? —inquirió, elevando una ceja, sintiendo una extraña punzada en su pecho, al ver la desilusión en la mirada verde esmeralda.

—No…, y deja de llamarme pecosa, no me gusta —dijo, llevándose

las manos a la cintura y poniendo los brazos en jarra.

—Bueno, lamento mucho eso…, pero no dejaré de hacerlo, a mí me gusta llamarte así —mencionó al tiempo que caminaba alrededor de ella, detallando esa menuda y bonita figura que tenía—. Pecosa.

—¡Eres insoportable! —exclamó y se volvió para enfrentarlo.

Pero al hacerlo, sus cuerpos chocaron, porque él estaba muy cerca; y sus labios quedaron a un suspiro de rozarse. Ella retrocedió por instinto, sintiendo cómo el corazón se desbocaba en latidos, después de que pareciera haberse detenido segundos atrás.

Terrence también sintió el poder de ese choque, su cuerpo fue barrido por un temblor que nunca antes había sentido; el corazón comenzó a latirle más rápido y, de pronto, sintió deseos de abrazarla.

—Será mejor que regrese al salón —dijo ella, dándole la espalda, sin comprender por qué él la ponía nerviosa.

Terrence la vio alejarse sin poder hallar las palabras para detenerla, aunque quiso hacerlo; había pasado días pensando en ella, deseando encontrársela de nuevo y poder hablar.

Entonces, ¿por qué no lo había hecho?, ¿por qué la dejó marchar? Se preguntaba, sin poder entender lo que esa chica le hacía sentir; era la primera vez en su vida que alguien lo desconcertaba de esa manera.

No había sido por falta de experiencia, no fue eso lo que lo detuvo, porque a su corta edad, ya había tenido algunos encuentros amorosos; nada serio ni muy duradero, pero podía identificar el interés que despertaba una chica en él; y la señorita pecas, lo había captado más que ninguna otra.

Miró la inmensa oscuridad que lo rodeaba, escuchando solo el vaivén de las olas que chocaban contra el casco del barco; pensó que lo mejor era no complicarse más y dejar las cosas como estaban.

Sin embargo, no pudo resistir un minuto más, menos cuando la imagen de esa pequeña rubia no lo dejaba en paz; caminó de prisa hacia el salón de baile, pero justo antes de llegar, vio a algunos caballeros que salían de este, y se detuvo. Él no iba vestido de manera adecuada para ese evento, así no lo dejarían entrar; por lo que, sin perder tiempo, casi corrió hasta las escaleras y las bajó de dos en dos.

—¿Acaso te está persiguiendo el demonio, Danchester? —Le preguntó su compañero de camarote cuando lo vio entrar.

—No… Y hazte a un lado, necesito abrir mi equipaje —respondió casi empujándolo, y subió su maleta a la cama.

—¡Hombre!, ¡si así lo pides por las buenas! Parece que en esos colegios caros a donde envían a las personas como tú, no les enseñan nada de modales. —Se quejó, haciéndose a un lado.

Terrence lo ignoró, no tenía tiempo para ponerse a discutir con él, solo se concentró en buscar entre los pocos trajes que había llevado, alguno que le sirviese; por suerte, dio con lo que necesitaba. Estaba un

poco arrugado, pero le daba lo mismo, después de que le permitiesen pasar a la fiesta, lo demás no importaba.

Lo dejó sobre la cama y corrió al baño para darse una ducha, rogando para que la pecosa no se fuese de la fiesta antes de que él llegase.

Capítulo 18

Victoria compartía con sus primos y el señor Johansson, sonreía ante las ocurrencias de los chicos, y prestaba atención cuando le hablaban de algo importante; pero en más de una ocasión, le reprochó a sus pensamientos por divagar, trayendo a su mente el recuerdo de lo sucedido minutos atrás con Terrence Danchester.

No debería estar pensando en él, era un grosero, un engreído, y siempre que se encontraban, la hacía enfurecer. Debía mantenerse alejada de ese tipo de chicos; eso le había dicho Kelly, cuando se despidió de ella. Que tuviera presente que era una joven muy bonita y que no faltaría aquel que quisiera jugar al conquistador con ella, lo que podría dañar su reputación.

—Pues no lo voy a permitir… —expresó en voz alta, captando la atención de Christian, quien se encontraba a su lado.

—¿Qué no vas a permitir, Vicky? —preguntó, mirándola con curiosidad. Lo había sorprendido ese comentario.

—Yo…, nada, son solo ideas que me pasan por la cabeza. —Se excusó, sonriéndole—. ¿Quieres bailar? Me aburro de estar tanto tiempo sentada —pidió, mirándolo a los ojos; suponía que estar en la pista de baile le ayudaría a distraerse y a dejar de pensar en aquel mocoso altanero.

—¡Claro! No soy tan bueno como Sean, pero haré mi mejor esfuerzo para no pisarte el vestido —dijo, al tiempo que se levantaba.

—¡Eres un mentiroso! Bailas muy bien, y nunca me has pisado.

—¿No? Entonces fue a la pobre de Nancy —mencionó, rascándose la cabeza y sintiéndose apenado.

Victoria dejó libre su risa cantarina y recibió el brazo que su primo le ofrecía, acompañado de un guiño cargado de complicidad; se ubicaron en medio de la pista, y bajo las notas de los instrumentos, comenzaron a bailar un hermoso vals.

Ambos sonreían, desbordando elegancia y belleza, pues el mayor de los Cornwall, no se quedaba detrás de sus hermanos, en cuanto a belleza física se trataba.

Sus ojos eran de un azul tan intenso, que a veces se podía confundir con negros; tenía una mirada serena, pero que en el fondo, mostraban una chispa de luz, que hacía que muchas chicas desearan conocer un poco más de él.

A sus diecisiete años, sus rasgos ya comenzaban a tener cierto aire de dureza, que le daba un aspecto muy masculino, acentuando su quijada y los pómulos.

Sin embargo, era su sonrisa, no la que entregaba como un gesto de cortesía, sino la más efusiva, y que pocas veces mostraba, la que le había hecho ganar varias admiradoras, pues para quienes tenían la suerte de admirarla, resultaba sencillamente encantadora, cautivante.

Como era el caso de la joven Nancy Pierce, quien no había dejado de perseguirlo durante todo el viaje, intentando atraer su atención de cualquier manera. Ella bien sabía que ambos estaban en la edad perfecta para comprometerse.

—Buenas noches, Christian. ¿Me permites bailar la próxima pieza con la señorita?

La profunda voz con acento inglés que se dirigió a ellos los hizo sobresaltarse, sacándolos de este estado relajado en el cual se encontraban. Christian giró su rostro, para descubrir a Terrence Danchester parado junto a ellos, pero el joven no lo miraba a él, sino a su prima, lo que hizo que frunciera el ceño.

Por su parte, la rubia, no podía salir de su asombro, solo conseguía mirar al apuesto chico, que iba vestido de manera impecable, luciendo un elegante frac negro, que hacía resaltar mucho más el color de sus ojos y el tono, algo bronceado, de su piel.

—Terrence… ¡Claro! —respondió por cortesía, también al ver que Victoria parecía conocer al joven, pues no hacía más que mirarlo, como si estuviera hipnotizada—. No tengo ningún inconveniente.

—Christian… —Victoria quiso retenerlo, no quería bailar con ese chico, le caía muy mal y le arruinaría la noche.

—Tranquila, estaré cerca —susurró al oído de su prima, le dio un suave apretón de mano y después se la entregó al inglés.

Su curiosidad se había despertado, quería descubrir porqué su prima deseaba rechazar a Terrence Danchester; hasta donde sabía, ellos no se conocían, solo se habían visto una vez, aunque desde ese momento, Victoria comenzó a actuar de manera extraña.

Quizá había sucedido algo en ese breve encuentro entre los dos, y ella no les había dicho nada; y si fue de esa manera, iba a descubrirlo, por lo que se quedó cerca para observarlos.

—¿Vas a tener la descortesía de dejarme aquí parado? —preguntó, escondiendo tras ese tono irónico los nervios que sentía.

—No quiero bailar contigo —dijo, mirándolo con rabia.

—¡Oh, vamos! ¿Tan mal me he portado contigo? —inquirió, con un gesto de inocencia que nadie le compraría.

—A decir verdad, sí. Has sido un arrogante, odioso y grosero. —Descargó todo su resentimiento, mirándolo directamente a los ojos.

—Bueno, te pido disculpas… Y creo que será mejor que comencemos a movernos, o nos confundirán con parte del decorado de la fiesta —dijo en tono de broma, y como era mucho más alto y fuerte que ella, pudo guiarlos sin mucho esfuerzo—. Me consta que

eres buena bailarina, llevo un rato viéndote bailar con Christian, así que no intentes hacerme creer lo contrario —acotó, al sentir que ella se ponía rígida a propósito, para hacerlo desistir.

—Eres un mentiroso, ni siquiera estabas en la fiesta. —Lo desmintió, mirándolo de manera retadora.

—Estás en lo cierto, he llegado hace poco… Este tipo de eventos me aburren —dijo, sin inmutarse por su acusación.

—¿Por qué has venido, entonces? —cuestionó ella, sintiéndose algo desconcertada; ese chico era un misterio.

Terrence sonrió, de una manera que puso a latir mucho más rápido el corazón de Victoria; fue un gesto lobuno y tan atrayente, que hizo que ella desviara la mirada un momento. Nunca había estado en presencia de alguien como él.

Respiró profundo para calmarse y, una vez más, posó su mirada en ese par de ojos azules; quería demostrarle que no la intimidaba con su postura arrogante.

—Recordé que servían buen champán —contestó, sonriendo de manera burlona, aunque estuvo tentando a decirle que había sido por ella; después de todo, esa era la verdad.

Victoria sintió como si se hubiese desinflado igual que un globo, la desilusión la barrió de pies a cabeza, dejándole un sabor amargo en la boca. Por alguna extraña razón, esperaba que él le dijese que ella había sido el motivo.

¡Por Dios, Vicky! Esas son tonterías, ¿para qué deseas captar la atención de alguien tan desagradable como él? ¿Acaso no ves que no hace nada más que burlarse de ti? Termina este baile por cortesía y aléjate de él.

Se recomendó en pensamientos, mostrando el ceño profundamente fruncido, sin poder ocultar la molestia que le causaba la compañía del hijo del duque. Quería liberarse de él, y la tonta canción no terminaba; pero se esforzó por ignorarlo, le esquivaba la mirada y buscaba poner distancia entre los dos.

—¡Al fin! —expresó cuando la canción terminó y se soltó del agarre en su mano—. Espero que disfrutes mucho del champán, Terrence. Con tu permiso. —Le dio la espalda y se alejó, caminando con un aire altanero, que nunca antes había usado.

Él sonrió al ver la actitud de ella y disfrutó de esa sensación en su pecho, que lo llenaba de adrenalina; caminó deprisa para seguirla, antes se le había escapado, pero no lo haría de nuevo.

Vio que se dirigía hasta su mesa. Su intención no era socializar esa noche, así que la detuvo antes de que llegase, sujetándola por la cintura, y le dio la vuelta para llevarla de nuevo a la pista.

—¡Oye! ¡Suéltame! —Victoria lo miró muy sorprendida, ese chico era un osado; no tenía ningún derecho de tocarla de esa manera.

—Esta canción me gusta mucho, sigamos bailando —dijo,

poniéndola frente a él, le entregó una de sus mejores sonrisas para convencerla, y con agilidad la llevó al centro de la pista.

—No quiero seguir bailando contigo. —Intentó quedarse quieta, pero él la movía como si fuese una marioneta—. ¿Acaso no me escuchas? Dije que no quiero bailar contigo.

—Sí, ya te escuché…, pero me da lo mismo, porque sé que estás mintiendo. Sí quieres bailar conmigo…, soy un excelente bailarín, mejor que tus… ¿Qué relación tienes con los Cornwall? —preguntó, deseando que le diera la respuesta que esperaba.

—Son mis primos, y como no me sueltes en este instante, les diré que te den una golpiza por abusador. —Lo amenazó, mirándolo a los ojos, irguiéndose para parecer más alta e intimidante.

Terrence soltó una carcajada tan fuerte que, incluso, las parejas vecinas se volvieron a mirarlos, mostrándose sorprendidos. Victoria quiso desaparecer en ese preciso momento, él era un idiota y la estaba avergonzando delante de todos; intentó zafar su mano del agarre que le tenía, pero él lo notó y solo lo reforzó aún más.

—¿Tus primos me darán una paliza? —cuestionó, mirándola con incredulidad y con una sonrisa burlona—. Eso es algo que me gustaría ver, señorita pecas —agregó, ensanchando su sonrisa.

—¿Acaso no los crees capaces? —preguntó, mostrándose altanera.

—Sé, que no podrán… Primero porque Christian es un pacifista, lo único que le apasiona es la ciencia; y segundo porque el otro, Sean, creo que se llama, a ese le he ganado un montón de veces en esgrima —respondió con toda la arrogancia que poseía, mostrándose dueño de la situación.

—Eso no puede ser posible… ¡No es verdad! Estás mintiendo.

Victoria defendió de inmediato a sus primos, sabía que ese chico no decía la verdad. Christian y Sean eran muy valientes, por algo Daniel les tenía miedo y siempre se portaba bien con ella, cuando estaban presentes.

Terrence Danchester era un mentiroso, y si antes le resultaba antipático, a partir de ese momento lo era mucho más.

—No, no lo hago…, pero si deseas comprobarlo por ti misma, tendrás que darles un buen motivo para que deseen iniciar una pelea conmigo —mencionó, disfrutando de la furia que veía en la mirada verde, que destellaba como las esmeraldas; se acercó más a ella—. ¿Qué te parece si te robo un beso, pequeña pecosa? —inquirió con la voz ronca, cargada de expectativa, mientras miraba esos hermosos y pequeños labios, sintiendo que de verdad lo deseaba.

Victoria dejó escapar un jadeo cargado de indignación, lo miró horrorizada, y con un movimiento instintivo, alejó su rostro de él, mientras sentía que el corazón le latía tan rápido que, estaba a punto de salir por su boca. En un acto de defensa, le dio un fuerte pisotón,

con el que consiguió que la soltara; dejándola, además, satisfecha. Después de eso, salió de prisa de la pista de baile, dejándolo en medio de todas las personas.

Terrence se quedó perplejo ante su reacción, era la primera que lo atacaba por sugerirle algo así. Casi todas a las que le había dicho algo parecido; que, siendo sincero, no había sido a muchas, terminaban sonrojándose o marchándose, ofendidas; pero hubo otras que solo asentían en silencio, mostrándose tímidas y, al mismo tiempo, deseosas de recibir un beso de él.

Ninguna se había atrevido nunca a atacarlo, ella era la primera, y eso lo dejó sorprendido, pensando que quizá por ser americana no sabía el respeto que debía tenerle a alguien como él, porque, incluso siendo un bastardo, era el hijo del duque de Oxford, su padre era primo de Jorge V, el actual monarca británico.

Notó sobre él las miradas cargadas de curiosidad de los presentes, lo que aumentó su molestia, pues la pequeña rubia pecosa, lo había dejado plantado en medio del salón principal, convirtiéndolo en el objetivo de los cotilleos de esa noche. Con lo que odiaba él ser el centro de atención de ese montón de hipócritas, quienes se creían con el derecho a opinar sobre la vida de los demás.

Se dispuso ignorarlos a todos y caminó por en medio de ellos, como si no hubiese ocurrido absolutamente nada; desbordando gallardía y elegancia en cada paso que daba.

Salió por la puerta principal, sin siquiera volverse a mirar hacia la mesa donde había visto sentada a la altanera americana. Se había propuesto no dedicarle un minuto más de su atención, después de todo, sería tiempo perdido, porque ella nunca se fijaría en el hijo ilegítimo de un duque. Su familia jamás lo consentiría.

Victoria llegó hasta la mesa con la respiración agitada, los ojos a punto de desbordárseles en lágrimas y el cuerpo tembloroso; no sabía cómo había conseguido escapar del hijo del duque, ni por qué se sentía tan perturbada.

Tal vez se debía a que nunca nadie la había tratado de la manera en la que él lo hacía, era tan descarado; se llenó de rabia al recordar cómo le había faltado al respeto, y pensó que tenía muy bien merecido el pisotón que le dio; esperaba que eso le enseñara a tratar de manera decente a una dama.

—Quiero regresar a mi camarote —mencionó, mirando a su primo a los ojos, apoyando sus manos en la mesa, sin siquiera tomar asiento.

—¿Qué sucedió, Vicky?, ¿por qué estás así? ¿Dónde está Christian?, ¿no estabas con él? —La interrogó Sean.

—Sí…, pero tuvimos que separarnos.

Victoria no quería decirle con quién había estado bailando, debía

calmarse primero y restarle importancia al asunto; de lo contrario, su primo podía terminar alarmándose y buscando la manera de reclamarle a Terrence Danchester.

No quería que ni él ni Christian se vieran involucrados en una pelea por su culpa, además, ya había quedado demostrado que ella podía defenderse sola de ese engreído.

—¡No me digas que te dejó sola para bailar con Nancy Pierce! —preguntó, dejando ver su molestia.

—No, no fue eso… —decía sin mirarlo a los ojos.

—¡Con que aquí estás! —exclamó Christian.

Victoria se sobresaltó al escuchar la voz de su primo, de inmediato se volvió y lo miró a los ojos, rogándole para que no fuera a mencionar el nombre del hijo del duque delante de Sean.

No quería meterlos en problemas, y sabía que si sus primos se enteraban de lo que este le había dicho, terminarían armando una trifulca.

—¿Qué tal tu baile con Danchester? —Le preguntó Christian, quien no comprendió la mirada de Victoria.

—¿Estuviste bailando con ese chico? —cuestionó Sean, mirándola sorprendido, y después trasladó la mirada a su hermano.

—No. —Victoria quiso negarse, pero ya era muy tarde, lo descubrió cuando vio que su primo elevaba una ceja—. Es decir, sí… Bailé con él un par de vals; después de eso, lo dejé y regresé a la mesa.

—¿Y por qué él no vino a traerte? Eso es lo que acostumbra a hacer un caballero, después de bailar con una dama —acotó Christian, mirándola con algo de curiosidad.

Él estaba atento a la pareja, pero cuando la insistente de Nancy lo encontró parado junto a la pista de baile, le pidió que se sentara un rato con su familia. Quiso negarse, pero ella de inmediato puso su cara de actriz de tragedia griega, y él no supo cómo lidiar con esa táctica que usaban las mujeres, para mostrarse como víctimas, así que terminó cediendo; dejando a Victoria a merced del inglés.

—Por favor, Christian, parece que no conocieras a Danchester. Le pides que se comporte como un caballero, cuando no es más que un rufián; ya ves que todas las chicas le huyen. ¿Te hizo algo, Vicky? —Miró a su prima a los ojos, esperando que le fuese sincera.

—No. —Ella negó con la cabeza, debía evitar un enfrentamiento entre sus primos y ese chico—. Aunque concuerdo contigo, no es para nada agradable, mejor dejemos de hablar de él.

Christian y Sean asintieron en silencio, mientras la miraban intentando descubrir si les decía la verdad; les parecía muy extraño que Terrence Danchester se hubiera mostrado interesado en Victoria, de un momento para el otro.

Debían mantenerlo vigilado y evitar que se acercara a su prima, no

podían permitir que la mala fama del joven pudiera perjudicarla de alguna manera.

Victoria desechó la idea de ir a encerrarse en su camarote, y se quedó a disfrutar de la velada; era la primera vez en su vida que asistía a un evento como ese, y no permitiría que Terrence Danchester lo arruinara.

Se propuso olvidar el episodio, pero sus pensamientos, a momentos, parecían tener vida propia, no la dejaban concentrarse en la charla ni en la música o la comida.

A cada instante traían a Terrence de nuevo, recordándole lo apuesto que lucía con ese frac negro; haciendo que los latidos de su corazón se acelerasen y que, en más de una ocasión, pasease su mirada por el salón, buscándolo; pero era en vano, él se había marchado.

Esa madrugada, mientras estaba tendida en su cama, lista para dormir, recordó las palabras que él le dijera, y solo traerlas a su mente de nuevo, hizo que su cuerpo se estremeciera.

—Robarme un beso… ¡Vaya descarado! —exclamó, haciendo que la indignación resurgiera en ella—. Tu primer beso no será robado, Vicky, tu primer beso será con un caballero gentil, educado y que te trate bien, que no se burle de ti… Será con un príncipe.

No sabía por qué estaba sintiendo todo eso, nunca le había pasado y, aunque muchas de las chicas en el barco ya hablaban de compromisos y jóvenes que eran buenos partidos para casarse, ella pensaba que era demasiado pronto, apenas tenía trece años, era una chiquilla, y no se imaginaba al frente de una casa, teniendo y cuidando bebés, o compartiendo con un esposo.

Suspiró, haciendo a un lado el tema que por el momento no le interesaba; se movió en medio de las gruesas y cálidas cobijas, hasta quedar de lado. Luego abrazó una de sus almohadas, dispuesta a dormir y olvidarse de aquel altanero, que esperaba no volver a ver una vez que se bajara del barco.

Capítulo 19

Por fin había llegado a ese lugar del que tantas veces escuchó hablar a su padre, a su tía Margot y a sus primos; apenas había conseguido dormir algunas horas, pues la algarabía de la fiesta continuó durante toda la noche. Y cuando los primeros rayos del sol se colaron por la ventana de su camarote, su dama de compañía llamó a su puerta, para decirle que estaban a punto de llegar al puerto de Southampton, y debía prepararse.

—¡Dios, estoy tan emocionada! —expresó, caminando de prisa por la cubierta, quería ver la llegada a Inglaterra.

—Señorita Victoria, espere…, puede tropezar con alguien —mencionó Olga, intentando esquivar al grupo de cinco hombres ebrios, que aún llevaban copas y una botella de champaña en las manos.

—Por favor, date prisa, Olga.

Fue todo lo que dijo, mientras esquivaba a las personas y seguía avanzando hacia la proa del barco; sintiendo la brisa helada acariciar sus mejillas, trayendo consigo ese olor a mar que se hacía más intenso, a medida que se acercaban a la costa; y los delgados rayos del sol, que bañaban su pequeño cuerpo, y que intentaban abrirse paso a través de la densa bruma de la mañana.

—¡Esto es tan hermoso! —exclamó, emocionada, cuando al fin llegó hasta el lugar que deseaba.

Sus ojos se maravillaron ante el espectáculo que su primer día en Europa le ofrecía, era tan hermoso que parecía mágico. Los rayos del sol se aventuraban entre las espesas nubes grises que lo ocultaban, para iluminar el puerto, al que muchas gaviotas sobrevolaban; había miles de ellas, y sus graznidos apenas eran opacados por la sirena del barco.

Una gran cantidad de personas también se encontraban en Southampton, a la espera de sus seres queridos, agitando pañuelos en señal de bienvenida.

Victoria sacó el suyo del pequeño bolso que llevaba, y comenzó a saludarlos de manera efusiva, mientras sonreía, sintiéndose inmensamente feliz.

—Tenga cuidado, puede caerse si se acerca más a la baranda. —Le advirtió Olga, sujetándola por la cintura.

—Tranquila, no me pasará nada, me estoy sujetando bien —dijo, para tranquilizar a la joven—. Me hubiese gustado tanto que mi papá estuviera aquí —esbozó con algo de nostalgia.

—Seguramente tendrá oportunidad de acompañarla más adelante,

señorita —acotó Olga, quien era consciente de cuánto había extrañado la chica a su padre durante el viaje.

—Sí, él lo prometió, y siempre cumple sus promesas. —Sonrió.

—¡Con que aquí están! —mencionó Sean, llegando hasta ellas junto a su hermano, ambos tenían cara de trasnochados.

Victoria y Olga se sobresaltaron, volviéndose de inmediato para mirarlos y dedicarles una sonrisa; más efusiva por parte de la rubia, que de la castaña, quien solo se limitó a entregar una tímida y hacerles una leve reverencia, como le había enseñado su abuela.

—Buenos días, señorita Victoria, Olga… Veo que están ansiosas por llegar a Inglaterra —comentó Robert, sonriéndoles a ambas.

—Buenos días, señor Johansson —saludó Olga, mostrándose un poco apenada. La seriedad del hombre la intimidaba.

—Buenos días, señor Robert… Debo confesar que tiene usted razón. No podía esperar para ver el puerto, moría por estar en tierra de nuevo. Me encantó el océano, pero no quisiera verlo en mucho tiempo.

El comentario de Victoria provocó las risas de todos los presentes. Ella les guiñó un ojo en respuesta, y recibió con emoción el abrazo que le dio su primo Christian.

—Le dije a Sean, que Olga no podría controlar tu entusiasmo. Fuimos a buscarte a tu camarote, pero después de llamar varias veces sin recibir respuesta, vinimos a la cubierta, imaginando que estarían aquí —explicó Christian, y se acercó a la baranda para mirar el puerto.

—Siento no haberlos esperado, chicos, es que moría por ver la llegada a Inglaterra. —Se disculpó, entregándoles una sonrisa.

—Tranquila, nos pasó lo mismo cuando vinimos la primera vez.

—¿A dónde iremos hoy, señor Robert? —preguntó Victoria, mirando al hombre con sumo interés.

—Su tía me ordenó llevarlos directo al colegio.

—¡No, Robert! ¿Acabamos de llegar y nos llevarás directo a la prisión? Eso es injusto. —Se quejó Sean, mirándolo con molestia.

—Por favor, Robert, permítenos pasear antes por la ciudad. Victoria no conoce Londres; además, llevamos un mes encerrados en este barco —intervino Christian, dando mejores argumentos.

—Y hoy es sábado, no tenemos que estar en el colegio sino hasta el domingo por la tarde —recordó Sean, para terminar de convencerlo.

—Lo siento, chicos, pero son órdenes de su tía abuela. Me pidió dejarlos en el colegio en cuanto llegáramos.

—Por favor, señor Robert, solo será un día… —rogó Victoria, mirándolo con esos grandes ojos verdes, que hechizaban.

—Tengo otras cosas que atender, señorita Victoria; son asuntos importantes para la familia, y no puedo hacerme cargo de ustedes. Me

gustaría complacerla, pero en esta oportunidad, no podré.

—Está bien…, comprendo —susurró con la voz impregnada de decepción.

Victoria sintió cómo todas sus ilusiones de pasear por la ciudad y conocerla se venían abajo, sin siquiera haber alzado vuelo; sus ojos se llenaron de lágrimas, y para no mostrarlas, bajó el rostro, posando su mirada en la baranda del barco. Liberó un suspiro para soltar ese nudo de lágrimas que se formó en su garganta, pensando que no podía hacer nada, pues no estaba bien que obligaran al señor Robert a desobedecer las órdenes que le había dado su tía Margot.

—Señor Johansson, disculpe… —Olga se sintió mal al ver a la pequeña tan triste, así que pensó en una solución—. Si usted no puede atender a los chicos, porque tiene otras obligaciones, yo podría encargarme de ellos; claro está, si lo autoriza.

—¡Sí, es una maravillosa idea! —acordó Sean, y le hizo una seña a su hermano para que lo apoyara.

—Sí, me parece perfecto. Aunque yo no estoy en edad de tener niñera —acotó, irguiéndose para parecer más alto—, aceptaría que Olga nos acompañe a recorrer algunos lugares de la ciudad. Hasta podríamos usar uno de los autos de la mansión, así te quedas más tranquilo, Robert, y atiendes los asuntos que te encargó la tía abuela.

—No lo sé…, la señora Margot fue muy específica —mencionó, dudando entre ceder o no. Sabía lo estricta que era la matrona, y no quería recibir reprimendas por no saber hacer su trabajo.

—Sí, pero ella no está aquí…, y no tiene porqué enterarse. —Sean estaba desesperado por conseguir ese permiso.

Le había hablado mucho a Victoria de Londres, y sabía con cuánta ilusión ella esperaba conocer la hermosa ciudad. No era justo que apenas pisara Inglaterra, la recluyeran en el colegio, sin darle la oportunidad de conocer un poco el lugar que sería su nuevo hogar.

—Le prometo que haré todo lo que Olga y los chicos me digan, no me meteré en problemas —dijo Victoria, por si era que su tía le había dado esa orden expresamente por ella.

Victoria sabía que su tía todavía no confiaba en ella, ni en su buen juicio; después de todo ese tiempo, seguía mirándola con cierto recelo, como a la espera de que pudiera cometer algún error.

Quizá le dio esa orden al señor Johansson para evitar que ella cometiera alguna imprudencia; sospecharlo le dolía, pero también la hacía llenarse de valentía, para demostrarle a su tía que ella podía comportarse, y que no era un animalito salvaje, como le dijo una vez, cuando recién llegó a la mansión.

—Está bien… —Robert soltó un suspiro pesado, rogando para que esa decisión que acababa de tomar no fuera a perjudicar a nadie. Miró a Christian y a Olga, pues, al ser ellos los mayores, serían los

responsables—. Los llevará uno de los choferes de la mansión, solo será a sitios seguros, y regresarán antes de las cinco de la tarde. ¿Entendido? —preguntó, mirándolos con seriedad.

—¡Por supuesto! —respondió Christian.

—Se hará como usted ordene, señor Johansson —confirmó Olga.

—No tendrás una sola queja de nosotros, Robert —acotó Sean, mientras sonreía, sintiéndose satisfecho.

—¡Es el mejor de todos, señor Robert! —exclamó Victoria y lo abrazó por la cintura, pues él, era muy alto para que ella lo alcanzara.

—¿El mejor de todos? Creo que empezaré a sentirme muy celoso, Vicky. —Sean frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—No tienes por qué estarlo, tú también eres increíble… —decía, cuando escuchó que Christian se aclaraba la garganta—. Y tú también lo eres, Christian. Todos son extraordinarios.

Una vez más, las risas se apoderaban de todos, ante el ingenio que mostraba Victoria; sin duda alguna, era la chispa de la familia Anderson.

No solo era una chica muy hermosa, sino que también era gentil, inteligente y muy carismática; lo que hacía conscientes a Christian y Sean de que no tardía en atraer la atención de los chicos del colegio y, por lo visto, ya lo había hecho con el primero.

Lo recordaron cuando vieron que a pocos metros de ellos se encontraba Terrence Danchester, mirándolos; aunque, en realidad miraba a su prima Victoria. Eso de inmediato los puso alerta, pues él no era para nada el tipo de muchacho que deseaban para que estuviera cerca de ella.

Aunque, a decir verdad, no querían a ninguno, porque ella era muy pequeña e inocente para pensar en relacionarse con otros jóvenes; sabían que ese momento llegaría y que su tía abuela no perdería el tiempo en comprometerla con alguien conveniente, pero Victoria apenas cumpliría catorce años en los próximos meses, le faltaba mucho por vivir y, sabían, que ella deseaba hacerlo, que sus sueños eran ser libre y poder decidir por sí misma; así que ellos le ayudarían a tener la vida que ella deseaba, y no la que otras personas quisieran imponerles.

Al llegar, ella bajó la rampa, llevada de los brazos de sus primos, quienes sonreían, intentando obviar ese sentimiento de nostalgia que intentaba apoderarse de ellos, al recordar que la última vez que estuvieron allí, lo hicieron en compañía de sus padres y de su hermano Anthony.

Era muy doloroso tener que admitir que habían perdido a casi toda su familia en muy poco tiempo, que de los Cornwall, solo quedaban ellos dos.

Subieron a los autos que ya los esperaban, Victoria con sus primos

en uno de brillante carrocería roja, que era un modelo nuevo, y que dejó completamente deslumbrado a Christian.

Sean, prácticamente tuvo que arrastrar a su hermano al interior, pues pretendía que el chofer abriese el capó y le mostrara el motor, para ponerse a conversar con él, sobre las características del mismo.

Por su parte, Olga, Robert y un hombre llamado Walter, que se presentó como el administrador de la mansión en Londres, subieron a otro resplandeciente auto, negro. Y de esa manera, iniciaron su camino hacia la hermosa y elegante capital del país británico, que ese día les mostraría alguno de sus mejores lugares.

Empezando por la localidad de Southampton, ubicada al sur de Londres. Era una linda comunidad costera, pero cuya importancia solo radicaba en ser uno de los puertos más famosos de Europa; más allá de eso, parecía estar relegada.

Sin embargo, descubrió que el comercio era su principal actividad económica y, que, tal vez, por eso su ambiente creaba cierta noción de desorden e inquietud; era como si todo el mundo estuviese de paso, nadie dispuesto a quedarse.

Aunque a Victoria le pareció que era un lugar muy hermoso, digno de quedarse a admirarlo, al menos por un par de días, de recorrer sus calles y pernoctar en alguna de sus casas de dos plantas y paredes blancas, con techos de tejas rojas y grandes ventanales.

—Es un lindo poblado —comentó, mirando a través de la ventanilla, sintiéndose cautivada por el paisaje.

—Espera a que veas algunas de las construcciones de Londres, solo el Palacio de Buckingham y la sede del Parlamento, te dejará sin aliento. Son impresionantes…, tienen cinco veces el tamaño de la mansión de los Anderson en Chicago —dijo Sean, con total conocimiento.

—¿Lo dices en serio? —Victoria parpadeó, mirando a su primo, sin poder creer lo que le decía.

—Absolutamente —respondió, sonriéndole.

—Son grandes estructuras, pero no hay ninguna como El puente de la Torre, esa es la obra de ingeniería más grande y ambiciosa del Reino Unido, te encantará, Vicky —mencionó Christian, con entusiasmo.

—Ya habló el científico, ingeniero e inventor de los Cornwall —acotó Sean, carcajeándose mientras miraba a su hermano con cariño y algo de diversión—. Pero mi hermano tiene razón, el puente es impresionante; estoy seguro de que nos vamos a divertir mucho esta tarde, recorriendo todos esos lugares.

—¡Dios, me siento tan entusiasmada! Después de ver todo, le escribiré una carta a papá, para contarle cada detalle, y también le pediré que venga a visitarme muy pronto, para salir con él y enseñarle

todo… Aunque supongo que ya los conoce. —De pronto se sintió un poco apenada, pues había olvidado ese detalle.

—No te preocupes, seguro estará encantado de visitarlos de nuevo junto a ti. —Christian le dio una caricia cargada de ternura en la mano y le guiñó un ojo, para alejar la pena que veía en ella.

—Yo también estoy seguro de ello —comentó Sean, emulando el mismo gesto de su hermano, para animarla.

Ella asintió en silencio, sonriéndoles; miró de nuevo a través de la ventanilla y, a medida que se alejaban de Southampton, también lo hacían del bullicio y el tráfico pesado.

Luego llegaron a la lujosa zona de Kensington Palace Gardens, donde se encontraba la inmensa propiedad de los Anderson; una hermosa casona de finales del siglo XVIII, que no se diferenciaba mucho de la residencia de la familia en Chicago.

Con un área que ocupaba las dos hectáreas de terreno, y desde la entrada, se podían apreciar los hermosos jardines que la rodeaban.

Su fachada hecha toda de mármol de carrara, blanco, contrastaba bellamente con el techo de tejas de un sobrio tono gris, y los amplios ventanales, pintados del mismo color, donde resaltaban algunos detalles dorados, para que se asemejaran a exquisitas piezas de oro, que le daban cierto aire de ostentosidad.

El jardín lucía pulcramente cuidado, con espacios verdes que daban la impresión de que la primavera se hubiese instalado allí, antes que en otros lugares del mundo. Pero lo que se robaba toda la atención de los que recién llegaban, era la hermosa fuente en medio del camino hacia la mansión.

El sonido que producía el agua le aportaba mucha más magia al lugar, como si fuese el castillo de un cuento de hadas. Los chicos bajaron primero y después le ayudaron a ella, quien se quedó a los pies de la escalinata, completamente embelesada con la belleza de la casa.

—¿Te gusta Vicky? —preguntó Sean, mirando la fachada de la casa.

—Es muy hermosa…, tanto como la mansión de Chicago.

—Sí, nuestra familia tiene mucho dinero —comentó Christian, sonriéndole.

—Y estas dos no son las únicas; seguro las conocerás todas algún día, Vicky.

—Sí, me encantaría hacerlo… y poder traer a mis tías algún día.

—Por supuesto, le diremos a tío Stephen, para que las invite cuando venga a visitarnos —mencionó Christian.

—¡Eso sería maravilloso! —expresó ella, colgándose de su cuello para abrazarlo mientras le besaba la mejilla—. Gracias Christian.

—Excelente idea, hermano.

Los dos se esforzaban por hacer feliz a Victoria, ese se había

convertido en su principal objetivo, desde que ella llegase a la mansión; tal vez, por lo generosa que era o por el impresionante parecido que tenía con su difunda madre; a quien se esmeraban por recordar feliz, y no como la vieron en sus últimos días de vida.

—Chicos, señorita Victoria, entremos a la casa; deben descansar, antes de salir a pasear por la ciudad. Ya acordé con el chofer para que los lleve después del almuerzo. —Les informó Robert, y caminó con ellos hacia la escalinata que llevaba a la puerta principal.

De inmediato, Walter se hizo cargo de la situación, ubicando a los jóvenes y a la señorita en las habitaciones que correspondían a los miembros de la familia. Un ejército de sirvientes se puso a las órdenes de cada uno, para atenderlos y hacer lo más agradable posible su corta estadía en la mansión.

Capítulo 20

En otro punto, exactamente en la ciudad de Oxford, Terrence se dirigía a la casa donde había vivido desde que era un niño de cinco años. Ese lugar que nunca consiguió llamar hogar; porque a diferencia de Victoria y sus primos, a él nadie le haría agradable la estadía; por el contrario, sabía que debía prepararse para entrar nuevamente a ese infierno del que juró nunca más regresar, pero al que, por desgracia, se veía obligado a hacerlo.

Bajó del barco, siendo uno de los últimos pasajeros en hacerlo, ya casi no quedaba nadie en el puerto; pero entre las pocas personas que se encontraban, estaba Octavio, la mano derecha de su padre, quien lo esperaba a los pies de la rampa.

Se mostró sorprendido, como si todo no fuera más que una gran y conveniente casualidad. Le contó que el duque se encontraba en Southampton esa mañana, según él, porque se había reunido con uno de sus socios, para discutir temas relacionados con sus acciones en Cunard Line, y un préstamo que le otorgaría en nombre del gobierno y la corona británica.

Esa fue la explicación que el hombre le dio a Terrence, seguramente, ordenada por su padre, para hacerle creer que no había viajado hasta allí por él, porque le daba lo mismo si había decidido regresar a Inglaterra.

Sin embargo, el joven sabía que mentía, que lo más seguro fuera que el capitán del barco le hubiese enviado a notificar que él viajaba allí, y que llegarían a Southampton esa mañana.

—Sube al auto, y no quiero escucharte decir una sola palabra. Hablaremos al llegar a Blenheim.

Fueron las únicas palabras que le mencionó a su hijo, cuando sus miradas se cruzaron antes de subir al auto.

Tras esa sentencia, Terrence no hizo nada más que lo que el duque le ordenó. Sabía que no ganaba nada con desafiarlo, que quedarse vagando por las calles de Londres o buscar algún trabajo temporal para mantenerse no serviría de nada; ya lo había hecho antes, no era la primera vez que se escapaba del palacio o del colegio, con esa era la tercera.

La última vez, terminó recluido en un hospital, a causa de una fuerte pulmonía que estuvo a punto de matarlo. De no ser porque el casero que le había rentado una habitación en ese pequeño, húmedo y sucio apartamento, en uno de los barrios más pobres de Londres, le informó a su padre que se encontraba allí, sufriendo de fiebres muy

altas; seguramente, hubiese muerto.

El hombre, como era de esperarse, obtuvo su recompensa, y Benjen Danchester lo sacó de allí, pero ni siquiera en ese momento, se mostró como un padre preocupado; solo lo llenó de reproches y lo amenazó con enviarlo a una academia militar, si volvía a hacer una locura como esa.

Suponía que la reunión que tendrían al llegar a Blenheim, sería para hablar de ello; la verdad, a esas alturas, le daba lo mismo a dónde quisiera enviarlo, con tal de estar lejos de él y de la insoportable duquesa.

La tensión dentro del auto hizo que el aire fuese casi imposible de respirar cuando entraron al poblado de Woodstock, y lo fue mucho más, a medida que se acercaban a la imponente estructura de estilo barroco inglés.

La residencia de la familia Danchester, era la única en Inglaterra que recibía el título de palacio, sin que fuese un aposento real o episcopal; esto debido a su opulencia y a la alta estima que el actual monarca Jorge V, le tenía a su sobrino Benjen.

Bajaron del auto y, de inmediato, uno de los sirvientes se acercó a ellos, con la intención de ayudarle al hijo del duque con la única maleta que tenía en las manos.

—Permítame llevarla, mi lord —pidió el hombre, extendiéndole la mano para tomarla.

—No te preocupes, Donald, yo puedo llevarla; y ya deja las formalidades. Bien sabes que en esta casa no debo ser llamado de esa manera, eso molesta a la duquesa —comentó Terrence, sin querer ocultar su resentimiento.

—Entrégale el equipaje y ven conmigo al estudio. —Le ordenó su padre—. Donald, que nadie nos interrumpa.

—Como usted ordene, su excelencia; con su permiso. —Se retiró, después de hacerle la acostumbrada reverencia.

Terrence caminó detrás del duque, quien mostraba un andar elegante pero sumamente rígido; a veces, pensaba que para no haber asistido nunca a la academia militar, su padre parecía estar todo el tiempo en algún desfile marcial. Tal vez, era la amargura dentro de él, lo que hacía que anduviera por la vida de esa manera, sin una chispa de emoción, sin algo de pasión por las cosas que hacía. Era como si solo estuviera representando el papel de un hombre frío y sombrío, que tenía negada la felicidad.

Eso, a veces le provocaba algo de lástima, pero entonces, recordaba que nada lo ataba a llevar esa vida; que, si se trataba de los deseos de su abuelo, Christopher, quien había muerto hacía cinco años, y en su lecho de muerte le dio la libertad para vivir.

Terrence lo sabía porque lo escuchó de los propios labios del

noveno duque; fue el único de sus nietos que estuvo presente ese día, a pesar de la histeria de su madrastra, Katrina, que no pudo impedir una de las últimas voluntades de su abuelo.

—Pasa y cierra la puerta —mencionó, entrando y tomando asiento en el sillón de cuero, tras el enorme escritorio de caoba.

—Supongo que esto será rápido, ya que ni siquiera me ordena que tome asiento —expuso con ironía y se mantuvo de pie.

—Esta vez llegaste muy lejos, Terrence —dijo con dureza, mirándolo para que supiera que estaba realmente molesto.

—Ciertamente, fue un viaje muy largo… Pasar más de un condenado mes en ese barco, solo de ida, y otro de regreso, realmente resultó agotador —comentó, sin darle importancia al reproche en las palabras de su padre; estaba jugando las mismas cartas de siempre para exasperarlo—. Así que, si eso es todo lo que tenía para decirme, me retiro a mi habitación, estoy exhausto.

—¡Te quedas parado justo donde estás! —gritó Benjen, no era un hombre que se exaltaba con facilidad, pero su hijo tenía la particularidad especial de sacarlo de sus cabales—. No he terminado contigo, y guardarás silencio mientras te hablo.

—Bien, duque…, desahóguese. Le prometo que seré todo oídos —respondió, cruzándose de brazos y sosteniéndole la mirada, de manera desafiante.

Benjen odiaba que lo retara de esa manera, pero no caería en su juego, no le demostraría que lo que hacía podía afectarlo, porque sabía muy bien que ese era el objetivo de su hijo. Lo conocía lo bastante bien, para saber que ese espíritu rebelde era una mezcla de los Danchester y los Gavazzeni, que fue precisamente eso, lo que hizo que Amelia y él nunca se entendiesen, fue más poderoso el orgullo que su amor.

—Te advertí hasta el cansancio que no podías acercarte a ella, que tú habías dejado de ser su hijo desde el día en que te traje conmigo a Inglaterra. Esa mujer perdió todos los derechos sobre ti, por el tipo de vida que llevaba, y a la que nunca quiso renunciar; prefirió darle más prioridad a su carrera, que a su propio hijo. ¿Acaso no te lo había dicho antes? —cuestionó, mirándolo con irritación, y pudo ver cómo el rostro de su hijo se tensaba.

—Quizá deseaba comprobarlo con mis propios ojos —murmuró, sintiéndose avergonzado y dolido, pero enseguida levantó la barbilla, con arrogancia—. Lamento mucho decirle esto, duque, pero no confío en su palabra. Supongo que la desconfianza es un rasgo de familia.

—Imagino que ahora sí lo haces, después de comprobar por ti mismo que no te estaba mintiendo; de lo contrario, no estarías aquí… ¿O me equivoco? —inquirió, elevando una ceja.

—No, no se equivoca, pero como usted no quiere saber nada de «esa

mujer», le ahorraré todo lo ocurrido. Solo siéntase satisfecho de saber que usted tenía razón, que me lo advirtió, pero yo pequé de estúpido… Ahora, tenga la certeza de que no sucederá de nuevo.

Terrence intentó que ni su tono de voz ni sus expresiones faciales delataran el dolor que seguía provocando en él, recordar el rechazo de la mujer que lo había traído al mundo, a quien siempre victimizó, pensando que el malo de la historia era el duque. Aunque eso tampoco convertía a este en un santo.

—¿Pudiste verla? —Se sintió algo sorprendido de que Amelia lo dejara regresar, se suponía que deseaba estar con él.

—Digamos que sí…, aunque el encuentro fue muy breve —resumió para no entrar en detalles. No quería decirle que la mujer le había dicho que su lugar no era junto a ella, sino junto al duque, que prácticamente lo echó de su casa.

—Y ella… ¿Cómo está? —Benjen no pudo evitar hacer esa preguntar, y se arrepintió en cuanto salió de sus labios, pero ya no podía retractarse; eso sería mucho peor.

—Amelia Gavazzeni está…

Terrence no pudo terminar su respuesta, se interrumpió al sentir que la puerta del estudio se abría; escuchó las pisadas de la duquesa resonar en el mármol; y, al fijar su mirada en su padre, vio cómo este se tensaba, casi volviéndose un bloque de granito.

Liberó un suspiro, armándose de valor, pues, seguramente, la mujer vendría a comprobar que el «bastardo», había regresado al palacio.

—Pedí no ser molestado, Katrina —indicó Benjen, mirándola con molestia, pues su intromisión le había quitado la oportunidad de saber algo de Amelia. Aunque se había propuesto olvidarla, todo su ser se rehusaba a ello.

—Me apena recordarte, querido, que soy tu esposa, y que no acato ese tipo de órdenes. He venido porque necesito que hablemos —mencionó ella, mirando con el mismo desprecio de siempre al hijo de aquella ramera.

—En este momento estoy reunido con Terrence, lo que sea que tengas que decirme, puede esperar.

—¿Cuál es tu interés en hablar con él? ¿Acaso te trajo algún mensaje de la mujerzuela que lo parió? —cuestionó, mirando a su marido con resentimiento y desconfianza.

Meses atrás, Terrence le habría dicho a esa desgraciada mujer, que respetara a su madre, que ella no tenía ningún derecho a insultarla; después de todo, fue quien se metió en la relación. De no haber sido por ese compromiso arreglado, no significaría nada en la vida de su padre, o en la suya.

Sin embargo, se contuvo, porque ya no sentía el mismo aprecio por Amelia Gavazzeni. Ella lo había decepcionado por completo, la venda

de sus ojos había caído de la peor manera. Aquella mujer que idolatró por años, no era más que una cobarde y una egoísta, que jamás pensó en él, sino en ella misma.

—Katrina…, por favor. —Benjen le pidió mesura.

—No soy mensajero de nadie, tampoco he regresado por mi gusto, me he visto obligado por las circunstancias, y porque mi padre… —Terrence hizo énfasis en esas dos últimas palabras, porque sabía que ella odiaba que le recordara que Benjen Danchester era su padre—, así me lo ha solicitado. Fue él, quien me recibió en el puerto y me trajo al palacio de nuevo; pero créame, duquesa, que si por mí fuera, me iría y no regresaría nunca más. Así me ahorraría la desagradable experiencia de ver su horrible cara todos los días. —Él dejó libre todo ese resentimiento que sentía por ella; en verdad, la odiaba.

—¿Vas a dejar que me hable de esa manera, Benjen?, ¿que me falte al respeto y me maltrate? —cuestionó, asombrada por la osadía de aquel infeliz muchacho.

—Terrence, te exijo que muestres más respeto cuando le hables a Katrina, ella es… —intervino Benjen, porque sabía que debía hacerlo; de lo contrario, eso sería una batalla campal.

—Sí…, sí, ya sé lo que dirá… «Ella es la duquesa de Oxford, y bla, bla, bla…» —pronunció con sorna—. ¿Sabe algo? Mejor subo a mi habitación, porque si sigo en este lugar, a su excelencia puede darle un síncope —agregó, caminando para salir.

—Es un maleducado, insolente… Deberías echarlo de nuestra casa. —Le exigió a su marido, caminando hasta él, para que tomara la decisión en ese momento; quería al bastardo lejos.

Terrence escuchó las palabras de la esposa de su padre y quiso vengarse, le daría una verdadera razón para que lo odiara un poco más ese día. Se detuvo antes de salir, luego se volvió para mirarlos, y ocultando apenas su sonrisa, volvió a hablar.

—Y con respecto a su pregunta, padre… Mi madre está bien, luce más hermosa y espléndida cada día. Estoy seguro de que, si llegase a verla, lo deslumbraría; igual como lo hizo diecisiete años atrás, cuando se enamoró perdidamente de ella —pronunció, y a esas alturas, no podía esconder su sonrisa; tampoco quiso hacerlo, se sentía satisfecho por haber amargado a la duquesa.

—¡Sal de aquí, ahora mismo! —exclamó Katrina, saliéndose de sus cabales, mientras caminaba hacia él, con deseos de golpearlo.

—Contrólate, mujer… —Benjen la agarró del brazo.

—Con su permiso, sus excelencias, feliz tarde.

Terrence les hizo una reverencia y salió del estudio, sintiéndose de mejor humor. El hecho de haber molestado a la infeliz de su madrastra, le daba cierta noción de felicidad, y ni siquiera le importaba si era fugaz, o si después se ganaba una reprimenda por

parte del duque.

Subió las escaleras y se dirigió hasta su habitación, notando que todo seguía tal y como lo había dejado; al parecer, su padre tenía la certeza de que volvería.

Katrina se sentía furiosa, le costaba mucho respirar, por la rabia que corría por sus venas y por el condenado corsé, que cada día le quedaba más apretado.

Caminaba de un lugar a otro para drenar los deseos que sentía de buscar a ese miserable bastardo y darle un par de buenas bofetadas, que le enseñaran a respetarla.

—¿Por qué preguntaste por ella?, ¿acaso tienes intenciones de verla? —Encaró a su esposo, mirándolo directamente a los ojos.

—¡Por Dios, Katrina! ¡No empieces con lo mismo!

—Pues tú me has dado los motivos al permitir que tu hijo me humille de esa manera. ¿No se suponía que él se quedaría con ella?, ¿que no tendría que sufrir con su presencia en esta casa nunca más? ¿Por qué demonios no lo hizo?, ¿por qué regresó? —cuestionó, cada vez más ofuscada, mientras lo obligaba a mirarla.

—Terrence está de nuevo con nosotros, y se quedará aquí. Es todo lo que diré sobre este tema… Sabes muy bien que no puedo cerrarle las puertas de esta casa; él tiene la libertad de vivir bajo este techo, esa fue una de las voluntades de mi padre al morir, y debemos respetarla —mencionó, esperando dar por cerrado el tema. Quería que ella lo dejara solo.

—Respetarás la voluntad de tu padre, a costa de la felicidad de tu familia, eso ya me lo has dejado claro en muchas ocasiones, Benjen. Pero déjame decirte algo, ese chico saldrá de esta casa, como que me llamo Katrina Danchester Clydesdale. No pienso seguir aguantando sus humillaciones ni las tuyas —sentenció, mirándolo a los ojos con furia; después de eso, le dio la espalda, dispuesta a salir del lugar.

—No compliques más las cosas, Katrina, mantente alejada de Terrence; así evitarás que te moleste con sus comentarios, es solo un chico rebelde, ya crecerá.

Lo defendió, porque tenerlo allí lo llenaba de alivio, y no quería que se volviera a marchar; le había prometido a su padre que no le fallaría al muchacho, y debía cumplir con su palabra.

—No justifiques su comportamiento, es un grosero; y si no le pones carácter, va a terminar trayéndonos alguna desgracia, eso puedes tenerlo por seguro —mencionó, y estaba por abrir la puerta cuando recordó algo más—. Y, otra cosa, que sea la última vez que nombran a esa mujer en mi presencia. No voy a permitir que se hable de ella en esta casa y, por el bien de tu hijo, espero que seas quien se lo deje claro; de lo contrario, lo haré yo, y, te aseguro, terminará lamentando

su osadía —dijo, mostrándose segura.

—¿Estás amenazando a Terrence? —Benjen se puso de pie, adoptando una postura amenazante.

—Solo te pongo sobre aviso; ahora, si me disculpas, voy a atender a «nuestros» hijos —respondió, sin dejarse intimidar por la actitud de su esposo.

Benjen se quedó mirando la puerta, conteniendo apenas sus deseos de salir tras ella y dejarle un par de cosas en claro, pues Katrina no tenía ningún derecho a maltratar a su hijo; al parecer, se le había olvidado que esa fue la condición que le puso para continuar con ese matrimonio de mentira.

—En mala hora acepté que me impusiera este matrimonio, padre…, en mala hora —expresó, dejándose caer sentado en el sillón, dándose la libertad de mostrarse así porque estaba solo.

Recordó las palabras de Terrence sobre Amelia, y eso le removió el alma. Todos los sentimientos que creía olvidados, despertaron dentro de él, con una fuerza arrolladora; y el deseo no escapó de ellos. Este también estaba allí presente, volvía a sentir en su cuerpo esa necesidad de ella, de tenerla entre sus brazos.

Capítulo 21

Victoria apenas podía contener dentro de su pequeño cuerpo tanta emoción; se sentía nerviosa y ansiosa, en la misma medida que feliz. El día de conocer el colegio Brighton, por fin había llegado; era domingo por la tarde, y el señor Robert los esperaba junto a uno de los autos para llevarlos al internado, que quedaba a dos horas de la ciudad.

—¿Listos? —preguntó Robert, al ver que los tres se acercaban.

—¡Por supuesto! Ya muero por conocer el colegio, y también por hacer muchas amigas —expresó Victoria, subiendo.

—Sí —masculló Sean, mostrándose molesto, y ocupó el puesto en la parte de atrás, junto a su prima.

—Estamos todos listos, Robert.

Christian le dio una palmada al hombre en la espalda, buscaba agradecerle con ese gesto por empezar a darle responsabilidades; como la del día anterior, cuando le permitió salir con Sean y Victoria a pasear por la ciudad.

Robert le respondió con una sonrisa, comprendiendo su actitud; él había visto a esos chicos nacer y, a veces, le sorprendía que Christian ya casi fuese un hombre; y lo mismo le pasaba con Brandon.

—Bien, vamos a Brighton.

El mismo Robert condujo, después de todo, le había prometido a la señora Margot y al señor Stephen, que velaría por la seguridad de los tres, hasta dejarlos dentro de las paredes del internado, donde estarían bien cuidados por las monjas.

Sentía a cada miembro de esa familia muy ligado a él, ya que había llegado a la mansión de los Anderson, después de ser rescatado por el mismo Jonathan Anderson, cuando apenas era un chiquillo sucio y muerto de hambre, que vagaba por las calles de Chicago, y que intentaba ganarse la vida, haciendo mandados a varios comerciantes de la ciudad.

Mientras viajaban, iban comentando lo sucedido el día anterior, todos los lugares a donde llevaron a Victoria, pero también aquellos que les faltaron por visitar.

Christian prometió que irían con Victoria, el primer fin de semana que tuvieran libres. Aunque podía ver que su hermano no estaba del todo satisfecho con la idea de volver a Brighton.

—No puedo creer que nuestros días libres hayan terminado, debimos convencer a la tía abuela de que nos dejara en América, allá también hay muy buenos colegios, y estábamos más cerca de casa —

mencionó Sean, dejando clara su queja.

—No hables de esa manera, tampoco es que aquí sea tan malo —acotó Christian, quien ya se había acostumbrado.

—¡Es una prisión! —exclamó, cruzándose de brazos.

—Por favor, Sean, deja de ser dramático… Vas a terminar asustando a Vicky. —Christian fue consciente de la mirada alarmada de su prima, por lo que le dedicó una sonrisa.

—Su hermano tiene razón, Sean… ¿Qué impresión tendrá la señorita Victoria? Va a creer que su padre la envió a un lugar horrible —comentó Robert, para acabar con los berrinches del menor de los Cornwall.

—Por mí no tiene que preocuparse, yo soy muy valiente; en lugar de sentir miedo, tengo mucha curiosidad —acotó Victoria, para que no siguieran reprendiendo a su primo.

Los caballeros sonrieron y se mantuvieron en silencio, eran conscientes de que lo mejor para Victoria era apoyar su entusiasmo, no podían hacer las cosas más difíciles para ella; ya mucho le había costado separarse de su padre, dejar también a sus tías y viajar a un lugar desconocido.

Minutos después, el lujoso auto se estacionaba frente a la intimidante fachada del colegio. Sus paredes de ladrillos, y sus techos de tejas rojas, cubiertas por un poco de moho, además, de los árboles desprovistos de follaje, le daban un aspecto sombrío y gélido a la edificación.

—Bienvenida al Real Colegio de Brighton, señorita Victoria —mencionó su actual tutor, cuando le ayudó a bajar del coche.

—Muchas gracias, señor Robert —respondió ella, sin lograr despegar la mirada de la imponente estructura, que de inmediato, la hizo sentirse pequeña y asustada.

—Venga conmigo, por favor. Debo presentarla ante la madre superiora. Es la directora del colegio, y le explicará algunas normas —comentó Robert, pidiéndole con un ademán de su mano que fuera delante de él.

—Pero… ¿Y los chicos? —inquirió Victoria, parpadeando con nerviosismo. No quería que la dejaran sola.

—Nosotros debemos ir a otro lado, Vicky… —decía Christian, cuando su hermano lo interrumpió.

—En la prisión, los chicos y las chicas van a lugares distintos; no se nos permite estar juntos, a menos que sea para ir a misa o para celebrar alguna festividad —explicó Sean, mirando los ojos verdes y asustados de su bella prima.

—¿Eso es cierto, señor Robert? —cuestionó ella.

—Sí, señorita Victoria. Aunque el colegio es mixto, a los alumnos no se les permite relacionarse, tienen dormitorios y aulas separadas;

incluso, las materias que verán serán distintas.

—Pero eso no debe preocuparte, Vicky; trataremos de estar cerca de ti todo el tiempo; además, he creado un método para intercambiar mensajes —expresó Christian, con entusiasmo.

—Y espero que funcione, como me lo prometiste, querido hermano; de lo contrario, estaremos verdaderamente incomunicados con Vicky —indicó Sean, mirándolo a los ojos.

—¡Funcionará! Ya lo verás, en cuanto lo ponga en práctica.

—Chicos, pero… No deseo separarme de ustedes. Estar rodeada de personas extrañas, me provoca algo de temor —confesó aquello que era cierto; nunca había estado en una situación igual, siempre tuvo la compañía de su familia.

—No le pasará nada, señorita; y estoy seguro de que con su encanto, hará amigas muy pronto. —Robert quiso animarla, para que estuviera tranquila—. Ahora, vamos, la madre superiora nos espera en su oficina —agregó y se encaminó hacia el edificio.

Victoria asintió en silencio, tragó en seco para pasar el nudo de lágrimas en su garganta, y caminó junto al hombre de confianza de la familia Anderson, intentando que sus pasos fueran firmes, pues sus piernas temblaban demasiado.

También se irguió porque su tía Margot, siempre le decía que la postura era muy importante; una espalda recta y un andar sofisticado expresaban seguridad y elegancia. Ella debía recordar siempre que era una Anderson, que su familia era muy importante y, que a donde quiera que fuera, debía dejar el apellido muy en alto.

Una monja los recibió y los llevó por un largo pasillo, el mismo que a pesar de tener grandes ventanales en uno de sus extremos, seguía teniendo cierto aspecto lúgubre; gracias a los pesados cortinajes que cubrían los cristales, e impedían la entrada de la luz natural.

—Buenas tardes, madre superiora. He traído al señor Robert Johansson y a la señorita Victoria Anderson.

—Bien, puedes retirarte —ordenó echándole apenas un vistazo a la hermana. Su atención se enfocó de inmediato en la chiquilla rubia, junto al señor—. Bienvenidos, por favor, tomen asiento —dijo en un tono amable, pero manteniendo su distancia.

—Muchas gracias, hermana Morgan. Como le notificó el señor Stephen Anderson, a través de una carta enviada hace algunos meses; ha decidido que su hija, la señorita Victoria Anderson, reciba una educación íntegra y acorde a su estatus, en el colegio Brighton —informó Robert, mirando a la mujer directamente a los ojos; ya había cumplido ese papel antes con los chicos.

La mujer miró detenidamente a Victoria, y se mantuvo en silencio; mientras la pobre pequeña apenas conseguía controlar sus nervios y sus lágrimas. Se sentía como cuando llegó a la mansión por primera

vez, y su tía Margot la miraba de la misma manera, como si fuese un animal extraño, y se intenta saber si es peligroso.

Al fin, la hermana comenzó a hablar de todas las normas y reglas que debía seguir, así como de sus deberes y tareas; dejándole claro que, si incumplía con alguno, sería expulsada inmediatamente de la institución.

La voz gruesa, solemne le daba un toque mucho más estricto a cada palabra e iban llenando de temor a Victoria, quien para cuando acabó la reunión, deseaba que le dieran de nuevo su equipaje y la enviaran de regreso a América.

—Venga conmigo, señorita Anderson, la llevaré a su habitación —dijo la hermana, que los había llevado hasta allí.

—Pero… yo…, señor Robert —esbozó, mostrando sus nervios, y se aferró al brazo de su único conocido allí.

—Todo estará bien, señorita; se acostumbrará rápido al colegio, y su padre vendrá a verla muy pronto —mencionó él, en un tono calmado para darle sosiego, al tiempo que la miraba a los ojos—. Recuerde que le prometió que para cuando se vieran de nuevo, usted sería toda una dama —agregó, sonriéndole.

Victoria asintió en silencio, tragándose sus lágrimas, recordando lo que le había dicho a su padre; intentó sonreír y se irguió para parecer más segura, después se acercó para darle un abrazo al señor Robert y despedirlo. Sin ser siquiera consciente de la mirada asombrada de la hermana más joven, y de la reprobatoria de la madre superiora.

Después de ese abrazo de despedida, ella salió junto a la hermana que la llevaría a su habitación, mientras Robert se quedaba a atender asuntos monetarios con la directora.

Un pasillo igual de oscuro llevó a Victoria hasta el ala del edificio donde estaban los dormitorios de las chicas. Mientras caminaban en completo silencio, ella se preguntaba si habría alguien más en las otras habitaciones o si ella había sido la primera en llegar, pues solo se escuchaban sus pisadas y su respiración.

—Esta será su habitación, señorita Anderson —indicó la monja, mientras abría una de las puertas.

—Gracias, hermana Jane. —Victoria asintió, mostrando una sonrisa amable, y después dio un par de pasos para entrar. Se detuvo justo en la puerta, para recoger con su mirada el espacio que la rodeaba.

La habitación era muy bonita, aunque con menos lujos de los que poseía en la mansión; tenía una pequeña cama, un escritorio y una silla de caoba junto a la ventana. Al otro lado, había una biblioteca repleta de libros, que la emocionaron mucho, pues eso significaba que allí aprendería más cosas de las que le habían enseñado sus institutrices. Solo esperaba que ninguno tuviera que ver con bordado o tejido.

—En ese cuadernillo están anotados los horarios de sus clases y las demás actividades, en el armario encontrará los uniformes; y en el reglamento se le indica cómo debe usar cada pieza, dependiendo la ocasión, además de un recordatorio de las reglas que le explicó antes la madre superiora.

—Bien, hermana Jane —dijo asintiendo, para confirmarle que había entendido—. ¿Las clases comenzarán mañana?

—Sí, a primera hora… Antes habrá una misa para recibir a los nuevos estudiantes y pedir porque tengan un buen desempeño en sus estudios —respondió, mirándola a los ojos—. La dejo para que pueda organizar sus prendas y descanse. Que tenga buenas noches, señorita.

—Muchas gracias por la ayuda, hermana. Feliz noche para usted, también —mencionó, y después vio salir a la religiosa.

Su mirada se paseó una vez más por la habitación, que de pronto, había pasado de ser bonita y novedosa, a un lugar sin vida, ni calidez ni brillo.

Caminó hasta la ventana, para abrirla y que entrara un poco de aire fresco; necesitaba llenar sus pulmones del olor de la naturaleza, y no sentirse tan encerrada.

—Sean tenía razón…, es una prisión.

Soltó un suspiro cargado de tristeza, viendo los altos y gruesos muros de piedra, que la alejaban de la hermosa ciudad de Londres, y de su libertad; y, sobre todo, que la alejaban de su querida América, a la que desde ese instante comenzó a extrañar.

Vio cómo las luces comenzaban a extinguirse, sumiendo al lugar en penumbras, dándole un aspecto mucho más sombrío; y el aire también comenzaba a enfriar, así que se dispuso a entrar a la habitación, debía empezar a hacerse a la idea de que viviría allí.

A la mañana siguiente, todos los estudiantes iban vestidos de negro, con sus uniformes formales, y tanto chicos como chicas, rodeaban la hermosa capilla, que resaltaba por su arquitectura ornamentada gótica.

Ella, de inmediato, pensó en Christian y Sean, así que, saltándose una de las normas, comenzó a caminar en dirección a donde se encontraban los varones, para buscar a sus primos y hablar con ellos.

—¡Vicky, aquí estás! ¿Qué tal tu primera noche encerrada?

La saludó Sean, manteniendo la distancia, pues, aunque acostumbraban a tratarse con más cariño, sabía que eso no estaba permitido en el colegio; por lo que solo le dedicó una sonrisa.

—La habitación es bonita, pero le falta alegría; todo es tan silencioso aquí… Creo que ni los pájaros pueden cantar, no escuché uno solo esta mañana —respondió, mirándolo con evidente asombro.

—Creo que exageras, Vicky —dijo Christian, sonriendo.

—Bueno, no me extrañaría nada que los jardineros los espantaran y

tumbaran sus nidos.

—Por favor, hermano, ya deja de asustar a Vicky. Mejor entremos a la iglesia, la misa está por comenzar.

—¿Puedo sentarme con ustedes? —inquirió ella, al ver que se dividían en dos grupos.

—No, las normas no lo permiten —respondió Christian con pesar, al ver la desilusión en los ojos de su prima.

—Entiendo, bueno, nos vemos para la comida…

—No, eso tampoco lo permiten; cada edificio tiene su propio comedor… Pero podemos vernos en la biblioteca, allí podemos entrar todos; y ya encontraremos la manera de que podamos conversar, no estés triste —dijo, una vez más el mayor, y le entregó una radiante sonrisa.

—Señores Cornwall, señorita Anderson, por favor, ocupen sus asientos —ordenó, otra de las religiosas.

—Como usted diga, hermana Lucrecia.

Después de que el servicio terminara, cada alumno fue enviado a sus respectivos salones de clases. Victoria estaba emocionada, nunca había estado en un aula, todas sus lecciones las había visto en uno de los salones de la mansión Anderson.

Entró con una gran sonrisa, la misma que se congeló en sus labios al ver la mirada ámbar de Elisa Lerman, quien se puso de pie y caminó hasta ella, con un gesto amenazador.

—¡Esto es el colmo! ¿Cómo puede estar alguien como tú en un colegio tan prestigioso como Brighton? —cuestionó con mucha rabia, mientras miraba a Victoria a los ojos.

Ella quiso responderle, pero la sorpresa de encontrarse a Elisa allí, y la furia que destellaba en sus ojos, le habían robado la voz; lo único que conseguía era negar con la cabeza, mientras se hacía hacia atrás, para escapar de ese ataque.

—¿Por qué dices eso, Elisa? ¿Quién es la chica? —preguntó Irma, una de las amigas de la pelirroja.

—No es más que una intrusa, no tiene derecho a estar aquí ni a llevar el apellido Anderson. Su padre desobedeció a la familia, casándose con una campesina sin educación ni cultura, y fue desheredado por mi bisabuelo. Tío Stephen solo esperó a que el pobre viejo muriese, para regresar y obligar a mi tía abuela Margot a que lo aceptase, junto a esta bastarda.

—¡Elisa! —Victoria no podía creer que le estuviese diciendo todo eso, era malvada y cruel—. ¡Lo que dices es mentira! ¡Eres una mentirosa! —Le gritó en medio de lágrimas.

—¡Tú eres una recogida, nadie en la familia te quiere! La tía solo te aceptó porque tu padre la obligó, pero ella no te quiere… ¡Ella te odia y te desprecia! —Elisa buscaba herirla.

—Eso no es verdad…, Christian y Sean me quieren, ellos me quieren, así como Anthony también me quería. —Se defendió, adoptando una postura erguida. No se dejaría humillar más.

—¿Te atreves a nombrar a Anthony, después de que fuiste la causante de su muerte? —inquirió, parpadeando con asombro.

Una exclamación de asombro recorrió todo el salón de clases, al escuchar a Elisa decir esas palabras, y a ese gesto le siguió una ola de murmuraciones, mientras miradas acusadoras se clavaban en la pequeña figura de Victoria.

—Yo no tuve la culpa de nada, fue un accidente… —Alcanzó a decir, antes de que el llanto le rompiera la voz.

—Fuiste la culpable… ¡Tú lo mataste! Eres igual que tu madre, la campesina bruta, una desdicha para los Anderson. Ella desgració al tío abuelo Stephen, y tú… Tú mataste a Anthony, ¡asesina! —exclamó y le dio un empujón.

—Cállate, Elisa. Eso no es cierto, no es cierto…

—Deberías macharte y regresar al lugar de donde nunca debiste salir, a ese pueblo perdido entre las montañas. Allí es donde debes vivir, entre animales sucios y salvajes.

Las palabras de Elisa iban impregnadas del resentimiento que le había transmitido su madre; incluso, era como si se hubiera aprendido un libreto, pues cada una de ellas, eran expresadas por Deborah Lerman, en la intimidad de su hogar.

Victoria no pudo soportar tanto odio, rompió a llorar en ese momento y salió corriendo de allí; necesitaba escapar muy lejos o desaparecer. Más que eso, necesitaba sentir los brazos de su padre, envolviéndola y diciéndole que ella no era culpable de nada, que lo que le sucedió a Anthony, fue solo un accidente.

Quería que le asegurase que su madre fue una buena mujer, que tampoco quiso perjudicarlo ni alejarlo de su familia; quería que él le asegurara que ninguna de las dos eran personas malas.

—¡Ella es cruel! Es muy cruel… Elisa es cruel.

Decía mientras corría hacia el jardín y, sin darse cuenta, se encontró subiendo a una colina, cuya cima estaba coronada por un inmenso arce de espeso follaje, que parecía haberse salvado del otoño y del inclemente invierno.

Se aferró al grueso tronco, queriendo imaginar que era su padre, y que este la sostendría, al igual que lo haría Stephen. Los sollozos le rompían la garganta y apenas conseguía respirar. El dolor que sentía en su pequeño cuerpo era mucho para que ella pudiera soportarlo, así que se dejó caer a las raíces del imponente árbol.

—No quiero estar aquí, no quiero ser una dama…, no me interesa serlo, si para ello tengo que ser tan cruel como Elisa… No me interesa ser parte de una sociedad tan malvada —lamentó, en medio de ese

llanto amargo que la desbordaba.

Capítulo 22

Terrence se encontraba en el jardín del colegio, no tenía ánimos para ir a clases, mucho menos para que alguna de las monjas le dijera que la madre superiora deseaba verlo en su oficina, por haber faltado a la misa de esa mañana.

Lo único que deseaba era estar tumbado sobre esa alfombra de hojas, bajo la sombra de ese arce, fumar sus cigarrillos y no pensar en nada más. Eso último no era tan fácil, sus cavilaciones siempre lo atacaban, recordándole lo desgraciada que era su vida, y no tenía nada más en qué pensar, que en los desprecios de sus padres y los de la miserable duquesa Katrina.

Aunque se podría decir que últimamente había atesorado algunos buenos; por ejemplo, sus encuentros en el barco con la hermosa pecosa de cabello rizado y dorado.

Cada vez que ella llegaba a su mente, una sonrisa se dibujaba en sus labios, y la diversión que lo embargaba al recordar sus palabras y sus actitudes, alejaba de él cualquier recuerdo amargo o triste.

De pronto, escuchó que alguien se acercaba, y por la prisa que llevaban las pisadas, supo que no se trataba de alguna de las monjas. Se mantuvo oculto, aunque la curiosidad por saber quién era lo estaba torturando; escuchó sollozos y lamentos, que le revelaron que se trataba de una chica; y, segundos después, una voz que reconoció de inmediato.

Algo dentro de él se estremeció al escucharla llorar de esa manera, con tanto dolor y desolación, como si la hubiesen lastimado profundamente; de inmediato, se apoderó de él una necesidad por consolarla, no quería que ella llorase, así que decidió salir de su escondite.

—Creo que ya es demasiado tarde para ello, pecosa… Ya entraste al juego, y salir de este, es muy difícil —pronunció Terrence, saliendo de detrás del árbol.

Hubiera querido decir algo distinto, pero nunca había sido muy bueno consolando, nadie le había enseñado a hacerlo; solo le decían que debía ponerse de pie, no que podía permitirse llorar, así que pensó que, tal vez, animar de esa manera a la pecosa le sería más útil, que mostrarle algo de lástima.

Victoria elevó el rostro, y sus ojos lo miraron sorprendida, no podía creer que él estuviese en ese lugar; había ido hasta allí para escapar de todo, no podía creer que tuviera la desgracia de encontrarlo precisamente a él.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó, limpiándose las lágrimas de manera torpe, y en el proceso, se ensució el rostro del polvo que cubría la corteza del arce.

—Aquí estudio, pequeña pecosa… Por desgracia, creo que los dos pertenecemos a la misma sociedad cruel y malvada. Aunque lamento decirte que te falta mucho más por descubrir; también es hipócrita, y eso es, quizá, lo que más odio de ella —respondió, mirando el desastre que se había hecho en la cara, pero que aun así, no le restaba ni una pizca de su belleza.

—Pues, no voy a quedarme aquí… Le escribiré a mi padre y le diré que deseo regresar a América.

—Puedes hacer el intento —mencionó, encogiéndose de hombros—, pero dudo mucho que consigas algo. Él te dirá que debes permanecer, que es por tu bien, que aquí te harás una buena persona… En fin, creo que pierdes tu tiempo, pequeña pecosa —acotó sin mucho énfasis.

—Eso no pasará…, y ya deja de llamarme así, tengo un nombre…: Victoria Anderson Hoffman. —Se puso de pie y lo miró con resentimiento, porque sus palabras le dolieron. Su padre jamás le pediría que se quedara allí, sufriendo.

—Victoria…, bonito nombre, aunque no te queda bien.

—¡Eres un odioso! ¿Quién eres tú para decir si me queda o no me queda mi nombre? —inquirió, poniéndose casi de puntillas para alcanzarlo, mientras lo miraba desafiante.

—Solo me rijo por la lógica, una chica que se llame Victoria, no debería dejarse derrotar a la primera, por una cruel y amargada Elisa Lerman. Supongo que es a ella a quien te refieres, no creo que alguna otra chica en este colegio merezca esos calificativos, más que ella. —Solo le bastó mirar su reacción al escuchar ese nombre para saber que había acertado.

—¿La conoces? —preguntó, mirándolo con sorpresa.

Terrence asintió y sacó un pañuelo de su bolsillo, se lo extendió para que se limpiara el rostro, que estaba manchado por las lágrimas y el polvo. Vio que ella dudaba en recibirlo, así que le dedicó una sonrisa; suponía que conseguiría que confiara en él, al ver ese gesto.

—Para mi mala fortuna, sí, la conozco… Es una chica muy desagradable, aunque conmigo se muestra de otra manera; lo que no sabe es que pierde su tiempo, porque no me interesa. ¿Podrías recibir el pañuelo? No te va a morder ni nada por el estilo, solo te lo doy para que te limpies el desastre que tienes en la cara.

—¿Desastre? —inquirió, entre desconcertada y apenada, al tiempo que se pasaba las manos por las mejillas, empeorando más su aspecto, sin querer.

—¡Ay, por Dios! Deja de hacer eso, peco… Victoria Anderson Hoffman —rectificó, antes de llamarla pecosa de nuevo; aunque no

dejaría de hacerlo, pues le gustaba decirle así, pero sabía que el momento no era el indicado—. Te has ensuciado toda la cara con las lágrimas, el musgo y el polvo de la corteza del arce… Si la hermana Morgan te ve así, seguro sufrirá un síncope

—¿Un qué?… No te entiendo, hablas de una forma, no lo sé… Eres tan formal, y usas palabras raras —comentó, con su mirada anclada en la azul, intentando comprenderlo.

Notó que él seguía con la mano extendida, por lo que recibió lo que le ofrecía, para no pasar por descortés; sus dedos se rozaron solo segundos, pero eso la puso nerviosa, y alejó con rapidez su mano, llevando consigo el pañuelo de seda en color champán. Pudo notar que tenía bordadas sus iniciales en un todo dorado.

Comenzó a pasarlo por sus mejillas con mucho cuidado, tratando de no ensuciarlo, pues en verdad era una prenda muy bonita, y le apenaba arruinarla; tampoco quería que él se molestara con ella, si lo hacía.

—Soy hijo de uno de los más altos nobles ingleses, se podría decir que soy británico, y fui criado por esta sociedad a la que tanto desprecias, Victoria Anderson…

—¿Y si me quedo aquí, terminaré hablando como tú? —Su cara reflejó algo de desconcierto y temor, le parecía que, para ser un chico de la edad de sus primos, hablaba como un anciano.

—¿Es todo lo que te preocupa? —cuestionó, riendo.

No podía creer que ella estuviese preocupada por cómo iba a terminar hablando, cuando tenía a la víbora de Elisa planeando hacerle la vida imposible.

¿Qué clase de chica era Victoria Anderson?

Pensó, dejando ver media sonrisa, de esas que resultaban muy atrayentes para las chicas, pero que él no mostraba por coquetear; bueno, solo algunas veces, pero la mayoría del tiempo se le daban de forma natural. La había heredado de su padre.

Victoria no fue inmune a ese gesto, que nada más con verlo, aceleró sus latidos; terminó de limpiarse el rostro y quiso devolvérselo, pero había terminado todo manchado, así que lo apretó en un puño, para llevarlo con ella y lavarlo; se lo devolvería una vez estuviera limpio y planchado, tal y como se lo había entregado.

Aunque ya no tendría su olor, que siendo sincera, le resultó muy delicioso, varonil y elegante, como el perfume que usaba su padre; el perfume de un hombre, y no el de un chico.

Negó con la cabeza al ver que una vez más se desviaba de la conversación y pensaba en tonterías, era absurdo que estuviese tan cautivada por el olor de Terrence Danchester. Cuando sus ojos se encontraron con los de él, no pudo evitar sonrojarse, así que rehuyó su mirada y habló.

—Decía que tu manera de hablar es muy seria… Mis primos no hablan de esa manera, ellos son más relajados, y no me imagino expresándome así… Seguramente, me parecería a la tía Margot —explicaba, queriendo hacerle creer que su presencia no la ponía nerviosa, aunque las piernas le temblaban. Vio que él intentaba esconder una sonrisa, y eso la enfureció—. ¡Otra vez te estás burlando de mí! —Se quejó, poniendo los brazos en jarra.

—¿Yo? ¡Sería incapaz, señorita Anderson!

—¡Eres insoportable! Los caballeros no tratan así a las damas.

—Yo no soy un caballero, soy un rebelde —sonrió de medio lado, y un brillo intenso se desprendió de sus ojos.

—¿Y eso qué significa? —preguntó con curiosidad, sintiendo que su cuerpo era presa de un ligero temblor.

—Que hago y digo lo que quiero…, cuando quiero —respondió, mirando los labios de la hermosa niña que se había metido en sus pensamientos.

Se acercó muy despacio, aprisionándola entre su cuerpo y el árbol, sintiendo que sus deseos de besarla aumentaban cada vez más. Ya había besado a algunas en el pasado, así que sabía perfectamente qué hacer para que fuese agradable para ella; debía ir despacio, ser sutil, sin nada de brusquedad o de arrebato.

Imaginar que ese podía ser el primer beso de Victoria Anderson, lo llenaba de satisfacción, de orgullo y de una emoción que nunca antes había experimentado, algo parecido a una felicidad plena.

Llevó la mano muy cerca de su mejilla, pero no la tocó, aunque pudo sentir la calidez que se desprendía de su piel, y hasta podía jurar que sintió el temblor que la recorría.

—¿Qué…, qué… haces? —Victoria consiguió encontrar su voz, mientras lo miraba a los ojos, intentando adivinar a través de esa mirada azul, las intenciones que tenía.

—Lo que quiero… —respondió Terrence, con la voz mucho más ronca que de costumbre.

En un movimiento osado le sujetó la barbilla con sus dedos. Ella liberó un jadeo al sentir el contacto y la presión que ejercía; no estaba siendo brusco, solo quería que elevara un poco más el rostro, pues la pecosa era mucho más baja que él, así que necesitaba aproximarla a su altura; después, se fue acercando muy lentamente, para acortar la distancia entre los dos.

Victoria estaba llena de pánico, pero tampoco podía escapar, solo conseguía mirar cómo el tono de sus ojos pasaba de un gris celeste a un azul zafiro, y eso la hizo temblar.

De pronto, escuchó que la llamaban, y fue como si saliera de un trance; se escabulló con agilidad, y antes de que fuese consciente de lo que sucedía, estaba corriendo colina abajo, escapando de él y de esas

emociones que le provocaba, mientras sentía que sus piernas apenas podían soportarla, y su corazón latía muy de prisa.

Annette Parker había visto lo que Elisa le había hecho a la chica nueva; un acto bárbaro, incluso viniendo de ella, pues nunca antes había tratado a alguien con tanta maldad.

Sabía que la chica era odiosa, arrogante egoísta y mentirosa, pero jamás imaginó que podría llegar tan lejos; la manera como humilló a Victoria Anderson, cómo se atrevió a culparla de la muerte de su primo, había sido realmente cruel, traspasó todos los límites.

Y la había enfurecido, no podía solo quedarse allí de brazos cruzados, mientras la prima del chico que le gustaba, era tratada de esa manera. Así que, sin importarle exponerse a las represalias que pudiera tomar la pelirroja o el séquito de arpías que la seguían, salió del salón detrás de la pobre chica para consolarla.

—¡Victoria!, ¡Victoria! —gritaba para que la escuchase, aunque intentaba no llamar la atención de las monjas.

—¿Estás segura de que salió al jardín? —preguntó Patricia O'Brien, quien era la mejor amiga de Annette, y también había salido en busca de la chica—. A lo mejor se fue a su habitación, ese siempre es el mejor lugar para llorar.

Patricia habló desde la experiencia, pues a ella Elisa también le había hecho algunos desprecios, y la había puesto como la burla de sus amigas; además, nunca terminaba de acostumbrarse a estar en ese colegio tan frío y estricto. Extrañaba mucho la casa de su abuela, donde se había criado después de la muerte de su madre.

—Sí, estoy segura…, la vi salir en esta dirección —contestó y volvió a llamarla—. ¡Victoria! ¡Victoria Anderson! —De pronto, vio la figura de la chica aproximarse hacia ella; venía corriendo, como si algún fantasma la persiguiera—. ¿Ves?, te lo dije, allí está… Pero parece asustada.

—Después de lo que le hizo Elisa Lerman, cualquiera luciría de esa manera —acotó Patricia, ajustándose los anteojos.

Victoria miró a las dos chicas en medio de ese claro, descubriendo que eran ellas quienes la llamaban; se detuvo con la respiración agitada y los nervios a flor de piel, analizando lo que debía hacer.

Su primera reacción fue regresar y alejarse de todo aquello que pudiera lastimarla, pensando que, tal vez, esas chicas eran amigas de Elisa, y, a lo mejor, la pelirroja las había enviado porque deseaba comprobar cuánto daño le habían causado sus palabras.

Sin embargo, después fue consciente de que detrás de ella había dejado a Terrence, y que el chico había estado a punto de besarla, sin su consentimiento. Eso quizás era mucho peor que lo que pudiera hacerle Elisa. No quería volver a verlo, era un descarado, y cada vez

estaba más segura de que solo deseaba jugar con ella, arruinar su reputación; así que tampoco podía volver.

Miró hacia atrás, y no vio rastro de él por ningún lado, pero algo que le había dicho sí hizo eco en su cabeza, al verse en esa disyuntiva. Cerró los ojos un momento, pidiéndole a su corazón que decidiese por ella. Su padre y sus tías le decían que seguir al corazón siempre era lo correcto.

«Una chica que se llame Victoria, no debería dejarse derrotar a la primera».

Recordó sus palabras, y pensó que él tenía razón, ella no podía comportarse como una cobarde, eso sería darle el gusto a Elisa y decepcionar a su padre. Si debía defenderse y confrontarla lo haría, no iba a permitir que la humillara de nuevo, ni la culpara de la muerte de Anthony.

Decidió bajar la colina, llena de convicción; debía demostrarles a todos que era fuerte, que nada la derrotaría, que ella se llamaba Victoria, y le haría honor a su nombre.

Capítulo 23

Annette y Patricia decidieron caminar hacia ella, querían hablarle y ofrecerle toda su compresión; y si la chica lo deseaba, también su amistad. Vieron que se mostraba un poco a la defensiva y las miraba con recelo; eso era algo comprensible, dadas las circunstancias, así que ambas intentaron sonreír, para darle una buena impresión.

—Victoria, encantada, mi nombre es Annette Parker. —Ella fue la primera en presentarse, extendiéndole la mano.

—¿Me conoces? —preguntó, desconcertada; no esperaba que esa chica supiera su nombre, todavía no había sido presentada.

—La verdad es que no…, solo escuché cuando Elisa te llamó así —dijo con algo de vergüenza por traer el recuerdo de ese momento tan desagradable.

—Hola, mi nombre es Patricia O'Neal. —También se presentó, mostrando una sonrisa tímida.

—Es…, es un placer conocerlas, soy Victoria Anderson. —Estrechó las manos de ambas, dejando un poco de lado la desconfianza, y les sonrió—. Vengo de Chicago, queda en Los Estados Unidos de América.

—Sé muy bien dónde queda, mi familia también vive allá… Bueno, acaba de mudarse, vivíamos en Wisconsin, hasta hace poco. Pero papá emprendió un nuevo negocio en Illinois, y nos mudamos —comentó Annette, con entusiasmo, pensando que Victoria sería su primera amiga de esa ciudad.

—Yo también sé dónde queda, porque lo leí en los libros, pero nunca he salido de Inglaterra —confesó Patricia, algo apenada.

—América es muy bonito, pero Londres también lo es. Me ha gustado mucho —mencionó Victoria, sonriéndole—. Tal vez puedas viajar algún día con nosotras a Chicago y conocerlo.

—Eso me encantaría —respondió, mostrándose más entusiasmada —. Le diré a mi abuela, seguro querrá ir conmigo; y entre las dos convenceremos a mi padre.

—Sería perfecto, Patty —esbozó Annette con alegría, luego miró a Victoria—. Bueno, ahora que nos hemos presentado y que las dos vivimos en la misma ciudad, ¿podemos ser amigas? —preguntó Annette, mirando los bonitos ojos verdes de Victoria—. Claro, Patty también debe ser, porque ella es mi mejor amiga; ahora seríamos las tres.

—Siempre he querido hacer amigas, no tengo ninguna… ¡Me encantaría ser su amiga! —expresó Victoria, sintiéndose emocionada por esa idea.

—Bien, entonces desde este momento, Patty, tú y yo seremos las mejores amigas. Te vamos a enseñar todo lo que debes saber del colegio, te contaremos cómo son las hermanas, qué debes y qué no debes hacer; además, te mantendremos a salvo de la bruja Lerman y sus arpías… —aseguró, irguiéndose para lucir más alta y segura.

Aunque en el fondo era una chica bastante tímida y hasta asustadiza, a veces luchaba por ser independiente y osada, pocas veces lo lograba, pero no por ello dejaba de intentarlo. Le sonrió a Victoria y le ofreció su mano para sellar su amistad, pero la rubia la sorprendió, ignorando su mano, y acercándose para darle un fuerte abrazo, que la hizo sentir muy feliz.

—Mis tías dicen que las amigas de verdad, siempre se abrazan… —acotó Victoria al ver que Patricia y Annette la miraban muy sorprendidas.

—Mi abuela dice algo parecido, supongo que deben tener razón —mencionó Patricia, sonriendo.

—¡Claro que tienen razón! —exclamó Victoria, muy entusiasmada, y también la abrazó a ella.

Al separarse, las tres comenzaron a reír, y desde ese momento, sintieron que su amistad sería para siempre, que estarían unidas hasta que fuesen ancianas, con el cabello blanco y todas llenas de arrugas.

Y Victoria comenzó a sentirse a gusto en el colegio, porque lo que más deseaba, por fin se hacía realidad; tendría amigas para divertirse junto a ellas.

Casi un mes después de su llegada, recibió una carta de su padre, se emocionó muchísimo y apenas pudo esperar a estar a solas en su habitación para leerla. En la misma le contaba que la extrañaba mucho y que desde que ella se marchó a Europa, la casa no era la misma, que se sentía muy silenciosa y le hacía falta su alegría para llenarla de vida.

También le dijo que ahora más que nunca anhelaba que algún asunto de la empresa requiriese de su atención en Londres, para poder viajar y estar con ella, aunque fuese un par de días, pues sabía que no tendría vacaciones en el colegio por el momento.

Victoria sentía igual que él al estar tan lejos, aunque contaba con la presencia de sus nuevas amigas, no era lo mismo que tener a su padre cerca, o al menos a Sean y a Christian, pues a ellos tampoco podía verlos muy a menudo.

Quiso contarle todo lo que había vivido durante el viaje, cómo habían sido sus primeros días en el colegio, y por un momento se sintió tentada de contarle lo ocurrido con Elisa. Necesitaba desahogarse con alguien, y sabía que no existía nadie mejor en el mundo que su padre para darle consuelo.

Sin embargo, desistió de hacerlo, pues no quería que las primeras noticias que su padre tuviera de ella en el colegio, llevaran ese tinte oscuro; por el contrario, debía hacerle creer que era feliz allí y así él no se sentiría mal por haberla enviado tan lejos. Debía esforzarse por ser valiente, aprender a defenderse de la odiosa pelirroja por sí sola, sin dejarse derrotar o afectar por sus palabras; sobre todo, cumplir con la promesa que le había hecho, de convertirse en la dama que su padre y su tía Margot deseaban que fuese.

Cuando terminó de redactar la carta, vio que llevaba cinco hojas escritas a ambos lados y abrió mucho los ojos, no había notado que había escrito tanto; sonrió, encogiéndose de hombros, dobló las hojas y las entró en un sobre.

Al día siguiente se la entregaría a la hermana Kelly para que la enviara a América. Esa noche se acostó a dormir, sintiendo una maravillosa sensación de felicidad colmar su pecho, eso le provocaba el tener noticias de su padre, y fue tanta su dicha, que hasta soñó con él.

Caminaba por el pasillo, tarareando una canción, y estaba tan distraía pensando en la próxima carta que recibiría de su padre, que no se percató de que Annette y Patricia llevaban un buen rato tratando de captar su atención.

—¡Vicky! —gritó Annette, para ver si así lograba escucharla.

—¡Cielos! Me asustaste —dijo, sobresaltándose.

—Es que andabas en las nubes —comentó Patricia.

—Ven, vamos a sentarnos bajo ese árbol, aprovechemos el aire fresco, ante de entrar de nuevo a clases —dijo Annette, llevándola de la mano hasta una banca de piedra, que estaba frente a unos arbustos podados, y junto a un inmenso árbol de roble.

—Lo siento, chicas, es que ayer recibí una carta de mi padre. —Dejó ver una amplia sonrisa que iluminó su mirada.

—Lo sabemos, saliste corriendo del salón en cuanto terminó la clase, ni siquiera te despediste —mencionó Annette con algo de reproche, aunque no podía culparla, sabía la emoción que provocaban las cartas de sus familiares.

—Lo siento…, es que han pasado más de dos meses desde que salí de mi casa, y extraño muchísimo a mi papá, también a mis tías Julia y Olivia; incluso, he llegado a extrañar a la tía Margot —explicó, para que ellas comprendiesen y no sintieran que deseaba hacerles un desaire.

—Lo entendemos, yo me siento igual de ansiosa cuando recibo una carta de mi abuela. —Patricia se mostró solidaria.

—Creo que todas nos sentimos así, por cierto… ¿Qué harán el próximo fin de semana? —preguntó Annette, mirándolas con

entusiasmo por tener esos días libres.

—Mi padre enviará a alguien a buscarme, vamos a visitar a unos familiares en Devon —contestó Patricia, sin mucho ánimo.

—¡Qué emocionante! Yo también viajaré, mi tía Diane viene a buscarme, iremos hasta Leeds; nunca he estado allí, así que estoy muy emocionada. ¿Y tú qué harás, Vicky? —preguntó Annette.

—Bueno…, yo…

Victoria se detuvo sin saber qué responderles, se sentía apenada y triste, pues al parecer, sería la única en Brighton que no saldría en su primer fin de semana libre.

—Seguramente tus sobrinos… ¡Ay, perdón! Olvido que no te gusta llamarlos así, que prefieren que sean primos —dijo Annette, recordando eso que Victoria les había explicado casi cinco veces para que pudieran entender—. Estoy segura de que ellos te llevarán a pasear por la ciudad, eres una chica tan afortunada, Sean es un joven muy apuesto —comentó Annette, quien pasaba toda la misa suspirando por el menor de los Cornwall, pues era el único momento en el que podía deleitarse mirándolo.

—Christian también es muy… simpático —expresó Patricia casi en un susurro, sin poder evitar sonrojarse un poco.

—¡Hasta que al fin confiesas que te gusta! —exclamó Annette, al tiempo que sonreía con picardía.

—No he dicho que me guste…, solo dije que era simpático.

—¿A ustedes les gustan mis primos? —Victoria parpadeó ante esa nueva revelación, no lo hubiera imaginado.

—Sí, yo no tengo problemas en decir que Sean Cornwall es el chico más guapo de todo el colegio —respondió Annette.

Victoria la miró sorprendida ante esa afirmación, pero al intentar imaginar a Sean como el chico más apuesto del colegio, no consiguió hacerlo; fue la imagen de alguien más la que se atravesó en sus pensamientos, la de un chico inglés, arrogante y desvergonzado, que se burlaba de ella y la hacía enfurecer cada vez que se lo encontraba.

—Christian me parece un chico muy inteligente, el otro día me ayudó a conseguir un libro en la biblioteca —contestó Patricia, a ella no le resultaba tan fácil expresar sus sentimientos, como lo hacía Annette.

—Bueno, ambos son muy agradables, pero para mí, Anthony siempre fue más lindo. Era muy cariñoso conmigo; además, me defendía de Daniel y Elisa —mencionó, sintiendo mucha nostalgia, y no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—Sí, tienes razón, era un chico maravilloso.

Annette y Patricia se miraron, comprendiendo que Anthony fue muy importante para Victoria. Habían notado que ella siempre hablaba de él y de lo lindo que fue; de su manera de ser y de sus cualidades,

aunque trataba siempre de evitar hablar de lo trágica que fue su muerte. Era evidente que ese tema la entristecía y apagaba la luz de su mirada.

—Pero aún no nos has contado tus planes —indicó Annette, para animarla—. ¿A dónde irás este fin de semana?

—No lo sé, mi padre no pudo venir, y la tía Margot tampoco. Quizá me quede en la casa de la ciudad, encerrada junto a los chicos, porque no nos permiten salir sin que alguien nos supervise. Nuestra familia ha sufrido muchas pérdidas, y mi tía Margot siempre está temerosa de que algo pueda sucedernos.

—Comprendo…, es lógico que se sienta de esa manera; sobre todo, por lo reciente de la muerte de Anthony… Pero casi puedo asegurar que los chicos se ingeniarán algo y te harán pasar un lindo fin de semana, alejada de estas paredes. —Annette quiso animarla mientras le tomaba la mano.

—Yo también lo creo —acotó Patricia, sonriendo.

—Claro, encontraremos la manera de divertirnos.

Victoria se sintió esperanzada, porque lo más importante de ese fin de semana era que podría compartir con sus primos. Aunque fuese encerrados en la casa, como solían hacer cuando vivían en Chicago.

Sin embargo, las tres amigas estaban ajenas de la presencia de alguien más, que había escuchado toda la conversación, y ya comenzaba a idear un plan.

Elisa deseaba hacer de la vida de Victoria una pesadilla, debía hacerle pagar cada lágrima que había derramado por la muerte de Anthony. Sabía que ella era la culpable de que él no estuviese vivo; pues, de no haber sido por ella, su hermoso ángel rubio nunca hubiera decidido montar a caballo para ir directo a la muerte.

Llegó la hora de asistir a la última clase del día, y mientras estaba en el salón, ella no dejó de mirar a Victoria un solo momento, al tiempo enrollaba en su dedo uno de los bucles de su sedoso cabello rojizo, y pensaba en la manera de llevar a cabo su plan, sin levantar sospechas.

—Vicky, ¿puedes esperar? Me gustaría hablar contigo —Le dijo al finalizar la clase, antes de que la rubia saliese del salón.

—¿De qué? —Victoria activó sus alertas de inmediato.

—Me gustaría hacerlo a solas —dijo mirando con algo de desprecio a Annette y a Patricia.

—Está bien —dijo, queriendo mostrarse valiente.

—¿Estás segura de que quieres que nos vayamos, Vicky? —preguntó Annette, mirando a Elisa con recelo.

—Sí, no hay problema, chicas, nos vemos para la cena —dijo, sonriéndoles para que confiaran en ella.

Annette y Patricia asintieron sin dejar de mirar a la odiosa pelirroja, después se dieron la vuelta y salieron del salón.

—Bien, ya estamos solas, ¿qué quieres decirme? —inquirió Victoria, mirándola a los ojos con gesto desafiante.

—Mis padres están en Londres, vinieron a pasar este fin de semana con Daniel y conmigo. Nos han dicho que invitemos a Christian, Sean y a ti para que vengan a la casa y se queden con nosotros —respondió con su mirada puesta en los ojos verdes de la rubia tonta, que seguían viéndola con desconfianza.

Victoria se quedó en silencio sin saber qué responder, nunca en su vida esperó que Elisa hiciera algo como eso; mientras la miraba, intentando descifrar si la estaba engañando o no.

Pensó que quizá había recapacitado y ahora buscaba su amistad, pues, no podían negar que eran familia y, tal vez, no sabía cómo pedirle que fueran amigas.

—¿Christian y Sean irán? —De la respuesta que le diera dependía si aceptaba o no.

—¡Por supuesto! Ya Daniel les dijo, y ellos aceptaron encantados, ninguno de los dos desea quedarse encerrados en la mansión de los Anderson, el único fin de semana que tenemos libre al mes —respondió con una naturalidad, que incluso, a ella misma la sorprendió, y no pudo evitar sonreír al comprobar que la tonta de Victoria comenzaba a creerle.

—Yo no te agrado, Elisa, ¿por qué me haces esta invitación? —cuestionó, necesitaba estar segura de que no la engañaba.

—Bueno…, en un principio fue una petición de mi madre, yo no estaba muy segura de esto, pero luego pensé que sería la única chica de la reunión, y eso es demasiado aburrido, así que creí que a lo mejor sería una buena idea; tal vez, así podamos conocernos mejor… —decía, cuando Victoria la interrumpió.

—¿Y ser amigas? —inquirió con algo de ilusión.

—Sí, quizá podamos ser amigas. —Elisa puso todo su esfuerzo en mostrar una sonrisa en ese momento.

—Está bien, acepto —respondió, y la radiante sonrisa que le entregó a la pelirroja fue completamente sincera; en el fondo, deseaba que fuesen amigas.

—Perfecto, el chofer de mis padres pasará el sábado en la mañana por nosotras, has una maleta con todo lo necesario; y si tienes alguna duda sobre qué llevar, me preguntas.

—Por supuesto —asintió y la vio salir.

Victoria se sintió feliz al ver que las cosas comenzaban a mejorar, les daría una gran sorpresa a su padre y a la tía Margot, cuando les dijese que Elisa y ella eran amigas. Sabía que su tía siempre lo había deseado, porque consideraba a la pelirroja toda una dama.

Y su padre también se sentiría feliz porque eso afianzaba aún más los lazos en la familia, ya no serían unos renegados, ahora sería unos Anderson de verdad.

Mientras Victoria pensaba eso, Elisa planeaba otra cosa completamente distinta; ella se marchó del salón, sintiendo que la satisfacción la desbordaba, no podía creer que hubiese convencido tan rápido a la estúpida de Victoria de aceptar la invitación.

Definitivamente, era una chica muy tonta. Mira que creer que ella deseaba ser su amiga, eso sería rebajarse demasiado, ella era Elisa Lerman, y jamás se pondría al mismo nivel de esa intrusa.

Solo le haría pagar por el daño que le había causado, y también por aquel que el irresponsable de su padre le causó a su familia, al abandonar sus responsabilidades como miembro de la familia y dejarle toda la carga a su abuelo Bernard, solo para irse detrás de esa ignorante campesina y casarse con ella, desobedeciendo a su bisabuelo y causándole un gran disgusto.

Ellos no merecían llevar el ilustre apellido de los Anderson, no merecían vivir en la mansión ni ser tratados como parte de la familia. Su madre lo había dicho muchas veces, ambos eran una desgracia y una deshora para la familia.

Así que si podía ayudar a su madre a hacer que ellos se alejaran de nuevo de la mansión, lo haría, no descansaría hasta hacerle entender a esa intrusa y a su padre que debían marcharse para nunca más volver.

Capítulo 24

Victoria se había asegurado de que sus primos también fueran a la casa de los Lerman ese fin de semana, había conseguido hablar con ellos en la biblioteca, ese era el único lugar donde chicos y chicas podían compartir; claro está, siempre bajo la supervisión de las hermanas, pero ellos se las ingeniaron para charlar unos minutos mientras fingían buscar libros.

Los chicos le habían dicho que irían solo porque no querían quedarse encerrados en la mansión, sin hacer nada, eso sería lo mismo que permanecer en el colegio. Se sintieron felices cuando Victoria terminó por convencerse y les aseguró que también iría, al menos, no tendrían que conformarse solo con la compañía de Elisa y Daniel.

Al fin, el tan esperado día había llegado y Victoria se levantó muy temprano, ya tenía lista su maleta, así que solo le restaba vestirse; buscó un lindo vestido blanco, con detalles brillantes; quizá era algo elegante para el día, pero ella deseaba darles la mejor impresión a todos; ese día, quería que los Lerman viesen que, realmente, podía ser una dama.

—Vicky, qué hermosa luces —mencionó Patricia en cuanto la vio llegar, al tiempo que le sonreía.

—Muchas gracias Patty, tú también te ves muy linda, me encanta tu sombrero —dijo, mirando el delicado tocado de su amiga, que la hacía muy, muy hermosa.

—Gracias, fue un regalo de mi abuela, a ella le encantan los sombreros —respondió, riendo—. Annie todavía no llega, siempre se le hace tarde cuando se trata de escoger qué ponerse —acotó, riendo por lo bajo, a costa de su amiga.

—Es que ella vive para la ropa, los zapatos, los bolsos, las sombrillas y todo lo que sea moda —comentó Victoria.

—¡Hola! Ya llegué, se me hizo tarde porque no encontraba unos guantes que me gustaran —dijo Annette, acercándose para abrazarlas y darles besos en las mejillas.

—Tienes decenas de guantes, ¿cómo es posible que no encontraras uno? —preguntó Victoria con asombro.

—Por eso, tengo tantos, que no sabía por cuál decidirme —contestó —. Ustedes lucen espléndidas, ¿habrá una fiesta en casa de los Lerman? —inquirió, viendo el vestido de Victoria. Le parecía muy elegante para el día.

—Bueno…, la verdad es que no lo sé; supongo que por algo nos invitaron —respondió, sonriente.

—Sí, seguro harán una —concordó Patricia, quien también había notado el vestido de Victoria, pero se le veía tan lindo, que no le dijo nada al respecto.

Minutos después, la primera en despedirse fue Annette, su tía llegó por ella y se la llevó en un elegante auto rojo; después, fue el turno para Patricia, quien apenas tuvo tiempo para despedirse de Victoria, pues su padre, como siempre, tenía mucha prisa.

Al final, la rubia fue quedando sola en el pasillo donde todas esperaban por sus familiares, miraba a todos lados y no veía a Elisa, eso le provocó una dolorosa punzada en el pecho.

—¿Acaso me habrá engañado? —Se preguntó en voz alta.

Miró hacia el pasillo donde se encontraban esperando los chicos, para ver si lograba ver a Christian y a Sean, pero allí ya no quedaba nadie.

En ese momento, le fue imposible que sus ojos se inundaran en lágrimas, por lo que bajó la mirada para esconder su tristeza, pero después, recordó que dijo que nunca más se dejaría humillar por nadie, así que se irguió cuan alta era y elevó el rostro con un gesto seguro y hasta soberbio.

De pronto, vio a la pelirroja caminar hacia la salida, casi que caminó de prisa para alcanzarla; seguramente habría estado buscándola y, ella, por estar entretenida hablando con Annette y Patricia, no se dio cuenta.

—¡Elisa, espera!… ¡Aquí estoy! —exclamó, caminando de prisa mientras sonreía, sintiéndose aliviada.

Elisa se volvió a mirarla por encima del hombro, y en sus labios se dibujaba algo parecido a una sonrisa, pero el gesto era malévolo. Volvió medio cuerpo para verla mejor, y miró con estupefacción el vestido que llevaba puesto. No podía negar que era hermoso, pero nada adecuado para esa ocasión.

Definitivamente, ella jamás sería una dama, aunque se vistiese con ropas costosas, no dejaría de ser lo que era: una campesina.

—Elisa, disculpa…, me distraje hablando con las chicas. Por suerte no se han ido todavía, comenzaba a pensar que me habían dejado… ¿Ya llegaron por nosotras? —Su voz era algo agitada por tener que darse prisa y llevar la pesada maleta.

—¿A qué te refieres? —cuestionó Elisa, arqueando una ceja.

—A tus padres, ¿ya están aquí?, ¿vinieron por nosotras?

—Mis padres no vinieron, ellos enviaron a un chofer para que me buscara —respondió, mirándola con sorna.

—Entiendo…, bueno, vamos —dijo, dando un par de pasos para avanzar, pero Elisa la sostuvo del brazo.

—¿A dónde crees que vas? —demandó, dejando ver, en su actitud y sus palabras, todo el desprecio que sentía por ella.

—Me invitaste, dijiste que… —Victoria sentía la presión en su brazo y comenzaba a resultarle doloroso—. ¿Podrías soltarme? Estás haciéndome daño —dijo y la voz le vibró por las lágrimas que colmaron su garganta.

—Lo que haya dicho no importa. —Con un movimiento brusco la soltó—. Cambié de idea, no te quiero en mi casa ni cerca de mi familia, ¿acaso pensaste que tú podrías ser igual a mí?, ¿en serio creíste que yo me rebajaría a ser tu amiga?

—Pero…, Elisa…, tú… —Victoria escuchaba horrorizada las palabras de la pelirroja, no podía pensar que fuese tan cruel.

—Jamás podría ser amiga de una intrusa campesina, siempre serás eso, solo una ignorante y una tonta que cree que por ponerse con un vestido elegante, que ni siquiera sabe cómo llevar, puede cambiar y ser merecedora de un apellido que le queda muy grande. Déjame decirte algo, Vicky, eso jamás pasará.

—Eres…, eres malvada, Elisa, eres la peor chica que he conocido en mi vida… —pronunció en medio de lágrimas y sollozos, sintiéndose profundamente herida.

—Soy mejor que tú, y siempre lo seré; sin importar cuánto te esfuerces, nunca serás una Anderson de verdad. Disfruta tu fin de semana sola y encerrada en estas paredes, adiós. —Elevó la mano para despedirse y le dio la espalda.

Victoria ni siquiera pudo moverse del lugar donde había quedado, solo tenía la mirada perdida en la nube de polvo que había dejado el auto al cual había subido Elisa, y que se suponía ella también abordaría; había sido una verdadera tonta al creer en la sinceridad de su invitación.

Sus amigas se lo habían dicho, que no confiara, que Elisa era malvada, traicionera y que podía hacerle daño; pero, ella se confió, y ahora lo lamentaba, porque le había dado la razón, no era más que una niña tonta.

Pensó que Christian y Sean estarían allí para defenderla de cualquier ataque que quisiera hacerle Elisa, pero no fue así, ellos no pudieron hacer nada, ni siquiera sabía dónde estaban; ellos también la habían dejado sola.

—¡Soy tan tonta! —expresó con rabia y corrió hacia su habitación, no tenía caso seguir allí esperando, nadie iría por ella.

La hermana Kelly había visto todo lo sucedido y se sintió mal por Victoria, aunque había presenciado varias ocasiones en las que las chicas le hacían bromas pesadas a otras, nunca llegó a ver una hecha con tanta saña.

Verdaderamente, Elisa Lerman se había extralimitado, pero no estaba en sus funciones tomar cartas en el asunto; lamentablemente, no podía hacer nada más que brindarle su apoyo a Victoria.

Llegó hasta los dormitorios y llamó a su puerta. Sabía que ella estaba allí, porque podía escuchar sus sollozos; no podía evitar llenarse de tristeza, porque ella era una buena chica y nadie debía ser juzgado por sus orígenes.

—Victoria, ¿te encuentras bien? —preguntó al ver que no le abría.

—No quiero hablar con nadie…, déjenme sola.

La hermana Kelly escuchó la respuesta y pensó que quizá eso era lo mejor, a veces la soledad era la mejor compañera en esos casos. Así que decidió darle su espacio y se marchó, haciendo lo que la chica le pedía.

Victoria se encontraba bocabajo en su cama, ahogando en la almohada sus sollozos, mientras se sentía una tonta por haber confiado en Elisa, después de todo lo que le había hecho.

—No debiste hacerlo…, sabes de sobra que es malvada, y Annie te lo dijo, las personas como ella no cambian, son malas y lo serán siempre… ¡Ay, papá! ¿Por qué no estás aquí? —preguntó, dejando libre un llanto amargo que la hacía estremecer.

Deseaba con todas sus fuerzas poder estar junto a él y abrazarlo, que la consolase como siempre hacía y le dijese que todo iba a estar bien. Ella estaba poniendo todo de su parte para que se sintiera orgulloso; pero, al parecer, sus esfuerzos seguían siendo en vano. Elisa se lo había dicho, ni siquiera sabía cómo llevar un vestido elegante.

—Tal vez tenga razón…, tal vez nunca llegue a ser una verdadera dama —dijo, poniéndose de pie—. Nada de esto tiene sentido… ¡Nada! —expresó, sintiéndose frustrada. Estaba por quitarse el vestido, cuando vio, a través del ventanal, la hermosa colina donde las hojas del fuerte arce se ondeaban al viento.

Dejó escapar un suspiro, cerrando los ojos y permitiendo que esa imagen la transportara a América; quería estar allá justo en ese momento y ser feliz nuevamente, tan feliz, como lo fue en su país, junto a sus tías y su padre.

Sintió un par de lágrimas bajar por sus mejillas, al tiempo que la nostalgia la envolvía, y casi pudo sentir las caricias y los besos de sus tías, así como los fuertes brazos de su padre rodearla, haciéndola sentir segura.

—No me voy a quedar encerrada entre estas paredes, pasaré el día aunque sea en el jardín… Elisa no va arruinar mi día, ni tampoco mi primer fin de semana libre —sentenció con seguridad y caminó hacia la puerta.

La abrió despacio para comprobar que no había nadie en el pasillo, y después caminó por este con mucho sigilo; debía salir de los dormitorios sin que la viese alguna de las hermanas, pues estaba segura de que la haría regresar a su habitación.

—No hay nadie, parece que todo el mundo se fue —susurró

mientras bajaba las escaleras, mirando a todos lados.

Al final, llegó hasta la puerta principal y casi gritó de felicidad al ver que se encontraba abierta; al parecer, las hermanas no pensarían que alguien pudiera salir de esa ala del colegio.

—Me facilitaron la huida —dijo riendo.

Corrió con rapidez hacia la colina, mirando cada tanto sobre su hombro, para comprobar que nadie la veía; sabía que podía meterse en problemas por eso, pero ya no le importaba que la amonestaran si querían, estaba cansada de hacer todo el tiempo las cosas que le decían, seguir órdenes y cumplir reglas; en ese momento, lo único que deseaba era ser libre.

—¡Libertad! —gritó, cuando alcanzó el árbol.

Sin embargo, al notar que había sido una imprudencia dejarse llevar por la emoción, corrió para esconderse tras él, pero al hacerlo tropezó con alguien que estaba tendido en el piso, y terminó cayendo de bruces en el suelo cubierto de hojas secas.

—¡Santo cielo! —exclamó, sintiendo el dolor en sus rodillas.

—¿Acaso planeas matarme, pecosa?

Terrence se quitó el sombrero que tenía puesto en la cara mientras tomaba una siesta, él también había salido para respirar algo de aire fresco y fumar un par de cigarrillos. No podía hacerlo en su dormitorio, porque si las hermanas llegaban a sentir el olor a tabaco, se los quitarían; y conseguirlos de nuevo, resultaba muy difícil.

—¿Qué haces aquí? —Ella ignoró su pregunta y formuló otra.

—Lo mismo te pregunto yo, ¿acaso tus primos no te llevaron de paseo? —cuestionó con algo de burla en la voz.

Victoria quiso contarle todo lo que había sucedido, pero no quiso que terminara sintiendo lastima por ella; a pesar de todo, la pequeña rubia tenía su orgullo.

Se encogió de hombros, un gesto muy inapropiado para una señorita, pero a ella ya no le importaba lo que los demás pensaran, y menos Terrence Danchester.

—No…, ellos tuvieron que atender otro compromiso —respondió sin mirarlo a los ojos.

—¿Y dejaron que te quedaras aquí sola?, ¿encerrada en este lugar tan deprimente? —preguntó y su voz vibraba a causa de la molestia que eso le provocaba.

—Si te parece tan deprimente, ¿qué haces tú aquí? —cuestionó, mirándolo a los ojos con una actitud altanera.

—Comparado con el lugar que me espera al salir de aquí, el colegio es un verdadero paraíso —dijo sin mucho énfasis, y buscó un cigarrillo para encenderlo.

—Eres inglés… ¿Acaso tu familia no vive en Londres? —Parpadeó al sentir el humo que le picaba los ojos.

—Mi padre vive en Oxfordshire, pero no me apetece verlo. —Le dio una profunda calada a su cigarrillo y soltó el humo en una columna por encima de su cabeza.

—¿Cómo puedes decir algo así? Si mi padre estuviera aquí, aprovecharía cada segundo junto a él… El humo me molesta. Apaga ese cigarrillo, no tienes edad para andar fumando —dijo, arrebatándoselo, y lo lanzó al suelo para después pisarlo.

—¡Oye, pequeña pecosa! ¿Qué demonios haces? —inquirió, molesto por su atrevimiento.

—Esas cosas son dañinas para la salud, deberías saberlo.

—Pues ese es mi problema, si me quiero matar, déjame que lo haga en paz —espetó con rabia, ella no tenía ningún derecho de meterse en su vida, ¿quién demonios se creía?

—Eres un grosero y un malagradecido, será mejor que me vaya; prefiero estar encerrada en mi habitación, que seguir en este lugar, con tu odiosa compañía. —Con gesto altanero se dio la vuelta, y se disponía a caminar cuando él la sujetó.

—Acabas de tirar mi cigarrillo, ¿y no me pedirás ni siquiera una disculpa? —cuestionó, mirándola a los ojos.

—No tengo por qué hacerlo, solo quise hacerte un bien, pero en lugar de agradecérmelo, me pediste que te dejara en paz; bueno, eso es precisamente lo que haré.

Él se sintió molesto y sorprendido al mismo tiempo, Victoria Anderson era todo un personaje; no se parecía a ninguna de las chicas que había conocido antes. De pronto, la risa que burbujeaba en su pecho estalló, llenado todo el espacio con su fuerte carcajada; para tener tan solo diecisiete años, su tono de voz era bastante grave, seguramente había heredado esas cualidades vocales de su madre, quien era una cantante de ópera.

—Pequeña pecosa…

—¡Sigues con lo de pecosa! Ya te he dicho mi nombre un montón de veces, me llamo Victoria Anderson Hoffman…, y será mejor que me sueltes, antes de que te dé un pisotón.

—¿Quieres salir a pasear por Londres conmigo, Victoria Anderson Hoffman? —preguntó, sin siquiera analizarlo.

—¿Qué? —Ella se sorprendió mucho. Ese chico realmente estaba loco, lo miraba sin poder evitar parpadear.

—Te acabo de hacer una invitación, pecosa, aunque puedes rechazarla y quedarte encerrada todo el día entre estas paredes frías y grises, es tu decisión —pronunció, como si no le importara en lo más mínimo si aceptaba o no.

—¿Hablas en serio? —cuestionó, ahora sus ojos estaban abiertos de par en par.

—Soy un caballero inglés, siempre hablo en serio —mencionó,

adoptando una postura erguida y seria, pero por dentro, sonreía, porque eso no siempre era cierto.

—Te estás burlando de mí de nuevo, es imposible que podamos salir del colegio; las hermanas no nos darán permiso, y las puertas están cerradas. ¿Por dónde se supone que saldríamos? —preguntó, llevándose las manos a la cintura.

—Conozco una puerta secreta, y puedo sacarte de aquí… Pero a lo mejor, eres demasiado cobarde para intentarlo.

—¿Me estás diciendo cobarde? —inquirió, fulminándolo con la mirada; lo vio encogerse de hombros, y eso la molestó mucho más—. ¡Pues no soy ninguna cobarde, te lo demostraré! ¿Dónde está esa supuesta puerta secreta? —Lo miró a los ojos fijamente.

—Ven conmigo y te la enseñaré —respondió, tomándola de la mano, para correr con ella colina abajo.

Victoria solo se dejó llevar, hacía mucho que no corría de esa manera, y, debía reconocer, que había perdido un poco de práctica; eso también se debía a que antes corría descalza, mientras que ahora lo estaba haciendo con esos zapatos tan delicados.

Sin embargo, a los pocos segundos, su cuerpo, una vez más, se sentía como cuando tenía siete años, y las montañas de Barrington eran su campo de juegos.

—Bien, hemos llegado, pecosa —anunció Terrence, con la respiración agitada, mientras se detenían junto a uno de los muros de piedra que rodeaban el jardín.

—¿Dónde está la puerta? —preguntó ella, pues no la veía por ningún lado, eso no era más que una gran pared.

—Justo aquí —dijo y comenzó a apartar las enredaderas que cubrían el muro, para mostrar una pequeña puerta de madera.

—¡Es verdad! —exclamó Victoria.

Se llevó las manos a la boca, mientras miraba con asombro la pequeña puerta de madera, con algunas barras de hierro, algo envejecidas, que la hacían lucir como si fuese la entrada a algún mundo mágico.

—Por supuesto que es verdad, soy un hombre de palabra —mencionó con arrogancia.

—No eres un hombre, solo eres un chico —dijo ella para quitarle lo fanfarrón, y caminó para tocarla.

—Espera. —Él la detuvo, sujetándole la mano—. Solo pasarás por allí si aceptas hacerlo conmigo, es mi condición.

—Pero…, yo…

Victoria se lo quedó mirando mientras el corazón le latía muy rápido, no sabía qué responder en ese instante; deseaba mucho atravesar esa puerta y salir de ese lugar, pero sabía que se exponía a muchas cosas si lo hacía.

Podían descubrirla y castigarla; o, incluso, expulsarla. Podía arruinar su reputación, si alguien se enteraba de que había huido del colegio junto a Terrence.

Además, él tendría libertad para aprovecharse de ella, no sabía a donde irían, si ese lugar era seguro o no; en definitiva, cualquier cosa que decidiera, representaba un peligro para ella.

Miró sus ojos azules como zafiros, y no vio malicia en ellos; lucían tan expectantes, como los de ella; eso la hizo asentir, y sin siquiera darse cuenta, ya había aceptado.

—Está bien, iré contigo —respondió, mirándolo a los ojos.

—Bien, no perdamos tiempo entonces y vamos a disfrutar de la ciudad —pronunció con entusiasmo y la agarró de la mano para salir.

La adrenalina recorría todo el pequeño cuerpo de Victoria, y su corazón latía tan lento, que podía sentir como si cada latido le doliese; era miedo lo que sentía mientras se acercaba a la puerta, pero más allá de eso, estaba su deseo por pasar un día distinto.

Capítulo 25

Terrence abrió lentamente la pesada hoja de madera, mientras sentía que su propio corazón latía muy rápido; incluso, más que la primera vez que atravesó esa puerta secreta. La mano que tenía unida a la de Victoria estaba sudando, pero se negaba a soltarse de ella, le gustaba la sensación que le provocaba el toque de la pequeña pecosa, era como si lo llenara de calidez y alegría.

Victoria, por su parte, estaba tan nerviosa, que cuando se vio a solo centímetros de pasar, cerró los ojos y apretó con fuerza la fuerte mano de Terrence.

Sentía que su corazón latía por todas partes, lo sentía en cada rincón de su pequeño cuerpo, era la emoción más poderosa que había tenido en su corta vida, y aunque sentía algo de miedo, no podía negar que le encantaba esa emoción que la recorría.

—Ten cuidado con tu cabeza, el techo es muy bajo. —Le advirtió él, cuando entraron al corto túnel que traspasaba el grueso muro de piedra, que no tendría más de un metro de longitud.

—Está bien —susurró Victoria, temerosa de que alguien pudiera escucharlos al otro lado.

Él salió primero, y los rayos del sol lo cegaron por unos segundos, pero se volvió de inmediato, para poder disfrutar de la reacción de Victoria cuando se viera en libertad. Una sonrisa se apoderó de sus labios al ver que ella venía con los ojos cerrados, la imagen le causó incluso algo de ternura; la pecosa irradiaba inocencia por cada poro.

Aunque había descubierto que le gustaba mucho y se había quedado con las ganas de darle un beso el otro día, en ese instante que tuvo la oportunidad para hacerlo, no se aprovechó, no era la ocasión para ello y, además, no quería perder lo ganado hasta el momento, tal vez, al final del día, recibiría su premio.

—Victoria, ya puedes abrir los ojos. —Le indicó, sin poder dejar de sonreír, y respiró profundo la libertad.

Ella hizo lo que Terrence le decía, mientras sentía que el corazón le latía tan rápido, que parecía querer escapar de su pecho, y todo el cuerpo le vibraba de emoción.

Muy despacio, fue abriendo sus párpados, preparándose para lo que pudiera descubrir tras ese muro, y su mirada verde comenzó a recorrer el paisaje ante sus ojos.

La vista era tan hermosa y alucinante, se podía ver todo el poblado de Brighton a lo lejos, las casas con sus techos de tejas rojas, que se habían ido cubriendo de una capa oscura, gracias al humo que

despedían las chimeneas durante el invierno; y, que, incluso, habían llegado a manchar las paredes, dándole cierto aspecto envejecido a las construcciones.

Sin embargo, más allá de eso, el cielo despejado, de inicios de primavera, les daba un hermoso aspecto a los ventanales que mostraban un caleidoscopio de colores. Algunos eran blancos, otros rojos, también había azules y naranjas; aunque casi todos los edificios eran iguales, cada uno tenía esa particularidad, y resaltaban en ellos los jardines que colgaban de los balcones.

—Es tan hermoso… —susurró, embelesada; nunca había visto algo como eso.

Respiró profundo el aroma que el viento traía consigo, y fue como si la felicidad de saberse en libertad la llenase por completo, el corazón le latía rebosante de emoción y su sangre parecía correr más rápido a través de su cuerpo, pudo sentirlo en la calidez que la invadió de pies a cabeza.

—Sí, lo es… Aunque nada se compara como estar allá y caminar por las calles. Ven conmigo, tenemos un largo día por delante —mencionó, ofreciéndole la mano.

Victoria asintió, regalándole una gran sonrisa, y recibió la mano que él le ofrecía, sintiendo una agradable calidez en su tacto, pero al mismo tiempo, una fuerza poderosa que la unía a él, y que parecía ir más allá de ese contacto de sus manos.

No sabía cómo explicarlo, solo sabía que no le había pasado antes, ni siquiera con Anthony, quien fue el único chico que llegó a gustarle.

—¡Terrence, mira! Hay una feria —gritó, feliz.

Victoria solo había asistido dos veces cuando era muy pequeña, mientras vivía en Barrington, junto a sus tías; la emoción la embargó de inmediato y haló a Terrence del brazo, para llevarlo en dirección al parque donde estaban todos los juegos.

Quería subir a cada juego, practicar su puntería en el tiro al blanco y ganar algún premio; de preferencia, el peluche más grande de toda la feria, como lo hizo una vez, cuando fue con su padre.

—Victoria, espera…, debes mirar antes de cruzar la calle o puedes terminar atropellada por un auto o un carruaje. —La sujetó para que no bajara de la acera y se pusiera en peligro.

—Ay, lo siento…, yo… no… —Se sintió apenada, no quería parecer una campesina, como la llamaba Elisa.

—Tranquila, entiendo que tu padre te crio en un castillo del que nunca salías —dijo en un tono divertido para alejar la pena que vio apoderarse de ella.

—En América no tenemos castillos…, aunque la casa de mi familia pudiera parecer uno, es muy grande, tiene decenas de habitaciones, y un jardín casi del tamaño del colegio.

—¡Vaya, eso suena impresionante! Debe gustarte mucho, pecosa —expresó Terrence, mirándola.

Sabía que la casa de Victoria no podía ser más grande que el palacio de su padre, donde él se había criado desde que llegó a Inglaterra, pero no quería alardear de ello, y tampoco le gustaba hacerlo, porque ese no era su hogar ni nada parecido.

—Sí…, aunque todo el tiempo me la pasaba en el salón, donde las institutrices me daban clases, y me aburría mucho; pocas veces la tía Margot me dejaba salir al jardín —pronunció, y después hizo una mueca de desagrado con los labios, al tiempo que el verde de sus ojos se volvía más intenso.

—Por suerte, tu tía Margot no está aquí hoy —dijo Terrence, entregándole una sonrisa cómplice y una mirada llena de picardía.

—No, no lo está, y puedo hacer lo que quiera —expresó ella, sintiéndose emocionada—. Espero que nos dejen subir a todos los juegos, antes no me dejaban, por la estatura, pero ya he ganado varios centímetros. —Terrence la haló de la mano para cruzar la calle, ella miró a cada lado para saber que era seguro.

—No te preocupes por eso, pecosa, déjalo en mis manos.

—Deberías dejar de decirme pecosa —dijo frunciendo los labios para demostrar su molestia.

—¿Por qué?, ¿acaso no eres una pecosa? —inquirió, elevando una ceja de manera perfecta.

—Sí, tengo pecas, pero también tengo un nombre; además, es de mala educación poner apodos, y me molesta.

—¿Te molesta? —preguntó con un tono juguetón, mientras sonreía y la miraba fijamente.

—Sí —respondió de manera tajante.

—Pues te diré algo, estoy seguro de que llegará el día en que vas a adorar que te diga pecosa —pronunció, con una seguridad que ni él mismo supo de dónde sacó, y eso lo desconcertó un poco, pero rápidamente se recuperó—. Sin embargo, estoy dispuesto a complacerte, Victoria, dejaré de llamarte pecosa.

Ella se sintió extraña ante su declaración, su corazón casi se encogió de tristeza al escucharle decir que no la llamaría más de esa manera; esa reacción era completamente absurda, puesto que había sido ella quien lo pidiera.

—Bueno…, pero si lo deseas, puedes llamarme Vicky.

—Vicky… —Terrence saboreó el nombre por un momento, y le sonrió—. Me gusta…, desde ahora te llamaré así, pecosa.

—¡Terrence! —exclamó, llevándose las manos a la cintura. Lo vio soltar una carcajada y eso la enfureció más, por lo que se alejó, dejándolo parado en la acera.

—Vamos, Vicky, solo bromeaba… —La agarró de la mano para

detenerla y la volvió para mirarla a los ojos—. No volveré hacerlo, te lo prometo…, palabra de caballero inglés.

—Está bien…, pero deberás dejar que te llame Terry.

—¿Terry? —cuestionó, frunciendo el ceño.

—Sí, Terry, ese es el diminutivo de tu nombre. No eres un anciano para estar llamándote Terrence todo el tiempo.

A él lo incomodó un poco, porque solo su madre lo llamaba de esa manera, al menos, cuando fue un niño, pues la última vez que se vieron, lo llamó Terrence.

Al parecer, los años separados también habían acabado con el cariño y esa costumbre, que él tanto extrañó, pues el duque nunca usó el diminutivo de su nombre y tampoco se mostró como un padre cariñoso.

—¿No te gusta que te llame así? —Victoria hizo esa pregunta al ver el silencio y la seriedad que se había apoderado de su semblante. No quería incomodarlo y respetaría si se negaba.

—Tranquila, Vicky, puedes llamarme como gustes.

Le hizo saber, sonriendo, no se negaría porque no descargaría en ella sus frustraciones, no la haría pasar por aquello de que había sido una víctima durante sus escasos años de vida.

—Bien, entonces te llamaré Terry, pero cuando me hagas enojar, te llamaré mocoso engreído. —Le advirtió, mirándolo con seriedad, pero sus labios apenas conseguían esconder su sonrisa, al ver que él se sorprendía.

—Eso no es justo…, «pecosa» no es un sobrenombre tan feo, deberías buscar uno mejor, además, yo no soy un mocoso, acabo de cumplir diecisiete —informó, irguiéndose para mostrar toda su altura, que la superaba a ella por varios centímetros.

Victoria comenzó a reír, porque por primera vez, sentía que le había ganado una. Se llevó un dedo al labio inferior y comenzó a golpearlo con suaves toques, mientras fingía estar pensando.

De pronto, una sonrisa traviesa se dibujó en su boca, y su mirada se iluminó, porque se le había ocurrido una idea que le pareció genial.

—Si logras hacer que pueda subir a la rueda de la fortuna, dejaré que seas tú quien escoja tu sobrenombre.

—Me la estás poniendo difícil, Vicky. —Mintió, pues sabía que, si le pagaba al operador de la máquina, lograría subir junto a ella, pero quería que creyese que en verdad era algo complicado; no para ser malvado, sino para darle la sorpresa. Se rascó la cabeza y la miró frunciendo el ceño—. ¿Por qué no pides mejor el carrusel? —inquirió con tono esperanzado.

—Porque ese juego es para bebés, lo hacía desde que estaba pequeña. El carrusel no es emocionante, pero la rueda sí.

—Ya veo…, entonces quieres vivir muchas emociones hoy.

—Es por eso que hemos venido, ¿no? —cuestionó, mirándolo a los ojos, queriendo parecer valiente.

—Sí, para eso hemos venido —afirmó, sintiendo que, verdaderamente, ese sería un gran día. Le extendió la mano al tiempo que sonreía—. Trato hecho, Vicky, te subiré a la rueda.

Victoria no estaba muy segura de que pudiera lograrlo, pero aun así, se sintió muy emocionada, ignoró la mano de Terrence y le dio un fuerte abrazo, al tiempo que pensaba en lo grandiosa que sería esa experiencia y en cuánto disfrutaría de contarle de todo eso a las chicas.

Pero, de pronto, recordó que no podía contarle a nadie sobre eso, si alguien llegaba a enterarse de que ella había escapado, podían expulsarla.

Terrence se encontraba disfrutando mucho de ese abrazo espontáneo, era la primera vez que una chica tenía un gesto así con él. Las sensaciones dentro de su cuerpo se despertaron y su corazón se desbocó en latidos; pues a pesar de no ser un inexperto con las chicas, sí lo era involucrando sentimientos, y eso era lo que le estaba sucediendo con Victoria, comenzaba a sentir cosas reales y poderosas por ella.

Las risas de un grupo de chicas que pasó a su lado hicieron que ellos se separaran, sintiéndose un poco avergonzados; sobre todo, Terrence, quien nunca había dado muestras de cariño en público; en realidad, jamás lo había hecho.

Por su parte, Victoria, solo bajó el rostro, para ocultar el sonrojo que cubrió sus mejillas, y se mordió el labio para drenar los nervios que, de un momento a otro, se apoderaron de su cuerpo.

—¿Vamos? —preguntó él, intentando esconder tras una sonrisa su propia turbación por lo que sentía.

—Claro. —Ella sonrió en respuesta.

La naturaleza algo bohemia y solitaria de Terrence, no lo había animado a asistir a ese tipo de eventos con frecuencia; solo la visitó un par de veces, llevado más que nada por la curiosidad. Sin embargo, podía ver que para Victoria era como estar en el paraíso; veía sus hermosos ojos brillar como un par de esmeraldas, sus labios, que no dejaban de sonreír, y su entusiasmo por cada una de las atracciones que descubría.

—¡Ay, por Dios, qué tonta soy! —exclamó al ver que se dirigían hacia la taquilla a comprar boletos.

—¿Qué sucede? —inquirió él, sintiéndose alarmado.

—No traje dinero —confesó, apenada.

—No era necesario, yo te invité, seré quien pague… ¿O acaso acostumbras a pagar cuando sales con tus primos? —preguntó, mirándola con algo de asombro de que ellos permitieran que ella

hiciera eso, para él era impensable.

—No, ellos lo hacen, pero somos familia… En cambio, tú y yo… —decía cuando él la detuvo.

—Tú y yo somos amigos, ¿no es así? —cuestionó, elevando una ceja, con su mirada fija en la de ella.

—Sí, somos amigos —confirmó, mostrando una sonrisa radiante y le entregó su mano para caminar con él.

Terrence no tardó un segundo en recibirla y también le sonrió, desde que tenía memoria, no recordaba sentirse tan feliz, ni sonreír tanto en un solo día; y este apenas comenzaba.

Quería darse la libertad de vivir nuevas emociones junto a la hermosa pecosa que caminaba a su lado, y que lo llenaba de calidez y lo hacía sentir dichoso con solo mirarlo y sonreírle.

—Bien, Vicky, aquí están nuestros boletos, ¿a dónde subiremos primero? —preguntó, mirándola.

—¡A la rueda de la fortuna! —respondió de inmediato, al tiempo que aplaudía, emocionada.

—No…, me temo que no podemos subir a esa —dijo sintiendo algo de pena, al ver que ella se mostraba afligida.

—Pero dijiste que…

—Sé lo que dije, Vicky, y lo cumpliré, tendrás tu paseo en la rueda de la fortuna, pero dejemos lo mejor para el final.

—Está bien, confío en ti… Vamos a jugar tiro al blanco, entonces, ese me gusta mucho y quiero llevarme el muñeco más grande de toda la feria.

—¿Sabes jugarlo? —preguntó con algo de sorna.

—¡Por supuesto! Mi padre me enseñó; si quieres puedo enseñarte a ti también —respondió con entusiasmo.

—No es necesario, yo soy bastante bueno.

—Ya veremos qué tanto —pronunció con confianza y algo de arrogancia, pues se creía una experta en el juego, solo esperaba no haber perdido práctica.

—¿Acaso quieres apostar? —Terrence se sentía con mucha suerte y quería darle un poco más de emoción a ese juego.

—¿Qué apostaríamos? —preguntó con algo de recelo.

—Si gano, podré seguir llamándote pecosa.

—Terry…, eso no es… —Estaba a punto de negarse, pero dejó libre un suspiro y asintió—. Bien, y si gano, ¿qué obtendré? —cuestionó, frunciendo el ceño.

—Podrás llamarme «mocoso engreído» —contestó y se encogió de hombros, como si le diera lo mismo.

—Está bien, acepto la apuesta. —Le extendió la mano y cerraron el trato, ella se sentía segura de que ganaría.

Con resolución, caminaron hasta el puesto de tiro al blanco, y

Victoria se sintió deslumbrada ante toda la cantidad de peluches que había; eran decenas de ellos, y todos hermosos, los quiso tener en ese momento entre sus brazos.

Su mirada buscó al más grande que se encontraba justo en el centro de la carpa, y sus ojos se iluminaron como si fueron dos luceros.

—¡Me llevaré ese! —sentenció, señalándolo.

—Eres muy optimista, Vicky —dijo Terrence al ser consciente de que ella deseaba el premio mayor.

—Soy una Anderson, y tía Margot dice que estamos hechos para cosas grandes —aseguró, tomando la pelota que el dueño del puesto le ofrecía.

—Esperemos que tu puntería también esté hecha para ello.

—Lo está, ahora haz silencio y aléjate, que me pones nerviosa —pidió al tiempo que adoptaba la postura correcta para lanzar.

La tensión crecía en su cuerpo a medida que iba tumbando los vasos en la pila, solo tenía cinco oportunidades y las había acertado todas, así que la confianza crecía dentro de ella; sin embargo, la final falló, y eso la hizo sentir frustrada.

—¡No es justo! —exclamó, haciendo un berrinche.

—Así es el juego, pecosa… Mejor deja que un experto te enseñe cómo se hace —dijo, parándose tras la línea.

—No me llames así, que todavía no has ganado, y veamos qué tan experto eres, mocoso engreído.

—Tú tampoco ganaste, así que no puedes llamarme de esa manera. —Le advirtió para que no hiciera trampa.

—¡Lanza ya y deja de ganar tiempo!

Terrence soltó una carcajada y se dispuso a iniciar el juego, se sentía confiado, así que no le fue difícil ir derribando los blancos, pero al igual que le pasó a Victoria, al llegar casi al final, falló.

—Perdiste —dijo ella, burlándose.

—Esos vasos están unidos con pegamento, es el truco de la feria —comentó, sin poder esconder su molestia.

—Solo admite tu derrota, como lo hice yo, con madurez —mencionó alzando la barbilla con altivez.

—Sí, me pondré a hacer un berrinche, como el que acabas de hacer. —Se mofó, mirándola de reojo.

—Aquí están sus premios, chicos. —El hombre les entregó dos muñecos pequeños.

—Yo no quiero un peluche —dijo Terrence.

—No hay problema, me lo quedaré yo. Aunque… —Victoria miró el estante donde colgaban todos los juguetes—, ¿qué tal, si en lugar de estos dos, me da ese rosado? —Señaló uno más grande.

—Lo siento, niña, pero no puedo, las reglas son claras.

—Pero es que entre los dos casi obtenemos el premio mayor,

además, si lo ve desde mejor ángulo, usted me dará uno solo, y se quedará con dos —expuso, mirando al hombre a los ojos.

—No puedo, el premio que ganaron es este.

—Pagaré por otra ronda, deme las pelotas —ordenó Terrence, y puso el tiquete sobre la mesa con brusquedad.

—Terry, no es necesario…, podemos usar ese boleto en otro juego —susurró Victoria, sintiéndose apenada.

—Me siento con suerte, quiero probar de nuevo, Vicky.

Recibió las pelotas que el hombre le entregaba y se concentró en su objetivo; había visto los puntos más vulnerables la vez anterior, y atacaría eso. Al final, su estrategia dio resultado y terminó tumbado casi todos los vasos, lo que impidió que se llevara el primer premio, pero pudo obtener el muñeco que Victoria deseaba, así que eso lo hizo sentir triunfador.

Sobre todo, cuando ella, emocionada, se abrazó a él y le dio un tierno beso en la mejilla, lo que le provocó emociones que no había experimentado antes, ni siquiera con las caricias más osadas que había compartido con otras.

Y, desde ese instante, Victoria Anderson, comenzó a ser especial para él.

Capítulo 26

El hombre encargado del puesto tuvo que entregarles, a regañadientes, el muñeco que la rubia deseaba; al tiempo que se recordaba que debía fijar mucho mejor los vasos o acabaría teniendo pérdidas, en lugar de ganancias.

La pareja de chiquillos les dedicó una sonrisa efusiva y después los vio alejarse con andar triunfante, no le quedó más remedio que encogerse de hombros y asumir su derrota; tal vez, le hubiera resultado mejor aceptar la propuesta de la pequeña con nariz pecosa.

—Bien, ahora sí podemos ir a la rueda de la fortuna —dijo Victoria, encaminándose hacia el juego.

—Espera… —Terrence la tomó por el brazo, haciendo maniobras con los peluches más pequeños que le tocó cargar, ya que Victoria se adueñó del grande—. Acabamos de llegar, y te dije que lo dejaríamos para el final; mejor vayamos a comer algo, no he probado bocado en todo el día.

—¿No tomaste desayuno? —inquirió al tiempo que parpadeaba, desconcertada.

—No, no me provocaba la comida del colegio —respondió sin mucho énfasis, era una práctica habitual en él, saltarse algunas comidas; tal vez, por eso era tan delgado, aunque no al punto de ser un muchacho desgarbado o debilucho.

—Eso no está bien, Terrence, no crecerás sano y fuerte, si no tomas todos tus alimentos —mencionó Victoria, con una mezcla de molestia y preocupación.

Él soltó una carcajada al escucharla hablar como las religiosas de Brighton; bueno, algunas que estaban pendiente de él y le tenían más paciencia, pues a otras, les daba igual si se alimentaba o no; solo lo tenían allí por ser el hijo de quien era.

El duque era uno de los mayores benefactores del colegio, así que a las monjas no les quedaba de otra que aguantarlo, pero poco les importaba lo que él hiciera, incluso, muchas se hacían de la vista gorda, cuando él escapaba de su habitación algunas noches.

—Por si no lo has notado, ya crecí, pecosa… ¿O acaso no ves que soy mucho más alto que tú? —inquirió mirándola, y se irguió para hacerla consciente de esa diferencia.

—No has crecido del todo, aún te falta; te apuesto que mi padre es mucho más alto que tú. Él sí es un hombre, tú solo eres un chico. —Se mofó de los intentos de Terrence por creerse un adulto, apenas le llevaba un par de años, incluso, Christian era mayor que él, y no se

comportaba de esa manera—. Y tampoco es que seas tan alto en comparación conmigo.

—¡Ah, no! —cuestionó con una sonrisa ladeada y burlona dibujada en sus labios—. Creo que tendrías que subirte a unos zancos para que puedas alcanzarme, pequeña pecosa.

—¡Eres un tonto! ¡Mocoso engreído! —exclamó, haciendo amago de querer golpearlo con su puño cerrado, pero él fue más rápido y salió corriendo, mientras reía, burlándose de ella; lo que provocó su furia, así que también corrió tras él—. ¡Regresa aquí, Terrence Danchester! ¡Me las pagarás!

De pronto, se vio en medio de un grupo de personas, y él no estaba por ninguna parte; eso hizo que el pánico poco a poco comenzara a invadirla. Miraba de un lado a otro, buscándolo, y después de unos segundos, comenzó a desesperarse.

Las lágrimas le subieron a la garganta y se aferró a su peluche, para que este alejara el miedo que se iba apoderando de su pequeño cuerpo, al verse sola en ese lugar, y sin tener idea de cómo regresar al colegio.

Estaba a punto de comenzar a gritar su nombre, cuando se le ocurrió que eso solo lo haría una niña de seis años, y ella ya era una señorita de catorce; debía actuar de otra manera. Además, eso atraería la atención de las autoridades, y podía meterse en problemas, si alguien se enteraba de que había escapado del colegio Brighton. Estaba segura de que terminarían expulsándola.

—Todo por aceptar salir con él. No debiste hacerlo, Vicky… ¡Eres una tonta! —Se dijo, reteniendo los sollozos en su garganta.

Caminó hasta donde se encontraban un grupo de bancos de madera y se sentó en uno, al tiempo que rezaba para que él apareciera.

—¿Ya calmaste la pequeña fiera que habita en ti?

Victoria escuchó su voz ronca y le volvió el alma al cuerpo, pero eso no hizo que olvidara que la había abandonado en medio de ese lugar, ni que se había burlado de ella; por lo que ni siquiera se volvió para mirarlo, solo dejó el peluche a su lado y se proponía ignorarlo, pero su presencia era demasiado poderosa para que ella pudiera hacerlo, así que cedió.

—No fue gracioso lo que hiciste, pude perderme. —Le reprochó con dureza y siguió mirando al frente.

—Solo fueron cinco minutos, y te podía ver desde donde estaba. No te quité la mirada de encima un solo segundo, Vicky.

—Pues alguien pudo haberme lastimado o secuestrado.

—¡Por Dios, pecosa! No seas tan dramática, no iba a pasarte absolutamente nada; ya no eres una niña y me consta que sabes defenderte, de no haber corrido, hubiese terminado con un ojo morado. —Se sentía un tanto divertido por esa actitud de ella.

—En este momento no mereces que te deje un ojo morado, sino los dos —pronunció, demostrando toda su rabia.

—Te he traído algo para que me perdones —susurró en su oído, mientras se acercaba un poco más.

—No quiero nada, gracias —espetó cruzándose de brazos.

—No seas rencorosa, recíbelo como un obsequio para hacer las paces, estoy seguro de que te gustará, mira —dijo extendiendo su mano.

Los ojos de Victoria se abrieron con sorpresa y ansiedad, cuando vio ese inmenso cono de helado con tres bolas de fresa, chocolate y vainilla, sus tres sabores favoritos. Miró a Terrence con sorpresa, pues no esperaba que él supiera algo como eso. Lo vio sonreír con arrogancia y dudó en recibirla, pero se veía tan provocativa, que comenzó a salivar.

—Va a terminar derritiéndose y sería una verdadera lástima, porque el helado de esta feria es delicioso —anunció y bordeó la banca para sentarse, mostrando que llevaba en su otra mano una barquilla de chocolate—. Aunque siempre puedo comerlo, después de que acabe este —dijo y cubrió con sus labios el helado, tomando una gran cantidad, saboreándola para provocar a Victoria y hacer que terminara recibiendo el suyo.

—Comer tanto helado te dará dolor de estómago, dame el mío —mencionó, arrebatándole el que tenía sus sabores favoritos, para un segundo después, comenzar a devorarlo.

—¿Eso significa que me perdonas? —preguntó al verla deleitándose con el helado, y estaba disfrutando más del espectáculo que ella le ofrecía, que de su propio cono.

—Sí —expresó en medio de un gemido de placer, al saborear la combinación de los tres sabores, gracias a que el calor los había derretido haciendo que se mezclaran—. Pero como vuelvas a hacer algo como lo de hace un momento, ni con todo el helado de Inglaterra va a conseguir que te perdone. —Le advirtió, mirándolo para que supiera que lo decía enserio.

—Mensaje captado —dijo sonriéndole, y siguió comiendo su helado; sintiéndose aliviado de poder seguir disfrutando de su compañía; por un instante sintió temor de haberlo arruinado todo y que el día acabara mal.

—Bien… ¿A cuál iremos ahora? —dijo ella minutos después, paseando su mirada por el lugar.

—Al carrusel —respondió, haciéndole entrega de su pañuelo, para que se limpiase. Ella había comido el helado con tanta ansiedad, que ahora tenía toda la cara y las manos sucias.

—¿Al carrusel? ¡Ese juego es para niños! —Se quejó y recibió de mala gana el pañuelo que él le extendía.

—¿Quién acaba de decirme que solo soy un chico? —inquirió elevando una ceja, mientras la miraba fijamente para intimidarla.

—Hay una gran diferencia entre ser un chico y un niño…, solo buscas hacerme enfadar de nuevo —expresó y, una vez más, cruzaba los brazos sobre su pecho, al tiempo que hacía un puchero con sus labios y fruncía el ceño.

—Es que tú te enfadas muy rápido y por cualquier cosa, eres una chica caprichosa, Victoria, seguro es culpa de tu padre que te ha malcriado mucho y te tiene así de consentida.

—No soy caprichosa. —Se defendió, mirándolo con rabia.

—Sí, sí lo eres —aseguró, mirándola a los ojos.

Estaba seguro de que ella había sido criada en un mundo perfecto, donde todo era color rosa y el amor la rodeaba, a diferencia suya, que siempre había sido rechazado por todos.

—¿Cómo puedes asegurarlo? Apenas me conoces.

—Te conozco lo suficiente como para saber que tú llevas una vida en un mundo de ensueño, con una familia perfecta y donde todos son felices, donde no te ha faltado nunca nada —respondió con algo de resentimiento y dolor.

Ella se quedó en silencio, viendo ese cambio de actitud de él, era como si hubiese pasado de ser el chico bromista a uno completamente amargado, y no entendía el por qué. Será que su vida no era lo que ella imaginaba, rodeada de lujos y cosas maravillosas, con una gran familia.

La verdad, no tenía cómo saberlo, porque Terrence Danchester era todo un misterio.

Los dos se sumieron en un pesado silencio, él fue consciente al poco rato de que había actuado mal, la había juzgado simplemente por algunas actitudes de ella, y cayó en ese error que tanto odiaba, por todo el tiempo era víctima de ello.

Las personas no se animaban a ver más allá del chico rebelde y amargado que era, solo se quedaban con la primera impresión y eso les bastaba para creer que lo conocían y juzgarlo.

—Lo siento…, no debí… —A él le costaba mucho ofrecer una disculpa, nunca antes en su vida lo había hecho, pero sentía que Victoria la merecía.

—Vamos al carrusel —dijo ella, poniéndose de pie.

—No, ese juego es muy tonto…, busquemos algo más —mencionó, porque no quería obligarla a nada; en realidad, no quería subir a ese juego porque, ciertamente, era para niños, solo lo había dicho para molestarla.

—Acabas de acusarme de ser una chica caprichosa por no querer subir, bueno, ahora deberás soportarme y llevarme al tonto carrusel, porque me he encaprichado con este —dijo llevándose una mano a la

cintura, mientras con su otro brazo sostenía el gran peluche que Terrence había ganado para ella.

Él la miró, intentando descifrar su comportamiento, mientras fruncía el ceño, pero esa postura tan graciosa de la pequeña pecosa le hizo esbozar una sonrisa. Se puso de pie, rindiéndose a sus demandas, y tomó los otros dos juguetes que habían ganado.

—Vicky, solo lo dije para molestarte, no quiero obligarte.

—¿Obligarme tú? —preguntó y comenzó a reír—. La única que puede obligarme a hacer algo es tía Margot, Terry, y ella no está aquí… Todo lo que haga hoy, será por mi propia cuenta; no creas que eres el único rebelde en el mundo. Ahora vamos, que la fila es larga.

Él se quedó sorprendido ante sus palabras, y la vio caminar con ese andar altanero y desafiante, tan hermosa, que podía jurar que iluminaba su entorno.

Como si fuese una reina que se paseaba mostrándose dueña del lugar; se sintió admirado ante la actitud de Victoria, haciéndole vivir una extraña sensación en el pecho, algo que no había experimentado antes y que aceleró sus latidos, trayendo consigo la felicidad de nuevo.

Caminó de prisa al ver que cada vez se alejaba más, y cuando logró alcanzarla, la sujetó de la mano, para que no se perdiera; también porque había sido consciente de las miradas de un par de chicos, que se posaron sobre la delgada y hermosa figura de la pecosa.

Los miró, desafiante, para que comprendieran que ella estaba fuera de su alcance. No permitiría que nadie más disfrutase de la compañía de Victoria.

—Bien, si vamos a subir a este juego, le daremos un poco de emoción, ocuparemos los puestos del segundo piso —dijo Terrence, señalando el lugar.

—Me parece perfecto —acordó Victoria, usando ese tono pausado y sutil, que su institutriz le decía que usaban las señoritas de sociedad, mientras miraba a Terrence de reojo.

—Ya comienzas a hablar como inglesa —acotó, sonriendo, porque había sido muy evidente el cambio en su tono de voz, el suyo era más jovial.

Ella decidió ignorarlo, porque al parecer, cada cosa que hacía solo la ponía en desventaja y hacía que él se burlara de ella, comenzó a cuestionarse si esa amistad con Terrence tendría futuro, ellos eran tan diferentes, que no podían estar más de una hora bien, siempre terminaban discutiendo.

De pronto, su atención fue atraída por una pareja de niños que miraban con anhelo el juego, pero que no se encontraban en la fila, se acercó hasta ellos al ver que no había un adulto cerca y pensó que quizá podían estar perdidos.

—¡Hola, chicos! —Los saludó con una gran sonrisa.

—Hola —respondió la niña.

—No debemos hablar con desconocidos. —Le advirtió el mayor, mientras la miraba con reproche.

—Pero solo es una chica —acotó ella, mirando a su hermano—. Mamá dice que seamos corteses.

—Nuestra madre nos dijo que tuviéramos cuidado, con esa condición nos dejó venir a la feria. —Le recordó.

La pequeña bajó el rostro, sintiéndose apenada; su hermano tenía razón, debía seguir las órdenes de su madre y no provocarles molestias, o se pondría más enferma de lo que ya estaba.

—Yo no pretendo hacerles daño; por el contrario, si desean subir al juego, podría ayudarlos —dijo Victoria, mirando a los ojos al mayor, para ganarse su confianza.

—No tenemos boletos —confesó con tristeza la niña.

—¿Y quieres subir? —preguntó con una sonrisa amable.

—Sí —respondió con timidez, y sus grandes ojos azules se enfocaron en la linda rubia frente a ella.

—Madeleine. —Su hermano le reclamó y la tomó por el brazo—. Si los de seguridad ven que estamos molestando a los asistentes, nos pueden sacar de la feria, te dije que solo podíamos venir a ver los juegos.

—Pero…, yo… —Hizo un puchero y sus ojos se llenaron de lágrimas ante el regaño de su hermano.

—Ustedes no me están molestando, fui yo quien se acercó y soy quien los está invitando a subir al carrusel. Así que vengan conmigo —mencionó Victoria con entusiasmo mientras le extendía la mano y le sonreía.

—No podemos —dijo el chico, tajante.

—Por favor, Patrick —rogó la pequeña, mirándolo a los ojos.

—No seas mezquino con la felicidad de tu hermana y acepta, muchacho —dijo Terrence, quien había seguido a Victoria y veía lo que ella intentaba hacer.

El chico se quedó en silencio, debatiéndose entre las advertencias de su madre y el deseo de su hermana, y el suyo propio. Miró a su hermana y su sonrisa terminó por convencerlo para que aceptase.

—Está bien, pero solo será por esta vez. —Le dijo a su hermana.

—¡Gracias! —exclamó ella y lo abrazó con fuerza, al tiempo que esbozaba una sonrisa radiante.

Victoria miró a Terrence a los ojos y le agradeció en silencio por la ayuda, si él no hubiese llegado, tal vez no lograba convencer al chico.

Qué cosa con los hombres, que parecen no entender a las mujeres cuando desean decirles algo, por lo visto, nada más se entendía entre ellos, pues solo bastaron unas palabras de Terrence, para que el renuente chico cediera.

—¡Bienvenidos al carrusel mágico!

Les anunció el hombre que operaba el juego, y les dio acceso a los cuatro. Terrence fue el encargado de guiarlos y ayudó a la pequeña a subir a un hermoso unicornio rosado, mientras él buscó el corcel menos infantil de todos, y también para estar cerca de Victoria.

Estando allí, comenzó a sentirse ridículo, después de todo, era un chico de diecisiete, casi un hombre y, por si fuera poco, era un experto jinete en caballos de verdad.

Su yegua era una de las más veloces y altaneras de toda Inglaterra, pero él la dominaba como si fuese una mansa paloma; así que era absurdo estar allí sobre un tonto caballo de plástico.

Sin embargo, ese sentimiento se fue alejando de él al ver la hermosa sonrisa pintada en los labios de Victoria, y cómo el viento movía sus suaves rizos dorados, haciéndola lucir como un hermoso ángel. El ángel que había llegado para alejar tantas penumbras de su vida.

Capítulo 27

Las cantarinas risas de Madeleine y Victoria conseguían hacer que los reacios Terrence y Patrick también esbozaran mesuradas sonrisas al ser contagiados por la alegría que ellas desbordaban.

Al bajar, caminaban por delante de ellos, tomadas de las manos, como si fuesen amigas de toda la vida; la pequeña veía el muñeco en brazos de Victoria con evidente anhelo, mientras la rubia parloteaba.

—Muchas gracias por los boletos para subir, señor… No quería mostrarme desconfiado, pero debo cuidar de mi hermana —mencionó Patrick con algo de incomodidad, sabía que debía agradecerle el gesto.

—No ha sido nada y haces bien en cuidar de ella, es lo que un caballero haría con cualquier dama, aunque esta no fuese su familia. —Su mirada voló hacia Victoria, sintiendo que en él, se despertaba mucho más que su necesidad de cuidarla, quería protegerla de todo.

—Cuidar de ella y de mi mamá es mi responsabilidad, yo soy el hombre de la casa —esbozó irguiéndose con orgullo para parecer más alto.

Terrence lo miró con algo de sorpresa y diversión, pero enseguida escondió ese sentimiento y le mostró admiración, porque sabía que muchos chicos desde temprana edad debían asumir ese rol en sus hogares, ya sea por la muerte del padre o el abandono del mismo.

—Cumples bien tu papel, seguramente tu madre debe sentirse orgullosa. —Lo animó, dedicándole una sonrisa amable.

—Espero que así sea, porque está muy enferma y no quiero que se preocupe por mi hermana o por mí. Hace un par de días fue el cumpleaños de Madeleine, por eso la traje a la feria, pero no tengo dinero para subir a ningún juego. —Se mostró algo apenado y bajó la mirada.

—Por eso no hay problema, yo les daré boletos para ambos… Es más, vengan conmigo —expresó Terrence con entusiasmo y caminó de prisa para alcanzar a las chicas—. ¿Les gustaría probar el algodón de azúcar? Vi que estaban vendiendo en una de las casillas de comida.

Tal como esperaba, las dos chicas le dedicaron miradas cargadas de entusiasmo, acompañadas de hermosas sonrisas que llegaron hasta sus ojos, iluminándolos como mañana de Navidad.

No necesitó más, se encaminó junto a ellas y al pequeño Patrick hacia el puesto.

—Terry, gracias por hacer esto por los chicos.

Victoria se acercó a él para susurrarle esas palabras, al ver que Madeleine y su hermano se alejaban entusiasmados hacia el puesto de

algodón de azúcar. Era evidente que eran muy pobres, y esos pequeños detalles, que estaban teniendo con ellos, los llenaban de alegría.

Al igual que lo hacía ella, porque la hacía sentir que podía retribuir, en parte, todas las cosas buenas que la vida le había dado, y compartirlas con los que menos tenían; por sus venas siempre había corrido ese lado solidario, desde que tenía memoria.

—No tienes nada que agradecerme, lo hago con gusto… Es bueno que de vez en cuando el dinero del duque sirva para algo más que para cumplir los estúpidos caprichos de mi madrastra, y mis odiosos medios hermanos —respondió, sin querer mostrar mucho resentimiento en sus palabras, pero su ceño se frunció al recordarlos.

La sorpresa embargó a Victoria al escucharle decir esas palabras, nunca hubiera imaginado que Terrence no tuviese mamá, al igual que ella. En ese instante comprendió porqué, a veces, era tan amargado y parecía estar resentido con la vida; seguramente, la había perdido hacía poco, y por eso no superaba su partida. Antes de que pudiera decir que lo sentía, él se alejó para alcanzar a los hermanos.

—Denos cuatro, por favor —pidió al vendedor, quien miraba a los niños con desconfianza, pues sabía que no podían pagar por el dulce.

—Por supuesto, caballero. —Con Terrence fue más amable, porque la clase social del chico resaltaba a simple vista. Preparó las golosinas con rapidez y se las fue entregando a cada uno, mientras les sonreía, pues presentía una buena venta—. Las cuatro hacen dos libras, señor.

—Bien, aquí tiene —dijo Terrence, entregándole varios chelines.

—Eso es mucho dinero. —Se quejó Patrick, dejando el dulce a medio camino de su boca.

—Tranquilo, puedo pagarlo, disfruta de tu algodón —anunció Terrence, quien por suerte había recibido la mesada que le daba el duque apenas esa semana, y que era bastante jugosa, pues su padre siempre pretendía sustituir las carencias de afecto con dinero.

—Está delicioso, muchas gracias —pronunció Madeleine, mirando con ojos maravillados el dulce, mientras se lo llevaba a la boca.

—Cuando regresemos al colegio, te daré dinero para ayudarte a cubrir los gastos de hoy, seguro te has gastado toda tu mesada.

—No es necesario, pecosa, ya te dije que yo te invitaba todo.

—Sí, pero lo de los chicos…

—A ellos también puedo invitarles, ya come tu algodón, antes de que acabe este y vaya por el tuyo. —Le advirtió, mirándola a los ojos.

—Ni se te ocurra, tenía años que no lo probaba, desde la última vez que mi padre me llevo a una feria, en San Luis, es la más grande y hermosa en toda América. La tía Margot casi nos prohibió hacerlo, dice que este tipo de eventos son para las personas pobres, y que una dama Anderson no debería visitarlas —explicó, mostrándose muy

inconforme con los pensamientos de su tía; ella quería tener una vida distinta.

—Me da la impresión de que tu ilustre tía es una dama muy amargada —mencionó Terrence con sorna.

—Sí, lo es —afirmó Victoria mientras reía y asentía con su cabeza, después le dio un gran bocado a su algodón.

Mientras terminaban sus dulces, se dedicaron a pasear por la feria, disfrutando del espectáculo de los payasos, los magos, los malabaristas y mimos, quienes por unas cuantas monedas, se dedicaban a entretener al público, ganándose además los aplausos y la admiración de los espectadores.

Terrence les sugirió entrar al juego del laberinto y, todos, a excepción de Madeleine, se sintieron entusiasmados; ella temía perderse, así que Victoria le dijo que podían ir juntas. La idea era llegar primero que los chicos a la salida y así ganarles.

Ellas entraron primero, ya que Terrence se sentía tan seguro que les dio una ventaja, mientras esperaba con Patrick afuera; no era la primera vez que jugaba en un laberinto, en la casa del duque había uno bastante grande, y más de una vez había entrado a ese, cuando era pequeño.

Ya fuese para esconderse de su horrible madrastra, para jugar solo o en compañía de alguno de los hijos de los sirvientes, pues sus medios hermanos tenían prohibido relacionarse con él, por órdenes de la duquesa; solo se acercaban para insultarlo e intentar humillarlo.

—Ven, vayamos por aquí, estoy segura de que este es el camino correcto —dijo Victoria, llevando a Madeleine de su mano.

Después de un par de minutos no lograban dar con la salida, pero Victoria, tan optimista como siempre, no se dejaba derrotar por ello y continuaba, llenando de confianza a la pobre Madeleine, quien empezaba a preocuparse. La miraba y le sonreía, mientras le sujetaba la mano con fuerza para infundirle confianza; se suponía que sería quien cuidaría de ella, así que no podía demostrarle nervios.

—Y si comenzamos a gritar para que ellos nos encuentren —sugirió, intentando captar la atención de Victoria, pues sentía que realmente estaban perdidas, y pasarían todo el día allí.

—No creo que sea necesario, verás que dentro de poco saldremos —dijo con tono esperanzador, rogando porque fuera así.

Al tiempo que eso sucedía en el interior del laberinto, afuera Terrence y Patrick comenzaban a impacientarse por la tardanza; suponían que ese laberinto no debía ser tan grande como para que ellas estuvieran perdidas. Sin embargo, cada segundo que pasaba, se les hacía eterno; y después de diez minutos sin tener señales de ella, se miraron y decidieron regresar a buscarlas.

—¡Por fin! ¡Esa es la salida! —exclamó Victoria, saliendo junto a la

pequeña, mientras reían, aliviadas.

—Ya íbamos por ustedes —mencionó Terrence, mirando a Victoria, quien gracias a la respiración agitada, se había sonrojado, y las pecas en su nariz resaltaban más, por lo que él no pudo evitar llamarla por su apodo—, pecosa.

—No tenías por qué, sabía perfectamente dónde estaba la salida, solo quise pasear un poco —mintió, esquivándole la mirada, para que él no supiera que lo hacía.

—Sí, claro —acotó, mostrando media sonrisa.

—¿Acaso no me crees? —cuestionó, sonando ofendida.

—La verdad…, no, no te creo —dijo con sinceridad.

—Eres tan antipático, Terrence Danchester —pronunció con los dientes apretados, sin poder controlar su molestia.

—Puede ser, pero seré el amigo más sincero que tengas en tu vida —expresó, encogiéndose ligeramente de hombros.

Victoria entrecerró los ojos mientras lo miraba fijamente, sin poder creer que un chico tan joven fuera tan arrogante, pero después, recordó a Elisa y a Daniel. Los hermanos Lerman también lo eran, solo que, de un modo distinto.

La arrogancia en ellos iba unida a su maldad, mientras que en Terrence, se podía decir que lo estaba a su vanidad, pues siempre se crecía el mejor en todo, y que todo el tiempo tenía la razón.

De pronto, pensó en Christian y Sean, lo que estarían haciendo en casa de los Lerman. ¿Le habrían preguntado por ella a Elisa?, ¿se habrían preocupado porque no acudió a la reunión? O simplemente, aceptaron la mentira que, seguramente, inventó la pelirroja para justificar su ausencia; era probable que sí, incluso, podían estar divirtiéndose, aunque quería imaginar que no más que ella.

—¿Está todo bien, Vicky? —preguntó Terrence, sacándola de sus cavilaciones, mientras buscaba su mirada.

—Sí…, sí, claro —respondió, intentando sonreírle—. ¿Por qué lo preguntas? —inquirió, dejando que sus miradas se encontraran.

—Porque te quedaste callada de repente; y, eso, en alguien tan parlanchín como tú, no es muy habitual.

—Ya deja de ponerme apodos, Terrence, o no volveré a llamarte por tu nombre y solo te diré mocoso engreído.

—No es un apodo, es solo una acotación —contestó, riendo—. Además, tú acabas de llamarme antipático.

—Porque lo eres —dijo con vehemencia.

—Y tú también eres una parlanchina y… pecosa —repitió para molestarla.

—¡Ay, no puedo hablar contigo! Eres incorregible. —Al decir esas palabras, se sintió como su tía Margot cuando la reprendía.

La risa de Madeleine captó su atención, antes de que Terrence

pudiera responderle, ambos se volvieron a mirar a la niña, quien los veía con diversión, mientras que Patrick solo se notaba algo fastidiado.

—Se ven tan graciosos discutiendo así —mencionó la niña, llevándose las manos a la boca para no reírse; sabía que era de mala educación burlarse de las personas.

—Todos los novios hacen lo mismo..., y papá decía que las chicas siempre ganan, por eso yo nunca tendré una, no me gusta perder —dijo Patrick, mirándolos con el ceño fruncido.

Tanto Victoria como Terrence se mostraron sorprendidos ante sus palabras, ella más que él, pues nunca imaginó que estuvieran dando esa imagen; pensaba que aún seguía siendo muy joven para tener novio. Al menos, eso le decía su dama de compañía, que debía esperar a tener una edad acorde y que su padre le diese permiso para tener algún pretendiente; antes de eso, no podía darle libertades a ningún chico, porque arruinaría su reputación.

—Nosotros no somos novios. —Negó también con su cabeza, mientras miraba a los niños.

—Ella tiene razón, solo somos amigos —aseguró Terrence, para quien ese término no se mostraba dentro de su vocabulario.

—Pero…, lo parecen, vienen a la feria juntos, le obsequias muñecos de peluches, y dulces. Eso solo lo hacen los novios.

—También los amigos —acotó Terrence, mirándolos.

Aunque en el fondo, sabía que eso no era cierto; no conocía a ningún joven que tuviera por amigas a chicas, y que las llevaran a la feria y le entregaran obsequios; no si no buscaban tener una relación de noviazgo con ellas.

De pronto, se sintió nervioso y sus mejillas fueron barridas por una ola de calor que las tiñó de un leve tono carmín, al mirar a la hermosa pecosa y ser consciente de que había actuado con Victoria como si fuese su pretendiente.

—Claro…, los amigos también compartimos de esa manera, no solo lo hacen los novios. —Victoria intentó restarle importancia al asunto.

Aunque no podía ocultar el intenso sonrojo que cubría su rostro, ni el temblor en sus piernas o el latido acelerado de su corazón; mucho menos hallarle una explicación a esa sensación en su estómago, que la hacía sentir como si estuviese lleno de mariposas que revoloteaban dentro de ella.

Y lo peor de todo, no se atrevía a mirar a Terrence, porque pensaba que tal vez, él podía descubrir lo que le ocurría con solo mirarla, y moriría de la vergüenza si eso pasaba.

—¿Quieren ir a otro juego? —preguntó Terrence, para salir de ese momento que comenzaba a incomodarlo.

—¡Claro! Me parece genial —esbozó Victoria con entusiasmo,

mientras miraba a los chicos, intentando esconder su nerviosismo.

Madeleine y Patrick asintieron, sonrientes, pues deseaban seguir disfrutando de los juegos y olvidarse, aunque fuese por un día, de toda la tristeza que aquejaba a su familia, desde que su padre se perdió en altamar, cuando su barco naufragó, hacía tres meses.

Después de ese tiempo, ya todos lo daban por muerto, pero ellos conservaban la esperanza de que algún día volvería, porque su madre no dejaba de decirles que él era el mejor marino del mundo, y que los amaba tanto, que ni siquiera el mar lograría separarlo de ellos.

De esa manera, entre uno y otro juego, se les fueron pasando las horas, de pronto, vieron que el sol comenzaba a ocultarse, lo que hizo que Terrence recordase la promesa que le había hecho a Victoria.

Era consciente de que no podía subir junto a Madeleine y Patrick, eran muy pequeños, y ningún soborno conseguiría que el operador les permitiera el acceso.

—Vicky…, ya se está haciendo tarde y debemos regresar al colegio…

—¿Y mi paseo en la rueda de la fortuna? —preguntó de inmediato, mientras parpadeaba y lo miraba.

—No me dejaste terminar —dijo, sonriéndole; la vio asentir y continuó—. Puedo conseguir que nosotros dos subamos, pero no que lo hagan los niños; todavía son muy pequeños. Creo que ya es momento de despedirnos de ellos.

—Está bien —mencionó Victoria con algo de tristeza, al tiempo que los observaba tan entretenidos con la inmensa estructura.

—Yo se los diré, para que sea más fácil. —Se ofreció, acortando la distancia entre ellos, viendo también el anhelo en sus miradas por subir a la rueda de la fortuna—. Chicos, Vicky y yo debemos regresar al colegio, pero antes, le prometí que la subiría a la noria; me gustaría llevarlos a ustedes también, pero por su tamaño, no será posible.

—¿Y podemos verlos desde aquí? —inquirió Madeleine.

—Madeleine, ya es hora de irnos —mencionó Patrick, quien había entendido el mensaje, a pesar de tener solo ocho años, era lo bastante inteligente para saber cuándo su presencia ya no era requerida.

—Pero…, yo quería. —Ella intentó convencerlo.

—Dejemos que ellos disfruten de su paseo en la rueda de la fortuna, ya nos han dedicado mucho tiempo —dijo para hacerla comprender que debían marcharse.

—No se trata de eso, es solo que…, no podemos subir con ustedes; la verdad, es que ni siquiera sé si Terry logrará hacer que pueda hacerlo yo —explicó Victoria, mirándolos.

—Lo sabemos, es por eso que nos vamos, además, nuestra madre debe estar preocupada. Les agradecemos mucho por este día a los dos.

—Yo solo quería verlos desde aquí —expresó Madeleine, haciendo

un puchero y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Pero se nos hace tarde. —Le recordó su hermano.

—Veamos, si lo que Madeleine quiere es quedarse un poco más, no hay problema, Patrick; Victoria y yo los acompañaremos hasta su casa —comentó Terrence para convencer al chico—. ¿Porque no vas por unos helados mientras nosotros hacemos la fila para subir a la rueda de la fortuna? Y mientras lo comen, nos esperan.

—¡Sí! —pronunció Madeleine al tiempo que aplaudía.

Patrick frunció el ceño, pensando que ya habían abusado mucho de ellos, no estaba bien lo que su hermana hacía, y se disponía a negarse, cuando Victoria lo miró, negando con la cabeza, pidiéndole que no fuera a derrumbar las ilusiones de su pequeña hermana.

—Toma, ve por los helados, y nosotros esperaremos aquí con Madeleine. Puedes ir confiado, que no le pasará nada —dijo Terrence, mirándolo a los ojos, para que supiera que hablaba en serio, al tiempo que le entregaba algunas monedas.

—Bien —masculló con algo de molestia y vergüenza, se alejó con rapidez, pero cada par de segundos se volvía para ver que seguían allí.

Mientras tanto, las chicas esperaban por Terrence, quien había ido a hablar con el operario de la máquina, para conseguir que dejara subir a Victoria.

Ella se sentía ansiosa, nerviosas; decenas de emociones recorrían su cuerpo y se hacían más intensas a medida que los minutos transcurrían. Al fin vio que Terrence regresaba, y por su semblante, parecía no haber conseguido lo que deseaba.

—¿Qué pasó?, ¿qué te dijo? —Lo interrogó con premura, mientras la ansiedad se desbordaba de sus grandes ojos verdes.

—¿Dijo que sí? —inquirió Madeleine con algo de angustia.

—Lo siento mucho, pecosa… —Se detuvo, soltando un suspiro y negó con la cabeza—. Tuve que decirle que ya tienes quince, pero que eres una enana, y que por eso no alcanzas la estatura.

—¡Le dijiste que era una enana! —Se quejó.

—Era eso o que no pudieras subir —respondió encogiéndose de hombros, para no darle relevancia al asunto.

—Eres un… ¡Espera! ¿Me dejará subir? —Parpadeó, sorprendida, porque no había caído en cuenta de eso.

—Es lo que acabo de decirte, pero tú solo escuchas lo que deseas oír… Típico de las chicas.

Se llevó una mano a la frente, cerró los ojos y negó con la cabeza, al tiempo que hacía un chasquido con los labios, reprochando con ese gesto la actitud de la rubia pecosa.

—¡Terry! —exclamó ella, sintiéndose feliz.

Fue tanta su emoción que se olvidó de las normas de protocolo y de todas esas cosas que le decían a diario sus institutrices, de cómo se

debía tratar a un caballero, y se le lanzó encima.

Le rodeó el cuello con los brazos, y al ser más baja que él, no le quedó más remedio que apoyar su mejilla en el cálido pecho de su compañero del colegio.

—¡Estoy tan feliz! —expresó con los ojos cerrados, sin deshacer el abrazo, y después elevó el rostro—. Muchas gracias.

—Te hice una promesa, Vicky —pronunció y su voz también reveló las emociones que sentía, al tener un tono más profundo que de costumbre, y fue recorrido por un ligero temblor.

Nunca había sido abrazado de esa manera por una chica, y jamás lo habían mirado con tanta devoción, como lo hacía Victoria en ese momento, eso lo hacía sentir tan grande y poderoso, pero al mismo tiempo, era como si ese par de ojos verdes lo dejaran indefenso ante sus sentimientos

—Gracias —susurró ella, sintiendo que se sumergía en ese par de ojos, que eran tan azules como el océano.

Él le entregó una sonrisa que iluminó su mirada, una de esas que contadas veces había mostrado en su vida, desde que tenía memoria, y teniéndola tan cerca, con sus labios a un suspiro de los de ella, algo más poderoso que el deseo de besarla se despertó dentro de su pecho.

Aunque su primer instinto fue acercarse a ella para que sus labios se fundieran en un beso, también quería que fuese algo especial, así que la abrazó, pegándola con suavidad a su cuerpo, y subió una mano para acariciarle la mejilla, mientras su rostro se acercaba al de ella lentamente.

Capítulo 28

Victoria se sentía en medio de una neblina o como cuando estás en un sueño y todo sucede lento, sintió la caricia del pulgar de Terrence en su mejilla, y ese simple toque la hizo temblar entera; de pronto, sintió miedo, pero cuando él le sonrió, alejó todo el temor por completo, y lo único que pudo percibir fue la calidez de su tacto y la suavidad del mismo.

Ni siquiera supo en qué momento sus pies se elevaron hasta ponerse de puntillas, ella no recordaba haberlo hecho, era como si una poderosa fuerza la acercara a él, y ni siquiera sabía lo que haría, pero de algo estaba segura: no quería alejarse.

—Regresé, aquí están los helados.

La voz de Patrick reventó la burbuja donde se encontraban Terrence, Victoria, e incluso, la pequeña Madeleine, quien había visto todo el intercambio de palabras y las miradas que se dedicaban; como aquellas que se dedicaban sus padres, cuando estaban a punto de besarse.

—¡Patrick! —Se quejó Madeleine.

Ella también estaba a la espera de que se dieran el beso, que podía imaginar, sería muy hermoso y emocionante, pues a pesar de tener solo cinco años, había visto el amor de sus progenitores.

—¿Qué sucede? —inquirió, desconcertado.

No entendía por qué su hermana estaba molesta con él, se supone que había hecho lo que deseaba; cuando de pronto, miró a Terrence y a Victoria, quienes se encontraban unidos en un estrecho abrazo, que deshicieron con movimientos algo torpes, y comprendió enseguida que los había interrumpido, aunque no sabía a ciencia cierta en qué.

Un torrente de nervios invadió el cuerpo de Victoria, haciéndola sentir aprisionada entre los brazos de Terrence; se alejó con las mejillas ardiéndole y todo el cuerpo tembloroso.

Sentía que había estado hipnotizada por el poder y el misterio de la mirada zafiro, fue como si de pronto todo a su alrededor desapareciese y solo estuvieran ellos dos allí.

Terrence también se encontraba turbado por las sensaciones que seguían galopando dentro de él, se sentía muy extraño, como si nunca antes hubiera estado en una situación similar; a decir verdad, ya tenía la suficiente experiencia como para que un beso fuese algo casual. Sin embargo, con Victoria todo fue distinto, porque sentía que, de haber sucedido, hubiera sido transcendental para él, como si lo que estuvo a punto de compartir con ella, lo fuese a marcar para siempre.

—¿Quieres…? —Se interrumpió para aclararse la garganta, estaba tan ronca, que parecía que se hubiese tragado una locomotora—. ¿Quieres ir a la rueda de la fortuna, Vicky? —preguntó y luchó contra esa sensación de nervios que lo recorría, obligándose a mirarla y mostrarse seguro.

—Sí, me encantaría —respondió con apenas un hilo de voz y sin poder mirarlo a los ojos.

—Nos esperan aquí, chicos, solo daremos una vuelta —indicó mirando a los hermanos y, después, posó su mirada en Victoria, quien lucía bastante apenada—. Vamos —dijo al tiempo que le extendía la mano.

Ella la recibió, sintiéndose muy apenada, pues apenas podía disimular el temblor que la recorría de pies a cabeza; y para colmo, sus mejillas no dejaban de arder, por lo que mantenía su rostro abajo, escondiéndose de él.

—Vas a parecer más baja si no levantas la cabeza. —Le susurró Terrence, cuando estaban a punto de pasar a la tabla, donde estaban las medidas permitidas para poder subir al juego.

—Sí, tienes razón —esbozó y de inmediato se enderezó, pero apenas le mantuvo la mirada unos segundos.

—Nuestros boletos, señor. —Terrence puso dos billetes de una libra junto a los tiquetes y se los extendió, como habían acordado.

—Bienvenidos, pasen y tomen asiento; pónganse el cinturón, enseguida pasaré a comprobar que todo esté bien —pronunció el habitual discurso mientras les daba acceso.

—No puedo creer que haya sido tan fácil —susurró Victoria, quien ahora temblaba por dos razones, por estar allí y por la cercanía del rebelde de Brighton, quien se sentó a su lado.

—Con dinero todo es más fácil —expuso de manera casual.

—¿Tuviste que pagarle? —preguntó, asombrada—. ¡Por Dios, Terry! Ya has gastado mucho dinero hoy. —No pudo evitar sentirse apenada. Como dama, sabía que no debía poner un solo centavo, pero sentía que estaba abusando de su generosidad.

—Fue una tontería, Vicky… Además, es mejor gastar el dinero que me da el duque en esto…, que en otras cosas.

—¿En qué otras cosas gastarías tanto? —Lo interrogó llevada por la curiosidad, mientras lo miraba fijamente.

De pronto, él se sintió acorralado ante esa pregunta; no deseaba contarle que gastaba su dinero en los bares de los barrios más pobres de Brighton o de Londres, o comprando cigarrillos o jugando al póker; de pronto, y por primera vez, se sintió apenado de esa vida que llevaba.

Le rehuyó la mirada mientras pensaba qué decirle, sabía que la curiosidad de la pecosa no se saciaría con respuestas vagas, la conocía

lo suficiente para saberlo.

—Bien, déjenme ver sus cinturones —mencionó el operador de la rueda, y se acercó a ellos—. ¿Me permite, señorita? —pidió permiso, para ver si el cinturón estaba bien ajustado.

—El mío está bien —indicó Terrence, sintiendo que el hombre lo había salvado de tener que mentirle.

—Listo, que disfruten del paseo —mencionó y se alejó hacia los controles, para poner en marcha la noria.

—Bueno, aquí vamos, Vicky. —Terrence le dedicó una sonrisa.

—Sí…, aquí vamos —susurró ella con voz trémula, intentando sonreír también, pero apenas pudo curvar sus labios.

Cuando la máquina dio el primer sacudón, justo antes de arrancar, Victoria sintió cómo su cuerpo se tensaba casi hasta doler, y cómo un vacío se formaba en la boca de su estómago.

Miró a Terrence, y no pudo evitar buscar su mano para sujetarla con fuerza; apretó los párpados y comenzó a decir todas las oraciones que sus tías le habían enseñado.

—Vicky, te vas a perder el paseo si no abres los ojos.

—Espera un momento —pidió, terminando sus oraciones.

—Abre los ojos, pecosa —susurró a su oído, al tiempo que sonreía, pues ella, minutos atrás, se mostraba muy valiente y entusiasmada, pero ahora, estaba muerta de miedo—. Te prometo que te gustará lo que veas.

Ella fue abriendo los ojos lentamente, sus párpados temblaban al igual que todo su cuerpo, pero cuando los abrió por completo, se quedó tan maravillada ante el paisaje, que no pudo hablar.

La vista era sencillamente grandiosa, se podía ver todo el poblado de Brighton, las hermosas construcciones, la costa llena de embarcaciones de todo tipo, buques grandes y pequeños barcos, incluso, se podía ver el colegio desde allí.

—¡Esto es grandioso! —expresó con entusiasmo e intentó ponerse de pie, había perdido el miedo por completo.

—¡Eh! Será mejor que te quedes sentada, no es seguro ponerse de pie. —Le advirtió, tomándola por la cintura.

—Lo siento…, es solo que… ¿Puedes ver todo esto, Terry? —preguntó, olvidando con rapidez su imprudencia.

—Claro, hasta donde sé, no soy invidente —respondió, usando el sarcasmo, como siempre.

—No seas tonto, no lo digo por eso… Es que…, nunca había estado en un lugar tan alto —pronunció mirándolo a los ojos, perdiéndose en los destellos del azul que en ese instante lucía más claro, casi transparente, pero que conservaba su intensidad.

—Yo tampoco —susurró él, sumergiéndose en la espesura de ese par de ojos verdes, que eran como el del bosque, pero que brillaban con la

belleza de las esmeraldas.

Una hermosa sonrisa afloró en los labios de Victoria, fue tan especial, que llenó de calidez el corazón de Terrence. Era la primera vez que alguien le sonreía de esa manera, al menos que él recordase, y sin darse cuenta, sus labios emularon el mismo gesto.

Comenzó a sentir cómo la mirada de Victoria alejaba por completo todas esas sombras que cubrían su vida, que lo hacían un chico tan reacio, reservado y amargado; ella tenía el poder de iluminar su mundo, porque parecía brillar más que ese sol dorado que comenzaba a esconderse, anunciando el final del día.

—Victoria, yo… —decía, pero ella habló al mismo tiempo.

—Terry… —Comenzó a reír al ver la coincidencia, y bajó la mirada, sintiéndose apenada—. Lo siento, te interrumpí.

—Tranquila, las damas primero.

—Solo quería darte las gracias por este día y por lo de los chicos, has sido muy generoso —expresó con sinceridad.

—Bueno, yo debería agradecerte por acompañarme, no me habría divertido lo mismo estando solo. Ahora, si deseas recompensarme, te pediré algo —dijo, mirándola a los ojos.

—¿Qué? —preguntó en un susurro tembloroso.

—Que vuelvas a salir conmigo el próximo domingo que tengamos libre. —Él quería repetir esa experiencia.

—Eso es dentro de un mes, después de mi cumpleaños.

—Perfecto, entonces lo celebraremos juntos, si aceptas.

Ella se quedó en silencio, mordiéndose el labio inferior; no sabía si sus primos planearían celebrarle el cumpleaños o si su padre viajaría desde América; no podía comprometerse con Terrence sin tener esa certeza.

Vio que él comenzaba a tensar su semblante, pensando a lo mejor que se negaría, no quería lastimarlo con su rechazo, así que respondió.

—Sí, acepto —confirmó con una gran sonrisa.

Terrence le regaló una sonrisa que hizo que algo parecido a cientos de mariposas revolotearan en su estómago, sus piernas temblaron y también lo hicieron sus manos. Él la miraba fijamente, y eso empezaba a ponerla nerviosa, su mirada era tan intensa, que la intimidaba, y apenas podía mantenerle la suya.

—¿Darán otra vuelta? —preguntó el operario de la noria.

Su voz los sustrajo de esa burbuja que parecía envolverlos cada vez que se miraban, que los dejaba aturdidos y algo avergonzados, porque era como si las personas pudieran ver aquello que sentían, pero que sus voces no sabían cómo expresar, porque era la primera vez que esas sensaciones los recorrían; y, ponerla en palabras, era algo que, de momento, se les hacía imposible.

—¿Quieres dar otra vuelta? —preguntó Terrence, deseando que

dijera que sí; no quería bajar de allí y perder esa magia que parecía rodearlo cada vez que estaba así con Victoria.

—Me encantaría, pero le dijimos a los niños que regresaríamos pronto —contestó, haciéndole ver que si no fuera por eso, se quedaría allí mucho tiempo más.

—Está bien, bajemos, entonces —dijo con algo de desilusión, pero también con la emoción de que ella saldría con él de nuevo.

Le extendió la mano para ayudarla a bajar, luego caminaron hasta donde los chicos los esperaban. La pequeña Madeleine lucía igual de emocionada que Victoria, era como si ella también hubiera subido a la rueda de la fortuna con ellos.

—¿Fue divertido? —inquirió con una gran sonrisa.

—¡Sí, estuvo grandioso! —contestó con entusiasmo.

—Bueno, creo que ha llegado la hora de irnos. Los acompañaremos hasta su casa, chicos —anunció Terrence.

Todos asintieron en silencio y emprendieron el camino de regreso; mientras caminaban por las calles que les indicaba Patrick, podían ver que se acercaban a una de las zonas pobres de Brighton.

Las casas lucían descuidadas, las calles sucias, y la mayoría eran tan estrechas, que apenas podía pasar un auto por ellas; por lo que Victoria y Terrence debían regresar a la calle principal, si deseaban tomar algún medio de transporte que los llevara de regreso al colegio.

—Esa de allá es nuestra casa —mencionó Madeleine con gran sonrisa, mientras la señalaba.

Las miradas de Terrence y Victoria se enfocaron en una pequeña casa, de paredes blancas, que lucían algo curtidas; ventanales azules, que apenas conservaban su color; y una pequeña puerta, que mostraba el mismo tono desgastado de las ventanas.

—Es muy hermosa —expresó Victoria con sinceridad, porque no importaba que fuese humilde y sencilla, sino que era el hogar de esos dos niños maravillosos.

—Mi papá tenía pensado pintarla, cuando regresase.

—Seguro lo hará cuando vuelva. —Patrick trató de alimentar la esperanza de su hermana.

—Sí, no debes estar triste, Madeleine, tu papá volverá y pintará la casa de un color hermoso, ¿cuál te gustaría? —preguntó Victoria, sonriéndole, con la mirada brillante.

—Rosa o violeta —respondió con entusiasmo.

—¡No, Madeleine! —Se quejó Patrick, frunciendo ceño.

La pequeña se cruzó de brazos e hizo un puchero, mientras su hermano negaba con la cabeza. Victoria reía, divertida; y Terrence apenas esbozaba una sonrisa.

Él no era muy bueno para alentar a las personas o consolarlas, no sabía cómo hacerlo, y tampoco contaba con la candidez de Victoria,

para hacer que ellos olvidaran su tristeza. Por lo que le había contado Patrick, era poco probable que su padre regresase y, la verdad, eso lo entristecía.

Era injusto que aquellos hombres que hacen bien su papel de padres sean alejados de sus hijos por el destino, mientras que otros, como el suyo, que no tenía la más mínima idea de cómo ser un buen padre, seguía presente en la vida de sus hijos.

A veces preferiría ser como aquellos dos niños, tener a un padre ausente, pero que se supo que fue grande mientras estuvo junto a él, a tener la constante presencia de un hombre que solo desea controlarlo todo el tiempo; y, que, de una manera u otra, lo único que le recordaba era que fue un error de su juventud, nada más.

Los niños los invitaron a pasar, y ellos aceptaron, aunque fuese solo unos minutos, pues no querían que se les hiciera tarde.

La madre de los chicos los recibió con algo de desconfianza al principio, pero en cuanto sus hijos le empezaron a hablar de todo lo que habían hecho en la feria, no pudo más que estar agradecida con esos jóvenes.

Se despidieron minutos después, prometiéndoles que volverían a visitarlos en su próximo día libre, y los chicos se pusieron muy contentos con esa noticia.

Victoria le regaló el peluche más grande a Madeleine, y otro a su mamá, conservando el conejo, porque fue uno de los que había ganado Terrence para ella, y no le parecía bien regalarlo.

—Debemos darnos prisa, Vicky —dijo al comenzar a alejarse de la casa. Conocía bien el peligro que reinaba en esos lugares, y no quería exponer a la pecosa.

—Claro —respondió ella, apresurando el paso, porque veía cómo las calles cada vez se hacían más oscuras.

Terrence miraba a todos lados para estar atento, veía algunas sombras en los callejones, que lo mantenían alerta, por eso buscaba caminar por donde las luces amarillentas de los faroles le alumbraban el camino.

Llevaba a Victoria agarrada de la mano, intentando infundirle confianza, y también porque le agradaba sentir su tacto; quería prolongar esa sensación tanto como pudiese.

De pronto, cuando iban a dar vuelta en una esquina que los llevaría a la calle principal, la figura de un chico con muy mal aspecto se atravesó frente a ellos, impidiéndoles continuar.

Terrence se detuvo de golpe, y Victoria chocó contra su espalda, suprimiendo un grito, al tiempo que miraba con asombro al desconocido que le sonreía con un gesto torcido y la ausencia de varios dientes en su boca.

Capítulo 29

Terrence se tensó, percibiendo el peligro frente a ellos; no debía ser adivino para saber que ese chico era un delincuente y que sus intenciones eran quitarle todo lo de valor que llevasen encima. Sin embargo, no era la primera vez que se enfrentaba a una situación como esa, y sabía muy bien cómo defenderse; aunque, debía admitir que, le preocupaba demasiado que Victoria resultase lastimada.

El delincuente apenas le echó un vistazo al joven, descubrió que era un chico de clase, adinerado; sonrió, pensando que había salvado la noche, seguramente se haría con una buena cantidad.

También vio a la joven detrás de él, y desde ese momento, toda su atención se posó en la hermosa chica de cabellera dorada y piel blanca como de porcelana.

—¿A dónde van con tanta prisa? —preguntó, acercándose un poco más para intimidarlos.

—Ese no es tu problema, quítate del camino y déjanos pasar —pronunció Terrence con los dientes apretados.

—No tan rápido…, para caminar por esta calle, debes pagar.

—No te daré un penique, y será mejor que nos dejes en paz, si no quieres que te rompa la nariz. —Le advirtió, mirándolo con furia, mientras se tensaba, dispuesto a darle la pelea.

—Terry…, creo que mejor hacemos lo que nos dice —susurró Victoria, temiendo que ese chico les fuera a hacer daño.

—No, no dejaré que se aproveche de nosotros. Si quiere dinero, que busque un empleo y lo gane. —Terrence no despegaba la mirada del chico, que a lo sumo, sería un poco mayor que él. Pero eso no hacía que le temiese.

—Pues, este es mi trabajo, así que págame ahora o les irá muy mal…; además, seguro que mi novia estaría feliz si le llevo ese conejito. —Miró el juguete y sonrió con malicia para asustar a Victoria.

Ella se escondió tras la espalda de Terrence, sintiéndose aterrada; también intentó ocultar su premio, no quería separarse de este por nada del mundo.

—Esta será la última vez que te lo diga, quítate de nuestro camino —murmuró Terrence con tono amenazador y trató de esquivarlo, pero el chico lo sujetó con fuerza del brazo.

—No van a ningún lado sin pagar antes, y también quiero el muñeco. —Su voz tronó porque ya comenzaba a cansarse.

—Bien —dijo Terrence y alejó un poco a Victoria.

El joven sonrió con satisfacción, pensando que su amenaza había surtido efecto; miró al bravucón con burla, y le extendió la mano a Victoria para que le entregase el peluche.

Pero solo fue cuestión de segundos para recibir, en lugar del muñeco y dinero, un fuerte golpe en la mandíbula, que lo hizo tambalearse, su vista se nubló por las lágrimas que inundaron sus pupilas; y, de inmediato, se llevó la mano a la zona afectada, sin poder creer que ese chico lo hubiese golpeado.

—Esta sí que la pagarás muy caro, muchachito —masculló, poniéndose en posición de combate.

Victoria comenzó a temblar, pensando que el delincuente iba a golpear muy fuerte a Terrence; quiso comenzar a gritar para pedir ayuda, pero la calle estaba completamente desolada. De pronto, vio que el chico se abalanzaba sobre su amigo, pero Terrence logró esquivarlo. Ella aplaudió, emocionada, y eso lo distrajo, por lo que no pudo esquivar el segundo golpe, que se estrelló en su pómulo.

—¡Ay, Dios mío! —Victoria cerró los ojos con fuerza, no quería ver que le hicieran daño, pero los abrió de inmediato, porque tampoco soportaba no saber lo que sucedía. Vio que Terrence le respondió al muchacho con un par de golpes en el estómago, que lo dejaron sin aire—. ¡Sí, eso es! ¡Tú puedes, Terry! ¡Pégale de nuevo! —esbozó para alentarlo, mientras apretaba contra su cuerpo al conejo de peluche.

Él se sintió animado y le dio un rodillazo en el estómago al maleante; después, un par más en los costados. El chico solo estaba dando golpes sin mucha coordinación, pero uno de esos logró alcanzarlo justo en el pecho y le hizo rechinar los dientes; se recompuso con rapidez y lo volvió a atacar, dando más de lo que recibía.

—¡Vamos, acábalo! —gritó Victoria, aplaudiendo.

Ella dijo esas palabras justo en el momento que Terrence lanzaba al desdichado muchacho al piso, con un certero golpe que cayó sobre su nariz, y la puso a sangrar de inmediato. Eso lo coronó como ganador, ya que el otro estaba tirado en la calle, aturdido, con las manos sobre la nariz para detener la hemorragia y aplacar el dolor.

—Vamos, Vicky, salgamos de aquí —dijo, tomándola de la mano y corrió con ella para alejarse.

Sabía que ese tipo de hombres no trabajaba solo, y que podía alertar a sus compañeros para que acudieran en su auxilio; él podía con uno o dos más, pero no quería exponer a Victoria a que sufriera algún daño en esa pelea callejera.

Llegaron hasta la vía principal y pararon un carruaje que justo pasaba por allí, subieron de prisa y él le ordenó que los dejara en la calle que daba al patio posterior del colegio.

El cochero los miró con reproche cuando bajaron en ese paraje

solitario, no tenía que ser adivino para saber que ellos habían escapado; pensó que cada día la juventud estaba más descarrilada y menos temerosa de Dios.

Recibió su paga sin decir nada en voz alta, pero sí con su mirada; y, después, puso en marcha su coche. Si esa señorita no cuidaba su reputación, no era su problema.

—Déjame verte… ¿Estás bien? —Le preguntó ella, acunándole el rostro con las manos, para observarlo mejor.

—Sí, estoy bien, no fue nada, Victoria —respondió, molesto porque el día terminara así.

—Pero tu mejilla comienza a hincharse y seguro se pondrá morada. —Ella lo contradijo, pasando el pulgar con mucho cuidado por donde se podía notar el maltrato.

—Es solo un golpe, pecosa…, no ha sido nada —respondió, luchando por mantener a raya su mal humor.

—Cuando mis primos se caían y se golpeaban, la cocinera les ponía un pedazo de carne cruda, y eso les ayudaba.

—¿Y dónde vamos a conseguir carne? —inquirió, algo divertido por sus ocurrencias.

—Bueno…, supongo que podríamos escabullirnos en la cocina y ver si encontramos algo —sugirió.

—Eso sería muy arriesgado y no quiero meterte en más problemas. No te preocupes por mí, me las arreglaré.

—Yo solo…, solo intento ayudarte, sé que se nos hizo tarde por mi culpa; no debí ponerme a conversar con la mamá de los chicos; me lo advertiste. —La culpa hizo que su voz saliera entrecortada.

Terrence se sintió mal por cómo le había hablado, no era su intención hacerla sentir culpable; tampoco deseaba terminar de arruinar ese día que había sido tan especial. Pero, a veces, su temperamento era muy difícil de controlar. Cerró los ojos un instante y suspiró, alejando su mal humor; después, la miró a los ojos.

—Nada de esto fue tu culpa, solo sucedió y ya; además, no es la primera vez que estoy en una pelea. Sé cómo recuperarme de los golpes, no debes preocuparte por mí —mencionó en un tono más suave y pausado.

—Pero lo hago porque me importas. —Las palabras de Victoria salieron directamente de su corazón y, por ello, se tensó cuando un pesado silencio siguió a su confesión—. Yo… quise decir que…, me entristece que te hayan lastimado por mi culpa.

Terrence se había quedado mudo al escucharla decir que él le importaba, ¿a cuántas personas había escuchado decir eso? Solamente a ella, porque su padre nunca le decía que le importaba, sino que era su obligación; que él era una obligación, no algo que realmente le importase.

—Está…, está bien… —tartamudeó un poco, por eso se detuvo para aclarar su garganta—. Gracias por preocuparte por mí, pecosa…, pero estaré bien. Ahora, dudo que el otro pueda decir lo mismo —expresó, mostrando media sonrisa que desbordaba arrogancia por doquier.

—¡Tienes razón! —exclamó, riendo—. ¿Dónde aprendiste a pelear así? —cuestionó, llena de curiosidad.

—En las calles de Londres. A veces suelo salir por las noches a distraerme, y tuve que aprender a las malas que, algunas personas, solo entienden con golpes; aprendí a defenderme.

—¿Te escapas seguido? —inquirió Victoria, parpadeando con asombro.

—Este lugar es muy aburrido. —Dio esa excusa para no decirle que era un chico problemático—. ¿Sabes algo? Deberías trabajar alentando a los boxeadores, eres muy buena para eso.

Victoria sonrió con timidez, sonrojándose, pero su mirada destellaba de diversión; se acercó y lo abrazó con cuidado de no lastimarlo, pero con la intención de agradecerle por haber cuidado de ella y evitar que ese ladrón se llevase su muñeco; hubiera estado muy triste si algo así pasaba.

—Gracias por salvarme y a… Brighton —dijo mirando al muñeco con una sonrisa.

—¿Le pondrás el nombre del pueblo al conejo? —inquirió, desconcertado, mientras la miraba con el ceño fruncido.

—Sí, me parece un buen nombre para él… Además, me recordará siempre a mi primer paseo por Brighton y lo grandioso que la pasé junto a un mocoso engreído, llamado: Terrence Danchester —respondió de manera casual, pero dentro de su pecho, había muchas emociones asociadas a ese día.

—Bueno, solo tengo que decirte algo…, tenemos un pequeño problema. ¿Cómo harás para meter a Brighton al dormitorio de las chicas? —cuestionó.

—¡Oh, por Dios! No había pensado en eso, Terry… No quiero separarme de él —dijo con angustia.

—Bien, pues yo sí he pensado en algo —expresó con la mirada brillante, pues una vez más, complacería a la pecosa.

—¿Cuál es el plan? —inquirió, mirándolo con interés.

—Ya lo verás, solo déjalo en mis manos —respondió con suficiencia, regalándole un guiño travieso.

Después de eso la agarró de la mano y atravesaron la pequeña puerta que se escondía en el gran muro del colegio.

—¿A dónde vamos? —preguntó Victoria al ver que se dirigían hacia el gran árbol en la colina, en lugar de ir al colegio.

—Tengo que buscar algo para que mi plan dé resultado —contestó sin detener su marcha, debían darse prisa.

Ella asintió en silencio mientras lo seguía, después de todo lo vivido ese día, sentía que podía confiar en Terrence; sabía que él se las ingeniaría para que pudiera entrar a los dormitorios sin ser descubierta.

Notó que él comenzó a buscar entre los agujeros que formaban las raíces del arce, que bajo la luz de la luna, parecía un gigante; de pronto, lo vio sacar algo envuelto en un pañuelo azul marino, y no tardó en descubrir que se trataba de una botella.

—¿Qué es? —inquirió llena de curiosidad, acercándose a él—. Terry, ¿qué haces? ¡Ay, por Dios, eso huele horrible!

—No seas exagerada, solo es whisky… Y para tu información, del mejor de Escocia —respondió, después de darle un gran sorbo a la bebida; aún seguía saboreándolo y disfrutando del calor que se expandía por su pecho.

—Con razón nunca me ha gustado ese olor —expresó, mostrando el desagrado también en su semblante.

—¿Acaso lo has probado alguna vez? —cuestionó con algo de desconcierto, ¿cómo podía saber ella lo que era?

—¡No, por supuesto que no! Pero mi familia es escocesa…, y siempre que hacían reuniones, los hombres tomaban esa cosa; por suerte, tía Margot me permitía retirarme a mi habitación, y así evitar olerlo. —Las palabras salieron de su boca acompañadas de un sonido fañoso, porque se había apretado la nariz con sus dedos.

—Una escocesa a la que no le gusta el whisky, eso es extraño —dijo él, riendo, al tiempo que guardaba la botella, después de haber salpicado algunas gotas en su ropa.

—Hueles horrible —acotó Victoria, mirándolo con reproche.

—¿Cómo puedes saberlo, si tienes la nariz tapada? —inquirió elevando una ceja.

—Porque incluso así, me llega el olor. Lo que no entiendo es qué tiene que ver esto con tu ingenioso plan, para que pueda llegar a mi habitación sin que me descubran las hermanas.

—Yo me encargaré de distraerlas. Iré por las puertas del frente, fingiré que estoy borracho y que me equivoqué de dormitorio. Mientras tú te escabulles por la puerta de atrás, corres a las escaleras y subes a tu habitación —resumió su plan con esa sencilla explicación.

—Bien, déjame ver si comprendí… Te fingirás borracho, harás un escándalo para atraer la atención de las hermanas y; mientras eso sucede, yo entraré por la puerta de atrás y correré para subir… Espera un momento, ¿cómo sabes que mi alcoba está en el segundo piso? —preguntó, frunciendo el ceño.

Terrence se sintió acorralado, sus pupilas se movieron con nerviosismo mientras buscaba rápidamente en su cabeza una respuesta rápida y convincente.

No le podía decir que a veces salía de su habitación por las noches a caminar por el jardín; y que, desde que la vio por primera vez salir al balcón, había comenzado a dirigir sus paseos nocturnos hacia ese lugar, solo con la esperanza de verla.

—No lo sabía…, solo lo adiviné —contestó sin mirarla a los ojos, para que no descubriera que mentía—. Ahora, vamos, que entre más tarde se haga, más probabilidades hay de que las hermanas hagan su ronda y descubran que no estás en tu habitación —mencionó para distraerla del tema.

—¡Por Dios! ¡Había olvidado la ronda! —exclamó, abriendo mucho los ojos—. Debemos darnos prisa, Terry.

Salió corriendo, y él no tardó en alcanzarla; se detuvieron en unos arbustos que creaban una especie de laberinto, y durante un par de minutos, observaron el edificio.

Todo parecía estar en completa calma, así que continuaron con la siguiente fase de su plan. Terrence la miró y le entregó una sonrisa para llenarla de confianza, ella también le sonrió y lo vio marcharse.

—Muy bien, Vicky… Puedes hacer esto, solo debes concentrarte. —Se dijo para infundirse valor, y se movió sigilosamente hacia la parte de atrás de los dormitorios.

Solo llevaba unos diez pasos cuando escuchó un fuerte estruendo que la hizo sobresaltarse, miró por encima de su hombro y vio que la luz de la entrada principal de los dormitorios se encendía.

Ella corrió con todas sus fuerzas mientras apretaba al conejo de peluche contra su pecho, sentía que el corazón le latía muy rápido y que el aire apenas le llenaba los pulmones.

Cuando llegó hasta la puerta, esta se encontraba cerrada; el pánico casi se apoderó de ella, miró a todos lados, intentando encontrar otra manera de entrar, y la única opción que le quedaba era hacerlo por una de las ventanas.

Por suerte, estaba abierta, pero a una altura considerable del suelo, así que se esforzó todo lo que pudo por alcanzarla. En ese momento, se arrepintió de haber comido tanto helado y estar tan pesada, sus pies se resbalaban, así que decidió rápidamente quitarse los zapatos; primero los lanzó con cuidado y luego al señor Brighton.

—Bien, aquí vamos. —Se animó, impulsándose, y puso tanto esfuerzo, que terminó cayendo al interior—. ¡Auch! Eso dolió —dijo, sobándose el trasero.

Escuchó que unos pasos apresurados resonaban en el pasillo que estaba al cruzar la esquina y pensó que la habían descubierto; se puso a temblar mientras miraba a todos lados con desesperación, debía encontrar un lugar donde esconderse, pero eso solo era un largo pasillo. Por suerte, las hermanas pasaron sin fijarse en su presencia, todas iban hacia la entrada principal, alarmadas. Ella aprovechó su

oportunidad, recogió sus cosas y corrió hacia la escalera.

—Buenas noches, queridas hermanas… Disculpen que perturbe su santa paz…, pero creo que perdí el camino hasta mi habitación. ¿Serían tan amables de indicármelo?

Victoria escuchó la voz de Terrence, y apenas podía descifrar lo que decía, hablaba extraño; pensó que quizá le había pasado algo o que el poder del fuerte licor le había causado efecto.

Obviando su sentido común, no subió las escaleras, sino que caminó despacio hasta la esquina que se cruzaba con el pasillo principal, desde donde podía ver lo que ocurría.

—Terrence Danchester, ¿se puede saber qué haces fuera de tu dormitorio a esta hora? —cuestionó la madre superiora con un tono severo, mientras lo miraba de pies a cabeza.

—Salí a dar un paseo —contestó, hipando, y se movía de un lado a otro, manteniendo apenas su equilibrio.

—¡Qué vergüenza! Otra vez estás complemente ebrio. Esto tendré que informárselo a su excelencia, el duque de Oxford. —Le advirtió, mirándolo con reproche.

—Sí…, sí, ya sé lo que hará, madre; y también sé lo que hará su alteza. Vendrá, me dará uno de sus molestos discursos; y a usted, un cuantioso «donativo», para que pase por alto mi escandaloso y reprochable comportamiento —pronunció con sorna, mostrando la mueca de media sonrisa.

—¡Terrence! —exclamó la monja, alarmada ante su desfachatez. Ese chico no tenía remedio—. Esto es inaceptable, deberías agradecer la preocupación de tu padre. Su excelencia solo desea tu bienestar, al igual que nosotras. Eres un joven desconsiderado y malagradecido.

—No se le adelante a mi padre, odia que le resten autoridad; y si usted sigue recriminándome, no dejará que lo haga él.

—No soporto más esta actitud, llévenlo a su habitación, denle algo de comida para que se le pase la ebriedad y también para ese golpe en el ojo. Cuando terminen, lo ponen bajo llave, ya mañana haré un reporte y le daré el castigo que se merece —ordenó a dos de las religiosas, sin poder esconder que ese chiquillo la sacaba de sus casillas; era un verdadero dolor de cabeza.

—Como usted diga, madre superiora. Acompáñenos, señor Danchester. —Le indicó una de las hermanas y, con un ademán de su mano, lo invitó a ir por delante.

—Por supuesto, lo único que deseo es dormir hasta el lunes; buenas noches madre superiora, que duerma bien —comentó, dejando que la burla se desbordara en su tono de voz.

Victoria lo vio alejarse mientras seguía asombrada por todo lo visto y lo escuchado, sus pensamientos eran un remolino, no entendía por qué Terrence mostraba esa actitud tan grosera, o por qué la hermana

lo trataba como si no fuese la primera vez que se presentaba así, como si fuese algo recurrente y ya estuviera cansada de ello.

Salió de su elipsis cuando escuchó que, una vez más, los pasos se dirigían hacia ella; corrió tan rápido como pudo, debía llegar a su habitación.

Capítulo 30

Era domingo por la tarde y Victoria se encontraba muy inquieta, había pasado la noche anterior presa de una incertidumbre que apenas le permitió conciliar el sueño.

A pesar de que su cuerpo estaba agotado y le rogaba para que le diera descanso; su mente, por el contrario, no dejaba de pensar en Terrence y en lo que había sucedido.

Para enfocar su atención en otra cosa y no empeorar su angustia, optó por escribir cartas para sus familiares, les contó a sus tías todo lo que hacía en su día a día. También les habló sobre Annette y Patricia, que eran unas chicas maravillosas y le enseñaban muchas cosas, además de que las extrañaba demasiado y esperaba poder regresar para ir a visitarlas.

Luego llegó el turno de su padre, inició la carta al igual que las anteriores, relatándole lo mucho que estaba aprendiendo, que leía todos los días y había comenzado clases de canto, que esas se habían convertido en sus favoritas. Sus intenciones de esconder el daño que le hacía Elisa se mantenían; no obstante, pensó que no estaba bien seguir engañándolo y decidió contarle todo, además, necesitaba sacar de su pecho lo que sentía y la rabia al recordar el episodio con Elisa el día anterior, la llevó a contarle a su padre lo sucedido sin omitir un solo detalle

Al finalizar las dos cartas y verse sin nada que hacer, su mente volvió a ser ocupada por Terrence, muchas preguntas llegaban hasta su cabeza, torturándola y exigiéndole que buscara las respuestas al comportamiento del chico. Algunos alumnos decían que era un rebelde, que se aprovechaba de su apellido para hacer lo que se le daba la gana en el colegio, que era un joven problemático y que nunca tomaba nada en serio.

—Pero ese no es el Terry que tú conociste ayer… Ese chico fue atento, generoso y protector… Algunas veces se mostró arrogante y odioso, hasta llegó a burlarse de mí; sin embargo, no fue grosero ni egoísta, mucho menos un patán, como algunas chicas lo pintaban. El Terry que te llevó a la feria en Brighton era otro, Vicky.

Expresó en voz alta mientras caminaba por su habitación, intentando descifrar el misterio que envolvía a su nuevo amigo; porque de eso estaba segura, quedaron como amigos; si no, él no se hubiera sacrificado, recibiendo un castigo por ella.

—¿Qué le habrán impuesto como reprimenda? La madre superiora dijo que llamaría a su padre. ¡Ay, Dios mío! Necesito saber qué está

pasando, si él está bien… Recibió varios golpes durante la pelea, seguramente amaneció adolorido.

Se decía y caminó de prisa hasta su balcón, desde allí miró el edificio donde estaban los dormitorios de los chicos, buscando entre todas las ventanas una que estuviese abierta; si la encontraba, sabría que era la de él.

—¿Y qué harás cuando la encuentres? —cuestionó.

Dejó escapar un suspiro cargado de derrota, ella sabía que no podía ir hasta allá, era una locura solo pensarlo; se había arriesgado mucho el día anterior. Negó con la cabeza y cerró los ojos para recuperar la sensatez, no debía correr el riesgo de ser descubierta, había contado con mucha suerte y no podía seguir tentándola, no le quedaba otra cosa más que esperar.

Cinco minutos después, escuchó que el colegio se llenaba de voces, pasos y risas; lo que significaba que los alumnos habían regresado. De pronto, sintió una punzada de envidia en el pecho, porque ella tuvo que quedarse allí encerrada, y aunque se escapó y pudo ir a la feria, no podía contarle a nadie sobre eso, ni siquiera a Patricia o Annette.

—Tendrás que morderte la lengua, Vicky, ellas no pueden saber que escapaste del colegio, menos con Terry; seguro pensarán que te volviste loca o que quizás él te convenció mediante engaños…; y la verdad, tú aceptaste encantada. Incluso, le prometiste que volverían a salir.

Se llevó las manos al rostro para cubrir su sonrojo y también su entusiasta sonrisa, al sentir una vez más todas esas emociones revoloteando por su cuerpo. Era increíble, cómo, el solo recuerdo de las sonrisas o las miradas del rebelde, la ponían de esa manera, desatando sus deseos verlo; quizás eso era lo que la tenía tan ansiosa, que llevaba varias horas sin saber de él o verlo.

Al día siguiente, ya no pudo contener más su ansiedad; sobre todo, después de que no vio a Terrence por ninguna parte durante la misa de los lunes. Se suponía que era obligatorio que todos los alumnos asistieran, únicamente se les permitía faltar a aquellos que estaban muy enfermos; el resto debía presentarse, pero él no fue.

—Vicky, ¿acaso no me escuchas?… ¿Qué te sucede?

De pronto, la voz susurrada de Annette le hizo volver la mirada; había estado absorta, mirando los bancos donde se sentaban los chicos durante la misa.

—¿Me decías algo? —inquirió, sintiéndose apenada.

—¿Que si te decía algo? Por supuesto, te preguntaba cómo te había ido el fin de semana. Ayer quise ir a tu habitación, pero llegué muy cansada y debía estudiar para el examen de hoy.

—Yo… no hice nada, no salí —respondió, esquivándole la mirada;

no le gustaba mentir, mucho menos a sus amigas.

—Pero no entiendo… ¿No se supone que irías a la casa de los Lerman? —cuestionó Patricia, acomodando sus anteojos.

—Me arrepentí a último momento.

—¿Te arrepentiste? —Annette la escudriñó con la mirada, sabía que no le estaba diciendo la verdad—. Seguramente Elisa te hizo algo. Fue eso, ¿verdad? Ella te hizo algo.

—Ya pasó, no tiene importancia —murmuró, bajando la mirada. Elisa estaba a dos filas, y no quería que escuchara su conversación; seguro estaba esperando algo así para burlarse.

—¿No tiene importancia? ¡Pues claro que la tiene! Esa chica es una arpía; cada día me desagrada más —mencionó, usando un tono de voz bajo, mientras miraba la brillante cabellera pelirroja.

—Creo que lo mejor será dejar este tema para después, si alguna de las hermanas se da cuenta de que estamos conversando, nos van a reprender —sugirió Patricia al ver que una de las religiosas las miraba con insistencia.

Annette y Victoria afirmaron en silencio, mientras posaban una vez más sus miradas en el sacerdote que oficiaba la misa, procurando prestar atención, pues las hermanas le preguntaban en clase sobre el sermón de ese día.

Aunque Victoria intentaba concentrarse, no lo conseguía; en su cabeza seguían repitiéndose las imágenes de lo vivido el fin de semana; además, la ausencia de Terrence la atormentaba. Temía que lo hubieran expulsado o que su padre lo hubiera retirado, para enviarlo a alguna academia militar. Sabía que eso hacían los padres con los chicos rebeldes.

—Eso no puede ser…, él no puede marcharse de aquí.

—¿De quién hablas, Vicky? —Annette había alcanzado a escuchar las palabras que susurró, y eso despertó su interés.

—¿Yo? No…, no dije nada; solo estaba pensando en voz alta.

—Sí, pero… ¿quién es «él»? Te escuché perfectamente. —Y citó sus palabras.

Victoria se quedó sin palabras, solo tenía la boca abierta, pero ningún sonido salía de sus labios, mientras que sus ojos miraban con asombro a Annette.

—Chicas, por favor, hagan silencio, nos van a reprender.

Una vez más, Patricia acudía en ayuda de Victoria, aunque ni siquiera fuese consciente de ello, pero la salvó del insistente cuestionario que le hacía su amiga.

A veces, pensaba que ella tenía eso que llamaban «sexto sentido», y que podía saber cuándo alguien estaba escondiendo algo, o lo que pensaba o sentía.

Después de la misa, fueron guiadas hasta las aulas por una de las

hermanas, así que Annette tuvo que dejar su interrogatorio para después; aunque, en susurros, le decía a Victoria que debía contarle todo lo que sucedió con Elisa.

Podía ver cómo la pelirroja la miraba con burla y desprecio, lo que hacía que su curiosidad aumentara, porque sabía que algo había pasado entre ellas.

Sin embargo, Victoria tenía otros planes, solo esperaba la hora del receso para correr hasta la colina y ver si Terrence se encontraba allí. Las otras veces que se había cruzado con él, fueron en ese lugar, así que era probable que sucediese de nuevo, pues parecía que su nuevo amigo lo frecuentaba mucho.

—Chicas, voy a mi habitación, dejé unos libros que necesitaré para la próxima clase —dijo después del almuerzo, esa era su oportunidad para buscarlo.

—Pero…, si la próxima clase es dentro de una hora, puedes hacerlo luego; mejor ven y dinos qué fue lo que pasó ese día, después de que te dejamos esperando el auto de los Lerman.

—Yo también quiero saber, Vicky, la actitud de Elisa me tiene muy intrigada, no dejaba de mirarte durante la clase —acotó Patricia, mirando a su amiga con interés.

—Está bien, chicas, les contaré todo, pero primero tengo que ir a buscar esos libros o se me hará tarde. Espérenme aquí, regreso en unos minutos —mencionó, antes de que ellas pudieran decir algo, y salió de prisa por el pasillo.

Cuando llegó a los pies de la escalera, no subió a los dormitorios, sino que se fue directamente hasta la parte de atrás; y salió disparada rumbo a la colina, procurando que nadie la viera.

—Terry, ¿estás aquí? —preguntó en un susurro, mientras miraba a su alrededor—. Terry…, Terrence Danchester.

De pronto, comenzó a escuchar que alguien silbaba desde un lugar cercano; miró a su alrededor, al tiempo que agudizaba el oído, pero no veía a nadie por allí. Lo escuchó repetirse con mayor fuerza y, esta vez, movió la cabeza con más rapidez, mirando hacia unos árboles más bajos, que quedaban a su derecha; después caminó bordeando el arce y se asomó por el muro que daba al exterior.

—¿De dónde vendrá? —preguntó, llevándose las manos a la cintura, mientras fruncía los labios.

—¿Por qué tanta urgencia de verme, pecosa? —cuestionó, observándola desde lo alto del árbol.

—¡Terry! ¿Qué haces allá arriba? —inquirió, asombrada.

—Me gusta la vista desde este lugar, ¿te gustaría verla?

—¡Sí! —exclamó emocionada, pero luego recapacitó—. Es decir…, no, no puedo hacerlo; debo regresar a clases. ¿Por qué no fuiste a misa? —Hacía un esfuerzo por mirar hacia arriba.

—Porque las misas son muy aburridas, siempre me termino durmiendo, y la madre superiora y el cura hacen un escándalo por ello —respondió mientras bajaba, la pobre estaba a punto de romperse el cuello.

—Eso es un irrespeto, Terrence, Dios te castigará por ello.

—No creo que pueda hacerlo más —masculló, recordando que ya bastante castigo tenía.

—No deberías decir esas cosas, hay personas que son menos afortunadas que nosotros. Por ejemplo, Madeleine y Patrick, ellos son tan pobres, su madre está enferma y perdieron a su padre.

—La vida de ellos, en comparación con la mía, es mucho mejor. Pero no hablemos de ello, no me gusta —pronunció con seriedad, y buscó cambiar de tema al ver que la curiosidad de Victoria, una vez más, se lanzaría al ataque—. ¿Para qué me buscabas?, ¿sucedió algo después de que nos separamos? ¿Descubrieron al conejo?

—No…, no fue nada de eso, todo salió bien. Solo estaba preocupada por ti. Escuché cuando la madre superiora dijo que te castigarían; lamento mucho que eso sucediera —dijo, mostrándose apenada y también triste.

—No tenías que preocuparte, no es la primera vez que me castigan…, ya estoy acostumbrado. —Se encogió de hombros, restándole importancia al asunto.

—También la oí decir que… —Victoria se mordió el labio, sin saber si continuar o no.

—¿Qué más escuchaste, pecosa chismosa? —cuestionó, aunque su voz mostraba un tono severo, su mirada sonreía.

—¡Yo no soy chismosa! —Se defendió, mirándolo con reproche. Lo vio elevar una ceja mientras la miraba de manera acusadora, provocando que sus mejillas se tiñeran de carmín y que le desviara la mirada—. Solo…, estaba por subir las escaleras cuando escuché el escándalo y pensé que te habían descubierto; estaba dispuesta a decir que yo también me había fugado, si amenazaban con expulsarte del colegio.

—No se te ocurra hacer algo como eso, Victoria —ordenó y todo rastro de diversión desapareció de su semblante—. La madre superiora jamás me expulsará de este lugar, mi padre le paga muy bien para que me mantenga aquí; pero si ella llega a enterarse de que tú saliste conmigo, no lo pensará dos veces para sacarte del colegio. Además, eso arruinaría tu reputación.

—Pero…, nosotros no hicimos nada malo —expresó con la voz temblándole por el miedo que solo imaginar algo así le provocaba, su padre se decepcionaría mucho de ella.

—Eso lo sabemos tú y yo, pero no las demás personas; tampoco les creerán a dos niños como Madeleine y Patrick. Así que lo mejor será

que mantengamos el secreto —dijo y se acercó, tomándole las manos para tranquilizarla; vio que sus palabras la perturbaron, y no quería que se arrepintiera de ese día.

—No le he contado a nadie, ni siquiera a Annette ni a Patricia. —Le aseguró, mirándolo a los ojos.

—Bien…, no lo digo porque piense que hayamos hecho algo malo, pecosa, pero es mejor así; algunas personas no entenderán que solo salimos a divertirnos —mencionó con voz pausada, deslumbrado, una vez más, por ese par de esmeraldas que ella tenía por ojos. La vio asentir, y le dedicó una sonrisa.

—El golpe no luce tan mal —dijo ella, liberando su mano para tocar con cuidado el hematoma.

—Te dije que no había sido nada —expresó con arrogancia, haciendo su sonrisa más ancha.

—Ese día nos despedimos y olvidé darte las gracias.

—No tienes por qué, ya te lo dije antes —acotó mirándola a los ojos, para que supiera que era sincero.

—Lo sé, pero igual quiero darte las gracias —dijo, sonriendo, y después lo miró a los ojos, batiendo sus pestañas con nerviosismo—. Quería agradecerte por ese día tan hermoso…, yo… —Dudaba en decirle toda la verdad, pero al final, se decidió por hacerlo. Terrence se había ganado su confianza—, pensaba que mi día sería horrible. Elisa me engañó, me invitó a su casa y también a mis primos, nos hizo creer a todos que estaría feliz de tenerme allá y, esa mañana, cuando los autos llegaron por nosotras, me dijo que había cambiado de idea y que ya no me quería con ellos. En realidad, dijo que jamás lo había deseado, que solo lo hizo para burlarse de mí, pero que jamás sería amiga de alguien como yo. —Las últimas palabras salieron de los labios de Victoria como un murmullo, pues las lágrimas y la rabia ahogaban su voz.

Terrence sospechaba que algo había sucedido, porque cuando la vio esa mañana, ella tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando; y estaba vestida para una ocasión especial, no para quedarse todo el fin de semana encerrada en el colegio.

Sin embargo, escuchar lo que le había hecho Elisa Lerman, lo llenó de ira; la chica, desde hacía mucho, le desagradaba, pero saber que había humillado a Victoria, hacía que su rechazo hacia ella aumentara considerablemente.

—Fui una tonta por creerle —pronunció con los dientes apretados, mientras miraba al suelo.

—¡No! La tonta fue ella —dijo él, categóricamente—. Tal vez, yo no sea el más indicado para decirte esto, Vicky, porque no suelo confiar en las personas; pero, creer en alguien, no te hace ser una tonta. Aquí la una tonta es Elisa.

—Pero ella se salió con la suya, logró humillarme y hacerme sentir mal —confesó, sintiendo que la rabia y el dolor volvían.

—Eso fue solo por un momento, después, lo olvidaste y te divertiste mucho, ¿no es verdad? —cuestionó, mirándola a los ojos mientras la sujetaba suavemente por los hombros.

—Sí, me divertí…, pero…

—¿Ves? Allí lo tienes, Elisa no ganó… No consiguió arruinar tu día, como deseaba; y puede que ella no se entere nunca de cuánto te divertiste, pero tú sí; así que no dejes que nada de lo que haga te afecte, no le des el poder de lastimarte…, ni permitas que te haga una persona resentida.

La voz y la actitud de Terrence, evidenciaban una súplica, él no deseaba que Victoria tuviese una vida como la suya, llena de amargura y odio. Quería que fuese alegre y radiante, como siempre, porque ella era la única que podía alejar todas las sombras que lo rodeaban, solo con su luz, con su optimismo.

—No puedo evitar sentir rabia por lo que hizo.

—Está bien que la sientas, eso te recordará lo que ella hizo y te servirá de lección para que no vuelvas a confiar. Solo no permitas que sus acciones te cambien. —Le pidió, una vez más, mientras la miraba a los ojos.

—Ya no confiaré nunca más en ella, me demostró que no puedo hacerlo, y nada de lo que haga podrá cambiarme nunca —expresó con convicción.

—¿Me lo prometes? —preguntó Terrence, deseando que ella siempre conservara su maravillosa esencia.

—Te lo prometo —sentenció con su mirada fija en la de él, y recibió en respuesta una hermosa sonrisa por parte de Terrence—. Ya tengo que regresar, solo quería saber cómo estabas. Tú también ve a clases, o te meterás en problemas. Nos vemos después, Terry —dijo para despedirse, y con gesto natural, le dio un suave beso en la mejilla.

Se sorprendió a sí misma al hacerlo, y para que él no fuera consciente de su turbación, salió corriendo colina abajo, huyendo para esconder el sonrojo que cubrió sus mejillas, el temblor que se adueñó de su cuerpo y la risa nerviosa que no podía ocultar, que acompañaba a esa nueva y maravillosa emoción que sentía.

Capítulo 31

Su vida parecía haber perdido parte de su alegría desde que su pequeña Victoria se marchó a Londres, habían transcurrido ya casi cinco meses desde eso, y cada día la extrañaba más. Sabía que el sacrificio de estar lejos de ella era algo que merecía la pena; su hija necesitaba salir de la burbuja que representaba la mansión Anderson, debía tener nuevas experiencias, hacer amistades, aprender tanto como pudiera, no solo de los libros, sino del mundo en general.

Esa había sido su promesa a Virginia, no solo en el lecho de su muerte, sino desde el mismo día en que su mujer la puso en sus brazos; le prometió que le daría a Victoria todo, que le daría esa vida que ella no pudo tener por las carencias que tuvo al ser la hija de un matrimonio humilde. Él contaba con el dinero suficiente para hacer que su pequeña princesa fuese a los mejores colegios, que conociese el mundo y que disfrutara de una vida distinta, así que no escatimaría en nada, con tal de que lo tuviera.

Aunque eso significase tener que estar alejado de ella por un tiempo, y extrañarla con tanta fuerza, que hasta sentía cómo el pecho le dolía al recordar sus risas y la magia de sus hermosos ojos esmeralda. Estaba deseando que llegasen las vacaciones de verano para ir a verla; ya lo tenía todo planeado, saldría en un par de semanas hacia Inglaterra.

—Adelante —ordenó, después de escuchar un llamado a la puerta, al tiempo que posaba su mirada de nuevo en la carpeta con los documentos que estudiaba, se había distraído, de nuevo.

—Señor Stephen, le acaba de llegar carta desde Inglaterra —dijo Antonia con una sonrisa efusiva.

—¿Es de Victoria? —preguntó poniéndose de pie, con la emoción recorriendo cada rincón de su cuerpo.

—Sí, señor, iba a llevarle la correspondencia a la señora Margot, cuando la vi, y quise traérsela de inmediato.

—Muchas gracias, Antonia —mencionó recibiendo la misiva.

—De nada, señor, con su permiso —dijo y después de eso se retiró, dejando al hombre solo en el despacho.

Stephen miró la hermosa caligrafía de su hija, y mientras abría el sobre, las manos le temblaban; como si él fuese un adolescente que recibía una carta de su enamorada. La sensación lo hizo sonreír, porque, ciertamente, amaba a su hija, aunque no con el amor de un hombre, sino de un padre, que era en gran medida, mucho más poderoso y puro.

—¡Cinco hojas escritas por ambos lados! Definitivamente, tienes mucho que contarme, pequeña princesa.

Tomó asiento y sus labios mantenían esa gran sonrisa que solo su hija podía provocar en él, mientras la ternura y la felicidad eran los sentimientos más presentes en su pecho, a medida que avanzaba. Pero las cosas cambiaron de rumbo drásticamente, cuando Victoria comenzó a contarle lo que le había hecho Elisa.

Aunque ella procuraba no darle mucha importancia y le aseguraba que ella estaba bien, lo que realmente desató la ira de Stephen, fue ver una mancha de tinta corrida.

—Te hizo llorar, esa niña malcriada y egoísta te hizo llorar —aseguró viendo allí la prueba, seguramente había estado llorando mientras escribía—. Esto quizá no sea culpa de Elisa, porque ella no tiene motivos para odiarte, tú nunca le has hecho nada, pero los niños siempre repiten las acciones de los padres y, sé perfectamente, quién le ha inculcado ese resentimiento.

Continuó leyendo la carta que le demostraba que su hija había recuperado el ánimo después de desahogarse; sin embargo, a él nada le quitaba el sabor amargo que le había dejado enterarse de la vejación que sufrió su princesa.

Se prometió un día que no soportaría que humillaran a las mujeres que amaba, no lo permitió cuando Virginia estuvo viva, y tampoco lo haría ahora. Era el momento de poner a Deborah en su lugar.

—El odio mal infundado que sientes hacia mí, no tocará a mi hija, eso te lo puedo asegurar; porque antes de que eso pase, prefiero largarme de este lugar con ella —pronunció, levantándose.

Caminó hasta el perchero y tomó el saco que había dejado allí la noche anterior, después de llegar totalmente agotado de la oficina; por lo general, era un hombre que cuidaba de su apariencia, pero en ese momento todo lo que quería era decirle unas cuantas cosas a su sobrina.

Salió del despacho como un tornado, dispuesto a llevarse todo lo que se atravesara en su camino; apenas le echó un vistazo a Margot, que bajaba las escaleras mientras él se dirigía a la entrada principal.

—Stephen, espera un momento, necesito hablar contigo —pidió ella, notando por la actitud de su hermano que algo había pasado, y por su semblante, no era nada bueno.

—No puedo ahora, Margot, lo que sea que tengas que decirme tendrá que ser después —comentó con rapidez, llevando su mano al picaporte, ni siquiera se detuvo a mirarla.

—Por favor, espera un segundo… ¿Qué sucedió?, ¿por qué estás tan alterado? —preguntó con preocupación—. ¿Acaso es algún asunto de los bancos? —Se vio forzada a acortar la distancia con pasos apresurados al ver que él salía.

—No tiene nada que ver con los bancos, es algo personal… Se trata de Vicky —respondió al ver que ella lo seguía.

—¿De tu hija?…, ¿qué le ocurrió a Victoria? Los informes del colegio no me hablaron de nada malo; por el contrario, le está yendo bastante bien, según la madre superiora.

—No se trata de sus estudios. —Se detuvo sin saber si contarle. Estaba seguro de que si le decía algo, ella intentaría hacerlo desistir, y esta vez, no lo conseguiría, así que era mejor mantenerla al margen, al menos por el momento—. Tengo que ir a hacer algo y, cuando regrese, te cuento todo; no te preocupes por nada, yo me encargaré de solucionar esto —dijo y se alejó, dejando a su hermana prácticamente con la palabra en la boca.

No acostumbraba a hacer eso, ante todo, era un caballero, pero en ese momento no podía pensar en nada más que no fuese ahorrarle más humillaciones y tristeza a su hija, y eso solo lo conseguiría dejándole las cosas en claro a la familia Lerman.

Margot lo vio alejarse en el auto, dejando una estela de polvo tras él, conduciendo solo, pues ni siquiera le pidió a un chofer que lo llevase, eso la alertó mucho más y también la molestó.

Sabía que fuese lo que sea que estuviera pasando, era grave, por lo que consideraba que ella debía estar al tanto de ello; después de todo, la crianza de Victoria había recaído en sus manos desde que llegó a esa casa, y si algo estaba sucediendo con la chica, ella debía tener conocimiento de eso.

Stephen llegó a la mansión de los Lerman, que no quedaba muy lejos de la de los Anderson; durante el trayecto, la rabia que sentía no menguó ni siquiera un poco. Sabía que debía tratar la situación con calma, que no podía permitir que Deborah lo sacara de sus cabales; sobre todo, que debía imponer la autoridad que como tío de ella tenía.

—Buenas tardes, señor Anderson. —Lo saludó el ama de llaves.

—Buenas tardes, Leonora, ¿se encuentran los señores en casa? —inquirió una vez que la mujer lo hizo pasar.

—En este momento solo está presente la señora —respondió, notando algo de molestia en el heredero.

—Bien, necesito hablar con mi sobrina. ¿Sería tan amable de avisarle que estoy aquí y deseo verla? Por favor —solicitó, yendo directo al grano.

—Sí, por supuesto. Por favor, pase al salón de la señora, enseguida le hago saber de su presencia.

—Muchas gracias, Leonora.

Entró al lugar donde su sobrina recibía a las vistas y pasaba la mayor parte de su tiempo, se podía ver que seguía el mismo estilo de toda la casa. Sin embargo, tenía uno que otro detalle que le

recordaron a aquella chica de la adolescencia; por ejemplo, esos cuadros con flores disecadas, o la colección de muñecas de porcelana que estaba en una de las vitrinas, guardadas celosamente tras un cristal.

Pensó en lo mucho que había cambiado Deborah desde entonces; no era que antes fuese una chica vivaz, que irradiara alegría, ternura y entusiasmo por la vida. Ya que, al ser la mayor de los tres hijos de Bernard, siempre tuvo sobre sus hombros la carga de inspirar respeto; era algo que su padre siempre le exigía, mientras que con Alicia, era más flexible; y el pequeño Brandon siempre fue el consentido de su madre.

—Buenas tardes, tío; qué grato recibir su visita —mencionó, entrando al lugar con una gran sonrisa fingida.

—Buenas tardes, Deborah. La verdad, no creo que esta visita te resulte muy grata, después de que sepas el motivo que me trae hasta aquí —respondió él, adelantándole lo que le esperaba.

Ella se quedó en silencio y se paseó por el lugar, llegando hasta el juego de sillones junto al ventanal, que daba al jardín de la mansión, intentando ganar tiempo para descubrir el motivo, que obviamente, no era de cortesía.

—Tome asiento, por favor, tío —pidió, indicándole con la mano un sillón frente al que ella había ocupado—. Y dígame qué lo ha traído hasta aquí. Supongo que se trata de algo grave, por su actitud y sus palabras. —Deborah habló sin perder su habitual calma, una dama jamás debía mostrarse histérica.

Él pensó en quedarse de pie, pues lo que tenía que decirle no le llevaría mucho tiempo, pero se recordó que debía mostrarse como el caballero que era, por muy molesto que estuviera. Decidió no responderle a su sobrina con un gesto grosero, sino con una actitud madura; así que caminó, mostrando aplomo en cada paso, y se sentó, fijando su mirada de inmediato en ella.

—He recibido una carta de mi hija Victoria.

—Me alegra por usted, hace pocos días llegué de Londres, y pude compartir con mis hijos uno de sus fines de semana libres.

—¿Y por casualidad, usaste parte de ese tiempo para seguir llenándolos de resentimientos hacia una pequeña niña que no te ha hecho absolutamente nada? —cuestionó, sin poder ocultar la rabia en su tono de voz ni en su actitud.

Deborah se quedó en silencio, observándolo, sin perder la calma, puesto que sabía que esa discusión ocurriría tarde o temprano. Vio que su tío comenzaba a perder la paciencia y decidió hablar.

—Sus acusaciones no tienen fundamento.

—¡Por supuesto que lo tienen! —exclamó, saliéndose de sus cabales al ver la pasividad de ella. Luego respiró profundo y se recompuso—.

Sabes perfectamente el trato que tu hija le da a Victoria, las humillaciones a las que la somete.

—Por favor, tío…, son solo niñas. No debería darle importancia a este tipo de cosas; cuando crezcan, olvidarán todo y sus reclamos no tendrán sentido —dijo, poniéndose de pie para escapar de la intensa mirada llena de rabia de Stephen Anderson.

—Entonces, lo que me sugieres es que me quede de brazos cruzados, mientras que tu hija Elisa, humilla y maltrata a Victoria; porque, según tú, esto no tiene importancia —expresó con rabia y se puso de pie.

—Lo que le sugiero, tío, es que no alimente las fantasías de su hija, y que no haga un drama de toda esta situación. Las niñas saben cómo solucionar sus problemas, sin que los adultos tengamos que intervenir. Si me permite darle un consejo, como una madre con más experiencia de la que pueda tener usted, solo está sobreprotegiendo a Victoria; esa niña está muy malcriada.

—Esa niña es tu prima, deberías referirte a ella como tal, porque por si se te olvida, también es una Anderson, lleva mi apellido y fue concebida dentro de un matrimonio. —Le dejó eso en claro, porque parecía que allí radicaba el problema.

—Un matrimonio que fue repudiado por esta familia.

Ella no pudo seguir conteniéndose, porque sentía que eso había sido una traición; mientras ella se veía en el compromiso de casarse con un hombre al que apenas conocía y que era algunos años mayor; él, se escapaba para casarse con una vulgar campesina, darse el lujo de renunciar a sus responsabilidades con la familia, dejándole toda la carga a su padre, ya que su abuelo estaba enfermo. Se olvidó de sus tradiciones y de sus valores, todo en nombre del estúpido y egoísta amor.

—Ese no es un asunto que trataré contigo, Deborah, porque ya lo he dejado claro; y no serás tú, quien venga a decirme cómo criar a mi hija, porque por la actitud de Daniel y de Elisa, en ese rol, dejas mucho que desear. Tus hijos son caprichosos, egoístas y arrogantes, y eso no es algo que me haya contado Vicky, es lo que yo mismo he visto en ellos, en el tiempo que llevo conociéndolos. Les estás haciendo un gran daño a esos niños —mencionó sin titubear un solo segundo, no le importaba la mirada de asombro y resentimiento que ella le dedicaba.

—Usted puede ser mi tío, pero no tiene ningún derecho a juzgar la manera en la que crío a mis hijos.

—Lo tengo porque sus comportamientos perjudican a mi hija, porque ese absurdo resentimiento que sientes hacia mí, y que ni siquiera comprendo, ya ha contagiado a tu hija. Elisa invitó a Victoria a tu casa en Londres, diciéndole que deseaba que fuera su amiga, y

cuando el día llegó, le dijo que había cambiado de parecer y que nunca serían amigas, porque mi hija no estaba a su altura; siempre con la maldita manía de creer que ella es menos, solo porque su madre fue una mujer humilde —pronunció, mientras la rabia que se mezclaba con el dolor y la impotencia, comenzaba a hacerle girones la garganta.

Le pasaba siempre que sentía el desprecio que su familia le prodigó a Virginia en el pasado, y que ahora deseaban extender hacia Victoria, como si no fuese suficiente con que hubiese perdido a su madre, siendo tan pequeña.

—Yo no puedo condicionar las amistades de mi Elisa, si ella no quiere ser amiga de su hija, no seré yo quien la obligue.

—Eso que acabas de decir es una gran mentira, porque estoy seguro de que has sido tú quien le ha dicho que no se relacione con Vicky, pero no es algo que me importe; porque mi hija no necesita de eso, ella sabe cómo ganarse el cariño sincero de las personas. Solo dile a Elisa que la deje en paz y que no se le ocurra hacerla llorar de nuevo con sus humillaciones, porque la próxima vez, no hablaré contigo, sino directamente con John —mencionó, dándole la espalda para marcharse—. Y una cosa más. Si no cambias de actitud, el día de mañana, Daniel y Elisa, serán dos personas mezquinas, malvadas, sin ningún tipo de consideración hacia los demás. Toma eso como un consejo de tío a sobrina. Buenas tardes, Deborah.

Después de eso, abandonó el salón, dejando a la mujer en silencio; ya había dicho lo que tenía que decir, se había desahogado y esperaba que a su sobrina le quedara claro que, Victoria no estaba sola, que él la defendería de quien fuese.

Capítulo 32

Terrence se encontraba tendido sobre la hierba y algunas hojas muertas que se desprendieron del enorme arce, cuya sombra lo cobijaba de los brillantes rayos del sol de primavera. Su ceño estaba profundamente fruncido, su mirada azul lucía bastante oscura, a pesar de la claridad que reinaba en el lugar, y sus labios formaban una delgada línea; esos gestos demostraban en toda su expresión la rabia que sentía en ese momento.

—No puedo creer que hayan suspendido nuestro fin de semana libre, por esa tontería del festival —expresó, lanzando lejos la rama seca que tenía en su mano.

—¿Por qué te molesta tanto? —preguntó Victoria, mirándolo de reojo. Ella también quería tenderse allí y lucir tan relajada como él, pero una señorita no debía tener ese tipo de comportamientos, ni siquiera en privado, le había dicho su tía.

—Porque es un estúpido festival. Lo hacen para que los padres vengan a ver a sus hijos y aplaudan su escaso talento; los vitorean, como si fuesen excelentes actores, cuando lo que deberían hacer es condenarlos por ridiculizar grandes obras —respondió, dejando todo su resentimiento en libertad.

—¿Por qué eres tan duro con las demás personas, Terry? Puede que no todos tengan talento, pero hacen su mayor esfuerzo, y se sienten felices y tan entusiasmados de tener a sus padres aquí. —Ella intentó que Terrence dejara de lado su amargura, pero al ver que él se quedaba callado, continuó—. Dicen que te ofrecieron representar a Jesús, en la obra principal, y te negaste; incluso, que fuiste grosero con el capellán.

—Él intentaba humillarme, sabe bien que desde hace mucho no participo en esas obras… ¡Y ahora más que nunca odio todo lo que tenga que ver con el teatro! —dijo, poniéndose de pie y comenzó a patear la grama.

—¿Por qué? —Lo cuestionó, sintiéndose desconcertada ante esa reacción tan violenta.

—Por favor, pecosa, ¿podrías dejar de hacer tantas preguntas? Pareces una detective —indicó con fastidio, pero se arrepintió enseguida al ver que ella bajaba el rostro, avergonzada.

—Lo siento, no quise molestarte —susurró e intentó ponerse de pie para marcharse. Era evidente que él no estaba de buen humor, y ella tampoco quería empeorar la tristeza que sentía, discutiendo con su amigo.

—Vicky, espera… —La tomó por el codo para impedir que se fuera —. Yo soy quien debe disculparse, me porté como un patán… Es solo que… no me gusta hablar de ese tema; el capellán, al igual que muchas de las hermanas, sabe que odio todo esto y, aun así, me obligan a participar. Eso me enfurece, pero no me he molestado contigo, sino con ellos. —Le explicó, mirándola para que viera que estaba arrepentido.

—Está bien, respetaré tu silencio… Aunque, mi tía Olivia me dice que a veces es mejor expresar esas cosas que nos molestan, que hablar es una manera de limpiar el alma —dijo y lo miró a los ojos, para que él supiera que ella estaría allí, si algún día decidía contarle todo aquello que lo enfurecía y lo lastimaba.

—Tal vez siga el consejo de tu tía…, más adelante —contestó y le desvió la mirada.

No quería que ella se enterase aún de lo desastrosa que era su vida, que había sido el fruto de una relación clandestina y que sus padres lo consideraban un error; sin embargo, pensó que Victoria merecía conocer un poco más de él, después de todo, le había demostrado que podía confiar en ella.

—Estoy en este internado desde que tengo siete años, más de la mitad de mi vida la he pasado entre estas paredes, Vicky; y casi todos me conocen muy bien, saben que decidí no volver a estar en esas obras nunca más, desde que cumplí los doce años.

—Y… ¿Puedo preguntarte por qué? —La curiosidad la llevó a hacer esa pregunta, aunque dijo que no lo haría.

—Porque se suponía que esas obras eran para ser representadas frente a nuestros padres, que ellos serían los invitados especiales del festival, pero… —Se interrumpió, sintiéndose furioso con solo recordar; respiró profundo y prosiguió—, mi padre nunca vino a verme… Siempre estaba ocupado, eso me decían las hermanas, cuando veían mi tristeza al enterarme de su ausencia. Me entregaban un sobre de su parte, nunca me escribió una nota, ni una sola palabra, lo único que había dentro era dinero —mencionó, dejando que la amargura impregnara cada una de sus palabras.

—Qué triste. —Ella murmuró y bajó la mirada a sus manos, al ser consciente de que estaba a punto de llorar, porque a lo mejor, a ella le sucedería lo mismo en el futuro.

—Ya no importa…, nada de eso me afecta ahora. Dejó de hacerlo hace mucho tiempo. —Eso era algo que él se obligaba a creer, pero en el fondo, sabía que no era así. De pronto, vio que Victoria se había quedado callada y tenía la cabeza gacha, mientras movía sus manos, arreglando una arruga invisible en la falda de su uniforme—. ¡Eh! ¿Qué ocurre, pecosa?, ¿por qué estás así? —inquirió, notando una gran tristeza en ella.

—No es nada —susurró, negándose a mirarlo.

—Comprendo…

Él también debía respetar su silencio si ella no deseaba hablar de lo que le sucedía, pero quería saberlo para poder ayudarla y consolarla, aunque eso último no sabía muy bien cómo hacerlo.

—Tienes razón, es un tonto festival; no deberían hacerlo si los padres nunca vienen —espetó, de pronto, mostrándose furiosa y dolida, al tiempo que elevaba el rostro y lo miraba a los ojos.

Terrence notó de inmediato el dejo de resentimiento que estaba presente en el tono de voz de Victoria, lo que lo sorprendió porque nunca imaginó que ella se fuese a mostrar de esa manera. La chica parecía tener una vida idílica, su padre era casi que la encarnación de Dios para ella, así que no comprendía porqué ahora se mostraba tan dolida con él.

—Desde que llegaste aquí noté que no tenías el mismo ánimo de siempre; por el contrario, estabas cabizbaja, y mi propia molestia me impidió ahondar más en ello. Dime, ¿qué pasó?

—Nada —respondió, bajando la cabeza; una vez más, negándose a mostrarse como una mentirosa, porque desde que se conocieron, ella siempre le dijo que su padre era el hombre más maravilloso del mundo, pero eso ahora era una mentira—. Son ideas tuyas, yo solo… Tengo que estudiar para las pruebas.

—Deberías seguir el consejo de tu tía Olivia. —Le recordó, y al ver que no conseguiría nada de esa manera, le sujetó los hombros y movió su cabeza para mirarla a los ojos—. Habla ahora, pecosa… ¿O no confías en m? ¿No somos amigos?

—¡Claro que sí! —expresó con seguridad.

—Entonces, ¿por qué no quieres contarme lo que te pasa? Quizá puedo ayudarte —sugirió, intentando convencerla.

—Es que…, nadie puede hacerlo… —dijo y su voz se quebró al instante—. Mi padre me prometió que vendría para mi cumpleaños, y no lo hará. Me envió una carta, diciéndome que se le haría imposible, pero que me enviaría un hermoso regalo… Pero no quiero ningún regalo, yo quería que él estuviese conmigo —pronunció en medio de lágrimas, después rompió en llanto, hundiendo su rostro en el pecho de Terrence.

Él se sintió impotente al verla sufrir de esa manera y no poder ayudarla, nunca había sido bueno con las palabras de consuelo.

Comenzó a sentirse impotente ante esa incapacidad, y un fuego se extendió por todo su pecho, al tiempo que un sentimiento de rabia y rechazo hacia Stephen Anderson, comenzaba a anidar dentro de él.

—Vicky, no llores… —susurró, acariciándole con suavidad la espalda, sintiéndose algo extraño, pues era la primera vez en su vida que se mostraba de esa manera.

—No es justo…, me dijo que venir aquí no nos distanciaría, y ahora… lo veo menos que cuando trabajaba como militar. ¡Ojalá nunca hubiese venido a este colegio! —exclamó, sintiéndose frustrada y dolida.

—No, no digas eso —mencionó Terrence, tomándole el rostro con las manos para mirarla a los ojos—. Si no hubieras venido, yo no te habría conocido y… —Se interrumpió sin poder expresar lo mucho que lo afectaba solo imaginarlo.

Victoria se sintió confundida ante la urgencia que escuchó en la voz de Terrence y la angustia en su mirada, no era la misma arrogante, coqueta o pícara que mostraba siempre; fue como si, de pronto, él se sintiese perdido y, pensó, que a ella también le hubiese dolido mucho perderse la oportunidad de conocerlo.

Intentó consolarlo y llevó su mano hasta la suave mejilla de él, que apenas comenzaba a mostrar rasgos más fuertes, esos que lo alejaban del chico, para convertirlo en un hombre.

Una vez más, esas poderosas sensaciones, que aún le resultaban desconocidas, se apoderaron de su cuerpo, haciéndola sentir prisionera de esos ojos azules que la miraban con tanta intensidad, haciéndola sentir pequeña, pero no en un sentido infantil, sino en otro que no lograba explicarse y, que, al mismo tiempo, hacían que Terrence se le mostrase como un gigante, imponente, intimidante y también protector.

—Tengo… que… regresar a clases —pronunció con un murmullo y su mirada anclada a la de él.

—Te dejaré ir…, solo si me prometes que no llorarás más —pidió sin soltarle el rostro, conteniendo sus deseos de bajar y besarla; cada vez le resultaba más difícil no ceder ante sus anhelos; suspiró, poniendo distancia—. Tienes una sonrisa muy hermosa, Vicky, deberías sonreír siempre y dejar las lágrimas atrás.

—No puedo prometer algo así…, las personas siempre lloramos por algo —respondió.

—Tienes razón, solo intenta no hacerlo mucho… Cada vez que lloras, tu nariz de se pone roja, y esas hermosas pecas que tienes, se pierden —dijo, queriendo jugarle una broma; prefería que ella estuviera molesta, y no triste.

—¡Terry, eres un tonto! —exclamó ella, frunciendo el ceño.

Él comenzó a reír porque obtuvo justamente lo que deseaba, tener frente a sus ojos a la Victoria de siempre; ella se alejó, dedicándole una mirada cargada de rabia, y cuando estaba por marcharse, recordó parte de sus palabras.

—Espera… ¿Dijiste que mis pecas son hermosas? —cuestionó y sus ojos verdes brillaban de emoción.

—¿Yo dije eso? —inquirió, sintiéndose nervioso y expuesto.

—Sí —respondió ella, sonriente.

—Seguramente… lo hice porque… —Él no lograba dar con las palabras para explicarse, y la mirada de Victoria cada vez lo ponía más nervioso; abrió la boca, intentando darle una respuesta.

—Porque te gustan mis pecas —dijo ella, riendo, divertida; por primera vez le ganaba una a Terrence—. Por eso insistes en llamarme pecosa —acotó con algo de arrogancia.

Terrence sintió que la vergüenza subía por todo su cuerpo y estallaba en su rostro, enrojeciendo sus mejillas hasta el punto que le ardieron; quiso esconderse o salir corriendo de allí, escapar de las burlas de Victoria, que comenzaban a incomodarlo.

Nunca en su vida había experimentado un momento tan embarazoso, ni siquiera aquella vez, cuando su padre le sugirió la idea de llevarlo a uno de los mejores burdeles de Londres, porque era momento de que se convirtiera en hombre; pensando que quizás eso ayudaría a dominar su rebeldía.

De pronto, las campanas del colegio comenzaron a sonar, anunciando que la siesta había terminado y que los alumnos debían regresar a sus lecciones de la tarde, que en su mayoría, se centraban en los actos del festival.

Victoria abrió mucho los ojos, sintiéndose alarmada de lo rápido que había pasado el tiempo, ni siquiera lo había notado, siempre le pasaba lo mismo cuando se encontraba en compañía de Terrence.

—Ya tengo que irme, nos vemos mañana…, mocoso engreído —dijo, riendo, y le entregó un guiño mientras se alejaba.

—Sí, claro…, peco… —Él se detuvo al ser consciente de que ella esperaba que la llamara así, solo para confirmar su teoría, pues vio cómo su sonrisa se hacía más efusiva.

Terrence se negó a caer en su juego, solo asintió en silencio, pero no pudo mantenerse serio ante la felicidad que desbordaba Victoria, le encantaba cómo ella podía sobreponerse a las situaciones adversas.

—¡Casi te atrapo! —Chocó las palmas de sus manos

Él le entregó una sonrisa ladeada para despedirla y, aunque no la llamó pecosa, ella estaba feliz porque no hacía falta que él la llamara así en ese momento, ahora sabía que era por un motivo especial, y cada vez que lo hiciera, recordaría que a Terrence Danchester le gustaban sus pecas.

Iba recordando sus momentos junto a él y sintiendo que estar a su lado, cada vez le agradaba más; por eso escapaba cada vez que podía, para verlo en el arce que estaba sobre la colina. Y entre más lo conocía, más descubría que no era el chico que muchos creían.

Podía que a ratos tuviera sus arranques de mal humor, también que fuera engreído; e incluso, arrogante, pero más allá de todo eso, era un buen chico y la hacía sentir bien.

De pronto, sintió que la sujetaban con fuerza de la cintura y una mano le aprisionaba la boca, para acallar el grito que subió por su garganta. Intentó desesperadamente liberarse de esa fuerte prisión que buscaba someterla, y comenzó a forcejear con su captor, mientras las lágrimas colmaban sus ojos.

—¡Vamos, pequeña intrusa! Deja de actuar como la salvaje que eres… ¿Acaso no te han enseñado a ser una dama aquí en el colegio? —pronunció Daniel, intentando controlarla, mientras disfrutaba del dulce aroma a rosas que brotaba de sus abundantes rizos.

Ella, al saber de quién se trataba, luchó con mucha más fuerza, porque el solo hecho de tenerlo cerca, le causaba repudio; no se había olvidado de lo que le había hecho Elisa, y estaba segura de que Daniel fue enviado por la pelirroja para hacerle daño.

Cómo pudo, consiguió mover sus labios para exponer sus dientes y darle una mordida en la mano, al tiempo que también le daba un fuerte pisotón, que los hizo tambalear y caer al suelo.

—¡Suéltame! —gritó, intentando ponerse de pie.

—¡Estúpida salvaje! Me las vas a pagar —dijo mirando la marca roja en su mano, lo que lo enfureció mucho más.

Victoria vio la mirada de Daniel destellar de ira, lo que la puso a temblar de miedo y activó sus alertas; con rapidez, gateó, tratando de alejarse, y cuando estuvo a punto de ponerse de pie para escapar, él la sujetó por la cintura.

—Si no haces lo que quiero, le diré a la madre superiora que te escapas todas las tardes a la colina para hacer quién sabe qué cosa, y que cuando te descubrí, me atacaste. —La amenazó, tumbándola sobre la grama y se le lanzó encima.

—¡No haré nada y será mejor que me sueltes! —gritó forcejeando con él, pero era demasiado fuerte para ella.

—Por tu culpa, Elisa fue reprendida, el intruso de tu padre fue a la casa de mi madre a insultarla, y la amenazó con decirle a mi padre que Elisa te maltrataba, si ella no castigaba a mi hermana. Ahora, por tu culpa no estará en el festival —pronunció con toda la rabia que eso le provocaba.

—Yo…, yo… no sé de qué hablas. —Victoria comenzó a temblar y estaba a punto de llorar.

—Ya sé que eres una tonta, pero esta vez no me engañarás, fuiste tú quien le dijo lo que sucedió el fin de semana libre.

—Elisa fue mala conmigo… y yo no le hice nada. —Se defendió y puso las manos en los hombros de Daniel, para empujarlo, sintiendo que él la aprisionaba—. Comenzaré a gritar si no me sueltas ahora mismo.

—Vamos, hazlo, tonta campesina; aquí no hay nadie que pueda ayudarte —dijo en tono triunfante.

La miraba con algo de codicia, porque a pesar de ser una chica inferior a él, según su madre y su hermana, no podía evitar reconocer que Victoria era muy hermosa, y que él, en algunas ocasiones, se sintió envidioso de las muestras de cariño que sus primos recibían de ella.

Sonrió con malicia al ver que ella temblaba y, pensó, que a lo mejor, podía obtener algo más con sus amenazas, como que ella aceptara dejarse besar.

Victoria se estremeció al ver la mirada de Daniel, había un brillo de maldad en sus ojos; y, de pronto, se sintió completamente atrapada; si él estaba en lo cierto, ella estaría perdida.

Separó sus labios, dispuesta a gritar, pero lo único que conseguía era boquear como un pez fuera del agua, el miedo le había robado la voz y toda esperanza.

—Te equivocas, miserable cobarde —anunció Terrence, acercándose a ellos y; sin previo aviso, le propinó una patada a Daniel en el costado, haciendo que se alejara de Victoria—. Te crees muy valiente, sometiendo a una chica; veamos si también lo eres para enfrentarte a un hombre.

Daniel quedó tendido en el suelo, al tiempo que se retorcía del dolor, y miraba a Terrence Danchester, sorprendido, sin saber cómo demonios se había aparecido allí, para arruinar sus planes.

Capítulo 33

Victoria se llevó las manos a la boca para ahogar el grito que le subió a la garganta, y era mezcla de asombro y felicidad al ver que Terrence había llegado para rescatarla.

Con rapidez, se puso de pie y comenzó a limpiarse la falda del uniforme, intentando quitar la mancha verde que el pasto había dejado en el pulcro blanco; si las hermanas llegaban a verla, seguramente le preguntarían dónde se ensució de esa manera, y la reprenderían.

—¡Vamos, miserable cobarde! ¡Ponte de pie! —Le gritó Terrence a un atemorizado Daniel, que lo veía desde el suelo, donde aún estaba tendido—. Te enseñaré cómo debes tratar a una dama —agregó mientras se soltaba los puños de la camisa y se las arremangaba hasta los antebrazos.

—¡No, no, no! ¡Déjame tranquilo! —exclamó Daniel, poniendo sus manos como escudo, para evitar que Terrence le volviera a pegar—. No me metí contigo…

—¡Levántate! ¿Acaso no alardeabas hacía unos minutos al someter a una pobre niña? —cuestionó, mirándolo con odio.

No quiso llamar a Victoria por su nombre, para no meterla en problemas, pues ese tonto, podía acusarlos con la madre superiora, si se enteraba de que ellos se reunían por las tardes en el arce.

—Yo creo que… —Victoria intentó mediar en la situación, no quería que aquello se convirtiera en un escándalo.

—Usted no se preocupe, señorita, regrese al colegio, que yo me encargaré de esta sabandija. —La voz de Terrence era amable, pero su mirada no le estaba sugiriendo a Victoria que hiciera lo que le decía, se lo estaba ordenando.

—¡No me dejes aquí, Victoria! —rogó Daniel, como el gran cobarde que era; sabía que si quedaba solo, acabaría muy mal. Terrence tenía fama de ser muy violento.

Victoria había dado un par de pasos para alejarse, pero la súplica de Daniel la hizo detenerse y volverse para mirarlo, ella sabía que Terrence le daría una paliza, ya lo había visto pelear antes, y sabía lo bueno que era para defenderse.

Mientras que Daniel, era pésimo, pues siempre perdía con sus primos cuando discutían; se mordió el labio inferior al verlo tan atemorizado, sintiendo lastima por él; después, buscó la mirada del rebelde inglés, quien la veía con insistencia.

—Señor Danchester…, le agradezco mucho que acudiera en mi

ayuda y que quiera darle una lección a Daniel, pero no creo necesario llegar a los golpes —mencionó para disuadirlo.

—Las personas como él, no aprenden de otra forma, solo recibiendo su merecido —espetó Terrence, con rabia; no entendía por qué ella pretendía defender a quien la había atacado.

—Me disculparé…, yo… —Daniel se puso de pie con rapidez e intentó acercarse a Victoria.

—¡Aléjese de la señorita! —bramó Terrence, interponiéndose entre los dos. No dejaría que ese miserable se le acercara de nuevo a su pecosa, primero lo molía a golpes.

—Solo intentaba disculparme. —Se defendió Daniel, mirando al arrogante inglés con resentimiento; ya mucho le costaba tener que humillarse delante de la tonta campesina.

—Recibo tus disculpas, Daniel —mencionó Victoria, atrayendo la mirada de los dos chicos—. Y lamento lo de Elisa, pero mi tía Julia dice que cada quien recibe lo que merece en la vida, por lo que espero que, después de esto, tú también aprendas tu lección. —Le dijo, mirándolo a los ojos.

Podía notar el desprecio y la rabia contenida en la mirada marrón y, eso, en el fondo, le causaba miedo; sabía que no podía confiarse del supuesto arrepentimiento del chico.

Sin embargo, tampoco podía permitir que Terrence lo golpeara, porque eso solo alimentaría el resentimiento de Daniel; además, le aterraba provocar un escándalo y que los expulsaran del colegio a los tres.

—Señor Danchester, permítame aprovecharme una vez más de su gentileza, ¿le importaría escoltarme hasta las aulas? —Le pidió a Terrence, quien no dejaba de mirar a Daniel, como si quisiera asesinarlo—. Me sentiría más tranquila si lo hace.

—Por supuesto…, solo espere un momento —respondió, antes de agarrar a Daniel por el cuello de su chaqueta y enfrentarlo—. Que sea la última vez que te consigo haciendo algo como esto, porque la próxima, no habrá quien te salve de que te que rompa la cara con mis puños, ¿entendido? —inquirió con los dientes apretados, en una actitud que dejaba clara su amenaza.

Daniel asintió como pudo, pues su cuello estaba en una posición muy incómoda, al tiempo que temblaba por el miedo que le causaba la intensidad en la mirada azul del inglés.

Cuando al fin Terrence lo liberó, se sintió aliviado y se alejó, pero al hacerlo trastrabilló y casi cae de nuevo, por suerte, logró mantenerse en pie; los vio marcharse, y él también corrió en dirección opuesta.

Victoria podía sentir la tensión que embargaba a Terrence y sabía que era la responsable de ello; no quiso restarle autoridad delante de Daniel, pero era peor si las cosas llegaban a mayores; los tres podrían

haber terminado fuera del colegio.

Llegaron al edificio donde quedaban los salones, y él pretendía dejarla sin decirle nada, solo le dio la espalda y comenzó a caminar.

—Terry, espera, por favor. —Caminó y lo agarró por el brazo para detenerlo—. No te he dado las gracias por rescatarme.

—Ya lo hiciste antes, Victoria —expresó en un tono adusto, que debía dejarle claro a ella que estaba molesto.

—Lo sé, pero no fue… —decía, mostrándose apenada, cuando él la detuvo.

—¿Por qué no dejaste que lo golpeara? —inquirió mirándola con rabia, sin entender por qué había defendido a ese miserable que intentó lastimarla. ¿Acaso sentía algún tipo de estima por él? Se preguntó, sintiendo cómo el fuego de los celos comenzaba a arder dentro de su pecho—. ¡Daniel Lerman se lo merecía!

—Porque la violencia nunca soluciona nada, solo crea más resentimiento…, porque te estaba cuidando —confesó, sintiéndose acorralada por su actitud.

—¿Cuidándome? ¿Acaso no recuerdas que sé cómo defenderme? —cuestionó, enfurecido—. Daniel Lerman no tenía ningún tipo de ventaja contra mí, lo hubiese acabado con un par de golpes, lo sabes —expresó con arrogancia.

—Y eso hubiese provocado un escándalo.

—¿Y qué importa? Todo el mundo le tiene miedo a lo mismo, «el escándalo», como si la vida se fuese a acabar por algo como eso.

Terrence sentía que cada vez se molestaba más, no podía creer que Victoria fuese igual a las demás personas, tan pobres de espíritu, que preferían aguantar humillaciones en silencio, en lugar de revelarse contra sus opresores.

Pues, él, no era así, nunca lo había sido y tampoco lo sería; odiaba las injusticias, y si debía ganarse a medio mundo de enemigo o tener fama de «rebelde», lo haría, pero jamás se quedaría callado ante algo que estuviera mal.

—Yo no le tengo miedo al escándalo, sino a que termináramos expulsados del colegio… Dime, ¿qué pasaría si algo como eso ocurre? —cuestionó, sintiendo que también se salía de sus cabales, al ver que Terrence era un inconsciente; no esperó una respuesta de su parte—. Daniel y su familia me odiarían más de lo que ya lo hacen, tu padre te enviaría a una academia militar, donde, seguramente, te maltratarían si no acatas las reglas; y, yo, tendría que regresar a América, para lidiar con la decepción de mi padre y los reproches de tía Margot.

Todas las palabras salieron de los labios de Victoria en un torrente, mientras sus ojos se anegaban en lágrimas; su respiración cada vez era más agitada y su cuerpo temblaba de pies a cabeza, con tan solo imaginar un escenario como ese.

Pero lo que más la lastimó fue, ver que Terrence se quedaba impasible, que no caía en cuenta de lo grave que podía ser la situación; él, lo único que deseaba era cazar una pelea con Daniel, todo para satisfacer sus tontos deseos de demostrar que era más fuerte.

—Pues si no te importa lo que pueda pasar, ve…, ve y cáele a golpes a Daniel; ocasiona un escándalo y haz que nos expulsen a los tres… Yo iré a mi habitación para hacer mi equipaje —dijo, dándole la espalda y comenzó a caminar.

—Vicky…, espera —pronunció al ver que se marchaba, llorando, pero no se detuvo, y él fue tras ella—. Victoria, por favor, mírame —rogó, tomándola del brazo.

—Ya déjame, Terrence. —Se negaba a mirarlo, porque no quería que él la viese llorar.

—Lo siento…, yo… solo intentaba defenderte —dijo, angustiado de solo pensar que podía perder su amistad.

La agarró con fuerza por los brazos, acercándola a su cuerpo en un gesto desesperado, queriendo que ella se quedara con él para siempre. Vio algo de temor en la mirada esmeralda de Victoria, y relajó su agarre; no quería asustarla más de lo que ya estaba.

Suspiró, intentando calmarse, y en un gesto que nació de manera natural, llevó sus manos hasta el pequeño rostro de ella y lo acunó, acariciando con sus pulgares las suaves mejillas de su pecosa, secando las pesadas lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Vicky, nunca haría nada que pudiera perjudicarte… Tú…, tú me importas…, yo solo deseo cuidarte y hacerte feliz.

—Entonces, deja que yo también haga lo mismo por ti; no quiero que te sigas metiendo en problemas por mi culpa… Debes ser menos impulsivo, Terry, y más consciente —pidió, apoyando las manos en su pecho, sintiendo el latido fuerte de su corazón y el calor que brotaba de su pecho.

—Soy una persona con muchos defectos, pecosa…, y creo que ese es el mayor de todos… Lo siento —confesó, cerrando sus ojos al sentirse avergonzado.

—No tienes que disculparte, tampoco es que sea tan malo; y sé que lo hiciste para ayudarme, te estoy muy agradecida por eso; si no hubieras llegado, no quiero ni imaginar lo que habría hecho Daniel —dijo, estremeciéndose de miedo—. Pero, a veces, es necesario saber cuándo detenerse. Ya le habías dado su merecido, ¿no viste cómo se quejaba del dolor? Y hasta parecía una sabandija asustada. Te aseguro que, después de esto, no volverá a meterse conmigo, así que no hacía falta que las cosas se fueran a mayores —mencionó, y su voz se mostraba más relajada, además de algo divertida al recordar la cara de terror de Daniel.

—Eso no es algo que tengamos por seguro, los tipos como él, son traicioneros; no puedes confiarte, Victoria… Esta vez, pude acudir en tu auxilio, pero si alguna vez no estoy cerca y él llega a atacarte de nuevo, ¿qué harás? —inquirió mientras sus pupilas se movían de un lado a otro con desesperación.

—Pues tendré que aprender a defenderme sola, no puedo depender todo el tiempo de alguien para que cuide de mí. Si en verdad deseas cuidarme, enséñame a defenderme, entonces.

—¿Cómo dices? —cuestionó con el ceño fruncido, pues no entendía el planteamiento de Victoria; es decir, sí lo hacía, pero no comprendía cómo podía hacerlo posible.

—Enséñame a pelear, Terrence… Quiero ser tan fuerte y ágil como tú —dijo con entusiasmo, mientras lo miraba a los ojos.

Él se alejó de ella, mostrándose confundido; se suponía que Victoria estaba allí para aprender a ser una dama, para desenvolverse en sociedad; al menos, eso se lo había dicho muchas veces; así que no entendía por qué ahora deseaba aprender a pelear, como si fuese una persona de la calle.

—Las chicas como tú no pelean, Vicky —respondió con seriedad.

—¿Y por qué no? —preguntó, llevándose las manos a la cintura y elevando la barbilla, en una actitud retadora.

—Porque no es algo propio de una dama, no está bien visto.

—No sabía que tuvieras pensamientos tan retrógrados, Terrence… ¿Acaso las mujeres no tenemos derecho a defendernos? —cuestionó, mirándolo con reproche.

—Las mujeres tienen a los hombres para que las defiendan —respondió lo que era natural.

—Pues, eso me parece absurdo. —Se quejó, dando un fuerte pisotón a la grama—. Y también es una injusticia.

—Son las leyes de la vida —acotó él, intentando no sonreír al ver el berrinche que hacía.

—¡Son tonterías! Pero si no deseas enseñarme, no importa, aprenderé sola… —Quiso decir algo más al ver la risa burlona que Terrence pretendía esconder de sus labios, pero no supo qué, y eso la hizo sentir frustrada; respiró profundo y se arriesgó a prometer algo que no sabía si conseguiría—. Te lo demostraré…, como que me llamo Victoria Anderson Hoffman —aseguró y giró sobre sus talones con un movimiento enérgico para alejarse.

—Vicky…, no te molestes…, espera. —Él intentó detenerla, pero no podía parar de reír al ver esa postura tan altanera.

Comprendió que si la seguía en ese momento, ella podría malinterpretar sus gestos; no quería burlarse de ella, pero la verdad, le parecía muy divertida su actitud.

—Definitivamente, eres una chica muy especial, Vicky. —Se dijo en

voz alta, mientras regresaba al ala de los chicos.

Dos semanas después, Terrence comenzaba a preocuparse, porque no había visto más a Victoria, desde que ella lo dejara estando molesta con él. No había regresado al arce por las tardes.

Él se quedaba allí, esperándola, pero nunca aparecía, y esa situación se le estaba haciendo cada vez más difícil de soportar; necesitaba verla a como diera lugar y, si era necesario, también le enseñaría a pelear, si eso la hacía feliz.

—Vamos, pecosa…, aparece por algún lado —mencionó, mirando el camino por donde ella siempre llegaba.

Sintió un inmenso y doloroso vacío abarcar todo su pecho, por lo que cerró los ojos para poder traer a la hermosa y altanera pecosa a sus recuerdos; deseando tenerla allí, aunque fuese para discutir con ella.

Sin embargo, minutos después, cuando sus párpados se abrieron, ya el sol de la tarde moría tras la bella silueta de la ciudad de Brighton, y también lo hacía su esperanza de ver a Victoria ese día.

Capítulo 34

Victoria llevaba un par de semanas ideando cómo aprender a defenderse, sin tener que esperar a que viniera un chico y lo hiciera por ella. Debía demostrar que tenía la valentía suficiente para hacerlo, pero le estaba costando mucho, pues, al no tener un oponente, no podía poner en práctica aquello que alguna vez le vio hacer a sus primos.

Sin embargo, eso no la detendría, les demostraría a todos que ella era capaz de defenderse sola, y la próxima vez que Daniel o Elisa quisieran lastimarla, lo terminarían pagando muy caro. También le enseñaría a Terrence que se equivocaba, que las chicas no tenían por qué depender de un caballero para ser defendidas; las épocas evolucionaban, y ella había leído en muchos libros, que no solos los hombres podían ser grandes guerreros, también las mujeres podían ser heroínas.

Se paró frente a su espejo de cuerpo completo, observando con orgullo su figura envuelta en ese traje que había conseguido del armario de sus primos, al que tuvo que hacerle un par de ajustes, pues le quedaba muy grande.

Sopló el mechón de cabello que le caía sobre la frente, mientras imaginaba una forma ingeniosa para llevar a cabo sus planes.

—Vicky, ¿se puede saber qué te mantiene tan ocupada últimamente? —preguntó Annette, mirándola a los ojos, en cuanto se sentó a su lado para disfrutar de la cena.

—Quedamos en ir juntas a practicar fortepiano. Las pruebas son la semana entrante, y de las tres, tú eres la que más debe hacerlo, Vicky. —Le recordó Patricia, mirándola por encima de sus anteojos de monturas gruesas.

—Lo sé, chicas, les he quedado mal, y en verdad lo siento, pero me quedé dormida. —Se excusó, desviándoles la mirada, porque no le gustaba mentir a las personas que quería, pero tampoco podía decirles la verdad, porque ellas no comprenderían.

—¿Y las otras veces te pasó lo mismo? —inquirió Annette, escudriñándola con la mirada.

—Yo…, yo… —Victoria se quedó con la respuesta atorada en la garganta, mientras sus pupilas se movían de un lado a otro, con nerviosismo. Entonces, pensó en decirles la verdad a medias—. Bien, se los diré… He estado practicando.

—¿Practicando? —preguntó Patricia con desconcierto.

—Sí, es que quiero resaltar en el desfile, quiero ser la reina del

festival —respondió con una gran sonrisa.

—Vicky, pero si no te hace falta, eres la chica más linda del colegio, todo el mundo sabe que vas a ganar —mencionó Annette, quien no podía competir, porque había sido la reina del año anterior y, ese año, debía ceder la corona.

—Annette tiene razón, serás la ganadora —apuntó Patricia, quien nunca había sido escogida como candidata. Al principio le provocaba tristeza, pero ya se había acostumbrado a ser ignorada.

—Tengo que competir con Susan Faulkner, saben que ella es muy hermosa; además, es la mejor amiga de Elisa, y harán lo que sea para ganar —comentó Victoria en voz baja, mientras miraba a los ojos a sus dos compañeras.

Annette y Patricia se quedaron en silencio, pero asintieron al comprender el punto de su amiga, en ese momento fueron conscientes de que Victoria tenía razón; así que, debían apoyarla.

Ambas se miraron con complicidad y, después, tomaron las manos de su amiga, para hacerle ver que estarían allí para ayudarla a conseguir esa corona, porque nadie se la merecía más que ella.

—Desde mañana, practicaremos contigo, vas a ser la mejor de todas. —Le prometió Annette, sonriéndole.

—Eso… sería genial… Muchas gracias, Annie.

Victoria se sintió atrapada y sin saber qué podía hacer para salir, ya que ella misma se había metido en esa trampa al no serle sincera a sus amigas; debió decirles la verdad, aunque la juzgaran mal, pero ya era demasiado tarde para hacerlo.

Así que, no le quedó más que entregarles una sonrisa que intentó hacer que fuese tan efusiva como las de ellas, al tiempo que pensaba en alguna excusa para darles; sin embargo, en ese momento llegó la cena, y los deliciosos aromas de los alimentos hicieron que se olvidara de ello; al menos, por el momento.

Durante la comida, Victoria intentó hacerles cambiar de idea, ya que ella no se sentía muy entusiasmada con eso de ser la reina del festival; después de todo, su padre no estaría presente en el evento, así que no tendría a quién lucirle.

Al final, todos sus esfuerzos fueron en vano, Annette se había empeñado en que haría de ella la concursante más hermosa de Brighton, y Patricia la acompañó en su entusiasmo.

Así fue cómo se vio toda una semana entre vestidos de encajes, seda y terciopelo, con peinados elegantes; e incluso, usando maquillaje por primera vez.

Todo a manos de sus dos amigas, quienes no le permitieron continuar con sus prácticas, pero, debía reconocer que se divertía mucho con Annette y Patricia; además, ellas la distraían, y de esa manera no se la pasaba pensando en el arrogante de Terrence

Danchester.

Sin embargo, una de esas tardes, logró escaparse de las «lecciones de pasarela» que le daba Annette, alegando que ya se sentía preparada, y que debía prestarle más atención ahora a los libros, pues los había dejado de lado; y los exámenes estaban cerca.

En cuanto se vio sola en su habitación, hizo lo que su corazón anhelaba desde hacía varias semanas, salió del colegio de manera sigilosa, como siempre hacía, y corrió hasta la colina.

—Sabía que te encontraría aquí —mencionó, viendo a Terrence apoyado en el tronco del arce, mientras fumaba un cigarrillo; cosa que le resultó muy desagradable.

—Nunca he dejado de hacerlo, en cambio tú… —respondió, queriendo mostrarse casual. Su orgullo no le dejaba expresar cuán feliz se sentía de verla, pero realmente lo estaba y quería abrazarla muy fuerte; sin embargo, se mantuvo en su postura, distante—. Supongo que ya no estás molesta conmigo.

—Te equivocas, aún lo estoy —pronunció, elevando su barbilla con altivez, mientras lo miraba.

—Entonces, ¿qué has venido a hacer a este lugar? —preguntó, sin poder esconder la molestia en su voz y en su lenguaje corporal. Apagó la colilla contra el árbol y, después, la lanzó hacia la calle, al otro lado de la muralla de piedra.

—He venido a retarte —respondió con naturalidad, obligándose a esconder la sonrisa que le provocó la reacción de Terrence. Él se veía completamente desconcertado.

—¿A retarme? —inquirió y soltó una carcajada—. Pecosa, ¿qué libro has estado leyendo? Seguramente uno ambientado en la edad media, pues dudo mucho que sea reciente. —Se burló de ella sin poder evitarlo, y no lo hizo por maldad, así era él.

—No he venido a retarte a duelo, tonto. —Una vez más, la sacaba de sus cabales—. He venido a retarte a una pelea de esgrima, para que veas que puedo defenderme sola y que no necesito que tú o cualquier otro acuda en mi ayuda, como si fuese una pobre doncella que necesita ser rescatada —explicó, mirándolo a los ojos, dejándole ver esa vena rebelde que su tía Margot había intentado apagar, pero que estando lejos de ella, cada día ardía con mayor intensidad.

—¿Esgrima?, ¿acaso sabes algo de esgrima, Victoria? —inquirió, sintiéndose mucho más confuso.

—¡Claro que sí! —Se mostró segura, y al ver que la mirada con burla, continuó para que viera que hablaba en serio—. Mis primos son muy buenos, y siempre los veía practicar; aprendo rápido y he estado practicando, así que estoy segura de que puedo ganarte —agregó, mirándolo con superioridad.

Él se quedó en silencio mientras la observaba, sintiéndose bajo ese

hechizo que ella provocaba; y era esa determinación, su valentía, su deseo de ser mucho más que la señorita «adorno», que le imponía la sociedad a la mayoría, lo que hacía que estuviera completamente fascinado con Victoria Anderson.

—Debo ser sincero contigo, soy muy bueno en esgrima; he vencido a todos en este colegio, incluyendo a tus primos.

—Pues, si estás tan seguro, deberías aceptar. A menos, claro, que me tengas miedo —dijo con toda la intención de provocarlo.

Una nueva carcajada llena de ese sonido tan vibrante, hacía que algo revoloteara en el estómago de Victoria, acompañado de una mezcla de emociones, que iban desde la molestia, hasta algo parecido al embelesamiento, cuando se quedó mirándolo fijamente y los rayos de sol le daban cierto aire idílico.

—Acepto —pronunció, y su voz sonó más ronca que de costumbre, al tiempo que en sus labios se dibujaba esa sonrisa lobuna que era tan natural en él—. ¿Dónde llevaremos a cabo este «duelo», Victoria Anderson? —inquirió, mirándola con intensidad.

—Aquí, por supuesto —esbozó ella, queriendo mostrarse segura, pero la actitud de Terrence, de pronto, hizo temblar sus piernas; había un brillo de maldad en sus ojos.

—Me temo que eso no podrá ser, este lugar no es apropiado; además, ¿cómo harás para salir a plena luz del día vestida con el traje de esgrima? —cuestionó con algo de diversión, al ver que ella no había previsto ese pequeño detalle en su plan.

Victoria se sintió muy mal por no haber pensado en eso, esquivó esa mirada azul que lucía más intensa e inquisitiva; se mordió el labio inferior y frunció el ceño mientras buscaba en su cabeza una respuesta.

Debía ingeniárselas con algo que no la dejara delante de Terrence como una tonta, pues eso le daría motivos para burlase de ella, todavía más, si fuera posible; pero luego de un rato, nada interesante le llegó.

—¿Qué propones? —preguntó, mirándolo con algo de molestia, por aceptar haber perdido.

—Veamos… —Sonrió con satisfacción y guardó silencio para pensar en algo—. Lo haremos esta noche en el salón de esgrima.

—Eso está en el ala de los chicos. —Victoria abrió mucho sus ojos, mostrándose alarmada.

—Efectivamente —acotó él, con naturalidad.

—Pero…, yo no puedo ir allí, Terrence —dijo negando con la cabeza, mientras lo miraba con algo de asombro.

—Solo déjalo en mis manos, si aceptas, paso por ti esta noche.

—No lo sé…, puede ser peligroso —dijo, mostrándose dudosa y bajó la mirada, queriendo escapar.

—Tal vez, pero se supone que eres una chica muy valiente, ¿no es así? —La retó con deliberación.

—Sí, lo soy —pronunció con determinación, llevándose las manos a la cintura y elevando la barbilla.

—Bien, entonces no tendremos problema. Pasaré por ti después de la última ronda de las monjas.

—Eso es después de las ocho, es muy tarde.

—Si lo hacemos más temprano pueden descubrirnos, después de esa hora, todo el mundo debe estar durmiendo, así que es menos probable que alguien nos vea. —Le explicó esa rutina que él ya conocía de memoria, pues era cuando aprovechaba para escaparse del colegio sin que nadie se enterase.

—Está bien —concedió, sintiendo que desde ese momento, los nervios llenaban su cuerpo.

—Debes vestirte con ropa oscura para poder pasar desapercibida en la oscuridad, y una vez que estemos en el salón, te pones el traje. Y también deja un pañuelo colgado en tu ventana, así sabré cuál es tu habitación.

La verdad era que él sabía exactamente cuál era la recámara de Victoria, durante las últimas noches había llegado hasta allí, con la intención de subir y preguntarle por qué ya no iba en las tardes a la colina. Pero su orgullo lo hacía permanecer en ese lugar, solo mirando el balcón, mientras que en el fondo de su corazón, esperaba que ella se asomara y así poder verla.

—Tendré todo eso presente —mencionó, sacándolo de sus pensamientos, al ver que él se quedaba en silencio—. Ahora tengo que irme, nos vemos en la noche.

Victoria le dio la espalda para comenzar a caminar, al tiempo que pensaba que acababa de acceder a hacer una locura que, probablemente, le traería muchos problemas si algo salía mal. De pronto, sintió la mano de Terrence rodeando su antebrazo; el toque cálido y seguro del chico, hizo que algo en su interior se estremeciera con fuerza; se volvió a mirarlo, y él le entregaba una mirada cargada de intensidad.

—Vicky, espera. —Pudo ver el miedo en ese par de esmeraldas verdes que lo veían fijamente y, de inmediato, supo que lo último que él deseaba inspirar en ella era ese sentimiento, así que optó por hacer algo divertido para alejar de ella el temor—. No tienes que tener miedo, soy un caballero y prometo no darte una paliza.

—Pues, no puedo prometer lo mismo, porque sí te la daré, Terrence Danchester. Verás que no eres el único que sabe cómo defenderse —proclamó con orgullo.

—Estás muy segura, pecosa —dijo mirándola con detenimiento, para saber si ella tramaba algo más.

—Sí, lo estoy…, porque sé que soy buena —comentó sin caer en sus provocaciones. Si pretendía hacerla desistir al mostrarse tan confiado, debía entender que no lo conseguiría.

—Bien, ¿por qué no hacemos una apuesta, entonces? —sugirió, acercándose.

—¡Perfecto! Déjame pensar… Si yo gano… —Comenzó a darse ligeros toques con el dedo índice en el labio, mientras pensaba en lo que podía obtener; de repente, su mirada se iluminó y se enfocó en Terrence—. Si yo gano, deberás ir al festival, no importa que no seas parte de este, pero tendrás que prometerme que irás y bailarás conmigo —mencionó y sus mejillas se sonrojaron, solo unos segundos, pues, rápidamente se recompuso, para no demostrarle cuánto le gustaba.

—Ir al festival no es algo que me apetezca mucho, pero bailar contigo sí, así que acepto —confirmó sus palabras, asintiendo.

Ella ya no pudo esconder el sonrojo que sus palabras le provocaron, ni la emoción que la recorrió de pies a cabeza. Si debía ser sincera, esperaba ganar esa lucha de esgrima, no solo para demostrarle que podía defenderse, sino también para ser su pareja en el festival; aunque, eso no lo admitiría nunca, porque una dama no podía tener esa clase de pensamientos, mucho menos intentar atraer la atención de un caballero.

Su tía Margot le decía que debían ser ellos quienes llamaran su atención, que su única función era ser cortejada y cuidar su reputación; si llegaba a enterarse de que le había pedido a Terrence que bailara con ella, seguro se escandalizaría.

—Y si tú ganas, ¿qué pedirás? —preguntó al ver que él no había puesto ninguna exigencia.

—Lo pensaré y te lo diré esta noche —respondió, al tiempo que su mirada se paseaba por el bello rostro pecoso.

Sabía exactamente qué era lo que más deseaba de Victoria, quería un beso suyo, pero se había propuesto que fuera algo que naciera de forma natural, no impuesto ni forzado.

Sabía que ese sería el primer beso de la pecosa, porque su lenguaje corporal cada vez que estaban cerca, le gritaba que ella nunca había compartido con otro chico, no de esa manera.

Ella lo miró con desconfianza, pues le resultaba muy extraño que fuese él quien propusiera una apuesta, para después no saber lo que quería a cambio, si ganaba.

Sin embargo, la sonrisa que le entregara Terrence antes de despedirse, hizo que dejara de lado la paranoia; también le sonrió y se marchó.

Para cuando cayó la noche, los nervios, la ansiedad y la expectativa

estaban a punto de desbordar a Victoria, quien apenas probó bocado durante la cena. Tampoco tuvo mucha participación en la charla con Annette y Patricia, ya que solo podía pensar en Terrence y lo que sucedería esa noche.

Al regresar a su habitación, se cambió de ropa con rapidez, guardó el traje de esgrima en un pequeño bolso de terciopelo, e intentó concentrarse en leer un libro para esperar la hora. A los pocos segundos, las letras bailaban ante sus ojos, y ella no consiguió mantenerse quieta; se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro.

—¿Y si todo sale mal?, ¿y si nos descubren?

Se preguntaba en voz alta, sintiendo que los latidos de su corazón se hacían pesados y dolorosos, como cuando no podía dormir después de leer alguno de los cuentos de terror, de esos libros que la tía Margot le había prohibido leer.

—No, no debes pensar así, Vicky. —Negó con la cabeza.

De pronto, escuchó el sonido de las campanas que marcaban las ocho de la noche, y las luces del pasillo se apagaron. Respiró profundo, cerrando los ojos; posteriormente, los abrió, armándose de valor al ver en sus manos la señal que Terrence le había pedido poner en su ventana.

—Tú puedes hacerlo, Vicky, no pasará nada. Terry te dijo que confiaras en él. —Se alentó en voz alta.

Caminó hasta el balcón, y cuando estaba anudando el pañuelo, vio una silueta oscura desplazarse con rapidez entre los árboles; los latidos de su corazón se enloquecieron y su pequeño cuerpo se llenó de miedo.

Pero ese sentimiento fue desplazado de inmediato, al ver que era Terrence, quien llegaba hasta el pie de su balcón y la miraba dedicándole una preciosa sonrisa.

—Espérame allí, enseguida subo —pronuncio en voz baja.

Sacó del bolsillo de su pantalón una barra de tiza y rápidamente la pulverizó con sus manos, para después frotarse la arenilla blanca en las mismas. Con destreza, fue escalando la pared de ladrillos, hasta llegar al balcón de Victoria, quien lo miraba atónita; él se sintió orgulloso de su proeza.

—He venido por ti, pecosa, así que espero que te encuentres lista —mencionó con tremenda sonrisa, mientras se sentaba en la barandilla.

—Yo… —La voz de Victoria había desaparecido, solo conseguía mirarlo a los ojos, pues aún seguía asombrada de la agilidad con la cual había escalado la pared.

—No me digas que te has arrepentido —cuestionó, y todo rastro de alegría se desvaneció de su rostro.

—No…, no, claro que no… Es solo que… ¿Cómo hiciste para subir

la pared de esa manera?

—Tengo mis trucos —respondió sin mucho énfasis, al tiempo que se encogía de hombros.

—Sí, eso acabo de ver…, y supongo que los vas a compartir conmigo. —Sonrió.

—Bueno, tenía pensando enseñarte a bajar de otra manera, hacerlo así no es muy seguro. —Dio un salto y caminó hacia ella—. ¿Me permite entrar en su habitación, señorita Anderson? —inquirió.

—¿Para qué? —Se puso alerta de inmediato.

Ella no tenía nada que esconder, pero sabía muy bien que una señorita decente jamás dejaba entrar a un chico a su habitación, algo como eso podía arruinar su reputación para siempre.

Así que se interpuso entre Terrence y la puerta de cristal que separaba ese lugar de su recámara, mientras lo miraba con los ojos muy abiertos, gracias al asombro que sentía.

—Solo tomaré un par de sábanas, Vicky, haré una soga con ellas para que puedas bajar —explicó, mirándola para que confiara en sus intenciones.

—¿Para bajar por el balcón? —preguntó, desconcertada.

—Claro, a menos que desees saltar desde aquí o salir por la puerta —contestó, impaciente.

—Está bien —cedió, haciéndose a un lado; pero cuando él entró a la habitación, lo siguió muy de cerca.

—Tranquila, pecosa, no voy a leer tu diario, no tienes que convertirte en mi sombra —mencionó en un tono divertido, mientras paseaba la mirada por la habitación.

La misma se mostraba pulcra, ordenada y sin adornos que la recargara; la esencia sencilla y cálida de Victoria se podía apreciar en cada detalle.

Su mirada alcanzó a ver una pequeña libreta rosa sobre la mesa de noche, y supo que era el famoso diario que todas las chicas llevaban, donde plasmaban sus secretos. Y no pudo evitar sentirse tentado de conocer los de la pecosa.

Ella caminó con rapidez y lo tomó, para esconderlo detrás de su espalda, ese gesto lo hizo sonreír, porque casi le aseguraba que alguno de los pasajes allí escritos, debía estar relacionado con él; de lo contrario, ella no se mostraría tan celosa de guardarlo.

—Bien, esto nos servirá —mencionó, tomando un par de sábanas; y comenzó a anudarlas con destreza.

—Algo me dice que no es la primera vez que haces esto.

Él no respondió, solo le entregó una sonrisa ladeada y continuó con su labor, amarrando uno de los extremos al pilar del balcón, para después, soltar la soga improvisada al vacío.

Sin perder tiempo, saltó al otro lado y comenzó a bajar, llevaba a

cabo esa práctica con bastante frecuencia, así que no tardó más de cinco minutos en estar con los pies sobre el suelo.

Capítulo 35

Victoria miraba con admiración cada uno de los movimientos de Terrence, mientras bajaba por la improvisada soga; se suponía que ella debería hacer lo mismo, pero solo imaginarlo, la llenaba de dudas.

Respiró profundamente para armarse de valor, imaginando que no debía ser tan difícil, ya que Terrence lo había hecho ver muy sencillo; sin embargo, el temor de terminar sufriendo una fuerte caída, no se alejaba de ella del todo.

Sabía que entre más lo pensase, más dudas tendría, así que prefirió actuar rápidamente; agarró el bolso donde llevaba el traje de esgrima y se lo lanzó a Terrence, cuidando de no pegarle. Él lo atajó con destreza, evitando que cayera al suelo, y le dedicó una sonrisa; después de eso, lo dejó a un lado y la miró.

—¡Vamos, Vicky! —susurró para alentarla, al tiempo que le sonreía —. Sé que puedes hacerlo, eres una chica muy valiente, y yo estaré aquí para evitar que te caigas. —Le prometió, mirándola a los ojos, quedándose justo debajo de su balcón.

—Creo que preferiría que te alejaras un poco —mencionó, recordando que llevaba puesto un vestido.

—Prometo no mirarte —acotó, sonriente, pues había a llegado a conocerla tan bien durante ese tiempo, que sabía lo que significaba cada sonrojo de Victoria.

—No lo sé —dijo al tiempo que se mordía el labio inferior, y una vez más, dudaba de llevar a cabo esa locura.

—Puedes confiar en mí, ante todo, soy un caballero, Victoria.

Ella lo miró fijamente y no encontró nada en la actitud o las palabras de Terrence que la hiciera desconfiar de él; después de todo, tenía razón, él nunca se había aprovechado de ella; y oportunidades le habían sobrado.

—Está bien, pero cierra los ojos —ordenó, observándolo.

—Si hago eso, ¿cómo podré saber que estás bajando bien y que no te caerás? —preguntó intentando hacerle ver que lo que ella le pedía no tenía lógica.

—Pues, tendré que ingeniármelas sola, y tú tendrás que acudir a tu sentido auditivo o a otra cosa que te permita ayudarme, pero no dejaré que veas debajo de mi vestido, Terrence Danchester, y es mi última palabra —pronunció, tajante.

Él elevó las manos, en un gesto de rendición, aceptando sus condiciones, mientras intentaba esconder la sonrisa que querían

formar sus labios; ya sabía que se trataba de eso, pero confirmarlo le hizo mucha gracia.

Aunque era sincero, Victoria estaba en todo su derecho de cuidar su virtud y él, como caballero, estaba en su deber de respetarla; nunca se había aprovechado de una chica, y la pecosa no sería la primera, ella menos que nadie.

Cerró los ojos, tal y como ella le había pedido, respirando hondo para permitirle a sus demás sentidos que estuviesen atentos. Aún tenía la soga de sábanas sujetada con una mano, por lo que sintió el momento exacto en el que Victoria comenzó a bajar, pues esta se tensó y a momentos temblaba, así que la sostuvo con fuerza, intentando darle estabilidad.

—No voy a poder seguir, está muy alto, Terrence —esbozó con la voz trémula, cuando no iba ni a mitad de camino.

—No mires hacia abajo, eso te hará las cosas más difíciles, solo concéntrate en seguir bajando —sugirió él, sin atreverse a abrir los ojos, aunque deseaba hacerlo para ayudarle.

—Está bien —murmuró, enfocándose en lo que él le decía.

Siguió descendiendo lentamente, cuidando que sus piernas y sus manos no se separasen mucho de la improvisada soga, intentaba respirar despacio y sosegar los latidos de su corazón.

En esos momentos, lamentaba haberle hecho caso a su tía y dejar de trepar a los árboles. Si hubiese conservado aquella costumbre, seguro tendría más resistencia y agilidad; pero eso no era propio de una señorita, tampoco lo que estaba haciendo.

—No ganas nada con lamentarte, Vicky, es demasiado tarde para que te arrepientas —murmuró para sí misma, viendo que estaba cerca de tocar el suelo bajo sus pies, lo que la llenó de alivio—. Casi llego.

—Bien, no te apresures, tómate tu tiempo. —Le indicó Terrence, elevando una de sus manos, para saber por dónde iba. Tocó el tobillo de Victoria, y ella se estremeció, lo que lo hizo sonreír—. Tranquila, solo quería saber qué tan cerca estabas.

—Está bien…, falta poco. —Se dijo, más para darse valor, que para informarle.

Terrence cumplió con su promesa de mantener los ojos cerrados, pero intentó que sus manos le sirviesen de apoyo a Victoria; procurando que no tocasen algún lugar indebido, como sus piernas o su trasero, esperó hasta sentir que ella estaba lo suficientemente cerca para elevarla y sujetarla por la cintura.

—¡Lo conseguí! ¡Lo conseguí! —exclamó, sintiéndose eufórica, una vez que sus pies tocaron el suelo.

—No grites, pueden escucharnos. —Le advirtió, volviéndola para mirarla, alarmado.

—Lo siento, lo siento. —Se disculpó bajando el rostro.

—Tranquila, no creo que nos escucharan —acotó mirando a su alrededor, y después posó su mirada nuevamente en ella.

—Pude hacerlo —dijo ella con una sonrisa, casi abrazada a él, sintiendo una agradable calidez en su cercanía.

—Siempre supe que podrías, eres una chica muy valiente. —Sonrió y le apretó con sus dedos la pequeña y respingada nariz.

No sabía de donde le salía esa vena de ternura; por lo general, no era así con nadie, ni siquiera con la menor de sus hermanos, que era la única que nunca había mostrado rechazo hacia él; sino todo lo contrario. Dominique, siempre trataba de estar cerca de él y llamar su atención, aunque apenas tenía dos años.

Sin embargo, con Victoria, esos gestos tiernos le salían de manera tan natural, que siempre terminaba sorprendiéndose, y entonces buscaba alejarse de ella; justo como acababa de hacer, y tampoco comprendía la razón de ello.

Tal vez, era para no terminar lastimado, pues cada vez que aspiraba a recibir un poco de cariño por parte de alguien, este terminaba defraudándolo, tal como había sido el caso de su madre.

—Bien, debemos apurarnos; no quiero que estés fuera de tu cama después de medianoche —anunció, tomando el bolso.

—¿Qué pasa después de medianoche? —preguntó ella con algo de temor, pues había escuchado algunos rumores sobre fantasmas que habitaban en el colegio.

Terrence vio el terror en los hermosos ojos esmeralda y quiso jugarle una broma, ya que él también estaba al corriente de las tontas historias de fantasmas, que muchos alumnos se inventaban para darle un aspecto más interesante en ese lugar.

Se puso una máscara de solemnidad y se acercó muy despacio a ella, como si estuviera a punto de revelarle un gran secreto, algo casi transcendental para ambos.

—Porque las chicas que no están en sus camas pasada la medianoche, son víctimas de los fantasmas que llevan siglos rondando por los pasillos de este colegio, y una vez que las atrapan, las llevan a su mundo oscuro, frío y decadente; donde también terminarán convertidas en espíritus.

—Creo que… será mejor que dejemos esto para otro día. Regresaré a mi habitación —mencionó Victoria, envuelta en pánico, y giró sobre sus talones para subir por las sábanas.

—¡Vicky! —exclamó, sujetándola por la cintura para detenerla; le dio la vuelta y no pudo disimular la sonrisa en sus labios—. Esas historias de fantasmas son inventos de los alumnos, aquí no hay ningún espíritu…

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —inquirió sin dejarlo terminar de explicarse.

—Porque en todos los años que he estado en este colegio, no he visto un solo hecho que me haga creer que ellos existen, así que puedes estar tranquila —respondió.

—Entonces, ¿por qué mentiste? —preguntó, escudriñándolo con la mirada, para ver si le decía la verdad o la engañaba.

—Solo quise jugarte una broma, pequitas, pero no fue mi intención asustarte. Y la verdad, no puedo creer que una chica que se arriesga a desafiar a duelo al mejor en esgrima, le asusten unos tontos fantasmas imaginarios —concluyó con un tono divertido.

—Pues, ya verás lo que le pasará al «mejor en esgrima».

Le arrebató su bolso de las manos y salió caminando con andar enérgico, dejándolo detrás, para demostrarle que le haría tragarse sus palabras, y también le cobraría el que hubiera querido asustarla.

Cada vez que ocurrían ese tipo de episodios se cuestionaba por qué seguía siendo amiga de Terrence, él le había demostrado en muchas ocasiones que no la tomaba en serio, que solo la quería para reírse de ella, como si fuese un payaso de circo.

—Vicky, vas en la dirección equivocada. —Le advirtió, luchando por mostrarse serio, sabía que la había molestado.

—Indícame por dónde debo ir —mencionó en un tono serio, sin querer disimular su rabia.

—Yo te guiaré. —Le ofreció su mano.

—No es necesario, solo dime hacia dónde. No soy una niña que tenga que llevarse de la mano —dijo, rechazando de manera tajante su ofrecimiento.

—Está bien, Victoria…, es por allá. —Señaló con su mano el camino a la derecha. Justo al fondo se podía ver el gran salón que sobresalía de la estructura cuadrada del edificio.

—Gracias —respondió con algo de ironía y comenzó a caminar en esa dirección.

Al llegar, el silencio y la tensión seguía envolviéndolos, era como si se hubiese abierto una brecha entre los dos, por lo sucedido minutos antes.

Victoria pensó que, tal vez, había exagerado al molestarse tanto; después de todo, solo había sido una broma, pero no podía evitar que cada cosa que él hacía le afectara de esa manera.

—¿Me puedes decir dónde puedo cambiarme? —Fue la primera en doblegarse, porque no tenía más opción, ella no conocía ese lugar.

—Claro, ve hasta los vestidores, es esa puerta de allá, yo iré después de ti —contestó, alegrándose de que al menos le dirigiese la palabra.

—Gracias —comentó y salió de prisa, llevando consigo el bolso que apretaba contra su pecho.

—De nada, pecosa. —Sonrió, al ver que ella también lo hacía.

Minutos después, Victoria regresaba, llevando su traje de esgrima, el

mismo que seguía quedándole un poco grande, pero que aun así, le permitía moverse con comodidad; solo esperaba que eso no le diera ventaja a Terrence sobre ella.

—Lista, aquí estoy —anunció para atraer su atención, ya que él estaba mirando por la puerta hacia el pasillo, seguramente vigilando que no viniese nadie.

—Bien… —mencionó con voz ahogada, sorprendido de verla tan hermosa, aun llevando ese traje tan masculino. Intentando disimular, se aclaró la garganta—. Iré a cambiarme, regreso en un momento… Mientras, puedes ir calentando con el muñeco que está en aquella esquina.

Victoria asintió, buscando con su mirada el punto que él le señalaba, encontrándose con un muñeco de trapo, que debía ser mucho más alto que ella. Pensó que sería perfecto para practicar, pues tenía la misma estatura de Terrence.

Sabía que ese era un punto que la tenía en desventaja, pues no solo era más alto, sino que sus extremidades también eran más largas, y ya le había demostrado que poseía mucha agilidad.

—Vicky…, esto es una locura, debiste practicar primero con Sean o Christian; ellos te habrían ayudado… Pero no, fuiste y retaste a Terry, como si tú fueras una experta. —Se quejó en voz alta, mientras caminaba hacia el muñeco, sintiendo que el pánico amenazaba con apoderarse de ella—. ¡Por favor, Dios! Te prometo que, si me ayudas a ganarle, rezaré diez Padre Nuestro todas las noches antes de dormirme, y también llevaré flores al altar de la capilla —pidió, uniendo sus manos en un gesto de súplica, mientras cerraba los ojos y miraba al cielo.

—Victoria Anderson Hoffman, ¿estás lista para enfrentarte a tu mejor oponente? —Sonrió al ver que se sobresaltaba.

—Casi me matas del susto —dijo, volviéndose para mirarlo.

Las palabras desaparecieron, su mente quedó en blanco al ver lo apuesto que lucía. Con el uniforme negro siempre se veía bien, ese tono le daba cierto aire de misterio, y como siempre, llevaba la corbata mal hecha, lo que también le aportaba algo de rebeldía.

Sin embargo, verlo vestido completamente de blanco, lo hacía lucir elegante, guapo; y sus latidos reaccionaron a esto, pues, se aceleraron como nunca antes.

—¿Comenzamos? —preguntó él, al ver que ella se había quedado muda.

Él era consciente de su atractivo, y por eso no le resultó extraño que Victoria hubiese quedado deslumbrada; por el contrario, eso le resultó emocionante, pues era la primera vez que ella mostraba tan abiertamente, que no le era del todo indiferente.

—Claro…, sí…, yo… —Victoria no sabía cómo salir de ese estado

de embelesamiento que le había provocado Terrence; además de hacerlo con algo de dignidad.

—Ocupemos nuestras posiciones. Tú irás allí, y yo aquí; como no tenemos un juez, yo haré del mismo.

—¿Y por qué tú?, ¿acaso eso no te ayudará a hacerme trampa?

—No soy un tramposo, Vicky. Y puedo asegurarte que sé más de esgrima que tú, además, si has confiado en mí hasta ahora, ¿por qué no lo harías en este momento? —cuestionó mirándola.

—Bien, pero quiero que sepas que no vas a poder hacerme trampa, porque para tu información, sí sé mucho de esgrima; era el deporte favorito de Anthony, y siempre lo veía practicar.

—Bien, entonces con más razón sabrás si te engaño —dijo mientras se ponía la máscara—. Ahora, en guardia.

Victoria solo esperó recibir esa orden para estrellar la punta de su florete en el pecho de Terrence, con la rapidez de un rayo, logrando conseguir un punto, pues él no se esperaba ese ataque.

—Pecosa, ¿qué haces? —inquirió, desconcertado.

—Ganándote…, ya llevo un punto —alegó con seguridad, mientras se ponía en guardia de nuevo.

—Pero…, ni siquiera he dado la orden para avanzar.

—¡No pensabas que iba a esperar! ¿O sí? —cuestionó con malicia—. Sé que en cuanto la dieras te lanzarías a atacarme.

—Eso es hacer trampa, pecosa, debes esperar.

—Eso es ser astuta, mocoso engreído… Y ahora, en guardia —dijo y con velocidad avanzó hacia él, para tocarle el torso de nuevo con el florete.

Esta vez, Terrence fue mucho más rápido, ya presentía que Victoria intentaría tomarlo desprevenido, una vez más, pero no le daría esa ventaja. Así que, con rapidez, se alejó de ella, siguiendo los desplazamientos correctamente; y al ver que su contrincante, en su afán de atacarlo, se exponía mucho, le ofreció una oportunidad para contraatacar y se fue hacia adelante.

Ella liberó un grito que gracias a Dios fue acallado por la máscara, y evitó que se escuchase en toda su potencia; eso desconcentró a Terrence y, una vez más, se vio a merced de la agilidad de la rubia, quien tomó partido de su ventaja y se lanzó hacia el frente, buscando desesperadamente atacarlo.

—No estás siguiendo las reglas, Vicky. —Le advirtió.

—Creo que, después de todo, no eres el mejor, Terry —expresó ella con diversión, al tiempo que se echaba hacia atrás para evitar que él la tocara.

—¿Sí? Pues ya verás —La amenazó, mostrando uno de sus mejores movimientos y logró apoyar la punta de su florete en el pecho de Victoria, con un movimiento limpio y elegante.

—No debes cruzar esa línea —reprochó ella.

—¿Quién lo dice?, ¿la chica que ha estado casi persiguiéndome por todo el salón? —pronunció con sorna y la atacó.

—¡Terry! Ya verás. —Se olvidó de la posición correcta y sujetando con ambas manos el florete lo tocó de nuevo.

—Victoria Anderson, estás haciendo trampa, y comienzo a dudar de que sepas algo de esgrima. —Ella no jugaba limpio.

—Y yo comienzo a dudar de todo lo que alardeas, Terrence Danchester; sinceramente, no eres el mejor —esbozó con arrogancia, mientras se alejaba para no ser tocada.

—Ahora verás, jugaré el mismo juego que tú, pecosa tramposa, no podrás ganarme.

—Ten cuidado con lo que haces… —Su voz salió trémula, mezcla de miedo y diversión.

—Tú te lo buscaste —amenazó, determinante.

Se olvidó de los movimientos correctos y de las técnicas, simplemente emuló la misma actitud de Victoria; se abalanzó sobre ella, quien corrió, y en su afán por escapar, perdió el equilibrio, pero al menos consiguió sujetarse del traje de Terrence, y ambos fueron a parar en la pila de colchonetas que estaban en esa equina del salón, evitando que su caída fuera muy severa.

Victoria sintió sobre ella todo el peso del cuerpo de Terrence, y fue como ser aplastada; apenas podía respirar, por lo que se quitó la máscara.

Él vio el desespero en ella por respirar, y pensó que se había lastimado, eso lo llenó de pánico, por lo que rápidamente se movió para revisarla.

—Vicky, ¿estás bien? —preguntó, palpándole los costados.

—Sí…, pero pesas una tonelada —respondió con la voz ahogada, y al ver que no se había hecho daño, comenzó a reír.

—Con que esas tenemos…, pecosa tramposa. —Se quitó la máscara y comenzó a hacerle cosquillas.

—Terry, no…, por favor…, no hagas eso. —Intentaba defenderse poniendo sus manos como barrera—. No seas un mal perdedor…, deja de hacerme cosquillas.

—Yo no he perdido —aseguró.

—Claro que sí, te toqué dos veces —acotó ella.

—Pues, yo también lo hice, y sin trampas.

—Bueno…, entonces tenemos un empate. Así que vendrás al festival conmigo —anunció de inmediato.

Él no consideraba justo un empate, pero si con eso lograba lo que tanto deseaba, estaría feliz, ya no quería perder más tiempo; así que miró fijamente a Victoria y acercó su rostro al de ella, dispuesto a expresarle en un susurro lo que deseaba.

Pero justo en ese instante escuchó que alguien se acercaba por el pasillo, las pisadas y las voces de mujer lo alertaron de inmediato, sabía quiénes eran y, también, que si los encontraban, estarían perdidos.

Capítulo 36

Victoria entró en pánico al ser consciente de lo que sucedía, la radiante sonrisa en su rostro cambió por una expresión de verdadero miedo, comenzó a temblar y sus ojos llenos de lágrimas miraron fijamente a Terrence, al tiempo que le suplicaban que hiciera algo.

Por suerte, él supo interpretar el miedo en su mirada y, con rapidez, se puso de pie, le extendió la mano y la llevó hacia los vestidores, lograron entrar justo en el momento que una de las monjas abría la puerta del salón.

—Es extraño que el señor Griffin hayan dejado las luces encendidas, es un hombre muy precavido —comentó, paseando su mirada por el salón.

—Todos somos humanos, hermana; tal vez, el pobre hombre pensó que las había apagado al salir —comentó la otra religiosa, quien solo quería regresar a su habitación a seguir leyendo las Escrituras Sagradas.

—No lo sé…, algo aquí me resulta extraño. —Avanzó un par de pasos hacia los vestuarios.

En ese momento, ambas monjas se sorprendieron al ver que la puerta se abría, y de ese lugar salía Terrence Danchester, llevando puesto el traje de esgrima. Él las miró, mostrando apenas algo de desconcierto, pero su habitual seriedad se mantenía y caminó hacia ellas con andar relajado.

—Joven, Terrence, ¿qué hace usted aquí? —preguntó la más anciana, quien lo había visto llegar siendo apenas un chiquillo.

—Señor Danchester, ¿qué hace fuera de su dormitorio a esta hora? —demandó la otra, mirándolo con reproche.

—Buenas noches, hermanas, solo vine a practicar un poco —respondió sin inmutarse. Debía hacerles creer que estaba solo; de lo contrario, descubrirían a Victoria.

—Pero estas no son horas para estar practicando, usted debería estar en su habitación, durmiendo, como todos los demás.

—La hermana Martha tiene razón, joven, debería estar descansando —dijo, mirándolo con amabilidad.

—Simplemente no podía dormir y quise hacer algo…

—Entonces debió agarrar un libro y ponerse a leer. Le recuerdo que usted, como todos los demás, deben seguir las normas del colegio, señor Danchester, así que ahora mismo se va a su habitación.

Terrence sabía que ellas no lo dejarían quedarse allí, pero él tampoco podía marcharse, dejando a Victoria encerrada en los vestuarios. Así que debía buscar la manera de sacarla sin que las

monjas la descubrieran, o su pecosa estaría perdida, y él sería el único responsable de ello.

—Está bien…, no hagamos una tragedia de todo esto —mencionó con ese tono burlón que usaba para restarle importancia a las cosas.

—No sea impertinente. —Lo retó la hermana.

—Joven Terrence, por favor —pidió la hermana Angelica.

—Solo intentaba disculparme, lamento haberlas molestado, hermanas; regresaré a mi habitación, pero antes, permítanme cambiarme de ropa; no puedo subir con el uniforme de esgrima —pidió, viendo en esto la posibilidad de quedarse allí unos minutos y poder sacar a Victoria.

—Bien, nos quedaremos mientras lo hace y, después, lo llevaremos a su habitación —indicó la monja más severa.

—Eso no es necesario, hermana Martha, no soy un niño que pueda perderse, conozco muy bien el camino. —Terrence intentó no mostrarse alarmado al escuchar las palabras de la monja que buscaba arruinar sus planes.

—Dije que esperaremos aquí y así lo haremos —sentenció.

—Por favor, joven, haga lo que le pide la hermana Martha, y dejemos este episodio en el olvido.

—Agradezca que no le ponemos una sanción por incumplir las normas del colegio, y dese prisa.

Terrence tuvo que acatar las órdenes de la amargada hermana Martha sin hacer ningún comentario, debía hacerlo si quería salvar a Victoria de ser descubierta.

Caminó de regreso a los vestidores y fue hasta el lugar donde estaba escondida su pecosa, la encontró temblando de pies a cabeza, aferrada a la máscara de esgrima, con las mejillas bañadas por las lágrimas que brotaban de sus grandes ojos esmeraldas.

—¿Qué haremos? —preguntó en un susurro.

—No hables… —respondió, llevando un dedo a sus labios. Se acercó y le habló al oído—. Vas a tener que regresar sola al ala de las chicas.

—No… —Victoria negó también con su cabeza, recordando que no debía hablar o las hermanas la escucharían.

—Vicky, por favor, debes hacerlo. —Se detuvo, armándose de paciencia; sabía que convencerla no sería fácil—. Créeme, si pudiera llevarte lo haría, pero nos estaríamos arriesgando a que te descubran, y no puedo permitir que eso suceda. Me prometí que te cuidaría y eso haré… Ahora, escucha bien lo que voy a decirte —ordenó al ver que ella seguía negando.

—Tengo mucho miedo, Terry —confesó, llorando.

—No, no tienes porqué; eres una chica muy valiente y no te pasará nada… Ven, saldrás por esta ventana. ¿Recuerdas el camino por donde vinimos? —preguntó mirándola a los ojos para saber si le era sincera.

Ella asintió en silencio y respiró hondo para llenarse de valor, debía calmarse y confiar en Terrence, él no permitiría que le pasase algo malo. Él le dedicó una sonrisa que la llenó de confianza y caminó junto a él hacia la pequeña ventana que quedaba en la parte inferior de la pared.

—¿Crees que pueda salir por allí, Terry? —preguntó, pues, le parecía muy diminuta.

—Claro que sí, yo la usaba para salir del edificio…, hace un par de años atrás —comentó sin querer entrar en detalles—. Pero antes debes cambiarte, no puedes salir con ese traje blanco por el jardín, o alguien podría verte.

—Bien —asintió.

—Ve a las duchas, tienen puertas y podrás hacerlo…

—Regreso enseguida —mencionó, interrumpiéndolo.

Corrió hacia ese lugar, para no perder tiempo y para esconder el sonrojo que cubrió sus mejillas ante la idea de quedarse sin ropa, estando tan cerca de Terrence.

Él también aprovechó la ausencia de Victoria para cambiarse, debía recordar que las hermanas lo estaban esperando y que no podía tardar demasiado, o levantaría sospechas.

—Estoy lista —susurró Victoria, un par de minutos después; y encontró a Terrence sin camisa, lo que hizo que su rostro se prendiera en llamas y sus piernas comenzaran a temblar—. Perdón, no fue mi intención mirarte.

—Tranquila, no me incomoda que lo hagas —pronunció, mostrando una sonrisa ladeada y se acercó a ella una vez que estaba completamente vestido—. Vamos, tengo que sacarte de aquí, pecosa tramposa —dijo, sonriéndole, y al ver que se disponía a protestar, se llevó un dedo a los labios, recordándole que debía hacer silencio.

Abrió con cuidado la ventanilla para no hacer ruido y alertar a las monjas, pasó el bolso. Victoria se tendió en el piso con los pies hacia afuera para pasarlos primero, y después ir saliendo ella, poco a poco.

—Señor Danchester, ¿por qué tarda tanto? —preguntó la hermana Martha desde el salón de esgrima—. Voy a entrar.

La voz de la mujer hizo que Victoria entrara en pánico y se quedó atascada en medio de la ventanilla, posó su mirada desesperada en Terrence para pedirle ayuda, y él acudió de inmediato para ayudarla y relajarla.

—A menos que desee verme desnudo, le aconsejo que espere afuera, hermana. —Le advirtió en un tono divertido, que no se reflejaba en su rostro, pues estaba abocado a ayudar a Victoria.

—No sea insolente y dese prisa —ordenó la mujer, dejando ver en su tono de voz la indignación que le provocó el comentario del rebelde de los Danchester.

Victoria le pidió con la mirada que no la hiciera enojar, pero no pudo evitar sonreír cuando Terrence le entregó un guiño.

—Cuídate mucho, pecosa. —Le dijo, y en un gesto que le nació del corazón, el dio un beso en la frente.

—Lo haré…, gracias —susurró entregándole la mejor de sus sonrisas, por ese gesto que él había tenido con ella, y sin saber cómo actuar, salió por la escotilla.

Sintió que el miedo la estremecía cuando se vio sola en medio de la inmensa oscuridad que se posaba sobre el jardín, pero se recordó que debía ser valiente y, después de respirar profundo, se irguió cuan alta era, agarró su bolso y se echó a correr en dirección al dormitorio de las chicas.

Cada cierto tiempo, volvía el rostro hacia atrás para comprobar que todo estuviese bien, que nadie hubiera notado su presencia y estuviese siguiéndola; por suerte, eso no fue así y logró llegar sana y salva hasta bajo del balcón de su recámara.

—Bien, ahora recuerda no mirar hacia abajo. —Se dijo al comenzar a subir por la improvisada cuerda de sábanas que Terrence había hecho.

Las manos le dolían a medida que avanzaba, pues el esfuerzo de subir era mayor que el de bajar, intentaba tomar aire en cada oportunidad que tenía, para calmar el pulso desesperado de su corazón, que latía así por miedo a ser descubierta.

—Falta poco, Vicky, tú puedes… Solo mira hacia arriba y concéntrate. —Se alentaba en voz alta, mientras rogaba para que las ataduras de las sábanas no fuesen a ceder.

Al fin consiguió escalar hasta el balcón, y cuando estuvo al otro lado, se sintió a salvo, pero su mirada voló enseguida a la luz que se encendía al otro lado del jardín, justo en el dormitorio de los chicos.

Se bajó, ocultando su cuerpo tembloroso, pero sin hacerlo del todo, para poder mirar y ver si era que la habían descubierto, o si era Terrence, que había regresado a su habitación.

Efectivamente, se trataba de él; pues, a pesar de la distancia, pudo reconocer su silueta; además, lo vio abrir las puertas que daban al balcón y se asomó hacia el jardín, tal vez, buscándola en medio de la oscuridad.

Ella también quiso confirmarle que estaba a salvo, por lo que corrió a su habitación y encendió la luz, saliendo después al balcón para que él la viera, y ambos sonrieron a la distancia.

—Buenas noches, Terry —esbozó, aun siendo consciente de que él no podía escucharla. Pero, por lo visto, sí comprendió; porque le hizo un gesto muy gracioso.

—Buenas noches, pecosa —respondió él, al tiempo que le hacía una reverencia, como si estuviese en presencia de su majestad, la reina

Mary.

Victoria le dedicó una enorme sonrisa y luego se despidió con un ademán de su mano, caminó de regreso a la habitación sin dejar de mirarlo. No deseaba tener que hacerlo, pero la realidad le recordó que ya era muy tarde y que debía levantarse temprano al día siguiente, así que cerró las puertas del balcón, las cortinas y luego apagó las luces.

Era pasada la medianoche cuando al fin estuvo en su cama, lista para dormir, y lo último que invadió sus pensamientos fue la imagen de Terrence, luciendo tan apuesto en su traje de esgrima, sonriéndole y siendo su héroe una vez más; dejó escapar un suspiro de ensoñación, se giró de costado, abrazando su peluche y cerró los ojos para irse al mundo de los sueños.

Victoria se arrepintió de una sola cosa cuando el despertador sonó a la mañana siguiente: de que su aventura no hubiera sido más temprano para poder dormir sus horas completas.

Se duchó con agua fría para poder despertar y, aun así, estuvo más dormida que despierta durante el desayuno y las primeras horas de clase.

—¿Por qué tienes esa cara, Vicky? ¿Te sientes mal? —preguntó Patricia, cuando iban camino a la biblioteca.

—No, es que no pude dormir bien anoche… —respondió, liberando un bostezo que cubrió con su mano.

—Deben ser los nervios por el concurso —comentó Patricia, con una sonrisa; ella nunca había experimentado eso, por eso lo suponía.

—A todas nos pasa, pero debes estar tranquila porque eres la favorita. Estoy segura de que ganarás —esbozó Annette con seguridad, al tiempo que mostraba una gran sonrisa.

—Sí, supongo que debe ser eso. —Se mordió el labio inferior para ocultar su sonrisa. Entraron y el lugar estaba lleno de personas, esa semana finalizaban los exámenes.

—Quizá debamos prestar los libros y estudiar en la habitación de alguna —sugirió Patricia, a quien no le gustaba estar rodeada de muchas personas.

—Pero miren la fila para hacer los préstamos, allí perderemos una hora, tal vez más —mencionó Annette con desgano.

—¿Qué hacemos entonces? —inquirió Victoria, quien lo único que deseaba era irse a dormir y estudiar después.

—Busquemos una mesa, seguro alguna estará vacía. —Annette caminó delante de sus amigas, tomando el control de la situación.

Vio que los primos de Victoria estaban en una con sillas vacías, y se apresuró a llegar hasta esta—. Vamos, chicas, creo que encontré una donde nos podemos sentar; y, Vicky, serás tú quien consiga que ocupemos esas sillas.

—¿De qué hablas? —preguntó con desconcierto, luego siguió la mirada de Annette—. ¡Ah!, ya entiendo. —Se respondió a sí misma, sonriendo, y miró, una vez más, a su amiga, quien estaba embelesada por su primo Sean.

Al llegar a la mesa, los dos jóvenes se pusieron de pie para saludar y abrazar a Victoria, mientras que Annette y Patricia esperaron a una distancia prudente, para luego acercarse a ellos.

—Hola, señorita Parker, señorita O'Neal, es un placer saludarlas —mencionó Christian, extendiéndoles la mano de manera formal, mientras les sonreía.

—Me alegra mucho verlo… Pero ¿no cree que es mejor que nos trate con menos protocolo? Después de todo, somos tan jóvenes —indicó Annette, después de recibir la mano del mayor y miró a su hermano—. Hola Sean, te vi el otro día practicando criquet, lo haces muy bien —comentó, halagándolo.

—Muchas gracias, Annette, por lo que me contó Vicky, le has estado ayudando con los ensayos para el desfile.

—Así es…, estoy segura de que le entregaré la corona a Vicky, ella será la ganadora, no hay otra chica que la iguale —expresó con entusiasmo.

—Eso me alegra mucho, pero al mismo tiempo, pienso en la cantidad de chicos que tendré que alejar de ella, si llega a quedar como reina, y ya no me emociono mucho —comentó Sean, con tono preocupado, pues nunca se había enfrentado a algo así.

—¡Uy, sí! A las reinas les llueven los pretendientes —acotó Christian con gesto de terror.

—Chicos, por favor, no digan esas cosas… —susurró Victoria, sintiendo cómo sus mejillas se sonrojaban—. Mejor concentrémonos en lo que hemos venido a hacer, chicas; se suponía que solo les pediríamos a mis primos quedarnos en esta mesa, para poder estudiar. —Les recordó, mirando a Annette y a Patricia.

—Nosotras no hemos dicho nada, han sido ellos… Y tienen razón, todos los chicos desean bailar esa noche con la reina, pero ya tú tendrás a dos acompañantes, así que supongo que no tendrás problema —dijo Patricia, sintiendo algo de envidia, pues a ella nadie la había invitado, mientras que Annette, ya había rechazado a tres alumnos de los más guapos.

—La verdad, no habíamos pensando en ello —comentó Sean, mirando a su prima, y luego se volvió para ver a su hermano—. ¿Cuál de los dos acompañará a Vicky a la fiesta?

—Tendremos que echarlo a la suerte —contestó el aludido, quien siempre había creído en la igualdad para todo.

—Y qué les parece si vamos todos en grupo.

Victoria sabía del anhelo de su amiga Annette por asistir al baile

junto a Sean, así que no podía aceptar ir junto a él en lugar de ella. Y también estaba Patricia, quien no expresaba su deseo de ser invitada por alguien, pero ella sabía que estaría encantada de que su primo Christian la llevara.

—¡Oh, no! Por mí no se preocupen, no sé bailar, así que prefiero ir sola. —Se excusó Patricia.

—Eso no importa, Christian estaría encantado de enseñarte, ¿no es así? —preguntó Victoria, mirando a su primo.

—¿Yo? Bueno…, sí, claro; lo haría con gusto —respondió como un caballero, mirando el rostro sonrojado de la chica de gafas, quien, a decir verdad, tenía cierto atractivo.

—¿Ven? Ya tenemos a la primera pareja. ¿Y qué dices tú, Sean?, ¿te gustaría ir al baile junto a Annie? —inquirió con una radiante sonrisa que iluminaba su pícara mirada verde.

—Vicky, por favor —susurró una apenada Annette.

—Estaría encantado —respondió, dedicándole una sonrisa galante a la bella castaña, siempre le había parecido hermosa.

—¡Perfecto! Iremos todos juntos al baile —expresó, chocando sus manos con efusividad.

Eso que provocó que una ola de reproches recorriera el lugar, recordándoles que en la biblioteca se debía hacer silencio; ella les dedicó una sonrisa y una mirada de disculpa, pero sin dejar de sonreír, porque se sentía feliz de haber logrado su cometido.

Además, debía recordar que Terrence le había prometido ir al baile con ella, así que no podía comprometerse con alguien más; o, seguramente, el rebelde terminaría molestándose mucho.

—Y bien, ahora que hemos acordado ir juntos al baile, será mejor que nos pongamos a estudiar, o terminaremos reprobados en las pruebas —ordenó tomando asiento y sacando uno de sus libros, pero enseguida notó que le hacía falta otro—. Olvidé sacar el manual de Normas y Buenas Costumbres Sociales —dijo mirando a sus compañeras y mostrándose apenada.

—Yo tengo una copia en mi habitación… —indicó Patricia.

—No te preocupes, aquí en la biblioteca debe haber una… Solo debemos buscarla en los estantes —comentó Annette.

—Eso siempre está en la parte de arriba.

—No se preocupen, chicas, Sean y yo debemos devolver unos libros con los que ya terminamos, y tomar otros; podemos traerles el manual. —Christian las salvó de tener que ir.

—Claro, no será problema para nosotros, regresamos enseguida —dijo el menor, tomando los libros que debían regresar, se fue dedicándole una sonrisa a Annette, quien lo veía de una manera que lo hacía sentir halagado.

—Es tan apuesto —expresó ella, una vez que lo vio alejarse, y dejó

escapar un suspiro casi teatral, batiendo sus pestañas.

Patricia y Victoria rieron ante la imagen de su amiga, en verdad, parecía estar profundamente enamorada de Sean. Aunque era la menor del grupo, era quien más pensaba en eso del noviazgo, el compromiso y una vida de casada.

—Y gracias a Victoria, ahora irás con él al baile —apuntó Patricia, sonrojándose al recordar que ella iría con Christian.

—Bueno, no es que me lo pidiera —acotó con algo de desgano, pues esperaba que lo hiciera.

—Dijo que estaría encantado, y creo que eso cuenta mucho.

—Tienes razón —comentó sonriendo con emoción y unió sus manos como si estuviera a punto de abrir un regalo; pero, de pronto, la expresión en su rostro cambió por una de sorpresa, y se acercó a sus amigas—. Chicas, no vayan a volverse, pero creo que Terrence Danchester viene hacia acá —susurró sin apartar la mirada del rebelde y apuesto inglés.

—¿Cómo? —preguntó Victoria, obviando la advertencia de Annette, y se giró.

—¡Vicky, te dije que no voltearas! —Le reprochó al ver la sonrisa arrogante del hijo del duque.

—Buenas tardes, señoritas. —Las saludó con su profunda voz, que hacía suspirar a más de una.

—Buenas tardes —dijeron ellas, al unísono.

Annette y Patricia se sentían intimidadas ante la presencia del chico, pero Victoria, lo miraba intentando esconder la gran sonrisa en sus labios. La complicidad que existía entre los dos se desbordaba de sus miradas, aunque intentaban disimular, para no provocar comentarios.

—Señorita Anderson, ¿me permite hablar con usted un momento? —pidió, mostrándose formal ante sus amigas.

—Por supuesto —respondió ella, poniéndose de pie—. Regreso enseguida, chicas, no se preocupen —dijo al ver las miradas de asombro de Annette y Patricia. Les sonrió para que estuvieran tranquilas.

Terrence le indicó con la mirada que se dirigiera hacia el pasillo donde estaban los altísimos estantes llenos de libros, ella asintió en silencio y fue delante de él, mientras sentía que las piernas le temblaban y el corazón le latía muy de prisa.

Capítulo 37

Caminaron por uno de los pocos pasillos que se encontraba desierto y llegaron hasta el final del mismo, procurando no atraer las miradas de los demás estudiantes; varios se fijaron en ellos, pero cada vez que sus miradas se encontraban con la de Terrence, le rehuían, como si hubiesen visto a un demonio o algo así.

Al final, él se detuvo junto a un estante que guardaba una amplia colección de libros de aritméticas, esos que todos los alumnos varones odiaban y a los que las chicas no tenían acceso; por lo que, se podía decir, que nadie los molestaría. Él la miró fijamente, manteniéndose en silencio, por lo que a Victoria le pareció una eternidad; y lo que era peor, su rostro no reflejaba ningún sentimiento que le fuese conocido.

—¿Quieres ser mi pareja en el festival? —preguntó, escondiendo los nervios que sentía detrás de su seriedad.

Victoria se sintió sorprendida ante esa interrogante, hasta donde recordaba, ellos habían acordado que así sería, por lo que no comprendía a qué venía todo eso y lo misterioso que se mostró al llevarla a ese lugar.

—Creo que eso ya lo habíamos acordado, es más, fui yo quien te pidió que me acompañaras —contestó ella, molesta de que él lo hubiese olvidado.

—Sí, pero lo correcto es que sea yo quien te lo pida.

—¿Porque eres hombre? —cuestionó ella, con algo de sorna.

—Porque soy un caballero y tú una dama, y porque no quiero que venga algún idiota a querer dárselas de listo y te lo pida. —Sin querer, confesó lo que lo había llevado hasta allí.

Había escuchado que varios chicos se retaban a invitarla al baile, en medio de risas arrogantes y comentarios estúpidos, que lo hicieron enfurecer. Estuvo a punto de golpearlos, pero pensó que debía ser más inteligente; después de todo, ya Victoria le había dicho que deseaba ir con él, así que dejaría de lado su orgullo y asistiría a ese tonto evento que tanto odiaba.

—Pues, yo no aceptaría, porque se supone que teníamos un acuerdo… ¿O acaso olvidas que te gané? —inquirió, arqueando una de sus cejas, mientras lo miraba fijamente.

—Hasta donde recuerdo, hiciste trampa, pero aun así, acepté un empate; lo que también me recuerda que me debes algo —dijo y en sus labios se dibujó una sonrisa lobuna.

—Anoche te lo pregunté y no me respondiste, ¿qué debo darte a cambio de nuestro empate? —La curiosidad la estaba torturando, y sus

pupilas se movían con rapidez, intentando descubrir en la mirada del chico lo que pasaba por su cabeza.

—Te lo diré en el baile —contestó sin darle mucha importancia. La verdad era que se lo guardaría para crear una ocasión que fuese especial para los dos.

—Eso no es justo, Terrence. —Se quejó, llevándose las manos a la cintura, al tiempo que lo veía con reproche.

—Lo siento mucho, pecosa, pero deberás esperar hasta ese día. Y no seas dramática, que tampoco falta mucho tiempo, es el próximo fin de semana. —Le recordó, sonriendo.

—Eres… insoportable —dijo y no pudo evitar sacarle la lengua. Se enfureció más cuando él soltó una carcajada, por lo que le dio la espalda, dispuesta a marcharse.

—¡Eh, Vicky! —La sostuvo del brazo, y cuando ella se volvió, le apretó la pequeña y respingada nariz—. Y tú eres una pecosa muy bonita, estoy seguro de que serás la próxima reina del festival —agregó, entregándole una de sus mejores sonrisas.

—¿En serio crees que gane? —La mirada de Victoria se iluminó, y es que solo le bastó escuchar las palabras de Terrence, diciéndole que él la creía bonita, para olvidar su molestia.

—Claro que sí, estoy seguro de que esa noche bailaré con la reina, seguramente seré la envidia de muchos —respondió, mostrando una sonrisa arrogante.

—Puede que yo también sea la envidia de algunas chicas —mencionó de manera espontánea.

—Así que tú también me consideras apuesto.

—Yo…, yo… solo digo que…, que algunas chicas te consideran atractivo —tartamudeó y su rostro se ruborizó.

—Algunas chicas, pero… ¿qué hay de ti? ¿Piensas que soy atractivo? —Por primera vez en su vida, Terrence estaba deseoso de escuchar un sí por respuesta.

—Bueno, yo…

Victoria tragó para para pasar el nudo en su garganta, mientras parpadeaba con evidente nerviosismo, y se mordió el labio sin saber qué responderle, pues, no quería que él se burlara de ella, como siempre hacía.

Sin embargo, optó por decirle la verdad; después de todo, ella odiaba las mentiras.

—Me pareces muy atractivo, Terrence… Aunque, cuando te portas odioso y me haces enojar, ya no tanto —respondió frunciendo el ceño y se calló, haciendo un mohín con sus labios.

El contuvo la carcajada que vibraba en su garganta, y en lugar de eso, esbozó una gran sonrisa, al tiempo que la miraba, sintiéndose emocionado.

—Prometo no hacerte enojar, para que así puedas verme atractivo todo el tiempo… —dijo, pero omitió algo que incluso a él lo sorprendió, su deseo de que no solo lo viera apuesto, sino que también pudiera enamorarse de él.

Con rapidez, retomó su compostura y pensó que era hora de regresar, o los primos de Victoria comenzarían a buscarla; y si la veían con él en ese lugar, podían malinterpretar la situación.

—Bueno, creo que debemos volver… Seguro tus primos estarán preguntando por ti.

—¡Oh, Dios! Tienes razón… No me acordaba de que debo estudiar para el examen de normas sociales —expresó, alarmada; dio un par de pasos para alejarse, pero antes de hacerlo, se volvió a mirarlo—. Suerte en los exámenes, Terry, nos vemos el día del baile.

—Suerte para ti también, pecosa —dijo, viéndola alejarse y después murmuró para sí mismo—. Estaré ansioso, esperando ese día, Victoria Anderson Hoffman.

Sus labios se curvaron en una gran sonrisa, mientras seguía con su mirada brillante a la hermosa y alocada chica que poco a poco se había metido en su corazón, haciéndolo feliz.

Victoria regresó a su mesa, encontrándose con las miradas cargadas de curiosidad de sus amigas; por suerte, Christian y Sean aún no volvían. Se sentó y vio que Annette estaba a punto de hablar, pero, de pronto, se quedó callada, lo que le pareció muy extraño, ya que su amiga era muy parlanchina.

Sin embargo, obtuvo la respuesta a su silencio de inmediato, cuando vio a Terrence pasar junto a su mesa, con un par de libros en las manos.

—Hasta luego, señoritas —mencionó sonriendo y les entregó un guiño, haciendo que todas se sonrojan.

Victoria sonrió al ver las caras de embeleso de sus amigas, pero imaginar que quizás ella también se veía así, cuando miraba a Terrence, la hizo sentir avergonzada; por lo que sus mejillas se tiñeron mucho más.

Intentó disimular, buscando su cuaderno de notas, pero cuando levantó el rostro, las miradas de Annette y Patricia estaban clavadas en ella.

—¿Qué te dijo? —inquirió Annette con curiosidad.

—Sí, ¿para qué deseaba hablar contigo, Vicky? —cuestionó Patricia, mientras se ajustaba sus anteojos.

—Bueno…, él… me pidió que fuéramos al baile juntos —respondió en un susurro, sin poder mantenerles la mirada.

—¿En serio? —inquirió Patricia—. Hace años que Terrence no asiste al festival.

—Ahora que lo mencionas, es cierto, él nunca va al baile —comentó

Annette—. ¿Estás segura de que te pidió eso?

—Por supuesto que sí —contestó Victoria con seguridad, pero ante la cara de incredulidad de sus amigas, quiso agregar algo más—. Chicas, les digo la verdad, eso fue lo que me dijo.

—¿Y qué le respondiste? —preguntó Annette, sintiéndose mucho más curiosa.

—Que sí —respondió con simpleza, provocando una reacción de sorpresa en sus dos amigas.

—Pero…, pero… ¿no habíamos acordado ir todos en grupo? —Le recordó Patricia, quien enseguida se puso nerviosa al pensar que iría como la pareja de Christian.

—Sí, eso habíamos acordado, Vicky —mencionó Annette, aunque pensaba que era mejor ir en parejas, que en grupo.

—Sí, lo sé y es lo que haremos, solo que ahora Terry también irá con nosotros —dijo, mostrando una sonrisa efusiva, y su mirada destellaba picardía.

—Creo que te has vuelto loca —dijo Annette, mientras la miraba como si realmente hubiese perdido la cabeza.

—Lo siento, Vicky, pero pienso lo mismo que Annie. Creo que esta vez, sí has enloquecido —acotó Patricia con horror, pues esa idea la asustaba mucho más que ir sola con Christian.

Annette y Patricia conocían la fama de rebelde de Terrence, porque habían estudiado muchos años en el colegio, así que estaban al tanto de la clase de chico que era el hijo del duque, y por eso estaban tan alarmadas.

Sin embargo, Victoria, quien apenas tenía unos meses allí, podía pecar de inocente, pero como ellas se consideraban sus amigas, debían abrirle los ojos.

—No entiendo por qué piensan eso, ¿qué puede tener de malo que Terrence Danchester nos acompañe al baile? —inquirió, sin percatarse de las señas que le hacían sus amigas.

—¿Cómo dices? —preguntó Sean, y su voz fue casi como un bramido; alertando a los alumnos que estaban cerca.

—Disculpen, chicos, señoritas —mencionó Christian, excusando a su hermano, luego lo miró a él—. ¿Podrías comportarte, Sean? Vas a hacer que nos terminen sacando de la biblioteca. —Le reprochó y lo hizo sentarse en la silla.

—Victoria, ¿cómo es eso de que Terrence irá con nosotros al baile? —Sean ignoró a su hermano por completo e interrogó a su prima, pues deseaba creer que no había escuchado bien.

—Bueno…, él me…, él me invitó al baile —contestó con nerviosismo, estaba consciente de que Sean y el rebelde del colegio no se llevaban bien.

—Y tú te negaste, ¿no es verdad? —cuestionó, mirándola fijamente

para que no le mintiera, aunque sabía que no lo haría.

—Yo…, no; es decir, sí… ¡Ay, Sean, le dije que sí! —confesó, luego de que superara la confusión que le causaban los nervios.

—¿Que tú qué? —Sean abrió mucho sus ojos, sin poder creer lo que ella había hecho.

—Sean, las hermanas nos están mirando con reproche, cálmate o te llevo a rastras hasta el dormitorio y te dejo allá, encerrado.

—¿Y es que acaso no ves lo que está pasando? —inquirió, perplejo, al ver la tranquilidad que tenía su hermano.

—Claro que lo hago —dijo sin mucho énfasis.

—Y entonces, ¿cómo puedes estar así tan calmado?

—Porque no gano nada con alterarme. Eso no solucionará las cosas, debemos pensar con calma para poder actuar.

—Pues, puede que tú necesites pensar todo calmadamente, pero yo sé exactamente lo que debo hacer.

—Sean, espera… ¿Qué piensas hacer? —preguntó Victoria, sujetándolo por el brazo para evitar que se levantara.

—Voy a poner a ese tipo en su lugar, él no vendrá a arruinar tu reputación; me importa un cuerno que sea el hijo de un duque, puede ser el mismo príncipe, pero no permitiré que se burle de ti —pronunció con determinación y se soltó del agarre.

—¡Oye! Espera un momento, él no se está burlando de mí, solo me está pagando una apuesta. —Victoria intentó calmar la furia de su primo, antes de que armara un escándalo junto a Terrence.

—¿Una apuesta? —preguntaron todos al unísono.

Victoria se vio acorralada, sin saber cómo contarles la verdad; había estado ocultándolo, porque en el fondo, sabía que lo que hacía con Terrence no estaba bien. Si con solo escucharle decir que irían al baile juntos se habían puesto de esa manera, no quería ni imaginar si se llegaban a enterar de que había escapado con él del colegio, y que la había llevado al salón de esgrima mientras todos dormían.

—¿Una apuesta dije? ¡Ah no, me equivoqué! Es que tu actitud me asusta, Sean; nunca imaginé que tendría a un primo tan celoso.

—Sí, una apuesta —dijo Sean, mirándola fijamente con los ojos entrecerrados, pues sentía que ella ocultaba algo.

—Bueno, me confundí, soy yo quien está en deuda con él.

—¿En deuda?, ¿y eso por qué? —inquirió Christian, quien también se había intrigado por la actitud de su prima.

—Bueno, es que el otro día, Daniel me atacó en el jardín y; Terrence, que casualmente iba por allí, me defendió.

—¡Que Daniel hizo qué! —exclamó Sean con asombro.

—Te dije que te midieras —pronunció Christian, después de darle un golpe en el costado, como reprimenda.

—¿Es que acaso no la escuchaste? —interpeló a su hermano.

—Sí, lo hice, y ya estoy imaginando la paliza que le daré a ese imbécil —contestó con los dientes apretados—. Sigue, Vicky, ¿qué fue lo que te hizo Daniel?

—Bueno, yo iba caminando por el jardín, tomando el sol y un poco de aire fresco; cuando de repente, Daniel salió de los arbustos y me empujó, comenzó a reclamarme por Elisa.

—¿Y tú qué le hiciste a Elisa? —preguntó Annette.

—No…, bueno, tal vez sí. Cuando ella me engañó el primer domingo libre, yo le escribí una carta a mi padre y le conté todo lo que había pasado; supongo que él, al leerla, le reclamó a la señora Lerman, porque a Elisa le prohibieron asistir al festival, como castigo —respondió mirando a su amiga.

—Pues ese idiota mintió, porque Elisa sí estará en el festival; incluso, está asesorando a su amiga para el reinado, como ella fue reina hace un par de años, conoce muchos trucos —indicó Annette, sintiéndose muy molesta con los hermanos Lerman.

—Los dos están acostumbrados a mentir, así que no me sorprende; pero no nos desviemos del tema, sigue contándonos lo que pasó en el jardín, Victoria —pidió Christian.

—Bueno, yo intenté defenderme, pero Daniel es más fuerte y alto que yo, así que terminamos cayendo al suelo; comencé a gritar, y de pronto, apareció Terrence Danchester y le dio una patada que lo lanzó volando por los aires, muy, muy lejos —dijo abriendo mucho los ojos, para causar mayor efecto entre sus oyentes.

—Estás exagerando, Vicky, nadie puede hacer eso; ni que tuviera el poder de los dioses que aparecen en los libros.

—Lo mismo digo, Terrence ni siquiera es tan fuerte —acotó Sean, con algo de arrogancia.

—Está bien, quizás exageré un poco…, pero lo cierto es que me salvó de Daniel; incluso, lo amenazó con darle una paliza si me molestaba de nuevo —dijo, sonriendo con emoción.

—¿Por qué no nos contaste lo de Daniel? —demandó Sean, quien se suponía que debía ser el que la defendiera, claro está, junto a Christian, eso le prometieron a su tío Stephen.

—Porque casi no nos vemos, y no quería llenarles la cabeza de problemas; además, ya Terrence se había encargado de él —respondió, mirándolo a los ojos para que supiera que decía la verdad; bueno, al menos en parte.

—Igual, todavía no entiendo cómo fue que llegamos a todo esto —mencionó con sus cejas casi formando una sola.

—Yo me sentía en deuda con él, así que como muestra de agradecimiento, le pedí que me acompañara al baile. Pero él me dijo que no era necesario, que no acostumbraba a asistir al festival.

A esas alturas, todos escuchaban atentamente y creían lo que

Victoria les contaba, ya que no parecía haber nada fuera de lugar, cada cosa que les dijo era fácil de comprobar. Sin embargo, Annette sentía que algo estaba mal en esa historia, eso no era lo que había pasado minutos antes.

—Pero… no entiendo, él vino hasta aquí… —decía cuando Victoria la interrumpió antes de que fuese a dañar su historia.

—Vino para invitarme al baile, supongo que cambió de parecer y esta vez sí irá. Y es igual a todos los chicos, no soporta que una chica los invite, siempre deben ser ellos quienes lo hagan —dijo, haciendo un mohín con la nariz y se cruzó de brazos.

—Así que el rebelde del colegio Brighton se dignará a ir este año al festival, en compañía de nuestra hermosa y querida prima —comentó Christian con algo de diversión en la voz.

—Pues, eso está por verse. Vicky, debes rechazar su invitación —ordenó Sean, mirándola con el ceño fruncido.

—No, no puedo hacer eso, sería muy grosero de mi parte. —Se negó rotundamente, no haría lo que Sean le pedía.

—Vicky tiene razón, sería una descortesía de su parte —acotó Annette, aunque no deseaba ir en contra de Sean.

—Pues dile que tus primos no te dieron permiso.

—¡Sean, por favor! —pronunció Victoria, cansada de la actitud de su primo, él iba a arruinarlo todo—. Me harás quedar como una niña de cinco años, no puedo creer que seas tan odioso.

—No confío en Terrence Danchester, él es una mala influencia y todo el mundo conoce su pésima reputación.

—Hermano, por esta vez, deja de lado tu rivalidad con Danchester; vayamos al baile y así no tendremos de qué preocuparnos, nosotros cuidaremos de las chicas —señaló Christian, tomando el mando de la situación en sus manos.

Victoria se acercó a su primo y lo abrazó con fuerza, sintiéndose agradecida por ser más comprensivo, pero también le sonrió a Sean, para que quitara la cara de cascarrabias.

Se sentía feliz porque había conseguido todo lo que deseaba, ahora solo quedaba hacer que Terrence y sus primos se conocieran mejor y terminaran llevándose bien; lo que estaba segura es de que no sería fácil, pero no imposible.

Capítulo 38

Victoria apenas podía contener el torbellino de emociones que la envolvía, mientras caminaba por el pasillo hacia la salida de los dormitorios de las chicas. Iba en compañía de Annette y Patricia, quienes lucían igual de hermosas que ella y la escoltaban al encuentro con su pareja del festival, quien se suponía la estaba esperando junto a sus primos; sonrió, nerviosa, al imaginar a Sean y a Terrence en el mismo lugar, al tiempo que el pobre Christian trataba de contenerlos para que no se fueran a los golpes.

Sin embargo, al llegar a la plazoleta donde las parejas debían reunirse, su sonrisa se congeló y sus ilusiones se vinieron al piso, pues Terrence no se encontraba allí, solo estaban sus primos.

Pensó que quizá se le había hecho tarde o que Sean lo había ahuyentando con sus malos tratos; se negaba a creer que el rebelde la fuese a dejar plantada delante de todos.

—¡Y con ustedes, la futura reina del festival! —anunció Christian con una sonrisa cuando la vio llegar y se acercó a ella—. Luces bellísima, Vicky.

—Muchas gracias, Christian —esbozó mostrando una sonrisa tímida mientras lo miraba a los ojos—. Tú también estás muy apuesto hoy —agregó paseando su mirada con disimulo por el lugar para encontrar a Terrence.

—Gracias, aunque el crédito debe ser para Sean, fue quien me asesoró con la ropa; sabes que soy un desastre para estas cosas —dijo y caminó hacía las otras chicas—. ¡Vaya! Señoritas, ustedes también están muy hermosas. —Sonrió al ver cómo Patricia O'Brien se sonrojaba ante su comentario.

—Gracias Christian, tú también luces muy guapo —comentó Annette, sonriendo; ella estaba acostumbrada a los halagos.

—Muchas gracias —susurró Patricia, sin atreverse a decirle al chico que él se veía muy apuesto, tanto, que tenía a su corazón latiendo de prisa y a sus piernas temblando.

—Las tres lucen hermosas, seremos los dos chicos más envidiados del festival —pronunció Sean, sonriente.

Al ver que Danchester no llegaba, su humor mejoró considerablemente, pues ya no tendría por qué compartir con ese arrogante.

Sin embargo, se dijo que en cuanto tuviera la oportunidad, le reclamaría por hacerle semejante desaire a Victoria, esa no era la actitud de un caballero, y lo que más le molestaba era ver la

desilusión en la mirada de su prima.

—Tres —anunció Terrence, desde un rincón cerca de ellos.

Todos los rostros se volvieron con asombro hacia donde se había escuchado la voz. Él salió de detrás de la columna donde había estado apoyado mientras esperaba.

Sin inmutarse por la sorpresa reflejada en los semblantes de los demás alumnos de Brighton, miró a quienes lo rodeaban, dejándoles claro su deseo de querer avanzar hasta donde se encontraba Victoria Anderson, y poco a poco, se fue abriendo paso.

Las miradas llenas de admiración, curiosidad; e incluso, perplejidad, lo seguían mientras se movía con ese andar desenfadado pero elegante que lo caracterizaba. Acompañando cada paso que él daba con un concierto de suspiros y risas nerviosas por parte de las chicas, quienes apenas podían despegar sus miradas embelesadas del joven.

—Seremos los tres chicos más envidiados del festival —acotó, deteniéndose frente a Victoria; y, cuando sus ojos se posaron en él, fue como si el resto del mundo desapareciera, solo fue consciente de ella y de su sonrisa.

Los dos fueron ajenos a la ola de murmullos que se desató a su alrededor, que iba acompañada de la envidia, tanto de chicos como de chicas, así como de la sorpresa que embargó a las religiosas, quienes no podían creer que Terrence Danchester asistiera nuevamente al festival del colegio.

Annette y Patricia veían emocionadas esa mirada que compartían Victoria y el hijo del duque, podían adivinar que había mucho más detrás de la historia que su amiga les había contado, y se propusieron descubrirlo todo.

Sin embargo, a partir de ese momento, se dedicarían a que ese día fuese especial para ella, pues si bien Terrence no era el alumno más ejemplar de Brighton, sí era el más apuesto, y ella la chica más linda.

Por su parte, Sean, miraba a la pareja con absoluta desconfianza, no le gustaba para nada ese interés que se había despertado en Danchester por Victoria. Ella era una chica encantadora, hermosa y muy inteligente, lo que hacía que fuese demasiado para alguien con tan mala reputación como él.

No dejaría que este se aprovechara de la ingenuidad de Victoria, antes lo echaría a patadas de la vida de su prima.

—Ejem…, ejem… —Christian se aclaró la garganta para atraer la atención de Danchester y su prima, quienes parecían estar dentro de una burbuja—. El festival está por comenzar, creo que deberíamos ir caminando, ¿no les parece? —Se digirió directamente a ellos, pues seguían ignorándolo.

—Sí, creo lo mismo —espetó Sean, con rabia, al ver lo embelesada que se encontraba Victoria.

—Por supuesto —respondió Terrence, con ese tono de voz tan grave, que lo hacía resaltar entre los chicos de su misma edad.

Miró a Victoria y le ofreció su brazo para caminar con ella, le entregó un guiño cargado de complicidad y sonrió cuando la vio sonrojarse. Su pecosa lucía tan encantadora y hermosa, que no se arrepentía un solo segundo de haber doblegado a su orgullo para asistir, solo su compañía merecía cualquier sacrificio que pudiera hacer.

Sean siguió su ejemplo, pues no se quedaría por debajo, él era más elegante y caballeroso que Danchester, así que también le ofreció su brazo a Annette. Y aunque se encontraba molesto por la presencia del inglés, lo disimuló al entregarle una radiante sonrisa a la hermosa pelinegra.

—Señorita O'Brien —mencionó Christian para atraer la atención de Patricia, pues ella, al ver que quedaban ellos dos solos, bajó la cabeza, como si fuese un avestruz—. ¿Me permite su brazo y ser su acompañante? —inquirió, mirando los destellos miel de sus ojos marrones, que se escondían detrás de unos anteojos de montura gruesa.

—Yo…, sí, claro… Yo…, es decir…, estaría encantada —esbozó de manera nerviosa, sintiendo que el rostro le ardía por el sonrojo que lo pintaba en ese momento.

—Entonces, vayamos a disfrutar de este animado día —pronunció con una sonrisa cuando por fin le hizo entrega de su brazo, con una timidez que a él lo dejó asombrado.

Sin embargo, no tardó en comprender que ella apenas era una chica; debía tener la misma edad de Victoria, unos catorce años, lo que hacía que fuese lógico que se intimidara ante alguien como él, quien estaba pronto a cumplir los dieciocho.

Le sonrió para llenarla de confianza, ante todo, era un caballero, y nunca se aprovecharía de la inocencia de una niña; aunque, no podía negar que Patricia O'Brien, tenía cierto encanto que le atraía.

Las tres parejas se encaminaron al gran salón que había sido decorado para que los alumnos compartieran, claro está, bajo la estricta vigilancia de las religiosas. Los padres habían sido invitados para presenciar la obra que darían los chicos de los primeros años, con la cual se abría siempre el festival del colegio.

Terrence observaba los inútiles esfuerzos que hacían los alumnos por representar sus papeles, algunos hacían muy evidentes sus errores, o hasta cuando olvidaban sus líneas y se quedaban en silencio, mirando a sus compañeros con cara de pánico, recibiendo las miradas exasperadas de algunas de las monjas, quienes les hacían señas para que continuaran.

Él no escondía su cara de hastío, pues mucho hacía con no ponerse

a bostezar o salir de ese lugar, y no por consideración a los alumnos ni por las religiosas, lo hacía por Victoria, quien parecía estar disfrutando de la obra.

En más de una ocasión, quiso ponerse de pie y bajar al que hacía de protagonista, para ponerse en su lugar y enseñarle cómo se debía representar a un buen personaje, pero lo vivido años atrás, se lo impedía; su orgullo no lo dejaría subir a un escenario nunca más, aunque por ello se perdiera el talento que sabía corría por sus venas.

Cuando al fin acabó la obra, las madres, emocionadas, se pusieron de pie y aplaudieron a sus hijos, mientras que los padres chocaban sus palmas un par de veces y solo asentían, dándoles su aprobación.

La imagen hizo que una ola de amargura recorriera el cuerpo de Terrence, pues él ni siquiera contó con eso, porque el duque, sencillamente, jamás se presentó a las obras o a cualquier otro evento del colegio.

—¿Te gustó? —preguntó Victoria con entusiasmo.

—No —respondió Terrence, siendo directo.

—Pero… ¿por qué no? Yo pienso que estuvo bien.

—Las actuaciones fueron demasiado torpes, olvidaban sus líneas, no sabían improvisar… En más de una ocasión estuve a punto de dormirme —habló desde su amargura.

—Terrence, eres demasiado cruel, apenas son unos chicos; ninguno es un actor profesional, deberías ser más condescendiente —objetó Victoria, mirándolo.

—Pues, yo, a su edad, lo hacía mejor —mencionó con arrogancia—. Y ya te dije una vez que yo sería el amigo más sincero que tendrías, odio las mentiras y no soy de los que dicen algo solo por complacer a las personas.

—Hablas como un viejo cascarrabias —pronunció con la intención de ofenderlo, pues más que sincero, le había parecido muy grosero.

Terrence estaba por responderle que así era él, que si lo aceptaba como era, podía continuar a su lado, pero si no, él bien podía regresar a su dormitorio o irse a cualquier lado; después de todo, no se sentía muy a gusto, sintiendo las miradas de todos sobre él, como si fuese un fenómeno de circo.

—Señor Danchester, qué grato verlo este año. Hacía mucho que no contábamos con su presencia —pronunció la madre superiora, con ese tono solemne que la caracterizaba. No había logrado contener su curiosidad al saberlo allí.

—Tal vez, no haya sido tan «bueno» haber venido, debí quedarme recluido en mi habitación, como cada año —espetó de mala gana, con el ceño fruncido.

—¡Ya basta! —mencionó Victoria, saliéndose de sus cabales—. ¿Sabes qué, Terrence Danchester? ¡Me cansé! Puedes irte, retírate si es

lo que deseas… Solo quise que vinieras al festival y te divirtieras, como todos los demás; que dejaras de lado esa amargura que llevas contigo, y lo hice porque sé que no eres esa mala persona que todos creen; sé que eres un joven generoso, amable, divertido y, si lo quisieras, podrías superar las cosas malas que te han pasado y ser feliz… Pero eres tan terco y desconfiado, que no permites que nadie se acerque a ti, porque piensas que pueden lastimarte. Pues, ¿te digo algo? Nadie puede hacerte más daño que tú mismo, si sigues con esa actitud.

Victoria terminó y dejó escapar un pesado suspiro, ya que apenas había respirado mientras le daba ese sermón al rebelde, mirándolo a los ojos y obviando por completo la presencia de la monja junto a ellos, o las miradas cargadas de asombro de aquellos que se encontraban cerca y habían logrado escuchar lo que le decía al hijo del duque.

—Con su permiso, madre —dijo a punto de ser desbordada por el llanto, y se alejó con el rostro bajo, sin dedicarle una última mirada a Terrence.

Él, que siempre había sido tan elocuente para dar respuestas cuando lo retaban, por primera vez en años, se quedaba callado; siendo atravesado por todas las emociones que las palabras de Victoria desataron dentro de su ser.

Su rostro se mostraba impasible, pero en su interior, todo estaba revolucionado por culpa de la pequeña pecosa; la vio alejarse y se sintió impotente al no poder detenerla, pero su estúpido orgullo, una vez más, lo instaba a hacer como si nada de lo dicho por ella lo afectara.

Esa era la coraza que había construido durante años, la que impedía que los actos o las palabras de los demás lo trastocaran; pero eso era solo en apariencia, porque en esencia, sí lo hacían.

La muestra de ello era que se había convertido en alguien hosco y amargado, alguien resentido e incapaz de dejar que otros se acercaran a él.

Dio media vuelta y se alejó en dirección contraria a la que había tomado Victoria, no tenía caso ir tras ella e intentar pedirle disculpas, él nunca sería lo que la pecosa esperaba que fuese.

Reconocerlo, le dolía, pero no podía arruinar el espíritu vivaz y optimista que ella poseía, solo para tenerla a su lado; era cierto que él tenía muchos defectos, pero ser egoísta no era uno de ellos, así que la dejaría en paz, se alejaría de ella para siempre.

Annette, Christian, Patricia y Sean habían presenciaron la escena completa, lo que había provocado en ellos sentimientos de todo tipo, en su mayoría, de tristeza por la hermosa rubia, y de rabia en contra

de Terrence, pues había arruinado un día tan especial para Victoria, por el que tanta ilusión sentía.

—Sabía que esto pasaría, Vicky nunca debió aceptar venir al festival con ese imbécil, ni siquiera debió aceptar hablar con él —expresó Sean, el primero en reaccionar.

—Nuestra prima tiene muy buen corazón, tal vez pensó que lo que se decía de él eran rumores mal infundados. Es una pena, pero, definitivamente, Victoria es demasiado buena para alguien como Terrence Danchester —acotó Christian con pesar, le hubiera gustado que su prima consiguiese el milagro de reformar al hijo del duque; después de todo, a él tampoco le parecía que fuese un mal chico.

—No podemos dejar que Terrence arruine el primer festival de Vicky —acotó Annette, mirando cómo su amiga se alejaba, dejando tras ella miradas cargadas de burla, en especial, del grupo liderado por Elisa Lerman.

—Me provoca ir y romperle la cara —dijo Sean, mirando la espalda de Terrence, mientras lo veía salir del salón.

—No ganas nada con hacer eso, mejor vayamos a ver cómo está Vicky —sugirió Christian.

—Creo que lo mejor sería que fuésemos nosotras, estos son asuntos de chicas —mencionó Annette, pues era consciente de que el entusiasmo de Victoria por ese día, en parte, era por ser la pareja de Terrence en el festival, y debía estar destrozada.

—Concuerdo con Annie, nosotras iremos a ver cómo está, y la traeremos de regreso —habló Patricia por primera vez, respondiendo con una sonrisa a la que le dedicó Christian, que la hizo sonrojarse hasta el cabello.

Los dos jóvenes asintieron, dándoles permiso para que fueran detrás de Victoria, mientras rogaban internamente para que su prima no estuviese muy afectada por la actitud tan déspota de Danchester, aunque, por la manera en la que salió del salón, podía asegurar que el rebelde la había lastimado.

Elisa se regodeaba por la desgracia de Victoria, pensaba que era lo que se merecía por creer que podía ser parte de ellos, cuando no era más que una estúpida intrusa. Aunque debía admitir que, el solo hecho de imaginar que, ciertamente, Terrence podía interesarse por alguien como esa insulsa rubia pecosa, hirió su propio orgullo femenino; pues, tiempo atrás, cuando ella intentó mostrarse amable con él, apenas sí le prestó atención, fue huraño y hasta grosero, así que imaginarlo con Victoria, era algo inconcebible.

—Es tan tonta, ¿cómo va a confiarse de alguien como él? —inquirió Brithanny, sintiendo pena por la desdichada.

—Piensa que ser bonita le alcanzaría para captar la atención del

hijo de uno de los más prominentes duques de Inglaterra, primo de su actual majestad —acotó Nancy, quien también se había sentido envidiosa por la aparente suerte de Victoria.

—Tampoco es tan bonita, es una rubia simple, sin gracia ni educación; por más que desee ser como nosotras, jamás lo será; nació en un establo —mencionó Elisa con desprecio.

—Pensé que lo había hecho en la mansión de los Anderson, en Barrington —comentó Brithanny, ya que sus padres tenían una propiedad en ese mismo poblado.

—¡No! Ella nació fuera del techo de nuestra familia, mi bisabuelo jamás aceptó a la campesina que trajo al mundo a Victoria… Mamá dice que esa mujer embrujó al tío abuelo Stephen, y que a él, no le importó abandonar a su familia por ella.

—¿Lo dices en serio? —cuestionó Nancy, asombrada.

—Por supuesto, era una caza fortunas, y su intención era formar parte de la familia, pero Dios no permitió que eso sucediera y la castigó, por eso murió, dejando huérfana a esa intrusa que pretende seguir sus pasos; pero les aseguro que correrá la misma suerte de la madre, porque por sus venas, corre la misma maldad.

—Hermanita, parece que hablaras de una bruja maligna —mencionó Daniel, quien se había acercado hasta el grupo para burlarse de la suerte de Victoria.

—¿Acaso miento? Mamá nos contó toda la historia, y ella no dice mentiras. Victoria es una intrusa, pero hoy recibió la lección que merecía. Antes, Terrence no me agradaba mucho, pero después de esto, comienzo a tenerle estima —comentó Elisa, soltando después una risa cargada de burla, y miró a sus amigas para que la secundaran en el gesto.

Capítulo 39

Terrence había caminado hacia su dormitorio, pero cuando estuvo frente a su puerta, no pudo girar la manilla y abrir; ya estaba cansado de encerrarse siempre que algo lo afectaba, estaba harto de ser un cobarde y huir de las personas que intentaban acercase a él.

Además, Victoria no merecía que se portase de esa manera, ella había sido la única en mucho tiempo que realmente se había interesado en él, en ver más allá de esa máscara que se obligaba a usar todos los días, ella era especial, y su corazón lo sabía.

Regresó sobre sus pasos para buscarla y ofrecerle una disculpa, pero antes de entrar al lugar, vio que Annette y Patricia salían; seguramente, en busca de la pecosa. Esperó un momento para poder seguirlas sin que ellas se diesen cuenta, pero al ver que iban en dirección a los dormitorios de chicas, comprendió que sería complicado entrar allí en pleno día, aunque la mayoría de las monjas estaban en el salón.

Sin embargo, una idea llegó hasta su cabeza, y fue como si lo iluminara, sonrió y salió casi corriendo hacia el lugar donde estaba seguro que se encontraba su pecosa. Vio el enorme arce en lo alto de la colina, y aunque no había señal de ella, sabía que Victoria se encontraba allí.

Cuando llegó, tenía la respiración agitada, y su mirada desesperada se paseó por cada rincón; comenzaba a pensar que su corazonada había estado equivocada; pero, de pronto, escuchó un sollozo.

El sonido le provocó un agudo dolor en el pecho, se sintió un miserable por haberla hecho llorar; con andar pausado, rodeó el árbol y la encontró sentada en la alfombra de hojas secas que cubrían las raíces, con las piernas recogidas y el rostro hundido en la falda de su vestido, para esconder del mundo su llanto.

—Vicky… —La llamó y su voz salió rasgada, a causa del dolor que le provocaba verla así.

—Vete de aquí, déjame en paz —respondió ella, negándose a mirarlo; no quería que la viera llorar.

—He venido a pedirte una disculpa.

—No me importa, puedes irte con tu disculpa a otro lado —expresó, sin poder ni querer disimular su rabia.

—Victoria… —Él intentó acercarse.

—Si no te vas, lo haré yo —dijo, poniéndose de pie, se pasó las manos por el rostro para secar sus lágrimas, pero acabó haciéndose un desastre, pues las tenía llenas del polvillo que cubría la corteza del

arce.

—Pecosa…, espera, por favor —pidió, sujetándola por la mano para detenerla.

—Nada de pecosa…, y será mejor que me sueltes. No quiero volver a verte. —Tironeó de su mano para liberarse, mientras lo miraba con rabia—. Suéltame, voy a regresar al festival, yo sí planeo disfrutarlo; no soy una amargada, como tú —agregó con toda la intención de ofenderlo.

—No puedes hacerlo, antes, necesitas limpiarte el rostro.

—¿Mi rostro? ¿Por qué?, ¿qué le pasó? —preguntó, alarmada, mientras se lo tocaba, ensuciándolo aún más. De pronto, se miró las manos y obtuvo la respuesta a sus preguntas—. ¡Ay, por Dios! ¡No otra vez! He arruinado el maquillaje que me hizo Annie.

—Tranquila —acotó él, sacando un pañuelo de su bolsillo y comenzó a limpiarle las mejillas con mucho cuidado, mientras sonreía al ver ese pánico irracional en la mirada verde—. La verdad…, no necesitas ponerte maquillaje para lucir hermosa.

Ella se sonrojó ante ese cumplido y bajó la mirada, sintiéndose apenada; además, no había olvidado su molestia, él se había portado como un tonto, y ella no podía perdonarlo de buenas a primeras.

Se alejó un poco, pues, su cercanía la ponía nerviosa, y no la dejaba pensar claramente; no sabía por qué le sucedía eso cada vez que estaba cerca de Terrence, pero debía ponerle un alto, porque la hacía sentir como una marioneta.

—Vicky…, lo siento, en verdad —pronunció, tomándole la barbilla con los dedos para hacer que lo mirara a los ojos.

—Te portaste como un tonto —respondió ella.

—Lo sé, y por eso me disculpo —dijo, mostrándose verdaderamente arrepentido.

—Como un idiota —acotó, frunciendo el ceño.

—Está bien, también fui un idiota —admitió, manteniéndole la mirada, para que viera que aceptaba su culpa.

—Como un… —Estaba por decirle otro insulto.

—Pecosa, no abuses. —Le advirtió, pero sin mostrarse molesto—. ¿Me perdonas? —pidió, rogando con su mirada para que lo hiciese, porque no quería perderla.

—Lo haré solo si me prometes que dejarás de ser tan grosero con las demás personas —exigió con determinación.

—No soy grosero, solo soy crítico, Vicky; son cosas muy distintas. No me gusta la mediocridad, tampoco las injusticias o la hipocresía —explico, pues tampoco podía dejar que ella cambiase su esencia, con tal de quedarse a su lado.

—Entonces, tienes que aprender a expresar de mejor forma tus opiniones, y a no ser tan cruel… Ah, y tienes que dejar de ser un

amargado, Terry. Estás muy joven para vivir molesto todo el tiempo… En contadas ocasiones te he visto sonreír de verdad, lo que es una lástima, porque tienes una sonrisa muy linda —habló sin saber que lo hacía de más, exponiendo sus sentimientos hacia él.

—¿Crees que mi sonrisa es linda? —preguntó con la emoción vibrando en su voz, nunca nadie se lo había dicho, quizá porque pocas personas habían visto ese gesto en él. La vio asentir mientras sus mejillas se sonrojaban, lo que lo hizo sonreír—. ¿Y crees que si…, que si dejo de ser un idiota, aceptarías ser mi novia? —preguntó sin saber cómo esas palabras salieron de sus labios. Fue como si su corazón se expresase por él, y los nervios lo invadieron de inmediato.

—¿Cómo dices? —inquirió ella, parpadeando con nerviosismo, sin creer lo que acababa de escuchar.

—Yo…, bueno, digo que… No te preocupes, no me hagas caso. —Se retractó, temiendo que ella fuese a rechazarlo.

—¿Me pediste que fuera tu novia? —cuestionó entre asombrada y emocionada, sin apartar su mirada de él.

Terrence se sintió acorralado, e intentó huir, como hacía cada vez que se sentía expuesto, pero la intensidad en la mirada esmeralda de Victoria, parecía atravesarlo hasta meterse en su alma y obligarlo a entregársela.

Se irguió, llenándose de valor, mientras la miraba a los ojos y acortó la distancia entre los dos; sentía que todo él temblaba, pero luchó contra sus temores y dejó que su corazón hablase una vez más.

—Sí, quiero que seas mi novia, Victoria Anderson Hoffman —esbozó con seguridad, mirándola a los ojos.

Victoria sintió que las piernas se le volvían de goma, tuvo que sujetarse de los brazos de Terrence para no caer, mientras sentía que el mundo se había puesto de cabeza.

No podía negar que, en algún momento, fantaseó con eso; pues, era el chico más apuesto que había conocido, y le agradaba mucho; pero ahora, con lo que había pasado, se sentía muy asustada e insegura.

—¿Qué me dices, Vicky?, ¿quieres ser mi novia? —preguntó, una vez más, ante el silencio y el nerviosismo que veía en ella.

—Es que yo…, yo… No sé cómo hacerlo, nunca he tenido un novio, Terry —confesó con algo de vergüenza y le esquivó la mirada, bajando el rostro.

—Me alegra mucho escuchar eso… —expresó con una gran sonrisa y le acunó el rostro entre las manos, para mirarla a los ojos—. Entonces, yo seré el primero y…, espero ser el único.

—Y… ¿qué debería hacer yo? —inquirió ella, sin dejar de sentirse nerviosa, mucho más por la cercanía de él y el toque cálido de sus manos sobre sus mejillas.

—Para empezar, no estaría mal si aceptas —respondió, sonriente; se

sentía muy feliz y afortunado.

—Está bien…, acepto ser tu novia, Terry —esbozó con timidez, pero también sonrió—. ¿Qué debemos hacer ahora? —Lo interrogó, sintiendo curiosidad.

Annette le había contado que los novios se ofrecían muestras de cariño, que no podían ser mostradas en público, porque era algo privado. Ella pensó que debía ser algo como un abrazo o un beso, lo primero le pareció normal; pero, lo segundo, la llenaba de temor, porque nunca lo había hecho.

Terrence pensó en pedirle que cumpliera con su parte de la apuesta y le entregara ese beso que tanto había estado esperando, pero algo dentro de él lo alertó para que no lo hiciera.

Victoria podía pensar que solo deseaba aprovecharse de su nueva condición, lo que, por supuesto, no era cierto, porque desde ese instante, la respetaría como lo que era, una dama y su novia, así que podía esperar un poco más para besarla.

—Para empezar, podrías entregarme tu brazo y ser mi pareja en el festival —contestó, mirándola a los ojos.

—Pensé que no deseabas volver —mencionó, dudosa.

—Contigo iría hasta el fin del mundo. —Le aseguró.

Victoria sonrió, emocionada ante ese comentario tan romántico por parte de Terrence. Nunca hubiese imaginado que él diría algo como eso, y no pudo evitar suspirar con ensoñación.

Elevó su brazo para entregárselo, pero antes, quiso hacer algo más, y terminó rodeándolo con ambos, dándole un abrazo muy estrecho; después de todo, ahora eran novios y podían permitirse eso, al menos, eso suponía.

Terrence se sintió un poco abrumado ante esa muestra de cariño, no recordaba haber sido abrazo de esa manera por nadie, e inevitablemente, el cúmulo de emociones que lo embargó, terminó por hacer que las lágrimas le inundaran la garganta.

Rodeó con sus brazos la estrecha cintura de Victoria y la pegó aún más a su cuerpo, apoyando las manos sobre su espalda para tenerla más cerca.

Una suave corriente de aire los envolvió, desordenando un poco sus cabellos y haciendo que una lluvia de hojas cayese sobre ellos; al sentirla, se alejaron para mirarse a los ojos mientras sonreían.

De pronto, Victoria sintió como si se sumergiese en el azul profundo de los ojos de Terrence, que lucían más brillantes y oscuros, dándoles ese toque que los hacía enigmáticos y hermosos, tanto como lo era el océano que tuvo que cruzar para llegar hasta allí.

Él, por su parte, también sentía que se perdía en el verde de la mirada de Victoria, ese tono que era tan hermoso como un bosque, espeso y lleno de cosas que deseaba descubrir.

Atraído por el brillo en ese par de esmeraldas, se acercó a ella lentamente, pues temía que fuese a desaparecer, que su hermosa pecosa fuese solo un sueño, del que despertaría sintiéndose tan solitario como lo había estado toda su corta vida.

—¿Quieres que te diga lo que te iba a pedir por el empate? —preguntó con la voz ronca, llevado por su deseo de sentir esos tiernos y virginales labios.

—¡Por supuesto! —respondió con entusiasmo.

—Te iba a pedir un beso —confesó con algo de pena y hasta sintiéndose nervioso. La actitud arrogante que siempre lo caracterizaba se había esfumado de él.

—¿Un beso?… ¿En la mejilla? —inquirió y sus pupilas danzaban con nerviosismo.

—No —contestó sonriente al ver que ella estaba tan nerviosa como él, tal vez mucho más—. Quería sentir tus labios en los míos, Victoria… —Calló al ver que su novia abría los ojos, alarmada y; después, fruncía el ceño.

—Exigirle a una dama un beso como pago, no es muy caballeroso, Terrence. —Le reprochó, mirándolo muy seria—. Además, tú y yo solo éramos amigos.

—Tienes razón y te pido disculpas por querer aprovecharme de la ocasión —esbozó, sintiéndose algo apenado—. Aunque, si tomamos en cuenta que ahora somos novios, besarnos no tendría nada de malo —acotó, sonriendo al ver que, una vez más, sus hermosas mejillas y su nariz llena de pecas se sonrojaban.

—Yo…, yo… —Victoria solo pudo decir esa silaba, los nervios le habían robado la voz.

—Tranquila, no pasa nada… Me doy por complacido con que hayas aceptado ser mi novia. No voy a exigirte un beso ahora, será cuando tú desees entregármelo —mencionó, apoyándole las manos sobre los hombros, mientras la miraba a los ojos para que viera en los suyos que hablaba en serio.

Ella sonrió, sintiéndose aliviada, no era que no lo deseara, pero quería al menos tener algo de conocimiento para brindarle una buena impresión. Le pediría a Annette que le prestase una de esas novelas de romance que ella leía a escondidas de su familia y de las religiosas, quizás allí podría aprender algo.

Terrence le ofreció el brazo y ella lo recibió sonriente; de pronto, a su cabeza llegaron las palabras de sus amigas cuando le dijeron que, seguramente, él era un chico con experiencia, que a los diecisiete años muchos ya habían dado su primer beso; y eso despertó esa vivaz curiosidad que tenía.

Se detuvo y lo miró fijamente, atrayendo su atención; dudó durante unos segundos, pues no sabía cómo formular la pregunta, y de solo

imaginarlo, se le encendían las mejillas.

—¿Sucede algo? —preguntó mirándola con extrañeza.

—Terry…, tú… ¿Tú ya has…? ¿Ya has besado una chica? —contestó con otra interrogante, mirándolo a los ojos para que le fuera sincero.

—¿Por qué lo preguntas? —cuestionó, sorprendido y sintiéndose un tanto incómodo. Nunca había hablado de eso con nadie, ni siquiera con el duque.

—Solo es curiosidad —contestó ella, desviándole la mirada.

—Bueno… —Terrence dejó escapar un suspiro pesado y fijó su mirada en ella—. He besado a un par de chicas, pero eso fue hace mucho tiempo, Vicky.

Ella sintió una punzada en el pecho, algo que jamás había experimentado; incluso, llegó a sentir ganas de llorar; sin embargo, respiró profundo para no demostrarle que su respuesta la había afectado.

Se encogió de hombros ligeramente para restarle importancia, olvidando que ese era un gesto que su tía Margot odiaba y decía que no era propio de una dama.

—Bien… —respondió con un puchero en los labios, intentando controlar el temblor de su barbilla y las lágrimas que amenazaban con desbordarla de un momento a otro.

—Vicky…, mírame —pidió, acunándole el rostro con las manos, para poder verla a los ojos—. Tal vez, te sirva de consuelo saber que, de haber sido consciente de que iba a conocerte, hubiese esperado, solo para que fueras tú la primera en recibir un beso mío —pronunció con el corazón en la mano.

—¿Lo dices en serio? —preguntó y su mirada cristalizada se fundía en la de Terrence.

—¡Por supuesto, pecosa! Tú eres la chica más hermosa que he conocido en mi vida. Eres tan alegre, generosa y libre… Desde que te conocí, mi mundo es diferente, Vicky, y… siento que entre más te conozco, más te quiero y más quiero estar a tu lado —confesó, sorprendiéndose a sí mismo por la facilidad con la que ponía en palabras sus sentimientos.

Ella se sintió tan emocionada, que no pudo responderle con palabras, solo se abrazó a él con fuerza, apoyando su mejilla en el cálido pecho de Terrence. Mientras buscaba en su cabeza las palabras para expresarle lo que sentía; suponía que no debía ser difícil, porque siempre había estado rodeada de amor, aunque no uno como ese; sin embargo, eran tantas las que llegaban a su cabeza, que escoger una sola le parecía imposible.

—Tú me gustas…, me gustas mucho, Terry —susurró sin atreverse a mirarlo a los ojos, pero él llevó un par de dedos a su barbilla y la

obligó a mirarlo.

—¿Incluso cuando me porto como un idiota? —cuestionó, escondiendo su sonrisa.

—En esos momentos no tanto, porque me haces rabiar, pero a pesar de ello, me agrada estar junto a ti y… creo que, sin importar que a veces seas un tonto, igual te quiero —confesó, sonrojándose, y le sonrió al ver que él también lo hacía.

De pronto, se quedaron en silencio, solo dejando que sus miradas hablaran por ellos, aunque no eran conscientes de todo lo que expresaban, solo podían sentir el latido acelerado de sus corazones, lo pesado de sus respiraciones y ese aletear de mariposas en sus estómagos.

Como atraídos por una poderosa fuerza, sus rostros se fueron acercando lentamente; tanto, que podían sentir cómo sus alientos se mezclaban y sus labios vibraran expectantes, creando el preludio de ese beso que marcaría sus vidas para siempre.

Capítulo 40

Victoria sentía que todo su cuerpo era recorrido por un leve temblor, un cosquilleo que le resultaba delicioso e intrigante, algo que nunca había experimentado, pero que deseaba seguir sintiendo.

Como si sus manos tuvieran vida propia, subieron lentamente por el pecho de Terrence, brindándole una caricia de la que no era consciente, pues era la primera vez que tocaba a un chico de esa manera.

Terrence se estremeció al sentir las pequeñas manos de Victoria rozarle el cuello, para después tocar con la punta de los dedos las hebras de su cabello. Algo en este la hizo sonreír, y él también se encontró emulando el mismo gesto.

Respiró profundo, animándose a acariciar el cabello dorado de su pecosa, mientras sentía que los latidos de su corazón aumentaban a cada segundo.

—Es tan suave —comentó ella, entretenida con el cabello castaño de su novio.

—Estoy seguro de que no más que el tuyo… Parece seda, una hermosa seda dorada, una cascada de oro —dijo al tiempo que deslizaba sus dedos con cuidado de no dañar el peinado.

—Tía Margot dice que mi cabello es muy rebelde, siempre me recuerda que debo cepillarlo cien veces antes de dormir… Algunas veces lo hago, pero otras, lo olvido —confesó, mostrando una sonrisa traviesa.

—Me gusta que tu cabello sea rebelde, como tú.

—Yo no soy rebelde. —Se defendió, mirándolo a los ojos.

—¡Oh, sí! ¡Vaya que lo eres, Victoria Anderson! Te escapas del colegio, subes a la noria sin tener la edad para hacerlo, retas a los chicos a duelos de esgrimas, y aceptaste ser la novia del alumno más conflictivo del colegio Brighton.

Ella no tenía argumentos para refutar las palabras de Terrence, aunque odiaba perder, no tuvo más remedio que admitir que él tenía razón; era una rebelde. Hizo un puchero y se cruzó de brazos, asumiendo su derrota, mientras lo miraba con algo de resentimiento.

—Y es precisamente por eso que me gustas tanto —confesó con una gran sonrisa y le apretó la nariz.

—¡Terry! No hagas eso, se me pondrá roja —dijo, golpeándole la mano—. Pensé que te gustaba porque era hermosa —agregó con algo de reproche.

—Me gustas porque eres única, Vicky —contestó acercándose más a

ella, y nuevamente, el deseo de besarla se apoderaba de él—. Victoria…, Victoria… —susurró su nombre, que era tan hermoso como su significado, y le acarició la mejilla con el pulgar, perdiéndose en el verde intenso de su mirada.

—¿Sí? —preguntó con la voz algo adormilada, como si estuviese en medio de un placentero sueño. Era el hechizo que lanzaban sobre ella los ojos de Terrence.

—Vicky… —pronunció de nuevo, y su dedo rozó con suavidad los labios que parecían un botón de rosa.

—Sí —respondió Victoria, a la petición que podía ver en la mirada de Terrence, mientras sentía que el espacio entre los dos vibraba y los atraía como si fuesen imanes.

Terrence acunó entre sus manos el delicado rostro de la pecosa y se acercó muy despacio, entrecerrando los ojos para disfrutar de ese beso que tanto había esperado. Estaba a punto de posar sus labios sobre los de Victoria, cuando sintió que ella se estremecía y bajaba el rostro.

—¿Pecosa? —inquirió al ver que ella reía por lo bajo.

—Lo siento…, lo siento, es que… estoy nerviosa, y cuando eso pasa, me da por reír —confesó sin atreverse a mirarlo a los ojos, se sentía muy apenada.

—No tienes por qué estar nerviosa —mencionó, mirándola a los ojos para llenarla de confianza.

—Está bien… Entonces, hazlo ya —ordenó, apretando sus párpados, como hacía cuando le iban a poner sus vacunas.

—No tienes que poner esa cara… No va a dolerte —acotó, intentando no reír, aunque ella lucía muy graciosa.

—Lo siento…, es solo que… —Calló sin saber cómo explicar lo que sentía, era una mezcla de miedo y alegría a la vez.

—Solo cierra los ojos y relájate… —esbozó él, acariciándole las mejillas—. Y respira —agregó al ver que contenía la respiración, lo que lo hizo sonreír.

—¡Hazlo ya, Terry! —exclamó, sintiendo que tanta ansiedad la iba a hacer pedazos.

Él sonrió, sorprendido, una vez más, por la forma de ser de Victoria. Le encantaba que fuese tan espontánea y sincera, que no intentase mostrarse ante él como alguien más; era la chica más genuina que había conocido.

—Cierra los ojos —ordenó, y al ver que lo hacía, comenzó a deslizar sus labios por la tersa piel de su mejilla, justo donde se podían apreciar unas pocas pecas.

—Terry…, esos no son mis labios —susurró al sentir que le besaba la mejilla y luego la punta de su nariz.

—Lo sé —respondió, riendo—, pero siempre quise hacer esto…, pecosa —agregó, disfrutando de la suavidad de la piel de Victoria, y

de esa imagen que le entregaba. Se veía tan hermosa, que hacía que su amor por ella creciera más y más; bajó hasta la comisura de su boca y apenas la rozó con sus labios—. ¿Lista para tu primer beso, Victoria Anderson Hoffman? —preguntó con la voz vibrándole por la emoción.

—Sí, Terrence Danchester —respondió Victoria en un hilo de voz, sin atreverse a abrir los ojos mientras temblaba de pies a cabeza.

Sentía que el corazón le latía muy rápido y que, cada pálpito, viajaba a lo largo de todo su cuerpo, y que sonaba como el tambor de una banda marcial.

Terrence le dio un primer roce, que fue tan sutil, como el aleteo de una mariposa, apenas lo sintió; pero algo muy profundo en su pecho se estremeció, y su estómago se encogió, como cuando bajaba una pendiente en el auto de su papá.

Él rozó de nuevo los labios de Victoria, animado por la suavidad y la calidez de los mismos, apreciando que las sensaciones que lo recorrían eran completamente distintas a las vividas tiempo atrás.

Quiso presionar un poco más, pero sin atreverse a tocarlos con su lengua, pues sabía que Victoria aún no estaba lista para un beso más osado. Debía ser mesurado, respetuoso y tierno.

Victoria sentía que comenzaba a marearse, y no era por la falta de oxígeno, pues podía respirar perfectamente; quizás era el latido acelerado de su corazón o esa emoción que crecía dentro de ella y la estaba elevando.

Se aferró con sus manos al cuello de Terrence para no caerse, y comenzó a emular sus gestos, rozando con sus labios los de él, brindándole toques temerosos, pero que la hacían estremecer.

—¿Te gusta? —preguntó él, con una timidez que hacía mucho tiempo no sentía.

—Sí…, se siente bien —respondió, sonriendo, y sus mejillas ardían por el sonrojo que las pintaba de carmín.

Terrence sonrió con efusividad y continuó con el beso, dejando que sus manos también se deleitasen con la calidez que brotaba de la piel de Victoria, con su aroma, su sutileza y ese temblor que era igual al que lo recorría a él.

Cerró los ojos para dejar que sus demás sentidos fuesen quienes lo guiasen, así fue cómo escuchó los gemidos que ella le entregaba, y los suspiros que quiso beberse; por lo que, separó sus labios solo un poco, para disfrutar del cálido aliento de su pecosa.

Ella también se aventuró, deseosa de saborear los labios de su novio, compartiendo con él la humedad que los impregnaba y que le resultaba tan deliciosa y espesa como la miel.

La unión de sus alientos le resultaba tan embriagante como adictiva, y sin saber cómo llegó a ese punto, lo único que podía hacer era rozar una y otra vez sus labios con los de él, disfrutando de esa suavidad

que le brindaba la unión de sus bocas, esa que era única, maravillosa, y la tenía flotando en una nube.

Estuvieron así un par de minutos, hasta que él sintió que su necesidad por probar más que los labios de Victoria comenzaba a rebasarlo; se estaba viendo realmente tentando a rozar su lengua, quería saber si era ágil o tímida, descubrir su sabor, sentir su textura.

Imaginarlo, lo hizo temblar y gemir, por lo que despacio, se fue alejando, reuniendo toda su fuerza de voluntad para no dejarse llevar y terminar arruinando ese momento que estaba siendo sencillamente perfecto.

—Vicky…, mírame —pidió, pues tenía los ojos cerrados.

—¿Qué sucede? —cuestionó ella, desconcertada al ver que él dejaba de besarla. No quería que parase.

—Creo que te has olvidado de algo —comentó con una sonrisa para alejar la incertidumbre de sus ojos.

—¿De qué? —preguntó, parpadeando de manera nerviosa, pensando que había hecho algo mal.

—Que debes regresar al festival, tienes una corona que ganar, pecosa —pronunció con entusiasmo.

—¡El concurso! —exclamó, entrando en pánico—. Si no participo, Annie no volverá a hablarme… Debemos regresar —dijo, agarrándolo de la mano, pero él no avanzó; y ella se volvió a mirarlo—. ¿No vendrás conmigo? —inquirió con tristeza, pensaba que regresarían juntos.

—Por supuesto que sí, no dejaré que otro baile con mi novia —respondió, mostrándose arrogante.

Ella se sonrojó al escucharlo llamarla de esa manera, aún no se hacía a la idea de que fuera la novia de Terrence Danchester, aunque ya se habían besado.

Suspiró cuando lo vio acercarse de nuevo para besarla, y esta vez, no se quedó tiesa como una estatua; le respondió, dándole un par de toques con sus labios; pensó que, tal vez, eran algo torpes, pero ya iría aprendiendo.

Christian y Sean no habían despegado sus miradas de la puerta, desde que Annette y Patricia salieron, en busca de su prima, luego de la humillación que le hizo Terrence Danchester.

Ya habían pasado algunos minutos y comenzaban a desesperarse; sobre todo, el menor de los Cornwall, quien cada vez estaba más furioso y seguía culpando de todo al hijo del duque.

—Ese miserable…, espera que se cruce en mi camino, le voy a cobrar caro el haber humillado a Vicky como lo hizo —amenazó Sean, con el semblante endurecido.

—Solo espero que se aleje de ella y no vuelva a molestarla —

mencionó Christian con seriedad.

—Pensé que te pondrías de su lado; después de todo, tú apoyaste esta locura. Nada hubiese pasado, si Victoria lo hubiera rechazado, como le sugerí —acotó para hacer sentir culpable a su hermano, también lo hacía responsable a él.

—Bueno, no es necesario que me lo reproches, ya bastante mal me siento por lo que está pasando nuestra prima.

Sean estaba por responderle, pero sus palabras se vieron interrumpidas al ver entrar a Annette, seguida por Patricia; su mirada se iluminó, pues esperaba que Victoria viniera detrás de ellas.

Caminó de prisa junto a Christian para interrogarlas, necesitaba saber qué había pasado con su prima. La mirada de Annette le impidió hablar, la pelinegra le señalaba disimuladamente que Elisa se encontraba cerca y, evidentemente, interesada en lo que hablarían. Así que le ofreció su brazo y le pidió a su hermano que hiciera lo mismo con Patricia; después, caminaron al otro extremo del salón.

—¿Qué sucedió?, ¿por qué Vicky no está con ustedes? —cuestionó con algo de desesperación.

—Ella no nos respondió, llamamos varias veces a su puerta, pero no salió ni mencionó una sola palabra —contestó Annette, mostrando su pesar.

—Creo que no está allí —apuntó Patricia con voz tímida.

—¿Por qué lo dices? —cuestionó Christian, mirándola.

—Porque no se escuchaba nada, ni un sollozo; y cuando se fue de aquí, estaba muy afectada. Supongo que se iría para poder llorar a solas —respondió y todos asintieron, dándole la razón.

—Iré a buscarla —anunció Sean, dando un par de pasos.

—¡No! no puedes hacerlo, te expulsarían si vas al dormitorio de las chicas, está prohibido. —Le recordó Annette, sujetándolo por el brazo mientras lo miraba a los ojos.

—Annie tiene razón, no es prudente. También podrías perjudicar a Vicky —señaló Patricia con preocupación.

—Pero no podemos quedarnos de brazos cruzados y dejar que pase su primer festival encerrada en su habitación, como si estuviera castigada. Debemos ir por ella —sentenció Sean con seguridad, dispuesto a romper las normas del colegio.

—Creo que eso no será necesario —esbozó Christian con la mirada puesta en la puerta principal.

Annette, Patricia y Sean se volvieron con rapidez. Sus quijadas casi caen al piso cuando vieron a Victoria entrar al salón del brazo de Terrence. Ambos se mostraban como si no hubiese ocurrido nada; incluso, lucían campantes y sonrientes mientras caminaban entre los invitados que los veían sorprendidos.

—¿Qué demonios significa esto? —inquirió Sean, mirándolos con

desconfianza y resentimiento.

—Hermano, cuida tu lenguaje; hay damas presentes. —Le reprochó, al ver que Annette y Patricia lo miraban con asombro.

—Lo siento, chicas, es que esto, ciertamente, me ha rebasado, y ahora mismo exigiré una explicación. —Se disculpó y luego se encaminó hasta la pareja.

—Voy contigo —anunció Christian.

—Nosotras también —pronunció Annette, halando a Patricia por el brazo para seguirlos y enterarse de lo que había pasado.

Todas las miradas estaban puestas en Victoria y Terrence, nadie podía creer que ellos estuviesen de nuevo en la fiesta; y lo que era más asombroso, que fueran agarrados de brazos.

—¡Aléjate de ella! —exigió Sean, mirando a Terrence con verdadera furia, dispuesto a darle un empujón.

—Victoria es mi pareja y me quedaré junto a ella —dijo él, determinante, fijando su mirada en la de Sean Cornwall.

—Sean…, Terry, por favor, no se vayan a pelear aquí —pidió Victoria, mirándolos con ojos suplicantes.

—Vamos a calmarnos, chicos, todo el mundo nos está mirando —mencionó Christian, intentando mediar entre ambos.

—No me interesa, solo quiero que él deje en paz a Vicky.

—Lamento decirte que eso no será posible. Victoria y yo ahora somos…

—¡Vicky! ¿Dónde estabas? —inquirió Annette, interrumpiéndolo mientras abrazaba a su amiga.

—Yo…, yo estaba… —Ella sentía que la voz le temblaba tanto como el cuerpo, estaba aterrada.

—Estaba en el jardín, conmigo —respondió Terrence.

—¿Contigo? —cuestionó Sean, iracundo—. Esto lo vamos arreglar ahora mismo. —Estaba dispuesto a darle una paliza.

—Sí, estaba con él, fue a buscarme para disculparse. Y ya deja de hacer amenazas, Sean; nos estás avergonzando a todos —explicó Victoria, sonrojada ante la pena que sentía al ver cómo todo el mundo estaba murmurando.

—Vicky tiene razón, será mejor que regresemos a la mesa y nos sentemos a conversar, como adultos.

Christian tomó el control de la situación, antes de que acabase en un desastre.

Capítulo 41

Todos acataron la orden de Christian. Victoria no podía mirar a sus primos a los ojos, sentía que les había fallado al ocultarles su amistad con Terrence, y que si ellos se molestaban, estaban en todo su derecho, aun cuando no hubiese hecho nada malo.

—Bien, ya estamos aquí, calmados… Pueden hablar —comentó Christian, mientras se sentaba.

—Espera, me gustaría hablar antes contigo. Si no tienes inconvenientes —mencionó Terrence, mirando al mayor de los hermanos, quien le parecía más sensato y le caía mejor.

—Lo que sea que tengas que hablar, puedes hacerlo aquí, somos una familia —acotó Sean, mirándolo con recelo.

—Preferiría que fuese a solas, Christian —dijo para excluir al entrometido de Sean.

—Sí, claro… —mencionó Christian.

—Si es algo relacionado con Victoria, también es de mi incumbencia, así que te guste o no, iré con ustedes —sentenció al ver que pretendían dejarlo allí.

—Hermano, por favor, no compliques las cosas…

—No complico nada, el tío Stephen nos dejó muy claro nuestro deber de cuidar de Vicky. Le prometimos que así lo haríamos, y solo pretendo cumplir con eso —pronunció, negándose a ser relegado en un rincón.

—Bien —masculló Terrence, aceptando su presencia.

—Pues, si lo que tienen que hablar tiene que ver conmigo, creo que sería justo que estuviese presente —mencionó Victoria, poniéndose de pie, mientras los miraba con altivez.

—¿Tú también, Vicky? —cuestionó Christian con algo de desgano. Lidiar con todos era agotador.

—Si lo desean, agarro el micrófono y hablo para todos en el salón —comentó Terrence con sorna.

—¡No! —exclamó Victoria, alarmada.

—Entonces, déjame hablar con tus primos; prometo que después te cuento todo, pecosa. —La miró para tranquilizarla.

—¿Pecosa? —preguntaron con asombro, los cuatro que no tenían conocimiento de ese apodo.

—Está bien…, mocoso engreído. —Se cruzó de brazos, haciendo un puchero, y los vio alejarse.

Annette, Christian, Patricia y Sean observaron sorprendidos ese intercambio de palabras entre Terrence y Victoria, que despertó aún

más su curiosidad, por lo que, sin perder tiempo, los chicos se llevaron al hijo del duque; y ellas se dispusieron a interrogar a la «pecosa».

Annette pudo notar las miradas interesas de muchas chicas sobre ellas, en especial, la del grupo de Elisa, quienes también la miraban con rabia.

—Tienes que contarnos todo —dijo, mirándola con insistencia.

—Sí, pensábamos que estabas en tu dormitorio, pero fuimos allá y no respondías, así que decidimos regresar; nunca hubiésemos imaginado que estarías con Terrence —acotó Patricia.

—Prometo que les contaré todo, pero no creo que ahora sea buen momento, las hermanas no nos quitan la mirada de encima —susurró, sintiéndose intimidada por la actitud severa de la madre superiora y las otras religiosas.

—No es para menos, saliste del salón después de discutir con Terry, y minutos después, regresas junto a él, como si nada hubiese pasado; es evidente que ustedes dos se encontraron sin la supervisión de las hermanas —explicó Annette en voz baja.

—Eso no está bien, Vicky, podrían expulsarlos —indicó Patricia, mirándola con preocupación.

—Pero no estábamos haciendo nada malo, él solo fue a disculparse por su comportamiento…

—¿Solo eso? —cuestionó Annette con malicia.

—Bueno…, él y yo… Nosotros nos…

—Guarden silencio, vienen las hermanas —chilló Patricia, llenándose de nervios y miró el mantel.

Las tres intentaron actuar de manera casual, Annette comenzó a hablar de los vestidos y los peinados de las chicas, diciéndole a Victoria que tenía mucha ventaja para ser la reina del festival. Ella, por su parte, intentó solo sonreír y asentir mientras escuchaba los consejos de su amiga, luchando por ocultar el temblor que la recorría entera.

—Señorita Anderson, ¿tuvo algún problema con el señor Danchester? —preguntó la madre superiora, observándola fijamente para descubrir si escondía algo.

—¿Yo? ¡No, por supuesto que no! Todo está bien, madre —respondió, pero algo en la mirada de la mujer le decía que no le creía. Era tan intimidante como la de su tía Margot—. Fui a mi habitación para retocarme el peinado…

—Y nosotras fuimos a ayudarla. Cuando veníamos de regreso, el señor Danchester nos interceptó y pidió hablar con Victoria, para pedirle disculpas por lo ocurrido.

—¿Es eso cierto, señorita O`Brien? —interrogó a la que se notaba más temerosa. Debía descubrir la verdad.

—Sí…, así fue cómo sucedió, madre superiora —respondió Patricia

con voz temblorosa, diciéndose en pensamientos que no mentía, al menos no en todo.

—Yo recuerdo haber visto salir a las señoritas Parker y O`Brien, poco después de que la señorita Anderson dejó el salón, madre superiora —comentó la hermana Augusta.

—Bien, confiemos en sus palabras. ¿Dónde están los señores Cornwall y el señor Danchester? —inquirió una vez más.

Las tres chicas se quedaron en silencio, sin saber cómo responder a esa pregunta, mientras sentían que sus corazones saltarían de sus pechos de un momento a otro.

Patricia tuvo hasta que retener un sollozo, mientras se imaginaba lo peor, que todos acabarían siendo castigados o expulsados.

—Disculpe, madre superiora, la hermana Lorenza espera por usted para iniciar la presentación de los bordaros que hicieron las chicas del último año, y escoger a una ganadora.

—Por supuesto —respondió, luego posó su mirada en las tres chicas —. Sigan disfrutando del festival y recuerden comportarse como unas señoritas de Brighton —pronunció con ese tono solemne que daba miedo.

Annette, Patricia y Victoria asintieron mientras sonreían, sintiéndose salvadas; debían agradecerle a la hermana Mary por llegar y llevarse a la madre superiora; de lo contrario, las hubiese mantenido allí, hasta obtener toda la verdad.

Dejaron libres suspiros y se miraron con complicidad, pero de inmediato, sus pensamientos volaron hacia los chicos, y se preguntaron lo que estaría sucediendo con ellos; sobre todo Victoria, quien ni siquiera sabía por qué Terrence pidió hablar con sus primos.

Christian, Sean y Terrence caminaron hasta uno de los corredores junto al jardín, que llevaba a los dormitorios de chicos; sabían que ese lugar estaría desolado porque todos se encontraban en la fiesta.

El inglés fue el primero en detenerse, se volvió, posando su mirada en los hermanos y mostrando un semblante más serio de lo habitual.

—Aquí podremos hablar tranquilamente —anunció.

—Perfecto, entonces comienza —demandó Sean, mirándolo con recelo y rabia.

—Hermano, ¿podrías ser menos agresivo? —sugirió Christian.

Sean se limitó a guardar silencio, pero no cambió su actitud hacia Terrence, sentía que no podía confiar en él.

—Bien, pedí hablar contigo porque deseo contar con tu aprobación para cortejar a Victoria —mencionó, yendo directo al asunto, no era alguien que se anduviera con rodeos.

—¿Qué? —cuestionó Christian, sorprendido.

—¡No! ¡De ninguna manera! —exclamó Sean, quien se sorprendió

ante la petición del hijo del duque, aunque ya se esperaba algo como eso, por su actitud y la de Victoria.

—No estoy hablándote a ti, sino a tu hermano mayor; si permití que nos acompañaras, solo fue para que dejaras de lado el berrinche que estabas haciendo —expresó Terrence, mientras lo miraba como si se tratase de un niño de cinco años.

—No voy a permitir que te le acerques a nuestra prima. —Se aproximó a él, de forma amenazante.

—¿Y cómo vas a impedir que me acerque a tu tía? —Hizo énfasis en la última palabra, para dejarlo en ridículo.

—Espera un momento… ¿Cómo sabes eso? —preguntó Christian, reaccionando, ya que su hermano se había quedado mudo ante la revelación de Terrence.

—Victoria me lo contó —respondió llanamente.

—¿En qué momento? —cuestionó Sean, saliendo de su aturdimiento, al tiempo que lo miraba fijamente.

—Victoria y yo nos conocimos en el barco y compartimos algunas veces… —Se interrumpió al ver la alarma en las miradas de los hermanos—. Su dama de compañía siempre estuvo presente durante nuestras charlas. Después de eso, coincidimos de nuevo aquí en Brighton, hemos forjado una amistad, como pudieron darse cuenta —explicó, manteniéndoles la mirada para que vieran que decía la verdad, al menos en parte.

—¿Por qué Vicky no nos contó nada de esto? —inquirió Christian, sintiendo que desconocía a su prima.

—Tal vez, porque temía la reacción que pudieran tener —contestó, mirando a Sean con reproche—. Y como ha quedado demostrado, su miedo no era del todo descabellado.

—¿Y qué esperabas, Danchester? ¿Que aplaudiéramos felices y olvidáramos quién eres? —Sean dejó ver todo su resentimiento y su desconfianza.

—¿Y quién soy, según tú? —Lo confrontó, mirándolo a los ojos de manera amenazadora.

—¿En serio tengo que decirlo? —inquirió con sorna—. No, realmente no lo creo, te has encargado de extender tu fama de rebelde por todos lados, así que no vengas ahora a querer tomarnos por estúpidos. Puede que Victoria peque de ingenua, porque lleva poco tiempo en este lugar y no te conoce bien, pero los demás sí lo hacemos; y no tendré ningún problema en poner a mi prima sobre aviso, para que sepa la clase de persona que eres. —Sean no se dejó intimidar por la furia que hacía relampaguear los ojos zafiro; por el contrario, se mostró más desafiante a cada palabra que expresaba.

—Chicos…, vamos a calmarnos y a hablar como caballeros —mencionó Christian, interponiendo un brazo entre ambos para

mantenerlos separados, pues se notaba que estaban a punto de irse a los golpes.

—Victoria ya sabe quién soy…, me conoce más que cualquiera en este lugar; y si ella no me ha juzgado, entonces nadie más tiene derecho a hacerlo —pronunció con los dientes apretados, conteniendo la rabia que sentía en su interior.

—Seguramente le habrás dicho un montón de mentiras —respondió Sean, retándolo—. Tú no estás a la altura de una chica tan buena como Victoria, y no dejaré que arruines su reputación por un simple capricho; así que te alejarás de ella desde ahora y para siempre —exigió con determinación.

—¡Suficiente! —gritó Terrence, saliéndose de sus cabales. No dejaría que nadie lo humillara, como había hecho su madrastra durante años—. Le pedí a Victoria que fuera mi novia y ella aceptó, así que me quedaré a su lado lo aprueben o no, porque nos queremos y es todo lo que importa —mencionó con determinación, luego les dio la espalda y comenzó a alejarse.

—¡Victoria se ha vuelto loca! —murmuró Sean con la voz cargada de furia, mientras buscaba la manera de impedir toda esa locura—. Veremos qué opina de eso tío Stephen —esbozó alto para que el hijo del duque lo escuchase.

—Sean…, ya no le eches más leña al fuego, hablemos primero con Vicky. —Christian estaba tan sorprendido por todo eso, que ni siquiera sabía qué decir o cómo actuar.

Terrence se detuvo al escuchar las palabras del menor de los Cornwall, sintiendo que esas lanzaban un peso sobre su espalda y que, inevitablemente, lo tiraba contra la lona.

Cerró los ojos y suspiró pesadamente, comprendiendo que quizá sus deseos de estar junto a Victoria no se harían realidad.

Ningún padre aceptaría a un chico como él, cerca de su hija, y aunque le doliese admitirlo, había cavado su propia tumba; él mismo había labrado esa fama de rebelde que ahora lo condenaba, y todo por culpa del duque, por querer captar su atención a cualquier costo.

Sin embargo, no se mostraría derrotado delante de Sean Cornwall, no dejaría que su amenaza lo intimidara; después de todo, había tenido que aprender a afrontar los retos como un hombre, siendo apenas un niño.

—No tendré ningún problema en hablar con él, en cuanto ponga un pie en Inglaterra, yo estaré allí —dijo con seguridad, mirándolos por encima del hombro—. Ahora, si me disculpan, mi novia me está esperando —agregó y siguió con su camino.

—¡Maldición! —exclamó Sean, con frustración—. ¿Qué vamos hacer? ¡Di algo, Christian! —Le exigió a su hermano.

—¿Qué quieres que haga? —cuestionó, angustiado—. Por donde se

mire, es una situación complicada; está claro que Terrence no se alejará de Vicky…, y ella… No lo sé, ella está muy embelesada con él. Hasta nos ocultó que conociera al hijo del duque…, y ahora resulta que son novios, ¡novios! —Su voz reflejaba el desconcierto que sentía, no entendía nada.

—Pues, tendremos que hablar con ella, le exigiremos que acabe con todo esto, o tendremos que escribirle al tío.

—Vicky es una chica rebelde, sabes bien que odia las imposiciones. Si queremos que las cosas funcionen, debemos ser más inteligentes, meticulosos y actuar con discreción, porque donde esto llegue a saberse, será un escándalo; y la tía abuela no dejará de reprochárselo nunca —mencionó Christian, dejando ver su preocupación. Él adoraba a su prima y no quería verla sufrir.

—Tienes razón —admitió Sean, acongojado, dejó escapar un suspiro cargado de derrota—. ¿Qué sugieres que hagamos? —cuestionó, pues tenía la cabeza muy caliente para pensar con calma.

—Hablemos con Terrence —respondió, mirándolo.

—¿Qué demonios vamos a hablar con ese idiota? ¿Acaso no ves cómo se comportó? Nos dejó claro que iba a hacer lo que le diera la gana… Como si fuera el dueño del mundo —expresó con rabia, sin poder creer lo que proponía su hermano.

—Sean…, ya sé que no soportas a Danchester, y mucho menos la idea de que corteje a Vicky, pero debemos reconocerle al menos que fue él, quien pidió hablar con nosotros; no está haciendo las cosas a escondidas…, y por lo que dijo, desea hablar incluso con tío Stephen. ¿Por qué no darle un voto de confianza? —inquirió con tono pausado.

—¡Porque es un miserable! Creo que has olvidado de quién estamos hablando. Terrence Danchester es un inadaptado, se escapa del colegio para ir a emborracharse a los bares más bajos de Londres, fuma, no va a misa, no tiene amigos, apenas asiste a clases… ¿Es ese el tipo de persona que deseas cortejando a Victoria? —cuestionó, mirándolo con asombro.

—Pues, fue ella quien le brindó su confianza, y nuestra prima no es tonta… Algo bueno debe haber en Danchester.

—No digo que Vicky sea tonta, pero sí es muy ingenua, siempre estuvo en el campo con sus tías, y luego en la mansión, bajo la tutela de la tía abuela. Es la primera vez que está lejos de todo lo conocido y mira lo que sucedió, se relacionó con el peor alumno del colegio, temo que salga lastimada.

—Nosotros nos encargaremos de que eso no suceda, y para ello, debemos mantenerla vigilada; y a Terrence también. Esa será la única manera de que esté a salvo, pues si nos ponemos en su contra, solo haremos que se revele contra nosotros y se refugie más en él… Créeme, sé de lo que te hablo, ya lo he visto antes —comentó con la

experiencia que le daba ser tres años mayor.

—Está bien, confiaré en ti…, pero no seré amigo de ese arrogante —sentenció.

—No te estoy pidiendo que lo seas —dijo, sonriendo—. Solo prométeme que llevaremos las cosas en buenos términos. Vicky tiene que ser consciente de que siempre estaremos para ella, apoyándola en cada aspecto de su vida. Igual, en cuanto tenga oportunidad, le reclamaré por no habernos contado que era amiga de Terrence. Debió haber confiado en nosotros.

—Parece que ahora confía más en él —masculló Sean, con el ceño fruncido y la mirada oscura.

—Entonces, no dejemos que él tenga ventaja, hagámosle creer a nuestra prima que aceptamos esa relación; con suerte, será solo un capricho y se le pasará rápido… O puede que el tío Stephen la haga entrar en razón, cuando venga a verla; después de todo, él tiene más autoridad sobre ella que nosotros.

Sean asintió, confiando en la intuición de su hermano, no tenía motivos para no creer en el plan de Christian, él siempre había sido muy acertado en sus decisiones. Sonrió con desgano y caminó junto a él para regresar a la fiesta, debían comenzar a vigilar a Terrence y a Victoria desde ese instante.

Un par de ojos marrones brillaban maliciosos desde los arbustos, mientras los veía alejarse; cuando el dueño de esa mirada se sintió seguro, salió de su escondite, acomodándose la chaqueta de su traje, que se había arrugado por tener que estar agachado.

La actitud sospechosa de sus primos y del hijo del duque despertó su curiosidad, así que los había seguido hasta allí para averiguar qué era lo que tramaban, pero nunca imaginó que se enteraría de algo como eso.

—Con que Terrence Danchester y la pequeña intrusa son novios a escondidas…, esto es algo que seguramente le interesará mucho a mi hermanita —esbozó con sorna y maldad, al tiempo que sonreía—. Pobre Elisa, cuando se entere se pondrá furiosa y odiará un poco más a Victoria; seguro me ayudará a vengarme de ese par…, van a pagarme la humillación que me hicieron, les juro que sí —sentenció Daniel, saboreando lo dulce de la venganza.

Emprendió su camino de regreso al salón mientras silbaba una melodía de moda, sintiéndose satisfecho por su descubrimiento, y lo que podía hacer con este. Cuando entró al salón, vio a la nueva parejita sentada en una mesa junto a las amigas de la arpía y sus dos primos.

El cuadro lo hizo sonreír con verdadero deleite, porque quizá, su venganza no solo caería sobre Victoria y Terrence, sino también en sus

primos, quienes lo habían humillado durante años.

No esperó un segundo más y se fue directo a buscar a Elisa, debía hablar con su hermana y planear la mejor manera de llevar a cabo su revancha.

Capítulo 42

Daniel se acercó al grupo donde se encontraba su hermana, todas chicas hermosas y educadas, por las que, debía reconocer, se sentía atraído.

Sin embargo, no representaban mayor reto para él, pues sabía que con solo decirles unas cuantas palabras, las tendría desviviéndose por complacerlo, y eso era algo que ya comenzaba a cansarlo.

—Hermanita, necesito hablar contigo —mencionó mirándola con una sonrisa ladina.

—Ahora no, Daniel. —Elisa no podía apartar su mirada incrédula y llena de rabia de la mesa donde se encontraba la estúpida intrusa junto a Terrence Danchester.

—Es algo muy importante… —dijo, posando su mirada en el mismo lugar que Elisa.

—¿De qué se trata? —inquirió, mirándolo de soslayo. La actitud de su hermano había despertado su curiosidad.

—Será mejor que hablemos en otro lugar —indicó y la agarró por el brazo—. Con su permiso, señoritas; enseguida volvemos.

Les entregó un guiño coqueto, luego se dio la vuelta y caminó llevando a Elisa con él, hacia un lugar menos concurrido. No quería que alguien más estuviera al tanto de lo que había descubierto; debía ser más inteligente que el imbécil de Danchester y sus primos.

—Y bien… ¿A qué se debe tanto misterio? —cuestionó, cruzándose de brazos y mostrándose impaciente.

—Me enteré de algo que te dejará muy sorprendida y que te hará rabiar como nunca antes —pronunció, regodeándose en la ventaja que le brindaba el conocimiento.

—¡Habla de una vez, Daniel! —exigió cansada de rodeos.

—¡Por Dios, hermanita! Siempre eres tan impaciente. —Se quejó, estirando las solapas de su chaqueta—. Está bien, te lo diré… La pequeña intrusa y el hijo bastardo del duque son novios, tienen una relación a escondidas…

—¡¿Cómo dices?! —inquirió en un grito que casi deja sordo a su hermano, y su rostro se tornó rojo de la ira.

—Contrólate o harás que todo el mundo se entere —murmuró, sujetándola por los brazos, dedicándole una mirada severa—. Escuché cuando él se lo decía a Christian y Sean.

—¿Estás seguro de eso? —cuestionó, sorprendida y furiosa.

—Por supuesto —afirmó, mostrándose ofendido—. Los seguí cuando salieron del salón, me pareció extraño porque, como sabes, Sean no

soporta a Danchester, pero pensé que quizás iba a reclamarle por la humillación que le hizo a la campesina. Mi sorpresa fue tal, cuando escuché las palabras del arrogante bastardo, le estaba pidiendo permiso a Christian para cortejar a la tonta de Victoria. —Su voz denotaba el rencor que sentía.

—Eso no puede ser posible… Terrence Danchester cortejando a esa provinciana. Ella no está a su altura, pues aun siendo ilegítimo, es el hijo de un duque… Y no de uno cualquiera, sino, primo del Rey Jorge V —expresó con el semblante cubierto por el asombro.

—Se podría decir que es una campesina con suerte…, al igual que su madre —comentó Daniel con sorna.

—Pues, eso está por verse. —Lanzó su amenaza y se encaminó hacia el salón.

—Espera… ¿A dónde vas? —preguntó Daniel, siendo consciente de que podía arruinarlo todo, la sujetó del brazo al ver que no se detenía.

—¿Cómo que a dónde? Iré a hablar con la madre superiora, ella debe estar al tanto de esto, las relaciones dentro del colegio están prohibidas. Haré que expulsen a esa intrusa —respondió con altanería e intentó soltarse.

—No puedes hacer algo como eso, Elisa.

—¿Por qué no? —cuestionó, sintiéndose cada vez más furiosa.

—Porque no tenemos pruebas —respondió con fastidio, a veces odiaba que ella fuese tan impulsiva.

—Tú los escuchaste, eso será suficiente —acotó sin perder su objetivo, quería a Victoria fuera de Brighton.

—Ellos pueden negarlo y dejarme como un mentiroso.

—Pues, si tú no quieres decir nada, lo haré yo, ellos no se atreverán a desmentir a una dama —esbozó con seguridad.

—Puede que no, pero Victoria sí lo hará con tal de salvarse.

—Será la palabra de una campesina estúpida contra la mía.

—Lamento recordarte, querida hermanita, que esa campesina lleva el apellido Anderson, nos guste o no… Y no creo que Terrence te tenga mucha consideración por ser una dama, ¿o acaso olvidas el desplante que te hizo la otra vez? Sabes que puede llegar a ser un verdadero déspota. Además, todo el mundo es consciente de que él es intocable en este colegio —expresó con resentimiento, pues al rebelde nunca lo regañaban por nada.

Elisa tuvo que ahogar un grito de frustración mientras apretaba los puños con fuerza y golpeaba el piso con su fina zapatilla de tacón. Miró a Daniel, y verlo tan tranquilo, le dijo que su hermano escondía algo más, así que se obligó a calmarse para saber qué era lo que tramaba.

—Tienes razón, debemos actuar de otra manera… ¿Qué tienes pensado? —inquirió mirándolo con molestia, por no ser a ella a quien

se le ocurriera algo para destruir a Victoria.

—Tenemos la ventaja de que ellos no saben que conocemos su secreto, así que le pondremos una trampa, debemos hacer que las monjas los encuentren juntos… y, creo saber cómo hacerlo. Escribiremos dos notas haciéndonos pasar por ellos.

—¿Crees que eso funcione? Terrence no es tonto, puede sospechar. —Elisa cuestionó el plan de su hermano.

—Eso es porque no lo viste, está completamente cegado por Victoria, así que no dudará de nada que venga de parte de ella.

Elisa frunció el ceño al escuchar las palabras de Daniel, no le agradaba saber que esa intrusa, una vez más, se robaba la atención del chico que le gustaba, pero esta vez, se lo haría pagar.

Una sonrisa cargada de maldad se apoderó de sus labios, mientras el brillo en su mirada avellana se intensificaba, compartiendo con Daniel esa complicidad que los había hecho inseparables para hacer cosas buenas y malas.

Aunque en su mesa el ambiente era animado, Victoria sabía que sus primos estaban molestos con ella, lo notaba en las miradas serias que le dedicaban y en esa actitud tan fría que usaban cuando le hablaban, mientras que con Annette y Patricia, eran más cordiales.

Suponía que era algo que debía esperarse; sobre todo, después de haberles ocultado su amistad con Terrence, les debía una disculpa, pero esperaría hasta estar en un lugar con menos personas para dárselas.

Sin embargo, uno de sus mayores temores era que intentaran alejarla de Terrence, pues sentía cierta tensión entre él, Christian y Sean; sus primos no le hablaban directamente y pocas veces lo miraban a los ojos. Además, su novio se notaba más serio de lo que era habitual en él; y solo le había entregado un par de sonrisas en la hora que llevaban allí.

Todo eso provocaba en ella una sensación de zozobra que le resultaba horrible; lo peor de todo era que no podía preguntarles, porque sentía sobre ellos las miradas de todas las religiosas y de cada alumno.

Terrence, por su parte, sentía que las dudas lo asaltaban de nuevo, desde que recibiera las amenazas por parte de los primos de Victoria, se estaba cuestionando si no sería mejor alejarse de ella y evitar así que la reputación de su pecosa se viera manchada por estar junto a él.

No obstante, el recuerdo de todo lo vivido a su lado en esos meses, de cómo había cambiado su mundo y de los besos que habían compartido, le exigían que fuese valiente y que no renunciase al primer amor que sentía en su vida.

—Necesito que me digas algo —pidió ella en un susurro, mientras lo

miraba suplicante, ya no aguantaba la incertidumbre.

Terrence se la quedó mirando fijamente en silencio, mientras en su interior se debatía entre quedarse a su lado o dejarla libre. Pensó en lo vacío que se había sentido siempre, en lo solitaria que había sido su vida antes de que esa pecosa apareciera con sus locuras, su generosidad y su manera de creer en las personas; incluso, en un rebelde como él.

—Te quiero —murmuró para que solo ella escuchase.

Le entregó una sonrisa de esas que eran genuinas y que llegaban hasta sus ojos, iluminando el par de zafiros que podían hechizar a cualquier chica.

Lo emocionó ver cómo la mirada de Victoria también destellaba de alegría cuando lo escuchó, y solo eso le bastó para tomar una decisión: se quedarían junto a ella, aunque tuviese que luchar contra viento y marea.

Victoria quedó muda de la emoción, aunque se suponía que no debía sorprenderla, puesto que eran novios; sin embargo, que algo así saliera de sus labios, cuando más asustada se sentía, era maravilloso y la llenaba de confianza.

Separó sus labios para darle una respuesta, pero antes de que esta fuese esbozada, la voz de la hermana Claire anunciaba que las chicas participantes del concurso debían ubicarse detrás del escenario para ser presentadas de manera organizada.

—¡Vamos, Vicky! —expresó Annette con emoción, poniéndose de pie y la agarró del brazo.

—Espera…, antes tengo que… —Debía decirle a Terrence que también lo quería, dentro de ella se había despertado una urgente necesidad por hacerlo, y lo sujetó de la mano.

—Estás hermosa, estoy seguro de que serás la ganadora. —Se puso de pie, llevándose la mano de ella a los labios para darle un beso cargado de ternura y devoción; después, le sonrió con esa picardía que era innata en él—. Suerte, pecosa —pronunció y le entregó un guiño coqueto.

—Gracias —susurró ella, sintiéndose más enamorada.

—Ven, Patricia, debes ayudarnos —mencionó Annette.

—Claro, con su permiso —expresó con timidez mirando a Christian, y se puso de pie para acompañarlas.

—Suerte, Vicky —pronunció Christian con una sonrisa, olvidando su molestia con ella por un momento.

—Ve a dejarles claro quién merece esa corona este año. —Sean también le sonrió, aunque se sentía dolido, no quería que ella se sintiera rechazada y que se refugiara en Danchester, como había vaticinado su hermano.

—Gracias, chicos —expresó, emocionada de escucharlos; pensó que

después de todo, quizá no estaban tan molestos.

Se despidió con una gran sonrisa, y mientras se alejaba, no podía dejar de mirar a Terrence. Sentía que todo lo ocurrido hasta ese momento era tan extraño y maravilloso, que no le sorprendería si de un momento a otro, despertaba en su cama y todo resultaba ser un sueño.

—No puedo creerlo, Vicky ¡En serio conquistaste el corazón del rebelde de Brighton! —pronunció Annette con emoción, pero cuidando que nadie más la escuchase.

—Es algo asombroso en verdad, creo que desde que conozco a Terrence, nunca lo había visto con una chica; en realidad, no recuerdo haberlo visto con alguien, él es muy solitario —comentó Patricia, mirando a Victoria con algo de asombro.

—Yo…, no sé; bueno, eso creo… Es decir, nosotros… —Victoria intentaba dar una respuesta, pero los nervios se lo impedían, aunque solo bastaba ver sus mejillas sonrojadas para comprender que, lo que las chicas decían, era cierto.

—Ustedes están enamorados y eso es tan hermoso, Vicky. —Annette dejó fluir su vena romántica.

—Yo también lo siento así, pero creo que Christian y Sean no opinan igual —mencionó con algo de congoja.

—¡Ay, son chicos! Ellos no saben nada de estos sentimientos, no pueden reconocerlo porque aún no se han enamorado…; al menos, eso creo, pero no te preocupes, ya comprenderán.

—¿Eso crees? —inquirió Victoria, con voz esperanzada.

—¿Eso crees? —replicó Patricia, pues se le hacía imposible que un chico como Christian, no se hubiese enamorado o tuviese alguna admiradora, con lo apuesto y gentil que era.

—¡Por supuesto! —pronunció con seguridad—. Pero ahora, no pensemos en ellos, debemos concentrarnos en el concurso; tienes que ganar para que Terrence se sienta orgulloso de ti —dijo, acomodándole el cabello.

Victoria asintió con la cabeza, sonriendo, emocionada nada más de imaginar lo feliz que estaría Terrence cuando bailase con ella, una vez que fuese coronada.

Esperaba que fuese tal y como le había dicho horas antes, junto al arce, bajo ese árbol que era el cómplice y testigo de ese sentimiento que había nacido de la manera más bonita e inocente que pudiera existir.

Terrence se sentía incómodo quedándose allí solo junto a los hermanos Cornwall, aunque intentaba ignorarlos, como hacía con todas aquellas personas que lo habían menospreciado en su vida; pero, al mismo tiempo, quería encontrar la manera de demostrarles que no

buscaba dañar a Victoria, que sus sentimientos por ella era reales y honestos. Sin embargo, sabía que eso no era algo que pudiese demostrar de la noche a la mañana, se tomaría un tiempo hacer que ellos confiaran en él.

Era consciente de que por el momento, la tensión entre los tres no los dejaría avanzar; quería escapar de esas miradas cargadas de desconfianza, que lo quisiera o no, lo afectaban; así que se puso de pie.

—¿A dónde vas? —inquirió Christian, notando su actitud.

—Seguramente huye para no enfrentarse a nosotros, y así lo hará con el tío Stephen —comentó Sean, sin poder evitarlo.

—No estoy huyendo, solo iba por un poco de ponche —respondió, mirando de forma retadora al chico—. No te creas capaz de intimidarme, Sean Cornwall, porque no estás ni cerca de hacerlo —agregó con arrogancia.

—¿Pueden dejar de portarse como un par de chiquillos bravucones? —cuestionó Christian, mirándolos con severidad—. Sean, estás a punto de cumplir diecisiete…; y si no estoy mal, ya tú los tienes, Terrence, así que deberían empezar a comportarse como los dos adultos que pronto serán.

—No fui quien atacó. —Se defendió Terrence.

—En eso tienes razón, y te recuerdo, hermano, que acordamos darle una oportunidad a Terrence y apoyar a Vicky en las decisiones que tome —mencionó Christian, mirando a Sean.

—Solo quiero que tengas presente que te voy a estar observando, más te vale que no quieras pasarte de listo con Victoria, porque te va a pesar; nuestra prima es una dama y merece ser tratada y respetada como tal.

—Jamás haría algo para ofenderla, pues, a pesar de lo que creas de mí, soy un caballero y quiero que tengas eso presente, antes de insinuar alguna estupidez. Ahora, si me disculpas, Christian, iré por algo de tomar; estoy sediento. —Les dio la espalda y caminó hasta la mesa donde estaban las bebidas.

Christian le dedicó una mirada cargada de reproche a su hermano, pero no dijo nada para no empeorar la situación; entendía que todo eso fuese difícil para Sean, por su carácter impulsivo, pero debía aprender a contenerse.

Después de todo, era Victoria quien estaba por medio, y a quien debían mantener a salvo, ya fuese de las intenciones de Terrence o de las habladurías de los demás.

Capítulo 43

Annette le estaba dando las últimas instrucciones a Victoria, mientras esperaban en la fila para subir al escenario; ella era la última, pues las habían organizado por orden alfabético. La rubia estaba muy nerviosa, pero se mostraba sonriente y relajada, intentando ignorar las miradas llenas de odio que le daba Elisa.

—Bien, amiga, es tu turno; recuerda, debes estar erguida y sonreír —indicó Annette, como la voz de la experiencia.

—Suerte, Vicky —mencionó Patricia, quien no sabía qué más decir, pues ella nunca había estado en una situación así.

—Gracias, chicas —respondió Victoria, dedicándoles una sonrisa y caminó con pasos temblorosos.

Cuando escuchó su nombre, se obligó a recordar las clases de comportamiento social, que recibió en cuanto llegó a la mansión Anderson, y su andar se volvió más elegante. Elevó su pie para subir la escalera, pero en ese momento, tropezó con algo y calló de bruces sobre los escalones, golpeándose las manos y las rodillas fuertemente.

—Lo sabía, es tan torpe… Solo vino a hacer el ridículo —esbozó Elisa con una sonrisa burlona.

—¿Qué esperabas? Es solo una campesina —acotó Grace, riendo.

Annette se acercó a ellas, como si fuese una fiera, pues había visto claramente el momento en que Elisa le había metido el pie a Victoria. Patricia, por su parte, se acercó a su amiga para ayudarla a ponerse de pie, pues era evidente que se había lastimado en la caída.

—¿Estás bien, Vicky? —preguntó, ofreciéndole su mano.

—Tú la hiciste caer… Eres una arpía, Elisa Lerman. —La acusó Annette, mirándola con verdadera rabia.

—Yo no hice nada, ella se cayó sola porque es una mona; no importa cuántos vestidos costosos use o que lleve un apellido que no merece, jamás dejará de ser una intrusa y una campesina sin gracia, que no debería estar en este colegio y relacionarse con nosotros. Estoy segura de que tu madre, Annette, no aprobaría que fueses amiga de esa provinciana maleducada —pronunció con todo el desprecio que sentía por Victoria.

—Mi madre jamás criticaría mis amistades, no es un ser malvado, como la tuya —expresó con seguridad.

—¿Ser malvado? —inquirió, ofendida—. Seguro dices eso por todo lo que te habrá dicho esta mentirosa —acusó a la rubia.

—¡Ya basta, Elisa!

Victoria se levantó y se volvió a mirarla sin poder creer que Elisa la

odiase tanto como para haberle hecho eso, para hablar tan mal de ella, delante de todo el mundo; nunca le había dado motivos para que la humillase de esa manera.

—Tú a mí no me gritas, estúpida intrusa —dijo y estaba a punto de írsele encima cuando vio que una hermana se acercaba.

—Victoria…, hija, ¿pasa algo? —inquirió la hermana Claire, quien había ido a buscarla, en vista de que no subía.

—Nada, hermana, solo tropecé… Ya estoy lista —respondió, irguiéndose cuan alta era. Le dedicó una mirada altiva a Elisa y después subió las escaleras con aires de verdadera reina.

Annette imitó la actitud de su amiga y también le dio la espalda a la pelirroja, ondeando su espesa caballera azabache. Por su parte, Patricia, un poco más tímida, solo giró sobre sus talones y se alejó de Elisa, quien tenía el rostro enrojecido por la rabia, y parecía estar a punto de estallar.

—Es una estúpida, pero no la dejaré que se salga con la suya; así tenga que hacer hasta lo imposible, Victoria será expulsada de este colegio… ¡Lo juro! —gritó furiosa y se dio media vuelta para salir de allí, sin importarle siquiera dejar a su amiga Brithanny.

Vítores y aplausos recibieron a Victoria cuando se hizo presente sobre el escenario, no solo porque era hermosa, sino porque era la novedad de ese año; y los jóvenes estaban deslumbrados por su belleza extranjera, con sus grandes ojos verdes, su rizada cabellera dorada y esa sonrisa franca.

Ella aún se encontraba aturdida por lo sucedido, pero cuando su mirada se encontró con la de Terrence, quien la observaba, apoyado desde uno de los pilares del salón, se llenó de seguridad y se olvidó de las poses, solo fue ella misma, pues él le había dicho que precisamente por eso le había gustado.

Minutos después, era coronada como la reina del Festival del Real Colegio Brighton de mil novecientos catorce, para la alegría de muchos y la rabia de otros.

Ella se paseó, llevando la pequeña pero hermosa corona, que hacía resaltar su belleza un poco más, pero lo que más lograba cautivar la mirada de todos los presentes era la sonrisa en sus labios, que iluminaba el par de gemas verdes, que brillaban como un par de esmeraldas.

Terrence la recibió en compañía de sus primos y sus amigas cuando bajó del escenario. Después de recibir los abrazos de las chicas, de Christian y Sean, se unió en uno muy estrecho a su novio, quien la veía con verdadero orgullo.

Hubiesen querido un beso también, pero sabían que no podían hacerlo, nadie, aparte de los más allegados, podía saber de su relación.

—¡Gané! —expresó, emocionada, mientras lo miraba a los ojos,

sintiendo que flotaba estando junto a él.

—Estaba seguro de que lo harías —comentó Terrence, sonriendo, le acarició la mejilla y se acercó disimuladamente para decirle algo al oído—. Y debo confesarte algo.

—¿Qué? —preguntó intrigada por su actitud.

—Tener esa certeza también me hizo pedirte que fueras mi novia, porque sabía que ibas a tener filas y filas de chicos deseando cortejarte, después de ser coronada.

—¿Acaso tenías miedo de que me fijara en otro chico? —inquirió, mostrando una sonrisa traviesa.

—No, estaba seguro de que no te ibas a fijar en nadie más… Más bien, quería ahorrarme la molestia de romper las narices de los desubicados que quisieran conquistarte —contestó con arrogancia y un leve encogimiento de hombros.

—¡Eres insoportable, Terrence Danchester! —Se quejó sin poder creer que fuese tan vanidoso.

—Aun así, me quieres —acotó, sonriendo.

Ella estaba por responderle, pero no tenía cómo desestimar sus palabras, pues él tenía la razón: lo quería. Quería con todo su ser a ese mocoso malcriado y arrogante.

Suspiró, concediéndole la razón, y sus mejillas se encendieron ante el sonrojo; se sintió apenada porque sabía que todas las miradas estaban puestas sobre ellos dos, así que intentó escapar hacia su mesa.

—Y ahora, la reina hará su primer baile —anunció la hermana Claire, con una gran sonrisa—. Por favor, señor Danchester, ¿puede acompañar a la pista a la señorita Anderson?

La hermana Claire era una romántica innata, a pesar de llevar una vida religiosa, ella, como tantas jóvenes que vestían el hábito, había tenido una ilusión cuando joven. Solo que ese amor fue enviado lejos y jamás lo volvió a ver, pero en secreto, siempre soñaba con él y con ese tiempo.

Sus recuerdos se avivaron ese día en especial al ver a Terrence junto a Victoria, pues era como haber encontrado una vieja fotografía de ella junto a su amor eterno, que irradiaba inocencia y ternura.

Terrence asintió, ofreciéndole su mano a Victoria, y la llevó al centro del salón, donde ocuparon sus posiciones. Él podía sentir que ella temblaba, pero le dedicó una sonrisa para llenarla de confianza, y en solo segundos, la música los envolvió.

Sus cuerpos comenzaron a moverse al ritmo del dulce vals que tocaba la orquesta, y que llenó cada rincón del salón, creando un ambiente perfecto y sublime. Sus corazones latían emocionados, ignorando al resto del mundo, porque en ese momento solo existían ellos dos y sus miradas, las que se expresaban todo lo que sentían sin necesidad de decir una sola palabra.

Los alumnos de Brighton celebraban otro fin de semana libre, y ese era especial, pues coincidía con el cumpleaños número quince de Victoria. En vista de que su padre no pudo viajar, no le organizaron una fiesta, pues ella se negó rotundamente; no tenía caso si él no estaba presente, eso fue lo que alegó, y sus primos no tuvieron más remedio que aceptar.

Annette y Patricia, por su parte, consiguieron el permiso de sus padres, para pasar ese fin de semana en la mansión Anderson, pues se suponía que celebrarían junto a Victoria su cumpleaños. Y en vista de que la rubia no quería festejarlo, al menos la animarían para que no sintiera tanto la ausencia de su padre.

Así era cómo se encontraban desayunando todos en la terraza con vista al jardín, aprovechando ese soleado y hermoso día del mes de mayo. Victoria despertó en medio de las felicitaciones de sus amigas y de sus primos, también de las personas que trabajaban en la casa; sin embargo, eso no alejó la tristeza que sentía por la falta que le hacía su padre.

Guardó la esperanza de que él apareciese, sorprendiéndola, pero cuando despertó y no lo halló por ningún lado, supo que ya no vendría.

—Si me disculpan, subiré a mi habitación, me duele la cabeza y, tal vez, descansando se me pase —mencionó Victoria, poniéndose de pie sin mirarlos.

Lo único que quería hacer ese día era encerrarse en su habitación y llorar hasta quedar sin lágrimas, o dejar de sentir ese vacío que tenía en el pecho. También sufría por la ausencia de Terrence, no lo había visto desde la mañana anterior, cuando se despidieron en el patio del colegio; pensó que, a lo mejor, se había quedado en el colegio, pues siempre decía que odiaba ir a la casa del duque.

—Debemos hacer algo, está muy triste… Me duele tanto verla así. —Le comentó Annette a Sean, mientras la veía alejarse.

—Lo sé, nunca había estado tan desanimada. Bueno, no desde la muerte de Anthony —expresó, siguiéndola con la mirada.

—Es lógico que lo esté, extraña a su papá —indicó Patricia.

—El tío Stephen le envió varios regalos y una carta —comentó Christian para justificarlo un poco.

—Ella no ha abierto ninguno, los dejó todos tal y como los encontró, ni siquiera vio la carta —mencionó Patricia, sintiendo pena por su amiga. Ella sabía lo que estaba sintiendo Victoria.

Todos se quedaron en silencio ante esa declaración, era evidente que las cosas estaban peor de lo que imaginaron, porque, con lo curiosa que era Victoria, que no hubiese abierto sus regalos o leído la carta, era asombroso.

—¡Tengo una idea! —exclamó Christian con una gran sonrisa,

confiado en que eso la animaría.

—Cuéntanos —pidió Sean, mirándolo con interés.

—Llevémosla de paseo, Vicky siempre disfruta salir en coche y conocer lugares nuevos; estoy seguro de que eso la animaría mucho —explicó, convencido de que así sería.

—Me parece una buena idea. —Lo apoyó Patricia, sonriendo.

—Sí, creo que sería estupendo, vamos a hablar con ella —dijo Sean, poniéndose de pie; los demás siguieron su ejemplo.

Entraron a la casa, dispuestos a ir todos hasta la habitación de Victoria, aunque las normas impedían que los chicos entraran en la recámara de su prima, ellos no seguían esa tonta regla, pues se tenían confianza.

—Disculpe, señor Cornwall, en el salón se encuentra un joven que pide ver a la señorita Victoria. —Le informó el mayordomo a Christian, en cuanto lo vio entrar.

—¿Un joven? —preguntó, extrañado.

—Creo saber de quién se trata —murmuró Sean, al tiempo que era invadido por la molestia.

—El joven se anunció como Terrence Danchester —respondió el hombre con su solemne acento inglés.

—¡Terrence! Seguro que Vicky se pondrá feliz de verlo —expresó Annette, sonriente, aunque controló su efusividad al ver el semblante endurecido de Sean.

—Seguro —masculló el menor, intentando disimular su rabia.

—Bueno, recibamos entonces al señor Danchester —dijo Christian, resignándose, mientras rogaba que el rebelde y su hermano, no fuesen a empeorarle el día a Victoria.

Terrence llegó a la hermosa propiedad de los Anderson a las afueras de Londres, se había escapado del colegio para ir a ver y felicitar a su novia por su cumpleaños. Aunque todos los alumnos tenían ese fin de semana libre, él siempre se quedaba en Brighton, pues, prefería eso y luego salir por su cuenta, a encerrarse todo un fin de semana en el palacio de los Danchester en Oxford.

—Buenos días, Terrence, ¿cómo estás? —Lo saludó Christian, usando un tono cordial pero distante.

—Hola, Christian, bien, ¿y tú? —dijo, extendiéndole la mano.

—Bien, gracias, supongo que has venido para ver a Vicky.

—Sí, así… Le traje un presente —respondió, mostrando una pequeña caja blanca con una cinta y un lazo rosado que la atravesaba.

—¡Qué hermoso detalle! Seguro le encantará.

—Lamento informarte que tu visita tendrá que ser rápida, porque tenemos planes, casi estábamos por salir —informó Sean, apenas disimulando su sonrisa de triunfo.

—Bueno, yo no tengo nada más que hacer por el resto del día, si no tienen problemas, podría acompañarlos —comentó, negándose a que Sean lo sacara del juego.

—Eso sería maravilloso, ¿no te parece, Christian?

—Creo que sería buena idea, seguro Vicky estaría feliz —agregó Patricia, para apoyar la sugerencia de su amiga.

—No creo que sea posible… —Sean estaba por echar por tierra la propuesta del rebelde.

—Pensándolo bien, no estaría mal…, así celebraremos el cumpleaños de Victoria con todos presentes.

—Perfecto, entonces iré a buscarla. —Patricia sonrió y se sonrojó cuando él le respondió con el mismo gesto.

Christian era consciente de que su prima estaría más feliz si Terrence también los acompañaba, había notado durante el festival, cuán compenetrados estaban. Así que, la presencia del hijo del duque, seguro la pondría feliz, y ese era su objetivo, que ella viviera un día inolvidable.

—Espera, Patty… ¿Qué les parece si le damos una sorpresa? —sugirió Annette, mirándolos a todos con ojos brillantes.

—¿Sorpresa?, ¿qué tipo de sorpresa? —cuestionó Sean, con el ceño fruncido mientras la miraba.

Una ancha sonrisa se apoderó de los labios de la pelinegra, quien fijó su mirada en el chico que le gustaba, esperando que su propuesta no lo fuese a molestar, porque era evidente que no le agradaba para nada Terrence.

Sin embargo, ella trataría de que esa percepción cambiase, porque Victoria se merecía un cumpleaños lleno de alegrías, pues no todos los días se cumplían quince años.

Victoria se encontraba tendida en su cama, con el rostro hundido en una almohada, mientras su cuerpo era estremecido por los dolorosos sollozos que brotaban de sus labios. Sentía que entre más pasaba el tiempo, más triste se encontraba, porque los recuerdos de su padre la asaltaban, así como aquellas palabras de Terrence, cuando le dijo que el duque lo había enviado a ese colegio y después se había desentendido de él.

Se moriría de tristeza si algo como eso llegara a pasarle, porque su padre lo era todo para ella; y ante esa idea, un nuevo torrente de sollozos llenaba el silencio que reinaba en la habitación.

De pronto, el sonido de un par de golpes en la puerta también irrumpió en el espacio, haciendo que se sobresaltara y, con rapidez, se llevó las manos a la cara para secar sus lágrimas.

—Adelante… —Su voz salió rasposa, dejando ver los estragos que había causado el llanto.

—Vicky, tenemos una maravillosa noticia —expresó Annette.

—Sí, estamos seguras de que te va a encantar —mencionó Patricia, intentando disimular que no había notado los ojos hinchados y enrojecidos de su amiga.

—Los chicos han organizado un paseo por la ciudad para celebrar tu cumpleaños… ¿No es grandioso? —preguntó, tomándole las manos mientras sonreía e imitaba la actitud de Patricia, de no hacer mención de su semblante triste.

—Chicas…, de verdad les agradezco mucho, pero yo no me siento de ánimos para salir, prefiero quedarme aquí —respondió, esquivando su mirada y se alejó de ellas.

—Pero, Vicky…, hoy es tu cumpleaños, no es justo que pases todo el día aquí, encerrada… y llorando, pareces una flor marchita —acotó Annette mientras la miraba a los ojos.

—Todos queremos verte feliz, por favor, ven con nosotras, seguro vas a terminar divirtiéndote mucho.

—Annie, Patty, de verdad…, no quiero… —Les dio la espalda, le dolía negarse, pero era consciente de que no sería una compañía agradable para ninguno de ellos ese día.

Escuchó que la puerta se abría y algunos pasos sobre el piso de mármol; pensó que debía ser alguno de los chicos, quien también venía para convencerla.

Suspiró, cerrando los ojos, siendo consciente de lo difícil que era tener que lidiar con ella ese día, hacía mucho que no se sentía tan deprimida.

—¿Y si soy yo quien te pide que vengas a pasear con nosotros? —inquirió Terrence, revelándole su presencia, mientras le entregaba una sonrisa para animarla. La había escuchado a través de la puerta y, notar la tristeza en su voz, le dolió profundamente.

—¡¿Terry?! ¡¿Qué haces aquí?! —Victoria se volvió para mirarlo y parpadeó, asombrada, mientras caminaba hacia él, como atraída por una fuerza más poderosa que ella.

—¡Feliz cumpleaños, pecosa! —La felicitó, haciendo su sonrisa más efusiva, y cuando la tuvo cerca, le acarició una mejilla—. He venido a traerte un presente y a liberarte de este encierro.

Vio que Annette y Patricia caminaban hacia el balcón, dándoles privacidad, así que enseguida aprovechó y le dio un suave toque de labios; se estaba muriendo por besarla.

Ella estaba tan sorprendida que no reaccionó, solo se quedó quieta y lo miró sorprendida, pero sus mejillas se tiñeron de rojo, y sus labios temblaron cuando él les dio un segundo toque.

—Terry…, yo… —Estaba a punto de negarse, pero ver el anhelo en los ojos azules de su chico se lo puso difícil.

—Si no aceptas, me llevaré conmigo el regalo que te he traído —

aseguró, mirándola con seriedad para que cediera.

—Eso es chantaje —acotó ella, sintiendo que su curiosidad se había despertado—. Déjame verlo, al menos.

—Lo dejé en el salón, así que tendrás que bajar, si quieres descubrir lo que es —respondió, mostrándose relajado.

—Ya nosotras lo vimos y creemos que te va a gustar mucho —anunció Annette, desde el balcón, para aumentar su curiosidad.

Victoria se quedó mirando a Terrence, sintiéndose en verdad intrigada, buscando en la mirada de él, algo que le revelase de qué se trataba.

Al final, suspiró, derrotada, y terminó asintiendo; ellos tenían razón, ella no podía dejarse vencer por la tristeza, y además, debía confiar en la palabra de su padre, que le prometió que pronto iría a verla.

Capítulo 44

Christian y Sean esperaban ansiosos en el pasillo, sintiendo que había sido un error dejar que el rebelde entrase en la habitación de su prima; si alguien llegaba a verlo, estallaría un escándalo.

Cuando lo vieron salir, respiraron aliviados y caminaron hasta él, para saber lo que había dicho; aunque habían alcanzado a escuchar parte de la conversación, no llegaron a oír la respuesta de su prima.

—Y bien… ¿Qué dijo? —cuestionó Sean, aunque no quería mostrarse muy desesperado delante del inglés.

—Las chicas se quedaron con ella para ayudarla, vendrá con nosotros —respondió, sintiéndose feliz por haberlo conseguido.

—Eso es estupendo. Muchas gracias por convencerla, Terrence. —Christian le sonrió y le palmeó el hombro.

—No tienes nada qué agradecer, también deseo que Victoria disfrute de su cumpleaños.

—Será mejor que esperemos en el salón, no es correcto que las visitas estén en esta parte de la casa —comentó Sean, en tono cortante, pues seguía estando en desacuerdo con que el rebelde hubiese entrado a la habitación de su prima.

Terrence tuvo que controlar el gesto de fastidio que estuvo a punto de dejar ver ante las palabras del menor de los Cornwall, solo asintió con un movimiento rígido, y bajó junto a Christian, dejando a Sean a su espalda, para así poder ignorarlo.

Luego de media hora, las chicas bajaban las escaleras, luciendo tan hermosas como siempre, aunque el semblante de la rubia no desbordaba felicidad, como habitualmente lo hacía; los chicos estaban seguros de que para el final del día, eso cambiaría.

Se acercaron, recibiéndolas con entusiasmo; incluso, Sean, que se encontraba un poco huraño por la presencia de Terrence, se olvidó por un instante de este, y le sonrió a su prima.

—Qué bueno que hayas decidido venir con nosotros, Vicky —pronunció Christian al tiempo que le sonreía.

—Gracias a ustedes por esta sorpresa, les prometo que intentaré animarme —comentó, sintiéndose algo apenada por su actitud tan pesimista.

—Y bueno, aquí está tu regalo… Feliz cumpleaños, Vicky —mencionó Terrence con algo de timidez, mientras le hacía entrega de la caja que no revelaba su contenido.

—Pensé que me habías traído flores —comentó, recibiendo la caja

y; con cuidado, comenzó a soltar el lazo.

—Estoy seguro de que esto te gustará más —afirmó él, rogando que no se hubiese equivocado en su elección.

—¡Bombones! —exclamó, emocionada—. Tienes razón, me encantan —expresó, sonriendo de verdad por primera vez ese día, y se llevó uno a la boca, comiéndolo casi entero—. ¡Ay, lo siento! No te di las gracias —susurró, tragando el dulce y se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla, aunque hubiera deseado que fuese en los labios, pero tenían público.

—Me alegra mucho que te gusten. —Sonreía, emocionado, no solo porque le gustaron, sino por ese beso que le dio y que él quiso responder, pero tuvo que contenerse.

Annette veía con algo de envidia esa relación tan bonita que Victoria y el rebelde tenían, siempre había soñado con algo igual de especial; pero, lamentablemente, Sean no terminaba de mostrar verdadero interés por ella.

Patricia, por su parte, solo se sonrojó y esquivó la mirada; no estaba acostumbrada a ver ese tipo de muestras de afecto. Su padre era viudo y no se había casado de nuevo, su abuela también era viuda; así que, el único amor que conocía, era el fraternal.

Christian y Sean fruncieron el ceño al ver lo embelesada que estaba su prima, eso cada vez los preocupaba más, pues Victoria era de las personas que se entregaba por completo cuando alguien se ganaba su cariño.

Esa era una de sus virtudes, pero temían que en este caso, fuese un motivo para que Terrence se aprovechara de ella, porque eran conscientes de que él tenía mucha más experiencia; solo esperaban que eso no sucediera, porque se lo harían pagar muy caro.

—Bien, será mejor ponernos en marcha; debemos aprovechar tanto como podamos de este día —anunció Christian para romper la burbuja donde se encontraban los enamorados.

Salieron de la mansión para subir al hermoso y moderno auto rojo que Brandon había comprado antes de irse a América; en realidad, lo hizo más por ver el entusiasmo de Christian, que por él mismo, pues este era un amante de los autos y los aviones.

Así que, cada vez que el mayor de los Cornwall decidía salir, lo hacía en ese, pues su tío había dejado autorización para que lo usara.

—Está listo, señor Cornwall, tiene combustible suficiente —informó el chofer mientras bajaba del auto para cederle el puesto al joven.

—Muchas gracias, Leonard —mencionó con una gran sonrisa—. Si nos acomodamos, bien entraremos todos.

—Las chicas deberían ir detrás —ordenó Sean.

—¿Y nosotros tres juntos en el puesto delantero? —cuestionó Terrence con algo de sorna y molestia.

—Creo que eso no sería muy cómodo —respondió Christian al ver que su hermano no había pensado en ello.

—Bueno, entonces Patricia y Vicky irán al frente con mi hermano, mientras que tú, Annie y yo iremos detrás —indicó Sean, cuyo único objetivo era mantener a Terrence lejos de su prima, para que no siguiera engatusándola.

—Sean…, se supone que yo soy la festejada, así que seré quien decida cómo nos vamos a ubicar. —Victoria podía ver claramente la intención de su primo, y le parecía tonto—. Iré adelante con Christian y Terrence; ustedes irán detrás… ¿No te importa, verdad, Patty? —Le preguntó a su amiga, mirando con algo de pena por moverla de lugar.

—Por supuesto que no, Vicky, me gusta más ir detrás… Es más seguro y la brisa me molesta menos —contestó ella, sonriéndole; pues, pensar en ir junto a Cristian la ponía nerviosa.

—Todos van a poder cambiarse de puesto en cada parada, pero si seguimos discutiendo no saldremos nunca de aquí… Incluso, ustedes dos podrán conducir, si así lo desean. —Christian se mostró neutral, para acabar con esa discusión sin sentido.

—Está bien —masculló Sean, y ayudó a Patricia y Annette a subir al auto, tampoco haría un berrinche como un niño.

Terrence ocultó su sonrisa de triunfo para no caldear más los ánimos del primo de Victoria, pero ganas no le faltaban de soltar una carcajada. Definitivamente, Sean Cornwall debía aprender a comportarse como un hombre, pues, lo único que conseguía con esa actitud era mostrarse como un chiquillo malcriado.

Momentos después, recorrían las calles de Londres, viendo a las elegantes señoras con sus bellos vestidos pasear en compañía de distinguidos caballeros, algunas paseaban sus mascotas, y otras, iban cargadas con bolsas de las tiendas de mayor renombre en la ciudad.

Victoria estaba visiblemente emocionada, el cambio de ambiente le estaba sentado muy bien, al menos sonreía con más frecuencia y la sombra de la tristeza comenzaba a alejarse de ella.

Terrence eran quien más conocía la ciudad, así que le indicó a Christian donde podía estacionar el auto; los chicos bajaron primero, ofreciéndoles sus manos a las damas, y se encaminaron hasta el Hyde Park Corner, una de las plazas más importantes, famosa por el Arco de Wellington.

El lugar vibraba, lleno de los colores propios de la primavera, del sonido de las aves, que volaban de un árbol a otro, y la calidez que les aportaba el sol, que brillaba con fuerza, alejando las nubes grises que la mayoría del tiempo cubrían el cielo londinense.

—Miren un puesto de algodón de azúcar —anunció Annette con entusiasmo, y casi arrastró a Sean hasta el mismo.

—¿Te gustaría comer uno, Victoria? —preguntó Terrence, mirándola a los ojos.

—Sí, por supuesto, no los pruebo desde… —decía, pero se detuvo al ver la mirada de su novio, que le advertía de la presencia de Christian tras ellos—. Desde hace mucho tiempo.

—Entonces vamos, te compraré uno. —Él la agarró de la mano y le entregó un guiño cómplice.

—¿A ti… te gustaría uno, Patricia? —inquirió Christian, sonriéndole a la tímida amiga de su prima.

—Mi dentista me los tiene prohibidos —respondió ella, apenada, y le esquivó la mirada.

—Entiendo —pronunció él con algo de desilusión.

—Pero lo cierto es que me encantan —acotó, mirándolo.

—Y tu dentista no tiene por qué enterarse de que has comido uno, ¿no es así? —sugirió con un toque de picardía en sus amables y serenos ojos azules.

Patricia negó en silencio mientras sonreía con timidez, aceptando la invitación de Christian. Recibió la mano que él le ofrecía, sintiendo una extraña sensación apoderarse de su cuerpo; fue como un temblor que la recorrió de pies a cabeza, pero intentó disimularlo y caminó junto a él hasta el puesto, donde ya sus amigas disfrutaban de la golosina.

Estuvieron paseando por el parque mientras disfrutaban del dulce, pero después de un rato, decidieron ir a otro lugar, ya que, el objetivo de Christian era que Victoria conociese tanto como le fuera posible de Londres, y que no tuviera un segundo para pensar en la ausencia de su tío Stephen.

El siguiente punto fue la famosa Torre de Londres y La Torre Blanca. Victoria reconoció el lugar, pues ya había estado allí con sus primos, y era uno de sus favoritos; le gustaba ver el imponente río Támesis, atravesado por esa joya de la arquitectura.

—¿Les parece si almorzamos en el distrito de Greenwich? —sugirió Christian, quien conocía muy bien ese lugar, por sus intereses científicos—. Es uno de los puntos más visitados por los turistas, allí están el Observatorio y la Escuela Naval —agregó con entusiasmo, mientras miraba a sus compañeros.

—¡Suena tan interesante! —Se mofó Sean, solo para jugarle una broma; sabía que era al único en el grupo al que le interesaba ese lugar.

—A mí me lo parece —esbozó Patricia, tímidamente, asombrándose a sí misma por apoyar la idea de Christian.

—Yo no tendría problemas con visitarlo —comentó Annette con una sonrisa, pues había notado el gesto de su amiga por apoyar al mayor de los Cornwall.

—La última palabra la tiene Vicky —acotó Christian.

—Me gustaría conocer ese lugar —respondió ella con una gran sonrisa—. ¿Tú qué dices, Terry?

—Por mí está bien, iré donde sea que tú desees ir —contestó, esbozando apenas una sonrisa.

La verdad no era de sus lugares favoritos, ya que la Escuela Naval era el recordatorio del destino que le tocaría, una vez que dejara el colegio Brighton. Como hijo del duque, aunque fuese ilegítimo, se esperaba que él hiciera una carrera relacionada con el mundo de la milicia, y los Danchester habían sobresalido en la carrera naval; así que lo más seguro era que se viera internado allí el próximo año.

Christian contuvo su entusiasmo durante el almuerzo, para no suscitar una vez más la burla de su hermano, solo se concentró en disfrutar de la comida, como todos los demás.

Podía ver que Annette había conseguido el milagro de hacer que Sean se olvidase de su molestia con Terrence, o por lo menos, que no estuviese todo el tiempo pendiente de cada gesto o palabra que el inglés le dedicaba a Victoria.

Sin embargo, él sí estaba atento a la actitud del par de enamorados, pues era evidente que el hijo del duque compartía el mismo sentimiento de su prima.

No era que fuese un experto en los terrenos del amor, pero podía recordar algunas actitudes de sus padres; por ejemplo: cómo se miraban y se sonreían. Justo como lo estaban haciendo en ese momento Terrence y Victoria.

De pronto, ese sentimiento que nunca lo había atraído, comenzaba a despertar su curiosidad y, sin saber por qué, su mirada se posó en la hermosa y tímida chica frente a él.

Fue detallando los tiernos rasgos de Patricia O'Brien, su sedoso y espeso cabello castaño, sus tupidas pestañas, que enmarcaban un par de ojos marrones; y sin siquiera darse cuenta, se encontró posando su mirada en los pequeños y virginales labios de la chica.

Se sobresaltó cuando ella elevó el rostro y clavó su mirada en él, sorprendiéndolo mientras la observaba tan descaradamente; apenado, desvió su mirada, reprochándose por semejante atrevimiento, y sonrojándose como un tonto chiquillo.

—Pediré la cuenta —anunció, buscando con la mirada al mesero, sintiendo la necesidad de escapar de ese lugar.

Patricia, por su parte, sintió una emoción que nunca había experimentado, cuando descubrió a Christian mirándola; aunque tampoco pudo mantenerle la mirada, porque los nervios que se desataron en ella, hicieron que su corazón se desbocara como un caballo salvaje; la emocionó descubrir que, al parecer, él encontraba algún atractivo en ella.

La felicidad le duró poco, pues una vez en el observatorio, Christian no la miró de nuevo, incluso, comenzó a rehuirle cada vez que ella buscaba acercarse a él.

Terminó por desistir en su afán de estar a su lado, y solo se quedó detrás, dejando que el grupo avanzara y así poder ocultar su tristeza; ni siquiera emitió su opinión cuando Sean sugirió ir hasta el Palacio de Westminster. Para ella, el paseo había perdido su atractivo.

—Existen lugares mejores en Londres —comentó Terrence con seriedad, ante la propuesta de Sean.

—Ese es uno de los más famosos, y estoy seguro de que a Vicky le gustará —acotó Sean, con una actitud retadora—. ¿O acaso no quieres ir por temor a que nos encontremos con tu padre? —inquirió con sorna y una mirada retadora.

—Vayamos al Parlamento, Christian. —Terrence le mantuvo la mirada a Sean, sin dejarse intimidar.

—Acordamos que Victoria tendría la última palabra. Que sea ella quien decida —indicó para acabar con el reto entre el rebelde y su hermano, quienes parecían un par de chiquillos.

—Yo…, no sé, a lo mejor no es tan divertido —mencionó, para evitar ese duelo entre su novio y su primo.

—Yo creo que sí, además, recuerda que nos dijiste el otro día, cuando visitamos el Palacio de Buckingham, que querías conocerlo —acotó Sean, sin querer desistir en sus provocaciones.

—Victoria. —La llamó Terrence—, me gustaría hablar contigo un minuto, por favor. Si nos disculpan —dijo, tomándola por el brazo y dando un par de pasos para alejarse junto ella.

—No iremos a ese lugar si no lo deseas —susurró en cuanto estuvieron lejos de sus primos y sus amigas.

—Este día es tuyo, este paseo es para que te distraigas y estés feliz. Lo que yo desee o no, no importa —indicó para salvarla de esa disyuntiva donde se hallaba.

—Por supuesto que sí, y no quiero que te sientas incómodo… Es más, le pediré a Sean que deje esa actitud tan odiosa que tiene contigo —mencionó, mirándolo a los ojos.

—Pecosa, no tienes que ir por allí defendiéndome, puedo hacerlo solo, y lo que haga tu primo me tiene sin cuidado; no voy a caer en sus provocaciones… Así que si quieres ir, iremos y no se habla más —pronunció con resolución mientras la miraba a los ojos.

—Pero él solo… —Intentó hacerlo desistir de ese tonto duelo.

—Victoria. —Le advirtió en voz baja.

No quería mostrarse delante de Sean Cornwall, como si estuviera temeroso por un posible encuentro con el duque, si este se daba, mejor para él, así tendría oportunidad de presentarle a Victoria.

Vio que ella se molestaba, y ese no era su objetivo, sino todo lo

contrario; así que, sin importarle la presencia de los demás, se acercó y le dio un beso en la frente.

—Compláceme en esto, por favor —pidió en un tono amable.

—Estarás en deuda conmigo —anunció, y sus ojos lo veían con seriedad, pues no le gustaba ser parte de una disputa.

Él asintió, dedicándole una sonrisa, de esas que la hacían suspirar y, con un ademán, la invitó a regresar con el grupo.

La vio alejarse con andar enérgico, como el de una guerrera que no le tenía miedo a nada; apenas se detuvo para dedicarle una mirada desafiante a Sean.

—Iremos al Parlamento —comunicó, mirándolos.

Victoria miró con insistencia el edificio, una edificación extraordinaria, pero al mismo tiempo, altamente intimidante, al igual que debían ser cada uno de los personajes que dentro de esta se encontraban.

El estilo neogótico predominaba en cada detalle, otorgándole ese aire imponente que lo convertía en uno de los puntos más vistos de la ciudad y, tal vez, el más importante, después del Palacio de Buckingham, residencia de los regentes de la monarquía británica.

—Y bien, ¿qué te parece? —preguntó Terrence, parándose junto a ella, con su mirada puesta en el palacio.

—Es hermoso, pero más allá de su belleza…, es una estructura apabullante, me hace sentir pequeña y… —decía, observando los relieves elaborados con esmerado detalle de la fachada, cuando Terrence la detuvo.

—¿Insignificante? —mencionó él, con amargura.

—¿Por qué dices eso? —cuestionó, sorprendida.

—Esta es la casa de los lores —respondió sin disimular su molestia —. Entre esas paredes, es donde mi padre pasa la mitad de su tiempo; a decir verdad, es donde está siempre.

—¿Por eso fue que Sean dijo que quizá podíamos encontrárnoslo? —inquirió, notando la tensión en su novio. Algo de eso sabía, pero no mucho, porque a las señoritas no debía interesarles la política.

—Sí, por suerte, yo no tendré que estar en ese lugar. Para mí, no es más que una prisión —respondió, arrancando la mirada de ese lugar y le dio la espalda, dispuesto a alejarse.

Victoria se sintió sorprendida ante la reacción de Terrence, sabía que tenía un gran resentimiento hacia su padre, por haberlo dejado internado en el colegio, a su suerte; pero, no pensó que también lo tuviera hacia todo lo relacionado con la monarquía.

Suponía que él, al igual que todos los ingleses, había sido criado bajo la figura del rey, como el representante de Dios en la tierra, pues eso decían las hermanas, en el colegio.

Capítulo 45

La amargura intentó apoderarse de Terrence, pero hizo su mayor esfuerzo y le dio la pelea; no era justo que arruinara un día tan especial para su novia.

Hicieron una última parada en Piccadilly Circus, un lugar mucho más divertido y; estando allí, los ánimos de todos mejoraron, cuando Christian sugirió comprar helados y disfrutarlos junto a la hermosa fuente en memoria de Shaftesbury.

—Patty… ¿Te gustaría uno de chocolate o vainilla? —preguntó, mirándola a través de sus anteojos, queriendo redimirse por haberla ignorado antes.

—Yo… —Ella dudó entre aceptar o no, sabía que ya había comido mucho dulce ese día, pero se sentía tentada.

—Te guardaré el secreto, tu dentista no sabrá nada de esto —susurró con una sonrisa para convencerla.

Ella también sonrió y terminó asintiendo, mientras miraba con anhelo los envases de varios sabores, sintiéndose feliz también porque Christian volvía a dirigirle la palabra.

Se decidió por uno de vainilla, que adornaron con una linda y deliciosa cereza, lo recibió y sus manos temblaron, delatando la emoción que sentía.

—¡Vicky! —exclamó Annette, cuando la vio acercarse a la fuente, con un helado de tres sabores—. ¡Eso es demasiado!

—Ya se lo dije, es una glotona —comentó Terrence, sonriendo, él solo había pedido uno de chocolate.

—Es que no pude decirme por uno, todos se veían deliciosos. —Se excusó, sonriendo y cuidando de que su barquilla no fuese a terminar en la calle.

—Ojalá no te dé dolor de estómago —dijo Patricia con preocupación, mientras miraba con asombro el cono.

Ella abrió los ojos, alarmada, pues no había pensado en eso; provocando las risas de todos sus acompañantes, lo que hizo que mirara dudosa el helado. Ahora comprendía que había pecado de golosa, pero no pudo resistirse ante la tentación; cerró los ojos y rogó para que no le cayera mal; sin embargo, pensó en compartir su carga con alguien más.

—¿Me ayudas a comerlo? —pidió a Terrence, mirándolo con una súplica en sus ojos.

—Claro, y así saldaré mi deuda contigo —contestó y le entregó un guiño cómplice; y no pudo evitar el deseo de darle un beso.

Victoria sonrió, sonrojándose al ver cómo él le miraba los labios; también posó la mirada en los suyos, que lucían más rojos por el frío del helado. Sintió ganas de besarlo, pero era mayor la vergüenza que sentía al imaginar hacerlo frente a sus primos, y lo que ellos dirían si hacía algo como eso, por lo que tuvo que frenar sus deseos y concentrarse en su barquilla.

El sol iba cayendo y pintaba todo el paisaje de brillantes tonos naranjas y dorados, cuando regresaron a la mansión de los Anderson. Sonreían, sintiéndose algo cansados, pero también felices y satisfechos de su paseo por las principales atracciones de la ciudad y; sobre todo, de haber conseguido que Victoria disfrutara de su cumpleaños.

Bajaron del auto mientras sonreían; incluso, Sean y Terrence intercambiaron una mirada sin rastro de la rabia que se tenían; pues, ver a Victoria feliz, bien valía que dejaran de lado sus diferencias por un momento.

La puerta de la mansión se abrió, antes de que ellos lograran subir los escalones, haciendo que se sobresaltaran, pues no se esperaban ser recibidos por la figura que vieron bajo el umbral de la misma.

—He viajado durante semanas desde América, solo para venir a celebrar el cumpleaños de mi hija y, al llegar, me dicen que ella no está… ¿Alguien puede explicarme dónde estaban? —preguntó Stephen, reflejando en su rostro el cansancio, la preocupación y la alegría de por fin ver a Victoria.

—¡Papá! —gritó ella, saliendo de su asombro, y corrió hacia él.

—Mi hermosa princesa —dijo abrazándola y besándola.

Victoria comenzó a llorar de felicidad en los brazos de su padre, se sentía en medio de un sueño, había perdido todas sus esperanzas de verlo ese día, así que, tenerlo allí, era lo más grandioso que le había sucedido, y no terminaba de creerlo.

—¿En verdad estás aquí?, ¿no estoy soñando? —inquirió, sujetándole el rostro con ambas manos, para mirarlo a los ojos.

—No estás soñando, Vicky, aquí estoy… Vine a pasar este día contigo —decía, pero ella no lo dejó continuar.

—Pero… enviaste una carta y regalos, pensé que lo habías hecho porque no vendrías —comentó, hipando por las lágrimas.

—En la carta decía que llegaría hoy… ¿Acaso no la leíste? —cuestionó un poco confuso.

—No, no quise leerla porque me hubiese dolido aún más, confirmar que no vendrías, preferí no enterarme de nada y mantener mis esperanzas —confesó, sin poder contener las lágrimas que bajaban mojando sus mejillas.

—Mi pequeña, jamás hubiese estado lejos de ti en un día como hoy, siempre te he acompañado en cada uno de sus cumpleaños desde que

naciste, ¿o lo has olvidado? —preguntó con un nudo en la garganta, mientras le secaba las lágrimas con los pulgares. Le dolía tanto verla llorar.

—No…, pero ha pasado tanto tiempo, que creí que tú… —Un sollozo impidió que le dijera que creía que la había olvidado.

—Pequeña, estaba desesperado por verte, lamento mucho haber tardado tanto en hacerlo, pero te prometo que no sucederá de nuevo. He venido a quedarme un largo tiempo, pasaremos las vacaciones juntos y te llevaré a conocer Escocia —anunció con una sonrisa que iluminaba su mirada.

Se abrazó con fuerza a su niña, llorando también de alegría por tenerla así, después de tantos meses, en los que se sintió vacío, pero ahora, su alma por fin estaba completa.

Annette y Patricia observaban la escena con lágrimas en los ojos, estaban felices al ver el amor que se profesaban padre e hija, mientras que Sean y Christian sonreían, emocionados por la sorpresa que su tío le había dado a Victoria. Sin dudas, ahora sí podían decir que la felicidad de su prima era completa.

Terrence, por su parte, también se sentía emocionado al ver tan feliz a su pecosa; su mirada zafiro se cristalizó, llenándose de una sensación de nostalgia; algo un poco contradictorio, pues no se podía añorar lo que nunca se había tenido.

Sin embargo, no podía negar que, en algún momento, deseó tener lo que Victoria vivía en ese momento; si no era por parte de su padre, al menos, lo esperaba de su madre, pero Amelia tampoco se lo entregó cuando fue a buscarla a América; y eso lo dejó completamente vacío.

—Y bien, aquí está tío Stephen…, dijiste que hablarías con él en cuanto pusiese un pie en Inglaterra —mencionó Sean, recordándole que debía cumplir con su palabra.

—Y lo haré, pero no será hoy… Este momento es del señor Anderson y de Victoria —respondió, apenas posando su mirada en él, un segundo y; después, la ancló en su novia.

—Terrence tiene razón, tío debe estar agotado por el viaje, y seguramente lo único que querrá es compartir con Vicky —pronunció Christian, mirando a su hermano.

—Por favor, despídanme de Victoria y díganle que prometo volver mañana a hablar con su padre —pronunció con la voz ronca por los estragos que las emociones hacían en él.

Sin esperar una respuesta por parte de los hermanos, se dio media vuelta y se alejó de allí, sintiéndose igual de desolado que cuando estuvo recorriendo las calles de Nueva York, en medio de aquella nevada, que poco a poco fue congelando su corazón.

Christian y Sean lo vieron alejarse, notando el cambio que había

dado el rebelde, el menor apenas le prestó atención, pues poco le importaba lo que le sucedía; sin embargo, Christian, como buen observador, pudo notar la tristeza en el andar de Danchester, y pensó que, tal vez, debajo de esa actitud de chico rebelde y desenfadado, que quería mostrarle al mundo, existía un joven extraviado y falto de afecto.

—¡Tío, qué bueno tenerlo aquí! Creo que la felicidad de nuestra prima ahora sí es completa —expresó Sean con alegría, mientras se acercaba a él y lo abrazaba.

—Sí, bienvenido, tío, y disculpe que nos hayamos llevado a Victoria; no imaginamos que usted vendría —comentó Christian, acercándose para darle un abrazo.

—También me alegra verlos, chicos; tranquilos, que fue mi culpa por no avisarles antes. Quería darle una sorpresa a mi princesa —contestó, mirándola con emoción.

—Papá, tengo que presentarte a mis amigas, de quienes te hablé en las cartas —mencionó Victoria, girándose para mirarlas; y se sorprendió al no ver a su novio allí—. ¿Y Terry? —inquirió, buscando la mirada de sus primos.

—Se marchó —respondió Sean, sin darle importancia.

—Nos pidió que lo despidiéramos de ti, y dijo que vendría mañana —agregó Christian, al ver cómo la desilusión se apoderaba de la mirada de su prima.

—Bien —susurró ella, con algo de tristeza.

—¿Quién es Terry? —preguntó Stephen, realmente intrigado al ver la actitud de su hija, y también la de sus sobrinos.

Un abrumador silencio se apoderó del lugar tras esa interrogante. Victoria sintió que los nervios se apoderaban de ella, e incluso, Annette y Patricia se sintieron intimidadas ante la mirada que Stephen Anderson les dedicó; la que, claramente, exigía una respuesta.

—Es un amigo de Brighton —contestó Christian, para librar a Victoria de tener que hacerlo en ese momento.

—¿Amigo? —cuestionó Sean, con asombro y molestia.

—Hermano, por favor. —Le pidió para que le siguiera la corriente y no fuese a arruinar el reencuentro de Victoria y su tío.

—¿Qué sucede con ese chico? —inquirió, una vez más, Stephen, mirando a sus sobrinos.

—Yo te hablaré de él —mencionó Victoria, captando la atención de todos. Miró a su padre, al tiempo que sentía que cada fibra de su cuerpo temblaba.

—Bien, pasemos a la casa —pronunció con la mirada anclada en los ojos de su hija, sintiendo que el pecho se le apretaba, presintiendo algo que no le agradaba del todo. Aunque, le ofreció su mano mientras le sonreía—. Te he traído regalos de parte de tus tías, querían que

supieras que les habría gustado venir, pero no podían dejar la granja sola por tanto tiempo.

—Las extraño mucho, y ya quiero ver lo que me enviaron —expresó ella con entusiasmo, olvidando sus nervios.

Entraron a la casa y fueron recibidos por la tía abuela, quien bajaba las escaleras en ese momento. La mujer posó su mirada en Victoria, comprobando que su sobrina lucía mucho más alta. Sus rasgos se habían hecho más femeninos y comenzaba a dejar a la niña detrás, para convertirse en una señorita, una muy hermosa; además, tenía la gracia de las mujeres de la familia.

Después de realizadas las presentaciones, de que Victoria recibiera las felicitaciones de su tía y que tuviera lugar la entrega de regalos que habían traído desde América; padre e hija quedaron solos en el salón.

Ambos eran conscientes de que había un tema a tratar, pero ninguno sabía por dónde comenzar, así que solo se miraban a los ojos y se sonreían con nerviosismo; porque sí, incluso, Stephen, se sentía nervioso ante la sospecha de lo que su hija debía contarle acerca de ese joven.

—¿Cómo te va en el colegio? —preguntó para romper el hielo, y sonrió, porque era una interrogante algo tonta—. Ya sé que me lo has contado en tus cartas, pero me gustaría escucharlo de tu propia voz —indicó, mirándola a los ojos.

—Me he sentido bien, tengo muchos deberes todos los días; algunos son difíciles de memorizar, pero con la explicación de Patricia, siempre estoy al día; ella es muy inteligente y nos ayuda a Annette y a mí —contestó, sonriendo.

—Me alegra mucho que tengas amigas, ambas parecen buenas chicas —dijo, apretándole la mano con cariño—. Y qué más, cuéntame todo… Quiero saber cómo ha sido la vida de mi pequeña Victoria en estos meses.

—Bueno…, también conocí a un chico. —Le esquivó la mirada para esconder el sonrojo en sus mejillas.

—El joven llamado Terry —cuestionó, ladeando su rostro para poder mirarla a los ojos, sintiendo que el corazón le latía pesadamente al ver esa actitud en Victoria.

—Sí…, su nombre es Terrence Danchester, lo conocí en el barco cuando veníamos. Es hijo del duque de Oxford, y también estudia en Brighton —respondió, mirando a su padre a los ojos.

—¿Y son amigos? —preguntó en un tono pausado, sin apartar su mirada de la de su hija, mientras intentaba ser comprensible.

—Sí… —La voz de Victoria desapareció, no pudo decirle nada más, porque los nervios no la dejaron; tuvo miedo de decirle que eran novios, y que, incluso, se habían besado.

—Bien, Terrence les dijo a tus primos que vendría mañana, así que tendré el gusto de conocerlo y hablar con él —mencionó para zanjar el tema.

No estaba listo para enterarse de nada más, al menos por ese día, quería seguir sintiendo a Victoria como su niña, aunque, evidentemente, ya era toda una señorita.

Stephen la envolvió entre sus brazos y la arrulló, pegándola a su pecho, como si fuese otra vez esa niña de tres años que se convirtió en la razón de su vida, después de que perdió a Virginia.

Sabía que en algún momento él también debía dejarla partir para que tuviera su propia historia de amor, pero sentía que el tiempo había pasado demasiado rápido y que no estaba listo para eso; al menos, lo consolaba saber que le quedaban algunos años, pues su pequeña acababa de cumplir quince años, aún era joven.

Terrence salió de la mansión de los Anderson, y en lugar de tomar un auto de alquiler para regresar al colegio, decidió caminar por las solitarias calles de Kensington Palace Gardens. Necesitaba hacerlo para pensar en lo que haría al día siguiente.

Victoria era una dama de buena cuna, y si deseaba cortejarla, debía presentarse ante el padre de su novia como lo dictaba la tradición, aunque eso significara doblegar su orgullo.

Dejó escapar un suspiro, siendo consciente de que lo que necesitaba no sería fácil, aun así, debía intentarlo, ella lo merecía.

Caminó de prisa hasta la fila de autos apostados al otro lado de la calle, subió a uno y le indicó al chofer la dirección del Palacio en Oxford. Durante el trayecto de más de una hora, reforzó su postura, armándose de valor para ir al lugar que más odiaba en la tierra, y hablar precisamente con el hombre por quien más rencor sentía, pero a quien, lamentablemente, necesitaba en esa ocasión.

—Buenas noches, Arnold —saludó al mayordomo.

—Buenas noches, señor Danchester —respondió con el tono solemne que siempre usaba.

—¿Se encuentra mi padre? —inquirió sin perder tiempo.

—Está en su despacho, permítame anunciarlo.

—No es necesario —ordenó al ver que el hombre daba un par de pasos—. No sea que se niegue a verme.

—Señor Danchester, usted sabe que su excelencia exige que todo aquel que pida hablar con él, sea anunciado. —Le recordó, mirándolo a los ojos, no quería exponerse a un reclamo por parte del duque, por no cumplir con su deber.

—Arnold, no soy visita ni uno de sus asesores o de sus sirvientes, soy su hijo y no necesito que me anuncies —pronunció con determinación—. Y no te preocupes, le diré que fui yo quien así lo

quiso —agregó y se marchó con andar seguro, ese que caracterizaba a todo Danchester.

Terrence se detuvo frente a la imponente puerta doble de roble oscuro, respiró profundo mientras cerraba los ojos y se armaba no de valor esta vez, sino de paciencia, pues sabía que con su padre la necesitaría; sobre todo, si deseaba conseguir lo que se proponía.

Golpeó un par de veces la madera y esperó por la orden del duque, este tardó varios segundos en responder y supuso que debía estar ocupado en algún asunto, como siempre.

—Buenas noches, padre —mencionó apenas entró al lugar.

—¡Terrence!… ¿Qué haces aquí? Te hacía en el colegio —respondió, posando la mirada en su hijo.

—Buenas noches, joven Terrence. —Lo saludó el administrador de su padre, al tiempo que se ponía de pie.

—Al menos usted tiene la cortesía de saludar, Octavio —acotó Terrence. Aunque se había propuesto mostrar una actitud sumisa para convencer a su padre de ayudarlo, no pudo contenerse al ver la manera en que lo recibía.

—Déjanos solos, por favor, Octavio —pidió Benjen, mientras se armaba de paciencia al ver la actitud retadora de su hijo.

—Por supuesto, su excelencia. Con su permiso, joven —mencionó para retirarse, dejando detrás un ambiente cargado de tensión.

—Toma asiento, Terrence, y dime a qué debo tu visita —cuestionó, mirándolo a los ojos—. Supongo que si decidiste venir, fue por algo. —Benjen no era un hombre de rodeos.

—Es mi fin de semana libre en Brighton —respondió sin saber siquiera por qué no fue directo al asunto que quería tratar.

—Has tenido muchos fines de semanas libres, y siempre has preferido quedarte encerrado en el colegio, así que deja de dar vueltas y dime de una vez qué quieres… Tengo asuntos que atender y no puedo perder el tiempo —pronunció, mostrando el mismo semblante impasible, que usaba para cada miembro de su familia. La única que le sacaba sonrisas era la pequeña Dominique.

—Siempre que se trata de mí, es una pérdida de tiempo para usted, pero tranquilo, no le quitaré un minuto más —dijo poniéndose de pie, dispuesto a marcharse.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta, solo había ido a perder también su tiempo; debió imaginar que su padre lo trataría igual que siempre. Sujetó la manilla de la puerta, al tiempo que la imagen de Victoria llegaba a su cabeza y le exigía que no se diera por vencido tan fácilmente, que luchara por sus derechos y el reconocimiento que como hijo de Benjen Danchester merecía.

—Terrence…, ya casi eres un hombre, así que deja esa actitud de chiquillo malcriado y habla de una vez —demandó, mirando la

espalda tensa de su hijo—. O si lo prefieres, habla con Octavio, él se encargará de tus asuntos.

—Octavio no es mi padre, sino usted —respondió, girándose para encararlo—. Y lo que me ha traído no es responsabilidad de un administrador, sino del hombre que tengo frente a mí.

—Pues, habla ya, Terrence.

—Deseo presentarme ante Stephen Anderson y pedir su permiso para cortejar a su hija Victoria, por lo que necesito que usted me acompañe mañana a verlo y apoye mi petición —expresó con la voz firme y la mirada rebosante de determinación.

Benjen se quedó sin palabras ante la declaración de su hijo, de entre todas las cosas que esperaba que Terrence le dijera, jamás imaginó que se tratase de algo como eso.

Se mantuvo en silencio, observándolo, mientras buscaba en su cabeza las palabras adecuadas, al tiempo que la certeza de verlo ya como todo un hombre, con planes de cortejar a una chica, lo hacía sentirse viejo y también algo extraviado.

—¿De dónde conoces a esta chica? —preguntó con desconfianza, porque tratándose de su hijo, se podía esperar cualquier cosa; incluso, que la joven fuese una simple plebeya.

—Es estudiante de Brighton —respondió sin titubear.

—Bien… —acotó, sintiéndose un tanto aliviado por esa respuesta, pero necesitaba más información—. Por el apellido, deduzco que su familia es escocesa, ¿no es así? —inquirió.

—Sí, pertenecen a uno de los clanes de Escocia, aunque ella nació en Illinois —contestó, sintiéndose esperanzando al ver que su padre parecía interesado y dispuesto a colaborarle.

—¿Es americana? —cuestionó, sintiendo que eso lo cambiaba todo, vio a su hijo afirmar, y enseguida la molestia se apoderó de él—. Tendrás que olvidarte de esa chica, no tendrás mi aprobación.

—¿Cómo dice? —cuestionó sorprendido por ese cambio.

—Ningún hijo mío cortejará, mucho menos se casará con una americana, y es algo que no está a discusión —ordenó casi temblando de ira mientras lo miraba a los ojos.

—Pues, con su consentimiento o sin este, con su compañía o sin esta, mañana voy a presentarme en la mansión de los Anderson y le solicitaré al señor Stephen su aprobación para cortejar a su hija —sentenció sin dejarse intimidar por la furia que hacía relampaguear los ojos grises del duque—. Y quiero que le quede claro algo más, usted no va a disponer sobre mi vida o la persona que escoja para compartirla. Esa decisión será únicamente mía.

—Terrence, no se te ocurra desafiarme. —Le advirtió con un tono de voz tan frío como el hielo.

Él ni siquiera se molestó en responderle, solo se dio media vuelta y

caminó hasta la puerta, abandonando el despacho sin importarle las exigencias del duque para que se quedara, lo escuchara y le obedeciera.

Le pidió a Arnold que llamara un auto de alquiler y que este lo recogiera en la entrada, pues no pensaba quedarse allí un minuto más.

Había ido con la esperanza de que al duque, por primera vez en su vida, le interesara apoyarlo; pero solo terminó de decepcionarse aún más y comprender que, a este, no le importaban sus sentimientos.

Capítulo 46

Victoria despertó cuando los primeros rayos del sol se colaban por debajo de las pesadas cortinas de su habitación, la ansiedad le impedía seguir acostada, por lo que, sin pensarlo mucho, se puso de pie, agarró su salto de cama y caminó hacia las puertas que daban al balcón.

Se hizo espacio entre el espeso cortinaje en tonos damasco, abrió y, cuando salió, una corriente de aire fresco y la bruma de la mañana la envolvieron; respiró hondo, llenando su pecho con los dulces olores que brotaban del jardín.

La noche anterior apenas había logrado conciliar el sueño, pues la emoción por la llegada de su padre y los nervios al imaginar lo que sucedería cuando Terrence hablase con él, le impidieron descansar como habitualmente lo hacía.

En más de una ocasión estuvo a punto de hablarle a su papá de la verdadera naturaleza de su relación con el rebelde, quería ser ella quien le dijera la verdad, pues siempre fue sincera y, eso había hecho que la confianza que existía entre ambos fuese inquebrantable.

Suspiró, cerrando los ojos y evocando la imagen de su novio, eso la llenó del valor que necesitaba para contarle todo a su padre. Sin esperar la ayuda de Olga, su dama de compañía, regresó a la habitación y fue directamente hasta el baño.

Tenía que prepararse para bajar a desayunar, después de que este acabase, le pediría a su padre que hablasen; debía hacerlo antes de que Terrence llegara.

Cuando bajó al comedor, nadie había llegado, solo el personal de la casa se encargaba de poner la mesa; la saludaron, evidenciando su sorpresa al verla, así que miró el reloj colgado en la pared, descubriendo que era muy temprano. Suspiró y se dio media vuelta, dispuesta a subir a su habitación.

—Buen día, Victoria —mencionó Margot, mientras bajaba las escaleras, sorprendiéndose de verla levantada tan temprano.

—Buen día, tía, ¿cómo amanece? —saludó, mostrando una sonrisa, mientras se estrujaba las manos con nerviosismo.

—Bien, por lo que veo, los fines de semana mantienes la costumbre de levantarte temprano, como les exigen en Brighton —comentó de manera casual, aunque en el fondo no lo creía, la había notado muy nerviosa el día anterior.

—La verdad es que quería ver a mi papá, todavía me parece mentira que esté aquí. —Sus palabras fueron sinceras, deseaba verlo, aunque no le diría a su tía por qué motivo.

—Pues, no vas a tener que esperar más, princesa; aquí estoy —expresó Stephen con una gran sonrisa, mientras bajaba las escaleras y extendía sus brazos, ofreciéndole un abrazo.

—¡Buenos días, papi! —Ella corrió a su encuentro y dejó caer una lluvia de besos en la mejilla recién afeitada.

—Te ves muy hermosa hoy —dijo, mirándola; aunque su hija siempre lucía bella a sus ojos, podía notar que ese día parecía haberse esmerado en su arreglo, o quizá era que él comenzaba a hacerse a la idea de que ya no era una niña.

—Gracias, papá —contestó, sonrojándose, esperando que Terrence también la viese hermosa ese día.

El silencio que se apoderó del lugar, mientras era observada por Stephen y Margot, resultó oprimente para Victoria; sentía que los dos podían leer sus pensamientos. Por suerte, sus primos aparecieron junto a Annette y Patricia, salvándola de continuar allí, expuesta a las miradas inquisitivas de su padre y su tía.

—He decido realizar una cena especial esta noche, para celebrar tu cumpleaños, Victoria —anunció Margot, una vez que todos estuvieron en la mesa, tomando el desayuno.

—Tía Margot…, muchas gracias —expresó, emocionada.

—Hubiese querido organizar algo mejor, pero por falta de tiempo, solo será esto, por ahora; cuando viajemos a Escocia, lo celebraremos como es debido, con el resto de la familia.

—Me encargaré de que tengas el pastel más hermoso y delicioso de toda Inglaterra —indicó Stephen, sonriéndole.

—Gracias, papá —dijo, realmente feliz.

—Por supuesto, las señoritas Parker y O´Brien están invitadas —pronunció la señora, mirando a las chicas, quienes le parecían una excelente influencia para su sobrina; eran educadas, elegantes y, lo mejor, de buena familia—. También le envié una nota a los Lerman, extendiéndoles la invitación.

—¿Elisa y Daniel vendrán? —cuestionó Sean, frunciendo el ceño—. Tía, no creo que sea prudente.

—¿Por qué lo dices? —inquirió Margot, con algo de molestia, pues no le gustaba que contradijeran sus deseos.

—Ellos y yo no nos llevamos bien —contestó Victoria.

—¡Tonterías! Ustedes son familia y deben tratarse como tal, además, cualquier inconveniente que hayan tenido, debe ser tratado y solucionado en privado; no en presencia de nuestras invitadas. —Margot miró a Victoria con severidad, dándole a entender que no mencionara nada más, delante de sus amigas.

—Yo también preferiría que no vinieran —pronunció Stephen, sin poder evitarlo; sabía que como hombre y cabeza de familia, su deber era abogar por una reconciliación entre su hija y los Lerman, pero su

instinto de padre le exigía cuidar de Victoria.

—Hermano, por favor, recuerda nuestra conversación y respeta lo acordado —pidió Margot, a punto de perder la paciencia—. He dicho que somos una familia y actuaremos como tal, así que háganse a la idea de que esta noche compartiremos con ellos —sentenció con un tono que no admitía una objeción más, y luego continuó con su desayuno.

A Stephen no le quedó más remedio que guardar silencio, le había prometido a Margot que dejaría que fuese ella quien se encargara de ese asunto. Sabía que no estaba bien que, siendo él un caballero, fuese quien le reclamara a Deborah por la actitud de sus hijos, esos asuntos debían tratarse entre mujeres.

Igual estaría atento a cada gesto o palabra por parte de los Lerman, no iba a permitir una sola humillación.

Después del desayuno, comenzaron los preparativos para la cena, lo que le impidió a Victoria poder hablar con su padre, ya que su tía la mantuvo ocupada.

Hizo que se probara los vestidos que le había traído desde América para esa ocasión especial, al final, se decidió por uno verde oscuro, que hacía juego con sus ojos; también le pidió que mirase en un catálogo varios estilos de peinados, debía escoger uno y ver si podían recrearlo en su caballera, que, por suerte, se salvó de las críticas de su tía.

Al fin pudo liberarse a media mañana de los preparativos, cuando una de las empleadas solicitó la presencia de su tía Margot en la cocina, para escoger el menú que se serviría esa noche. Así que, sin perder tiempo, salió en busca de su padre, debía encontrarlo y hablar con él, antes de que lo hicieran Christian y Sean.

—Papi, por fin te encontré —expresó con alivio.

Lo halló sentado en una de las terrazas con vista al jardín, mientras leía el periódico y, por su semblante, parecía que las noticias no eran muy buenas, pero ella apenas le prestó atención a ello, lo que debía decirle era más importante que cualquier cosa escrita en esos papeles.

—¿Creías que me había marchado? —cuestionó Stephen con una sonrisa, al tiempo que dejaba el diario de lado y le extendía la mano, para alejar de su rostro la preocupación.

—No, claro que no —respondió, sonriendo, y trató de tranquilizarse, pues los nervios la tenían muy alterada—. Es solo que…, necesito hablar contigo de algo muy importante —esbozó y respiró profundo para armarse de valor, luchando a la vez para que su cuerpo dejara de temblar.

—Bien…, soy todo oídos, princesa —dijo haciéndole un ademán para que tomara asiento frente a él.

—Yo…, yo te quería hablar de… —decía, cuando escuchó los pasos

de alguien.

—Disculpe que lo importune, señor Anderson, pero hay un joven en el salón que pide hablar con usted —anunció el mayordomo, mientras miraba los ojos azules de Stephen.

—¿Un joven?, ¿te ha dicho su nombre? —cuestionó, algo sorprendido, aunque ver la tensión que se apoderó de su hija, le dio la respuesta antes de que Walter abriera la boca.

—Terrence Danchester, señor.

Aunque Victoria ya presentía que era él, escuchar que el hombre lo confirmaba, hizo que sus nervios se triplicaran; incluso, pensó que el corazón le saltaría del pecho o se desmayaría.

—Bien, hazlo pasar, por favor, Walter —pidió. Miró a su hija, notando cómo se tensaba y cerraba los ojos mientras respiraba profundo—. Ese joven es tu amigo, ¿verdad? —inquirió dirigiéndose a ella solo para confirmar sus sospechas.

—Sí… —susurró y se armó de valor para mirarlo a los ojos, debía hablar en ese instante—. Papá, quería decir que Terry y yo…, que nosotros… —Los nervios no la dejaban expresar lo que deseaba, y todo fue peor, cuando sintió sus pasos junto a los de Walter.

—Tranquila, ya tu amigo está aquí…, y lo que sea que debas decirme, seguro podrás hacerlo delante de él, ¿o tienes algún problema? —cuestionó, ladeando un poco la cabeza para mirarla a los ojos, pues ella le rehuía.

Victoria negó con la cabeza, mientras sentía que el nudo en su garganta se apretaba un poco más, impidiéndole incluso esbozar una respuesta para su padre.

Su mirada se encontró con la de Terrence y, de inmediato, fue colmada por una sensación de seguridad; la misma que le había hecho falta minutos atrás.

—Buenos días, señor Anderson, permítame presentarme —pronunció, extendiéndole la mano—. Soy Terrence Danchester Gavazzeni, un placer. —Había ensayado tanto esas palabras, que por suerte, le salieron con naturalidad.

—Encantado, señor Danchester…, ya he escuchado hablar de usted —contestó, recibiendo la mano del joven, mientras lo miraba fijamente a los ojos.

—Espero que hayan sido cosas buenas, señor; y, por favor, llámeme Terrence —dijo manteniéndole la mirada, se soltaron las manos, y él desvió los ojos hacia su novia—. Buen día para ti también, Victoria, ¿cómo estás? —La saludó, conteniendo su sonrisa al verla tan rígida como una estatua.

—¿Yo?… Bien…, me encuentro bien, Terrence; gracias por preguntar. ¿Y tú?, ¿cómo estás? —inquirió, mirándolo a los ojos, buscando en estos, la valentía que necesitaba para decirle la verdad a

su papá.

—Bien, gracias… Ansioso por hablar con tu padre —respondió mirándola a los ojos, para tranquilizarla, y también para reforzar su propia confianza.

—En ese caso, tome asiento, por favor, Terrence, y dígame lo que lo trae hasta mi presencia el día de hoy. Tiene toda mi atención —dijo al tiempo que lo miraba a los ojos y le exigía portarse como un caballero, hablando con la verdad.

—Victoria y yo nos conocimos en el viaje que la trajo a Europa —inició, pensando que lo mejor era hacerlo desde ese momento, se sentía tan nervioso, que la voz le vibraba.

—Sí, ella me habló de eso y también que usted es alumno de Brighton, además de que son amigos —resumió Stephen al ver que al chico le estaba resultando complicado hablar.

—En realidad, señor Anderson… —Respiró profundo. Antes de continuar miró a su novia, e incluso, se atrevió a agarrar su mano—. Yo estoy enamorado de su hija Victoria —soltó sin más rodeos, pues entre más analizaba en su cabeza la manera de darle esa noticia a Stephen Anderson, más nervioso se ponía.

—¿Enamorado? —cuestionó, realmente sorprendido de que el joven fuese tan directo; sentía que lo había golpeado en el pecho.

—Sí, señor…, estoy enamorado de Vicky —confirmó, mirándolo a los ojos y sujetando la mano de ella—. Y estoy aquí porque deseo obtener su permiso para cortejarla.

Un silencio tan pesado como el plomo se apoderó de los tres, mientras que Stephen intentaba comprender las palabras del hijo del duque.

Aunque tenía fuertes sospechas sobre el motivo de esa visita, nada lo preparó para escuchar que alguien pretendía a su pequeña, aún no se sentía listo para algo como eso.

—Papá…, yo… —Victoria intentó romper el silencio.

—Antes de darle mi consentimiento, Terrence, debo obtener una respuesta, la más importante de todas para mí —mencionó, interrumpiendo las palabras de su hija—. ¿Qué sientes tú, Victoria? —inquirió, mirando fijamente ese par de ojos verdes que eran la luz de su vida, y que en ese instante lucían atemorizados.

—Yo estoy enamorada de Terry —respondió con absoluta convicción mientras lo miraba a los ojos—. Y por eso acepté ser su novia, porque lo quiero —confesó, sonrojándose.

—¿Son novios? —preguntó, sintiendo que le faltaba el aire, al tiempo que en su rostro se reflejaba la conmoción.

—Así es, señor Anderson, Victoria y yo estamos enamorados —afirmó Terrence, mirándolo a los ojos—. Sé que debí esperar por su aprobación, señor, pero me fue imposible controlar mis sentimientos y

seguir callándolos; necesitaba decirle a su hija lo que sentía por ella y, al saberme correspondido, no pude seguir aguardando y le pedí que fuese mi novia.

Terrence, debió ser quien contara que ya eran novios, pero Victoria se le adelantó, solo esperaba que el hombre no viera como un atrevimiento que hubiese iniciado una relación sin antes hablar con él.

Ya suficiente tenía con que su padre se hubiese opuesto, para que ahora Stephen Anderson también quisiera alejarlo de su hija; en cualquier caso, no permitiría que algo así ocurriese, porque ella era lo único bueno que tenía en la vida, e iba a conservarla a su lado, aunque tuviese que luchar contra todos.

—Señor, mis intenciones con su hija son las mejores —dijo Terrence al ver que no hablaba.

—Papá…, siento no haberte contado antes, pero…

—Solo denme un momento, por favor —pidió Stephen. Se puso de pie, dándoles la espalda, y su mirada se perdió en el jardín.

La sensación que sintió fue tan poderosa como inexplicable, pues nunca en su vida se había visto expuesto a algo así; cerró los ojos para evocar la imagen de su difunta esposa, porque sentía que en ese momento, la necesitaba más que nunca.

Ella siempre tenía las palabras correctas para cada situación, podía solucionar los problemas con rapidez, parecía no tenerle miedo a nada y siempre veía lo bueno en todo.

En eso Victoria se parecía mucho a Virginia, siempre confiando en la buena voluntad de los demás, con una sonrisa en los labios y dispuesta a entregar su cariño a todos.

Su hija era el ser humano más extraordinario, tanto, como lo fue su madre; y él se había prometido y también a su esposa que haría hasta lo imposible porque fuese feliz.

Sin siquiera proponérselo, obtuvo la respuesta que estaba necesitando y que de manera asombrosa le llegó, asociada a los recuerdos de Virginia, por lo que sintió como si ella, desde el cielo, se la hubiera dado.

—Vicky…, le prometí a tu madre y a mí mismo que haría todo cuanto pudiera para que fueras feliz, pero también, que cuidaría de ti —expresó, volviéndose para mirar a su hija.

—Lo sé, padre —mencionó con timidez, sintiendo un nudo apretarse en su garganta, ante la idea de que la fuese a alejar de Terrence solo para cuidarla.

—Señor Anderson, yo le aseguro que cuidaré de su hija. Victoria es lo más preciado que tengo y haría cualquier cosa para que ella estuviera bien —pronunció Terrence, luchando para que el hombre le diese su aprobación.

—¿Prometes hacerla feliz? —cuestionó lo que para él, era lo más

importante, que su pequeña fuese dichosa.

—Sí, cada día de su vida —aseguró, mirándolo a los ojos, mientras apretaba la unión de sus manos.

—Terry ya me hace feliz, papá —confesó Victoria con una hermosa y tímida sonrisa, mientras sus mejillas se teñían de un tenue carmín y apretaba la mano de su novio.

—Bien…, en ese caso, tienen mi aprobación —mencionó y, sin poder evitarlo, acompañó la efusiva sonrisa que le dedicaba su hija, pero al segundo siguiente, se puso serio—. Solo una cosa más, no se hablará de matrimonio hasta que seas mayor de edad, Victoria; y confío en su palabra de caballero, que sabrá respetar a mi hija, Terrence —agregó, mirando al chico.

—Cuente con ello, señor; muchas gracias por permitir mi relación con su hija, y le reafirmo que mis intenciones con Victoria son las mejores; no defraudaré este voto de confianza que me está brindando —expresó y, de pronto, sintió que lo mejor era hablarle de su reputación, que se enterase por él y no por Sean—. También me gustaría hablarle de otro asunto —decía cuando escuchó unos pasos resonar en el piso de granito y pensó que sería uno de los primos de Victoria.

—Una hermosa princesa estuvo de cumpleaños ayer, y he venido para celebrarlo con ella.

La voz de Brandon, que se había hecho más grave en los últimos meses, llegó hasta los oídos de los presentes, y de inmediato, Victoria y Stephen se llenaron de emoción.

Ella giró medio cuerpo para verlo, sorprendiéndose de lo alto que lucía; se puso de pie y corrió hasta él, para abrazarlo.

—¡Brandon! ¡Qué alegría verte! —expresó, sonriendo.

—Feliz cumpleaños, Vicky. ¡Por Dios, pero ya eres toda una señorita! ¡Y cada día tu belleza aumenta!… Te he traído un regalo —mencionó, mirándola con detenimiento.

De la niña que conoció en Chicago, meses atrás, quedaban solo algunas actitudes y la candidez, pues ahora lucía como toda una señorita. Y si bien se parecía mucho a su madre Virginia, también había en ella rasgos que le recordaban a su querida hermana Alicia, quizá por eso sentía tanto cariño hacia ella.

—Y tú estás muy alto, ¿qué comías en la India? —preguntó con ese desenfado que la caracterizaba.

No podía creer que fuese el mismo, traía el cabello más largo y la mitad de su rostro estaba cubierto por una barba, aunque sus ojos conservaban el mismo brillo; del resto, todo en él parecía ser diferente.

Seguramente tendría a muchas chicas suspirando, porque era un joven realmente apuesto, y la semejanza con su padre, hizo que el

cariño que sentía por él, creciera mucho más.

—Cosas que ni te imaginas —respondió, riendo ante la cara de desagrado de su prima, y le dio un beso en la mejilla.

Terrence no podía despegar la mirada de su novia y ese joven, mientras sentía que una hoguera cobraba vida dentro de su pecho, al ver las miradas que compartían, y cómo Victoria le entregaba sonrisas que él deseaba que fuesen solamente suyas.

Y, su tranquilidad, que pendía de un hilo, se rompió cuando vio que ese idiota tenía la osadía de besar la mejilla de su novia.

Se puso de pie, imitando la actitud de Stephen Anderson, y se encaminó hacia el recién llegado para presentarse, no por cortesía, sino para dejarle claro que Victoria Anderson era su novia, y ahora de manera oficial.

Por lo que era mejor que le quitara las manos de encima y dejara de tomarse atribuciones que no le correspondían, puesto que ella era únicamente suya.

Capítulo 47

La mirada azul de Brandon se enfocó unos segundos en el joven que acompañaba a su tío, a quien nunca antes había visto, pero pudo notar que este lo miraba con insistencia; e incluso, podía casi asegurar que hasta con molestia.

Eso lo desconcertó, pero por cortesía, no mencionó nada al respecto y desvió su mirada, posándola en el cabeza de familia de los Anderson; se acercó a él y le dio un fuerte abrazo.

—¡Qué bueno tenerte en casa, hijo! —expresó Stephen, apretándolo con fuerza, sorprendiéndose al ver cuánto había crecido—. Ya eres todo un hombre —dijo palmeándole la mejilla, mientras lo miraba con orgullo.

—Muchas gracias, tío —respondió con una gran sonrisa.

—Permítanme presentarlos —indicó Stephen, haciéndole un ademán al joven inglés, para que se acercara.

—Por supuesto —contestó, posando su mirada, una vez más, en el desconocido—. Es un placer, Brandon Anderson. —Le extendió la mano, comprobando que su primera impresión no fue errónea, algo en él le molestaba al castaño.

—Encantado, Terrence Danchester. —Se presentó, dándole un apretón de mano bastante firme al rubio, al tiempo que fijaba su intensa mirada zafiro en la celeste.

—Terrence es… el novio de Vicky —comentó Stephen, quien aún no podía hacerse a la idea de esa realidad.

—¿Tu novio? —cuestionó Brandon, bastante sorprendido; no esperaba escuchar algo así, su prima apenas era una niña. Aunque, viéndola bien, ya era una señorita, pero seguía pareciéndole muy chica para tener novio.

—Sí —susurró Victoria con timidez.

—Sí, somos novios —confirmó Terrence, agarrándole la mano y mantuvo su mirada fija en el rubio—. El señor Anderson nos acaba de dar su consentimiento.

—Si mi tío te dio la bienvenida a la familia, entonces yo también lo hago, Terrence… No tienes problema en que te llame así, ¿verdad? —inquirió con media sonrisa, comprendiendo ahora porqué estaba tan tenso; se puso celoso de la manera en que Victoria lo recibió.

—Ninguno, Brandon —contestó, tuteándolo también, para mostrarse igual a él, como pares. Sin dejarse convencer del todo por la aparente cortesía del primo de su novia.

—¿Qué les parece si pasamos a la casa? —sugirió Stephen, notando

con algo de desconcierto las miradas retadoras que se lanzaban Brandon y Terrence.

—Yo quiero ver el regalo que me trajiste —pronunció Victoria entusiasmada, y caminó junto a ellos, sin soltar la mano de Terrence.

—Estoy seguro de que te va a gustar.

Brandon le dedicó una radiante sonrisa, pero no por molestar al novio, o quizá sí, aunque todo era en plan de broma, para ver si le quitaba un poco lo acartonado.

Se le notaba a leguas que era inglés, por su actitud, y dudaba que tuviese más de dieciocho años; aunque su semblante parecía el de un hombre que ya pasaba de treinta.

—Aquí está su regalo, señorita Anderson, me dijeron que tenía el poder de proteger, brindar abundancia y sabiduría a la persona que lo llevase —comentó, haciéndole entrega de una cadena de oro, donde resaltaba un colgante del dios hindú Ganesha.

—Muchas gracias, Brandon… ¿Es un elefante? Pero tiene cuerpo de persona… —mencionó ella, observando el hermoso relicario que, evidentemente, habían trabajado con mucho cuidado, pues cada detalle era asombroso y perfecto.

—Déjame verlo —mencionó Stephen, lleno de curiosidad, y le dio vuelta entre sus dedos—. Es muy bonito.

—Es un dios hindú —comentó Terrence, quien no había despegado su mirada del regalo, solo para ver la reacción que tendría su novia cuando lo recibiera.

—Sí, así es… —acotó Brandon con asombro, mientras lo miraba—. ¿Lo conoces? —cuestionó, pensando que solo había adivinado por la forma del dije.

—Sí, su nombre es Ganesha… Viajé hace años con mi padre a la India —respondió con algo de arrogancia, sintiéndose feliz porque no quedaría por debajo del primo de Victoria.

—¿Y qué te pareció? —preguntó ella, llena de curiosidad.

—Bombay es muy ruidosa y caótica —contestó, frunciendo el ceño al recordarlo. Había sido uno de los pocos viajes diplomáticos que él disfrutó, porque la mayor parte del tiempo estuvo solo y libre para hacer lo que quisiera, mientras el duque y el resto de su familia debían cumplir con compromisos—. Aunque, Calcuta y Nueva Delhi tienen su encanto. La manera de su gente ver la vida es…

—Fascinante —completó Brandon, mientras miraba al joven y sentía que comenzaba a caerle bien.

—Ciertamente, y muy distinta de la nuestra —agregó Terrence, notando que su desagrado hacia Brandon Anderson comenzaba a disiparse.

—¡Quiero ir! ¡Ustedes tienen que llevarme! —expresó Victoria con entusiasmo, mirándolos con ese par de esmeraldas brillantes que eran

sus pupilas, y danzaban con emoción.

Los tres caballeros no se sorprendieron ante la petición de Victoria, sabían que ella siempre era igual de espontánea y curiosa. Así que sonrieron y asintieron ante su alegría, al tiempo que cada uno se hacía su propia imagen de ese viaje.

Stephen sentía que sería cumplir la promesa que le hizo a su esposa, cuando le juró llevarla a conocer todo el mundo. La vida no le permitió hacerlo, pero esperaba compensarla, mostrándole a su hija lo grandioso que era viajar.

Brandon pensó en lo divertido que sería compartir un viaje así con su prima.

Y Terrence se imaginó compartiendo con ella una romántica aventura; probablemente, en algunos años, cuando fuesen marido y mujer, la llevaría a recorrer los antiguos palacios, viéndola vestida con hermosos saris de colores brillantes, con sus pies y sus manos decorado con mehandis.

—Bueno, prometo llevarte mi bella princesa —dijo Stephen mirando a su hija—. Pero recuerda que dentro de poco nuestro destino será otro, y estoy seguro que Escocia te gustará mucho.

—Gracias papá. —Sonrió mirándolo con emoción.

Terrence enseguida se sintió feliz, porque él también pasaría sus vacaciones en Escocia, era el único lugar que la miserable de su madrastra nunca visitaba; así que se convertía en su refugio. Imaginar que pasaría esos días junto a Victoria la llenaba de emoción, pero no diría nada de momento, para que el padre no creyera que estaba intentando imponerse, solo lo haría ver como algo que se daría de manera casual.

—Y cuéntanos, ¿cómo te fue en el viaje? Espero que lo hayas disfrutado —mencionó Stephen, esperando que su sobrino estuviese complacido y olvidase su idea de ir a África.

—Lo disfruté mucho, aunque solo fueron tres semanas y una de ellas las dediqué a atender lo de la sucursal del banco que me pidió —acotó para recordarle que no había sido solo un viaje de placer, pues podía leer la mirada y la expresión de su tío—. Aún me quedó mucho por visitar, espero hacerlo en un próximo viaje que será más adelante, pues ya conoce cuál será mi destino una vez que concluya con mis estudios.

—Lo sé, tenemos un trato y no lo he olvidado —comentó Stephen sonriendo, pues a ese muchacho no se le pasaba una.

Sabía que no estaba mal que Brandon quisiera conocer el mundo y descubrir otras culturas, eso lo nutriría como persona y lo haría crecer, ampliando su visión. Sin embargo, también debía tener claro que no siempre conseguiría lo que se proponía, y que en algún momento le tocaría dejar de lado algunos caprichos, para atender

asuntos más importantes para el bien de su familia, porque el individualismo a la larga podía terminar perjudicándolo.

—¡Tío Brandon, qué bueno verlo! —expresó Christian con una gran sonrisa al entrar al salón.

Él y Sean acababan de llegar de llevar a Annette y a Patricia a casa de sus padres, para que pudieran buscar los vestidos que usarían esa noche para la cena.

Las chicas hicieron todo eso con rapidez para regresar junto a su amiga, y también les pidieron permiso a sus tutores, en vista de que sus padres no estaban en la ciudad, para que las dejaran quedarse una noche más; estos accedieron, con el compromiso de que la familia Anderson las llevara a primera hora a Brighton.

—¡Tío, bienvenido! —mencionó Sean con emoción, mientras le daba un abrazo—. La abuela se pondrá feliz cuando lo vea.

—Gracias por el recibimiento, chicos, la idea era sorprenderlos y celebrar el cumpleaños de Vicky —comentó, viendo que ellos también habían crecido en los últimos meses.

—Abuela hará una cena esta noche y tendremos invitados; por cierto, déjame presentar a las señoritas Parker y O`Brien, son amigas de Vicky —señaló Christian mientras les hacía un ademán para que se acercaran, y les sonreía.

—Es un placer, señoritas; Brandon Albert Anderson —dijo, extendiéndole la mano primero a la pelinegra.

—Encantada, señor Anderson. Annette Parker —contestó con una sonrisa, notando lo apuesto que era.

—Mucho gusto, señor Anderson. Patricia O`Brien —respondió con la timidez que la caracterizaba.

—Por favor, llámenme Brandon; eso de señor, me hace sentir como un anciano —comentó, sonriéndoles, y ellas se sonrojaron; lo que hizo que sus sobrinos también se tensaran, como le había sucedido al novio de Victoria.

—Ya llegará el momento en que tengas que hacerte a la idea de ser llamado así, querido sobrino —mencionó Stephen, recordándole que huir de ese título no lo eximía de sus responsabilidades, las que esperaba, atendiera dentro de poco.

—Lo sé, tío —acotó, diciéndole con la mirada que sabía a lo que se refería—; sin embargo, prefiero que mi familia y los amigos me llamen así; y ahora estamos en casa, entre amigos —agregó, sonriéndoles.

El chofer llegó con los equipajes de las amigas de Victoria, y las chicas subieron entusiasmadas, llevándose a su prima para mostrarles lo que habían traído. De esa manera, dejaron a los caballeros solos en el salón, y Sean no pudo seguir conteniéndose, quería desenmascarar a Terrence Danchester delante de su tío abuelo, y salvar a Victoria.

—Y bien, ¿cumpliste con tu palabra?, ¿hablaste con mi tío…? —

decía, sin dejar de mirarlo.

—Sí, ya lo hicimos. —Terrence atajó las intenciones de Sean, sabía que quería perjudicarlo delante de su suegro.

—¿Lo hicieron? —cuestionó, sorprendido de que entonces siguiera en ese lugar y su tío estuviese tan tranquilo.

—Sí, así es —respondió Stephen—. Terrence me habló de sus sentimientos hacia mi hija, también de que ya tiene una relación con Victoria; y yo les di mi consentimiento para que continúen con la misma —explicó, mirando a su sobrino.

—¿Cómo es eso posible, tío? —cuestionó indignado.

—¿Y por qué no podría serlo? —inquirió Brandon, cuya curiosidad se había hecho mayor al ver la reacción de Sean.

—Porque él no le conviene a Victoria —respondió sin dudar.

—Hermano…, por favor, ¿podrías tener un poco de mesura? —pidió Christian, sujetándolo por el brazo al ver las miradas asombradas que le dedicaban dos chicas del personal.

—¿Qué razones tienes para alegar algo así, Sean? —preguntó Stephen, mientras lo miraba con el ceño fruncido, temiendo que la decisión que tomó estuviese errada.

—Antes de que él diga algo, permítame que sea yo quien hable con usted, señor Anderson —mencionó Terrence, viendo que su relación con Victoria pendía de un hilo.

—Vengan conmigo al despacho —ordenó, tornándose serio. Recordó que el joven estuvo a punto de decirle algo, pero no lo hizo por la llegada de Brandon.

—Nosotros también pedimos estar en esa reunión. —Sean habló por su hermano, y suponía que también por su tío Brandon.

—No tengo ningún problema en que estén presentes —pronunció Terrence, mirando a Sean a los ojos, dispuesto a confrontarlo delante del padre de Victoria, si era necesario.

—Vayamos, entonces. —Stephen caminó delante de todos, mientras sentía que un peso se instalaba en su pecho, pues no quería hacer sufrir a su hija, pero tampoco podía dejarla junto a alguien que pudiera perjudicarla.

Entraron al despacho, llenando el lugar de un ambiente tenso y, tan pesado, que podía sentir que incluso respirar se le hacía difícil. Con ademanes, Stephen les indicó que tomaran asiento; respiró profundo para armarse de paciencia, pues, por la actitud de Sean, sabía que iba a necesitarla, ya que su sobrino estaba muy alterado; luego enfocó su mirada en el novio de su hija.

—Bien, dejaré que Sean exponga los motivos por los que entiende que no puedo consentir tu relación con mi hija, Terrence; después será tu turno de defenderte. No pudo juzgarte sin saber antes de qué se te acusa —explicó, mirando al chico a los ojos.

—Como usted desee —respondió, mostrándose seguro, aunque sabía que todo podía acabar muy mal para él, y era su culpa por no hablar cuando tuvo la oportunidad.

—Todo lo que diré aquí, puede confirmarlo mi hermano, o podrá constatarlo fácilmente por usted mismo, tío abuelo; solo debe llamar al colegio, y la madre superiora confirmará mis palabras —anunció Sean.

Terrence apretó la mandíbula con fuerza para no dejar salir las palabras que deseaba decirle, pues parecía una de esas mujeres chismosas, que se pasaban la vida viendo lo que hacían los demás, para luego criticarlos.

—Está bien, continúa, por favor —pidió Stephen, mirando a su sobrino a los ojos, pero sin dejar de ser consciente de la tensión que embargaba a Terrence Danchester.

—Si usted permite que Victoria sea la novia de Terrence, estará contribuyendo a arruinar su reputación. Es conocido por todos en el colegio la fama de rebelde que tiene, no respeta las normas, no va a misa, como un buen cristiano; por las noches, se escapa a los bares del poblado de Brighton, y regresa al colegio completamente ebrio; es un fumador y, muchas veces, no asiste a clases; además, irrespeta a los otros alumnos, valiéndose del privilegio que le da el ser hijo de un duque —mencionó, dejando libre todo el resentimiento y la desconfianza que le tenía, mientras lo miraba a los ojos.

—Te faltó decir que siempre te gano en esgrima, Sean —acotó Terrence con un tono mordaz.

El comentario provocó la risa de Brandon, y también la de Christian, aunque este último intentó disimularla para no molestar a su hermano; no era justo que se burlase de él. Además, la mirada de reprimenda que les dedicó su tío abuelo a él y a Brandon, hizo que bajara la mirada, sintiéndose apenado.

—No creo que las palabras de mi sobrino sean para ser tomadas como broma, Terrence —pronunció Stephen, mirándolo con seriedad.

—Lo siento, señor Anderson.

—¿Cómo respondes a esta acusación?

—No intentaré negar nada de lo dicho por Sean. Admito que soy alguien conflictivo, que suelo cuestionar y romper algunas reglas —dijo mirando a su suegro a los ojos—. Sin embargo, desde que conocí a su hija, las cosas han cambiado; he dejado muchos de mis hábitos atrás, y todo porque Victoria me ha instado a ser una mejor persona. No porque me lo pidiera expresamente, sino porque nadie que conozca la bondad que existe en ella, puede quedarse indiferente y no intentar emular, al menos en parte, su ejemplo.

—Esas son patrañas. No se deje convencer —mencionó Sean, mirándolo con rabia.

—Hermano, no hagas un juicio fundado en el resentimiento que le tienes a Terrence, debes reconocer que lo que él dice es verdad. Hace meses que su comportamiento ha mejorado —apuntó Christian, mostrándose imparcial.

—Es una mala influencia para Victoria, ¿acaso no lo entienden? —cuestionó, saliéndose de sus cabales.

—Romper unas cuantas reglas no hace a alguien una mala persona —comentó Brandon, pues él, de cierta manera, también era un rebelde —. Además, todos tenemos el derecho de enmendar nuestros caminos, madurar y ser mejores. Y si Victoria confía en las buenas intenciones de Terrence, ¿por qué no podemos hacerlo nosotros también? —inquirió, mirando uno a uno los presentes, y terminó por fijar su mirada en su tío.

—¿Podrían dejarme a solas con Terrence? Por favor —solicitó Stephen.

Ya había escuchado todo, ahora debía tomar una decisión, pero necesitaba la presencia del novio de su hija, pues era el mayor implicado en todo ese asunto. Los vio salir en silencio y cerrar la puerta; él se puso de pie y caminó hacia el ventanal, buscando una vez más, que la presencia de su querida Virginia se hiciera presente y lo ayudase.

—Victoria es una chica muy inocente. No puedo aceptar que alguien juegue con ella —esbozó, mirando fijamente a Terrence Danchester.

—Le juro que no son esas mis intenciones, señor; en verdad amo a su hija. Hacerle daño sería como hacérmelo a mí. Créame, por favor, cuando le digo que Victoria es lo más valioso que tengo —mencionó, sin titubear un solo instante.

—Ha quedado claro que eres un joven mucho más experimentado de lo que imaginaba; bebes y fumas, como si ya fueses un hombre; seguramente tendrás pleno conocimiento de prácticas carnales, que por ningún motivo deseo que mi hija conozca, no hasta que esté unida en santo matrimonio —expuso Stephen, siendo completamente claro con Terrence, pues él también fue joven y tuvo tentaciones.

—Fumaba y bebía, lo hacía hasta hace poco; tengo más experiencia que muchos chicos de mi edad, sí, lo admito; pero le aseguro que eso me ayuda a diferenciar entre lo bueno y lo malo —hablaba sin apartar su mirada de la del padre de Victoria, quería que supiera que le era sincero—. Ahora, en cuanto a lo de las prácticas carnales, le diré que haber besado un par de chicas no me hace un depravado, que a diferencia de otros más «santos» que yo, todavía no he tenido intimidad con ninguna mujer. Y, si Dios lo permite, lo haré con la que haga mi esposa, que espero sea Victoria, cuando el tiempo sea el adecuado, no antes.

—¿Cómo puedo confiar en que así será? —preguntó sin rodeos,

porque a pesar de la agilidad que tenía Terrence con las palabras, no terminaba por convencerlo del todo.

—Porque jamás me arriesgaría a concebir un hijo fuera del matrimonio. No quisiera ni imaginar que tuviera que pasar por lo mismo que a mí me ha tocado vivir —expresó con absoluta sinceridad, sin poder evitar que su mirada se cristalizara.

Stephen se quedó en silencio, analizando la respuesta de Terrence y su actitud, al tiempo que todas las circunstancias que tuvo que vivir, cuando su familia no aceptaba a su mujer y su hija, regresaban a él, trayendo consigo el dolor y el rencor.

La mirada del joven terminó por hacer que le diera el voto de confianza que le pedía, y no solo se lo daría a él, sino también a Victoria. Confiaría en que su hija tuviese un buen juicio y no se dejase arrastrar por la pasión propia de la juventud; que su voluntad fuese de hierro, así como lo fue la de su madre, quien esperó para llegar virgen hasta su noche de bodas.

—Voy a darte la confianza que me pides, Terrence Danchester, solo te dejaré algo en claro: Si llegas a defraudarme y te aprovechas de Victoria, no habrá un lugar en esta tierra donde no te busque, y ni toda la influencia o la fortuna de tu padre impedirán que te cobre cada lágrima que le hagas derramar a mi hija, ¿está claro? —preguntó, y con su mirada le advertía que pensara bien si seguía adelante o se alejaba de Victoria para siempre.

—Muy claro, señor Anderson… Gracias, una vez más, por creer en mí. Le prometo que, si en mis manos está, Victoria jamás derramará una sola lágrima, que no sea de felicidad —sentenció con la seguridad que le daba el amor que sentía por ella.

—Eso espero —pronunció y le extendió la mano para sellar ese pacto como caballeros.

Terrence la recibió, emocionado, pues era la primera vez que alguien, conociendo lo peor de él, le brindaba una oportunidad para demostrar que tenía algo bueno para dar, y poder ser una mejor persona. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió esperanzado.

—Bien, tu familia y tú están invitados esta noche a una cena para celebrar el cumpleaños de Victoria, que ha organizado mi hermana; allí anunciaré de manera oficial su noviazgo.

—Me temo que solo yo podré asistir a la celebración —contestó, esquivándole la mirada a su suegro.

—Claro, imagino que el duque debe tener otros compromisos adquiridos —comentó, aunque el cambio en el semblante del chico despertó su curiosidad.

—Lamento decirle que deberá dejar a mi padre fuera de esto… —decía, y al ver que Stephen se disponía a cuestionarlo, mostrándose desconfiado, no le quedó más que decirle toda la verdad—. Él no

aprueba mi relación con Victoria, pero no tiene un motivo particular contra ella, pues ni siquiera la conoce, solo bastó con que supiera que era americana para negarse a aceptarla. Lo hace en venganza porque solo una persona en este mundo ha tenido el valor de rechazarlo, y fue precisamente una americana: mi madre —explicó, mirándolo para que viera que era sincero.

—¿De qué modo afectaría eso a mi hija? —inquirió con preocupación, pues no quería exponerla a un rechazo.

—De ningún modo, mis sentimientos hacia Victoria son fuertes, y nada de lo que haga mi padre lo cambiará. Y, al no ser su sucesor, las decisiones sobre mi vida las tomo yo, nadie más.

Stephen asintió mientras observaba al joven, sintiendo admiración por la seguridad que expresaban sus palabras; por un momento, fue como si viese en Terrence un reflejo de él mismo años atrás, cuando se enfrentó a todos para defender el amor que sentía por Virginia.

Por lo que pidió en ese instante que los sentimientos del chico fuesen igual de fuertes que los de él, que Terrence Danchester nunca flaqueara y luchara por el amor de Victoria siempre, ante cada adversidad.

Capítulo 48

Cada invitado se volvió, en el instante que se anunció la presencia de la festejada, y cada mirada quedó prendada de la figura de Victoria, mientras la veían bajar del brazo de su padre, las lujosas escaleras de la mansión.

No se podía decir que todos la observaban con admiración, pues, Deborah y Elisa, apenas podían disimular su desagrado. Sin embargo, los caballeros se sentían hechizados por la belleza que irradiaba la rubia, quien cada vez dejaba más claro que se había convertido en toda una señorita.

Al menos, eso sintió Terrence, cuando su corazón se desbocó en latidos al ver lo hermosa que lucía esa noche, pero no solo la admiración llenó su pecho, también sintió una fuerte atracción y el innegable deseo de acunar ese delicado rostro entre sus manos, para perderse entre los dulces y tiernos labios de su pecosa.

—Buenas noches, sean todos bienvenidos —mencionó Stephen, con una gran sonrisa que desbordaba orgullo.

—Qué hermosa luces esta noche, prima. —La saludó Brandon, sonriéndole, y le pidió la mano para darle un beso en el dorso, un gesto caballeroso y cordial.

Después de él, siguieron Christian y Sean, quienes también se encontraban admirados ante la belleza que había florecido en Victoria. Terrecen siguió el ejemplo de los chicos y se acercó hasta ella, sin dejar de mirarla, pues se sentía completamente embelesado por la imagen de Victoria.

—¿Te he dicho que eres la chica más hermosa que he visto en mi vida? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Sí, ya lo has hecho —contestó, sonrojándose ante su intensa mirada, y suspiró cuando él le agarró la mano.

—Me siento muy afortunado, Victoria —esbozó con emoción.

—Lo eres, Terrence —acotó, pero no con arrogancia por ser su pareja, sino porque pensaba que el hecho de estar vivo y ser libre, hacía a cualquier persona afortunada—. Y yo también, ambos lo somos.

Él le entregó una sonrisa encantadora, se llevó su mano a los labios y dejó caer un beso largo y colmado de amor, mientras la miraba a los ojos. Victoria también le entregó una sonrisa radiante, lo que hizo que su corazón latiera como nunca antes, sintiéndose plenamente feliz, por primera vez en su vida.

Annette y Patricia observaban la escena entre Victoria y Terrence,

sintiéndose felices por ellos, pero lo que les causó verdadera satisfacción fue ver la cara de Elisa; era evidente que estaba verde de la envidia. Seguramente, ya sospechaba la relación que su amiga y el hijo del duque tenían; en vista de que los demás miembros de la familia Anderson no se sorprendían ante el gesto de Terrence.

Sin embargo, estaban locas por ver la cara que pondría la odiosa pelirroja, cuando el padre de su amiga anunciase que el rebelde y Victoria tenían una relación formal, y que esta contaba con su consentimiento. Seguro que Elisa desearía morir en ese instante, pues era evidente que ella se sentía atraída por Terrence Danchester, desde hacía mucho.

—Tío, qué gusto verlo —pronunció Deborah, destilando hipocresía cuando se acercó a Stephen.

—Digo lo mismo, Deborah. —Él respondió con fría cortesía.

—Felicidades, Victoria —esbozó por obligación, pues esa chiquilla no merecía su más mínima atención; solo estaba allí para no causarle un disgusto a su tía Margot.

—Gracias, señora Lerman —esbozó con timidez, la mirada severa de la mujer la hacía sentir intimidada.

—Deberías llamarla: Deborah. Después de todo, ella también es tu prima —acotó Brandon con una sonrisa cargada de malicia, pues estaba al tanto de la antipatía que sentía su hermana por la pequeña, cosa que le parecía por completo absurda.

—Yo… no creo que sea correcto —comentó Victoria, excusándose, alternando su mirada entre Brandon y Deborah.

—Es mejor no imponerle nada; a fin de cuentas, querido hermano, la diferencia de edad entre las dos es mucha. —Deborah miró a Brandon con reproche, ya que sabía perfectamente lo que él pretendía, pero no le daría el gusto. Se giró para mirar al hijo del duque de Oxford—. Señor Danchester, qué sorpresa encontrarlo aquí, ¿cómo se encuentra su padre? —inquirió al ver que no estaba presente en la reunión.

—Hace un par de días, cuando lo vi, estaba vivo… —contestó con tono burlón, pero al ver la cara de asombro de la mujer, se recordó que estaba en presencia de la familia de su novia y que debía comportarse, por lo que agregó algo más—. Y gozando de buena salud, gracias a Dios, señora Lerman.

—Eso es maravilloso, aunque es una pena que no pudiese acompañarnos esta noche. Seguramente, sus múltiples ocupaciones lo mantienen ocupado —pronunció con un fingido pesar, pues lo que en realidad hacía era recabar información, ya que necesitaba confirmar sus sospechas.

—Ciertamente —acotó sin darle más detalles.

Con solo verla, entendía bien la clase de persona que era Deborah

Lerman. Vivir durante años rodeado de hipocresía, lo había llevado a ser un experto a la hora de identificarla, y a esa dama se le desbordaba por los poros.

Elisa y Daniel todavía no daban crédito a que eso estuviese pasando, no comprendían cómo su madre se había sometido a semejante humillación, además de arrastrarlos a ellos a la misma. Tanto que renegaba de la pequeña intrusa, como para terminar allí, festejando su cumpleaños; e incluso, llevándole presentes; definitivamente, creían que había perdido la cabeza.

—No puedo soportar esto un minuto más —murmuró Elisa mientras miraba con odio a la estúpida campesina, pero lo que más rabia le provocaba era ver a Terrence desvivirse por ella.

—Lamento decirte que tendrás que hacerlo, hermanita, acabamos de llegar y nuestra madre nos dejó claro que debíamos comportarnos —comentó con la rabia que esa orden le producía.

—No entiendo qué hacemos aquí, debimos rechazar la invitación —masculló, mirando de reojo a su hermano.

—Mi madre jamás se negaría a una petición de la tía abuela, sabes perfectamente que la adora y siempre busca congraciarse con ella, así que es mejor que tengas paciencia.

—Pues, no sé cuánto pueda fingir; odio a esa intrusa y a sus tontas amigas —expresó, mirándolas con desprecio.

Y lo peor estaba por venir para Elisa, su madre les dedicó una mirada a ella y a Daniel, para que se acercaran; en su lugar, caminó hasta la tía abuela para saludarla; y mientras lo hacía, su mente dio con la manera de arruinarle la noche a la estúpida. La expondría delante de todos, contaría que ella y Terrence tenían una relación a escondidas.

Quizá conseguía que echaran de la casa al hijo de duque y se llevaran a la intrusa de regreso a América. Y si se atrevía a soñar, tal vez, hasta podría conseguir que la enviasen de nuevo junto a sus ignorantes y salvajes tías.

—Abuela Margot, qué alegría me da verla —expresó con más emoción de la que habitualmente le entregaba.

—También me alegra verte, Elisa; cada día luces más hermosa —contestó, sonriéndole, mirándola detalladamente.

—Abuela, es un dicha tenerla en Londres —esbozó Daniel, quien había seguido el ejemplo de su hermana.

—Y tú, cada vez estás más alto, ya casi eres todo un hombre, Daniel —comentó, sonriéndole con cariño.

—Espero ser uno que la haga sentir muy orgullosa —dijo él, con la zalamería que lo caracterizaba, cuando así lo quería.

—Elisa, Daniel…, acérquense a felicitar a Victoria —ordenó Deborah, al ver cómo su tío Stephen fruncía el ceño, pues sus hijos,

claramente, habían ignorado a la agasajada.

—Por supuesto, madre —murmuró Daniel, mostrando la sonrisa más fingida de su repertorio—. Feliz cumpleaños, Victoria.

—Muchas gracias, Daniel —susurró, apenas echándole un vistazo; no podía fingir que tenerlo allí le alegraba.

—Felicidades, Victoria, espero que cumplas muchos años más —comentó Elisa, jugando el mismo juego de hipocresía que su hermano y su madre, ya que no tenía otra alternativa; aunque en el fondo, deseaba que viviera muchos años, pero en la calle, pidiendo limosnas como una pordiosera.

Después de ese tenso momento, todos se dirigieron al salón, donde se serviría el delicioso banquete. Allí hablaron de muchos temas, hasta que llegaron a uno que intrigaba realmente a Margot y a Deborah, quienes no dejaban de observar las miradas que intercambiaban Terrence y Victoria.

—Es maravilloso que todos sean tan amigos —expresó Deborah, con una sonrisa que no llegaba a su mirada.

—En realidad, Victoria y Terrence son novios —comentó Brandon, para acabar con la tensión que veía en su hermana.

—¿Eso es cierto, Stephen? —cuestionó Margot, quien no estaba al tanto de nada, por lo que miró a su hermano con reproche y asombro.

—¿Usted está al tanto de eso, tío abuelo? —Elisa se mostró asombrada, viendo que su elaborado plan no tendría sentido.

—Sí, así es —respondió, notando en la mirada de su hermana el reproche; supo que debió contarle antes, pero seguía resultándole complicado asimilar que su tesoro tuviese un novio—. Terrence llegó esta mañana para hablar conmigo de su relación con Victoria, y pedir mi consentimiento. Después de tener una larga conversación con él, decidí acceder a su petición, también por pedido de mi hija, quien está feliz con esta relación —explicó sin entrar mucho en detalles.

Había acordado con Sean, Christian y Brandon que tratarían de mantener a su hermana ignorante de la mala reputación de Terrence, para no complicar aún más las cosas.

Aunque le dejó claro a su yerno que, si llegaba a enterarse de que volvía a sus viejos hábitos, él mismo se encargaría de alejarlo de Victoria para siempre; así tuviese que llevársela de regreso a América.

—Comprendo —murmuró Margot, intentando disimular su molestia, pues no acostumbraba a perder la compostura delante de otras personas, aunque fuesen de su propia familia.

—¿Y eso cómo es posible? —inquirió Elisa, parpadeando; apenas podía mantener su boca cerrada—. ¿Acaso usted no está al tanto de la…? —decía cuando su tío la interrumpió.

—Estoy al tanto de todo, Elisa. No tienes por qué alarmarte. Confío en las buenas intenciones que tiene Terrence, y en el buen juicio de mi

hija.

—¿Buenas intenciones? —preguntó Daniel con sorna.

Terrence tuvo que controlarse para no ponerse de pie y caerle a patadas a ese infeliz, aún recordaba lo que intentó hacerle a Victoria, y le hervía la sangre.

Lo miró con tanta rabia, que el muy cobarde se petrificó allí mismo y luego bajó la cabeza, como si fuese un avestruz.

Victoria sentía que su estómago cada vez se apretaba más y más, mientras el cuerpo le temblaba y sus ojos se anegaban de llanto; buscó la mano de Terrence y la sujetó con fuerza.

Sabía que la presencia de los Lerman, solo arruinaría la velada, ellos la odiaban y lo único que buscarían siempre sería hacerle daño; no entendía por qué su padre permitió que la tía los invitara.

—¿Tienen acaso algo que alegar en contra de esta relación, Daniel y Elisa? —cuestionó Margot, intrigada por sus reacciones.

—Ellos apenas conocen a Terrence, no pueden opinar nada de su relación con Victoria; en cambio nosotros, sí. ¿No es así, hermano? —Christian pidió el apoyo de Sean.

—Terrence se ha portado como un caballero con Vicky, y ha demostrado que sus intenciones son serias —comentó Sean, cediendo a la petición de su hermano y cumpliendo con el acuerdo que hecho de darle una oportunidad a Terrence.

—Pues, yo apenas lo acabo de conocer, pero estuve presente en la reunión que tuvimos todos los hombres de esta familia con el chico, y debo decir que también se ha ganado mi consentimiento —expuso Brandon, sonriendo.

—Esto es inconcebible —murmuró Elisa, sintiendo el fuego de la ira recorrer sus venas y observando con odio a Victoria.

—Hija, por favor —susurró Deborah, exigiéndole con la mirada que fuese mesurada en sus expresiones, luego miró a Stephen—. Ya que todos han hablado, permítame opinar a mí también, por favor, tío —solicitó, mirándolo.

—Puedes hacerlo, Deborah. —Le concedió la palabra, no porque lo que ella dijese lo fuese a hacer cambiar de opinión, pero nunca estaba de más escuchar consejos, y su sobrina tenía una hija de la edad de Victoria.

—¿Acaso no le parece que Victoria es muy joven para tener un novio? —cuestionó—. Tiene la misma edad de mi hija y, con quince años creo que les falta la madurez para un compromiso como ese —acotó, mirando a Stephen a los ojos.

—Hasta hace poco, las chicas se comprometían sin tener siquiera la mayoría de edad. Recuerdo que ese fue tu caso, Deborah, y también el de Alicia —contestó a las dudas de su sobrina.

—Yo tenía diecisiete cuando conocí a John, y nos casamos un año

después de cumplir mi mayoría de edad. Créame, tío, dos años hacen una gran diferencia en la vida de una mujer.

—Opino igual que Deborah —comentó Margot, mirando con severidad a la pareja, estaban demasiado jóvenes para esas cosas.

Victoria apretó con fuerza la mano de Terrence al escuchar las palabras de la señora Lerman y de su tía Margot, mientras sentía que todo el cuerpo le temblaba, y sus ojos se colmaban de lágrimas ante la sola idea de que los separasen.

—¿Me disculpan, estimadas damas? Pero, la madurez, muchas veces no está relacionada con la edad, sino con la actitud con la que afrontemos ciertas situaciones y, créanme cuando les digo que Victoria y yo somos plenamente capaces de llevar una relación de noviazgo, con toda la responsabilidad que esta requiere —mencionó Terrence, en un tono que aparentaba ser amable, pero su mirada intensa y dura silenció a las dos mujeres.

—Allí lo tienen, tan solo tiene diecisiete años y ya habla como un hombre —comentó Brandon, mirándolo con admiración.

Solo le bastó escuchar la honestidad con la que Terrence habló esa mañana en el despacho de su tío, para brindarle su apoyo y su confianza. Valoraba que fuese franco y directo en su manera de expresarse, pues confiaba más en las personas que decían la verdad sin disfraces, a aquellas que intentaban endulzar las mentiras con frases bonitas y vacías.

Las palabras de Brandon terminaron por acallar las objeciones de Deborah y Margot, quienes muy a su pesar, debieron guardar silencio para no crear un ambiente más tenso.

Sin embargo, para la matrona, el tema no terminaba allí; debía hablar con su hermano y hacerle ver que su sentimentalismo lo estaba llevando a cometer un grave error, al igual que lo hizo en el pasado.

Elisa se sintió furiosa al ver cómo su tío Brandon le arrebataba la felicidad de ver separada a Victoria de su amorcito. Tuvo que tragarse su frustración, pero aún sus planes se mantenían en pie; ahora más que nunca sabía que debía hablarle a la tía abuela de la fama de rebelde que tenía Terrence, hacer que lo viese como a una amenaza, para que se empeñara en acabar con esa relación.

Dos días después, Elisa le enviaba una carta a su tía abuela, contándole en detalle la pésima reputación que tenía el hijo del duque, pidiéndole expresamente que no la fuese a delatar con tu tío abuelo Stephen.

Le explicó que no quería que él pensara que su intención era atacar a Vitoria; por el contrario, ella solo deseaba salvar el honor de la familia y evitar que Victoria cayera en desgracia.

Margot apenas podía dar crédito a todo lo que Elisa le contaba, pero

más asombroso le resultaba creer que, su hermano, consciente de todo eso, hubiese permitido que su hija entablase una relación seria con alguien de ese tipo.

Se preguntaba en qué estaba pensando Stephen cuando lo permitió, si acaso no veía el peligro que corría Victoria en manos de ese inadaptado.

—Stephen, tenemos que hablar —pidió, entrando al despacho de su hermano, sin siquiera llamar a la puerta.

—Debe ser un asunto muy importante, para que hayas olvidado los buenos modales y entrado así —comentó con algo de molestia por la actitud mandona de su hermana.

—Créeme, lo es —respondió, y sin esperar a que él la invitase, tomó asiento en el sillón frente al escritorio.

—Bien, Margot, cuéntame, ¿qué es eso que te atormenta tanto? —dijo cerrando el libro de cuentas en el que trabajaba, para prestarle toda su atención.

—Es sobre el novio de tu hija —anunció y vio cómo él fruncía el ceño.

—Ya hablamos de eso. —Le recordó su conversación del día anterior—. Pensé que todo había quedado claro.

—Pues, ayer desconocía cosas horribles que sé hoy… Ese joven es un desastre, su reputación en Brighton es la peor y; por si fuera poco, es el hijo bastardo que el duque de Oxford tuvo con una cantante de ópera —explicó con un dejo de desprecio en su voz.

—Te agradecería que no usaras esa palabra para referirte al chico, es de muy mal gusto —expresó con rabia, recordando que, durante muchos años, Bernard, su padre, y ella, usaban el mismo término para referirse a Victoria.

—Está bien —murmuró, notando que había molestado a su hermano—. Tal vez, el hecho de que ese jovencito sea el hijo ilegítimo de Benjen Danchester sea lo de menos, aunque, ya me había hecho a la idea de que tu hija tendría un matrimonio muy ventajoso, dada la posición del joven; sin embargo, eso puede obviarse. Ahora bien, lo que no puedes admitir es que la reputación de Victoria se vea manchada por la de ese chico, estará en boca de todos, y de la peor manera —comentó, alarmada.

—Sabes que nunca me ha importado la opinión de los demás, sino la felicidad de las personas que amo. —Su hermana parecía haber olvidado con quién hablaba.

—Pero… ¿qué hay del riesgo que corre tu hija? ¿Acaso no te importa que ese chico pueda aprovecharse de ella y desgraciarla? —inquirió asombrada de la pasividad de su hermano.

—Me dio su palabra de no hacerlo, y confío en él.

—¡Por el amor de Dios, Stephen! No pareces un hombre de casi

cuarenta años… Estos no son temas que una dama deba tratar con un hombre, ni siquiera siendo hermanos, como nosotros. Pero, en vista de la gravedad del asunto y de que tú pareces estar ciego, tendré que decirte que le estás entregando a tu única hija a un rufián.

—No estoy ciego, Margot, eres tú quien no puedes ver más allá de lo que te permiten tus prejuicios. Cuando veo a Terrence, no veo al chico rebelde, al que todo el mundo parece temerle más que al mismísimo demonio —pronunció. Poniéndose de pie, se acercó al ventanal y miró hacia el jardín—. Yo veo a un chico que ha pasado por muchas cosas en su corta vida, veo a alguien que ha sufrido el rechazo y abandono de quienes lo rodean y, a pesar de ello, ha tenido una fortaleza de hierro para mantenerse en pie; alguien que está poniendo todas sus esperanzas en el amor que siente por mi hija, y si Victoria puede ser su salvación, ¿con qué derecho voy a negárselo?

—Los años no te han enseñado nada, Stephen. Solo espero, por el bien de tu hija, que ese joven no defraude tu confianza, porque el único culpable de la ruina de Victoria serás tú —sentenció con la rabia haciendo vibrar su voz, y salió del despacho.

Stephen la vio alejarse sintiendo que sus palabras le dejaban una sensación amarga en la boca y una opresión en el pecho; sentía que estaba haciendo lo correcto, pero aún tenía dudas y, es que, si algo había aprendido en su rol de padre, era que equivocarse podía ser tan fácil como acertar en sus decisiones.

Capítulo 49

La felicidad y nuevas emociones los embargaban, mientras compartían una vez más bajo la sombra del inmenso arce en el colegio; el roce de sus labios cada vez se hacía más intenso, y Terrence comenzaba a darse mayor libertad a la hora de disfrutar de sus besos.

Aunque seguía conteniéndose de reclamar el interior de su boca, dejaba que su lengua probara la suavidad y tibieza al rozar con delicadeza los pequeños pero voluptuosos labios de su hermosa novia.

Suspiró al ser consciente de que, una vez más, sus ansias amenazaban con superarlo, invitándolo a llevar sus manos más allá del delgado cuello de Victoria, rumbo al pequeño par de colinas que apenas brotaban de su torso.

Aferrándose a su fuerza de voluntad, subió sus manos hasta las delicadas mejillas y las acarició con los pulgares, mientras los besos se iban convirtiendo en solo toques de labios.

—Yo quiero hacer eso también… —susurró Victoria con el rostro arrebolado, sintiéndose en una nube.

—¿Hacer qué? —preguntó él, sonriéndole; le gustaba mucho verla tan entregada.

—Eso que haces con tu lengua —contestó parpadeando con algo de nerviosismo, pues sabía que apenas aprendía a besar.

—Bien, ¿qué tal si lo intentas? —La animó, sonriéndole, y en vista de que era más alto, debió bajar su rostro.

Ella asintió mientras sentía que las mejillas le ardían ante el sonrojo, y todo el cuerpo le temblaba; posó sus manos en el pecho de Terrence para conseguir apoyo, y subió sus labios trémulos hasta los de su novio.

Primero los rozó despacio, sonrió, a causa de los nervios que sentía, pero no quería mostrarse como una torpe, así que suspiró para alejarlos y, cerrando sus ojos, quizá para no ser complemente consciente de lo que hacía, separó sus labios y con timidez, le dio un primer roce con su lengua a los de Terrence.

Él gimió, aprobando lo que ella hacía, pero se mantuvo quieto para no asustarla; quería que se llenara de confianza y se sintiera cómoda compartiendo con él de esa manera.

Sintió cómo Victoria buscaba abrirse espacio entre sus labios, y no pudo resistirse a ello, por lo que los separó despacio, para dejar que ella probase el sabor de su saliva y llegase a tocar su lengua.

—¿Te gusta? —preguntó con timidez, separando apenas sus labios de los de él, mientras sentía que temblaba.

—Sí…, me gusta mucho —contestó, perdiéndose en los ojos de un verde tan oscuro, como los bosques de pino.

Victoria le entregó una sonrisa radiante y orgullosa, él se animó a proponerle algo más, aunque era consciente de que eso solo provocaría mucho más las ansias que latían desesperadas dentro de su cuerpo.

Suspiró, haciendo a un lado a su razón, y dejó que fuese su corazón y sus deseos los que lo guiasen, suponiendo que sabría detenerse llegado el momento.

—Qué te parece si lo hacemos los dos al mismo tiempo —sugirió con la mirada brillante e intensa.

Ella asintió, mirándolo llena de expectativas; no pudo responder con palabras, porque su voz había desaparecido por completo; sonrió, llevada, una vez más, por los nervios, justo antes de sentir el primer roce.

Después de eso, los nervios fueron reemplazados por las deliciosas sensaciones que se apoderaron de ellos; el corazón le latía desbocado y el temblor en su cuerpo se hacía cada vez más intenso; sobre todo, cuando Terrence unía sus labios a los de ella y rozaban sus lenguas al mismo tiempo, arrancándole gemidos que no podía controlar.

Estuvieron así durante varios minutos, dejando que sus corazones latieran descontrolados; ella tuvo que llevar sus brazos al cuello de Terrence para sujetarse con fuerza, pues sentía las rodillas muy débiles.

Él la apoyó en el árbol, ya que también sentía que se estaba quedando sin fuerzas; era tan intenso lo que estaban viviendo, que los elevaba a unas alturas que nunca habían alcanzado.

—Comenzaron a sonar las campanas —murmuró Terrence, deteniendo el roce al escuchar el insistente sonido que provenía del edificio, y anunciaba que la hora de la siesta había terminado.

—Sí…, una vez más, el tiempo pasó volando —expresó, suspirando, sonriendo, extasiada por las sensaciones que aún la recorrían, y se animó a darle otro toque de labios.

—Prométeme que vendrás mañana —rogó con voz apremiante, mirándola a los ojos con intensidad.

—Claro, como cada tarde, Terry —respondió con una sonrisa traviesa al verlo tan desesperado.

Le gustaba mucho lo que la hacía sentir cada vez que le pedía verla, era como si no pudiera vivir sin hacerlo y, ella comenzaba a sospechar que tampoco podía vivir sin mirarse en sus ojos por mucho tiempo.

Tal vez, eso era el amor, no poder vivir sin la otra persona, no poder dejar de pensarla, de acariciarla ni de besarla; y con ese pensamiento, lo volvió a besar.

—Ve, pecosa, o se te hará tarde y tus primos querrán matarme —

expresó con diversión, para disimular su pesar de tener que dejarla ir. Si fuese por él, pasarían todo el tiempo juntos.

—Tienes razón…, tú también ve a clases; recuerda la promesa que le hiciste a mi papá —mencionó mirándolo a los ojos para que no le rehuyese a su responsabilidad.

—No lo he olvido, pero si sigues distrayéndome, yo también llegaré tarde —comentó y soltó una carcajada cuando ella hizo un gracioso mohín con su nariz.

—¡Tonto! —Se quejó, pero no pudo evitar sonreír cuando él le dio un último e intenso beso que la hizo gemir.

Después de eso, cada uno tomó su camino de regreso a las distintas alas del edificio, haciéndolo casi en una carrera, pues debían darse prisa o las hermanas los reprenderían.

Ninguno fue consciente del par de miradas ámbar que los espiaban desde unos arbustos cerca de ese lugar, los mismos que destilaban odio, celos y deseos de acabar con ese idílico romance.

—Te lo dije, siempre se encuentran aquí por las tardes —mencionó Daniel, sintiéndose satisfecho por confirmarlo.

—Esto es mejor de lo que pensaba —esbozó Elisa, en cuya mirada destellaba la maldad.

—¿Piensas decírselo a la madre superiora? —preguntó él, deseoso de conocer el plan de su hermana.

—No, tengo una mejor idea… Vamos, debemos regresar a clases y no levantar sospechas —respondió, irguiéndose y acomodando su impecable uniforme.

—¿No me dirás lo que harás? —cuestionó Daniel, molesto.

—Por supuesto que sí, hermanito, voy a necesitar de tu ayuda, como siempre; pero ahora debemos darnos prisa o seremos nosotros a los que reprendan —informó y caminó con su andar elegante y seguro hacia el ala de las chicas.

Daniel se conformó con saber que, al menos, formaría parte del plan para destruir a Victoria y Terrence, quienes tenían una cuenta pendiente con él.

Sonrió con malicia mientras caminaba hacia el edificio, su mirada se cruzó con la de Terrence, justo antes de que este entrara al salón y, por primera vez, se la mantuvo; retándolo, pues, muy pronto acabaría con él.

A última hora de la tarde, cuando Terrence salía de la aburrida clase de aritmética, fue abordado por una de las mujeres que se encargaban de la limpieza en el colegio. Ella le pidió, disimuladamente, que la siguiera mientras aparentaba ir a remojar el trapeador para seguir limpiando el pasillo, luego se detuvo y, con rapidez, llevó una mano a su bolsillo.

—Su novia me pidió que le entregara esto, también que le dijera que debía leerlo urgente —mencionó. Después caminó de prisa, sin siquiera mirarlo a los ojos.

No se podía arriesgar a que alguna de las monjas la viera y perder su trabajo, aunque las libras que le dio la señorita le caían del cielo, porque tenía a su hija pequeña enferma.

—Espere un momento, por favor —pidió Terrence, extrañado; no hacían tres horas desde que se vio con Victoria.

—Lo siento, señor Danchester, debo continuar con mi labor —indicó, dándole la espalda.

Terrence se quedó mirando, algo sorprendido, la nota en su mano; no entendía qué tendría que comunicarle Victoria, y lo que era más extraño, arriesgarse a algo como eso, cuando ambos tenían muy claro que, en Brighton, debían mantener su relación en secreto.

Su mirada se topó con la de Daniel Lerman cuando levantó la vista del papel, este lo observaba con evidente curiosidad, por lo que, disimuladamente, guardó la hoja en su bolsillo, para leerla una vez que estuviera en su habitación.

Cuando pudo hacerlo, sacó el papel y, justo antes de abrirlo, una extraña sensación opresiva se apoderó de su pecho. Respiró profundo, sintiéndose algo estúpido por ser tan paranoico; negó con la cabeza y procedió a leer la nota.

Querido Terrence:

Tengo algo muy importante que decirte, pero no puedo hacerlo a través de esta nota; por favor, encuéntrame esta noche a las diez, en la colina, como siempre.

Con cariño, Victoria.

Solo le bastó releer un par de veces la nota para saber que había algo extraño con esta, no sentía la esencia de su novia en esas palabras, no eran las que utilizaba cuando se refería a ellos, y ni siquiera parecía su letra.

No era por ser odioso, pero esa caligrafía se veía muy cuidada y estilizada para pertenecer a su pecosa, podía casi asegurar que no era la de ella; sobre todo, porque le había confesado que odiaba cada vez que la hermana Joanne la reprendía, para que mejorara su técnica de trazado.

Se quedó unos minutos intentando adivinar lo que podía significar todo eso, tal vez pudo decirle a Annette o a Patricia que escribiera la nota por ella, pero ¿qué podía ser tan importante que no podía esperar hasta el día siguiente? Se preguntó en pensamientos.

Caminó hacia el balcón y enfocó su mirada en la ventana de la habitación de Victoria, todo lucía igual que siempre y, el sentimiento de zozobra comenzó a crecer dentro de él.

—Solo existe alguien que puede quitarme esta duda, y esa eres tú, Vicky —pronunció en voz alta y salió, decidido a escabullirse hasta el dormitorio de su novia.

Apenas había dado un par de pasos cuando se topó con Christian, quien también salía de su habitación; se quedaron mirándose por unos breves segundos, el primo de su novia apenas le dedicó un gesto parecido a una sonrisa.

Terrence respondió de igual manera y siguió con su camino, pero no había avanzado mucho cuando se volvió sobre sus pasos, algo lo impulsó a que le hablara al mayor de los Cornwall sobre la nota, porque si pensaba lo peor, eso se podía tratar de una trampa.

—Christian… ¿Te importaría si hablamos un momento?

—No…, claro que no —contestó, algo sorprendido por la solicitud —. Me dirigía a la habitación de mi hermano para ayudarlo con unos deberes, pero creo que Sean puede esperar unos minutos —agregó, viendo que se le notaba preocupado, cosa poco habitual en el chico.

—Gracias, la verdad no me llevará mucho tiempo, solo quiero que veas esta nota y me confirmes si la letra es la de Victoria —dijo, haciéndole entrega del papel.

Christian la recibió, sorprendido, y no pudo evitar fruncir el ceño, cuando sus ojos leyeron el mensaje escrito en la misma. El primer sentimiento que lo embargó fue la molestia, seguido de la desconfianza, pues no le gustaba nada que su prima tuviese citas en secreto y en horas de la noche, por muy novio oficial que este fuese de ella.

—¿Qué significa esto? —Fue lo primero que preguntó, mirándolo fijamente para que no le mintiera.

—No es lo que imaginas y, precisamente por eso te la mostré. Victoria y yo nunca nos hemos encontrado de noche en ningún lugar. —Mintió, pero debía cuidar la reputación de su pecosa; respiró profundo para no ponerse nervioso y delatarse—. Así que, recibir una nota firmada por ella, con esa petición, se me hace por demás, extraño; creo que alguien nos quiere tender una trampa.

—Elisa —murmuró Christian, como si hubiese sido iluminado por un relámpago—. Si alguien es capaz de hacer algo como esto es ella, ya viste cómo se mostró en la cena del cumpleaños.

Terrence sintió que un intenso fuego se encendía dentro de él, provocado por la rabia; tuvo deseos de ir en busca de la odiosa pelirroja y exigirle que dejara en paz a Victoria; sin embargo, supo que no estaba en sus manos hacerlo, por el momento.

—¿Qué propones que hagamos? Esto no se puede quedar así.

—Tranquilo, no se quedará… —Le aseguró con seriedad—. Tengo que ir por Sean. Elisa no trabaja sola, siempre lo hace con el cobarde de su hermano. Iremos a ver a Daniel y le exigiremos que nos diga lo

que planean hacer —explicó con los ojos brillantes de determinación.

—Espera, Christian. —Terrence lo detuvo, tomándolo por el brazo —. Tengo una mejor idea.

Victoria caminaba de un lugar a otro de su habitación, de vez en cuando miraba la hora, en el reloj colgado en la pared, sintiendo que los minutos iban demasiado lentos. Caminó hasta la mesa de noche y abrió el cajón donde había guardado la nota que le envío Terrence o, al menos, eso fue lo que dijo la mujer que se la entregó al salir de clases.

—Has leído esa nota más de quince veces, Vicky; deberías seguir mi consejo e ignorarla —comentó Annette, desde el sillón donde se encontraba sentada, intentando hacer sus deberes.

—Pero si realmente se trata de algo importante.

—¿Qué puede ser tan importante como para arriesgarse a que las hermanas los descubran y acaben expulsándote del colegio? —cuestionó Patricia, mirando a su amiga con preocupación.

—Lo que sea que deba decirte Terrence, puede esperar hasta mañana, citarse en medio de la noche es una absoluta locura de su parte, claro, en caso de que haya sido él, quien te envió esa nota que, sinceramente, lo dudo —expuso Annette, una vez más.

—Pienso lo mismo que Annie, no creo que esto sea obra de Terrence… Tal vez, alguien desea hacerles daño y se inventó todo esto para perjudicarlos. —Patricia caminó hasta su amiga y tomó la nota en sus manos para releerla.

—¿Quién querría hacernos daño? —inquirió, desconcertada.

—¿Te suena el nombre de Elisa Lerman? —respondió Annette.

—¿Elisa? —La sorpresa se reflejó en los ojos verdes.

—Sí, y su hermano Daniel… ¿No recuerdas cómo se pusieron cuando anunciaron tu noviazgo con Terrence?

—Sí…, ellos… —Victoria se detuvo, recordando aquel episodio—. Elisa estaba muy molesta, y Daniel intentó desacreditar a Terry delante de mi padre. Pero ¿creen que sean capaces de hacer algo como esto? —cuestionó sin poder creer que su maldad tuviera tanto alcance.

—¡Absolutamente! —contestó Annette, categóricamente.

—Yo también lo creo, Elisa te tiene mucha envidia, Vicky. Aunque intente disimularlo, no puede, y siempre buscará la manera de hacerte quedar mal —mencionó Patricia, quien, a pesar de ser la menor de la tres, era la más sabia.

—Pero, entonces…, si esto es una trampa, también Terry estará en peligro. Elisa pudo hacer lo mismo con él —expresó con angustia.

—Terrence es un chico inteligente, no va a caer tan fácil en los juegos de Elisa —dijo Annette para llenarla de confianza.

—Es muy desconfiado, notará que algo no anda bien; no te

preocupes por él, estará bien —acotó Patricia, poniéndole una mano en el hombro y le sonrió.

Las palabras de sus amigas no alejaron la inquietud que sentía Victoria, necesitaba comprobar por sí misma que Terrence estaría bien, que nada de lo que pudiera hacer Elisa lo dañaría o los separaría.

Se puso una mano en el pecho para sosegar el latir desesperado de su corazón, mientras enfocaba su mirada en la ventana al otro lado del jardín, al tiempo que rogaba para que su novio no acudiese a esa falsa cita ni cayese en la cruel trampa de Elisa Lerman.

Capítulo 50

La severa mirada de la madre superiora se encontraba anclada en el elegante semblante de Elisa Lerman, mientras escuchaba atentamente las palabras de la joven americana, y estudiaba cada uno de sus gestos y ademanes.

Esta había pedido una audiencia extraordinaria con ella, alegando como motivo la denuncia que deseaba hacerle a una de sus compañeras, quien, junto a uno de los chicos del colegio, quebrantaba una de las reglas más estrictas de Brighton.

—Como comprenderá, madre superiora, no podía quedarme impasible ante semejante descubrimiento; esto que hace la señorita Victoria Anderson, va en contra de todas las normas de decoro y buenas costumbres, además de representar una gran vergüenza para nuestra familia —mencionó sin apartar su mirada un solo segundo de la oscura y seria que le entregaba la monja.

—¿Y cómo se ha enterado usted de todo esto, señorita Lerman? ¿Es acaso cómplice de esa relación? —cuestionó la mujer, a quien los años le permitían diferenciar muy bien cuándo las personas actuaban con desinterés o con dobles intenciones.

—Claro que no, señora; si lo fuese, no estaría aquí, contándole todo esto —respondió, mostrándose ofendida por las interrogantes de la mujer.

—Entonces, ¿cómo se enteró? —inquirió una vez más.

—Porque vi cuando Victoria le entregaba una nota a una de las mujeres de servicio, junto a unos billetes, y le susurraba algo. Debo mencionar que, mi curiosidad me llevó a seguir a esta mujer y, pude ver, cuando la empleada se la dio a un joven, aunque no alcancé a escuchar lo que hablaron, mi hermano sí pudo hacerlo, pues estaba por allí —explicó, mirando a Daniel.

—¿Es eso cierto, señor Lerman? —cuestionó otra de las religiosas, mientras miraba al chico fijamente.

—Yo… —Daniel titubeó, preso de los nervios, pero la mirada de Elisa lo hizo reaccionar—. Sí, escuché claramente cuando la mujer le decía al alumno que esa nota se la enviaba su novia… Creo que se estaban citando para verse a escondidas esta noche —soltó toda la información de una vez, por si los nervios no lo dejaban hablar más adelante.

—¿Y sabe el nombre de ese alumno? —preguntó la hermana Joanne, notando que los hermanos lo estaban callando a propósito, pues solo habían mencionado a Victoria Anderson.

Daniel enseguida buscó la mirada de su hermana, sabía que si llegaba a decir el nombre, sus planes se podían ir por la borda; no era un secreto para nadie que Terrence era intocable en el colegio.

Vio cómo Elisa asentía con un discreto movimiento para que él lo revelara, pero el valor no terminaba de llenarlo; podía acabar en problemas si continuaban con el plan de su hermana y todo salía mal.

—Diga el nombre, señor Lerman —exigió la madre superiora, irguiéndose en su sillón.

—Terrence Danchester —contestó Daniel, temblando de miedo por la actitud de la mujer.

Un pesado silencio se apoderó del lugar tras ser pronunciado el nombre del hijo del duque, y la tensión casi les impedía respirar el aire que los envolvía.

Las dos religiosas intercambiaron una rápida mirada, mientras que los hermanos estaban siendo torturados por la ansiedad y la incertidumbre, pues no sabían si su plan triunfaría o terminaría fracasando por completo.

—¿Tienen ustedes alguna prueba de que realmente esas notas involucraran a la señorita Anderson y al señor Danchester? —pidió la directora.

—¿Acaso nuestro testimonio no basta? —preguntó Elisa, con algo de altanería, viendo que su plan pendía de un hilo.

—Su testimonio es muy importante, señorita Lerman. Pero dígame algo, con esto que me están informando, ¿qué podemos hacer? Más que citar a ambos alumnos y confrontarlos con ustedes. En ese caso, serían sus palabras contra las de ellos —explicó, mirándola a los ojos.

—Yo tengo algo más —anunció Daniel, y sacó un papel de su bolsillo para extendérselo—. Terrence tiró la nota y yo la recogí.

Elisa miró a su hermano, sorprendida, nunca pensó que Daniel pudiera llegar a ser tan ingenioso; a pesar de que era mayor que ella, siempre lo creyó un poco tonto y debilucho.

Vio cómo la hermana Joanne recibía la hoja arrugada y, sin fijarse en ella, se la entregó a la madre superiora, quien la recibió con evidente recelo.

—Y bien…, ¿le parece una prueba suficiente para actuar? —inquirió Elisa, sintiéndose victoriosa.

—Hermana Joanne, por favor, organice a un grupo de varias hermanas y encuéntrese conmigo en el patio —ordenó con la voz algo rasposa, pues sabía lo que su decisión acarrearía para la institución—. No permitiré que el buen nombre de este colegio se vea manchado; todos saben cuál es el castigo por romper nuestras normas y, esta vez, no habrá consideración con nadie —dijo para reforzar su postura mientras se ponía de pie.

—Como usted ordene, madre superiora.

—Antes, acompañe al señor y la señorita Lerman hasta sus dormitorios —indicó, mirando las sonrisas que los hermanos apenas podían disimular.

—Si me lo permite, madre superiora, me gustaría estar presente cuando vaya hasta el lugar de la cita; necesito comprobar la falta de Victoria, para poder explicárselo a mi familia, pues, seguramente, ellos desearán conocer en detalle el motivo de su expulsión —comentó Elisa, negándose a que le arrebataran el derecho de disfrutar de su venganza.

—Mi tío abuelo es un hombre que está enceguecido y solo confía en la palabra de su hija; créame, si permite que seamos testigos, se ahorrará muchos altercados con él —mencionó Daniel, apoyando la solicitud de Elisa; tampoco quería perderse el espectáculo y ver cómo expulsaban a Terrence y a Victoria.

La mujer dudó durante unos segundos, pero al final terminó aceptando, porque sabía que lo que vendrían no sería fácil de lidiar; e incluso, su palabra podría ser puesta en tela de juicio, así que, contar con el testimonio de los hermanos Lerman, le serviría de algo.

Asintió con un movimiento rígido de su cabeza y luego se encaminó hacia la puerta, sintiendo tras ella los pasos de Elisa y Daniel, quienes apenas ocultaron su satisfacción por conseguir lo que querían.

—¿Estás segura de que ellos estarán allí? —preguntó Daniel en un susurro, para no alertar a la monja.

—Por supuesto, ambos están tan estúpidamente enamorados que no cuestionarán nada. Te aseguro que por fin nos desharemos de esa tonta campesina y del arrogante bastardo —respondió mientras en su mirada destellaba la maldad.

Las religiosas se reunieron en el patio central del colegio, eran unas cinco, y llevaban en sus manos lámparas de gas, para iluminar el oscuro camino hasta el arce en la cima de la colina.

—Aquí no hay nadie —pronunció la directora, paseando su mirada por el lugar, sintiéndose tontamente engañada.

—Tal vez, nos vieron venir y huyeron —indicó Daniel, quien comenzaba a ponerse nervioso al presentir que su plan podía fallar, y quienes acabarían perjudicados serían ellos.

—Debemos buscar bien, madre; seguro están escondidos —mencionó Elisa, negándose a dejar las cosas así, después de haber llegado tan lejos, estaba segura de que ellos caerían en la trampa, pues había planeado todo muy bien.

Elisa dio un par de pasos, rebasando a las monjas para ponerse ella misma a buscarlos; estaba por mirar detrás del arce, donde los había visto besarse esa tarde, cuando de repente, vio una figura salir envuelta en una gruesa capa negra.

Se sobresaltó y casi terminó cayendo sentada sobre la grama, pero

por suerte, su hermano logró sostenerla, mientras miraba con asombro a la persona que se acercaba lentamente hacia ella.

—Buenas noches, madre superiora, hermanas —pronunció Terrence con su acento tan profundo, al tiempo que bajaba la capucha de su capa y exponía su rostro para todos.

—¡Le dije que estaban aquí! —expresó Elisa con júbilo, recomponiéndose de su aturdimiento.

—Señor Danchester, ¿qué hace usted fuera de su habitación a esta hora? —demandó la madre superiora.

—Recibí una nota donde la señorita Victoria Anderson me citaba en este lugar —respondió de manera casual, notando cómo la ansiedad y la sensación de triunfo desbordaban a Elisa y Daniel—. Al igual que ella recibió una nota en la cual yo la citaba aquí. ¿No es así? —cuestionó, mirando por encima de su hombro.

—Sí, así es —respondió Victoria, saliendo de detrás del arce.

Ella estaba cansada de las amenazas de Elisa y Daniel, así como de sus intentos por hacerles daño; ya habían traspasado todos los límites.

Había soportado todas sus humillaciones, que no la vieran como parte de la familia, pero ¿que también intentaran ensuciar su reputación? No, eso no estaba dispuesta a permitirlo; tampoco que le hicieran daño a Terrence.

—¡Vio! ¡Les dije que ellos dos se veían aquí! —exclamó Elisa, sintiéndose victoriosa. Se habían puesto en bandeja de plata, para que ella cobrara su venganza.

—Lo extraño de todo esto es, que las notas no fueron escritas ni por Victoria ni por Terrence, madre superiora; sino por terceros, quienes buscan hacerles daño —agregó Christian, al tiempo que también se presentaba frente a las religiosas.

—Y esas personas están justo aquí, madre; nada más y nada menos que la envidiosa de Elisa Lerman, y el cobarde de su hermano Daniel. Lo hicieron con toda la intención de tenderles una trampa a Terrence y a Victoria —acotó Sean, parándose junto a Christian, mientras miraba con verdadero odio y desprecio a sus primos.

—Nosotras también somos testigo de ello —mencionó Annette, llevando de la mano a Patricia, pues las dos les servirían de testigos a su amiga.

Terrence había trazado un plan para desenmascarar a los hermanos Lerman y conseguir que los dejaran en paz de una vez por todas, ya estaba harto de que siempre buscaran dañar a Victoria. Él se había prometido protegerla, y así lo haría.

Le fue difícil convencer a Christian y a Sean para que colaboraran con él, pero en cuanto tuvo a Victoria de su parte, los sobrinos de su novia no pudieron hacer más que apoyarlos y servirles de testigo.

Estos, al verse descubiertos, palidecieron; apenas podían creer lo

que estaba sucediendo, sabían que la presencia de Christian y Sean en ese lugar ponía en peligro todo su plan.

Daniel intentó alejarse del lugar, como el cobarde que era, pero Elisa lo retuvo, tirando con fuerza de su brazo; no se dejaría vencer tan fácilmente, ellos no la verían derrotada.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó la directora en un tono de voz que exigía una respuesta inmediata, mientras miraba al grupo de jóvenes.

—Creo que todo está muy claro, madre, Daniel y Elisa Lerman nos tendieron una trampa, con el único propósito de que usted se viera en la obligación de expulsarnos —respondió Terrence, sin un ápice de nervios.

—¿Es eso cierto? —cuestionó la mujer, mirando a los hermanos con severidad.

—Ellos están mintiendo, quieren inculparnos a Daniel y a mí, pero no puede creerles. —Se defendió Elisa con vehemencia—. Yo fui hasta su oficina para ponerla al tanto de lo que estaba ocurriendo porque me preocupa el buen nombre del colegio y porque no quiero que mi estimado tío abuelo Stephen se vea sometido a la vergüenza de tener que afrontar la deshonra de su hija, y con ello, esta manche el apellido Anderson —expuso con algarabía necesaria, para captar la atención de la monja.

—Me conmueve tanto tu cariño por nuestro tío Stephen, Elisa, cualquiera diría que realmente sientes aprecio por él y que solo buscabas salvar a Victoria de la deshonra —comentó Christian, asombrado ante la desfachatez de la pelirroja.

—Solo intentas perjudicarme, es lo único que ustedes dos han hecho desde que llegué a esta familia —expresó Victoria, con la voz ronca por las lágrimas que le inundaban la garganta—. Nunca pensé que serías capaz de algo como esto, eres malvada, Elisa, y tú también, Daniel; los dos son unos seres horribles. —Las lágrimas y los sollozos la rebasaron en ese momento.

—No llores, Vicky. —Annette le acarició el cabello y le ofreció su hombro para que pudiera desahogarse.

—Todo esto es un teatro, ese llanto es de mentira. No puede creerle, madre… ¡Debe castigarlos! —exigió Elisa.

—Le recuerdo, señorita Lerman, que usted no es quién para exigirme nada, así que cuide sus palabras y modere su tono de voz cuando se dirija a mí. Yo soy la máxima autoridad en este colegio —sentenció.

—Entonces, haga valer su autoridad y exíjales que expliquen qué hacen aquí —mencionó sin dejar de lado su actitud altanera.

—Tengo que admitir que estoy de acuerdo con la señorita Lerman en algo, todo esto es un teatro, pero uno montado por ella y su

hermano —comentó Terrence, cansado ya del drama de la pelirroja—. Será mejor que acabemos con todo esto. Hermana Joanne, ¿podría usted decirnos si la letra en esta nota es la de Victoria? —pidió, extendiéndole la hoja de papel que él había recibido esa tarde.

La monja, que hasta el momento se había mantenido como observadora, desvió la mirada hacia la madre superiora, para pedirle su permiso y tomar lo que el hijo del duque le entregaba. Vio asentir a la directora con un rígido movimiento de cabeza, y agarró el papel; acercó la lámpara y tardó apenas segundos en descubrir que ese trazo no pertenecía a la chica que deseaban inculpar.

—¿Es la letra de la señorita Anderson? —preguntó la directora, mirando fijamente a la hermana; sabía que podía confiar plenamente en su palabra. Joanne era un ejemplo de integridad.

—No, no es la letra de la señorita Anderson… Esta es más estilizada y legible. La verdad es que se parece mucho a…

—¡Falsificaron las notas! —exclamó Elisa, arrancando el papel de la mano de la religiosa, pues sabía que la mujer era capaz de delatarla, y terminaría siendo ella la expulsada.

—¡Señorita Lerman! —La reprendió la directora.

—Ellos quieren acusarnos a Daniel y a mí, ¿es que acaso no lo ve? —cuestionó y se lanzó hacia Terrence, para quitarle la otra nota, que sabía era la que le habían enviado a Victoria.

—No tan rápido, Elisa —dijo él, elevando el brazo para alejar el papel de su alcance, y la miró con odio—. Esta es la prueba de quiénes realmente están detrás de todo este teatro. Tú y tu hermano han ido demasiado lejos, no solo han intentado causarnos un daño, sino también, que han querido burlarse y engañar a la madre superiora —sentenció, mirando a la mujer.

—¡Tú y Victoria son unos inmorales! ¡Yo los vi hoy en la tarde! ¡Vi cómo se encontraban a escondidas en este lugar y se besaban! ¡No merecen ser alumnos de Brighton! —confesó en medio de gritos, mientras intentaba pegarle para conseguir arrebatarle la nota, antes de que las monjas la vieran.

—¡Déjalo en paz Elisa! —gritó Victoria, lanzándose sobre ella para alejarla de Terrence y evitar que lo lastimara.

—¡Vicky! —exclamaron Annette y Patricia, intentando detenerla, pues podía empeorar las cosas.

—¡Suelta a mi hermanita! —mencionó Daniel, acercándose con la intención de empujar a Victoria.

—Ni se te ocurra ponerle una mano encima. —Le advirtió Terrence, lanzándole un puñetazo en la nariz.

—Te enseñaré a respetar a las damas —mencionó Sean.

—¡Chicos, paren! —ordenó Christian al ver que Terrence y su hermano estaban a punto de darle una paliza a Daniel.

—¡Ya basta! —exclamó la directora, saliéndose de sus cabales. Los miró a todos con severidad—. Hermanas Joanne y Loreta, lleven a la señorita y al señor Lerman a las habitaciones de castigo, estarán confinados allí por el resto de la semana.

—Pero…, madre superiora. —Elisa intentó abogar por ella y su hermano, no era justo que salieran perjudicados.

—Ni una palabra más, señorita Lerman, y agradezca que solo les aplico esa sanción, que no cito a sus padres o los expulso del colegio, pues lo que hicieron, es de suma gravedad —dijo en un tono que no admitía un solo cuestionamiento—. En cuanto a ustedes señor Danchester y señorita Anderson, tienen mucho que explicarme, así que los quiero a las diez de mañana en mi despacho. —Les advirtió, mirándolos a los ojos.

—Como usted ordene, madre —contestó Victoria en tono sumiso, agachando el rostro.

—Allí estaremos —aseguró Terrence y sujetó la mano de su novia para hacerla sentir segura.

—Bien, ahora váyanse a sus habitaciones, y ustedes también. Hermanas Lucía y Aurora, por favor, velen por que cada uno haga lo que les indico. —De esa manera, dio por zanjado el tema por esa noche, no quería tratar el asunto en ese momento, pues había quedado agotada.

—Como usted ordene. Chicos, vengan conmigo, y ustedes, señoritas, vayan con la hermana Lucía —mencionó la monja que era una de las más jóvenes del lugar.

Todos hicieron lo que la directora les pidió, mientras se iban con un sabor amargo en la boca, acompañado de una pesada incertidumbre, porque no sabían lo que les depararía el día siguiente, cuando debieran responder todas las preguntas de la madre superiora.

Por suerte, Terrence lo había previsto; sabía que su plan era arriesgado, así que decidió acudir al hombre que le brindó el primer voto de confianza en su vida. Antes de ir en busca de Victoria y acudir juntos a esa falsa cita, le escribió una nota a Stephen Anderson, contándole lo que acontecía, esperando contar con la ayuda de su suegro, por si algo salía mal, para que este ya estuviese sobre aviso y no se sintiera defraudado.

Así fue cómo, a la mañana siguiente, cuando fue llamado junto a Victoria al despacho de la madre superiora, ya Stephen y Brandon Anderson se encontraban allí; dispuestos a brindarles su apoyo e informarle a la madre superiora que su relación con Victoria era de carácter formal.

La mujer tuvo que tragarse los regaños que seguramente tenía preparados para ellos, y acabó felicitándolos por su relación, ya que

no eran los primeros alumnos de la institución que tenían un compromiso, muchos otros lo tenían; incluso, desde sus primeros meses de vida, pues provenían de familias que llevaban esa tradición.

Sin embargo, dejó claro que las normas del colegio debían ser respetadas, y que tanto Terrence como Victoria, tenían que regirse por las mismas; de lo contrario, serían expulsados sin miramientos.

Capítulo 51

Un mes después, las enigmáticas, hermosas y salvajes tierras altas de Escocia le dieron la bienvenida a Victoria, quien desde la ventanilla del coche, observaba, maravillada por el intenso verde de los relieves y las planicies que las adornaban, los mismos que irrumpían abruptamente en el mar, en forma de acantilados, que resultaban tan intimidantes como atrayentes, por las espectaculares vistas que ofrecían.

—¿Te gusta? —preguntó Stephen a su lado, mientras le sujetaba la mano y sonreía ante la imagen de su hija.

—¡Es impresionante, papi! —respondió con una sonrisa efusiva, alejando la mirada solo un segundo de la ventanilla—. ¿Tú naciste aquí? —inquirió, volviendo a mirarlo.

—Sí, pero cuando tenía siete años, tus abuelos me llevaron a América… Recuerdo que me gustaba mucho correr por cada rincón y, cuando quería ir más lejos, montaba a mi querido Porthos —respondió con algo de nostalgia, mientras su mirada se perdía en el paisaje.

—Debió ser divertido —mencionó y su voz denotó la tristeza que la invadió al recordar la última vez que subió a un caballo.

—Podríamos hacerlo, si gustas… Aunque Porthos ya no está, debe haber muchos buenos caballos —comentó con furor mientras la miraba. Sabía de los temores de su hija, así que escucharla decir algo como eso, era muy alentador.

—No…, tal vez en otra ocasión —contestó sin negarse de lleno, para no hacerlo sentir rechazado.

—Victoria —dijo y luego soltó un suspiro para ser paciente, no podía presionarla—. Hija, lo que pasó antes no sucederá de nuevo, no debes temer —pidió, tomándole la mano.

—Lo sé…, pero no estoy lista, es complicado —susurró.

—No te preocupes, princesa, tienes mucho tiempo para intentarlo; solo prométeme que no dejarás que esto te robe la alegría de nuevo —rogó, sujetando sus manos entre las suyas, al tiempo que la miraba a los ojos.

—Te lo prometo, papá —esbozó, entregándole una tierna sonrisa, y después, le dio un beso en la mejilla.

Él asintió, regresándole el beso, al tiempo que le pellizcaba suavemente la nariz colmada de pecas, le gustaban mucho, porque de una u otra manera, esas pecas le daban ese toque infantil que él deseaba que siempre tuviera; aunque fuese una mujer de cincuenta años, siempre sería su niña.

Los autos que transportaban a la familia Anderson se detuvieron frente a la hermosa casa rural, que había pertenecido a su clan desde hacía al menos un par de siglos. Los cinco amplios ventanales con sus marcos de madera blanca, resaltaban en las paredes de pizarra gris; y, el pórtico sostenido por cuatro gruesas columnas, daban cierto sentido de seguridad, que hizo que Victoria se sintiese de inmediato como si estuviera en su hogar.

En cuanto los visitantes bajaron del auto, fueron recibidos por la servidumbre en pleno y los demás miembros de la familia, que ocupaban esa propiedad. De inmediato, una hermosa dama de cabellera rubia y risueños ojos grises, se acercó hasta ellos con una gran sonrisa y los brazos extendidos.

—Bienvenidos a nuestro hogar. Margot, querida, cuánto tiempo. —Se acercó para abrazarla, mirándola detalladamente.

—Beatriz, qué alegría verte de nuevo. —Ella recibió el abrazo con el mismo entusiasmo—. Los años no pasan por ti —dijo con sinceridad, pues su prima lucía espléndida.

—¡Ay, por favor! No digas tonterías, dentro de poco tendré el cabello cubierto de canas, mientras que tú, sigues conversando ese bonito color castaño —comentó con una sonrisa—. Aunque, si hablamos de personas a las que los años no le pasan, tendríamos que darle un premio a este caballero; déjame verte, Stephen —pidió, extendiéndole la mano.

—Es un placer verte de nuevo, Beatriz —expresó con una sonrisa sincera mientras la abrazaba.

—Querido, pensé que se te había olvidado el camino a tu hogar. —Le reprochó, acunándole el rostro con las manos.

—En ningún momento, solo las circunstancias me mantuvieron alejado, pero como ves, he regresado y, además, con alguien que deseo que conozcas —dijo y desvió su mirada hacia su pequeña hija, con una sonrisa llena de orgullo.

—Tú debes ser Victoria —adivinó mientras la miraba con la misma sonrisa entusiasta y le acercó la mano a la delicada mejilla—. Tan hermosa como todas las mujeres Anderson, aunque supongo que también debes tener algo de tu madre; según me contaron, su belleza se asemejaba a la de un ángel —agregó, recordando aquella carta donde Stephen le hablaba de esa chica de Barrington, que le había robado el corazón.

—Encantada, señora Cawdor —pronunció Victoria con una sonrisa, le agradaba la alegría que irradiaba esa dama.

—Nada de señora, llámame tía Beatriz —indicó, guiñándole un ojo, logrando que la chica riera mientras asentía.

—Brandon, ¡Oh, por Dios! Mírate, mi niño, qué alto estás. —Se acercó mirándolo con una sonrisa—. Y qué guapo, además; siempre

imaginé que serías exactamente así, desde pequeño tenías el porte de un príncipe, y debo decir que eso lo heredaste de tu abuelo, Jonathan —continuó la mujer, dándole un abrazo. Él no pudo evitar sonreír y sonrojarse levemente ante el cumplido.

—Muchas gracias, tía Beatriz, es algo muy halagador, viniendo de una mujer tan hermosa —respondió al comentario.

—Tan zalamero, pero no te creas, que, por lo visto, tienes competencia… A ver, chicos, acérquense y déjenme verlos —pidió a Christian y Sean. Habían crecido muchísimo desde la última vez que los vio.

—Es un placer verla de nuevo, tía Beatriz —esbozó Sean.

—Los años no parecen haber pasado por usted, luce tan hermosa como siempre —mencionó Christian con tono galante.

—¡Por favor! Harán que esta mujer de cincuenta años se sonroje como una chiquilla —expresó ella, riendo.

Los jóvenes se acercaron con la misma emoción que envolvía a toda la familia y procedieron a los saludos, era increíble lo diferentes que eran sus dos tías abuelas. Aunque no eran hermanas de sangre, sino primas, se habían criado bajo el mismo techo y las mismas normas de su abuelo Jonathan, quien se hizo cargo de Beatriz, al quedar esta huérfana, siendo una niña, así que era algo extraño que las dos fuesen como el día y la noche.

Sin embargo, muchos decían que Beatriz, se había robado toda la alegría de los Anderson para ella, desde el día en que nació, y por eso, Margot y el resto de las mujeres de la familia eran tan serias; aunque, eso, por supuesto, no aplicó para su madre Alicia, y tampoco para Victoria, quien ahora parecía llevar en su alma toda la alegría del mundo.

Pasaron al salón, para que los invitados pudieran descansar un rato y refrescarse, la mujer envío a pedir limonada para los más jóvenes, mientras que Stephen, Margot y ella tomaban un delicioso té, con algunas gotas de exquisito whisky escocés, que era una tradición de la familia.

Beatriz Herminia Cawdor, era dos años más joven que Margot, pero a diferencia de la matrona, quien debió casarse con un hombre mayor y al que apenas conocía, Beatriz se casó con el chico del cual estuvo enamorada desde niña.

Lamentablemente, hacía tres años que había enviudado, y luego del matrimonio de sus dos hijos mayores, dejó la casa en Inverness y estableció su residencia en ese lugar, que había sido su hogar de niñez.

Los Lerman no estarían en la reunión de ese año en Escocia, ese fue el castigo que les impuso Stephen al enterarse de lo que le quisieron hacer a Victoria, y, esta vez, no hubo fuerza humana que lo hiciera

cambiar de opinión.

Elisa y Daniel ya no eran unos niños y debían aprender que, sus acciones, siempre tendrían consecuencias, que no podían ir por allí, buscando causarle mal a los demás y quedar inmunes; si Deborah no estaba capacitada para enseñarles eso, entonces lo haría él.

A la mañana siguiente, cuando despertaron, lo primero que pudieron percibir los recién llegados fue el cambio de ambiente, esas tierras poseían una belleza que se desbordaba ante sus ojos, así como la intensidad de sus aromas, que parecían impregnárseles en la piel.

Bajaron para tomar el desayuno en la terraza que daba al jardín, aprovechando que la época de verano les regalaba un hermoso día soleado, uno de los pocos que se podían apreciar en ese rincón del mundo.

—¿Te gustaría ir a pasear, después del desayuno, Victoria? —preguntó Brandon, quien estaba deseoso por recorrer esas tierras.

—Por supuesto, quiero conocer cada rincón de este lugar.

—¿Les parece si los acompañamos? —inquirió Sean.

—Claro, iremos todos; incluso, podemos invitar a las señoritas Parker y O´Brien —sugirió Brandon, pues suponía que la intención de sus primos era buscar la ocasión para encontrarse con las chicas; le había quedado claro que había atracción entre ellos—. También podríamos convidar a Terrence, ¿crees que le gustaría pasear con nosotros, Vicky? —Le preguntó a su prima.

—Estoy segura de que estaría encantado de acompañarnos —respondió ella de inmediato, sonriéndole a Brandon.

—¿Hablan del hijo del duque de Oxford? —Beatriz se mostró interesada y posó su mirada en la chiquilla rubia.

—Sí —contestó Victoria, pues era evidente que su tía se dirigía a ella, cuando hizo esa pregunta—. Terrence y yo somos novios —expresó con mucho orgullo.

—¿Novios? ¡Vaya! Qué rápido crecen estos chicos. Si mis cuentas no fallan, solo tienes unos catorce o quince años, ¿no crees que estás muy pequeña, Vicky? —cuestionó, mirándola.

—Yo consentí ese noviazgo, Beatriz… Ambos hablaron conmigo y pidieron mi autorización para hacerlo formal; creo que es mejor que sean sinceros, a que tengan una relación a escondidas; cosas que ambos sabemos, a veces resulta inevitable —mencionó recordándole que ella también se había hecho novia de su difundo esposo siendo muy joven, y que lo mantuvo a escondida de sus padres para evitar una reprimenda.

—Tienes razón, es mejor que sean sinceros…, además, él es un buen chico. Hace mucho más por las personas que le sirven en el castillo, que el mismo duque, quien desde hace muchísimos años, los tiene

olvidados en ese lugar —comentó de manera casual y le dio un sorbo a su taza de café con crema.

—¿Lo conoce? —preguntó Victoria, interesada, pues sentía que aún había mucho de Terrence que ella no sabía.

—Desde que era un niño, y también conocí a su madre; aunque solo la vi un par de veces, cuando, su excelencia, la trajo a estas tierras; una mujer hermosa y encantadora… Nada que ver con la actual esposa del duque, esa Katrina es una arpía, y gracias a Dios que estas tierras parecen producirle alergia, pues, casi nunca viene por estos lares —respondió, dándole más información a la chica, ya que podía ver la expectación en sus grandes ojos verdes.

—Y al duque, ¿también lo conoce? —interrogó de nuevo, ese hombre la intrigaba, pero a Terrence no le gustaba hablar de él.

—Por supuesto, niña, ¿quién no conoce a Benjen Danchester? Es el primo favorito de su majestad, el rey Jorge V, y uno de los hombres más influyentes de Gran Bretaña. Incluso, hay quienes comentan que el monarca confía más en él, que en sus consejeros, y siempre trata con este, los asuntos más importantes de la corona —explicó, mirándola a los ojos, aunque suponía que lo que menos le importaba a la chica, eran esos asuntos de política.

—¿Y sabe por qué se separó de la madre de Terrence? —continuó ella con su interrogatorio.

—Victoria, ¿podríamos dar por terminado el tema? Por favor. Esto ya parece un cuestionario, seguro estás incomodando a tu tía Beatriz; además, es de mala educación inmiscuirse en los asuntos privados de otras personas. —La reprendió Margot.

—Lo siento —dijo apenada y bajó el rostro.

—No tienes nada que sentir, corazón, y no me incomodan en lo absoluto sus preguntas, Margot; además, Victoria está en su derecho de conocer más de los padres de su novio —mencionó Beatriz, y luego miró a la chiquilla—. Ellos se separaron porque el abuelo de Terrence, el viejo Christopher Danchester, se opuso a esa relación. Amelia era una cantante de ópera norteamericana, lo que la hacía una mujer impropia para un hombre del linaje de Benjen, así que le prohibió volver a verla y lo comprometió con Katrina Clydesdale, condesa de Norfolk; una mujer, según el viejo duque, que sí estaba a la altura de su hijo. —Terminó su relato, pues casi conocía de primera mano todo lo acontecido con la pareja.

Un pesado silencio se instaló en la terraza tras las declaraciones de la anfitriona, ya que todos sabían que, tal vez, Victoria podía correr con la misma suerte de la desdichada Amelia.

Al ver cómo la alegría que la chica irradiaba se había esfumado, Beatriz sintió ganas de cortarse la lengua, pues era evidente que había hablado de más; sin embargo, buscó solucionar rápidamente su

imprudencia.

—Pero tú no tienes nada que temer, mi hermosa niña, ese chico no es igual a su padre; él tiene fuerza, carácter y voluntad. Estoy segura que si desea estar a tu lado, no habrá fuerza en el mundo que los separe —expresó, dejando libre también ese lado romántico que ni siquiera la muerte de su esposo le había robado.

Victoria le agradeció el comentario con una gran sonrisa, pero su mirada se había ensombrecido por las dudas y el miedo de que el padre de Terrence, también la considerara una chica impropia para su hijo, y los separase.

Si algo como eso llegaba a pasar, su vida sería inmensamente triste, pues había aprendido de su padre que, el verdadero amor, solo llegaba una vez, y ella no volvería a amar a nadie más como amaba a su apuesto y arrogante rebelde; estaba segura de ello.

Horas más tarde, cuando el paseo los llevó hasta el imponente castillo de los Danchester, Victoria se sintió mucho más abrumada e insignificante ante la inmensa construcción que se mostraba como una bellísima fortaleza ante sus ojos.

Pensó que, tal vez, Terrence reiría para sus adentros cuando ella le mencionaba que las mansiones de los Anderson eran las más grandes que había visto en su vida. Creyó que, después de todo, Elisa tenía razón y ella no era más que una ignorante campesina.

—Bien, vayamos por su novio, señorita Anderson —mencionó Brandon, bajando del coche y extendiéndole la mano para ayudarla a descender.

—Yo…, creo que tal vez… —Su voz temblaba y su mirada no podía sostener la de su primo.

—¿Qué sucede? —inquirió, desconcertado.

—Nada, solo que… —Se interrumpió, una vez más, bajando el rostro, sin saber cómo explicar lo que sentía.

—¿Te afectó lo que dijo la tía Beatriz en el desayuno? —cuestionó sin poder creer que su prima considerase que no estaba a la altura del hijo del duque. Ella elevó la mirada, y él supo que había acertado; aunque eso le parecía absurdo—. Ven, acompáñame —pidió, sujetándole la mano.

—Brandon…, espera. —Victoria sentía que él caminaba muy de prisa, y a ella, las piernas le temblaban, pues temía que el padre de Terrence se encontrase en ese lugar.

—Buenas tardes, mi estimada señora, hemos venido a ver al joven Terrence Danchester. ¿Se encuentra por casualidad en casa? —preguntó Brandon, una vez que la ama de llaves le abrió, mientras sujetaba la temblorosa mano de Victoria.

—Buenas tardes, señor. ¿Quién desea verlo? —respondió, un tanto

desconcertada por la visita.

—Soy Brandon Anderson, y vengo en compañía de mi prima Victoria, la novia de Terrence —contestó en tono casual.

—Pasen, por favor, enseguida le anuncio su presencia al señor —pidió la mujer, anclando su mirada en la hermosa chica junto al joven. Tenía grandes ojos verdes y una abundante cabellera rubia, lo que le recordó mucho a alguien que hacía muchos años estuvo en ese lugar junto a Benjen.

—Muchas gracias —dijo Brandon.

—Por favor, no le vayas a comentar nada a Terry de lo que mencionó la tía… A él no le agrada mucho hablar de su padre —rogó mirándolo a los ojos.

—Lo haré, solo si dejas de darle importancia a los comentarios de tía Beatriz, sé que ella no lo hizo por mal ni para asustarte, solo te contó lo que sucedió tiempo atrás, pero eso no quiere decir que las cosas sean iguales ahora. Es más, te aseguro que no existe nadie en este mundo tan maravillosa y perfecta como tú. Terrence es muy afortunado de tenerte a su lado; y, quien diga lo contrario, está loco —mencionó con determinación mientras la miraba para infundirle confianza.

—Gracias —susurró sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas ante la emoción que sus palabras le provocaron.

Escucharon los pasos de Terrence resonar en la elegante escalera, y segundos después, él aparecía ante ellos, llenando con su poderosa presencia el gran salón del castillo que había pertenecido a los Danchester desde su creación, en el siglo XV.

En cuanto su mirada se posó en la delgada y hermosa figura de su novia, sus latidos, que ya venían acelerados por saberla allí, se desbocaron por completo y, sin importarle que Brandon estuviera presente, se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

—Te extrañé mucho, pecosa —susurró en su oído.

En verdad lo había hecho, ya que después de la trampa fallida, comprendieron que no podían arriesgarse a ser descubiertos en el arce.

Las monjas, seguramente, los estarían vigilando; así que, no les quedó más que esperar a que les dieran el fin de semana libre de cada mes.

Sin embargo, eso tampoco ocurrió, pues, en vista de que las vacaciones estaban próximas, la directora decidió suspenderlo, y ellos perdieron la oportunidad de encontrarse. Es por ello que estuvieron más de un mes sin verse, lo que había hecho que la desesperación por encontrarse fuese apremiante.

Antes de salir del colegio, Christian le había comentado que toda la familia iría a pasar las vacaciones en Escocia, por lo que Terrence ya

sabía lo que haría nada más salir, y así se lo hizo saber.

Lamentablemente, debió pasar una semana en el infierno que representaba para él, la mansión Danchester, antes de poder viajar a Escocia.

Se alejó para mirarla a los ojos y le entregó una tierna caricia en la mejilla, sintiendo que cada día se enamoraba más de su hermosa pecosa de rizos dorados y sonrisa entusiasta.

—Yo también te extrañé, Terry —confesó, sonrojándose, y estuvo a punto de besarlo, de dejarse llevar por la emoción de verlo después de tanto tiempo, pero se alejó al escuchar que su primo se aclaraba la garganta.

—Brandon, es un placer verte —mencionó Terrence, extendiéndole la mano, sintiéndose algo apenado por ignorarlo.

—El placer es mío, Terrence; hemos venido para hacerte una invitación —dijo sonriendo al verlo tan embelesado con Victoria.

—¿Una invitación? ¡Por supuesto! ¿A dónde sería? —preguntó realmente interesado, quería pasar cada instante de esas vacaciones junto a Victoria, así que iría a donde quisiera.

—A ningún lugar en especial, solo a pasear por los alrededores con los chicos, también vendrán Patty y Annie —respondió ella, sin poder dejar de mirarlo, pues le parecía más apuesto que la última vez que lo vio.

—Será un verdadero placer. —Fingió un poco su entusiasmo, puesto que lo cierto era que deseaba tener un encuentro más privado con ella, no estar rodeado por tantas personas.

La relación entre los Cornwall y él había mejorado considerablemente, pero no se podía decir que fueran grandes amigos; solo se llevaban mejor. Al menos, Sean ya no lo miraba todo el tiempo como si fuese alguna clase de pervertido, que buscaba aprovecharse de la inocencia de Victoria; suponía que eso era un gran avance, por lo que, sonrió cuando intercambiaron saludos y le permitió ir junto a su novia.

Capítulo 52

Las luces doradas del atardecer los bañaban, mientras sus miradas se perdían la una en la otra, ignorando el extraordinario paisaje que los rodeaba, porque para ellos, no había nada más hermoso en ese instante, que sumergirse en la mirada del otro.

Y la mayor calidez, no se la daban los últimos rayos de luz de ese día, sino las tiernas caricias que sus manos se brindaban, y los fortuitos roces de labios que se permitían, pues eran conscientes de que no se hallaban solos.

De pronto, los demás se alejaron en silencio, dándoles esa privacidad que tanto ansiaban, tal vez, al notar que apenas podían contener sus deseos de compartir como enamorados.

La escena fue orquestada por Brandon, que, a pesar de ser el mayor del grupo y su deber fuera velar porque se mantuviera intacta la virtud de las chicas, en ese momento decidió cerrar los ojos y dejar que su prima y Terrence tuvieran un poco de intimidad.

También dejó que Christian y Patricia se alejaran un poco, mientras se entretenían, buscando entre la maleza alguna planta interesante y rara, que no hubiesen visto antes o que solo vieron en algún libro.

Mientras que Annette y Sean se limitaron a pasear uno muy cerca del otro, pero sin llegar a entrelazar sus manos, dando la impresión de ser una pareja del siglo pasado; pensó el rubio, al tiempo que sonreía.

Él, por su parte, solo se acercó al acantilado para sentir la fuerte brisa remover sus cabellos, sintiéndola estrellarse fría contra su rostro, llenándole los pulmones del dulce e intenso aroma de las aguas que ondeaban con fuerza y terminaban impactando con ímpetu contra las rocas bajo sus pies.

Soltó un suspiro cargado de nostalgia, al comprender que, a sus veintidós años, todavía no conocía el verdadero poder del amor. Era un solitario.

—Debemos aprovechar para vernos todos los días que estaremos aquí, así que iré a tu casa y te llevaré a pasear —aseguró Terrence, entrelazando sus dedos a los de Victoria—. Solo espero que tu padre no nos ponga un chaperón y un cortejo todo el tiempo —agregó, sonriendo con burla.

—¡Qué malo eres, Terry! —Le reprochó, pero, al igual que él, también reía—. Brandon, más que un chaperón, es nuestro cómplice. La tía Margot no quería que saliéramos, ya que, según ella, estas vacaciones eran familiares. Pero él insistió, porque sabía que yo estaba desesperada por verte.

—¿En serio lo estabas? —inquirió y el corazón se le desbocó.

—Sí —respondió ella en un murmullo, sonrojándose.

—Yo también lo estaba, pecosa; me moría por verte, por abrazarte… y no sabes cuán desesperado estoy por besarte.

—Terry —susurró ella, mirándole los labios, dejándole saber con su actitud que, también deseaba besarlo.

—¿Crees que tus primos me darán una paliza, si me atrevo a besarte en este momento? —preguntó en un tono serio, pero en sus ojos brillaba la picardía y el deseo.

—No lo creo, pero si lo intentan, yo te defenderé.

Él respondió a las palabras de Victoria con una sonrisa ancha, entusiasta y cargada de orgullo; le gustaba mucho ver que estaba dispuesta a defenderlo no solo a él, sino a ese amor que compartían y que era lo más extraordinario que había vivido.

Despacio, llevó una mano hasta su cuello y, con el pulgar, comenzó a brindarle una sutil caricia en la mejilla; la vio cerrar los ojos y el deseo estalló dentro de él.

No pudo seguir resistiéndose y posó sus labios sobre los de ella, sintiendo el ligero temblor que los estremeció y que luego viajó por todo su cuerpo. La escuchó gemir y eso provocó que el mismo sonido brotase de él, avivando el fuego en su interior y le exigió más, por lo que, separó sus labios y dejó que su lengua humedeciese los de Victoria.

Ella también se dejó llevar por esas alocadas sensaciones que la recorrían cada vez que Terrence la besaba, se olvidó de las personas a su alrededor, y su lengua salió al encuentro de la de su novio, estremeciéndose ante el primer roce.

Las sensaciones cada vez se hacían más intensas, pero, por suerte, él se contuvo y, una vez más, pudo detenerse; y fue dejando el beso en suaves toques de labios.

Sonrió al notar que Victoria se negaba a terminarlo y seguía buscando renovarlo en cada ronce que él le daba, así que tuvo que acunarle el rostro entre sus manos y mirarla a los ojos, al tiempo que sonreía.

—Tus primos acabarán lanzándome por el acantilado, pecosa, será mejor que paremos ahora —mencionó en un susurro.

—Lo siento —expresó ella, apenada, y bajó el rostro.

—Créeme, yo lo siento más… Lo siento en el alma, en el corazón…, en el cuerpo… —confesó, siguiendo las pupilas de ella, que se movían con nerviosismo y excitación.

Victoria se quedó muda ante la intensidad de las palabras y la mirada de Terrence, él tenía el poder para hacer que su mente quedase en blanco y que todo su cuerpo temblase como el reflejo de la luna en una fuente, cuando la azotaba la brisa nocturna.

Él la abrazó con ternura y le dio un beso en la sien, aplacando ese deseo que comenzaba a despertar en su ser, y que cada vez era más poderoso, casi indomable y; sobre todo, que la hacía sentirse otra persona.

Después de varios minutos compartiendo solo el silencio, entre suaves caricias y miradas cargadas de amor, Victoria sintió que debía acallar las palabras de su tía Beatriz, que no dejaban de resonar en su cabeza y que tanto miedo le provocaban.

Suspiró para soltar un poco los nervios, entrelazó sus dedos a los de su novio y luego se volvió para mirarlo fijamente, mostrando una seriedad que era muy poco habitual en ella.

—Terry… ¿Qué…, qué opina tu padre de nuestra relación? —preguntó directamente, porque después de más de dos meses de noviazgo, suponía que él ya le habría contado al duque.

—¿A qué viene esa pregunta? —Terrence irguió sus murallas de inmediato, no solo en el interior, sino que también se alejó de Victoria, mientras la miraba con el ceño fruncido.

—Solo curiosidad… —susurró y se mordió el labio. Su mirada la hizo sentir intimidada, pero enseguida recuperó el valor y lo confrontó —. No, no es solo curiosidad… Necesito que me digas lo que piensa tu padre de nuestro noviazgo —exigió, mirándolo.

—Pues él no tiene nada que pensar de nuestra relación.

—¿Acaso no le has hablado de mí? —cuestionó, mostrándose sorprendida; e incluso, indignada de que él estuviese ocultando su relación, cuando de su parte ya toda su familia lo sabía.

—Por favor, Victoria, dejemos este tema de lado; sabes que no me gusta hablar del duque —mencionó de manera tajante y recogió sus piernas, apoyando los antebrazos sobre las rodillas mientras su mirada se perdía en el horizonte.

—De tu padre… ¿Te cuesta mucho llamarlo así? —inquirió, acercándose a él, para evitar que la ignorara y huyera, como siempre hacía cuando ella preguntaba por su familia.

Necesitaba saber más cosas de él, de su vida, de sus padres; pues, no le parecía justo que tuviese que enterarse por terceros, se suponía que tenían una relación y que, entre los dos, debía existir confianza.

Ella le había hablado de su madre, de sus tías abuelas, de su llegada a la mansión; le confesó que, a pesar del tiempo, aún seguía sintiéndose fuera de lugar en su casa; le había dicho todo de su padre, que era el ser que más amaba en la vida. Terrence lo sabía todo de ella, todo.

—No me costaría, si él se portara como tal, pero no lo hace. Ya te pedí, por favor, que dejáramos de hablar de esto —respondió con un tono frío y duro, que nunca le había entregado a ella.

—Como desees —pronunció de mala gana y se puso de pie para

marcharse, sintiéndose muy dolida.

—Vicky…, espera —pidió, levantándose también.

—No quiero hacerlo, tampoco quiero que me hables. Yo también puedo negarme a hacerlo cuando lo desee —expresó con una altanería que nunca había mostrado, pero que en ese instante, apenas podía controlar, porque estaba muy molesta.

—Sí, puedes negarte, y yo no soy quién para obligarte a hablar, eso se llama respetar el silencio de los demás. —Caminó tras ella, con prisa, y la alcanzó, sujetándola por el brazo.

—Pues bien, respetaré tu silencio, ahora déjame ir —dijo con rabia y tironeó de su brazo para liberarlo.

—No lo haré, no te dejaré marchar, estando consciente de que estás molesta conmigo —mencionó y reforzó su agarre, pero sin llegar a ser brusco, porque no quería lastimarla—. Por favor, Victoria, no discutamos por tonterías, ¿qué importancia tiene todo esto?

—¡La tiene! Para mí la tiene, pero tú crees que son tonterías. Pero ¿sabes lo que creo, Terrence? Que como no soy de la realeza, te avergüenzo, por eso no le has contado a tu padre de nuestra relación, por eso no me has presentado con tu familia —soltó, liberando, al mismo tiempo, un sollozo tembloroso.

Terrence sintió como si ella le hubiese lanzado un balde de agua helada, como si lo hubiese golpeado en el rostro. Sus palabras lo desequilibraron por completo; e incluso, le robaron la voz, se quedó pasmado, mirando ese par de ojos verdes que lo veían con resentimiento, a punto de desbordarse en llanto.

—¿En verdad crees eso?, ¿crees que me avergüenzo de ti? —cuestionó, sin lograr salir de su asombro, el que aumentó cuando vio que Victoria solo agachaba la cabeza, escondiéndose; confirmando, con su actitud, lo que había dicho—. Victoria, mírame… Vicky, por favor, mírame a los ojos —pidió, ejerciendo presión en su barbilla para hacer que subiera el rostro.

—Mi madre fue una campesina, nunca asistió a un buen colegio, no sabía tocar el piano ni hablar francés, sus padres no tenían dinero… —mencionó hasta que los sollozos le cortaron la voz, mientras miraba a Terrence a los ojos.

—¿Y qué con eso? —preguntó él, sin poder creer que ella se avergonzase de su origen, de la mujer que le dio el ser.

—Que es lo que a todo el mundo parece importarle.

—Pues a mí no, y si en todo este tiempo no te has dado cuenta de ello, entonces es que no me conoces aún —expresó con algo de rabia, pues le molestaba que ella lo creyese igual a los demás.

—Y si es así, ¿por qué no le has contado a tu padre sobre nosotros? —cuestionó, una vez más, rogándole con la mirada una respuesta que acallara sus miedos.

—Sí lo hice —confesó, después dejó escapar un suspiro de manera brusca—. Lo hice, pero él se portó como un déspota, como lo hace siempre que se trata de mí. Le pedí que me acompañase a tu casa el día que hablé con tu padre, pues sabía que era lo correcto. En un principio se mostró interesado, hasta llegué a pensar que, por una vez, me apoyaría; pero solo bastó con que le dijera que eras americana para que volviera a ser el miserable que siempre ha sido conmigo —agregó, y en su voz se podía sentir el dolor y el resentimiento que guardaba.

—Terry…, yo… Lo siento mucho —murmuró, sintiéndose apenada. No quería que él sufriese el maltrato de su padre.

—No es tu culpa, Vicky. Su rechazo hacia los americanos nació cuando Amelia se negó a hacer su voluntad. Ella es una mujer muy particular, que prefirió dejarme en manos de Benjen y mantener su orgullo; supongo que este era más fuerte que el amor que podía tenerme o el que, tal vez, le tuvo a él. A estas alturas, no sé si en algún momento ese sentimiento existió entre ellos —comentó, queriendo sonar indiferente, pero el rencor estaba en cada una de sus palabras, así como la decepción de sentirse solo un error de juventud de sus padres.

—No era mi intención que recordaras todo eso tan triste, pero, si te lo pregunté fue por… —Se calló, mordiéndose el labio; sin saber si era correcto seguir, a lo mejor sería hurgar más en la herida de su novio.

—¿Por qué? —inquirió al ser consciente de que había mucho más tras el silencio de Victoria.

—Porque esta mañana…, tía Beatriz nos habló acerca de tus padres… —respondió, mostrándose dudosa de continuar.

—Entiendo —masculló con molestia, no le gustaba que las personas anduvieran por allí, hablando de algo que no conocían.

—Fue tan triste lo que les pasó, ser separados de esa manera por las imposiciones de tu abuelo… Que casaran a tu padre con una mujer a la que no amaba…

—Mi padre tomó su decisión, nadie lo obligó.

—Pero mi tía dijo que tu abuelo…

—Mi abuelo pudo ordenarle lo que sea, pero estaba en él decidir qué hacer, bien pudo quedarse junto a Amelia y luchar por salir adelante junto a ella; formar una familia sin la necesidad de un título o de la fortuna de los Danchester… Pero se portó como un cobarde y aceptó casarse con Katrina Clydesdale, solo por comodidad y prestigio —mencionó con el ceño fruncido.

—Si tú estuvieras en su lugar, ¿qué harías? —preguntó, sintiendo que el corazón le latía dolorosamente por el miedo.

—Creo que eso ya lo he dejado claro, mi pequeña pecosa —respondió, llevándose una mano de ella al corazón—. Yo jamás

permitiría que alguien me separara de la chica que amo y que, espero, en el futuro sea mi esposa y la madre de mis hijos.

—Terry… —susurró, sintiéndose abrumadoramente feliz por sus palabras, aunque todavía era muy joven para imaginarse como esposa y madre, sabía que todo eso lo quería junto a él.

—Te amo Victoria, te amo y te prometo que nada ni nadie me separará de ti —pronunció, dejando que su mirada se fundiera en la verde esmeralda de su novia.

Ella, una vez más, se quedaba sin palabras ante la intensidad del sentimiento que Terrence le profesaba, quería gritar a viva voz que lo amaba y que también estaba dispuesta a luchar por él, pero no pudo hacerlo.

Sin embargo, la marea de sentimientos y sensaciones en su interior le exigían demostrar de algún modo lo que sentía, lo miró a los ojos, deseando expresarle con su mirada cuánto lo amaba, y supo que hacía falta algo más.

Tomando, por primera vez, la iniciativa, se puso de puntillas y lo besó; sus labios se unieron en un gesto tierno, que fue dando paso a algo más intenso, que los hizo olvidarse de todo y de todos, porque, en ese instante, solo existían ellos dos y su amor.

Mientras la brisa removía sus cabellos y comenzaban a aparecer las primeras estrellas en el cielo, en sus mentes seguía resonando la promesa que él acababa entregarle.

A pocos pasos de allí, dos corazones comenzaban a acelerar sus latidos a causa del sentimiento que nacía entre ellos, cada vez se sentían más atraídos por la magia que precede al amor.

Pero, también, los envolvía cierto temor, muchas expectativas y una sensación de plenitud que no habían conseguido al compartir con otras personas.

En el caso de Christian, más bien, pues él, ya tenía cierta experiencia con las chicas; incluso, llegó a intimar con una, a la que solo vio en pocas ocasiones.

Fue algo bastante extraño, porque, aunque la chica le gustaba, nunca llegó a sentir por ella el amor que vio en sus padres, o el que veía ahora en Victoria y Terrence; lo suyo no pasó de cubrir una necesidad física.

Después de eso, no había tenido más experiencias, no era de los que iba por allí, de conquistador; sin embargo, se podía decir que, algo sabía acerca de las relaciones humanas, no era un monje.

No obstante, para la tímida Patricia, todo lo que estaba viviendo era nuevo y maravilloso; su experiencia con los chicos era inexistente; nunca había intercambiado más que un saludo con otro, así que, estaba rendida ante el galante encanto de Christian.

Internamente, deseaba que el tiempo se detuviera cuando estaban juntos, para que siguiera mirándola y sonriéndole como lo hacía justo en ese instante.

—Tienes que tener cuidado con los cardos, sus espinas pueden lastimarte. —Le advirtió, mientras veía como metía su pequeña mano entre la maleza.

—Lo tendré, pero es que vi un cardo santo, amarillo, y me gustaría tenerlo. No son tan comunes como los marianos rosados —respondió, sintiéndose emocionada por saber que él se preocupaba por ella—. ¡Aquí está! ¡Mira lo hermoso que es! —dijo, volviéndose para mostrarlo, y justo en ese momento sus frentes impactaron.

—¡Lo siento! —Christian se sintió tonto y apenado—. ¿Estás bien, Patty? —preguntó, acunándole el rostro con las manos y buscó con su mirada algún posible daño.

—Sí, no fue nada —contestó, riendo, pues los nervios hicieron que le diera a su desafortunado accidente un carácter gracioso.

—Espero que no te salga un cardenal —mencionó, acariciándole con el pulgar el espacio en su frente, donde la piel se había puesto roja por el impacto.

—No te preocupes, si sale me lo puedo tapar con el flequillo. En cambio, tú, no tienes cómo esconderlo —comentó y la sonrisa pasó a ser una risa divertida.

—Claro, búrlate de mí…, me lo merezco por ser tan torpe.

—Lo siento —dijo, apenada, pero no podía parar de reír.

—Tienes una sonrisa muy linda, deberías mostrarla más seguido, Patty. —Sus palabras salieron directo del corazón.

—Gracias —susurró, sonrojándose ante el cumplido.

Se quedaron en silencio, mirándose como no lo habían hecho; pues, siempre que sus miradas se encontraban, terminaban rehuyendo la una de la otra, pero en ese momento, ya no querían hacerlo más.

Así como Christian tampoco quiso quedarse con sus deseos de besarla guardados dentro del pecho, por lo que se arriesgó y, antes de que el suspiro que Patricia estaba por soltar escapase de su boca, ya él se lo estaba bebiendo, mientras rozaba, delicadamente, los labios virginales de Patricia; los cuales temblaron bajo los suyos.

Ella se sintió como si hubiese recibido una descarga eléctrica, sus rodillas flaquearon y tuvo que sujetarse de la cintura de Christian, para no terminar tendida en el suelo; ni siquiera cerró los ojos, aunque vio que él sí lo hacía.

Para ella, la sorpresa había sido demasiada. Tanta, que le llevó unos segundos ser consciente de que estaba recibiendo su primer beso, y, precisamente del chico por el que llevaba meses suspirando en la soledad de su habitación, pues, ni a sus amigas les había mencionado nada de sus anhelos; sentía que eran un imposible.

Cerró los ojos, porque si eso era un sueño, no deseaba despertar jamás; era una de las cosas más hermosas que le había pasado en la vida, una sensación de sentirse viva, realmente viva.

Sonrió contra los labios de Christian, que continuaban la caricia sobre su boca, haciendo que el temblor en su cuerpo fuese perpetuo y que su rostro ardiese, como si se encontrara frente al fuego de una chimenea, y ese calor viajaba a través de todo su interior.

—Patty…, yo…, lo siento; no debí abordarte de esta manera, fui un bruto —esbozó con la respiración agitada, con los ojos cerrados y la frente apoyada en la de ella—. Di algo, por favor —pidió, sintiéndose horrible ante su silencio.

—No sé…, no sé qué decir… —murmuró, sintiéndose aturdida y extasiada al mismo tiempo.

—Te pido disculpas, este no es el comportamiento que un caballero debe tener con una dama. —Se alejó de ella sin llegar a mirarla, porque se sentía avergonzado. Se podía decir que él ya era un hombre, y ella apenas estaba dejando de ser una niña.

—¿Por qué te disculpas? No hiciste nada malo. —Patricia no entendía por qué estaba tan apenado; le encantó que la besara, que fuera tan gentil y tierno, mientras ella estuvo inmóvil.

—Te acabo de… Te he besado —contestó, como si con eso lo explicara todo, pero ella seguía mirándolo como si no comprendiese —. ¿No te ha molestado mi atrevimiento?

—No lo he sentido así…; por el contrario, me ha gustado mucho… Siento no haber respondido como, tal vez, era lo correcto, pero… yo…, yo… Ha sido mi primer beso —respondió con las mejillas ardiendo, y bajó el rostro.

—Por el amor de Dios, ¿yo he sido el primero? —preguntó con una alegría que parecía que iba a reventarle el pecho.

Ella asintió sin atreverse a mirarlo, dándole una respuesta que fue como si un soplo de aire lo elevase del suelo. Sabía lo tímida que era y que quizá no tenía mucha experiencia; pero, confirmar que era el primero fue algo grandioso, lo hacía sentir único y especial.

No pudo evitar que una enorme sonrisa adornara sus labios y que sus ojos brillaran con intensidad. Le acunó el rostro con las manos porque quería que ella lo mirara y respondiese a la pregunta que estaba a punto de hacerle.

—Sé que me he adelantado en mis acciones, pero al saber que estas no te han provocado molestia ni te hicieron sentir ofendida, me gustaría saber si…, si considerarías ser mi novia —preguntó con el corazón retumbándole dentro del pecho, como un tambor.

—¿Qui…? ¿Quieres que sea tu novia? —cuestionó ella con la voz temblorosa, por si no había escuchado bien.

—Claro…, solo si tú lo deseas —contestó mientras sus pupilas

seguían las nerviosas de Patricia—. ¿Qué me dices, Patricia O´Brien? ¿Me concederías el honor de ser tu novio?

—Sí…, sí, por supuesto, Christian. Me encantaría ser tu novia —respondió con una sonrisa que casi le dividía el rostro en dos.

Él respondió de la misma manera y después de mirarse durante algunos segundos, se entregaron a un nuevo beso, que, si bien era igual de tierno que el anterior, contaba esta vez con la certeza de ser deseado por los dos, y eso lo hizo más intenso.

Y así compartieron un par más, antes de que la voz de Brandon les indicase que debían regresar, pues comenzaba a oscurecer, pero para ellos era como si el sol apenas estuviera saliendo.

Capítulo 53

Esa noche la anfitriona organizó una cena para celebrar la visita de sus familiares, también invitó a las hermosas señoritas, amigas de Victoria. Beatriz también invitó al hijo del duque, al que en contabas ocasiones vio compartir con otras personas, ya que siempre se mostró como un joven solitario; quizá por eso y por su origen había despertado su curiosidad.

La velada transcurría de forma grata e interactiva, a excepción de dos parejas, que no hacían más que sonreír y mirarse, embelesados. Esas actitudes no pasaban desapercibidas para los comensales, pero por discreción, no comentaron nada. Lo de Terrence y Victoria era oficial, pero la complicidad entre Christian y Patricia, había despertado el interés de la anfitriona, así como el de la matrona de los Anderson.

Cuando se disponían a abandonar la mesa, para disfrutar de un café junto a la chimenea, que tuvo que ser encendida debido a que la noche se anunciaba helada, un resplandor iluminó toda la habitación, a través de los grandes ventanales y, segundos después, se dejó escuchar un trueno que hizo estremecer la casa hasta sus cimientos.

Las damas exclamaron al unísono ante el susto que les provocó el sonido, mientras que Brandon y Stephen, se acercaron a las ventanas, para saber si el rayo que, evidentemente, había caído cerca, no hubiera causado ningún daño.

—Estas tormentas de verano son tan impredecibles como peligrosas, así que les ofrezco mi techo para que descansen esta noche, señoritas, y enviaré a uno de los trabajadores para que lleven una nota a sus familiares, así no se preocuparán.

—Señora Cawdor, si es tan amable de prestarme un caballo, y alguno de los chicos una capa, puedo salir junto al trabajador y regresar a mi casa —mencionó Terrence, pues, la señora solo les ofreció hospedaje a las amigas de Victoria.

—¿Montarás a caballo en medio de la tormenta? —inquirió Victoria, mirándolo son asombro y miedo.

—Sí, no es problema para mí, soy buen jinete, y la tormenta aún no se desata; estaré bien —respondió para tranquilizarla, veía la alarma en sus ojos.

—No, no harás nada de eso… Tía Beatriz, por favor, permita que Terrence se quede aquí esta noche —pidió con urgencia.

—Victoria. —Margot le advirtió con la mirada que se controlara, lo que pedía era una locura, no estaba bien visto.

—No quiero causar molestias, señoras —dijo, observando a la matrona, quien lo veía con evidente desconfianza—. Solo necesito lo que pedí, y me marcharé… No te preocupes, Vicky, no me pasará nada, vendré temprano —agregó, sujetándole las manos mientras la miraba a los ojos y le sonreía.

La lluvia comenzó a golpear con fuerza los cristales de las ventanas, y el cuerpo de Victoria se estremeció por completo, al tiempo que un sollozo escapaba de sus labios y se abrazó con fuerza a Terrence, impidiéndole que saliera de ese lugar.

—Quédate…, quédate, Terry —rogó, llorando en su pecho.

—Vicky… —susurró, acariciándole la espalda, sin poder comprender por qué estaba tan atemorizada.

Todos en el salón fueron envueltos por un pesado silencio; aunque solo los Anderson comprendían la causa de su aprensión, los demás estaban conmovidos por el gesto de la chica con su novio.

Stephen no quería que su hija sufriera, así que se acercó a la pareja y le acarició la cabellera a su pequeña, para hacer que ella lo viera a los ojos.

—Vicky, no debes preocuparte, yo lo acompañaré y regresaré enseguida, para que sepas que ambos estamos bien —dijo, sonriéndole.

—No, tampoco quiero que vayas tú —esbozó, soltando a Terrence para abrazarlo a él.

—Acabemos con esto, que el joven se quede.

—Pero… Beatriz —cuestionó Margot con asombro.

—Puede quedarse en la alcoba que conecta con la de nosotros —sugirió Christian, para que su tía abuela no sufriese un ataque.

—Sí, le prestaremos ropa de dormir —comentó Sean, condoliéndose más del miedo que veía en Victoria, por lo que le pudiera pasar a Terrence, aunque, de pronto, también sintió cierto temor de que le sucediera algo como a su hermano.

—Y nosotras dormiremos en la alcoba de Victoria —agregó Annette con su encantadora sonrisa, que tenía un extraordinario poder de convencimiento, al menos eso decía su padre.

—Bien, no se hable más… Es bienvenido a pernoctar en nuestra humilde casa, señor Danchester —comentó, pues sabía que el joven estaba acostumbrado a mejores lujos.

—Gracias por permitirme quedarme en su hogar, señora Cawdor —pronunció, mirando a la mujer a los ojos, asegurándole que no iba a irrespetarlo de ningún modo.

—Muchas gracias, tía Beatriz —expresó Victoria, acercándose a ella para darle un abrazo.

—No tienes nada que agradecer, mi pequeña —respondió, acariciándole la mejilla para consolarla—. Y ahora, si me disculpan,

iré a enviar esa nota; o, en unas horas tendremos aquí a los familiares de las señoritas Parker y O´Brien, muertos de angustia —agregó y salió del salón.

Margot asumió el papel de anfitriona y pidió que tomaran asiento para continuar disfrutando de la velada, mientras se sumía en sus pensamientos, que estaban relacionados con aquel fatídico día, en el cual perdió a uno de sus pequeños.

Esto no solo le sucedió a ella, sino también al resto de la familia; sobre todo, a Victoria, quien había sido la más afectada por los recuerdos. Se tornó taciturna y, aunque su mano estaba unida a la Terrence, en un cálido agarre, era como si ella no estuviese allí.

—Que duermas bien, Terry —dijo cuando llegó la hora de despedirse, pues todas las damas debían retirarse a descansar.

—Descansa, Vicky —pronunció, mirándola a los ojos, intentando descubrir por qué estaba tan triste.

Ella asintió, queriendo sonreír, y él le dio un beso en el dorso de la mano; después, la vio subir las escaleras en compañía de sus amigas.

Los hombres no tenían un horario para irse a dormir, así que se quedaron un rato más. Aunque ninguno estaba especialmente conversador esa noche, lo hicieron por cortesía con su invitado. La tormenta seguía arreciando y los truenos no dejaban de azotar la tierra, mientras las luces que los antecedían, los cegaban a momentos.

—Bien, creo que nosotros también deberíamos ir a descansar —anunció Stephen, dejando su vaso de *whisky* y se puso de pie, mientras los miraba.

—¿Le importaría si hablamos unos minutos a solas, señor Anderson? —Le preguntó Terrence, mirándolo a los ojos.

—No, por supuesto que no —respondió, intuyendo lo que el joven deseaba hablar con él—. Que descansen, chicos, nos vemos mañana —dijo para despedir a sus sobrinos, luego posó la mirada en su yerno, le hizo un ademán con la mano para que tomase asiento, al tiempo que él también lo hacía—. Bien, soy todo oídos, Terrence.

—Momentos antes, cuando Victoria me pidió que me quedara, se veía muy asustada, como si temiera que al salir de este lugar pudiera pasarme algo. ¿Sabe usted por qué?

—Hace poco, mi familia sufrió una gran pérdida. No sé si estás al tanto de la muerte de mi sobrino Anthony —comentó con tono pausado para iniciar la conversación.

—Sí, lo supe. Lo lamento mucho…, era un gran chico —mencionó con tono solemne—, pero ¿qué tiene que ver todo eso con la actitud de Victoria esta noche?

—Mi sobrino murió al caer de un caballo, y mi hija estaba con él… Ella también cayó. —Se detuvo al ver cómo Terrence palidecía—. Pero, por suerte, su golpe no resultó tan fuerte como el de Anthony; al

menos, no físicamente, porque el emocional, fue devastador para ella —expresó con tristeza.

—Comprendo —murmuró Terrence, frunciendo el ceño, sintiendo pena por Anthony Anderson, pero mucha más por su adorada pecosa, que tuvo que vivir algo tan duro.

—Desde entonces, Vicky no ha vuelto a montar un caballo; no por rencor, pues sabe que los animales no son culpables de lo que les pasó, pero siente miedo de que algo así vuelva a suceder. Todos hemos intentado que supere lo sucedido, incluso, busqué a un terapeuta para que hablase con ella. Hemos avanzado, pero el temor no la abandona por completo —explicó, mirando el semblante preocupado de su yerno.

—Su miedo esta noche era que yo cabalgara en medio de la tormenta y sufriera un accidente —concluyó.

—Sí, que cualquiera de nosotros lo hiciera, teme que nos pase lo mismo que a Anthony. Tal vez, todos tememos que algo así le ocurra a otro miembro de la familia o a alguien cercano a nosotros —mencionó, apoyándole una mano en el hombro, para demostrarle que ya se había ganado su aprecio.

—Gracias por contarme esto, señor. Intentaré no hacer nada que pueda perturbar más a Victoria.

—Gracias a ti por preocuparte por mi hija y cuidarla, y empieza a llamarme Stephen; después de todo, en algunos años seremos familia, ¿no es así? —preguntó, aunque le seguía costando hacerse a esa idea, por lo que no esperó a que Terrence respondiera y habló—. Ha sido un día largo, será mejor que vayamos a descansar.

Se puso de pie, y el joven lo imitó, subieron las escaleras y caminaron juntos por el pasillo, cada uno sumido en sus pensamientos.

Stephen le indicó la puerta de la habitación que ocuparía esa noche y esperó hasta que el joven entrase; comenzaba a tenerle confianza, pero nunca estaba de más ser precavido; sobre todo, cuando se era el padre de una chica tan hermosa como Victoria.

Luego continuó su camino y, al llegar a su habitación, se miró al espejo; su reflejo ya no le devolvía el de aquel joven que fue una vez, los años comenzaban a pasarle factura. Suspiró, cerrando los ojos, trayendo a su cabeza la imagen de su adorada Virginia. Y eso lo hizo sentir como de veinte años, una vez más.

Patricia despertó sintiendo que flotaba en una nube, las emociones del día anterior seguían latiendo con fuerza dentro de ella; cada vez que recordaban los besos que había compartido con Christian, era como si se encontrase en medio de un sueño. Quizá por eso no se quería levantar, aunque ya llevaba varios minutos despierta, no quería

que la burbuja donde se encontraba se explotase, regresándola a la realidad.

—Patty, ¿no te has levantado aún? Se nos hará tarde y sabes que es de mala educación que las invitadas se retrasen a la hora de las comidas —dijo Annette, sacándola de su embelesamiento.

—Lo siento…, yo estaba… —Calló, antes de decir que estaba pensando en Christian. Ellas no sabían nada, aunque se moría por contarles, no había reunido el valor para hacerlo.

—¿Qué te pasa? Te noto extraña desde que regresamos del paseo ayer —mencionó Annette.

—Nada —susurró y sus mejillas se tiñeron de carmín.

—Una no se sonroja por nada —comentó Victoria con picardía, había recuperado su habitual alegría.

—Vicky tiene razón, cuéntanos qué sucedió.

—Se nos hará tarde —acotó rehuyendo del tema.

—Tía Margot sabe que me gusta dormir mucho, pensará que la demora es por mi culpa. Así que no te preocupes y dinos, ¿pasó algo con Christian? —inquirió Victoria, pues, los había visto pasear juntos y ser cada vez más cercanos.

—Sí —susurró Patricia y agachó la mirada; suspiró, sintiendo que todo el cuerpo le temblaba—. Él… me besó…

—¡¿Te besó?! —preguntó Annette con asombro.

—¿En serio? —cuestionó Victoria, sonriendo, emocionada.

—Sí…, todo fue muy rápido. Yo… quise mostrarle un cardo amarillo que conseguí y, cuando me volví, chocamos nuestras frentes. Fue algo tan vergonzoso —dijo, volviendo a sonrojarse, y sonrió—. No sé cómo sucedió, de pronto, estábamos en silencio, mirándonos, y me besó.

—¡Qué maravilloso! —expresó Victoria, feliz. La abrazó, pero de inmediato, la miró—. ¿Qué te dijo después?

—Se disculpó, dijo que…, que no debió hacerlo porque era irrespetuoso de su parte… Pero le dije que no me había molestado en lo absoluto, que si no le respondí fue porque no sabía cómo hacerlo… Que ese fue…, fue mi primer beso. —La voz le temblaba, a medida que relataba lo sucedido—. Después, me preguntó si quería ser su novia.

—¿Y qué le respondiste? —preguntaron Victoria y Annette, a la vez.

—Que sí…

—¡Son novios! Qué gran noticia… ¿No te parece grandioso, Annie? —preguntó Victoria, con emoción.

—Sí…, sí, claro, es genial. Te felicito mucho, Patty… Christian es un gran chico —contestó, sintiéndose feliz por su amiga, pero en el fondo, también se sentía triste, porque de las tres, era la única a la que el amor parecía rehuirle; o, mejor dicho, el chico que le gustaba.

Suspiró y abrazó a Patricia.

—Ya solo faltas tú, Annie —expresó Victoria, mirándola con emoción, y le agarró una mano.

—Sí, claro. —Annette fingió una sonrisa, pues su amiga no sabía que le había hundido el puñal en la herida.

Se unió en un abrazo a Patricia y Victoria, mientras escondía su dolor para no arruinar la felicidad de ellas, pero no era fácil sentir cómo sus ilusiones, cada vez, se hacían más lejanas.

Siempre había sido optimista y decidida, cuando quería algo, lo conseguía; pero tratándose de Sean, todo era muy complicado, porque, a veces, él la hacía sentir muy especial, pero, otras, era como si no existiese; y, eso, lo quisiera o no, la terminaba haciendo sentir frustrada.

Un par de golpes en la puerta las hicieron caer en la realidad, deshicieron el abrazo, y Patricia caminó de prisa hasta el baño, mientras Annette se acomodaba el cabello, y Victoria abría la puerta. Para su fortuna, era una de las chicas de servicio, que había enviado su tía Beatriz, para que las ayudase; en vista de que eran tres, supuso que les tomaría más tiempo prepararse y, ciertamente, su colaboración les vino como caída del cielo.

Luego del desayuno les tocó despedirse, las chicas debían regresar a sus casas, y Terrence al castillo. Christian y Sean se ofrecieron a llevarlos y, Annette, que siempre se sentaba junto al menor de los Cornwall, buscando su compañía, esta vez lo hizo poniendo a Patricia entre los dos; no quería estar cerca de él, porque sentía que nada de lo que había hecho para atraer su atención tenía sentido, si igual él iba a ignorarla, como casi siempre; así que, se dedicó a hacerlo ella.

—Annette, ¿estás bien? —Le preguntó, cuando la ayudó a bajar frente a la puerta de su casa.

—Sí, ¿por qué no habría de estarlo? —contestó con otra interrogante, y de manera desafiante.

—No, por nada…, es solo que. —Calló, antes de decirle que la notaba distante y fría. A lo mejor se lo estaba imaginando.

—¿Qué? —inquirió ella, para ver si al menos se había dado cuenta de que lo estaba ignorando a propósito.

—No es nada. Que tengas un día agradable —dijo y sonrió, dándole la espalda para subir de nuevo al auto.

—Sean. —Lo llamó, furiosa con él, y cuando se volvió, no pudo contener sus ganas de golpearlo y le pegó en el pecho—. ¿Por qué eres tan ciego y tonto? —preguntó, en medio de sollozos, mientras seguía dándole con el puño.

—Annie…, por favor, detente. ¿Por qué haces esto? Ya, para, por favor —pidió, intentando calmarla, pero ella lloraba más.

—¿Acaso no te has dado cuenta de que…? —cuestionaba sin cesar en sus ataques, cuando él habló.

—Yo también —confesó, temblando, y ella por fin se detuvo.

—¿Qué? —Lo miró, asombrada.

—Yo también estoy enamorado de ti…, solo que… no sabía cómo decírtelo… Y pensé que me lo estaba imaginando todo, que tú solo querías ser amable conmigo —dijo, mostrándose apenado.

—¿Amable? ¡Dios, eres más tonto de lo que imaginaba! —expresó, furiosa, pero al mismo tiempo feliz.

—Gracias por mencionarlo —pronunció con ironía.

—No, lo siento…, pero es que… No entiendo, Sean.

—No sabía cómo decírtelo, a veces puedo ser muy elocuente para algunas cosas, pero para otras, soy un desastre. Lo cierto es que…, yo también estoy enamorado de ti, Annette.

—No lo parece… Vaya forma que tienes de demostrar tus sentimientos.

—Annie…, tenerte cerca, en lugar de facilitarme las cosas, me ha hecho sentir más nervioso, por eso no te dije nada y me escondía tras la indiferencia.

—Eso me ha lastimado mucho —dijo, con las lágrimas cayendo por sus mejillas.

—Lo siento, en verdad lo siento mucho —murmuró, bajando el rostro, pero enseguida lo elevó para no seguir mostrándose como un cobarde—. ¿Me perdonas? —pidió, mirándola a los ojos.

—No lo sé… Tendré que pensarlo… —expresó su orgullo herido, pero al ver que lo había lastimado, le dolió más; suspiró, sintiéndose derrotada—. De acuerdo, Sean…, te perdono.

—Gracias. —Sonrió con emoción, y la abrazó—. ¿Puedo pedirte algo más? —inquirió.

—No abuses de tu buena suerte. —Le advirtió.

—Me arriesgaré…, solo a una cosa más —mencionó, sonriente.

—¿A qué? —preguntó, intrigada, y obtuvo la respuesta un segundo después.

Sean se decidió a dejar las palabras de lado, porque un año de estar enamorado en silencio, le había demostrado que, con ella, nunca tenía la habilidad para usarlas.

Así que prefirió irse a los hechos y la besó, era un beso robado e irrespetuoso, pero uno que había deseado darle durante mucho tiempo, así que se deleitó rozando los suaves y pomposos labios de Annette.

Ella sintió que el corazón casi le estallaba de felicidad, y se colgó de su cuello para responderle con todas sus ganas. No es que tuviera mucha experiencia, pero haberlo leído en algunas novelas, quizá le había dejado alguna enseñanza.

Dejó que sus labios también acariciaran los de él, mientras cerraba los ojos y sentía que flotaba, y ahora entendía a lo que se refería Victoria, cuando decía que, besar, era como tener alas y surcar el cielo.

Sin embargo, algunos vuelos resultaban muy cortos y caían en picada. Eso sucedió cuando la puerta de la mansión Parker se abrió y los esposos salieron, quedándose perplejos ante la imagen que les entregaba su hija en ese instante.

—¡Annie! —exclamó Emilia, mirándola, horrorizada.

—¡Annette Parker! —vociferó Arthur, su padre, y bajó las escaleras para alejar a ese abusador de su hija.

Ella se separó de Sean, sintiéndose aún mareada por el beso, y todo a su alrededor parecía ir lento, como en los sueños; pero la mirada de reprobación de su madre, y la furiosa de su padre, la hicieron volver en sí, de inmediato.

—Tendremos problemas —mencionó Christian con preocupación, y salió del auto para ayudar a su hermano.

—Serios problemas —confirmó Terrence, también bajando.

Tanto ellos como Patricia, habían visto la escena entre Annette y Sean, y procuraron mantenerse fuera de la misma, porque ese asunto era de los dos, y sabrían cómo solucionarlo.

Lo que nunca imaginaron fue que ambos se dejarían llevar de esa manera, menos estando a las puertas de la casa de la chica; sinceramente, Sean había perdido la cabeza.

Patricia también bajó del auto para apoyar a su amiga, porque los gritos del señor Parker, mostraban, que en realidad estaba furioso. Patricia pensó que la encontraría en medio de un mar de lágrimas, pero fue todo lo contrario, su amiga se mostraba desafiante ante sus padres, y defendía a Sean, mientras que él, les pedía perdón e intentaba explicarles que no tenía malas intenciones, que estaba allí para pedirles su consentimiento.

Christian y Terrence calmaron al hombre antes de que se le fueran encima a Sean, y les dieron su palabra de que esa misma tarde regresarían con sus familiares, para hacer formal la relación de los dos jóvenes.

Por suerte, eso calmó un poco al señor Parker, y los dejó marchar; pero todos sabían que Annette tendría una gran reprimenda, aunque a ella parecía no importarle, pues se mostraba muy feliz; o quizá era que el amor hacía de las personas, seres más valientes.

Capítulo 54

En el verano de mil novecientos catorce, Sean Archibald Cornwall Anderson, se convirtió en el más joven de los hombres del poderoso clan escoses en comprometerse, con tan solo dieciséis años, ya sabía que pasaría el resto de su vida junto a Annette Iris Parker Louis.

Ese fue el acuerdo al que llegaron las dos familias, luego de la reunión que tuvieron esa misma tarde, después de que el padre de la chica le exigiese responder por haberla besado frente a la puerta de su casa.

Los recién prometidos estaban felices, aunque horas antes, tuvieron que pasar por una situación muy difícil, frente a sus familiares, al intentar esclarecer lo ocurrido; sin embargo, en ningún momento dudaron de lo que deseaban, y lucharon por conseguirlo.

Para ellos, la solución que propuso Arthur fue la más extraordinaria, ya que lo que más anhelaban era estar juntos y consolidar su relación, así que, cuando la familia Anderson también dio su visto bueno, no pudieron más que sonreír, llenos de alegría.

Aunque no todo fue felicidad, pues, desde ese momento, Arthur le exigió a la familia del joven que velara porque lo sucedido no ocurriese de nuevo. No permitiría que su hija fuese el entretenimiento del joven; y casi les prohibió que se viesen de nuevo.

Annette se reveló ante su padre y le suplicó que no actuase de esa manera, que era un castigo demasiado grande, y que ya había obtenido lo que deseaba.

—Si me permite opinar y, espero que esto no lo ofenda, señor Parker, lo que propone es absurdo —mencionó Brandon, captando la atención de todos—. Acabamos de comprometer a Sean con su hija, lo que, obviamente, indica que tienen un noviazgo oficial. ¿Cómo pretende separarlos ahora? —cuestionó.

—Como padre, es mi deber velar porque el honor de mi hija se mantenga intacto hasta el día de su boda, para la cual, aún falta mucho, pues, no es más que una niña —decía, mirando de manera acusadora a su yerno.

—Le aseguro que no mancillaré el honor de Annette, mi amor por ella es sincero, y mis intenciones son las mejores; jamás la irrespetaría —sentenció, mirando a su futuro suegro con determinación. No era de los que se dejaba intimidar.

—¡Le robaste un beso en la puerta de su casa! ¿Acaso eso no es irrespetarla? —inquirió, furioso al recordarlo.

—Padre, ya le dije que él no me robó nada, fue un beso compartido

—acotó Annette, mirándolo con determinación.

—Guarda silencio, niña. —Le advirtió el hombre, viéndola de reojo, sin perder de vista al verdadero culpable de todo.

—Hija, has lo que dice tu padre, por favor —pidió Emilia, quien encontraba toda esa situación muy embarazosa.

—Todos, por favor, vamos a calmarnos —mencionó Stephen, y se puso de pie para tomar el mando de la reunión—. Señor Parker, comprendo perfectamente lo que está sintiendo en este momento. Yo también tengo una única hija, y hace un par de meses recibí la visita del joven aquí presente, para pedir mi consentimiento y poder cortejarla. Como padres, esto suele resultar un golpe muy duro, porque en el fondo no deseamos que nuestras hijas crezcan, pero lo hacen de manera inevitable, y nada podemos hacer contra eso.

—Son situaciones distintas, señor Anderson; seguramente, usted no tuvo que ver cómo su hija era besada en la puerta de su hogar. —La espina seguía clavada en su pecho y dolía cada vez que lo recordaba.

—No, pero eso no quiere decir que no lo hayan hecho.

Margot se tensó como una piedra al escuchar las palabras de su hermano, pensó que se había vuelto loco al dejar a su hija en evidencia de esa manera, sin tener siquiera la certeza de que eso hubiese ocurrido, que rogaba, internamente, que no fuese así, pues sería una deshonra para toda la familia.

Le echó un vistazo a Terrence, y su semblante se notaba apacible, pero había algo en su mirada que le inspiraba mucha desconfianza.

—Entregar un beso a la persona que se ama no es ningún sacrilegio, mucho menos entre prometidos y, desde hoy, ha quedado claro que Sean y Annette lo son —acotó Stephen, mirando al hombre a los ojos, pues dudaba que él no hubiese besado a su mujer sino hasta el día de la boda.

—El noviazgo es la etapa que toda pareja necesita para conocerse. Si usted se lo niega a su hija y a mi sobrino, a lo mejor estaría condenándolos a tener una vida de pareja desdichada. Piénselo, señor Parker —pronunció Brandon, intentando convencerlo. Ya que podía ver el desespero en la mirada de los enamorados ante la negativa del hombre.

—Le doy mi palabra de que Annette se mantendrá intacta hasta el día de nuestra boda. Confíe en mí, señor Parker —pidió Sean, con su mirada fija en la gris del hombre.

Emilia, que podía ver la tensión en su esposo, le agarró la mano y le brindó una suave caricia, para hacerle sentir que estaba allí para apoyarlo en lo que decidiera, pero también, pidiéndole que fuese sensato y no llevara todo al extremo.

Después de todo, había arreglado un maravilloso matrimonio para su hija, Sean Cornwall sería el esposo ideal. Era educado, apuesto y

contaba ya con una fortuna propia nada despreciable, además del respaldo de una de las familias más ricas de Norteamérica.

—Está bien, les doy mi consentimiento, pero escúcheme bien, jovencito —anunció, clavando su mirada en Sean, para intimidarlo—. Mi hija es un ángel, más te vale que la adores como tal, o te la verás conmigo; y no habrá intervención de tu familia que te salve, ¿está claro? —inquirió con tono amenazante.

—Sí, señor Parker, está claro. Le aseguro que no tendrá una sola queja de mi parte —respondió, sintiéndose feliz, pero tuvo que disimular su alegría para no avivar la furia de su suegro.

—Perfecto, ahora sí…, hagamos un brindes para celebrar —anunció Emilia, sonriendo, y se puso de pie para tocar la campanilla y solicitar la bebida que esperaba por ser descorchada.

Margot por fin respiró con ligereza, pues había estado tensa en toda la reunión. Les sonrió a los prometidos, aunque su mirada le advertía a Sean, que más le valía cumplir con su promesa, o ella misma se encargaría de darle un verdadero castigo.

Terrence había pasado un par de días intentando hallar una manera de liberar a Victoria de sus miedos, sabía que no podía llegar hasta ella y solo hablarle del asunto. Tenía que ser algo más sutil; tal vez, hacer como si no supiera nada y comenzar a hablar del tema, o quizá, ser más directo y presentarse en su casa con Anuket, su hermosa yegua, que seguramente se ganaría el cariño de su pecosa, así como se había ganado el suyo desde que la vio.

Justo se encontraba cepillando la espesa crin de la yegua, que era blanca como la nieve y resplandecía igual, ante los rayos del sol; la miró y los grandes ojos del animal terminaron por convencerlo. Con una sonrisa terminó la tarea y se encaminó hacia la casa, se pondría su ropa de montar e iría hacia la mansión de los Anderson, para invitar a Victoria a dar un paseo.

Una hora después, lo recibió uno de los trabajadores, quien al verlo, lo reconoció y le pidió que lo dejara encargarse del espléndido animal, que era famosa en las tierras altas por su belleza.

Él caminó hasta la puerta y después de llamar un par de veces, el ama de llaves le abrió, guiándolo hasta el solar tras la casa, donde los demás se encontraban reunidos, disfrutando del sol de media tarde.

—El señor Danchester ha venido a verlos —anunció la mujer, solo lo hacía por protocolo, pues siendo el joven el novio de la señorita Anderson, ya no necesitaba de eso.

—¡Terry! —pronunció Victoria, levantándose de la silla para recibirlo, le entregó una gran sonrisa y se abrazó a él—. Pensé que no vendrías hoy —expresó, prendida de esa mirada azul.

—Te prometí que lo haría todos los días —respondió, sonriéndole y,

con suavidad, le acarició la mejilla—. Además, he venido acompañado de alguien a quien quiero que conozcas.

—¿Quién? —preguntó, esperanzada de que fuera el duque, que al fin, hubiese cambiado de actitud con Terrence.

—Saludaré a tu familia y después te llevaré a verla.

—¿A verla? —inquirió, sorprendida.

—Sí, ya deja de ser tan curiosa, pecosa —dijo, pellizcándole la nariz mientras reía.

—¡Terry! Se me pondrá roja. —Le reprochó, pegándole.

Él sonrió con picardía y le guiño un ojo, para después, ofrecerle su brazo en un gesto caballeroso; caminó junto a ella hasta el resto de la familia, quienes los esperaban sin perder de vista ninguno de sus movimientos, aunque intentaron disimular cuando sus miradas se encontraron.

Todos lo saludaron de manera efusiva, haciéndolo sentir realmente bienvenido, como si fuera parte de la familia; incluso, Sean, se mostró más cordial que de costumbre. Seguro porque él había intervenido para que su futuro suegro no lo despellejara vivo.

—Está bien, ya dime a quién quieres que conozca —pidió Victoria, media hora después. Ya había soportado demasiado.

—Alguien muy especial para mí, una gran amiga —respondió, sin darle más detalles, mientras caminaba con ella.

—¿Una gran amiga? —preguntó, sin poder esconder los celos de su voz, y lo detuvo para mirarlo a los ojos.

—Sí, pero tranquila…, cuando la conozcas, verás que no hay motivos para sentirte celosa de ella —dijo, riendo, emocionado; le gustaba que Victoria quisiera toda su atención para ella.

Siguieron caminando hasta salir de la casa, pero la rubia no se encontraba tan animada como un minuto atrás; aunque él le dijera que no existían razones para estar celosa, no podía controlar su molestia al imaginar que debía compartir a Terrence con otra chica, sin importar que esta solo fuese una amiga.

Iba tan distraía en sus pensamientos, que ni siquiera notó que se acercaban a los establos, solo cuando se vio frente a estos fue que reaccionó, y la curiosidad dentro de ella aumentó mucho más.

—Espérame aquí, enseguida regreso —pidió él, dedicándole una sonrisa, y desapareció dentro del lugar.

Victoria se quedó allí con la mirada fija en la entrada, mientras se impacientaba cada vez más; a los pocos minutos, lo vio salir llevando de las riendas a una hermosa yegua blanca. Era incluso alta y tenía un cuerpo lleno de poderosos músculos, se le parecía mucho a Viento, el caballo de Anthony.

—Bien, déjenme presentarlas… Victoria, ella es Anuket —dijo, señalando a la yegua—. Anuket, ella es mi novia, Vicky.

—Es… es hermosa —mencionó, animándose a acariciarla—. ¿Su nombre tiene algún significado especial? —Le sonaba raro.

—Sí, significa: «La abrazadora». Anuket es una diosa egipcia.

—Te pareces tanto a Brandon con esos nombres raros y sus dioses —comentó, riendo, mientras hundía sus dedos en la espesa crin del animal; le gustaba la sensación que le provocaba y, ciertamente, la había extrañado mucho.

—¿Te gustaría salir a pasear conmigo sobre ella? —preguntó, mirándola fijamente para que no le rehuyera.

—Tal vez más adelante, ya es muy tarde pasar salir a pasear —respondió con una sonrisa para no hacerlo sentir rechazado.

—Son las dos de la tarde, Vicky; y el sol se oculta después de las ocho, así que tenemos muchas horas de luz —insistió.

—Otro día, Terry; mejor vamos a jugar críquet con los chicos, habían organizado un juego para esta tarde, debe estar por comenzar —mencionó, dando un par de pasos para escapar.

—Vicky, espera. —Le impidió que se fuera al agarrarla por el codo, y la giró para que lo mirara—. Sé por qué no quieres ir a pasear conmigo y Anuket, sé lo que le ocurrió a tu primo… Tu padre me lo contó la otra noche.

Victoria bajó la mirada, sintiéndose apenada, seguro su reacción había despertado las sospechas en Terrence. Era lo único de su vida que no le había contado, porque no quería revivir todo aquello que aún seguía doliéndole. La muerte de Anthony estaba muy reciente.

—Vicky…, por favor, debes comprender que lo que pasó fue un accidente y no volverá a pasar.

—¿Quién me asegura eso? ¿Quién, Terrence? —cuestionó con miedo y dolor, al tiempo que temblaba.

—Yo, te lo aseguro yo, y también puedo demostrártelo, si me dejas; salgamos a pasear y vence este miedo que te agobia. Solo enfrentándolo podrás conseguirlo, te hablo por experiencia, pecosa —pronunció con su mirada anclada a la de ella.

—¿Acaso te pasó algo así? —inquirió, sorprendida.

—No, pero sé lo que es vivir sometido por el temor. Solo tenía seis años cuando me separaron de mi madre y, me vi solo, en un país extraño, con personas a las que no conocía, con un hombre que decía ser mi padre, pero que apenas me miraba o me dirigía la palabra —confesó, sintiendo, una vez más, ese viejo dolor.

—¡Por Dios, Terry! —exclamó ella y le acarició el rostro, queriendo borrar tanto sufrimiento.

—Las cosas no fueron fáciles para mí, ni siquiera en este momento lo son; pero me prometí que sería valiente y que nunca dejaría que el miedo dominara mi vida. Así que te pido que confíes en mí y me dejes ayudarte; sé que eres capaz de superar ese temor, Vicky…, lo sé —

mencionó, rozándole la mejilla con el pulgar mientras la miraba a los ojos y le sonreía para animarla.

—Pero… ¿y si llega a…?

—No pasará nada, te lo prometo. Será solo dar un paseo, ni siquiera nos acercaremos al acantilado —dijo para convencerla.

Victoria respiró profundo y cerró los ojos solo unos segundos, pidiéndole al alma de su madre y a la de Anthony que la ayudasen, y también que los protegiese.

Cuando los abrió, la resolución estaba instalada en su mirada; le ofreció su mano para que la ayudase a subir, y posó la otra con firmeza en la rienda. Antes de que pudiera parpadear, estaba sobre el lomo de Anuket.

Terrence se sentía feliz y satisfecho consigo mismo por haber logrado convencerla, pero más se sentía orgulloso de ella, de que hubiese aceptado confiar en él, para superar su miedo.

Sabía que la prueba más difícil estaba por venir, que todo dependía de cómo terminarse ese paseo, pero confiaba en que no pasaría nada de lo cual preocuparse, él era un buen jinete, y su yegua era muy dócil cuando la situación lo ameritaba.

La mirada de Victoria se encontró con la maravillada de su padre, quien, al verla subida al caballo, se puso de pie y le entregó una gran sonrisa. Brandon, Christian y Sean también emularon la misma actitud del cabeza de familia, mientras la veían acercarse en compañía de Terrence, quien guiaba a la yegua por las riendas, ya que no estaba bien visto que los dos fueran juntos sobre el animal.

—Te ves tan hermosa —expresó con orgullo, sin dejar de mirarla, sintiéndose inmensamente feliz.

—Gracias, papi —comentó ella, sonriéndole.

—¿Saldrán a pasear? —inquirió Margot, con el ceño fruncido.

—Sí, claro, si el señor Anderson nos da su permiso —respondió Terrence, mirando a la mujer y después a su suegro.

—Por supuesto, lo tienen —dijo, sonriéndole al muchacho y, acercándose hasta él, le puso una mano sobre el hombro—. Gracias, Terrence.

—No tiene nada que agradecer, mi mayor propósito es hacerla feliz —dijo, mirando a su suegro con complicidad.

—Bien, bueno, vayan, para que no se les haga tarde, y traten de no alejarse mucho —pidió, observándolos.

—Creo que alguien debería acompañarlos. Brandon, tú podrías ir con ellos —mencionó Margot, mirando a su sobrino.

—Lo siento, tía, pero tengo un asunto pendiente, y estoy seguro de que Terrence cuidará bien de Vicky —contestó para cortar los avances de la matrona, ya comenzaba a incomodarle el papel de chaperón que le había dado.

—Solo iremos por los alrededores del castillo Danchester, son los que mejor conozco, y el terreno es menos abrupto. No debe preocuparse, señora Elroy —comentó para que la mujer estuviese al tanto y se quedase tranquila.

—Bien, entonces que disfruten del paseo. Cuídate mucho, princesa. Confío en ti, Terrence —mencionó Stephen.

—Lo haré, papá, nos vemos en un rato. —Mostró una sonrisa, pues, con cada minuto que pasaba, se sentía más cómoda y segura sobre Anuket.

—Gracias, señor Anderson, regresaremos pronto.

Comenzaron a alejarse mientras eran seguidos por las miradas de sus familiares, quienes, evidentemente, estaban muy sorprendidos y felices de que ella se hubiese aventurado de nuevo a montar a caballo. Aunque, dudaban mucho que fuese a salir al galope, como lo hacía antes; pero ir a ese paso ya era un progreso.

En cuanto estuvieron lejos de las miradas de los Anderson, Terrence se subió con agilidad, rodeó a Victoria con sus brazos y le dio un beso en la mejilla. Ella sonrió ante el gesto, respondiendo de la misma manera; después, dejó descansar su cabeza en el hombro de su novio.

—Te llevaré a uno de mis lugares favoritos —anunció él, con una gran sonrisa, y apuró un poco la marcha.

Los ojos de Victoria se maravillaron ante el paisaje, que quizá, era muy parecido a tantos otros de esas tierras, pero este, guardaba un sendero secreto que bajaba hasta las orillas del mar del norte, lo que lo hacía especial.

Desmontaron y caminaron hasta quedar muy cerca del acantilado, allí, donde la brisa les acariciaba la piel, la hierba estaba crecida hasta cubrir sus pies, y había margaritas por doquier, creando un espectáculo sublime.

—Me encanta este lugar, Terrence… Es hermoso —expresó, dejando que su vista se perdiera en la inmensidad del azul del mar, que casi se confundía con el celeste del cielo.

—Me alegra escucharlo, porque eres la primera persona con quien lo comparto —confesó, mirándola a los ojos, luego le extendió la mano para invitarla a sentarse.

—Escocia es tan hermosa, me gustaría quedarme por más tiempo aquí. —Suspiró con ensoñación.

—¿Qué te parece si nos mudamos a este lugar cuando nos casemos? —preguntó, acariciándole la mejilla.

—¿Ya piensas en eso? —cuestionó, parpadeando de manera nerviosa mientras lo miraba.

—Sí, bueno… Sé que es pronto…, pero es algo con lo que sueño todas las noches —respondió, llevándose la mano de ella a los labios para darle un beso—. Siempre he querido una familia.

Victoria pensó que, quizá, por esa razón, él pensaba tanto en eso, porque deseaba tener lo que siempre le había faltado, una familia amorosa y compresiva, como la que ella tenía. Y a lo mejor, por eso era que ella no tenía urgencia de casarse; después de todo, nunca había sentido la ausencia de un ser querido; a excepción, claro, de su madre, a quien perdió sin siquiera tener la edad suficiente para poder guardar recuerdos de ella.

—¿Por qué te quedaste en silencio? ¿Te asustó que hablara de matrimonio, pecosa? —inquirió, fingiendo un tono de voz divertido, pero temía que ella fuese a rechazar su idea.

—No, no es eso —contestó, sonriendo mientras negaba con la cabeza—. Es solo que…, no creo que esté preparada, no todavía… No sabría cómo llevar una casa, como lo hace tía Margot… No tendría idea de cómo escoger menús, pagarle al personal y dar órdenes… Seguro sería un desastre. Tengo mucho por aprender. —Se justificó.

Terrence soltó una carcajada, cargada de verdadera diversión y, luego, dejó caer una lluvia de besos en el rostro de su novia, sintiendo que Victoria, cada vez, lo sorprendía y lo enamoraba más.

Otras chicas, en su lugar, pensarían en el vestido de novia, el ajuar, la decoración de su nueva casa; e incluso, en las fiestas que darían en esta. Pero ella solo pensaba en llevar las riendas de su hogar por cuenta propia.

—¿Por qué te ríes? —preguntó, una vez que Terrence cesó el torrente de besos que le dio.

—En que no te pareces a ninguna otra chica que haya conocido. Eres tan única y especial, Vicky… No creo en eso del destino o los designios de Dios, pero comienzo a creer que, alguna fuerza superior, te puso frente a mí, para compensarme y brindarme toda la felicidad que me fue negada antes —expresó con su mirada anclada a la de ella.

—Dices cosas tan lindas, Terry —mencionó y se aventuró a besarlo. Quería que él sintiera cuánto amor le inspiraba.

Terrence respondió con entrega y devoción, demostrando no solo con palabras, sino también con hechos, que la amaba y que haría lo que fuera por hacerla feliz.

Aprovecharon que no tenían testigos y prologaron el beso, como acostumbraban a hacer bajo el arce del colegio. Sin notarlo, acabaron tendidos en la suave hierba que los escondía del resto del mundo.

Capítulo 55

Las horas se vuelven minutos cuando se está junto a la persona amada o, al menos, eso sentían Victoria y Terrence, para quienes ese paseo a solas, se les había hecho muy corto. Él hubiese preferido quedarse un rato más, pero las oscuras nubes, provenientes del mar, anunciaban que, de un momento a otro, se desataría una gran tormenta.

Él se la quedó mirando para guardar esa imagen en su cabeza y poder soñar con ella esa noche, pues le encantaba ver su rostro sonrojado y los labios ligeramente hinchados, después de tanto besarla.

Con esa imagen, les daría rienda suelta a los deseos que todavía no se atrevía a desbocar en Victoria. Ella seguía siendo muy casta a la hora de brindar sus besos y sus caricias; y él, no tenía el derecho, aún, de robar esa inocencia de ella.

—A veces, me provocaba preguntarte qué ves cuando me miras de esa manera —comentó Victoria, pues algunas miradas de Terrence seguían siendo un misterio para ella.

—Veo a mi novia —respondió, escondiendo tras un comentario gracioso, la verdad.

—Tonto. —Le sacó la lengua por burlarse de ella.

—Tú preguntaste, pero para que no digas que soy malo, te diré que, veo a la chica más hermosa del mundo, a la que amo con locura… —Calló sus palabras, antes de decir que también la deseaba con tanto ardor que, a veces, sentía que se quemaba.

—Pues, sigue mirándome así, porque… cuando yo te veo, también creo que tengo ante mí, al chico más apuesto del mundo, al que amo con locura —pronunció mirándolo a los ojos, y cuando él le regaló esa sonrisa que tanto adoraba, se olvidó del tiempo y le pidió un beso, tan solo con la mirada.

Terrence le entregó lo que pedía, al tiempo que sentía cómo ella parecía derretirse entre sus brazos, haciéndolo sentir tan poderoso, tan necesitado y, al mismo tiempo, tan dependiente de ella, de sus besos y de cada una de sus caricias.

La envolvió con sus brazos, pegándola a su cuerpo, sintiendo cómo se estremecía y gemía, igual como lo hacía él.

Una vez más, el ímpetu de su deseo le ganaba la partida y lo amarraba a Victoria, quien, después de esa tarde, se mostraba más osada a la hora de rozar su lengua, lo que lo animaba a aventurarse un poco más, y así conquistar el interior de su boca, que hasta el

momento era un territorio virgen.

De pronto, un relinchido de Anuket los sacó abruptamente de la burbuja donde se encontraban, aunque Victoria tardó más en reaccionar; Terrence, se volvió para mirar a la yegua que retozaba por el campo, pero no de manera juguetona, sino como si intentara comunicarle algo.

En ese momento, se percató de que las nubes ya casi se cernían sobre ellos, lo que le decía que debía darse prisa si quería llegar sin contratiempos a la casa de su novia; así que silbó para atraer la atención de su yegua.

—Oscureció muy rápido —mencionó Victoria, caminando junto a él para montar al animal.

—Sí, va a caer una tormenta, debemos darnos prisa —dijo en un tono casual para no asustarla.

—¿Crees que nos dé tiempo de llegar a la casa antes de que comience a llover? —preguntó, viéndolo a los ojos.

—Si voy al galope, seguramente… ¿Te importaría si lo hago?

—No lo sé…, me da un poco de miedo —respondió con sinceridad, y un ligero temblor comenzó a recorrerla.

—Bien, entonces iremos despacio. —Le dio un ligero toque de labios para alejar el miedo que empezaba a apoderarse de ella.

Así emprendieron el camino, pero cuando llevaban pocos minutos, unas ráfagas de viento, que venían cargadas de agua, los azotaron con fuerza, impregnando sus cuerpos del gélido rocío.

Victoria se giró, escondiendo su rostro en el pecho de Terrence, al tiempo que el miedo dentro de ella se triplicaba, por lo que comenzó a temblar.

—¿Falta mucho? —inquirió en un susurro, aferrada a él.

—A este paso, como media hora… Vicky, mi amor, sé que no deseas que cabalgue, pero es necesario, si queremos llegar antes de que se desate la tormenta. Confía en Anuket y en mí, no pasará nada por ir más rápido —pidió, viendo si ella cedía.

—Es que el terreno comienza a anegarse, podríamos resbalar y terminar cayendo. No, no lo hagas, por favor, Terrence.

—Está bien…, la otra opción que tenemos es ir hasta el castillo y esperar allí hasta que pase la tormenta; después, nos iremos en un carruaje hasta tu casa —sugirió, buscando la mirada verde de su novia.

—Pero mi padre se preocupará si no llegamos.

—Enviaré a uno de los trabajadores para que avise que estamos en mi casa y que nos encontramos bien —aseguró, mirándola a los ojos.

Victoria asintió, no pudo hablar porque la barbilla le temblaba a causa del frío y de los nervios que sentía, mientras, internamente, rogaba para que su padre no se fuese a angustiar por ella.

Terrence le dio un beso en la frente para calmarla, maniobró para girar a su yegua y encaminarla en dirección al castillo, apurando un poco el paso, pero no demasiado para no alertar a Victoria, pues pudo sentir cómo ella se aferraba a él.

Por suerte, arribaron a los pocos minutos, pero la lluvia que ya se había desatado instantes atrás, terminó empapándolos. Terrence bajó rápidamente, luego ayudó a Victoria a hacerlo, y le hizo entrega a Jamie de Anuket.

—Necesito que después de dejarla en el establo, vengas a la casa, por favor —pronunció, antes de que el hombre se marchara.

—Por supuesto, señor Danchester, enseguida estoy con usted.

Terrence asintió y luego sujetó a su novia de la mano para caminar de prisa con ella hasta la entrada del castillo; debían cambiarse de ropa y ponerse frente a la chimenea, o terminarían con un tremendo resfriado.

Entraron por la puerta de la cocina, que siempre estaba abierta, y las dos mujeres que allí se encontraban, se llevaron las manos a la boca, como si fueran un par de resortes, y se los quedaron mirando con asombro.

—¡Por el amor de Cristo, joven! Pero ¿cómo sale a cabalgar con esta tormenta? —cuestionó la mayor.

—Nos atrapó en el camino. —Se justificó él, quitándose la chaqueta y se la entregó a la otra empleada.

—Pues, fue muy irresponsable de su parte, además, llevando a esta pobre chica, debe estar muriéndose de frío. Ven conmigo, pequeña, vamos para que te quites esta ropa mojada —indicó al verla temblando y le dedicó una sonrisa.

—Pero… yo no tengo nada que ponerme —mencionó Victoria, sintiéndose apenada.

—No te preocupes por ello, seguro algo del joven Terrence te servirá, mientras busco, te darás un baño de agua caliente para sacarte el frío de los huesos, antes de que te enfermes —dijo y luego se volvió a mirar a su hija—. Marlene, por favor, prepara la tina de la primera recámara de huéspedes; después, acomoda la cama para que la señorita Anderson descanse.

—Enseguida lo hago, mamá —mencionó y salió rápidamente.

—Ve con ella, Vicky, te ayudará; y no te preocupes por tu padre, yo le envió un mensaje con Jamie, para que sepan que estás bien —comentó, sonriéndole para que se sintiera en confianza.

—Gracias —susurró y se encaminó junto a la señora.

Mientras caminaba por el interior de ese gran castillo, Victoria debía admitir que, si bien muchas cosas la maravillaban por lo lujosas que eran, no dejaba de sentir que ese lugar era muy frío, y no debido al clima de ese momento, no. Era algo más en el ambiente lo que lo

hacía lucir de esa manera, como melancólico y vacío, a pesar de tener un montón de muebles, pinturas y adornos. Le hacía falta color, luz, alegría, vida.

Entraron a la habitación que supuso sería la de huéspedes, pues lucía igual de taciturna que el resto de la casa; ya la mujer llamada Marlene había encendido el hornillo bajo la tina y la llenaba de agua, agregando también algunas esencias. Mientras que la señora, le entregó un grueso albornoz y después salió, seguro para buscar algo de ropa que pudiera ponerse.

—Permítame ayudarla con su vestido —indicó Marlene con una sonrisa, al ver que la novia del joven se quedaba inmóvil.

—Muchas gracias, Marlene. —Le sonrió y se dio la vuelta para que la ayudase con la hilera de botones en su espalda.

—Estoy para ayudarla en lo que necesite. —Se ofreció.

Victoria asintió, sintiéndose algo avergonzada cuando quedó en ropa interior, la misma que apenas la cubría, pues la lluvia la había transparentado; nunca se había desvestido frente a alguien que no fueran sus dos damas de compañía.

Al quedar desnuda, se cubrió rápidamente con el albornoz y caminó hacia la bañera, el agua tibia y perfumada la invitó a sumergirse, por lo que lo hizo de inmediato y fue colmada por una sensación maravillosa.

Martha caminaba por el pasillo, llevando un par de pijamas de Terrence en las manos, suponía que alguna debía quedarle a la chica, el problema estaba en que no tenían ni siquiera una camisola allí.

Su mirada se encontró con la del primogénito del duque, quien caminaba en dirección a ella; pensó que sería el momento adecuado para hacerle una advertencia.

—Tiene prohibido atravesar esta puerta, joven Terrence —sentenció con un tono de voz que no aceptaba réplicas.

—¿Prohibido? —cuestionó él, algo divertido y sorprendido a la vez.

—Sí, al menos mientras su novia se encuentre en esa habitación —confirmó mirándolo con seriedad.

—¡Ah! Pero qué mujer más desconfiada, por el amor de Dios. ¿Acaso no crees que sepa respetarla como un caballero? —inquirió, fingiéndose ofendido. Eso de la actuación se le daba bien.

—Sé que usted es un caballero, pero también es hombre, y esa chiquilla lo trae enamorado hasta el hueso, así que es mejor no tentar a la carne. Además, tengo un padre al cual responderle, el señor Anderson, y así me toque dormir en una silla frente a esta puerta, esa niña regresará intacta a su casa —aseguró con su mirada fija en él y la barbilla elevada con altivez.

—Eres una vieja chaperona y anticuada. —Se burló Terrence.

—Como me diga vieja otra vez, le daré las nalgadas que no le di

antes —comentó, pero no pudo evitar sonreír al verlo tan feliz.

—Te mueres de tristeza si lo haces. —La retó.

—Póngame a prueba y lo verá, y ahora déjeme continuar que debo llevarle esto a su novia, a ver si algo le sirve.

—Acabo de recordar que yo tengo algo guardado que quizá le quede mejor que esos pijamas, ven conmigo —pidió y se encaminó hacia su habitación.

Victoria se encontraba con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el borde de la tina, la sensación de agua tibia que cubría su cuerpo la relajó de tal manera, que todo el miedo y la preocupación se esfumaron. De pronto, escuchó un par de golpes en la puerta, lo que la hizo sobresaltarse, se llevó las manos a los senos para taparlos, al tiempo que se erguía, quedando sentada.

—Adelante —ordenó a quien llamaba, que intuía, no era Terrence. De serlo, moriría de vergüenza.

—Mi niña, el ambiente no está como para quedarte en esa bañera por mucho tiempo, ven para que te cambies; te he traído algo que seguro te encantará —mencionó Martha con una gran sonrisa, y regresó a la habitación, dejándola sola en el baño.

Ni siquiera le dio tiempo para responder, o quizá era que ella, una vez más, se quedaba muda, pues, ciertamente, no sabía cómo actuar o qué decir en esa situación. Nunca se había visto en otra parecida.

Salió de la bañera y se secó con una gruesa toalla de baño; después, se vistió con el albornoz, cerrándolo hasta su cuello, y se encaminó a la alcoba.

—Es precioso —mencionó, viendo la hermosa bata de seda rosa palo con ribetes en encajes blancos, que estaba tendida en la cama, y junto a esta, vio un delicado camisón del mismo material.

—Era de la madre de Terrence, lo dejó aquí hace mucho tiempo —comentó con una sonrisa—. Él lo guardó, y ahora me lo dio para que te lo pusieras.

Victoria la miró, sorprendida, y la mujer solo sonrió, entendiendo su asombro; seguramente, pensaría como la mayoría, incluso ella misma, que él no apreciaba a su madre y por eso no conservaría algo que se la recordase, pero el chico siempre conseguía la manera de sorprenderlos a todos.

La ayudó a vestir, luego le soltó el cabello y, con un cepillo, comenzó a desenredarlo, pues la brisa y la lluvia lo habían dejado hecho una maraña; después de cinco minutos, estaba lista.

—Eres muy hermosa, niña. Me la recuerdas a ella —dijo, mirándola a través del espejo con una sonrisa.

—¿A la madre de Terry? —preguntó, llena de curiosidad.

—Sí, Amelia poseía tu misma belleza. Bueno, supongo que lo sigue siendo, aunque, después de que se marchó, nunca más volvió.

—¿Ni siquiera para ver a Terry? —cuestionó, sorprendida.

—Ni siquiera. Su excelencia le prohibió que se acercara al chico, o eso fue lo que escuché; la verdad, yo, estando en su lugar, no hubiese cedido tan fácil. Una madre es como una leona, capaz de enfrentar a quien sea por sus hijos, y no acepta que le prohíban nada —expresó, mostrando el resentimiento que sentía por aquella mujer, por su cobardía.

Victoria se quedó en silencio, analizando las palabras de la anciana, mientras recordaba la actitud de Terrence cada vez que hablaba de sus padres, y cada vez sentía más pena por él.

Suspiró y pensó que no importaba cuánto hubiese sufrido, ella se encargaría de borrar todas las heridas de su corazón y echaría afuera cada una de sus penas.

Terrence se encontraba un poco ansioso mientras esperaba en el salón, intentando distraerse con las llamas que se desprendían de los leños de la chimenea, pero eso no apaciguaba su ansiedad ni sus pensamientos.

La verdad era que se sentía nervioso, no sabía cómo tomaría su pecosa el gesto de que le hubiese dado la ropa de Amelia; después de todo, él le había dicho que esta no despertaba en su corazón ningún sentimiento afectivo, sino lo contrario.

—Lo correcto es que ella se quede en la habitación, no que ande por allí, paseando solo con ropa de dormir —comentó Martha, deteniéndose cerca de Terrence.

Él se volvió de inmediato, buscándola, pensó que en serio Martha le había hecho quedarse en la habitación, lo que provocó que una gran ola de decepción lo recorriese, ya que la mujer le había dejado claro que no le permitiría la entrada.

Y él, tampoco se impondría para hacer su voluntad, no irrespetaría el espacio privado de Victoria, ante todo, era un caballero, y la respetaría por ser una dama y su novia.

—Sin embargo…, supuse que te gustaría ver cómo le quedaban las prendas que le diste —acotó y se hizo a un lado para que la viera. En verdad lucía preciosa con esa ropa.

—¿Te gusta? —preguntó ella, mientras le sonreía con timidez, y se acercó a él para que la mirase mejor.

—Te ves bellísima —respondió, acercándose mientras sonreía, y le agarró las manos para llevárselas a los labios y besarlas, al tiempo que la miraba a los ojos.

—Gracias —respondió ella, sonrojándose y sonriendo.

El silencio se apoderó de los dos, ya que, cuando se miraban de esa manera, no era necesario que dijeran nada más, podían expresar lo que sentían solo con sus ojos. Aunque debían reconocer que, sus

gestos, se quedaban cortos, pues ambos deseaban entregarse más; sin embargo, la presencia de Martha los cohibía de hacerlo.

—Bien, los dejaré unos minutos, iré a prepararles algo de comer; seguramente, no han probado bocado desde hace horas… Eso sí, mucho cuidado de dónde pone sus manos, señor Danchester. —Le advirtió con seriedad, y luego se alejó, notando que en ese instante su presencia sobraba.

—Discúlpala, siempre es igual de indiscreta. —Excusó al ama de llaves, al ver que ella se tensaba—. Ven, vamos a sentarnos frente a la chimenea, está haciendo mucho frío —pidió, llevándola de la mano hasta un sillón blanco con bordados en tonos dorados, que lo hacían lucir muy elegante.

—Me siento algo extraña —dijo Victoria en cuanto se sentó, y tuvo que recoger un poco el salto de cama, pues le quedaba largo; pensó que la madre de Terrence debía ser una mujer alta.

—¿Por qué?, ¿no te gusta la ropa? —cuestionó, deseando que fuese sincera. No quería obligarla.

—No, no es eso; todo lo contrario, es hermosa y me encanta. Es que… nunca había estado en ropa de dormir ante otras personas que no fuesen mis amigas o mis damas de compañía —expresó, sonrojándose.

—Puedes estar tranquila, Martha y su hija son de absoluta confianza, y Jamie nunca pasa de la cocina, a menos que se le solicite —dijo para que no se sintiera apenada por estar así y, de pronto, un pensamiento se atravesó en su cabeza—. Aunque, siendo sincero, no imaginé que te vería así, antes de nuestra noche de bodas. —Sonrió, emocionado.

—Terry…, eso me hará sentir más nerviosa.

—¿Por qué? —cuestionó entre feliz y sorprendido.

—Porque si mi tía se entera, pondrá el grito en el cielo y me dará un sermón por tres horas. Estamos rompiendo tantas reglas.

—Las reglas se hicieron para romperlas…, al menos por los rebeldes como nosotros —comentó, sonriendo—. ¿No te gustaría ser libre, Vicky? ¿Vivir sin que te digan lo que tienes que hacer, decir o pensar?

—Sí…, sí me gustaría —respondió, afirmando con su cabeza.

—Bien, cuando vivamos juntos será así, nunca te pondré reglas ni te diré qué hacer, decir o pensar. Tendrás absoluta libertad, Victoria —aseguró, mirándola a los ojos.

—Pues, más te vale…, porque recuerda que yo también soy una rebelde, tú mismo lo dijiste —comentó con diversión, y al ver que él asentía mientras le regalaba una de sus mejores sonrisas, suspiró—. Cuando vivamos juntos… Creo que aún falta mucho para eso, ¿verdad? —inquirió con una mezcla de emociones recorriéndola por dentro.

—Eso depende —respondió.

—¿De qué?

—De quién, mejor dicho. De tu padre, por ejemplo, espera que pasen unos cinco años —dijo riendo, y ella lo acompañó—. En mi caso, tres se me harían eternos, hasta que seas mayor de edad… Y en el tuyo, pues no lo sé. ¿Qué dices tú, Vicky?, ¿cuándo deseas que comencemos una vida juntos? —Le agarró la mano y la entrelazó a la suya, buscando quizá con ese gesto, obtener la respuesta que deseaba.

—Creo que ya lo estamos haciendo, Terry —comentó con inocencia.

—Bueno, yo hablaba de matrimonio —mencionó, siendo condescendiente mientras sonreía.

Victoria, una vez más, era atacada por los nervios, y solo consiguió parpadear; su voz se había esfumado por completo, sentía que no estaba lista para dar una respuesta como esa; era muy joven para pensar en un hogar, un marido, una familia.

—Para eso falta mucho, jovencito. Ahora solo deben preocuparse por comer; les calenté un estofado que hice al mediodía y me quedó delicioso, pasen al comedor antes de que se enfríe —anunció, entrando al lugar.

—¿Te pasa algo? —preguntó Terrence al ver que de un momento a otro ella se ponía seria; pensó que quizá se debía a su pregunta, que a lo mejor se había precipitado.

—Nada, solo me preocupa mi padre, debe estar angustiado.

—No tienes por qué sentirte así, él ya debe estar enterado de que estás aquí, sana y salva —dijo, sonriendo para animarla.

—Tienes razón…, aun así, espero que la tormenta pase pronto para poder regresar —expresó, removiendo su comida.

—¿Tan mal te hemos tratado, que ya quieres irte? —Escondió su desilusión con una sonrisa burlona, la verdad era que deseaba tenerla más tiempo junto a él.

—No, claro que no, Terry; mi preocupación no es solo por mi padre, sino también por tía Margot. Estoy segura de que debe estar furiosa… Ella es tan estricta.

—Lo siento, Vicky, tienes razón… Perdóname, he sido un inconsciente; sé que esto puede tener consecuencias para ambos, y que quizá, piensen que todo fue un plan de mi parte para traerte aquí o que me estoy aprovechando de la situación.

—Pero eso no es cierto —refutó ella.

—Y será lo que le demostraremos a todos, que ninguno de los dos tuvo la culpa de que nos atrapara una tormenta, que traerte aquí era lo mejor para tu seguridad. Yo prometí que te cuidaría y así lo haré siempre, aunque tenga que recibir los reclamos de toda tu familia —mencionó con su mirada anclada en la de ella.

Victoria se puso de pie para acercarse, abrazarlo y darle un beso en

agradecimiento, él era el chico más valiente que había conocido en su vida y por eso lo amaba tanto. Se dijo que también debía ser valiente por él y enfrentar cualquier conflicto que se avecinara e intentara separarlos.

Capítulo 56

Stephen Anderson bajaba las escaleras a toda prisa, llevando en su mano una capa que lo protegiese de la tormenta, no se puso su ropa de montar y ni siquiera pensó en cambiarse de zapatos, en lo único que podía pensar era en ir por su hija.

Su mirada se topó con la de Brandon, quien esperaba en el salón en compañía del mensajero de los Danchester, el hombre se había quedado esperando una respuesta para darle al hijo del duque.

—¿A dónde irá, tío? —cuestionó, algo extrañado; pensó que estaba escribiendo una nota para Victoria.

—¿Cómo que a dónde? Pues a traer a mi hija —contestó algo exasperado, como si eso no fuese evidente.

—¿Y cómo se irá? —inquirió una vez más, notando que su tío no había evaluado bien la situación.

—En el carruaje, ya que los chicos se llevaron el auto a Invernes —pronunció con algo de molestia.

En el fondo, sabía que había sido una suerte que Margot y Beatriz hubieran tenido que viajar de improviso al nacimiento prematuro del primer nieto de Beatriz. De lo contrario, la imagen de Victoria quedaría muy mal vista por ambas.

Su hija, definitivamente, se estaba revelando, y él debía reprenderla. No era correcto lo que estaba haciendo.

—¿No ha pensado en que con esta tormenta los caminos deben estar intransitables?, ¿que es muy probable que se quede atascado a mitad del trayecto? Lo que lo dejaría expuesto a usted y al cochero —señaló lo que su tío no estaba vaticinando.

—Tienes razón… Iré en un caballo, será más rápido —dijo y se disponía a ir hasta los establos para ensillar uno.

—Tío, espere. —Le pidió, sujetándolo por el brazo, luego miró al mensajero—. ¿Podría aguardar en la cocina, por favor?

—Claro, como usted ordene, señor.

—¿Qué sucede, Brandon? —inquirió Stephen, impaciente.

—Lo que planea hacer es una locura, no puede ir a caballo hasta el castillo Danchester y pretender traer a Victoria bajo esta tormenta; ya vio cómo se puso el otro día ante la sola idea de que Terrence se expusiera, imagínese si es ella la que debe enfrentar algo como eso —explicó, mirándolo a los ojos.

—Entonces, ¿qué sugieres?, ¿que la deje pasar la noche con su novio?, ¿solos? —cuestionó, asombrando.

—¿Qué tendría de malo?, ¿acaso él no la pasó aquí?

—No es lo mismo, lo sabes; aquí estábamos todos para velar que él respetara a Victoria; en cambio, allá, solo están rodeados de sirvientes, que harán lo que él les diga; y porque les paga, ninguno se atreverá a contradecirlo, tiene total libertad para hacer lo que se le dé la gana… —Se interrumpió antes de decir: con su hija.

Eso era lo que más temía, que ese chico se aprovechara de la situación y arrastrara a Victoria hacia su deshonra. La sola idea lo atormentaba y enfurecía.

—Tío, parece que no recuerda cuando usted fue joven y estuvo enamorado de la madre de Vicky. No se necesita pasar una noche bajo el mismo techo para que suceda eso que tanto teme. Con un momento basta y, créame, Victoria y Terrence seguramente lo han tenido antes, incluso, esta misma tarde cuando usted les dio permiso para que salieran a pasear solos —comentó, siendo claro y directo.

—Ese ha sido uno de los errores más grandes de mi vida. Me sentía tan feliz de verla sobre esa yegua, pero ahora me pesa haberme dejado llevar por la emoción y el agradecimiento.

—Por favor, tampoco exagere tanto, que el pobre chico no es un depravado; por el contrario, ha demostrado que sus intenciones con mi prima son las mejores, y le diré otra cosa, yo confío en él, sé que respetará a Victoria.

—Brandon, tú no puedes entenderme porque no eres padre, pero cuando lo seas y estés en una situación como esta, sabrás que quedarse de brazos cruzados no es una opción —objetó impacientándose de nuevo.

—Si llego a pasar por una situación así, le aseguro que confiaré en mi hija y en el chico que ella haya escogido.

—Sé que estás intentando que no me preocupe y convencerme de quedarme, pero no se trata solamente de mí. ¿Qué pasará cuando Margot y Beatriz se enteren de que Victoria no pasó la noche aquí? ¿Imaginas cómo se pondrá tu tía? —cuestionó, consciente de que no podía ceder.

—Ellas no tienen por qué enterarse —aseguró, pensando que si él le daba la orden al personal, ninguno hablaría; después de todo, era el cabeza de familia.

—No puedo hacer lo que me pides, Brandon.

—Si llega al castillo bajo estas condiciones, en el estado en que se encuentra, les estará gritando a los dos que no confía en ellos; sobre todo a Terrence, y hará sentir a Victoria muy avergonzada y defraudada —dijo, cuando lo vio darle la espalda, ignorando sus palabras.

—Maldición —masculló Stephen, sintiéndose impotente; soltó un suspiro pesado y se volvió para mirar a su sobrino—. Bien, haré lo que dices, pero igual le enviaré una nota a cada uno; no está de más

recordarle a Danchester su promesa, y a mi hija que confío ciegamente en ella.

Espero que eso sea suficiente para que los dos entiendan cuánto me dolería que me defraudaran.

—Me parece bien, y le aseguro que esto es lo mejor, tío. —Brandon rogó internamente para que así fuera.

Stephen mandó a llamar una vez más al mensajero de los Danchester, lo llevó a su despacho y escribió una nota para su hija; intentó no dejar ver ningún reproche en la misma. Esa conversación la tendrían en persona.

Con Terrence sí fue más tajante, e incluso, amenazador; luego se puso de pie y se la entregó al hombre.

—Quédese tranquilo, la señorita estará bien. Mi suegra es el ama de llaves del castillo y, créame, esa mujer es como una leona; no la intimida ni el mismísimo duque, así que es muy poco lo que puede hacer el joven Terrence. Ella dijo que cuidaría a su hija y así lo hará, no le quede duda de ello —mencionó Jamie, al ver la preocupación en el semblante del hombre.

—Se lo agradezco mucho. Ahora, no le quito más tiempo, vaya con Dios, hombre, y que llegue a salvo.

—Gracias, señor. Con su permiso —dijo y salió del despacho.

Poco después de cenar, Terrence le había sugerido a Victoria que se fuese a dormir, ya que lucía algo agotada, pero ella se negó, porque deseaba esperar la respuesta que traería el mensajero, a lo mejor su padre vendría con él.

Aunque, por lo fuerte de la tormenta, esperaba que no lo hubiera hecho, la angustia de no saber lo que estaba sucediendo era lo que la mantenía despierta, y más desesperada a cada minuto.

—¿No te parece que el señor está tardando demasiado, Terry? —comentó con su cabeza apoyada en el hombro de él.

—Es la tercera vez que me preguntas eso, pecosa —respondió y se movió para mirarla a los ojos.

—Lo siento —dijo, bajando la mirada.

—No tienes nada que sentir, mi amor, pero sí debes dejar de preocuparte. Jamie llegará en cualquier momento —mencionó, sosteniéndole la barbilla, y le dio un suave toque de labios.

Ella asintió y le respondió al beso de la misma manera, luego regresó a la posición que tenía antes. Cada vez sentía los párpados más pesados, y no pudo atajar un bostezo, lo que la hizo sentir muy avergonzada, porque las señoritas no hacían esas cosas.

Se llevó una mano a la boca para ocultar otro, pero sintió cómo Terrence reía, y eso la hizo sentir peor, al grado de sonrojarse ferozmente.

—No te burles. —Se quejó, incorporándose.

—No me estoy burlando, pequitas —pronunció, pero no podía dejar de reír. Se acercó, le acunó el rostro entre las manos para besarla y así quitarle ese mohín de molestia que tenía en sus labios, los que cada vez le resultaban más provocativos.

De pronto, escucharon pasos provenientes de la cocina, y se separaron, no querían ganarse una reprimenda de Martha; o en el peor de los casos, que fuese el padre de Victoria quien entrase y los encontrase besándose.

Él se puso de pie, mientras ella se quedó sentada en el sillón, casi oculta detrás de Terrence, pero su mirada estaba anclada en la puerta.

—Disculpe la demora, señor Danchester, he llevado su mensaje, y el señor Anderson ha enviado esta respuesta —anunció el hombre, acercándose y entregándole los dos sobres.

—Muchas gracias, Jamie. —Las tomó y vio que una llevaba su nombre, y la otra el de su novia.

—¿Mi padre no vino con usted? —preguntó Victoria, apenas asomándose para verlo.

—No, señorita… Pensó hacerlo, pero un joven lo hizo desistir. Y fue lo mejor, los caminos están complicados.

—Por supuesto, gracias por todo —dijo y le dedicó una sonrisa amable, aunque se sentía algo triste.

—Gracias, Jamie, ya puedes retirarte a descansar. —Lo despidió Terrence y después de sentó junto a Victoria—. Tu padre no vino, pero te envió una nota.

Victoria la recibió, sintiendo que la alegría volvía a ella, pues hasta hacía unos segundos, pensaba que su padre estaba tan enfadado, que prefirió no ir a buscarla. Por suerte, lo que leyó no eran reproches, como esperaba, sino la petición de que se cuidara mucho, el recordatorio de que confiaba en ella, y la promesa de que en cuanto amaneciese, iría a buscarla.

La de Terrence tampoco tenía reproches, pero la sola exigencia en esta dejaba claro que su suegro no estaba muy contento con lo sucedido. Le demandaba que cumpliera con su palabra de caballero, y le advirtió que tendrían una seria conversación en cuanto estuvieran frente a frente.

Al principio, lo molestó la actitud tan desconfiada de Stephen Anderson, pero después, se puso en su lugar y supo que no sería fácil para un padre quedarse tranquilo mientras su hija pasaba la noche bajo el techo de su prometido, eso le hizo admirarlo y respetarlo un poco más.

—Creo que no está molesto, solo preocupado —comentó ella, sonriendo—. ¿Qué te escribió? —inquirió, intentando ver lo que la nota de su novio decía.

—Que te cuidara mucho —contestó, mostrando una sonrisa y alejó la hoja con disimulo; no quería que ella viera que, en realidad, su padre sí estaba muy furioso.

Ella sonrió, aliviada, y apoyó, una vez más, su cabeza en el hombro de Terrence, al tiempo que se abrazaba al brazo de su novio y suspiraba. Sintió cómo él le besaba el cabello, y eso la hizo sentir feliz; le gustaba que fuese tan cariñoso. Respondió al gesto, dándole un beso en la mejilla.

—¿Qué te parece si nos quedamos aquí, Terry? —sugirió, porque no quería separarse de él, ni regresar a esa habitación fría y desolada; le resultaba algo escalofriante.

—¿Dormir aquí?, ¿los dos? —inquirió, sorprendido.

—Sí…, es que me da miedo dormir sola en esa habitación —confesó, sintiéndose tonta y cobarde.

—No te pasará nada…

Se detuvo al pensar que estaría más segura en la habitación, que con él, en ese sillón. Porque su deseo por ella cada vez se hacía más intenso, y era consciente de que todavía era muy pronto para dejarlo en libertad. Victoria seguía siendo muy inocente, por ello, no alcanzaba a comprender lo que pedía.

Sin embargo, verla vestida así, no la hacía lucir como la chica de quince años, sino más adulta, y eso también la hacía más deseable, por lo que tembló ante la idea de dejarse llevar por sus más intensos anhelos.

Cerró los ojos, apoyando su frente en la de ella, y respiró hondo para intentar calmar su excitación; debía cumplir la promesa que le había hecho a su suegro, debía esperar a que ella fuese adulta y que estuvieran casados para hacerla su mujer.

No se perdonaría jamás que ella se viera expuesta al escarnio público o que su familia la juzgara, mucho menos a sembrar en el vientre de su pecosa un hijo, que para él, sería una bendición, pero para algunos, sería el fruto del pecado, como lo consideraban a él.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con preocupación, al ver que él se había quedado callado y parecía estar sufriendo.

—Victoria, amor… Me muero por hacer lo que me pides, pero debo negarme —dijo mirándola a los ojos, sin poder esconder de los suyos su tormento—. No podemos dormir aquí, no podemos dormir juntos… Un hombre y una mujer no deben hacerlo hasta estar casados. Esa será la única regla que nosotros respetaremos hasta que tengamos la bendición de Dios y a tu familia como testigo, fue una promesa que le hice a tu padre y que me hice a mí mismo, hace mucho tiempo.

Ella se sintió avergonzada al caer en cuenta de lo indecorosa de su proposición, si su tía estuviera allí, se sentiría escandalizada, y su padre muy decepcionado. Las lágrimas le inundaron la garganta de

golpe, y tuvo que parpadear para no derramarlas; a veces le molestaba ser tan inocente, tan tonta.

—Comprendo —murmuró y bajó el rostro para esconder su pena; pensó que debía excusarse con él, para que no creyese que era una desvergonzada—. Lo siento, esto es tan embarazoso, Terrence, pero es que nadie ha hablado conmigo de algunas cosas. A veces tengo muchas dudas… Le comenté a Annette, porque supuse que ella sabría algo, ya que lee novelas de amor, pero me respondió que tampoco sabía mucho, que su dama de compañía le dijo que esa conversación la debía tener con su madre, cuando llegara el momento, y yo no tengo una madre a la cual preguntarle, la única es tía Margot, y me da miedo, porque no sé qué reacción pueda tener —confesó con las mejillas teñidas de carmín.

—Lo que sea que quieras saber, me lo puedes preguntar, yo intentaré aclarar tus dudas… Para eso somos novios, Vicky.

—¡No! Me daría vergüenza, Terry —mencionó con los ojos muy abiertos y el rostro encendido en un rojo carmín.

—¿Por qué? —cuestionó, sorprendido, ella siempre había sido muy sincera y directa con él.

—Porque son cosas de chicas —respondió a la defensiva.

Se puso de pie para alejarse, no quería que se diera cuenta de que le estaba sucediendo una de las cosas que precisamente le causaban dudas. Esa dureza que se apoderaba de sus pezones cuando se besaban, o la humedad que a veces sentía en ese lugar entre sus piernas, ese que nunca había visto con detenimiento y que apenas tocaba cuando se bañaba, y no por demasiado tiempo, porque le resultaba extraño e indecoroso.

—Será mejor que cada uno se vaya a dormir a su habitación, tienes razón… —Se acercó y le dio un beso rápido, solo un toque de labios —. Buenas noches, Terry, que descanses.

—Vicky, espera… —Quiso detenerla, pero ella se alejó de prisa hacia las escaleras—. Tú también descansa, pecosa.

La vio alejarse y supo que era lo mejor, debían evitar las tentaciones a toda costa, pues algo le decía que no solo él comenzaba a sentir los estragos del deseo. Casi podía asegurar que las dudas de Victoria tenían que ver con eso, su cuerpo también estaba clamando por sentirlo, tanto como el suyo rogaba por ella, pero debían esperar, tenían que esperar.

Stephen no logró conciliar el sueño esa noche; en realidad, ni siquiera se retiró a su habitación para descansar, se quedó deambulando por la mansión, como si fuese un fantasma, y terminó acostado en la pequeña cama de su hija, pegado a la almohada que aún conservaba ese olor a rosas que era tan suyo.

No pudo contener su llanto y esa sensación de vacío que le provocaba el saber que Victoria se estaba convirtiendo en una mujer y, que, eso, inevitablemente terminaría apartándola de su lado; recordó a su esposa y todo el amor que sintió por ella, ese mismo que espera que su hija también viviese, pues no debía ser egoísta, solo que aún le parecía pronto, demasiado pronto.

La tormenta al fin acabó cuando faltaban un par de horas para que el sol saliese, él no podía seguir esperando, así que, con rapidez, se puso de pie y bajó para ir a ensillar un caballo; necesitaba ver a su hija y comprobar que seguía siendo su niña.

No había nadie en los establos, por lo que le tocó realizar el trabajo solo; a los pocos minutos se apareció Brandon, llevando puesta una gruesa capa, y en sus manos traía otra.

—No pensará que lo dejaré ir solo, ¿verdad? Será mejor que se ponga esto, o terminará enfermando con ese clima tan helado.

—Gracias, hijo —respondió, esbozando algo parecido a una sonrisa, y se cubrió con la prenda.

—No me dé las gracias, usted ha sido como un padre para mí, y siento a Victoria como a una hermana.

Stephen asintió, palmeándole la mejilla en un gesto cariñoso; luego se dispuso a ayudarlo con su montura; en verdad, agradecía su compañía, porque con la preocupación que lo embargaba, podía perder concentración y terminar perdiendo las riendas del caballo, pero teniéndolo a su lado, sabía que eso no pasaría.

El trayecto hasta el castillo les llevó poco más de una hora, porque el camino estaba demasiado anegado. El sol apenas despuntaba cuando la hermosa e intimidante edificación de piedra gris se mostró ante ellos, y como desde la entrada el suelo estaba bastante plano, decidieron acortar la distancia, lanzándose a galope.

Capítulo 57

La revelación de Victoria mantuvo a Terrence despierto hasta entrada la madrugada, haciéndole imposible conciliar el sueño; por lo que estuvo durante horas dando vueltas en su cama, luchando contra sus deseos de ponerse de pie y acompañarla, pues, era consciente de que hacerlo sería una locura.

Releyó un par de veces la nota que le envió su suegro, para recordar su promesa y no caer en la tentación; debía respetar a su novia y esperar a que el tiempo fuese el adecuado.

Cuando el sueño por fin logró apoderarse de él, resultó ser uno bastante intranquilo, así que no era de sorprenderse que, al escuchar el llamado a su puerta, esa frágil burbuja se reventase, haciendo que se cuerpo se sobresaltase.

Parpadeó para ajustar su mirada a la oscuridad que reinaba en la habitación, después se puso de pie, tan deprisa como pudo, y agarró su salto de cama para vestirse con este, mientras se peinaba con las manos el cabello que cada vez estaba más largo.

—Buen día, joven, disculpe que lo despierte tan temprano, pero en el salón están el padre y el primo de su novia. Vinieron por la señorita —anunció Marlene, mirándolo con temor.

—No te preocupes, los atenderé enseguida —respondió, ajustándose la vestimenta; sabía que lo mejor era bajar sin demoras, para evitar levantar falsas sospechas.

Caminó en compañía de Marlene hacia el salón, mientras se repetía que debía mostrarse sereno, pues no había hecho nada malo y no tenía por qué temer; él solo hizo lo que creyó mejor para Victoria.

Desde lo alto de la escalera pudo ver a los dos hombres en el salón, la postura del padre lucía más rígida que la del rubio, y su mirada también era más dura cuando lo vio.

—Buenos días, señor Anderson, Brandon. —Los saludó, acercándose con cautela, extendiéndoles la mano.

—¿Dónde está mi hija? —demando Stephen, dejándole la mano en el aire, no estaba para protocolos.

—Buen día, Terrence. —Brandon recibió la mano del joven, para no ser igual de descortés que su tío.

—Victoria debe seguir dormida, señor, aún es temprano.

—Quiero verla —exigió, mirándolo a los ojos y acercándose a él de manera amenazadora.

—Por supuesto —respondió. Estaba por decirle a Marlene que fuese en busca de su novia, pero se le ocurrió una mejor idea, una que

esperaba alejara toda la desconfianza que podía ver en su suegro—. Sígame, por favor, lo llevaré con ella.

Stephen no dudó un segundo en hacerlo con pasos seguros; quería comprobar por sí mismo que su hija estaba bien. Se mantuvo en silencio a medida que avanzaban por el largo pasillo, mientras sentía que la tensión en su cuerpo estaba a punto de quebrarlo, tan solo de imaginar el posible escenario con el que podía encontrarse.

—Adelante, Victoria se encuentra en esta habitación—indicó, mirando a su suegro a los ojos con seguridad.

Él no se dejó convencer por la aparente calma del chico, lo que sea que hubiera sucedido entre Terrence y su hija la noche anterior, iba a descubrirlo, y le exigiría responder por ello.

Giró el picaporte lentamente, al tiempo que el corazón le latía desbocado dentro del pecho; se asomó con cuidado a la recámara que apenas se encontraba iluminada por delgados halos de luz, que se colaban por debajo de las cortinas.

Dio un par de pasos para adentrarse y vio dos siluetas en la cama, de pronto, una luz amarilla inundó el espacio, y supo que su yerno había encendido una lámpara. La sorpresa lo golpeó con fuerza cuando descubrió que la figura junto a su hija pertenecía a una mujer madura, quizá de más de cincuenta años, quien despertó algo sobresaltada y, al verlo, se puso de pie de inmediato, cubriéndose con su salto de cama.

—Lo siento. —Stephen se volvió para darle privacidad.

—Disculpa, Martha, el señor es el padre de Victoria, y como comprenderás, estaba desesperado por verla; así que lo traje —mencionó Terrence desde la puerta.

—No se preocupe, joven, comprendo perfectamente la situación —dijo la mujer, sonriéndole; después miró al hombre que se mostraba más apenado que ella, quien estaba en ropa de dormir—. Y usted tampoco tiene que disculparse, señor Anderson, en su lugar, yo hubiese estado igual, porque también tengo una hija, tan preciosa como la suya… Aunque, la mía ya está casada hace varios años, nunca dejan de ser nuestras pequeñas, ¿no es así? —inquirió, viendo cómo el hombre no dejaba de mirar a la chica, como si no se creyese que estuviera sana, salva e intacta.

—Tiene toda la razón, pero me apena haber entrado de esta manera y haberla despertado.

—Pierda cuidado, igual estaba por levantarme, mi día siempre empieza con el sol —comentó con una sonrisa amable, y continuó—. Me quedé un poco más para hacerle compañía a su hija. La pobre sentía miedo de estar sola en esta habitación, y el joven Terrence me pidió que durmiese aquí con ella.

Stephen se sintió algo desconcertado ante el comentario de la mujer,

no esperaba una acción así por parte del joven, pensó que, si bien no había orquestado lo de la tormenta, sí podía valerse de la misma para mantener a su Victoria bajo su techo y aprovecharse de ella.

Sin embargo, le estaba demostrando que todas sus suposiciones habían estado erradas y que sus preocupaciones no tenían fundamento; su hija siempre estuvo en buenas manos.

—Gracias… a los dos. —No sabía qué más expresar; la verdad era que, se sentía un poco apenado.

—No tiene nada que agradecer, y ahora será mejor que me retire para ayudar a mi hija con el desayuno. Espero que se quede a acompañarnos, señor Anderson; le prometí a Victoria que le haría unos ricos Scones. Son mi especialidad. —Martha quería aligerar de alguna manera la tensión que se sentía entre el padre de la chica y su querido Terrence.

—No quiero causar molestias —comentó sin mirarla, pues seguía sintiéndose avergonzado.

—No es ninguna molestia. Siempre será bienvenido en esta casa, así como lo es Vicky —dijo, buscando la mirada de su suegro, pero él le rehuía.

—Gracias, Terrence… —Se detuvo, liberando un suspiro pesado, y luego se volvió a mirarlo—, por cuidar de Victoria… y por respetarla.

—Le hice una promesa, señor Anderson, y pienso cumplirla; sobre todo, porque el amor que siento por su hija jamás me permitiría hacer algo que pudiera perjudicarla. Victoria es lo más preciado que tengo en la vida, y voy a valorarla como se merece —aseguró, mirándolo a los ojos, para que supiera que era sincero.

—También es mi tesoro, ella es la única razón de mi vida, desde que Virginia nos dejó —confesó y una lágrima rodó por su mejilla; se acercó a la cama, sentándose al borde; luego llevó una mano hasta la sedosa cabellera de su hija—. Sé que algún día tendré que dejarla hacer su vida, que ella tendrá que formar su propio hogar, tener su propia familia, pero… —Un sollozo se atravesó en las palabras, y no lo dejó continuar; sentía el pecho oprimido.

—Aún falta para eso. Como ha dicho antes, Vicky es muy joven y no está lista para formar un hogar —habló con conocimiento de causa, pues era lo que sentía cada vez que Victoria se tensaba cuando él le hablaba de matrimonio.

—Lo sé…, pero anoche sentí que la perdía, que quizá hoy me vería en la obligación de llevarla ante un sacerdote junto a usted, para reparar cualquier cosa que pudiera haber pasado.

—Me ofende la poca confianza que me tiene —pronunció Terrence, dejándole ver que en verdad lo había molestado.

—¡Por el amor de Dios! Yo también fui joven y estuve enamorado, sé que deseas que tenga la mejor impresión de ti y que cumpliste con

tu palabra, pero no intentes negarme que te viste tentando —respondió, sintiéndose furioso de que intentara engañarlo.

—No, no lo negaré —pronunció sin titubear.

—Entonces, que esto no se vuelva a repetir, por el bien de todos —exigió con su mirada fija en la oscura y zafiro del chico.

Terrence estaba por responderle para salir en su defensa, porque sentía que no debía ser tratado de esa manera, no había hecho nada malo, solo cuidar de Victoria. Pero atajó sus palabras cuando vio que su novia se removía, dando señales de que despertaba. No quiso agregarle más tensión a ese momento.

—No sucederá de nuevo —concedió al ver la mirada de su suegro, que le exigía acatar su orden sin chistar.

—¿Papá? —preguntó Victoria, frotándose los ojos.

En medio del sopor, creyó que estaba soñando, pero cuando su conciencia le reveló que las voces a su alrededor pertenecían a su padre y a Terrence, se obligó a despertar. Con una sonrisa se incorporó en la cama y le lanzó los brazos al cuello a su padre; estaba feliz de verlo.

—Vine a buscarte, mi vida, ¿cómo estás? —inquirió, acariciándole la mejilla, mientras la miraba a los ojos.

—Bien…, siento mucho haberte angustiado —respondió y sus ojos se colmaron de lágrimas al ver el rostro desencajado de su padre—. Fue mi culpa, yo le pedí a Terry que no siguiéramos hasta la casa… porque me daba miedo.

—No te preocupes, Vicky, todo está bien… Ya Terrence me contó lo que sucedió —dijo, dedicándole una sonrisa.

—Eso es cierto, no debes angustiarte, Victoria, ya tu padre y yo hablamos… Ahora, los dejaré solos, iré a cambiarme de ropa y le pediré a Marlene que traiga la tuya —mencionó desde la puerta, y le dedicó una mirada a su suegro, con la que le pedía que no le reprochase nada a Victoria.

—Gracias, Terry —esbozó ella, sonriéndole, y lo vio asentir, al tiempo que le entregaba una mirada que la hacía sentir confiada. Al quedar sola con su padre, se llenó de nervios, una vez más—. Tía Margot debe estar furiosa.

—Ella no sabe nada, salió poco después de que tú lo hicieras; llegó un mensajero de Inverness, anunciándole a tu tía Beatriz que el parto de su nuera se había adelantado, y los chicos se fueron con ellas.

—¡Vaya, qué suerte! Me salvé de un sermón —expresó, sintiéndose aliviada, era a lo que más le temía.

—No del todo, señorita. —Stephen la miró con una seriedad que era poco habitual en él, y aunque la vio palidecer, no podía dejar las cosas así—. Victoria, lo que sucedió ayer no está bien, hija, ya estás en edad de saber que algunas cosas pueden perjudicarte gravemente. Creo que

estoy siendo demasiado permisivo, y como tu padre, es mi responsabilidad velar por tu bienestar y tu buena reputación, así que ha llegado la hora de poner algunos límites —anunció, obligándose a mostrarse firme.

—Papi…, no hice nada malo, ni Terrence tampoco, te lo juro —pronunció con el corazón estrujado al pensar que él no le creía, y las lágrimas se hicieron presentes.

—El solo hecho de haber pasado la noche fuera de tu casa es inapropiado, Victoria. Sé que fue mi culpa porque les di permiso para que salieran solos, eso tampoco estuvo bien, y me voy a arrepentir siempre, porque no me porté como debía hacerlo un padre… Si tu madre viviera, seguro estaría muy molesta y decepcionada de mí —confesó, sintiendo el peso de la culpa sobre sus hombros como bloques de granito.

—Eso no es verdad, mi mamá jamás te reprocharía nada. Has sido el mejor padre del mundo…

—No sé si eso sea cierto, Victoria, nunca he sabido cómo criarte. Primero te dejé al cuidado de tus tías abuelas, luego le dejé la responsabilidad a mi hermana Margot. Al final, ¿qué he hecho yo? Solo quedarme al borde del camino y tomar las decisiones más fáciles… Le he rehuido a mi responsabilidad, a la que me dejó Virginia… Nunca me había sentido tan perdido desde que ella se marchó, hasta anoche, cuando sentía que también te perdía a ti.

—Papi… —Victoria sollozó al ver que él lloraba, nunca lo había visto tan devastado, y saber que era por su culpa, le partía el alma en pedazos. Se abrazó a él con fuerza—. Lo siento tanto, yo no quise lastimarte ni hacerte sentir así, nunca vas a perderme…, nunca, nunca… Te lo prometo.

—Ser padre es tan complicado, y yo solo quiero hacerlo bien, solo quiero que seas feliz —dijo, besándole el cabello.

—Pues, lo hace muy bien, es un gran padre —mencionó Brandon, quien había llegado en compañía de Marlene, y veía la escena desde la puerta, deseando que alguna vez su padre hubiera sido de esa manera, que priorizara la felicidad de sus hijos, antes que a cualquier otra cosa —. Y mi prima es una chica muy afortunada por tenerlo, así que ya no siga llenándose de dudas ni torturándose, tío, pues no solo ha sido un gran padre para ella, también lo ha sido para Christian, Sean…; e incluso, para Anthony y para mí —expresó, sintiéndose emocionado; se acercó al hombre y le puso una mano en el hombro mientras lo miraba a los ojos.

—Gracias, hijo —susurró Stephen, sintiéndose abrumado ante la confesión de su sobrino.

Después de varios minutos lograron sosegar sus emociones, Stephen se convenció de que no estaba fallando como padre, pero prometió

que haría su mayor esfuerzo para ser cada día mejor. Sobre todo, al ver a su hija vestida con esa ropa de dormir que la hacía lucir como una chica más adulta, y no como su niña; la curiosidad lo llevó a preguntarle a quién pertenecía, y la sorpresa fue mayúscula al enterarse de la respuesta.

El gesto de Terrence, solo le confirmaba que hablaba con sinceridad cuando le decía lo importante que era Victoria para él. No todo el tiempo se entregaba algo tan preciado a alguien, si esta no es especial; eso lo sabía muy bien, pues, el anillo de compromiso que le dio a Virginia perteneció precisamente a su madre.

Bajaron al salón para dejar que Victoria se vistiese, Stephen aprovechó la ocasión para hablar más calmadamente con Terrence, ofreciéndole sus disculpas por haberse mostrado tan desconfiado. Por suerte, su yerno, que era un joven bastante maduro, comprendió su actitud, diciéndole que él mismo reaccionaría así, estando en su lugar.

El verano seguía mostrándose espléndido, los chicos no perdían ocasión para estar juntos y disfrutar a plenitud del sentimiento que los unía, ese que saltaba a la vista de todos. Poco después de que Sean se comprometiese con Annette, les tocó el turno de anunciar su noviazgo a Christian y Patricia.

Ella moría de miedo ante la reacción que pudieran tener su padre y su abuela; sin embargo, accedió al deseo de su novio de hablar con ellos y hacer una petición formal para cortejarla.

Por suerte, su abuela supo cómo contener el mal genio de su padre, y este terminó aceptando al joven, pero le dejó claro que hablaría con su tío, pues necesitaba tener la certeza de que alguien respondería por él.

Eso resultó un poco desconcertante para Christian, ya que ese mismo verano cumpliría los dieciocho años, lo que lo hacía un hombre, responsable de sus actos. No obstante, quiso empezar con buen pie y accedió a llevarlo en una próxima visita; pero, cuando se lo contó a Stephen, este, en lugar de ir a verlo, lo invitó a la mansión de los Anderson.

Así fue cómo Stephen recibió a Henry O´Brien, quien para su fortuna, resultó ser menos intransigente que el señor Parker; y la charla se llevó de manera más agradable. Igual, el hombre hizo un par de exigencias, que fueron bastante razonables, dada la diferencia de edades entre su sobrino y Patricia, y que Stephen, por supuesto, aceptó, pues confiaba en el buen criterio de Christian, y su madurez.

—Creo que hubo una epidemia romántica este verano —comentó con una sonrisa, mirando desde la ventana a las tres parejas que jugaban criquet en el jardín.

—Ya lo creo —secundó Brandon, mientras reía, observando a los

chicos, quienes eran vigilados de cerca por las mujeres Anderson, y las señoras O´Brien y Parker.

—¿Y qué hay de ti? No te he escuchado hablar de ninguna chica en especial, ¿no existe nadie que te interese? —cuestionó Stephen a su sobrino, queriendo que le dijera algo, aunque sabía que era muy reservado con esos asuntos, suponía que confiaría en él.

—La verdad… es que no tengo a nadie en este momento —respondió sin mucho énfasis—. Por ahora disfruto de mi libertad y del placer de viajar. Si tuviera un compromiso, me sería muy complicado hacerlo —agregó sin mirar a su tío.

—Un compromiso no tiene porqué limitarte, Brandon, puedes encontrar el equilibrio en ambas cosas, solo basta con que consigas a la persona indicada, que te comprenda y te acepte como eres —mencionó para alentarlo a dejar de lado ese pensamiento, pues eso sí era limitativo.

—Dudo mucho que encuentre esa chica entre las candidatas que tiene la tía Margot en mente, pero quizá ocurra un milagro —esbozó, mostrando una ligera sonrisa, sin llegar a mostrarse muy animado con la idea—. Por lo pronto, deseo enfocarme en los negocios y aprender todo cuanto usted pueda enseñarme. Para eso he regresado —mencionó mirándolo a los ojos.

—Hay tiempo para todo, aún te queda un año de carrera y tu anhelado viaje a África, ya podrás conocer a hermosas chicas; también aprenderás a llevar los bancos. Así que no enfoques tu vida en una sola cosa, porque te estarías perdiendo de otras maravillosas, como lo es estar enamorado —dijo apoyándole una mano en el hombro, para que supiera que hablaba en serio cuando le decía que debía vivir plenamente.

—Intentaré seguir su consejo, tío, pero, por favor, no haga de celestino, ya suficiente tengo con tía.

—Nunca haría eso —acotó Stephen, conteniendo su risa, al ver la cara de pesar del pobre—. Solo te estoy animando a ampliar tu panorama, quizá el amor te espera a la vuelta de la esquina, y por no mirar en otra dirección, puedes terminar perdiéndolo… Lo que sería una lástima.

Brandon se quedó en silencio, analizando las palabras de su tío, pensando en que, a lo mejor, no estaría de más salir con algunas chicas e intentar encontrar en ellas, esa chispa que incendiase su corazón; pues, hasta el momento, solo su cuerpo había sentido las llamas de la pasión, y comenzaba a desear más.

Capítulo 58

Edimburgo se mostraba más caótica que de costumbre, todos sus habitantes parecían haber perdido la calma, y caminaban de un lado a otro, apresurados. Stephen y Brandon se enterarían muy pronto del motivo de ese comportamiento.

El cuatro de agosto de mil novecientos catorce sería un día que no muchos olvidarían, el primer ministro británico, Herbert Henry Asquith, había tomado una decisión que afectaría a miles de personas, no solo en el Reino Unido, sino en toda Europa.

Los ingleses habían declarado la guerra al imperio germánico, luego de que las tropas alemanas invadieran Bélgica, violando de esta manera, la neutralidad de esa nación. La noticia se esparció como llamas avivadas por la pólvora, y llegó a cada rincón del viejo continente en cuestión de días; los diarios resaltaban en sus titulares la palabra «guerra», sembrando el terror y la preocupación en cada persona que la leía, o en su defecto, la escuchaba de los vendedores, quienes blandían los ejemplares y vociferaban la información, una y otra vez.

Las mujeres hacían compras nerviosas para abastecer sus despensas, mientras que los veteranos de guerra veían con tristeza a los jóvenes, que como ellos, tiempo atrás, reían y bromeaban sobre la idea de matar a sus enemigos; sin saber que, si lograban sobrevivir, jamás lo hacían del todo, pues, una parte de ellos moría en los campos de batalla, y el horror que vivían allí, nunca los abandonaba.

—¡Inglaterra declara la guerra a los alemanes! ¡Se vence el ultimátum y el primer ministro declara la guerra! —anunciaba el hombre que ofrecía el periódico con la noticia ampliada.

—¿Me da uno?, por favor —pidió Stephen, entregando unas monedas al vendedor—. Quédese con el cambio.

—La tensa calma que vivíamos terminó rompiéndose —comentó Brandon con el ceño fruncido, mientras miraba el ejemplar en las manos de su tío.

—Estuve comentando esto el otro día con los hombres en el salón de juego de Inverness, muchos decían que mis miedos eran exagerados, que comenzaba a parecerme a las ancianas que veían peligro en todos lados, y que Asquith no tendría los pantalones para declararle la guerra a los alemanes. Me gustaría saber qué opinan ahora —mencionó al tiempo que leía la nota.

—Algunos prefieren ignorar los peligros, piensan que de esa manera nunca los alcanzarán… Y apuesto a que esos señores del salón de

juegos nunca han estado en un campo de batalla; en cambio usted, sí, y puede hablar de esto con propiedad —indicó, recibiendo el diario que su tío le extendía.

—Ojalá no tuviera ese conocimiento, hijo —pronunció con la mirada oscura—. No existe nada más infame que una guerra, en estas, los únicos vencedores son los gobiernos; todos los demás, somos víctimas —expresó con resentimiento, producto de todo lo vivido durante su tiempo al servicio militar de Los Estados Unidos de Norteamérica.

—No tiene que atormentarse por el pasado, usted solo cumplió con lo que el deber le exigía, y con lo que creyó era lo mejor. —Brandon era un pacifista, pero no podía reprocharle a su tío que hiciera vida militar; era eso o ver a su mujer y su hija morir de hambre, luego de que su abuelo lo desheredara.

—Pues, ahora mi deber es mantener a salvo a mi familia. Regresemos a la casa, debemos organizar todo para volver a América. No podemos quedarnos en Europa, a expensas de que este conflicto nos alcance —sentenció con firmeza.

Brandon asintió, concediéndole la razón, debían actuar con rapidez y evitar quedar atrapados en medio de un conflicto bélico, que amenazaba con tener dimensiones épicas, pues las potencias comenzaban a alinearse para entrar en batalla, sin importarles quién quedase en el medio.

Al llegar a la casa, convocaron una reunión con todos los miembros de la familia, las mujeres eran quienes más preocupadas se sentían, puesto que sospechaban los motivos de esa reunión.

Los rumores de que Gran Bretaña entraría en guerra cada vez eran más fuertes, y suponían que al fin se habían confirmado, pero procuraron guardar las esperanzas de que no fuese así; sobre todo, Beatriz, quien no quería dejar su hogar y tener que huir lejos, con sus hijos.

—Los he reunido aquí porque tengo algo importante que comunicarles —inició con un tono calmado para no alertarlos antes de tiempo, no tenía caso que ellos se preocupasen ahora.

—Tienes toda nuestra atención —mencionó Margot.

—El primer ministro les declaró la guerra a los alemanes, según leí, las tropas comenzarán a movilizarse hacia las fronteras para evitar la invasión, pero lo más probable es que en un par de meses algunas ciudades de Gran Bretaña sean atacadas. Por eso he tomado la decisión de que todos regresemos a América, cuanto antes. Por supuesto, también estás invitada a venir con nosotros, Beatriz. Tú y tus hijos estarán a salvo allí —anunció, mirando a su prima; aunque por su gesto, casi podía asegurar que se negaría a dejar su hogar.

—Te agradezco mucho tu ofrecimiento, Stephen, pero por el

momento, prefiero quedarme; ya otras guerras se han desatado, y gracias a Dios las sobrevivimos juntos —comentó entregándole una sonrisa amable.

—Comprendo, de todas formas, quiero que tengas la plena seguridad de que, en América, cuentas con todo nuestro apoyo y protección… Por si las cosas aquí empeoran.

—Lo tendré en cuenta, querido —respondió, mostrándose muy serena, aunque en el fondo sentía algo de temor.

Christian, Sean y Victoria se sentían desconcertados ante esa decisión tan repentina, eran conscientes de lo alarmante que era la noticia, pero no consideraban que tuvieran que marcharse de esa manera. Sobre todo, porque eso significaba separarse de las personas que amaban, más en el caso del mayor de los Cornwall, pues Sean suponía que los padres de Annette también regresarían a América.

—¿Cuándo partiríamos? —preguntó Christian, para saber con cuánto tiempo contaba. Necesitaba hablar con Patricia.

—Lo ideal sería hacerlo la próxima semana, para evitar los controles y la histeria colectiva que seguro se desatará cuando comiencen los primeros ataques —indicó Stephen, mirándolo.

—Por supuesto —susurró con un nudo en la garganta.

—¿En una semana? —cuestionó Victoria, cuando por fin encontró su voz.

—Así es, cariño… Enviaré a una carta a tu colegio, explicando la situación. Ya podrás continuar con tus estudios en América. Lo importante ahora es abandonar Europa lo antes posible.

Victoria sentía que el alma se le caía al piso y se le rompía en pedazos, todavía no se hacía a la idea de lo que estaba por suceder. Un sollozo estalló de sus labios al tiempo que un par de lágrimas bajaban pesadamente por sus mejillas, y su cuerpo entero comenzó a temblar mientras negaba con la cabeza.

—Papá…, papá… No me quiero ir…, no quiero regresar a América ahora —expresó en medio de sollozos.

—Princesa…, yo sé que esto será difícil para ti, pero se trata de tu seguridad —dijo, levantándose; caminó y se puso de cuclillas frente a ella, tomándole las manos—. Compréndeme, pequeña, es imposible que me marche y te deje, consciente de que un peligro te acecha; no podría estar en paz.

—Pero…, en el colegio no nos pasará nada, esa guerra no llegará hasta aquí —objetó, mirándolo a los ojos.

—Nadie puede asegurar eso, Vicky, hasta hace una semana, todos decían que era imposible que Inglaterra le declarara la guerra a los alemanes, y ya ves, lo hicieron. Corazón, algunas cosas son inminentes, y no estoy dispuesto a arriesgarte por nada del mundo — esbozó acunándole el rostro para que pudiera mirar en sus ojos el

miedo que sentía.

—Yo no sé nada de guerras ni esas cosas…, solo sé que no me quiero ir, papá… No me quiero ir —rogó con sus ojos desbordados en llanto, sin poder dejar de negar.

Stephen no quería verla sufrir de esa manera, porque se le partía el alma, pero el temor a perderla era mayor; y por mucho que Victoria le suplicase, no la dejaría en Europa.

La rodeó con sus brazos fuertemente y la pegó a su pecho, quería protegerla con su propia vida, si era necesario, pues si algo llegaba a sucederle, él no tendría más motivos para seguir, ella era lo único que lo mantenía en pie.

—Victoria, debes hacer lo que tu padre dice —ordenó la matrona de los Anderson, sintiéndose cansada de los lloriqueos de la chiquilla, y que siempre contradijera a sus mayores.

—Margot, por favor —intervino Stephen al escuchar que las palabras de su hermana solo empeoraban la situación.

—La consientes demasiado, por eso se comporta de esa manera y hace lo que se le antoja. Si fuese una buena hija, no cuestionaría tus órdenes y aceptaría sin chistar.

—Margot, es suficiente, deja que sea yo quien se encargue de esto, por favor. —Esta vez su voz sonó más a exigencia.

—Como quieras. Ordenaré que preparen el equipaje, con o sin ustedes nosotros partiremos mañana a Londres, y de allí a América. No pondré la vida de todos en peligro por el simple capricho de una chiquilla consentida —mencionó, sin dejarse intimidar por las miradas de reproche de su hermano, y dejó el salón.

Victoria sintió cómo las palabras de su tía ponían más peso sobre su ya espantosa carga; por no mencionar la culpa que comenzaba a sentir, al ser consciente que, de quedarse, estarían en riesgo. Hundió un poco más el rostro en el pecho de su padre, intentando huir de esa pesadilla que se había cernido sobre ella en cuestión de horas.

Terrence llegó a la mansión de los Anderson, montado sobre su inseparable yegua, como hacía todas las tardes para visitar a Victoria. Ese día tenía mucha más premura, pues él también se había enterado de la incursión de Inglaterra en la guerra contra Alemania, y sabía que eso, de una u otra manera, iba a afectar su relación.

En cuanto el ama de llaves lo recibió, lo hizo pasar al estudio, donde lo esperaba su suegro; él pensó que eso no vaticinaba nada bueno, y su desesperación por ver a su pecosa aumentó mucho más. Entró, hallando a Stephen sentado en un sillón, mientras le daba vuelta en su mano a un vaso hasta la mitad de whisky, que al parecer, no estaba seguro de querer beber.

—Buenas tardes, señor. ¿Cómo se encuentra? —Lo saludó,

acercándose para extenderle su mano.

—Buenas tardes, Terrence, digamos que bien, aunque algo preocupado; toma asiento, por favor —pidió, señalando el sillón vacío frente a él.

—Gracias… —respondió, y después de hacerlo, no pudo contener más sus palabras—. ¿Por qué ha pedido hablar conmigo antes de que viese a Vicky? —cuestionó, angustiado.

—Supongo que ya estás al tanto de la decisión del primer ministro —indicó mirándolo a los ojos.

—Sí, es algo de conocimiento general; todo el mundo no hace más que hablar de eso —respondió, sintiendo que su suegro estaba dando vueltas—. Pero… ¿qué tiene que ver eso con Victoria y conmigo? —inquirió, yendo al punto.

Stephen se sentía acorralado por las preguntas tan directas del novio de su hija. En el poco tiempo que llevaba conociéndolo, había aprendido que no era alguien de rodeos, pero esperaba al menos poder darle la noticia con más sutileza.

Sabía que no era fácil lo que estaba a punto de decirle, mucho menos lo que le pediría y, que esperaba, aceptase; pues solo él podía ayudarlo a convencer a Victoria de dejar Europa.

—Terrence…, vamos a regresar a América.

—¿Cómo dice? —preguntó, sintiendo como si el padre de su novia le hubiese propinado un puñetazo en la cara.

—No podemos quedarnos, tampoco puedo dejar a mi princesa a merced de un peligro tan inminente; mi deber es llevarla conmigo y ponerla a salvo —contestó, mostrando en su voz la urgencia de hacer eso que decía.

—Con todo respeto, señor Stephen, creo que su miedo es infundado, las tropas se movilizan muy lejos de Londres o de Brighton. Victoria estaría a salvo en el colegio… Y le juro que yo cuidaría de ella, no permitiría que nada malo le sucediese… No existe un motivo real para que deba llevarla con usted —alegó con la esperanza de que su suegro desechase esa idea.

—Las movilizaciones de las tropas son mi menor miedo, los alemanes están atacando ciudades por aire, lanzando bombas a diestra y siniestra, sin importarles si sus blancos son civiles o militares —habló con desesperación, y se puso de pie, dejando el vaso sobre el escritorio—. Victoria es la única razón que me mantiene vivo, muchacho, ella es todo lo que me queda de mi amada Virginia, y si algo llega a pasarle, me mataría del dolor. Comprende que la culpa no me permitiría vivir.

Terrence se quedó en silencio, analizando las palabras de su suegro, era poco lo que había leído sobre los avances de los alemanes, pero recordó que el duque se había mostrado bastante preocupado por la

situación. Y este no era un hombre que se angustiase en vano, así que algo de verdad debía haber detrás de las declaraciones del señor Anderson.

—¿Qué dice Victoria? ¿Ella está de acuerdo con regresar a América? —El corazón le latía como un puño dentro del pecho.

—Esa es la razón por la cual pedí hablar contigo antes de que la vieras, está negada a irse. No quiere dejarte… Pero necesito que me ayudes a convencerla de que marcharse es lo mejor, Terrence… Por favor —rogó, mirándolo a los ojos.

—Señor…, yo no sé si pueda… —Su voz se quebró, pues no se sentía capaz de pedirle a Victoria que se marchase.

—Por favor, hijo… Debes ayudarme —rogó.

Terrence no pudo mantenerse indolente ante el sufrimiento de su suegro, ver la desesperación del padre de Victoria lo conmovió profundamente y terminó asintiendo, en silencio. Su voz no tuvo la fortaleza para esbozar al menos una afirmación, porque sentía que estaba a punto de hacer su mayor sacrificio al pedirle a Victoria que se marchase al otro lado del océano, dejándolo sin saber cómo haría para soportar su ausencia.

Un par de golpes en la puerta la sacaron del estado de letargo donde se encontraba. Después de la conversación con su padre, se encerró en su habitación a llorar, no tenía ganas de ver ni hablar con nadie. Se giró en la cama, posando su mirada en la puerta cerrada, pero no respondió, solo se volvió nuevamente y enterró el rostro en la almohada, esperando que quien estuviera al otro lado se cansase y la dejara en paz.

—Vicky… —La llamó su padre, entrando a la habitación.

—Quiero estar sola, papá —murmuró, sintiendo cómo las lágrimas, una vez más, intentaban ahogarla.

—Lo sé, pero pensé que te gustaría saber que Terrence ha venido a verte —anunció esperando que eso la animara.

—¿Terry? —cuestionó, incorporándose enseguida y caminó hacia el tocador para arreglarse.

Ni siquiera sabía por qué la sorprendía tanto que su novio estuviera allí, iba a verla cada tarde desde que llegaron a Escocia, pero lo había olvidado luego de recibir esa noticia que la había dejado devastada.

Se miró en el espejo, viendo todos los estragos que el llanto causó en ella, tenía los ojos hinchados y enrojecidos, su nariz también lo estaba, sus mejillas lucían pálidas, y su cabello se veía desordenado.

—Estoy hecha un desastre. —Se quejó mientras intentaba acomodarse el cabello con el cepillo.

—Para mí, siempre te ves hermosa, como una princesa —expresó, sonriéndole a través del espejo.

—Lo dices porque eres mi papá —respondió ella, dejando ver una ligera sonrisa, que hizo que la mirada de su padre se iluminara—. Iré a lavarme la cara para aliviar un poco la hinchazón y el sonrojo…, parezco un tomate maduro.

—Estoy seguro de que Terrence también te ve hermosa, no debes preocuparte tanto —comentó, queriendo que ella sonriera de nuevo, no quería verla triste.

—No quiero que se burle de mis pecas, siempre lo hace.

—¿Se burla de tus pecas? —inquirió con el ceño fruncido—. Pues, es un tonto, a mí me parecen muy hermosas.

—Bueno, antes lo hacía por molestarme, pero luego descubrí que es porque también le gustan —respondió, sonriendo y sonrojándose, al ver la expresión asombrada de su padre. Se miró de nuevo en el espejo, escapando de esa situación, y agarró la mota de la polvera para aplicarse un poco, eso disimularía que había estado llorando—. Bien, ya estoy lista.

—Bajemos —indicó, ofreciéndole su brazo.

Victoria lo tomó, entregándole una sonrisa; a medida que avanzaba, sentía que el corazón le latía más y más rápido, llenándose de temor, porque no sabía cómo le diría a su novio que debía marcharse.

Al llegar a las escaleras, lo vio esperándola a los pies de la misma, y no pudo seguir conteniéndose; se soltó del brazo de su padre y corrió para amarrarse a su novio en un abrazo muy estrecho, deseando quedarse así con él para siempre.

—Terry…, Terry —pronunció junto a un sollozo que estalló de sus labios y trajo consigo una oleada de lágrimas.

—Vicky… —murmuró él, sintiendo que el llanto también estaba a punto de desbordarlo.

Se obligó a contener sus emociones para mostrarse fuerte; debía hacer lo que le había prometido a su suegro y, para eso, era necesario que Victoria no viese que él sufría; de lo contrario, todo sería más difícil para ambos.

Se movió, alejándose un poco del abrazo, y llevó una mano hasta la mejilla de ella, mirándola mientras le regalaba una sonrisa.

—¿Te parece si vamos al jardín? —inquirió, simulando que no había notado sus ojos hinchados y enrojecidos.

—Claro, salgamos a tomar el sol —contestó y desvió su mirada, porque sentía que Terrence tenía el poder de ver dentro de ella y saber cuánto estaba sufriendo.

Caminaron en silencio, pues ninguno se atrevía a hablar del tema que rodaba en sus cabezas; la verdad era que no sabían cómo iniciar. Sentían que, una vez que lo hicieran, la tristeza se posaría sobre ellos.

Sin embargo, al encontrarse sentados uno frente al otro, Terrence tuvo la certeza de que el momento había llegado, y debía ser él, quien

hablase primero.

—Pecosa mía…, supongo que ya estás enterada de lo que está sucediendo en Inglaterra.

—No quiero hablar de eso, Terry. —Victoria no lo dejó continuar, no quería arruinar su encuentro, hablando de algo que deseaba olvidar con todas sus fuerzas.

—Debemos hacerlo —insistió, agarrándole la mano para captar su atención, ya que ella le rehuía.

—¿Por qué?, ¿por qué debemos hablar de algo que está tan lejos de nosotros? —cuestionó y comenzaba a molestarse.

—Porque es necesario que lo hagamos, es importante Victoria, se trata de una guerra, no es un juego de niños.

—Pues, eso a mí no me importa —espetó, soltándose.

—Tu padre me contó sobre su idea de regresar a América y… llevarte con él —habló.

—¿Y qué piensas de eso? —preguntó con temor.

—Que es lo mejor —respondió con sinceridad, aunque eso le partía el alma y, por ello, no pudo mantenerle la mirada.

—¿No te pone triste que me vaya? —cuestionó, sintiéndose dolida, pues esperaba que él le ayudase a convencer a su padre de que podía dejarla en Europa, que estaría bien.

—Por supuesto —esbozó con rapidez mirándola a los ojos—. Pecosa…, no tienes idea de cuánto me duele que nos separemos…

—Pero me estás pidiendo que me vaya —concluyó eso que él no se atrevía a decirle y que la estaba hiriendo profundamente.

Se puso de pie, alejándose de su novio porque no podía seguir mirándolo a los ojos ni sintiendo el agarre de sus manos.

—Solo quiero que estés a salvo. —Se levantó y caminó tras ella, no quería que se molestara con él.

—Me prometiste que nada nos separaría… ¡Lo hiciste, Terrence! Y a hora me pides que me vaya, rompiendo tu promesa… ¡Eres un mentiroso! —gritó, volviéndose a mirarlo mientras lloraba y sentía que comenzaba a odiarlo.

—Por favor, Vicky, comprende que no contaba con que algo como esto sucedería. Si por mí fuera, jamás rompería la promesa que te hice… Aunque, en realidad, no la estoy rompiendo, porque… aun estando lejos por un tiempo, seguiremos juntos, mi amor —pronunció acercándose a ella para abrazarla y consolarla.

—¡No, déjame! —Se alejó, impidiendo que la tocara.

—Vicky, por favor, intenta ser un poco sensata… Te estás comportando como una niña —dijo, mostrándose serio.

—Tal vez sea porque soy una niña…, soy una tonta que se enamoró de un chico que le hizo un montón de promesas y que ahora las rompe todas… Al que no le importa que me vaya al otro lado del mundo —

expresó en medio del llanto.

—No sabes lo que dices —dijo realmente molesto al ver que ella parecía no recordar cuánto la amaba y cuán importante era para él, estaba siendo muy injusta.

—Ya no me quieres —susurró, sollozando.

—Por supuesto que te quiero… Te amo con todo mi corazón, Victoria, y es por eso que estoy dispuesto a dejarte ir, porque sé que allá, no habrá nada que pueda lastimarte, pero si te quedas aquí y te pasa algo, no podré vivir con la culpa… Y tu padre tampoco. ¿Puedes entender eso? —inquirió con desesperación, mirándola a los ojos para ver si así lo entendía.

—¿Y tú?, ¿puedes entender que no quiero dejarte?, ¿que al marcharme, estaré muriendo cada día sin saber cómo estarás? —cuestionó con sus ojos desbordados en llanto, rabia y dolor por ver que nadie la comprendía.

—Yo estaré bien, pecosa —contestó, acercándose una vez más para tranquilizarla, y le acarició una mejilla.

—Ven conmigo, por favor… Vámonos juntos a América. Por favor, mi amor…, por favor… —rogó, llevando su mano al rostro de él, para acariciarlo.

—No me pidas algo así, no puedo hacerlo, pecosa —mencionó con un profundo pesar.

—¿Por qué no? Tu madre vive allá, ella podría…

—Yo no tengo una madre, Victoria. —Sus murallas se irguieron, alejándola de él.

—¡Sí la tienes! Amelia Gavazzeni puede recibirte en América y ayudarte. —Vio en eso una esperanza de seguir juntos.

—Ella no lo hará, así que ni siquiera lo menciones —esbozó con los dientes apretados.

—¡Perfecto! Entonces olvídate de eso y también olvídate de mí, porque si tu orgullo es más poderoso que el amor que dices tenerme, no tiene caso que sigamos juntos…

—Vicky…, por favor…, no lo entiendes.

—¡Claro que lo entiendo! Y ahora vete, Terrence, no quiero verte más —pronunció con una rabia que la desbordaba.

—¿Hablas en serio? —cuestionó y su mirada destello de ira.

—Sí. No quiero volver a verte, Terrence Danchester —respondió con altivez.

—Bien —dijo él, dándole la espalda para marcharse.

—Vete…, vete de aquí, ya no te quiero… Te odio…, te odio —pronunció, queriendo herirlo, que sintiera lo que ella sentía en ese momento en el que se creía morir.

Terrence siguió caminando sin volverse a mirarla, porque sentía que, de hacerlo, las palabras de Victoria lo lastimarían aún más; no

quería ver su desprecio reflejado en su mirada. Y a cada paso que daba, sentía que dejaba un pedazo de su corazón tras él; que sus deseos de regresar corriendo hasta ella y rogarle que se quedara eran más imperiosos, pero entre más se alejaba, sentía que tenía menos posibilidades de reparar su relación; y quizá era lo mejor, después de todo, él no tenía nada que ofrecerle a una chica como ella.

—¿Qué ocurrió, hijo? —preguntó Stephen, mirándolo con preocupación. Había alcanzado a ver parte de la discusión desde la ventana de su estudio.

—Lo que era mejor para los dos…, ya no tiene que preocuparse; su hija regresará a América con usted. Ahora, si me disculpa, debo marcharme —respondió sin conseguir mirarlo, porque no quería que viese sus ojos colmados de lágrimas.

No le dio tiempo al hombre de decir nada más, no quería quedarse allí para provocar lástima, así que caminó de prisa hasta los establos, sacó a su yegua de la cuadra para montarla y salir de allí como alma que se llevaba el diablo.

Necesitaba que la brisa le despejara la mente y arrancara de él, ese dolor tan intenso que sentía, el mismo que fue drenando en cada grito que liberó, acompañado por las lágrimas que ya bañaban su rostro.

No dejes de leer la continuación de esta historia en Quédate: Volumen 2

Se volvió a mirar al grupo de chicas, quienes pretendían subir las escaleras mostrándose realmente felices de estar juntas de nuevo.

—Vicky, espera un momento, necesito hablar contigo antes.

—Claro, papá… ¿de qué se trata? —inquirió sintiéndose un tanto sorprendida por esa petición.

—Ha llegado una carta…

—¿De Londres? —preguntó sin poder esconder su ansiedad, aunque apenas hacía unas semanas que le escribió a Terrence, pensó que tal vez esa era la respuesta que estaba esperando.

—No —respondió y vio como la tristeza se apoderaba del dulce rostro de su pequeña—. Lo siento, esta carta viene de Nueva York, la envía Amelia Gavazzeni junto a invitaciones para la familia, pero especialmente para ti, quiere que asistas a la premier de la ópera "Tosca" en esa ciudad.

—¿Amelia Gavazzeni? —cuestionó asombrada.

—Sí, así es Victoria, pero me intriga saber… ¿De dónde conoces tú a la señorita Gavazzeni? —inquirió mirándola, mostrándose tan sorprendido como su hija.

—Ella es la madre de Terrence —respondió sintiendo que el corazón cada vez le latía más rápido.

—¿La madre de Danchester? —cuestionó Sean parpadeando.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Christian.

—¿Amelia Gavazzeni es la madre de Terry? —Patricia también se mostró desconcertada.

—¡Vaya! Esto es increíble —expresó Annette.

—Es una historia muy larga y complicada, además es privada de Terry, no es mi deber contárselas —respondió Victoria para liberarse del interrogatorio—. ¿Qué dice la carta, papá? —De momento eso era lo que más le interesaba.

—Bueno…, es una invitación, dice que le encantaría tenerte en Nueva York para el estreno de la obra y que allá te espera una sorpresa —contestó, adivinando enseguida a lo que la mujer podía referirse y eso lo hizo sonreír.

—¿En serio dice eso? ¡Quiero verla! ¿Dónde está la carta? —Victoria necesitaba comprobar por ella misma cada letra que la madre de Terrence había escrito, mientras sentía que un huracán de emociones la azotaba por dentro.

—En resumen, es lo que dice, pero si no confías en la palabra de tu padre y quieres verla por ti misma, ven conmigo al despacho, la dejé allí junto a las invitaciones —respondió intentando mostrarse serio, pero su mirada sonreía.

—Por supuesto que confió, papá…, es solo que yo…

—Lo sé, lo sé princesa. No tienes que justificarte solo estoy bromeando, ven… vamos al estudio para que lo veas por ti misma —

pidió ofreciéndole su mano.

—Gracias… —esbozó sonriendo—. Chicas, en un momento estoy con ustedes —mencionó para Annette y Patricia.

—Claro, descuida Vicky.

—Ve y después nos cuestas todo.

Victoria asintió en silencio y caminó junto a su padre hasta el estudio, sintiendo que a cada paso que daba la ansiedad y la expectativa crecían dentro de ella, mientras imaginaba todo lo que podía significar esa invitación por parte de la madre de Terrence. Entraron y Stephen caminó hasta el enorme escritorio de roble rojo que, junto a las estanterías repletadas de libros, dominaban todo el lugar al que Victoria pocas veces había entrado, en todos los años que llevaba viviendo allí.

—Esta es la carta y aquí están las invitaciones, el estreno es la próxima semana —anunció entregándole todo a su hija.

—¿Podemos ir verdad? —preguntó rogando internamente para que su padre dijese que sí.

—Justo tenía un viaje pendiente a Nueva York, así que sí.

—¡Gracias, muchas gracias, papá! —expresó ella emocionada y se dispuesto a leer la carta, sin poder borrar la enorme sonrisa que hacía brillar sus hermosos ojos.

—No tienes nada que agradecer, soy tu padre Vicky y prometí hacerte feliz —comentó acariciándole el cabello—. ¿Quieres que te deje sola? —inquirió al verla tan concentrada.

—No, no hace falta… casi la termino —respondió pasando su mirada por las últimas líneas, escritas con una caligrafía verdaderamente pulcra y elegante.

Soltó un jadeo cargado de emoción al terminarla y se llevó la hoja al pecho, apretándola fuertemente contra su corazón, el mismo que latía con mucho ímpetu en ese instante. Se sentía tan feliz que no tenía palabras para expresarlo, quería reír, gritar y hasta bailar, y lo hubiese hecho de no pensar que eso la haría lucir como una loca, sí lo estaba, pero de alegría.

—¿Y bien? —preguntó Stephen, sonriendo al ver como la felicidad iluminaba de nuevo el rostro de su pequeña.

—¡Quiere conocerme! —expresó abriendo sus hipnotizantes ojos, que lucían tan brillantes como el sol.

—Sí, eso leí… supongo que Terrence le habrá hablado de ti.

—Pero… ¿cómo? ¿Cuándo? —cuestionó mirando de nuevo la carta, todo era tan confuso y sorpresivo.

—Bueno, ella es su madre, Vicky y seguro tienen comunicación —explicó lo que suponía lógico.

—Recuerdas que te hablé de la relación que Terry tiene con sus padres —acotó mirándolo—. Por eso me resulta extraño que ella sepa

de mí… —Se mordió el labio y frunció el ceño, mientras trataba de dar con la verdad.

—¿Qué harás entonces? —La miró fijamente intentando adivinar lo que pasaba por esa cabecita.

—Ir por supuesto, no puedo rechazar esta invitación. Y creo que sería apropiado escribirle una respuesta para confirmarle que asistiremos, ¿no lo crees? —preguntó esperando su respuesta.

—Me parece lo más adecuado, ¿deseas hacerlo tú?

—Yo…, no sabría qué decirle, es mejor que lo hagas tú —pidió rogándole con la mirada que lo ayudara.

—Bien, busquemos una hoja. —Se sentó tras el escritorio.

—Gracias… —pronunció, suspirando aliviada.

Victoria tomó asiento en el sillón frente a este, mientras veía a su padre deslizar la estilográfica por la hoja, a momentos estiraba el cuello para ver si alcazaba a leer lo que escribía. Los nervios y la ansiedad estaban haciendo estragos en ella, por ello no dejaba de estrujar sus manos, al tiempo que pensaba en Terrence y en la posibilidad de verlo de nuevo.

—Listo, creo que está bien…, por favor léela y así me dirás si le falta algo o la enviamos tal y como está —dijo extendiéndosela.

Ella no pudo esconder el temblor que estremecía su mano, cuando la estiró para recibir la carta, respiró profundo y mentalmente se exigió controlarse, pues estaba dando la impresión de una chica tonta y desesperada. Enfocó su mirada en el papel leyendo rápidamente lo que decía, por suerte su padre supo cómo responder, pues ella hubiese desechado unas cien hojas antes de escribir una carta para la madre de Terrence; la aprobó sonriendo, al tiempo que asentía.

—Está perfecta, gracias, papá. —Se puso de pie y se acercó para abrazarlo y darle un beso cargado de todo su amor.

—De nada cariño, la enviaré mañana temprano —mencionó sonriéndole y también le dio un beso.

Stephen se sentía muy feliz de haberle dado esa alegría a su hija; después de todo, sabía que en parte era responsable de la desdicha de Victoria y eso le partía el alma. Solo esperaba que esa sorpresa que la esperaba en Nueva York fue lo que sospechaba, porque entonces su hija ya no tendría más motivos para estar triste y ni él para sentirse culpable.